This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

ASSOCIATES PROGRAM

In grateful recognition
of

John H. Harwood II
Class of 1967

for generous support of the
Harvard College Fund

1991–1992

The Harvard College Library

ESPAÑOLES

É

INSURRECTOS.

RECUERDOS

DE LA GUERRA DE CUBA

POR EL CORONEL RETIRADO

D. FRANCISCO DE CAMPS Y FELIU.

SEGUNDA EDICION.

HABANA.

IMPRENTA DE A. ALVAREZ Y COMP.

calle de Riela número 40

1890.

A su amigo Pedro

El Autor

Guanajuato

[illegible] 1891

ESPAÑOLES É INSURRECTOS.

Españoles é Insurrectos.

RECUERDOS DE LA GUERRA DE CUBA

POR EL

CORONEL RETIRADO

D. Francisco de Campos y Feliú.

SEGUNDA EDICION.

HABANA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. ALVAREZ Y COMPAÑIA.

1890.

SA 4022292

SEP 26 1979

Si mis recuerdos contienen algo que pueda contribuir á la unión de todos los cubanos, y de éstos con los peninsulares, se verán colmadas mis aspiraciones.

A. C. A.

A LA MEMORIA

DE

TODOS LOS QUE MURIERON EN LA GUERRA DE CUBA

DEDICA ESTA OBRA,

El Autor.

BIBLIOGRAFIA.

El autor ha consultado para escribir estos Recuerdos, los siguientes escritos:

«Las Insurrecciones de Cuba,» por *D. Justo Zaragoza.*

«Memoria de la guerra de la Isla de Cuba,» por el *Marqués de la Habana.*

«Compendio histórico sobre el pasado y presente de Cuba,» por el Brigadier *D. Francisco Acosta y Albear.*

«Vindicación,» por el Coronel *D. Máximo Navidad.*

«Memorias del General *D. Cándido Pieltain*».

Un folleto, cuyo título no se recuerda, atribuido por la opinión pública al *General Riquelme.*

«Album fotográfico de la guerra de Cuba,» por *D. Gil Gelpí y Ferro.*

«Historia de la guerra de Cuba,» por *Llofriu.*

«En la manigua,» por el *Capitán Rosal.*

«Historia de los Voluntarios de Cuba,» por *Ribó.*

Periódicos.—«El Oriental» y «El Periquero,» de Holguín. «Diario de la Marina,» «La Prensa,» «La Voz de Cuba,» «El Triunfo,» «El País,» «La Estrella de Cuba,» «La Revolución,» «El Cubano Libre» y el «Boletin de la Guerra,» éstos cuatro últimos insurrectos.

Escritos oficiales de los Generales *Montero y Gabuti*, *D. Sabás Marín*, *D. Federico Ezpondu*, *D. Pedro Zea*, *D. Manuel Armiñán*, *D. Ramón Fajardo* y otros.

«Sistema para combatir las insurrecciones de Cuba,» por el Coronel *D. Adolfo Gimenez Castellanos.* La «Revista Cubana.» Escritos de *don Manuel Sanguily* y *D. Félix Figueredo.* Proclamas y órdenes generales.

Cartas del Comandante *D. Marcelino García Obregón* al General insurrecto *D. Luis Marcano*, publicadas en «El Oriental,» de Holguín.

«Lo que se ha hecho y lo que hay que hacer en Cuba,» por *D. Félix Echauz y Guinart.*

Correspondencia oficial del *General Portillo.*

Comunicación de 28 de Febrero de 1878, del General *D. Arsenio Martínez Campos.*

Célebres cartas de *D. Antonio Cánovas del Castillo*, escritas á raíz del Pacto del Zanjón.

A su amigo [illegible]

El Autor

Guadalajara
[illegible] junio 11
1891.

ESPAÑOLES É INSURRECTOS.

Españoles é Insurrectos.

RECUERDOS DE LA GUERRA DE CUBA

POR EL

CORONEL RETIRADO

D. Francisco de Campos y Feliú.

SEGUNDA EDICION.

HABANA.

Establecimiento Tipográfico de A. Alvarez y Compañía.

1890.

SA1603.39.3
~~SA1603.39.3~~

HARVARD COLLEGE
SEP 23 1910
LIBRARY

Bright fund

Si mis recuerdos contienen algo que pueda contribuir á la unión de todos los cubanos, y de éstos con los peninsulares, se verán colmadas mis aspiraciones.

A. C. A.

A LA MEMORIA

DE

TODOS LOS QUE MURIERON EN LA GUERRA DE CUBA

DEDICA ESTA OBRA,

El Autor.

BIBLIOGRAFIA.

El autor ha consultado para escribir estos Recuerdos, los siguientes escritos:

«Las Insurrecciones de Cuba,» por *D. Justo Zaragoza.*

«Memoria de la guerra de la Isla de Cuba,» por el *Marqués de la Habana.*

«Compendio histórico sobre el pasado y presente de Cuba,» por el Brigadier *D. Francisco Acosta y Albear.*

«Vindicación,» por el Coronel *D. Máximo Navidad.*

«Memorias del General *D. Cándido Pieltain*».

Un folleto, cuyo título no se recuerda, atribuido por la opinión pública al *General Riquelme.*

«Album fotográfico de la guerra de Cuba,» por *D. Gil Gelpí y Ferro.*

«Historia de la guerra de Cuba,» por *Llofriu.*

«En la manigua,» por el *Capitán Rosal.*

«Historia de los Voluntarios de Cuba,» por *Ribó.*

Periódicos.—«El Oriental» y «El Periquero,» de Holguín. «Diario de la Marina,» «La Prensa,» «La Voz de Cuba,» «El Triunfo,» «El País,» «La Estrella de Cuba,» «La Revolución,» «El Cubano Libre» y el «Boletin de la Guerra,» éstos cuatro últimos insurrectos.

Escritos oficiales de los Generales *Montero y Gabuti, D. Sabás Marín, D. Federico Ezpondu, D. Pedro Zea, D. Manuel Armiñán, D. Ramón Fajardo* y otros.

«Sistema para combatir las insurrecciones de Cuba,» por el Coronel *D. Adolfo Gimenez Castellanos.* La «Revista Cubana.» Escritos de *don Manuel Sanguily* y *D. Félix Figueredo.* Proclamas y órdenes generales.

Cartas del Comandante *D. Marcelino García Obregón* al General insurrecto *D. Luis Marcano,* publicadas en «El Oriental,» de Holguín.

«Lo que se ha hecho y lo que hay que hacer en Cuba,» por *D. Félix Echauz y Guinart.*

Correspondencia oficial del *General Portillo.*

Comunicación de 28 de Febrero de 1878, del General *D. Arsenio Martínez Campos.*

Célebres cartas de *D. Antonio Cánovas del Castillo,* escritas á raíz del Pacto del Zanjón.

Proclamas y comunicaciones del General *D. Ramón Blanco y Erenas.*

Folletos y artículos en varios periódicos de Cuba, Península, Nueva York y Cayo Hueso, sobre la guerra de Cuba.

Diario de operaciones en las Villas, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba, por el autor, y conversaciones sobre la guerra con los generales y jefes insurrectos señores *Sanguily*, *Félix Figueredo*, *Ramón Roa*, *Pérez Trujillo*, *Julio Peralta*, *Balán*, *Marcos García*, el Oficial del Ejército *Servet*, *Agramonte Boza*, *Quintín Bandera*, *Manuit*, *Barreto* y otros.

INTRODUCCION.

«Entre los antiguos, ninguno escribía la historia sin estar pre-
«sente ó intervenir en los sucesos; y es indudable que los que ven
«las cosas, las narran con más exactitud y sin mentiras».

En los ratos de ocio, que son muchos para un militar que ha envainado su espada, sobra tiempo para todo, como, por ejemplo, para escribir estos mal pergeñados renglones, sin ton, ni son; y sin que me haya arredrado el tiránico consejo de Chateaubriand: "*Sed el primer escritor de nuestro siglo, ó renunciad á escribir.*"

"El pensamiento, se ha dicho, no es ya más que una inmensa gravitación en que todos pesamos; unos, con el peso de un grano de arena; otros, con el peso de una montaña, todos tenemos nuestra parte de colaboración, todos influimos unos sobre otros por la predicación y el ejemplo; por esta cooperación, por esta gerarquía de los talentos, en cierto modo inédita; por la presión de los mejores sobre los medianos, y, á veces, por la resistencia de los medianos á los mejores, se forma al cabo la sabiduría de las sabidurías, llamada opinión, que no es más que el deseo, igualmente reconocido de contribuir á la propaganda de la verdad."

No pretendo gran cosa; sólo si puedo asegurar, que no he de faltar á la verdad en los hechos que relate, ni ocultar lo que yo sepa y pueda escribirse; ni mucho menos he de caer en el feo vicio de la murmuración, que, como dice la fábula:

«Tenga por cosa segura
Que tiene aquel que murmura
En su lengua, su enemigo.»

Aquí llegaba yo al escribir este prefacio, cuando mi ilustrado amigo D. Gabriel Millet, dejó sobre mi mesa una obra escrita en catalán, intitulada: *Lo Catalanisme*, por Valentí Almirall. La curiosidad me hizo soltar la pluma; abro el libro por su página 44 y leo:

«Lo qui no sápiga pronunciar lo Castella ab l'accent pur dels fills de Castella ó no logri, al escriurel, donarle los giros que 's tenen per castisos y genuins, no pot esperar consideració ni tan sols misericordia. Encara que sos discursos é escrits continguin grans pensamients, no lograrán fer camí. Lo castellá es tan apassionat per las formas de expressió, que fins á un filosoph ó á un matematich lo judica mes que pel fondo, pel ropatge ab que vesteix sas ideas.»

Cerré el libro y permanecí algún tiempo, sin dar una sola plumada; pero un día que me levanté con la cabeza fresca, me hice el siguiente raciocinio: Yo no soy escritor, ni tengo una ropería para vestir con pulcritud á mis personajes; naturalmente los visto con chaqueta ó levita, sea ó no de moda y salga lo que saliere: que si para ser buen escritor se necesita serlo, para leer basta saber lo poco que sabe el vulgo, que es el que más lee y da vida á las imprentas. Así raciocinado, bien ó mal, he desechado mis impertinentes escrúpulos, y, con la calma y voluntad de antes, me preparo, tomo la pluma y prosigo mi camino por bosques y maniguas, montañas y llanuras, potreros y sabanas, para que el lector sepa algo de lo que pasó en la sangrienta guerra. Ya se yo que alguien dará exigua importancia á las antigüallas de viejos retirados; pero ellas serán veneradas por veteranos de ambas partes contendientes que todavía viven y, trasmitidas de padres á hijos, siempre recordarán éstos con legítimo orgullo las hazañas de sus antepasados. Además, la civilización no se alcanza, como se lee en la historia, sin presenciar grandes hecatombes y los pergaminos empolvados, las armas enmohecidas y los apolillados uniformes, son testimonios vivos de una época pasada y de unos hombres que con sus crímenes, sus virtudes y sus heroicidades, se sacrificaron, con más ó menos acierto, por el progreso y engrandecimiento de su patria. Así, pues, escribiré lo que he visto ó positivamente me conste.

Los trabajos históricos ó de hechos ocurridos, no conjunto de comentarios, han puesto la pluma en mi mano. "Citaré fechas, lugares y nombres propios de personas respetables,

y que viven aún: quien escribe de este modo, bajo su firma, merece crédito. Viven los testigos; en medio de ellos escribo: que me desmientan si falto á la verdad." Todo estará escrito con la mayor exactitud: lo mismo el retrato de un general, que la descripción de un sitio de plaza: el valor de un soldado, que la sagacidad de un guajiro.

No temas que haya una sola palabra que pueda ofender á los que fueron nuestros encarnizados enemigos. Su intransigencia quedó vencida, como quedó vencida la de aquellos hombres "*que querían convertir á España en escudo de sus "privilegios, con daño de las libertades públicas de la Isla de "Cuba y aun de la misma Península.*" Sólo el ejército y sus compañeros insulares y peninsulares, se batieron con nobleza en la guerra y abrazaron de todo corazón á sus enemigos y hermanos en la paz. Esta es la verdad de lo ocurrido, y si aplaudo á los que defendieron mi causa, también es cierto que mi lenguaje no ofenderá á los hombres que expusieron noblemente sus vidas y sus fortunas por una aspiración que la historia oportunamente juzgará: que no otra cosa cumple al que desenvainó la espada, salió al campo, encontró enemigos, se batió con ellos, hasta que todo concluyó, incluso el rencor mortal del momento histórico.

Por eso describiré algunos hechos de armas con el mayor desapasionamiento y veracidad.

La acción de las Guásimas, por ejemplo, más sangrienta comparativamente que la gran batalla de Bailén, fué una tempestad, un torbellino, una crisis bélica. No ganándose, ni perdiéndose, en realidad, fué, no obstante, una victoria para Puerto Príncipe, que se salvó de graves compromisos, si el enemigo hubiese derrotado á nuestra brigada, como durante cinco días ardientemente pretendiera.

En consecuencia, yo que tomé parte en aquellas memorables contiendas, asaz difíciles é ilógicamente sangrientas y que no poseo datos precisos para describirlas en sus minuciosos detalles, solamente atenderé á su perceptible conjunto.

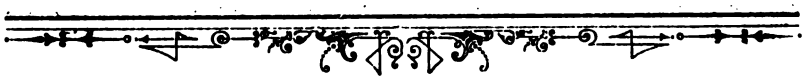
"El historiador en este caso, dice Víctor Hugo, solo puede apaderarse de los rasgos principales de la lucha, y no le es dado á ningún narrador, por concienzudo que sea, fijar absolutamente la forma de esa nube horrible que se llama una batalla."

No pretendo en mis memorias ó recuerdos, más que refe-

rir lo que personolmente he llegado á saber, sin profundizar en los asuntos cual si fuera un historiador. El que escribe recuerdos, "puede hablar francamente de sí mismo.... lo que principalmente se requiere de él, es que sea animado é interesante: y con especialidad que de noticias curiosas y útiles; y que informen de algunas particularidades dignas de saberse." Así, pues, no referiré los sucesos diplomáticos y políticos por no ajustarse al objeto de mis lijeras y familiares páginas. Otro autor más competente está llamado, como ha escrito el general Cassola, "*á llenar el vacío que ya se nota en "la historia de nuestro sufrido ejército de Cuba;*" pero si yo como escritor no puedo faltar á la regla admitida por los buenos escritores "de que los acontecimientos no deben ser juzgados por quien los presencie;" también otros desmienten lo absoluto del precepto sobre todo cuando el trabajo que se presenta no tiene pretensiones de historia. Es simplemente una página añadida á la leyenda de la guerra, es un desahogo natural de un veterano, que carece de la talla de personaje para fingir diplomacia, es, en fin, una narración veraz de lo que se ha visto por un soldado que ha sabido exponer su vida y reputación, en la Península, defendiendo entusiasmado la libertad política, alma del progreso moderno, en esta democrática Antilla, que siempre ha carecido de libertad como si sus habitantes no fueran españoles civilizados, la sagrada integridad de la patria, que han defendido también denodadamente los cubanos en los campos de batalla; y así como yo ya no guardo odio á los que fueron nuestros enemigos y los considero con iguales derechos y deberes que yo; así como he perdonado con orgullo la vida á muchos cubanos; he vestido á muchos hombres desnudos; he besado con placer á muchos niños inocentes; he partido gozoso mi pan con viudas desgraciadas y huérfanas doncellas; cedido muchas veces mi caballo á viejos imposibilitados y abrazado á muchos insurrectos que hubiera deseado pulverizar en el exaltado furor de la pelea; suplico encarecidamente á mis generosos lectores, concedan plenaria indulgencia para los que hoy son nuestros hermanos y resueltos enemigos ayer, en el campo de la gloria y de la muerte, y graciable benevolencia para mis pecados literarios y trabajosas lucubraciones.

F. DE C.

(1890.)



CAPITULO I.

EL SITIO DE HOLGUIN.

Bloqueo.—Ataque.—«La Periquera.»—Segundo ataque.—Barricadas.—Parlamento.—Incendios y cañonazos.—Hospital de sangre.—Columna salvadora.—Documentos.—Muertos y heridos.—Apéndice.

«Reconozco la inteligencia y recomendable valor desplegado «en el sitio de Holguín».—*El General Lersundi.*

(22 Diciembre 1868).

«.....el triunfo de Bayamo no fué apagado por la resistencia «heróica de la guarnición de las Tunas y Holguín.—*El General Martínez Campos.*

«Nada vituperable, antes bien llena de honra militar hubiera «sido una capitulación en tan azarosas circunstancias, que hubiera «centuplicado la importancia del enemigo en el exterior.»—*El Coronel Marcelino G. Obregón.*

«Se ha puesto fin á una serie de privaciones y penalidades que «yo en nombre de la Nación reconozco y agradezco, haciéndolo us«ted así presente en mi nombre á todos los que han contribuido á «ello.»—*El General Dulce.*

(23 Enero 1869).

«.....debiendo hacer especial mención de Holguín, cuya guar«nición compuesta de una sola compañía se atrincheró en una casa «en unión de algunos paisanos, donde hicieron una heróica defen«sa.»—*El Coronel Adolfo Gimenez Castellanos.*

(Sistema para combatir las Insurrecciones en Cuba).

«Combatiendo constantemente, trabajando sin tregua en con«tener el incendio que muchas veces se llevó á cabo por los rebel«des y que consumió cuarenta edificios cercanos, los defensores del «pabellón español no sintieron jamás vacilar su ánimo:.....»—*El Teniente Gobernador, Marcelino García Obregón.*

(Exposición del Ayuntamiento al Gobierno, 16 Novbre. 1869.)

«..... una defensa notable que honrará siempre al jefe que la «dirigió y que no olvidarán los habitantes leales de Holguín, que «compartieron con él la gloria, los peligros y privaciones de un «sitio memorable tan honroso para las armas españolas.»—*El Brigadier Mola y Martínez.*

(Diario de Barcelona.)

I.

La insurrección que se ultimó en el ingenio "*La Demajagua*" y estalló en *Yara* en 10 de Octubre de 1868 y el primer tiro en este último punto, donde se derramó la primera sangre, apenas impresionó á la gran mayoría de los habitan-

tes leales de la Isla de Cuba. ¿Por qué? Porque con la más candorosa buena fe no creían posible la guerra, que por el largo espacio de ¡DOCE AÑOS! habría de ensangrentar los campos de esta pacífica Antilla, alumbrados, durante ella, por las rojizas llamas del incendio.

Cuando los buenos españoles, nacidos aquí y en la Península, se convencieron de que les era forzoso sacudir su confiada inercia, solicitaron presurosos un fusil para defender la sagrada causa de la patria. Por eso con rapidez asombrosa se organizaron batallones, escuadrones, compañías, secciones y partidas sueltas que, andando el tiempo, habrían de ver aumentadas sus filas con hombres procedentes de la insurrección armada, muchos de los cuales, rivalizando con los primeros, han muerto heróicamente en el campo del honor, dirigiendo su postrer mirada á la honrosa enseña de la Habana, de Gerona y de Tetuán.

El, á la sazón, Capitán General de la Isla, D. Francisco Lersundi, que, magnánimo, dió libertad al joven *Bembeta*, acusado de infidente, y que no diera gran importancia al movimiento insurreccional, se apercibió resuelto para defender á todo trance el honor de España. ¿Con qué número de soldados? Con 7.000 solamente, cuando en los presupuestos generales para el año económico de 1867 á 1868 figuraban en números completos:

¡20.809!

¿Qué se hicieron los 13.809 soldados, que al toque de generala, no acudieron en defensa de la patria amenazada?

Lo sé y no debo decirlo; sólo puedo asegurar convencido que si el enérgico y pundonoroso general Lersundi, hubiese podido disponer de los 13.809 soldados que faltaban, la insurrección hubiera muerto á los pocos días de nacida, con gran contento de los habitantes de los campos, que al encontrarse sin protección, en densa atmósfera de mentiras, se vieron en la imperiosa necesidad de agruparse temerosa é inconscientemente en torno de la bandera de la estrella solitaria.

Los 7.000 soldados, únicos que había, era regular elemento para lanzarlo al insurreccionado departamento Oriental. ¡Pero ni aún esos pudo utilizar el general en Jefe!

Había que descontar los muchos enfermos, los numerosos

empleados en las oficinas y fiscalías y la multitud de individuos, á quienes, en las ciudades, da pacífica ocupación nuestra defectuosísima organización militar.

De manera que los utilizables, de los 7.000 mal armados, estaban diseminados en pequeños destacamentos y solo pudo disponer de una reducida columna que á las órdenes del veterano coronel Loño se envió á las *Túnas;* la del coronel Quirós, que se batió en la *Venta de Casanova*, y, por error de cálculo, emprendió la retirada para Santiago de Cuba; la del teniente coronel Campillo, que en marcha para *Bayamo*, debió no retroceder á *Manzanillo;* la del inteligente capitán Machín, que con solo 40 caballos quiso llegar y llegó á las *Túnas*, lo mismo que el resuelto comandante Boniche, con tres compañías del batallón de San Quintín y con sólo 10 ó 12 bajas en el largo trayecto del camino; y la columna del Sr. Conde de Valmaseda, que se apoderó de *Bayamo* incendiado (1) y que inmediatamente fortificó el hábil comandante de ingenieros D. Bernardo Portuondo y Barceló, después de 24 días de marchas penosísimas, acción del Salado y haber vadeado el caudaloso Cauto, en cuya difícil y arriesgada empresa adquirió alto y merecido renombre de valiente el distinguido comandante Mendiguren.

II.

A mediados de Octubre entró en *Holguín* el comandante D. Enrique Boniche con tres compañías de cazadores de San Quintín, de paso pará las *Túnas*. El júbilo de los holguineros fué extraordinario; mas cuando se enteraron que la fuerza no se quedaba en la ciudad, el pánico se apoderó de algunas personas de influencia, que, con lágrimas, demostraron el temor de sucumbir por la escasez de elementos contra enemigo tan numeroso.

El escritor cubano, D. Antonio José Nápoles y Fajardo, describe lo que ocurrió en su folleto "El sitio de Holguín" del modo siguiente:

«Eran las once de la noche, en esa hora silenciosa en que las poblaciones que no tienen vida mercantil, semejan un lóbrego cemen-

(1) Absténgome de hablar de la capitulación de Bayamo; pero sí aseguro que el Sr. Udaeta no empañó su reputación de fidelidad á la patria.

rio. En aquellos momentos el Teniente Gobernador de Holguín señor Camps, de pié ante sus interlocutores, que también lo estaban, dijo con entonación vehemente rebosando patriotismo: «Señores, la situación la empeoran ustedes; mas, los que quieran retirarse á Gibara, háganlo por su cuenta y riesgo; yo por mi parte y mis sesenta soldados de la Corona, ya lo he dicho otra vez, pereceremos antes de que el enemigo se apodere de la bandera que hemos jurado defender. Pero, señores, ¿hablo yo en este momento á seres abyectos de una raza degenerada, ó tengo la satisfacción de que me escuchen hombres que tienen en sus venas la misma sangre de los Guzmanes y de los defensores de Numancia?.... Señores, ¡Viva España! y retírense los cobardes.»

Pocos momentos después dijo el comandante Boniche al Gobernador:

—"Cuanto siento marchar, amigo mío, en cumplimiento de mi deber; pero me da compasión el poco ánimo de algunos de los que se muestran leales."

—"Yo siento también en el alma, contestó el Jefe de la plaza, verme privado del eficaz auxilio que usted y su excelente tropa pudieran prestarme, con la cual los insurrectos serían tenidos á raya; pero puesto que usted tiene que obedecer órdenes superiores, vaya usted en la confianza de que sesenta soldados de la Corona me ayudarán á defender una casa, diez me bastarán en un cuarto y cuando yo solo quede en pie, no soltaré el estandarte nacional sino después de haber espirado. En cuanto á los voluntarios y paisanos, todos serán buenos á mi lado, y conmigo pelearán si yo lo quiero."

Es de justicia consignar que los voluntarios y paisanos armados fueron valientes y abnegados; y las pocas personas que tan atemorizadas aconsejaron la fúga á Gibara, se reaccionaron al ver la resuelta actitud de la autoridad con un puñado de soldados, voluntarios y vecinos; y sufrieron todo el sitio cumpliendo sus deberes como buenos ciudadanos, y desempeñando los servicios de vigilancia del recinto que la Autoridad les confiara.

El día 30 de Octubre penetró en *Holguín* el titulado general venezolano, D. Amadeo Manuit con una numerosa partida y bandera de parlamento. El jefe superior de la ciudad, mandó romper el fuego, sin querer oír al parlamentario, cesando así bruscamente las vacilaciones y zozobras de algunos paisanos, que no habían disparado nunca armas de fuego. Desde las seis de la mañana á las tres de la tarde duró la tronada de pólvora y silbido de las balas. La prime-

ra compañía del primer batallón del regimiento de la Corona, con fusiles *belgas;* los 45 licenciados del ejército con fusiles de *chispa*, arma histórica de nuestros padres en Bilbao defendiendo la libertad, y de los soldados del heróico general D. Baldomero Espartero en las batallas; los voluntarios, con armas también de *chispa;* con mellados machetes los honrados bomberos, y gran número de paisanos con escopetas y pistolas, rechazaron la primera acometida de nuestros enemigos, con decisión, distinguiéndose con verdadero arrojo los soldados y licenciados del ejército.

Este combate irregular sólo nos causó un muerto, seis heridos y algunos contusos. El enemigo abandonó en las calles siete muertos, tres de los cuales sucumbieron á la buena puntería del soldado de la Corona Florencio Pazos Morataya, que daba un ¡viva España! á cada tiro aprovechado. También retiró muchos heridos y perdió 60 caballos, que por cierto todos tenían la cola cortada, sin duda para distinguirlos.

A los pocos días volvió el enemigo aumentado en número, con gran repuesto de municiones, dos cañones de hierro, uno de madera de yaya con aros de hierro y un morterete también de hierro, pudiendo con facilidad apoderarse de toda la ciudad, quedando obligados los defensores á guarecerse en la gran casa de D. Francisco Roldán, situada en el centro de la población, en la iglesia de San José, al norte, solitaria en el centro de una plaza, y más al norte en despejado campo, el aislado y sólido hospital militar encomendado al pundonoroso alférez de la Corona D. Vicente Miralles.

Dando frente al sur de la anchurosa plaza de Armas, sobresale la hermosa casa del nunca bien llorado Sr. Rondán (por su patriotismo, valor y abnegación), llamada *La Periquera* (1) y baluarte principal para la defensa. Tiene siete balcones, y su altura y elegancia, con simétrica arquitectura, da sombra á gran número de casas bajas que forman la manzana. Las casas bajas fueron destruidas interiormente, sirviendo los muchos labrillos de sus tabiques, para revestir con grueso espesor, las puertas y paredes, y las numerosas ventanas fueron sólidamente aspilleradas. En la esquina del

(1) Nombre puesto por los insurrectos: más adelante se darán explicaciones.

O. se hizo un tambor de madera denominado de la *Muerte;* y en la del E. otro, con sacos de café y tablones, llamado *La Victoria.* Al costado izquierdo del frontis del gran edificio, se construyó sobre la azotea de la casa baja de Montes de Oca, el *Parque de los Valientes.* Y *La Periquera,* que por su elevación todo lo dominaba, tenía dentro de la barricada de los *Leones,* frente á la puerta principal, un bien construido tambor de ladrillos. Las ventanas laterales que daban sobre los tejados de las pequeñas casas en el E. N. y O., aspilleradas, y la azotea coronada de calada y torneada cornisa de tierra cocida y con simétrica colocación de jarrones, se vió forrada en su parte S., por gruesos tablones de caoba y cedro como la más empinada fortificación para nuestra defensa.

El enemigo principió por perforar todos los edificios que poseía para comunicarse y aspilleró las puertas y ventanas, formando las paralelas de casas sólidas, líneas fortificadas y segura base de operaciones. El sistema de fortificación era tan variado como su configuración; y si se tienen en cuenta las reglas de la fortificación pasajera para casos generales, se tocará la imposibilidad de atenerse á ellas por carencia de instrumentos y utensilios, en cada objeto en particular. Bajo ese punto de vista parecía que una persona perita dirigía sus trabajos.

La construcción de las barricadas era ingeniosísima. Primero aparecía la fuerte viga de madera que empujada ocultamente se detenía en el centro de una calle; seguidamente otra viga se deslizaba sobre la primera y luego otra y otra. Igual operación practicaban por el opuesto lado y quedaba la calle herméticamente cerrada y defendida.

Los sitiadores desplegaron al viento seis banderas de colores rojo, blanco y azul, con una estrella de cinco puntas blanca, sobre el rojo que formaba triángulo junto al asta.

Los sitiados engalanaron su *Periquera* con once banderas españolas, dando con sus ondulaciones tan vistoso realce á la improvisada fortaleza, que más parecía Holguín, pacífica ciudad conmemorando cívica fiesta, que campo de matanza, incendio y exterminio entre hermanos. Los buenos holgueneros no comprendían lo que ofuscados presenciaban. Todavía recordaban el ataque brusco, que no concebían, del día 30 de Octubre. Antes de amanecer se esperaba ya la acometida y apenas el sol ahuyentara las tinieblas, la sorpre-

das las cúspides y laderas de las peladas N. y O. de la ciudad la dominan, estaban abiertas de hombres, mujeres y niños, repre-garrado cuadro de numerosos israelitas que se entrar en la apetecida tierra de promisión. Los gentes querían escaparse de sus órbitas; veíase el asombro en los semblantes y sudorosas las fren-no era por temor á voraz incendio, porque todavía no había hablado de quemas; no era por miedo á ser pasa-á cuchillo, como nobles en tiempo de la Convención francesa ó hugonotes, en la terrible noche de San Bartolomé; los habitantes de Holguín no habían presenciado tales hecatombes humanas y en su inocencia no las concebían. No temían, no, al enemigo que conocían y veían rodeado de sus mujeres; pero todos presentían un funesto desenlace en su amada ciudad, rica y feliz, desde que la fundara en 1523 el capitán D. Francisco García de Holguín, natural de Cabeza de Buey, provincia de Estremadura, y uno de los compañeros del célebre Hernán Cortés en la conquista del imperio de Moctezuma.

Rechazado el mencionado ataque, después de nueve horas de tiro limpio, á la desbandada, en plazas y calles, el enemigo perseverante, retornó con nueva fuerza y elementos de sitio de todas clases.

El día 20 de Noviembre habíanse apoderado de todas las casas al S. E. y O. de la *Periquera*, posesionándose de la iglesia de San Isidoro; y pudieron completar el sitio con la toma de la iglesia de San José, donde nos hicieron nueve prisioneros, refugiándose á nuestra improvisada fortaleza veinte y dos voluntarios con el comisario de policía D. Diego González Guevara. Al oscurecer de dicho día, prendieron fuego los insurrectos al almacén de víveres y ropas del entusiasta laredano, ayudante de voluntarios de caballería, D. Manuel Nates y Bolívar (1).

Olvidábame, que á las seis de la mañana, con un cañón colocado en la casa de Peralta, que dá frente á *La Periquera*, hicieron 30 disparos, y con otro cañón al O., tres solamente contra el tambor la *Victoria*. Los proyectiles fueron balas esféricas de á 8 y lingotes de hierro de algunas libras

(1) El entusiasta Nates recibió una contusión de bala.

de peso, que almacenó en el parque improvisado el laborioso Sr. Ezpeleta.

El día 21 el incendio se generalizó en las tiendas, como la de los señores Labusta (1) y Pérez, y once casas más al O. de la casa fuerte, y creyendo sin duda anonadados á los defensores con los incendios y lo que llamaban el *bombardeo*, presentóse con bandera de parlamento una distinguida señora holguinera con su bonita hija, (que después se casó con un ilustrado capitán de artillería), acompañadas del peninsular D. Manuel Arenas, *que se interesaba por nuestra suerte desde el campo enemigo.*

El general insurrecto Manuit, de instintos conciliadores, humanitarios sentimientos, bastante culto y poco ducho en achaques de guerra, más parecía con sus gafas de oro y espuela derecha sujeta con un cordel, demócrata escribano que general batallador. En bien estudiada comunicación que envió con los parlamentarios, pedía arrogante la entrega de *La Periquera*, al comandante militar, "*á fin*—concluía—*de que el país no sufra por más tiempo las consecuencias de la obstinada resistencia opuesta por usted.*"

El comandante militar le contestó pidiéndole una conferencia en el óvalo de la plaza de Armas, la que tuvo efecto sentados en dos mecedores. Mientras duró la entrevista, los balcones y azoteas estaban atestados de curiosos, lo mismo que en la circunsferencia de la plaza, en bullicioso consorcio con indivíduos de las partidas de Bayamo, Jigüaní, Tunas, Cuaba, Cacocum, Yareyal y Mayarí.

El crecido número de expectadores que tanto se habían entregado á toda suerte de murmuraciones con la viveza y gracejo natural de los guajiros; que habían entrado y salido entre fuertes empujones para atravesar apiñada muchedumbre; que habían dirigido lascivas miradas y graciosos chicoleos á las bellas hijas del Marañón, detuvieron sus movimientos y hasta el aliento, sin duda para oir á los jefes de ambas partes beligerantes, lo que era imposible por la gran distancia que los separaba. Aquel alborotado mar de cabezas se tornó en lago tranquilo, como si estuviésemos en Rusia y se hubiese helado.

El Sr. Manuit, después de ponderar los grandes elemen-

(1) El Sr. Labusta, cabo de voluntarios, fué contuso el día 30 de Octubre.

tos de hombres, armas y municiones con que contaba, se permitió aconsejar la entrega de la plaza; y con melíflua y meditada frase insistió, invocando los seductores principios de humanidad, en las siguientes ó parecidas palabras:

—"Ustedes los españoles, nobles y valientes, siempre serán considerados como distinguidos ascendientes de los cubanos; pero si éstos no podrán olvidar su origen, están en cambio, resueltos á ser independientes, de igual manera que un buen hijo, por cariñoso que sea, se emancipa por la ley de la patria potestad en llegando á la mayor edad. Además, añadió con énfasis, ya es tiempo de que Holguin no detenga la veloz carrera de nuestra triunfante revolución. Bayamo, Jiguaní, Yara, Túnas y Santiago de Cuba, han caído en nuestro poder, y Puerto Príncipe, ya debe haber capitulado con toda su guarnición."

—"¿Cómo dice usted, Sr. Manuit, contestó con calma el Comandante Militar, que los triunfos de ustedes son tan importantes, cuando el General Lersundi me ordena que me sostenga á todo trance, que ustedes no se han apoderado más que de Bayamo; que Santiago de Cuba se defiende; que Puerto Príncipe se resiste, y que pronto me mandará una columna de las tres armas?"

—"No es posible, replicó Manuit, que usted haya recibido aviso ó comunicación de Lersundi. Tengo tomadas mis medidas y la incomunicación es completa."

El Comandante Militar contestó rápidamente inspirado:

—"Perfectamente, pero usted nada puede en contra de las afecciones individuales. La comunicación del general Lersundi, para mí, ha salido de Gibara y me ha sido entregada por un amigo que, sin embargo, obedece las órdenes de usted, Sr. Manuit."

El general venezolano, perdiendo el aplomo diplomático efectuó un brusco movimiento con la mano, y dijo con tono jactancioso:—"¿En qué quedamos, está usted dispuesto á entregarme la casa fuerte con armas y municiones?"

—"Yo no puedo entregar nada, contestó el Comandante. Hablaré á los señores que forman la Junta de armamento y defensa que preside el Sr. Rondán, á las personas más caracterizadas y oficiales del ejército y voluntarios, y participaré á usted el resultado, *que no dudo será como usted desea.*"

—"Muy bien, replicó el Sr. Manuit: *creo que nos entenderemos.*"

La conferencia estaba acabada, los espectadores voceaban y reían y después de derrochar dos botellas de espumosa cerveza, obsequiáronse recíprocamente, ambos señores, y retiráronse á sus respectivas trincheras.

A las ocho de la mañana del día 23, los señores D. Francisco Rondán, D. Gregorio Fernández de la Vega y el capitán graduado comandante de la compañía de la Corona, don Eugenio Arismendi, que merecieron la confianza de la Autoridad, bajaron á la plaza, saliéndoles al encuentro los titulados generales, D. Julio Grave de Peralta y D. Francisco Maceo y Coronel D. Luis Figueredo. Estuvieron todos cuestionando más de una hora y resolvieron retirarse á sus líneas respectivas, fijando un plazo de dos horas para que el comandante militar contestara por escrito á las proposiciones de capitulación, entregando *La Periquera*, y pudiendo retirarse á Gibara los oficiales con sus espadas y equipajes. La curiosidad de unos y otros era grandísima.

El teniente Gobernador político, comandante de infantería y militar de la plaza, hijo de la ciudad de Gerona, que inmortalizó el heróico general D. Mariano Alvarez de Castro, sin pretensiones inmodestas; pero sí con grandes pretensiones de fidelidad á la patria y honor militar, dijo á sus valientes subordinados:

—"Díceme el corazón que pronto asomarán fuerzas libertadoras. Ocupen ustedes los puestos que les están señalados y esperen lo que suceda."

Finalizó el plazo sin que la Autoridad militar contestase por escrito como se había convenido, y el venezolano, impaciente por la entrega de una plaza que le hubiera enaltecido como entendido militar, mandó otro parlamentario con un oficio corto y poco ceremonioso, en que pedía "la entrega á discreción de *La Periquera.*" La citada autoridad despidió con calma y buenos modos, al parlamentario, llamado Zaldívar, y díjole risueño:

—"Diga usted á su general que dentro de una hora yo le contestaré, y que no dude que mi contestación le agradará mucho: si no quiere esperar puede romper el fuego cuando guste; pero creo que le conviene esperar un poco."

Encerróse en su despacho el comandante Militar y man-

dó llamar á su secretario político D. Hipólito Reina Capetillo. Antes de decir por qué se le llamaba, debo consignar un hecho por él realizado.

El día 30 de Octubre, antes de amanecer, y antes que los insurrectos entraran en la plaza en son de guerra, Capetillo se disfrazó con pantalón corto y camiseta y con un tapón de corcho quemado, se pintó cara, cuello, brazos, manos y piés, cubriendo su cabeza con un pintado pañuelo de algodón. Ver á Capetillo con las rodillas algo dobladas, levantados los hombros, el cuerpo inclinado adelante, los codos unidos á las caderas, con ambas manos á la altura del pecho, con dedos unidos y uñas al frente, andando á saltitos, todos le creyeron un bozal de ingenio. Así metamorfoseado en bárbaro africano, dirigióse el retozón y fingido *carabalí*, á la plaza del Hospital Civil al S., extremo de la ciudad, y con astuta sagacidad, pudo codearse con los enemigos, enterándose de sus conversaciones, clase de armamento y jefes que comandaban las numerosas fuerzas. Capetillo, después de charlar á lo negro con cuantos hombres quiso, sin ser reconocido por la oscuridad de la noche, escabullose riendo, y entró en la Tenencia de Gobierno gritando sin fingir la voz:—"¡Ya vienen! ¡ya vienen!" Y vinieron.

El comandante Militar, por la confianza que le inspiraba Capetillo, le eligió para que fuera el portador de la contestación al Sr. Manuit. Colocado el oficio bajo tres sobres, bien lacrado, iba á ser llevado por el astuto secretario; pero no sé por qué incidente fué confiado al bombero Belis, que, enseñándolo por las calles, iba diciendo: "*¡Ya se rinden á discreción!*" Entrególo al mismo general enemigo, y mientras éste llamaba á los suyos y empleaba algunos segundos en romper los sobres, el ligero Belis, de la raza de color, y con el corazón de un valiente, se escurrió atravesando la muchedumbre que se apiñaba entusiasmada para entrar victorioso en la codiciada *Periquera*. El Sr. Manuit leyó asombrado á sus impacientes compañeros, que ya estaban preparados para celebrar á *Cuba libre* en Holguín, con repique de campanas, banquetes, luminarias, bailes y vítores, la siguiente carta comunicación:

«*Tenencia de Gobierno y Comandancia Militar de Holguín y todo su jurisdicción.*—Mis soldados saben vencer ó morir; pero rendirse bajo condiciones deshonrosas.... jamás.—Dios guarde á usted.—Hol-

guín, 23 de Noviembre de 1868.—*Francisco de Camps.*—Señor jefe principal de las fuerzas contrarias (1).»

El día anterior había recibido la mencionada Autoridad de Holguín, la carta siguiente:

«*Sr. don F. de C. y F.*—Holguín, 22 de Noviembre de 1868.—Muy Sr. mío: La resistencia opuesta por usted, ya debe cesar. Ha cumplido usted como valiente militar, y ya debe pensar en salvar la vida de las personas débiles encerradas en esa casa, que no podrá defenderse *de un asalto combinado.* Diríjome á su gran corazón en nombre de la humanidad.

«He ordenado que se le facilite á usted una vaca para que esas señoras coman carne fresca.—Patria y Libertad.—*Julio Grave de Peralta.*»

El comandante militar no contestó; pero le dió las gracias personalmente en la Plaza de Armas, evitando que Peralta le diera un abrazo, diciéndole:—"Los generales no se abrazan cuando parlamentan, se harían sospechosos." Peralta comprendió la advertencia y se contuvo; hablaron después y ambos se retiraron.

Al recibir el Sr. Manuit la comunicación del defensor de *La Periquera,* todavía insistió con solícitos modos y un oficio muy largo, y el comandante militar, para concluir de una vez, le contestó lo siguiente:

«*Tenencia de Gobierno y Comandancia Militar.*—Tengo comida en abundancia y elementos sobrados para defenderme. La insistencia impotente de usted contribuirá mucho más que á mi derrota, á mi futura gloria.

«Dios guarde á usted muchos años.—Holguín, 24 de Noviembre de 1868.—*F. de C. y F.*—Sr. jefe principal de las fuerzas contrarias.»

Rompiéronse por consecuencia las hostilidades con más cólera, con cuatro cañones: uno desde la casa de Peralta, al S.; dos desde las barricadas del E. y otro al O. en la esquina de la plaza de San José. Las balas de carabina, las pedradas y las botellas con líquido inflamado, llovían copiosamente, algunas de estas botellas eran devueltas por los defensores, distinguiéndose notablemente el valiente voluntario don Nicomedes Odriosola, que sufrió una fuerte contusión de

(1) Exceptuando la fiel y patriótica villa de Gibara, la casa de Rondán llamada por los insurrectos *La Periquera* y el Hospital Militar en el llano, toda la jurisdicción estaba en poder de los insurrectos, incluso Mayarí, por haberse retirado el destacamento de orden del Comandante General Sr. Ravenet.

piedra y una herida grave de bala en un brazo. Los licenciados, bomberos y paisanos se portaron valientemente, y los soldados de la Corona, animosos y resueltos cantaban coplas como ésta:

«*La partida de Peralta*
Ya se puede preparar,
Que si quedan diez soldados
La han de desbaratar.»

Por aquellos días, ya construido dentro del tambor de la *Muerte*, otro más sólido de ladrillos por los valientes soldados licenciados Antonio Casquero y Jaime Zomer, se mandó destruir el de madera, quedaddo admirados los insurrectos al ver aparecer la sólida mampostería.

Bien quisiéramos seguir paso á paso el diario de operaciones del sitio; pero como ya está escrito por el distinguido escritor cubano D. Antonio Nápoles y Fajardo, resumiré diciendo: los insurrectos incendiaron 45 edificios, incluyendo las casas bajas del O. de nuestro recinto con el tambor de la *Victoria;* arrojando grandes cantidades de leña seca sobre nuestros tejados, botellas de vidro con petróleo y aguarraz, mechas azufradas y pestilentes, ladrillos envueltos con trapos encendidos; rociaron con una bomba cargada de aguardiente anisado mezclado con otros líquidos inflamables las puertas, ventanas y tejados para nutrir el incendio, que producía llamas gigantescas, como si un demonio del infierno atizara la hoguera para carbonizar á los acorralados defensores de la patria, postrando las fuerzas de los beneméritos bomberos, que no cesaban en su peligrosa tarea de lanzar agua de los cinco ó seis pozos, que por fortuna se encontraba á poca profundidad, en el recinto de las casas bajas de la improvisada fortaleza. Disparáronse durante el sitio, por nuestros contrarios, ciento ochenta y cinco cañonazos; y desplomándose un día, después de crugir las paredes de una manera sorda y alarmante, *el parapeto de los valientes*, en la azotea de la casa de D. Francisco Montes de Oca, al E. de *La Periquera*, descendieron entre el torbellino de escombros á la calle, los jóvenes holguinenses Miguel de los Reyes, Juan Naranjo y Jose Heredia, salvando milagrosamente sus vidas. ¡Un recuerdo simpático á tan valientes defensores!

En medio de tantos peligros y contrariedades se observó con asombro y pesar, que la compañía de la Corona carecía

de cartuchos para los fusiles *belgas;* pues los cinco ó seis cajones de repuesto se habían inutilizado; pero el defensor D. José Carbonell, que tenía su comercio en uno de los bajos de la casa fuerte, cedió gratuitamente una gran cantidad de cohetes, truenos y ruedas de fuegos artificiales, y con la pólvora que contenían, se hicieron nuevos cartuchos, utilizando las balas. Hubo otro contratiempo: que de una gran cantidad de pistones, casi todos estaban inútiles. Afortunadamente pudieron utilizarse más de cinco mil cápsulas de escopetas de salón, que arrancándoles el balín, sirvieron de pistones en las chimeneas de los *belgas.* La comida iba escaseando, alimentándonos con arroz y tasajo, llamado *mabinga* y media ración de pan. Nuestros compañeros del Hospital Militar tuvieron que comer carne de caballo, lo mismo los soldados y practicantes que el digno médico Sr. Falcó y sus enfermos. Los heridos y enfermos en *La Periquera* fueron asistidos por los distinguidos facultativos, D. Manuel Alvarez y Céspedes, D. Fernando Montes de Oca y D. José Corrales, hijos de Cuba los dos primeros.

El comandante militar, tuvo la honra de derramar su sangre por la patria, de una herida leve en la frente; y sus subordinados entusiasmados, daban el grito de: "¡Viva España! ¡Viva Numancia!" cada vez que el enemigo disparaba un cañonazo, ó se hundía un techo entre torrentes de polvo y fuego. Así permanecieron hasta el venturoso día *seis de Diciembre,* en que penetró en la ciudad la columna libertadera á las órdenes de los ya difuntos jefes D. Francisco Méndez Benegasi y D. Marcelino García Obregón. Este valiente, ilustrado y entusiasta mártir de la patria, descansa en ensangrentada sepultura, ya cubierta de vegetación en silencioso campo, no muy distante de la patriótica ciudad de Holguín.

III.

Antes de finalizar las cuartillas que he dedicado al sitio y defensa de *La Periquera,* debo elogiar las proezas de los 15 lanceros del regimiento del Rey. Encerrados éstos con el teniente Carmona en el Hospital militar, donde dirigía el Cuerpo Sanitario el hábil facultativo D. Narciso Falcó y to-

dos dispuestos á secundar al comandante militar del Hospital, oficial de la Corona, D. Vicente Miralles, pundonoroso y valiente, pudieron, con trabajo, alimentar á los caballos con hojas de los árboles, con flores de los tiestos, con puñados de arroz y con pedazos de galleta y sobrantes de los ranchos de habichuelas y garbanzos.

Cuando todavía no estaba formalizado el sitio, propuso el comandante militar desalojar de la *Quinta de Guerra* al enemigo. Era el día siete de Noviembre y los insurrectos, en gran número, entraban y salían de la casa, situada al NO. y como á distancia de un kilómetro del camino de las Túnas. Teníanla fortificada, y la autoridad de Holguín quiso probar fortuna, paralizándoles, al mismo tiempo, los trabajos de circunvalación. A la hora convenida, salieron simultáneamente 15 voluntarios de la Iglesia de San José; 30 soldados y licenciados del ejército de *La Periquera*, y los 15 lanceros del Hospital Militar. Las fuerzas dirigiéndose paralelamente al frente, hacia la *Quinta*, marchaban en correcta formación y visiblemente iban ganando terreno: ocultáronse breves instantes al descender al río Jigüe, orillado de matorrales, y volvieron á aparecer marchando resueltos hacia los enemigos, que se rebullían como pececillos entre el agua muerta en trasparente globo de cristal

El enemigo desde la casa y fuera de ella, rompió graneado fuego, y nuestros infantes, después de nutrida descarga, lanzáronse intrépidos sobre la mencionada fortificada casa, que tomaron, llevando á su frente á los arrojados oficiales Atienza y Palma. Los bravos lanceros, entre los que se distinguió el denodado cabo Castellón, con las banderolas al viento, bien presto, en ristre las lanzas, corrían como un huracán de un punto á otro avanzando, variando de dirección, ocultándose en las ondulaciones del terreno, ya desuniéndose, ya volviendo á unirse, hasta que al fin vieron coronados sus esfuerzos con éxito: al lanzar á su sabor un grupo de insurrectos que se batieron con brío y tenacidad, de los cuales sucumbieron siete, y sirvieron de pasto, después, á las hambrientas *Auras* carniceras.

Destruido cuanto se encontró en la casa, emprendieron, reunidas las tres secciones, marcha retrógrada; pero antes de llegar á las márgenes del río Jigüe, fueron acometidos por más de 300 hombres, que trataban de cortarles la retirada.

La infantería desafió la acometida, en formación de batalla, apoyada en su costado derecho por los victoriosos lanceros, hasta que viendo que el enemigo no avanzaba, se replegaron por escalones á sus respectivos destinos, siendo recibidos por los de la plaza con entusiastas ¡hurras! Tan brillantísimo hecho de armas, nos costó la pérdida de dos caballos y la muerte del heróico lancero Francisco Reina Gallegos, pues aunque solo resultó herido, murió después de la amputación de una pierna.... ¡Gloria al valiente!

Este fué, á grandes rasgos descrito, el bloqueo, ataque y sitio de Holguín; pero á pesar de lo expuesto, con mal cortada pluma y de verdad *irrefutable*, el mencionado hecho de armas ha quedado oscurecido. Al divulgarse en la Isla el levantamiento del sitio, también se divulgó la *calumnia y la crítica*, por el que ya hoy podemos llamar, gracias al talento inmenso y colosal de Echegaray, *El gran Galeoto*, y las complicaciones políticas que sobrevinieron, otros acontecimientos que hicieron olvidar lo pasado y nuevos hechos de armas ensalzados, fueron motivos poderosos, en la sociedad de aquellos días, para que se olvidara, casi en absoluto, el valor, fatigas y privaciones de los fidelísimos holguineros, que han legado, con preciosa sangre derramada, un nombre inmortal en la historia, como sus heróicos compañeros de *Victoria de las Túnas* y *Torre de Colón*, con justicia y mayor suerte recompensados. Pero si el sitio de Holguín ha quedado relegado al olvido, y sólo han brillado, como debían, *Las Túnas* y *Torre de Colón*, esto último completamente después de 12 años, ¡12 años! la historia más imparcial y más justiciera, consignará en sus inmortales páginas, que los defensores de Holguín merecieron bien de la patria. Ella dirá que las caritativas holguineras, como las heroínas catalanas y aragonesas, fueron cariñosas enfermeras de los enfermos y heridos, sufriendo resignadas los peligros y rudos trabajos de un sitio riguroso. Ella dirá, que la gloriosa bandera española, que también defendió el valiente hijo de Guanabacoa, Pepe Antonio, y el mártir hijo de Holguín, D. Pedro Bautista Bello, acribillada á balazos, ondeó siempre en *La Periquera* y Hospital Militar. Ella dirá, que los defensores alzaban la frente con orgullo al dirigir la vista á la histórica enseña que entusiasmó al general Prim, en la gran batalla de los Castillejos, y que simboliza la disciplina, el valor y el

amor á la patria. Ella dirá que los *periqueros*, aislados como se encontraban, casi sin cartuchos y con sólo fusiles de *pistón* y *chispa*, desafiaron noblemente la muerte, al entusiasta grito de: ¡viva España! ¡viva Numancia! Ella dirá que los defensores rechazaron la capitulación, como lo ha escrito elocuentemente en la exposición que, como teniente gobernador elevó al Gobierno, con fecha 16 de Noviembre de 1869, el bizarro jefe D. Marcelino García Obregón, que con buena crítica militar y entero convencimiento, hizo la apología de los defensores con las palabras siguientes:

«Aquel brillante hecho de armas, la enérgica actitud del benemérito Teniente Gobernador y Comandante Militar...., á cuyo lado se agruparon cuantos sentían latir en sus venas la sangre hidalga de Castilla, contuvieron de tal modo á los rebeldes, que á pesar de crecer cada día en número, de recibir refuerzos y recursos de toda clase del mal rendido Bayamo, principalmente en armas y municiones que hubieran debido ser empleadas en su defensa, viendo que el puñado de defensores no recibía auxilio alguno, sabiendo que sólo tenían cajón y medio de municiones, á pesar de todo, tardó 17 días en invadir de nuevo la población, esta vez con artillería, obligando á la inmensa inferioridad numérica, que no la falta de ánimo, á limitar la defensa á tres edificios principales, á saber: el Hospital Militar, la Iglesia de San José, que días después hubo de ser evacuada, y la inmensa casa de D. Francisco Rondán, que fué el núcleo principal de resistencia y asilo de las autoridades y leales de la población.»—Después añade:—«Combatiendo constantemente, trabajando sin tregua en contener el incendio que muchas veces se llevó á cabo por los rebeldes, y que consumió cuarenta edificios cercanos, los defensores del pabellón español no sintieron jamás vacilar su ánimo; el peligro era constante y creciente, el trabajo superaba á toda humana resistencia, la vista de mujeres y niños inocentes á quienes, según toda probabilidad, les esperaba la muerte más cruel, era para ablandar el corazón más empedernido; pero la causa era grande y elevada, la agresión bárbara é injusta; y si todo esto no bastaba, la enérgica figura del noble Jefe antes citado, siempre en el peligro, en los momentos de prueba, siempre firme y animoso; el levantado espíritu de aquel puñado de soldados de la Corona, cuyos cantos alegres ofrecían con frecuencia un contraste con el estampido del cañón, el derrumbar de las paredes y el rugido de los frenéticos sitiadores, la actitud decidida y llena de abnegación de las demás autoridades judicial y municipal, alejaban todo momento de debilidad, y, sin embargo, la situación era bien triste aún para el corazón más animoso.»—Y remata su elogio de los defensores, diciendo:—«.... *nada vituperable, antes bien, llena de honra militar, hubiera sido una capitulacion en tan azarosas circunstancias, que hubiera centuplicado la importancia del enemigo en el exterior.*

Pero, vencer ó morir era su lema: la Providencia no permitió que pereciese.»

El empleo inmediato al defensor de Holguín, y la recompensa á los demás, ofrecida por el general Lersundi, cuyo ofrecimiento lo divulgó en un banquete patriótico el teniente coronel D. Francisco Benegasi, por encargo verbal del mencionado general, no se vió realizado. El buen deseo del general Dulce, mandando hacer una propuesta, tampoco tuvo resultado; y ambos distinguidos gobernantes dejaron el mando, sin que los defensores fueran recompensados *como era justo* y lo reconoció después el Capitán General de la Isla.

A los *nueve meses* de los mencionados servicios, el que fué gobernador de Holguín, recibió una comunicación del Sr. Brigadier Navarro, Jefe del E. M. de la Capitanía General, en que se le ordenaba que se sirviera pasar una propuesta de los que más se hubiesen distinguido durante el sitio de Holguín, para premiar *como era justo*, tan distinguidos servicios, *por haberse extraviado las propuestas* mandadas hacer de orden de los generales Lersundi y Dulce. Sin comentarios: hágalos el lector.

La exposición pidiendo un título para la ciudad y una medalla para defensores y libertadores, no ha tenido resultado; lo mismo que la que reprodujo el Casino Español de Holguín; así como la que se elevó á S. M. D. Alfonso XII, por el Ilustre Ayuntamiento, y lo mismo que la que suscribió con fecha 14 de Noviembre de 1878, el ex-comandante militar de Holguín, estando en Tarrasa, cursada por la Capitanía General de Cataluña.

También se negó por escrito, sin duda porque se trataba de una sola individualidad, la formación de expediente para aclarar si el ex-comandante militar de Holguín era acreedor á ser condecorado con la cruz de San Fernando de 2ª clase, cuya gracia se le negó *por no encontrar fundada la larga demora de la petición*, cuando en la instancia no se trataéa de otra cosa, basándose en casos análogos de cruces y grandes cruces de San Fernando, concedidas á los siete, á los once y más años transcurridos. ¿Cuándo las leyes serán iguales para los oficiales, generales y particulares?

He sido tan poco afortunado hasta en mis relaciones particulares que, cuántos militares de prestigio hubieran podido hacer algo por mí, para adelantarme en la carrera, han muer-

to. El general Lersundi hubiera influido directa ó indirectamente para que se resolvieran á mi favor dos propuestas pendientes; y con mucho más motivo se hubiera interesado por mi suerte, el general Dulce. Asevero lo que puedo decir y por nada del mundo me permitiría invocar en falso los respetables nombres de dos antiguos y distinguidos generales, á quienes debí, como militar, las más delicadas consideraciones de afecto; lo mismo que al general Portillo.

Ya nada puedo esperar en mi vejez y oscuro retiro. Los defensores de Holguín han sentido la negativa *silenciosa* á sus pretensiones justas, de alcanzar una medalla conmemorativa. ¿Qué hacer ante tamaña indiferencia? ¿Se habrá equivocado todo un pueblo al apreciar sus merecimientos patrióticos? Resignación, compañeros de peligros, conservad el recuerdo de lo pasado, y mostraos siempre orgullosos por haber cumplido con vuestro deber. No se ha dado importancia á vuestra heróica victoria; pero nadie, *¡oh periqueros!* podrá oscurecer vuestras glorias. Sometámonos al fallo de la opinión pública, única que recompensa moralmente.

Por último, durante el Sitio merecieron bien de la patria los peninsulares D. Rafael de Zárate, Nates, Valdés Cienfuegos, Dominicis, Mulé, Alejo de la Torre, Guillen, Batallán, Perez Duque, Rosal, Mujica, Andrés García; y los insulares Manduley, Salvador de Fuentes, García Marrón, Curbelo, Delfin, Vendrell, Alvarez y otros muchos; como igualmente las señoras y señoritas que hicieron hilas, y asistieron en el hospital de sangre, como generosas hermanas de la Caridad. ¡Muy bien por las holguineras!

Después del sitio, los compañeros de armas del defensor de Holguín, publicaron en "El Oriente," una entusiasta manifestación, que concluía con los párrafos siguientes:

«Si el pabellón siempre glorioso de la invicta España, tremola todavía sobre los muros de Holguín, á V. se debe en primer lugar, y esa gloria inmarcesible, esa suma satisfacción que resplandecerá como brillante aureola sobre su reputación militar, será el mejor legado que á sus hijos pueda trasmitir, herencia inestimable que algún día les llenará de legítimo orgullo.

«La patria agradecida sabrá admirar el servicio eminente que V. le ha prestado en Holguín. No lo dudamos un momento; pero si el recuerdo de los compañeros que aquí dejará V. es asimismo de grata compensanción, viva V. en la seguridad de que su memoria quedará eternamente grabada en nuestros corazones do quier nos conduzca el

destino.... *¡Viva España! ¡Viva Numancia!*—Rafael de Zárate.—Francisco Rondan.—Antonio Leal.—José Dominicis.—Belisario Alvarez (1).—Alejo de la Torre.—Antonio J. Nápoles.—Eugenio Arizmendi.—Francisco Puente.—Diego Gonzalez Guevara.—Manuel Nates Bolívar.—Uladislao Curbelo.—Manuel Vendrell.—Bernardo Corrales.—Fernando Montes de Oca.—Vicente Moyua.—Rafael de Palma.—Luciano Martinez.—Francisco A. Perez.—Exuperancio Alvarez (2).—Casiano Labusta.—Manuel Alvarez.—Nicomedes Odriosola».

Con fecha 3 de Febrero de 1869 hicieron otra manifestación los señores que á continuación se expresan:

«José Llauradó.—José Martinez Santo.—Nicolás Bores.—Manuel E. Montero Setien.—P. Ramos y Donfo.—Francisco Compte.—José Heredia.—Ramón Diaz.—Antonio Casquero.—Rogelio Prieto.—T. Ojea.—Agustín Jibla.—José R. Manduley.—A. Gonzalez.—J. A. Feria.—I. Dominguez.—Dionisio Perez.—Manuel Tamayo.—Delfín Hernandez.—Ildefonso Galvez.—Ildefonso Pacheco.—José Hernandez.—I. Moreno Escudero.—Mariano Zaldívar.—A. Dominguez.—G. Tobe.—T. Baltres.—Salvador Babelletbó.—Ramón Alcalde.—I. L. Vergara.—J. Cano.—A. P. Brabó.—A. Gimenez.—Pascual Torre.—Miguel Brugañal.—Hipólito Reina Capetillo.—P. Montero.—Salvador de Fuentes».

Después de levantado el sitio y de permanecer algunos días la columna salvadora en la ciudad, y de haberse casi agotado los víveres para el pueblo y tropa, el Sr. Benegasi salió con su fuerza para Gibara á buscar un convoy. A los tres días de su salida se supo que el mencionado jefe Benegasi estaba herido, y que el convoy tardaría cinco días en salir de Gibara. El comandante Militar convocó inmediatamente á la Junta de Armamento y Defensa y á los jefes y oficiales del ejército, voluntarios y bomberos y se extendió el acta siguiente:

«*Hay un sello.*—En la ciudad de San Isidro de Holguín á los once días del mes de Enero de mil ochocientos sesenta y nueve, se reunieron prévia citación, en la casa morada del Sr. D. Francisco Rondan, el Sr. comandante de Infantería D. Francisco de Camps, teniente Gobernador y comandante militar de esta ciudad, los señores de la Junta de Armamento y Defensa, los oficiales de ejército y de voluntarios y bomberos, (aquí siguen los nombres).—El Sr. te-

(1) Se le calumnió, estuvo preso en la Cabaña y le puso en libertad *personalmente* el noble general Dulce.

(2) Cubano fiel y compañero del Defensor de Holguín, murió asesinado con el desgraciado Asencio y otros de Santiago de Cuba en la finca *Santa Rita*.—¡Pobres compañeros!

niente Gobernador como presidente de esta junta, expuso: que sin embargo de que á la salida de la columna mandada por el digno jefe D. Francisco Benegasi, hizo cuanto le fué posible para dejar abastecida esta ciudad de carnes y demás comestibles, y para todos los puntos fortificados y demás vecindario, ha llegado el caso de que no obstante la economía observada en la distribución de raciones, no se cuenta con más recursos para atender al sustento de la fuerza que guarnece todos los puntos fortificados y el vecindario, que con una escasa proporción para el día hoy, por lo que se hace caso fortuito, tratar del modo de abastecer la plaza por algunos días, hasta ver si llega la columna del Sr. Benegasi; pero como para esta clase de operaciones hay que salir necesariamente al campo, ocupado por los enemigos, y puede presentarse un lance cuyos resultados no se puedan preveer; y siendo el principal objeto del Gobierno sostenerse en esta ciudad, para salvar la responsabilidad de los acontecimientos, puesto que habrá de debilitarse la fuerza de todos los puntos fortificados para reunir una columna que proteja la operación de buscar comestibles, ha dispuesto esta reunión general, para que enterados todos los señores presentes, de todo lo expuesto, disponga si consideran de necesidad absoluta, que salga fuerza armada en busca de provisiones de boca á los campos inmediatos; á lo que contestaron unánimente todos los señores presentes, *que consideraban de absoluta necesidad salir á buscar comestibles, so pena de morir todos de hambre.* En su consecuencia dispuso el Sr. Teniente gobernador que desde luego se organizase una columna que saliera con el indicado objeto, con instrucciones convenientes, y entre ellas, que para seguridad de las propiedades *se tomase nota del hierro y señal de las reses* que se recogieran, con el nombre de sus dueños. Con lo cual se dió por terminado el acto, y firmó el Sr. Teniente Gobernador con los demás señores presentes para su debida constancia.—Francisco de Camps.—Francisco Rondan.—Gregorio F. de la Vega.—Vicente Moyua.—José Dominicis.—Joaquín Martinez.—Juan de Gerona.—Manuel Gomez.—Ramón Iglesias.—Lino Granados.—Eugenio Arizmendi.—Francisco Puente.—Vicente Miralles.—Rafael Palma.—José Martinez.—Narciso Falcó.—Eduardo Alcubilla.—Belisario Alvarez.—Juan del Rosal.—Vicente Guilemi.—Andrés García.—Luciano Martinez Lopez.—José García.—Salvador de Fuentes.—Dionisio Perez.—Manuel Nates Bolívar.—Ante mí, *Manuel Misfut*».

La pequeña columna cumplió con su suerte su comprometida misión, y á la tropa y al vecindario no les faltó lo necesario para su sustento, mientras llegó el convoy de Gibara.

Pero ahora debe preguntarse: ¿fué de todo punto imposible que Holguín, después del Sitio, dejase de pasar por situación tan difícil y comprometida? Al jefe de la columna salvadora ¿no se le ocurrió que en Holguín debían estar escasos de comestibles? ¿No hubiera sido acertado que

al día siguiente de la llegada de la columna, volviera á Gibara por un convoy? Afortunadamente, el Sr. Benegasi se curó de su *herida*, y el comandante D. Marcelino García Obregón, abasteció la plaza, y Holguín estuvo siempre mejor surtido durante toda la guerra, y prestó los más brillantes servicios en su defensa, estando en constante comunicación con la benemérita Villa de Gibará, sosteniendo, en producción, la extensa zona de cultivo, defendida á balazo limpio, por los pequeños destacamentos de soldados que contaron siempre con los fieles y valientes voluntarios *guajiros*, de Fray Benito, Lindero, Corralito, Sao Arriba, Managuaco, Yabazon, Candelaria, Auras, Amacabo, San Andrés, Velasco, Santa María, Maniabón y Puerto Padre.

El Casino Español de Holguín acudió á S. M. en la forma siguiente:

Señor:

«Don Francisco Rondan y Rodriguez, Presidente del Casino Español de esta ciudad, á V. M. con el más profundo respeto y veneración, expone: que cuando el grito rebelde osó á la integridad de España en la siempre fiel Isla de Cuba, alzando pendones en los campos de la jurisdicción de Holguín, este pueblo, imitando el valor y constancia de Gerona y Zaragoza, abatió la soberbia de los que, en su orgullo insano, pretendieron tomarlo á viva fuerza después de un sitio terrible que duró treinta y siete días.

«No bastaron, Señor, á rendir á los hijos de Holguín, auxiliados tan sólo de pocos soldados del regimiento de la Corona, ni el exhorbitante número de los sitiadores que se elevaban á 5.000, ni el contemplar como día trás día quedaban encerrados en un pequeño recinto á cósta de preciosas vidas; ni el hambre y desnudez á que por último quedaron reducidos en medio de las llamas y el humo sofocante de tres manzanas de casas que á su alrededor quemaron los rebeldes para vencerlos, pues en sus pechos leales el sacrosanto *¡viva España!* les infundía alientos de jigantes para sostener, como sostuvieron, incólumne el estandarte de Castilla, siempre glorioso, siempre invencible.

«Ahora bien, Señor: Tanto sufrimiento y constancia tanta, no han tenido el premio que es debido á los pueblos que como el de Holguín, en la hora del peligro, saben con su fidelidad y valor dar un noble ejemplo á las generaciones futuras. Otros, cual Manzanillo y las Túnas, tal vez sin tanto mérito, han visto recompensados sus servicios que los llena de gloria. Y como ante los gobiernos pasados han sido inútiles las reiteradas gestiones del Ayuntamiento de Holguín para conseguir igual distinción, hoy, que al ocupar V. M., con aplauso de toda la Nación, el sólio de San Fernando, ha venido á ser el iris de esperanza para todos los españoles ávidos de justicia, se atreve el pos-

tulante, mediante autorización expresa de la Junta Directiva á elevar su voz leal.

«Suplicando reverentemente á V. M. se digne, si lo tuviere á bien, y en vista de los antecedentes que existen en el Ministerio ó en el Gobierno Político de la Isla, otorgar á la ciudad de Holguín el título de *Muy Heróica*, en justo premio del glorioso Sitio que sostuvo desde el 17 de Octubre al 6 de Diciembre de 1868, así como á sus leales defensores que no hubieran obtenido gracia la recompensa á que se han hecho acreedores y á todos en general una *medalla conmemorativa*, con lo cual dará V. M. una prueba más de la noble y levantada justificación con que siempre procede, rogando á Dios conserve dilatados años la augusta y preciosa vida de V. M.—Holguín y Marzo de 1875.

«A. L. R. P. de V. M.»

El Sr. Nates, hoy condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica y Alcalde Constitucional de Holguín, se expresó así:

«*Mocion.*—El vocal D. Manuel Nates, dijo: que si la memoria no le era infiel en Octubre de 1872 apoyó este Centro una moción del buen patricio D. Salvador de Fuentes Aguilera, que entonces era miembro de su Directiva, en la que hizo referencia del puñado de valientes que en Octubre, Noviembre y primeros días de Diciembre de 1868, sostuvieron á sangre y fuego, en la casa fuerte, el glorioso pabellón de Castilla, ante las fuerzas insurrectas, solicitando que ese hecho distinguido de armas, que en nada figura, ocupara su lugar en la historia de esa campaña. Pero, parece ser que han sido ineficaces los vivos esfuerzos hechos por este Centro, y la exposición razonada que el Ilustre Ayuntamiento elevó al Supremo Gobierno, impetrando la concesión á esta ciudad del título de *Muy Heróica*, y una medalla conmemorativa para los leales, que cual leones juraron sepultarse en las ruinas del edificio, evocando el recuerdo de Sagunto y de Numancia, antes que rendirse á los insurrectos, que á la par que con el cañón y el fusil, les atacaban con la tea del incendiario.

«El Sitio de Holguín es, indudablemente, LA FUNCIÓN DE GUERRA MAS HEROICA QUE REGISTRA LA CAMPAÑA DE CUBA, y es necesario que desaparezcan las circunstancias excepcionales que hasta ahora han impedido figure cual debe, abriendo paso al sol esplendente de la justicia y la verdad. Así, pues, insta nuevamente porque este Centro acuda en demanda á S. M. el Rey por medio de una reverente exposición, impetrando la gracia anteriormente solicitada, y propone que sea elevada al Centro Ultramarino de Madrid, por conducto del de la Habana, y que sin perjuicio, se exciten los elevados sentimientos que sobre el particular tiene demostrado el I. Ayuntamiento, para que, como el genuino representante de este pueblo, preste su apoyo y cooperación.—Dios etc.»

El Ilustre Ayuntamiento le prestó apoyo; pero el Go-

bierno de Madrid, dió la callada por respuesta, y los fieles holguineros no han sido premiados. Los envidiosos que tuvieron—entre cierta camarilla de los nuestros los defensores de Holguín—se han salido con la suya, y dá pesar que, los que fueron nuestros enemigos, reconozcan el mérito de la defensa, con más justicia, que algunos de los que se tienen por españoles, y no se batieron nunca por España.

Muertos, heridos y contusos.

MUERTOS.

Soldado de la Corona.....	Antonio Durán Fernández...	Muerto en una calle.
Idem de idem.....	Manuel Perez Villarrubia...	Apagando incendio.
Idem lancero del Rey.....	Francisco Reina Gallegos....	Herido en una carga.
Licenciado del ejército.....	Domingo Hernández.....	Apagando incendio.
Alférez de Bomberos.....	Juan Más Codina.....	Herido, se pasmó.
Lancero del Rey.....	Pedro Martínez.....	Muerto en una calle.
Comandante de milicias.....	Gabriel de Fuentes.....	Asesinado en una calle.
Preso de la cárcel.....	Jacinto Benegas.....	Sobre un tejado.

HERIDOS.

Comandante militar.....	Francisco de Camps.....	Herida en la cabeza.
Soldado de la Corona.....	Calixto Arias López.....	Defendiendo el recinto.
Idem de idem.....	Francisco Jordá Roca.....	
Idem de idem.....	Miguel Guillermón Daban...	
Alférez de idem.....	José Atienza.....	Sobre un tejado apagando incendio.
Soldado de San Quintín.....	Roque Herrería.....	Defendiendo el recinto.
Idem licenciado.....	José Alvarez.....	
Idem idem.....	Vicente Camafleites.....	
Cabo de voluntarios.....	Diego Miranda.....	Herido en una pierna.
Voluntario.....	Nicomedes Odriosola.....	Dos heridas, una grave.
Alférez retirado.....	Luciano Martínez.....	Herido y contuso.
Bombero.....	José Manuel García.....	Trabajando en la bomba y batiéndose.
Idem	Domingo García.....	
Idem	Julian Valdés.....	
Idem	Juan Serrano.....	
Idem	Bernardo Ortiz.....	

CONTUSOS.

Comandante militar.....	Francisco de Camps.....	En la azotea con una tabla desprendida.
Celador.....	José Llauradó.....	En id. con la misma tabla.
Sargento de la Corona	José Carrión.....	Defendiendo el recinto.
Soldado de idem.....	Francisco Belza.....	Idem.
Teniente de Bomberos.....	Dionisio Perez Concepción...	Apagando incendio.
Ayudante de voluntarios...	Manuel Nates Bolivar.....	En el encuentro en el Papayal
Cabo de idem.....	Casiano Labusta.....	En una calle batiéndose.
Sargento de la Corona.....	Juan Carrera Gómez.....	Batiéndose en el recinto.

MUJERES BENEMÉRITAS.

Doña Dolores Castillo, esposa del patriota cabo de bomberos Atilano Mustelier, que recibió una herida grave de bala al refugiarse á *La Periquera*.—La señora del comandante militar Dª Mercedes Valdés Almeida; la del juez de primera instancia Dª Josefa Cagigas, hija de Güines.—La caritativa Dª Juana de la Cruz, esposa de D. Francisco Rondan.—La virtuosa abuela del general insurrecto D. Julio Grave de Peralta, que murió en *La Periquera*.—Las señoritas de Montes de Oca; las de Alvarez y Céspedes; la cariñosa esposa del que fué capitán pedáneo D. Exuperancio Alvarez, fusilado después, arbitraria y despóticamente en la finca de Santa Rita. Todas hicieron hilas para los heridos, y se prestaron generosamente á asistir á los enfermos en el improvisado hospital de sangre.

¡Un recuerdo cariñoso para tan dignas cubanas!

Para que se sepa cómo fué juzgado entonces el Sitio de Holguín, copiaré algunos párrafos de un bien escrito artículo que publica el "Diario de Barcelona," con fecha 9 de Noviembre de 1869, debido á la galana pluma del Sr. brigadier Mola y Martinez.

. . . . . .

«Holguín, foco de una conspiración vasta que se extendía á la mayor parte de los pueblos de su jurisdicción, era uno de los objetivos predilectos de los sublevados, y uno de los puntos que se proponían ocupar como el más capaz de ofrecerles en aquella comarca los recursos que necesitaban para organizar y dar vida á la insurrección..... A la audacia del ataque fué respondiendo la energía de la defensa, y en el mes y medio que puede decirse que duró el sitio de Holguín se reprodujeron, si bien en menor escala, varios de los episodios del sitio de Gerona, recuerdo que debió influir, seguramente, en el ánimo de un militar, hijo de una ciudad que inmortalizó el nombre del general Alvarez.....

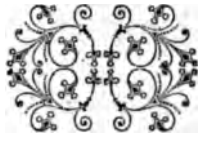
«No es nuestro objeto *hacer la historia* circunstanciada de un sitio que constituye una de las páginas más brillantes de la guerra que los españoles sostienen en la Isla de Cuba, sino poner de manifiesto en medio de tantísimos sucesos insignificantes ensalzados hasta el ridículo, un hecho de armas de importancia, una defensa notable que honrará siempre, al jefe que la dirigió y que no olvidarán los habitantes leales de Holguín que compartieron con él la gloria, los peligros y privaciones de un sitio memorable tan honroso para las armas españolas.....

»No descorazonó al teniente Gobernador de Holguín la perspectiva de un sitio más ó ménos largo, careciendo como carecía de un repuesto de municiones y víveres; á todo suplió su buen deseo y su resolución de dejar en buen lugar la honra y el buen nombre de España.....

»En Holguín como en Gerona, hubo también falta de víveres, escasez de municiones, privaciones de toda especie, brechas reparadas, salidas temerarias, asaltos rechazados, proposiciones de capitulación

dígnamente contestadas, extratagemas y seducción, y un jefe que estuvo siempre á la altura de las circunstancias, y cuya voluntad inflexible se endureció con el peligro. Cuando el enemigo recurrió al incendio que trató de propagar á los puntos fortificados desde las manzanas contiguas, empleando materiales y líquidos inflamables, el ingenio y el valor de los sitiados frustaron los propósitos de los enemigos, como habían hecho infructuosos sus variados medios de ataque».....

Doy fin al Sitio de Holguín con las patrióticas palabras de mi fiel compañero de peligros, y distinguido escritor cubano, hermano del célebre *Cucalambé* D. J. Antonio Nápoles Fajardo: "*Todo por España, sin España nada.*"



APENDICE.

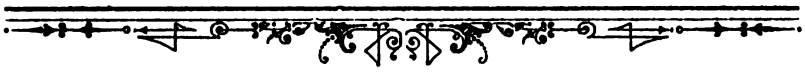
El sitio de Holguín es un hecho de armas muy notable que quedará obscurecido. El historiador de la *Guerra de Cuba*, cuando todos los que la hicieron estén muertos, apenas encontrará antecedentes: algunas comunicaciones en la Comandancia General de Santiago de Cuba, otras en la Capitanía General de la Isla, y en la Comandancia Militar de Holguín algunos detalles más (1); pero no suficientes para comprender lo que allí se hizo por un puñado de valientes. Como jefe que fuí durante el sitio, carezco de todo mérito para pretender que se me tenga por un héroe: yo no hice más que cumplir con mi deber, como hubiera cumplido el último jefe del ejército. Defendíme en la tenencia de Gobierno: encerréme *por fuerza* en *La Periquera* (2), y la bandera española, que es lo esencial, permaneció ondeando acribillada á balazos, hasta la llegada de las tropas libertadoras. Durante los largos días de riguroso sitio, no tuve ocasión de probar que poseía ó no, grandes conocimientos; ni combinaciones tácticas, ni estratégicas, eran necesarias, pues en la defensa de una sola casa, más que la cabeza, obra el corazón: si demostré que sabía morir por mi patria, también lo probaron mis denodados subordinados, más que yo. Hecha esta salvedad, no puedo menos de elogiar con todo mi agradecimiento y entusiasmo á los *periqueros*, tan arrojados, tan sufridos y tan fieles, lo mismo los cubanos que los peninsu-

(1) Los documentos y comunicaciones, bandos y proclamas que el defensor dejó archivados, han desaparecido, y lo que queda sin orden y concierto, no arroja luz bastante para comprender el mérito de la defensa. (Yo examiné el archivo en 1876.)

(2) Los sitiadores dieron por broma en llamar *periquitos* á los sitiados y Periquera, á la casa fuerte, comparándola con una jaula. Tan popular se hizo el burlesco nombre, que hasta hoy la casa del Sr. Rondán no se conoce con otro, y con el mismo se la designa en las comunicaciones oficiales. El periódico más conocido de Holguín llevaba por título *El Periquero*.

lares, los soldados que los voluntarios, los licenciados del ejército, que los honrados bomberos; los paisanos rondando en el recinto, que las señoras sacando hilas para los heridos.

La historia podrá callar, ó decir muy poco del sitio de Holguín, elogiar otros hechos verdaderos y *muchos falsos;* pero ya que se ignoran, casi en absoluto, las ocurrencias de Holguín, por más que en toda la Isla se comentaron entonces con las invenciones de la fantasía, favorables generalmente, he querido dar fe con toda veracidad de cuanto *ordené*, *practiqué* y *presencié*, como deuda para con mis camaradas, no tocándome como jefe de la plaza, más que la suerte de haber participado de las privaciones y peligros *de un sitio memorable tan honroso para las armas españolas.*



CAPITULO II.

TIEMPOS TUMULTUOSOS.

El General Dulce.—Un preso en la Cabaña.—Destituciones.—El Sr. Crespo.—El teatro de Güines.—Relevo del Sr. Luzón.—Fin.

«Es el otro elemento de que pueden seguirse no menos males, «el patriotismo exaltado, pero falto de sinceridad de algunos, aun«que, por fortuna, pocos que, bajo la apariencia de aquel noble «sentimiento, aspiran á ejercer cierto influjo para hacer triunfar «bastardos é ilegítimos intereses.

«Estos elementos de perturbación son los que expulsaron al ge«neral Dulce, Capitán General de la Isla; los que, después de ata«car indignamente en un libelo la probidad del general Pelaez, «contra el general Letona, brigadier López Pinto y algunos otros «jefes, también de las tropas peninsulares, así como más tarde pro«movían los desórdenes que en un día de tristísima memoria llena«ron de espanto y luto á la ciudad de la Habana».....

El Marqués de la Habana.
(Memorias sobre la guerra de la Isla de Cuba.)

«Sin embargo, la opinión estaba ya formada. y no los voluntá«rios, sino una fracción guiada por inconscientes sujetos, instrumen«tos á su vez de astutos laborantes ó interesados de otra especie, «precipitaron de su elevado puesto á una autoridad, cuyo relevo, á «su petición, cruzaba ya los mares.»

El Brigadier Acosta y Albear.
(Pasado y Presente de Cuba.)

«La causa de haber sido destituida la primera autoridad de «Cuba en 1869, fué el haber llevado á cabo una política conciliadora «y tener la energía suficiente para no dejarse arrastrar por los mu«chos partidarios de la intransigencia.»

El Coronel Jiménez Castellanos.
(Sistema para combatir la insurrección.)

«Voluntarios: Creed en la palabra de un soldado, cuya sangre «ha corrido muchas veces en defensa de nuestra patria: todo por la «ley.....Españoles todos..... ¡Viva España!

Domingo Dulce.
(Proclama.)

«Insulares y peninsulares, os hablo en nombre de España, en «nombre de nuestra madre. Unión y fraternidad. Olvido de lo pa«sado y esperanza en el porvenir. ¡Viva España con honra!»

Dulce.
(Proclama.)

I.

El general Dulce, que relevara al general Lersundi, fué recibido en la Habana por los peninsulares de *alta talla*,

enemigos de la revolución de Septiembre, con marcada é injusta frialdad. Con gran previsión, por la falta de fuerzas que esperó de la Península, lo primero que hizo el digno gobernante fué publicar un indulto de 40 días (1).

Algunos hombres resueltos se impusieron á la débil mayoría en contra de la Autoridad que, por otras causas injustas, difíciles de explicar, iba, por momentos, perdiendo el prestigio y popularidad que más había menester en tan complicadas y azarosas circunstancias.

Ciertos periódicos, no siempre independientes cuando desaparece del ánimo la calma, añadieron con sus exaltados escritos, á las veces interesados y llenos de mala fe, inflamable combustible al incendio, contribuyendo cobardemente al descrédito de tan ilustre patriota y benemérito general.

Postrado por crónica dolencia; y por el sólo deseo de servir á su patria, sin ambición de empleos, honores y riquezas que le sobraban, hizo lo que humanamente era posible; publicó un indulto llamando amorosamente á los descarriados; decretó el embargo de bienes, para mermar al enemigo sus recursos; dictó severas penas para los delincuentes; amparó al inocente calumniado; fué protector y amigo de muchos criollos; reglamentó á los voluntarios, lo cual realzó la institución; se desprendió de todas las fuerzas del ejército y confió á los cuerpos de voluntarios la defensa del departamento occidental con todas sus fortalezas.

El siguiente episodio dará á conocer quién era Dulce.

En aquel entonces estaba preso en la Cabaña el coronel comandante de voluntarios, más tarde condecorado con la placa roja de 2ª clase del Mérito Militar, D. Belisario Alvarez y Céspedes, por una vil calumnia que atacaba groseramente su fidelidad.

Cuánto se inventaba en su descrédito, por personas que en poco tienen el honor ageno, lo desmentía la conducta de Alvarez, que fué uno de los más decididos defensores en la *Periquera* de Holguín y por tanto leal compañero del jefe de la plaza.

Este no podía olvidar en la desgracia á su buen amigo y

(1) En Holguín se recibió el indulto dos días antes de cumplirse, por cuyo motivo no se interrumpieron las operaciones *un sólo día*. ¿No sucedió lo mismo en otras jurisdicciones? El general Dulce esperaba fuerzas indispensables, y no confiando en el indulto, no se dió prisa en comunicarlo á todos los Jefes que operaban.

camarada, y creyó de su deber acudir ante el General Dulce pidiéndole, con súplica patriótica, la inmediata libertad del preso; la obtuvo, en el acto, pero de nada le sirvió por haber opuesto resistencia á su cumplimiento algunos indivíduos en la fortaleza. Regresó á la Habana el portador de la orden de libertad con un mundo de ideas en el cerebro, si bien agradecido al resuelto comportamiento del capitán de voluntarios D. José de Rojas que supo mantener sumisa á su compañía y obediente á las órdenes del coronel D. Miguel Antonio Herrera, sólo sin el auxilio del irresoluto gobernador de la fortaleza, en aquel alborotado mar de las pasiones de la canalla.

Sabedor de lo ocurrido el Sr. General Dulce, le dijo al que esto escribe, el 25 de Abril de 1869:

—"Señor Comandante: el preso saldrá en libertad porque lo quiero, y lo mando; ahora mismo voy á la Cabaña."

—"Yo deseo acompañar á V. E., mi General."

—"No venga U. Es U. joven y no debe comprometerse inútilmente; yo soy viejo y lo mismo me da vivir que morir."

—"Pero mi General...."

—"Nada, déjeme usted solo."

Vistióse Dulce de uniforme, púsose la gran cruz de San Fernando y digno y resuelto subió á pié, con gran trabajo corporal, la empinada y molesta cuesta del Castillo; dirigió su palabra á los jefes; dió órdenes terminantes al gobernador militar; recomendó la obediencia á los oficiales, elogiando al calumniado preso; y ordenó, con resolución, la inmediata soltura de Alvarez y Céspedes. Esta se llevó á efecto poniéndose de de acuerdo el gobernador de la Cabaña con el coronel de voluntarios D. Julián de Zulueta, quien tuvo la delicadeza de dimitir la coronelía, como medio de aplacar á los murmuradores, conservándola por consejo de los más cuerdos, después.

La abnegación, dignidad y arrojo del General Dulce, propios eran de los héroes de Plutarco y muchos españoles, digan lo que quieran los apasionados, aplaudieron la conducta de la superior Autoridad.

La opulenta capital de la Isla habíase transformado, debido á la guerra de exterminio en los campos, á las incesantes conspiraciones en los pueblos, y á la numerosa emigración de las familias criollas. Más que una gran ciudad, la

capital de la reina de las Antillas, semejaba un pueblo grande de provincia. Ya habían desertado de sus paseos las ataviadas damas en lujosos coches; de los teatros y de los centros elegantes había desaparecido la culta juventud habanera. Nuevas gentes ocupaban el lugar de éstos y se tenía á gran gala ostentar nacional escarapela en sombreros de *jipijapa*, símbolo honroso que se vulgarizó hasta el punto de llevarse con el traje de paisano; y no era raro, antes bien frecuente, que los vendedores de periódicos ó los carretoneros en camiseta y sin medias, luciesen gallardamente la simpática divisa

Muchos cubanes eran considerados como insurgentes, y algunas autoridades desacatadas. Dignos generales y jefes tuvieron que abandonar los mandos que ejercían y alguno, no fué arrastrado, por milagrosa intervención de la Providencia.

El entonces coronel de E. M., D. Arsenio Martínez Campos, defendió con energía, en los periódicos, la conducta del benemérito general Peláez, que era acusado de facilitar salvo-conductos á los jefes insurrectos.

Ocupémonos otra vez del general Dulce (1).

El denodado defensor del palacio real de Madrid en 1841; el valiente comandante general de Lérida; el popular y siempre querido capitán general de Cataluña; el heróico jefe de caballería; el liberal gobernante de *España con honra* en esta Antilla, vióse constreñido á dimitir bajo el peso de sus males físicos, y por las ofensas causadas á su honor y patriotismo. Los gérmenes de la política de Dulce quedaron; ya habrán de cosecharse sus frutos.

Todo su patriotismo no fué eficaz para logar que se respetase su autoridad, no por los criollos, que en nada la atentaron, ni por los voluntarios *guajiros* que perseguían de cerca á los revolucionarios. Los voluntarios habaneros estaban preocupados por la gravedad de los acontecimientos; una turbulenta minoría se impuso, por el terror, al mayor número. Si en aquellos momentos, un general, de los muchos que había, ó un coronel de voluntarios, de prestigio, hubiesen socorrido al desamparado general, la muchedumbre hubiera obedecido; faltó la iniciativa, y el pundonoroso general fué

(1) Ni uno sólo de los generales que mandaron después que él, fué ni más graciable, ni más severo. Léanse sus órdenes y proclamas.

víctima de la intransigencia azuzada por personajes ocultos y de la inconcebible frialdad de las autoridades que no supieron impedir que se abusara del patriotismo, como de la obediencia indebida de los voluntarios que no sabiendo qué partido tomar, se colocaron á las órdenes de sus jefes.

Al cruzar el general Dulce la Plaza de Armas para el muelle, donde debía embarcarse, pudo considerársele un general victorioso. Todo el pueblo se descubrió y no se hizo un sólo ademán impolítico. De todos los labios se escapaba esta honrosa exclamación: "¡qué General tan valiente!"

Tan ilustre español murió poco después en tierra de Francia, mereciendo su memoria que el ministro de Ultramar D. Adelardo López de Ayalá, dijese en plenas Cortes: "SU PATRIOTISMO RAYÓ TAN ALTO, POR NO PERJUDICAR LA CAUSA ESPAÑOLA, QUE MURIÓ SILENCIOSO EN TIERRA EXTRANJERA."

El gran principio de autoridad tan indispensable en toda sociedad constituida, estaba sujeto á los caprichos de una equivocación popular, muy frecuente en los más aciagos tiempos de la historia de los pueblos; por eso no es de extrañar, conocido el entusiasmo patrio de los habitantes de la Isla de Cuba, que algunas autoridades, como por ejemplo, la de Matanzas, pasaran por grandes complicaciones.

De lo ocurrido en Güines, fuí testigo presencial por lo que paso á referir.

Hallábase de teniente gobernador de la jurisdicción el comandante de infantería D. José Luzón. Algunos hombres de buena fé y otros muy pérfidos, reuniéronse á las once de la noche en la gran plaza de la villa, y, á voces, pedían la destitución de la Autoridad. Dirigiéronse luego, en confuso tropel, á la Tenencia de Gobierno, y allí en presencia de Luzón le exigieron, sin miramientos ni rodeos, que entregase el mando y dejase *inmediaeamente* la población.

El digno gobernante contestó:

—"Estoy sólo, cedo á la *fuerza únicamente:* me marcharé."

—Señores:—dijo el que esto escribe—el Sr. Gobernador se marchará en el primer tren de mañana, ¿no respetarán ustedes su autoridad?

El ruego fué oído: el destituido gobernador salió, en efecto, para la ciudad de los dos ríos en el tren de la mañana siguiente: retornó después.

Al otro día llegó á la simpática villa el acaudalado pro-

pietario, vocal del comité liberal conservador de Matanzas, Sr. Crespo, acompañado del Sr. Ceballos como secretario; y después de conferenciar conmigo, suponiéndome alguna influencia con los voluntarios, por haber sido instructor de una compañía, nos dirigimos todos al Teatro, cuyas localidades fueron tomadas por asalto. Constituida la presidencia por Crespo acompañado de Ceballos, y el capitán de voluntarios D. Felipe Chicola, tomó la palabra el Sr. Crespo y dijo:

—"Señor de Camps, sírvase usted recomendarnos á la benevolencia de este respetable público."

Hízose así: silencio sepulcral.

Seguidamente el Sr. Crespo, en un lacónico discurso habló en favor de la autoridad constituida, cediendo la palabra al Sr. Ceballos, quien, con fácil y abundante fraseología, hizo elocuentemente la defensa del salvador principio de autoridad, elogió la honrosa institución de voluntarios (1); y demostró con razonamiento irrefutable la conveniencia de una reconciliación para no establecer un pernicioso ejemplo indisciplinario de fatales consecuencias siempre y, singularmente, cuando estaba amenazada la integridad de la patria.

Accedieron los oyentes con la condición de que el teniente gobernador presentaría su dimisión. Abandonóse en este concepto el local, y en opíparo banquete luego, se comentaban los acontecimientos del día.

Corría el tiempo y el Sr. Luzón no se marchaba; mas, comprendiendo que se murmuraba, y temeroso de otra despedida quizás peor, ocurriósele otra reunión teatral en mal hora concebida.

El teniente gobernador tomó la presidencia, colocando á su lado derecho al comandante de húsares de la Habana, D. Juan A. Bances, y otro jefe de voluntarios, y á su izquierda, conmigo, al capitán Chicola. Hizo un elogio de los voluntarios y ponderó la conveniencia de la unión de todos; pero como los ánimos estaban exaltados, no faltó un indivíduo en el patio, que profiriera palabras groseras é inconvenientes, dando lugar á un nutrido murmullo de digna y decorosa reprobación del público ofendido.

Para cortar tan desagradable incidente, el Sr. Bances se

(1) Debemos dejar sentado que todo fué obra de una minoría: los más ni tomaron las armas ni formaron.

apresuró á pedir la palabra, y con el prestigio que le diera su vistoso uniforme de comandante de húsares, que hiere siempre las imaginaciones de la turba, se expresó con patriótico entusiasmo. Abogó con entereza por el principio de autoridad y no escaseó los elogios para el Sr. Luzón.

Los oportunos esfuerzos del Sr. Bances y los que por mi parte hice, contribuyeron á que la reunión se disolviese. El comandante D. José Luzón fué relevado....

II.

Desde la Punta de Maisí al Cabo de San Antonio, no puede reprocharse la conducta de los voluntarios.

Lo que ocurrió en varias poblaciones, por ejemplo, el asesinato del Sr. García, en Güines, fueron crímenes horribles, pero comunes, que no han sido castigados; la injusta destitución del general Dulce y el fusilamiento de ocho estudiantes casi niños, hecho juzgado ya, fueron obra de unos pocos, secundados por otros, á que dió fundamento, ¡parece increíble! la debilidad de las autoridades.

Los españoles valientes se escandalizaron; nuestros marinos trataron hidalgamente á los deportados; los estudiantes condenados á presidio, uno de ellos el Sr. Valdés Domínguez, á quien se dió un *banco*, fueron puestos en libertad; y tanto el rey D. Amadeo I de Saboya, como los diputados señores Ulloa y Salmerón, escritores como Díaz Quintero y general D. José de la Concha, y el Ministro de Ultramar, todos, hasta nosotros que nos batíamos en la *manigua* lamentamos la carnicería de los estudiantes, que no puede imputarse, como por desgracia se ha hecho, á la noble España (1). Desde entonces se ha dicho: "¡FUERON INOCENTES!"

Sería grande y magnánimo el gobierno que levantase en la Punta un monumento á la memoria de aquellos niños, con esta inscripción:

"¡FUERON INOCENTES! ¡VIVA ESPAÑA!"

Puedo asegurar por lo que ví dentro y fuera de Palacio,

(1) A nuestra llegada á España recibimos desde Santander, distintas demostraciones de afecto. Y en las Universidades de la Península, y en los diversos centros sociales, fueron siempre los estudiantes de Medicina de la Habana, estimados y agasajados por todos—*Fermín Valdés Domínguez. El 27 de Noviembre de* 1871.—*Habana.—«Imprenta La Correspondencia de Cuba.»*—1887.

que sólo en apariencia puede deducirse el proceder tumultuoso de todos los voluntarios de la Habana. La inmensa mayoría de éstos, insulares y peninsulares, se lamentaban de tales ocurrencias que carecían de explicación. Muchísimos viven todavía; y por lo que oí á más de doscientos voluntarios, en el fuero interno de su alma, eran tan contrarios al tumulto, como el militar que escribe estas páginas.

Toda la Habana sabe, y nadie podrá desmentirlo, que unos grupos de hombres, poco conocidos, entre los que había voluntarios vestidos de paisanos, y hasta ví con profundo disgusto cuatro oficiales, sin uniforme, sin duda para ocultar su indisciplina, á sus compañeros de ejército, cuyos nombres afortunadamente se me han olvidado, se permitieron calificar entre las soliviantadas turbas, de antipatriótica la conducta de algunas autoridades, frente al hotel *Telégrafo*. Nadie se acordaba de Dulce. Los mencionados grupos se dirigieron á la Plaza de Armas, y frente á Capitanía General prorrumpieron en voces contra la Autoridad superior, obedeciendo la consigna que de *un sólo* indivíduo habían recibido y que la muchedumbre aceptó, como sucede en tales casos. Los voluntarios en su mayoría no se daban cuenta de lo que veían; los insulares porque les era simpática la personalidad del General; los peninsulares, unos por patriotismo, otros porque eran adictos al gobernante.

Yo, que era de éste, oía. En la calle de los Oficios me dijo un capitán de voluntarios:

—"¡Qué vergüenza!"

Un coronel lamentaba las consecuencias que aquello podía ocasionar.

En la Plaza de Armas, un general (cuyo nombre callo) daba apretones de manos á indivíduos de la turba, en mangas de camisa: volví la cabeza disgustado y subí á paso acelerado la escalera de la Capitanía General, dirigiendo en su primer escalón, una expresiva mirada al lugar en que estuvo la estátua del gran Cristóbal Colón. No me fué posible ver en aquel momento al General Dulce y me senté. Los salones de la Capitanía General me parecieron pequeños templos en jueves santo. Todo eran entradas y salidas, todo vueltas y revueltas: oí palabras dignas, las oí también impropias entre guerreros. Por fin el ayudante Anleo, que era adicto á su general, me dijo:—"Entre usted." El general Dulce sin levan-

tarse, y con gesto enfurecido, me tendió la mano, y se me asomaron las lágrimas, que no pude contener. Me dijo:

—"Ya lo vé usted, me dejan solo y.... yo que tenía confianza en.... ya me la pagarán...."

Después me dijo, lo que debo silenciar porque afecta sólo á mi persona, y añadió:

—"Los voluntarios son buenos, pero carecen de dirección. Puede usted retirarse y mañana, vuelva usted. Anleo que le facilite la entrada."

Antes de retirarme, ví que un oficial de voluntarios ofrecía sus servicios al general Dulce. Al toque de las cornetas formaron los batallones; pero gran número de insulares y peninsulares no acudieron á la formación, y muchos que viven todavía no me desmentirán. El capitán que mandaba la guardia de Palacio, y sus voluntarios, buenos españoles, fueron unos valientes que estaban resueltos á defender á todo trance la entrada de las turbas. Siento no saber el nombre del valiente capitán y los de los denodados voluntarios que por su fidelidad, patriotismo y disciplina, conservaron ilesa la honra de su batallón, y demostraron por su energía, al mundo entero, que la responsabilidad del punible y descabellado movimiento no caería sobre el brillante cuerpo de voluntarios; pues si éstos hubieran tomado la iniciativa, con un jefe á la cabeza, los voluntarios que estaban de guardia se hubieran unido resueltos y entusiasmados á sus dignos compañeros.

Una comisión de voluntarios, despues de algunos cabildeos secretos, se personó en Palacio, y un *oficial subalterno*, no un general ó coronel, como parecía natural y correcto, tomó la palabra, sin consideración al General Dulce, que representaba dignamente el principio de Autoridad en esta apartada tierra española.

Los batallones, entre tanto, no sabían lo que pasaba y las mentiras, las calumnias, y las noticias de sensación en favor de España, volaban de grupo en grupo para desorientar á los fieles voluntarios. A unos indivíduos vestidos de uniforme, les oí decir:

—"Parece que se ha nombrado una comisión."

Y como yo les preguntara qué objeto tenía, me contestaron:—"No lo sabemos; hay muchas versiones, y sólo Dios sabe lo que ocurrirá, sea lo que fuere, nada nos han dicho.

En otro grupo, un hombre de levita negra con corbatín muy parecido al que usan los capellanes de batallón, decía á diez ó doce voluntarios, vestidos de paisanos:—Si no ahorcamos á Modet, á Dulce y á todos los traidores, la Isla se pierde para España. Esto y mucho más se decía para soliviantar los ánimos de la fuerza ciudadana. He sintetizado á grandes rasgos lo que ocurría en las calles, lo que pasó, lo que ví y oí, y que confieso honradamente sin pinturas simbólicas y mentirosas exageraciones.

Una pregunta:—¿Quién fué el responsable de lo que ocurrió? ¿Quién fué el personaje funesto que tuvo habilidad y prestigio para iniciar el movimiento criminal que debía dar al traste con el principio de autoridad, más necesario que nunca en tiempo de guerra? La historia calla su nombre, y no ha habido Gobierno que haya tratado de averiguarlo: prueba plena, de que no hay gloria personal que reivindicar; pero como es menester decir algo, se apela á lugares comunes, sacrificando la reputación de un militar valiente, de una autoridad honrada, de un político humano y liberal, de un buen español que murió sin defensa y abandonado en país extranjero, para vergüenza de nuestros gobiernos. También se ha permitido que se diga, que los voluntarios de la Isla de Cuba fueron los que expulsaron al general Dulce. ¡Qué error!

La conducta en Güines, de los Sres. Crespo y Ceballos; la observada en la mencionada villa por el Sr. Bances, otro jefe de voluntarios y el capitán Chicola; la resolución y buen comportamiento de los coroneles Zulueta y Herrera (D. Miguel Antonio) la entereza y valentía en la Cabaña del capitán D. José de Rojas, en unión de todos los oficiales, sargentos, cabos y soldados de la 2ª compañía del 2º batallón de voluntarios; el comportamiento brillante del capitán, oficiales, sargentos, cabos y voluntarios que estaban de guardia en Palacio, y que todos se hubieran sacrificado en defensa del general Dulce, como así lo dijeron y con voz muy entera el denodado capitán comandante de la guardia; son valiosos antecedentes para comprender el espíritu de todos los cuerpos de voluntarios; pero espíritu que se falseó con la conducta pusilánime y extraña de los generales con mando y demás autoridades que no se pusieron resueltamente al lado del Capitán General, dejando que la anarquía se enseñorea-

ra, con asombro de las gentes sensatas, da la ciudad de la Habana, mientras otras de menos importancia se batían por España, adquiriendo alta honra los abnegados voluntarios, á quienes no toca responsabilidad alguna por las ocurrencias de la capital.

Es verdad que á raíz de lo ocurrido, y hasta con discreto acuerdo de algunos bien intencionados, dada la barbaridad que se había cometido y la gravedad de las circunstancias, se quiso legalizar el acto de anarquía; enalteciendo la disciplina y amor á España de los voluntarios y considerando lo pasado como una explosión de entusiasmo de un pueblo digno y amante de sus antiguas glorias; pero la persona que escribió el "*Manifiesto á la Nación,*" no tuvo la cordura y grandeza de alma de respetar la reputación del desgraciado general Dulce; fué inhumana, exagerada é injusta: la historia reparadora, dará su fallo sobre tan alevoso documento, que se conserva como borrón de falso patriotismo (1).

Y mientras, ¡ilustre General Don Domingo Dulce! no obtengas la reparación de los atropellos y calumnias que sufriste en el último año de tu preciosa vida, recibe esta sincera muestra de cariño de un oscuro soldado.

(1) Decía el manifiesto, entre otras cosas, lo siguiente:..... «la protección dada (por Dulce) á jefes notados de venderse el oro del enemigo.....» Mentira, mil veces mentira.—*Nota del Autor.*

CAPITULO III.

CUBA LIBRE.

Apuntes sobre organización.—Periódicos.—Armas é institutos.—Generales insurrectos.—La guerra duró doce años.—Majá.—Acción de la Sacra.—Palabras del Sr. León y Castillo.—Partidos políticos.—Los campos.—Los franceses en Rusia y los defensores de Cuba.—Presentaciones.—La mujer cubana.

—

«El C. Antonio Zambrana pidió que se determinase que la «organización del ejército sería objeto de una ley especial. «Así quedó resuelto por la Cámara.»

El Cubano Libre.

I.

De las 3.804 leguas cuadradas de superficie que formaban los treinta y dos distritos de que se componían los tres departamentos en Cuba, solo aproximadamente mil leguas no sufrieron el atroz azote de la guerra, ni fueron alumbradas por las llamas del incendio.

La Meca de la insurrección, la histórica Bayamo, fué torpe y estérilmente reducida á cenizas por D. Carlos Manuel de Céspedes, primer caudillo de la insurrección y presidente de la *república cubana.*

Guáimaro, fué quemado igualmente, después de discutida y aprobada la constitución democrática, en cuya segunda sesión de cortes, el día 11 de Abril de 1869, se aprobó con muy lijera discusión, la bandera de la república, de colores blanco y azul y un triángulo rojo con una estrella de cinco puntas, infringiéndose intencionalmente las leyes de la he-

ráldica, (1) que exigían que el triángulo fuera azul. Así quedó reconocida la bandera que se alzó en Yara, y que era la misma de Narciso López en 1851.

La cámara de representantes ordenó que se dividiera la Isla en cuatro Estados: Oriente, Camagüey, Villas y Occidente. El primero con las jurisdicciones siguientes: Baracoa, Guantánamo, Sagua de Tánamo, Santiago de Cuba, Holguín, Jiguaní, Manzanillo y Bayamo. El segundo, Las Túnas, Nuevitas y Puerto Príncipe. El tercero, Sancti Spíritu, Remedios, Trinidad, Villa Clara, Cienfuegos y Colón. El cuarto, Cárdenas, Matanzas, Güines, Jaruco, Habana, Santa María del Rosario, Guanabacoa, Santiago de las Vegas, Bejucal, San Antonio, Guanajay, San Cristóbal, Bahía Honda, Pinar del Río y Mantua.

Acordó la cámara, después de bien examinado el voto relativo á la ley de organización militar, que ésta contuviera los siguientes institutos: infantería, caballería, artillería, ingenieros, estado mayor, inspección general, administración, sanidad y policía Los grados del ejército cubano eran los siguientes: Presidente generalísimo, comandante general en jefe, lugar-tenientes generales, mayores generales, brigadieres, coroneles, tenientes coroneles, comandantes, capitanes, tenientes, subtenientes, sargentos, cabos y soldados.

Nombróse un lugar-teniente general para el mando en jefe, de las fuerzas de cada estado, que constituían un cuerpo de ejército y éste organizado en divisiones, brigadas, regimientos, batallones, compañías y escuadrones. No se olvidaron de la organización judicial, ni de la administración central, ni de la particular de cada estado, ni del código penal; ni ¡oh previsión! de la escuadra.

El C. Presidente para entusiasmar á sus secuaces, expuso en un breve discurso en las cámaras que él respetaba el nuevo orden de cosas, concluyendo por desprender de su traje las insignas de su mando militar, que puso á disposición de las cortes, dando á entender, con esta acción aparatosa, que todos los jefes debían desprenderse ante ella de la autoridad que habían poseído hasta entonces. La ocurrencia produjo ruidoso entusiasmo entre los numerosos espectadores.

Encendida la sangrienta guerra, los campos viéronse do-

(1) Como lo probó D. Ignacio Agramonte.

minados por los partidarios de *Cuba libre*. Léanse los periódicos de aquella azarosa época: "El Cubano Libre," "El Tinima," "La Estrella Solitaria," "El Mambí," "La Revolución," "El Boletín de la Guerra" y, más modernamente, "La República," y se verá que, los cubanos armados, se manifestaron enemigos de Cuba española.

Con la lectura de los mencionados periódicos, los alardes de la cámara democrática, especie de *Convención*, que con su exagerada dictadura nombraba los jefes militares y destituía presidentes, sin que tuviera consideración ni con D. Carlos Manuel de Céspedes, hasta el punto de dejarlo sólo y abandonado para sufrir una muerte oscura y sin gloria, las exageraciones jamás desmentidas que circulaban, los incendios torpes de poblaciones y los elogios ditirámbicos á los generales extranjeros, Marcano, Salomé Hernández, Manuit, Roloff, Máximo Gómez, Modesto Díaz, Tomás Jordán, Inclán y otros, sirvieron para, con facilidad, hacer prosélitos entre los inocentes campesinos, que creyeron de buena fé, en algunas jurisdicciones interiores, que ya España había perdido la Isla; pero cuando las tropas penetraron en los parajes más ocultos, los *guajiros* supieron la verdad de lo que fué el grito de Yara; supieron que el país en general, no correspondió á la revolución; supieron que los generales tenían que admitir para organizar sus fuerzas, á hombres aventureros de los Estados Unidos, de Méjico, de Santo Domingo, de Yucatán, de Venezuela, de Cayo Hueso, de Jamaica, del Perú y algunos indivíduos de Alemania, Inglaterra, Italia y Francia. Los extranjeros tuvieron demasiada importancia, y poco les importaba que la tea destruyera las propiedades: pero cuando se convencieron de la imposibilidad de la independencia, algunos se reembarcaron como Jordán, y otros como Máximo Gómez y Modesto Díaz, se quedaron hasta el *Pacto del Zanjón;* y únicamente los cubanos más fieles á la revolución, siguieron peleando *solos* un año y medio más.

Los directores del movimiento, como soñaban con la independencia y no querían ni creían en las reformas y libertades que les ofreciera el general Dulce, no perdían ocasión para desacreditar al gobierno de la Península; ya figuraran en él generales revolucionarios como Serrano y Prim; hombres políticos como Ruiz Zorrilla y Sagasta, oradores como Castelar y Rivero, ó filósofos como Salmerón y Pí Margall.

Lo mismo hicieron la guerra sin cuartel al Gobierno Provisional que á la monarquía de D. Amadeo de Saboya, á la República que á la restaurada monarquía de D. Alfonso de Borbón. Sólo anhelaban la independencia, y por ella dieron el grito de Yara; por ella empuñaron el machete; por ella pedían el apoyo y reconocimiento de beligerancia de las repúblicas americanas y por ella, en fin, y sólo por ella, admitieron el auxilio de voluntarios y generales extranjeros.

Habráse comprendido por lo expuesto, que la guerra fué francamente separatista (1), con su correspondiente bandera y ley constitutiva militar.

Ocupémonos, ahora, de su infantería y caballería únicos institutos que en la campaña figuraron, ya que el Estado Mayor, la artillería, la sanidad y la administración militar, más fueron cuerpos nominales que efectivos.

Los insurrectos poseyeron una organización militar imperfectísima, si es que puede decirse así. No debe compararse su ejército con el de los Estados Unidos contra Inglaterra; no llegaron, ni con mucho, á los carlistas en la Península; no supieron hacer la guerra de guerrillas como los realistas de la Vendée contra los batallones republicanos, ó nuestros padres contra Bonaparte; hicieron siempre la guerra defensiva, que no exige iniciativa; destruyeron mucho sin construir nada permanente; no poseyeron media legua siquiera de terreno neutral para sus parques, almacenes y hospitales; carecían, en una palabra, de concierto, pero se batieron con tenacidad é imponderable valor, siempre dispersos, entregados á la ventura y á sus naturales instintos.

Los generales insurrectos extranjeros Marcano, Máximo Gómez, Modesto Díaz, Jordán, Roloff, Inclán y otros; los nacidos en este país, Agramonte, Bembeta, Sanguily, García Iñiguez, Vicente García; los de menos graduación, Goyo Benítez, González, Roa, Pancho Giménez, El Inglesito y muchísimos más, jamás se ocuparon en los primeros años de la insurrección, de organizar buenos batallones de infantería á pesar de haberlo podido hacer impunemente en parajes aislados nunca vistos por nuestras tropas; pero en cambio tenían excelentes escuadrones, que por su intrepidez y ligereza se distinguieron en los campos de acción.

(1) Martínez Campos en una carta que escribió á D. Antonio Cánovas, en 27 de Diciembre de 1874, la califica, y esto no debe echarse en olvido, de separatista.

Por eso en esta guerra no se verá que se hayan dado brillantes cargas al machete; que los enemigos hayan asaltado murallas, ni tomado á viva fuerza villas y ciudades; habreis leído la toma de un convoy; el macheteo de veinte soldados, la dispersión de una guerrilla ó la muerte de un sólo hombre.

Si ellos se hubieran cuidado de organizar buenos batallones con la caballería que tenían, la guerra hubiera tomado un carácter alarmante. Téngase el pleno convencimiento de que muchas ciudades hubiesen sido saqueadas y totalmente incendiadas con buena infantería.

La mejor que poseían operaba en oriente; nunca en el ataque, pudo igualarse á la caballería del Camagüey.

Es verdad que el enemigo nos hizo mucho daño; pero disminuye en importancia si se atiende al que nos pudo causar.

Y si nó ¿qué resultado práctico dieron sus operaciones? ¿De qué modo influyeron en el resultado de la campaña?

Si nos atenemos, siguiendo la vulgar corriente, al materialismo del resultado, vencieron cuando se apoderaron de las *Túnas* y cuando derrotaron un batallón en *Palo seco* y otro en terrenos de Holguín; mas, ¡qué vencimiento! *Túnas* no era otra cosa que un grupo de casuchos, guarnecido por un destacamento de soldados, jugando la traición y la desgracia más papel que el mérito de los que la tomaron.

¿Qué dirémos de los batallones derrotados? Los jefes de ambos murieron con arrojo, sacrificando sus vidas en holocausto de su bandera; y si una crítica severa encontraria quizás faltas en el modo con que conducían sus fuerzas, más por confianza que por impericia, un corazón noble, sólo debe poner una purísima flor sobre las sepulturas de los mártires. ¿Vencieron los insurrectos en *Holguín*, en *Santa Cruz*, en *Cascorro*, en *Manzanillo*, en el *Cobre*, en *San Miguel*, en *Villa Clara*, en *Nuevitas*, en *Maniabón*, en *Puerto Padre* y otros puntos? No, entraron y salieron, quemaron y se llevaron poco ó mucho: nada más.

En la guerra de los doce años (1) no estuvieron organizados, limitando sus trabajos á preparar emboscadas, cortar postes de las líneas telegráficas, apoderarse de convoyes y

(1) Se ha escrito que ha durado nueve años; los más le dan de duración diez: nosotros doce.

batirse en completa dispersión, eligiendo siempre el terreno para esperar el ataque, utilizando sus fuerzas montadas, colocadas por grupos en ocultos lugares, para aprovecharse de nuestros menores descuidos.

Nunca reunieron divisiones con infantería, caballería y artillería; jamás tuvieron una sola brigada, con las tres armas, para batirse en regla.

Todo esto, á lo que se juntaron las rivalidades de los jefes, el localismo, la tendencia á romper siempre los moldes de una saludable disciplina, fueron los motivos de que la guerra se hiciese en pequeño, obteniendo parciales resultados, de ningún provecho para su causa.

No quisieron oír los consejos del general norte-americano Jordán, de organizarse, y un ejército sin orden ni concierto, es un buque sin timón ni brújula.

La infantería se componía de abigarrados grupos más ó menos numerosos, sin instrucción militar, y los nombres de *batallón de las Tunas ó de Jiguaní*, nada significaban.

El soldado de una pretendida compañía tenía asignados $ 34 mensuales, que nunca cobró.

Vestía pantalón y *chamarreta* de lienzo crudo: esta última prenda es una camiseta con pliegues y rodeada de bolsillos; zapatos de cuero sin tacón y corte bajo; sombrero de *yarey* y una escarapela con estrella de plata de cinco puntas colocada en el ala doblada sobre la frente.

Para portar las municiones usaban cartera de cazador, de pequeñas dimensiones, y algunos un saco de tela llamado *macuto* (1) á la espalda; y como armas un fusil recortado ó carabina corta sin bayoneta y un ligero y bien afilado machete.

La caballería vestía el mismo traje que la infantería, no llevaba botas de montar, y las espuelas sujetas con una tira de correa ó un simple cordel cobre el zapato bajo sin tacón y un largo machete. Las lanzas y sables de férrea empuñadura, no las consideraban utilizables.

Estas fuerzas irregularísimas no llegaron nunca á 8.000 hombres, y cuando se sumaron los capitulados en el *Zanjón*, no excedieron de 5,700, según declaró el ministro de Ultra-

(1) El *macuto* se distribuyó á nuestros batallones de orden del general Jovellar Hoy está de moda, otra vez, el inútil morral.

mar, en la sesión de cortes del día 18 de Febrero de 1879. Para curar sus enfermos y heridos no tuvieron hospitales; alguna que otra enfermería en bien oculto paraje y gran número de bohíos repartidos en la espesura de los bosques, en las laderas de escarpadas montañas ó entre *manigua* en las llanuras.

El cálculo de subsistencias era rudimentario. Diseminados con profusión en los campos en sitios bien ocultos, vivían los hombres llamados por los insurrectos, en armas, *Majás*. El majá es una culebra, la mayor de Cuba, que no es venenosa y se alimenta de insectos, ranas, peces y aves. De buenos instintos, no hace daño al hombre, y por sus perezosas costumbres la llaman dormilona en su dilatada digestión. He aqui el origen del llamado *majá*. Se les motejaba de inútiles para la guerra; pero la verdad es que los ridiculizados majás, eran tan necesarios á la causa insurrecta como los que prestaban servicios con las armas en la mano batiéndose, y mucho más que los que, sin prestar servicio alguno, querían vencer sólo murmurando en los cafés y sitios públicos. Ellos sembraban maíz, tabaco, boniatos, yuca y otros tubérculos alimenticios; criaban puercos y aves de corral y poseían una ó dos vacas de leche. Sus mujeres é hijas remendaban la ropa de las partidas insurrectas, y también asistían como cariñosas hermanas de la Caridad, á los enfermos, y nunca les faltaba una torta de casabe, un huevo ó algo más sólido para el jefe que se presentaba. Cuando el *majá* era atacado ó sorprendido, huía si podía, y sin perder tiempo se instalaba en otra parte. Habiéndose salvado, no desmayaba nunca, y alguno cambió de domicilio hasta *ocho veces*, y fué herido de bala en uno de los comprometidos cambios.

Sufrido é indispensable *majá*, yo aplaudo tu mérito y constancia. Yo no me burlo de tu humilde trabajo sellado con sangre; y si los defensores de *Cuba libre* (1) te apostrofan con un apodo, puedes contestarles con orgullo:—Nosotros no nos hemos batido; pero vosotros sin nuestro auxilio, no hubiérais podido batiros; pues los trabajos pacíficos que desempeñamos, facilitaron grandemente vuestras operaciones de guerra.

Para comunicarse unos jefes con otros, tenían estableci-

(1) *Cuba libre* significaba entonces Cuba independiente.

das las prefecturas, las subdelegaciones, los maestros de postas y los *pliegueros* montados, en bien repartidos puestos que, con gran velocidad, se pasaban de mano á mano, una pequeña balija ó solamente una carta, escrita algunas veces en un pedazo de papel, ó con espinas de naranjo sobre la superficie lisa y consistente de pulposas hojas de *cupey*, que se encuentran con profusión en algunas partes.

Con semejante organización, no fueron precisas maestranzas ni fábricas de cartuchos; y para proveerse de armas, municiones y vestuario, contaban con las expediciones salidas de los Estados Unidos, con los *raqueros* y botes que abordaban á la costa, procedentes de las Islas de Jamaica, Bahama y de los Caimanes; con lo que se apoderaban cuando saqueaban un poblado; con los cartuchos que encontraban en el suelo, de los vivaques de nuestras columnas, lo mismo que en los campos, después de una acción de guerra (1), con los convoyes pequeños ó grandes de que se apoderaban; y con las confidencias que tenían en casi todas las poblaciones, recibían con frecuencia, zapatos, telas, licores, comestibles y hasta *vino tinto de sabor muy parecido al que se daba de ración á nuestros soldados en los campamentos de las zonas.* Si á lo dicho se añade, que además de los toros y puercos que encontraban en los potreros; las gallinas guineas y jutías que cazaban; tenían las frutas que cogían, como el mango, el anón, el zapote, la guayaba, la piña, la ciruela, el mamoncillo, el mamey colorado; las colmenas de rica miel que castraban; los tubérculos que encontraban, la malanga, el boniato, la yuca, el ñame y la patata; los peces como la anguila, la viajaca y otras clases que pescaban en los ríos y lagunas, se comprenderá el secreto de una guerra que no ha carecido de los recursos indispensables de alimentación para su *duración nómade y montaraz,* según la gráfica expresión del iniciador de la *Trocha de Morón al Júcaro*, el antiguo hacendado y hombre muy práctico D. Francisco González Arenas.

Los jefes insurrectos batíanse independientes unos de otros y siempre en orden disperso como los moros; y para que se comprenda el poco resultado que alcanzaban en sus combates por no combinar el orden abierto con el cerrado, que es como se vence con fruto en las batallas,—secreto de

(1) En los vivaques de nuestras columnas siempre se perdían muchos cartuchos. Defectos de organización.

los grandes capitanes, que les facilitara ser el más fuerte en un punto dado,—no hay más que reseñar á grandes rasgos, la acción de la *Sacra* el día 9 de Noviembre de 1873, *ganada por el valiente brigadier D. Manuel Báscones.* Acampada la columna de este ya difunto jefe á poca distancia del potrero *La Sacra*, mandó la guerrilla á las órdenes del teniente Pedro González, intrépido cubano, á buscar reses para distribuir su carne á los soldados. Apenas González formara círculo para apoderarse de unos toretes que estaban pastando, ya quizás de antemano colocados por el astuto enemigo, tuvo que suspender la operación para perseguir á un pequeño grupo de ginetes que dispararon sus armas y huyeron. Prevista la persecución por Máximo Gómez, que se encontraba emboscado, lanzó en seguida fuerza montada contra la guerrilla. Esta disparó sus tercerolas batiéndose en retirada. El brigadier Báscones al oír el fuego, acudió con su columna: adelantó contra el enemigo en el potrero de hierba guinea al batallón de la Libertad, al mando del teniente coronel D. José Pita, quedándose él con dos piezas de Montaña, escoltadas por dos compañías. El sagaz enemigo alejó y entretuvo á los infantes de Pita, y Máximo Gómez lanzó sus mejores escuadrones contra Báscones, que, con la artillería y escolta, se defendía valientemente de continuadas arremetidas, no dándole resultado los disparos de las piezas por la mala calidad del terreno en que estaban emplazadas. *El bombardeo contra los bosques* como le llamara el general dominicano, envalentonó de tal modo á su caballería, al ver la mala puntería de los artilleros, y la imposibilidad de hacerla buena, entre las ondulaciones del terreno, que arreció sus cargas contra las piezas, donde el brigadier Báscones, sable en mano, sin sombrero, que se llevó el viento, y enardeciendo con la voz y marcial continente, á infantes y artilleros, se batían con el arrojo y nobleza de un león acorralado; pero hubiera sucumbido á la envalentonada caballería enemiga, si no hubiese acudido en tan críticos instantes el esforzado teniente coronel D. Arístides Santalís, distinguido cubano, con el bien organizado batallón de León, que de orden del expresado brigadier se encontraba apostado desde antes de la acción, en una loma inmediata, esperando órdenes.

Máximo Gómez debió apoderarse de los dos cañones de la artillería y matar ó hacer prisionero al brigadier en la si-

tuación aislada y débil en que se encontraba; con solo vigilar y entorpecer el movimiento de avance que emprendiera el batallón de León, y alejar como lo hizo al de la Libertad; pero para eso necesitaba una resuelta columna de ataque, que, con la rapidez del rayo cayera sobre uno de los flancos de Báscones, arrollándolo á todo trance y auxiliado por otro por resuelta caballería, hubiera producido el desórden y el maelreteo.

Esta sencilla y hábil maniobra le hubiera reportado un triunfo positivo; pues era el resultado constante en todas las guerras; era la combinación del orden delgado ó disperso con el orden compacto ó profundo, sin que á ello se opongan con ventaja las armas modernas de tiro rápido, cuando las tropas son valerosas y agresivas como deben serlo en los campos de batalla, y como lo han sido siempre las españolas, lo mismo á las órdenes de Gonzalo de Córdoba que de Espartero.

Este era el cálculo de O'Donnell, de Prim en Africa y de los grandes generales, y debe serlo de todo jefe que mande fuerzas. Máximo Gómez no tenía infantería organizada, ni podía vencer más que por nuestros descuidos; por cuya razón no alcanzó la victoria; y si él se consideró vencedor por haber hecho entre muertos y heridos unos 70 ú 80, y 22 prisioneros, entre los cuales se encontraba un médico mayor, teniendo por su parte, pocas bajas, fué debido á la casualidad de encontrarlos dispersos y desorientados entre la hierba del potrero; pero lo que no podrá negarse, es que Gómez cedió el campo á nuestras tropas y que estas vivaquearon toda la noche sobre el mismo terreno de la acción. Esto se llama una victoria.

Los jefes insurrectos contaban con hombres que no carecían de utilizables condiciones de valor. Ágiles, sufridos y sobrios, no eran refractarios á la penosa vida de campaña; si bien poco afectos á las menudencias de una rígida organización, y más aptos para prestar sus servicios á caballo que sabían montar como consumados ginetes. Esta opinión de los que fueron insurrectos, es el mejor elogio de los peninsulares é insulares que los combatieron, cuyo mérito se agiganta al recordar lo pasado, si se tiene en cuenta la calidad del terreno y la constante movilidad del enemigo, cuando le era imposible conseguir la victoria. Así lo han confesado

en oficiales documentos, los generales más distinguidos, y así lo ha reconocido, en plenas cortes, el ministro que fué de Ultramar, Sr. León y Castillo, al manifestar con noble franqueza: "*que la más gloriosa de las guerras de independencia colonial, es la de Cuba.*"

No se comprende, como los generales insurrectos no organizaron su infantería, única arma indispensable para vencer, con los elementos que ya contaban. No la organizaron y perdieron, y aunque hubieran también sucumbido poniendo á prueba nuestra infantería, que hubiera recibido el ataque en campo abierto, sin necesidad de tomar siempre la iniciativa, después de muchas leguas de penosas marchas; la guerra hubiera tenido episodios más variados perdiendo el sello que la caracterizada de enfadosa y rara.

II.

Descrita ligeramente la organización de las fuerzas insurrectas, muy distinta de la anunciada en la ley constitutiva de Guáimaro, añadamos algo sobre la dispersa sociedad civil de la manigua ó pueblo escondido en las selvas.

Sabido es que antes del grito de guerra se manifestaba disgusto en el país; peninsulares y cubanos censuraban los actos del gobierno despótico; los capitanes de partido eran verdaderos caciques; había curas que se embriagaban antes de decir la misa y luego jugaban á los gallos, y hasta se dijo que se vendía la justicia al mejor postor; todo era barullo y confusión; los municipios no cubrían sus obligaciones y se adeudaban catorce meses de sueldos á los serenos y otros empleados. Regidores hubo que se enriquecieron negociando la paga con usura al triste empleado, la situación era imposible en un Estado culto..

Por eso se deseaban reformas y libertades y en la misma Habana, hombres muy influyentes por sus riquezas y apego á la metrópoli, como D. Julián de Zulueta, *deseaban un cambio de gobierno por otro liberal.* En semejante estado de ebullición en las ideas, estalló el movimiento revolucionario, que muchos deseaban; pero la revolución se mató ella misma: dió el grito de independencia y perdió su fuerza. Los *peninsulares y cubanos que deseaban reformas y libertades*, rompie-

ron todo vínculo con los separatistas; los habitantes de la Isla, se armaron; peninsulares é insulares defendieron las poblaciones, y en los campos rivalizaron en valor con nuesrras tropas los intrépidos *guajiros;* por más que al comenzar la insurrección en los departamentos Central y Oriental, todo el pueblo se fué al campo, obedeciendo las órdenes de los jefes de partidas, no contrarrestadas por columnas del ejército, porque el gobierno absoluto de aquel entonces tenía indefensa la Isla; por más que, como ya sabemos, figuraba en el presupuesto un ejército de más de veinte mil hombres.

¿Quiénes defendieron la Isla de Cuba?

Las hoy llamadas provincias de Pinar del Río, Habana y Matanzas, permanecieron pacíficas, lo mismo que una gran parte de la de Santa Clara, y si bien las de Santiago de Cuba y Puerto Príncipe, secundaron, aparentemente, la sublevación, por la equivocada creencia de que todo el país estaba en armas, las poblaciones siempre permanecieron fieles, y bien pronto, con la llegada de nuestras tropas, coincidieron las presentaciones, teniendo necesidad los revolucionarios de refugiarse en las selvas con su presidente D. Carlos Manuel de Céspedes, según el coronel insurrecto, bien enterado, D. Manuel Sanguily.

Nuestro pequeño ejército con el auxilio de los voluntarios, sostuvo aquí la soberanía de España, sin que distingamos entre insulares y peninsulares; pues es sabido y si no es sabido, bueno es saberlo, que la mayoría de los voluntarios defensores de los pueblos, de los guerrilleros, milicianos y bomberos, era de cubanos; cubanos eran los carreteros de los convoyes y los prácticos que iban siempre á la extrema vanguardia de las guerrillas y columnas, y esto porque de Colón á Baracoa el número de peninsulares era muy corto.

Los españoles cumplieron entonces con su deber patriótico y nos es muy satisfactorio recordar las frases pronunciadas por el autonomista, antes insurrecto, D. Antonio Zambrana en el teatro de Irijoa la noche del 27 de Agosto de 1888: "*El derecho, la justicia con que España defendió en estas islas su dominio, eso está fuera de cuestión. España al proceder así, obraba dentro de las leyes de la naturaleza humana. Estaba, pues, en la lógica de la historia.*"

Después del pacto del Zanjón nacieron dos partido; á uno se le llamó español fomentándose por esta sola causa la

división enconada entre unos hombres que se llamaban integristas y otros separatistas *disfrazados;* y hasta se ha hecho creer que aquí no hay más que dos tendencias; la de los peninsulares y la de los cubanos. Todo esto es inexacto. Ni los primeros son integristas, ni los otros separatistas.

Los verdaderos integristas no pertenecen á ningún partido político. Durante la guerra, en que el grito de ¡viva la libertad! era vitando los integristas no expresaban sus ideas por las mordazas del absolutismo, nada más. Tan integristas fueron Ariza y Villergas con la pluma, como Modet y Portuondo con la espada; tan integrista el coronel de infantería de voluntarios conde de la Mortera, como el coronel de caballería del mismo instituto D. Carlos Saladrigas; Niceto Solá y Gil Gelpí; Rafael de Rafael y Conte; Zulueta y Güell y Renté; los mártires Miguel Pérez, cubano, y Atadill, peninsular, todos fueron integristas.

En Cuba se ha conspirado siempre mucho; pero todos los levantamientos han fracasado porque los cubanos no les han prestado apoyo. Verdad que ha proclamado con otras frases el distinguido pensador D. Manuel Sanguily, antes citado; lo ha tocado muy de cerca con imponderables sufrimientos y peligros, en los departamentos Central y Oriental, el Doctor D. Félix Figueredo; lo ha visto en Puerto Príncipe y las Villas el digno é ilustrado ayudante del malogrado Agramonte, D. Ramón Roa; y el periódico autonomista *La Unión*, de Güines, en 24 de Junio de 1888 trae un juicioso artículo de fondo en el que se lee el párrafo siguiente:

«Los cubanos no queremos la independencia porque confiamos en la justicia que más tarde ó más temprano nos han de hacer nuestros tutores, y de que no la queremos dan fe los motines y revoluciones de 1823, 1825, 1826, 1848, 1850, 1855, 1868 y 1879, sofocadas todas por no haberse encontrado apoyo en el país.»

Añádase á esto las opiniones de los escritores cubanos, Saco, conde de Pozos Dulces, D. Nicolás Azcárate, Marquez Sterling, Montoro, Giberga, Galvez, Figueroa y otros muchos, y quedará probado, de una manera irrefutable, que los cubanos no han querido renegar de España, y que la gran mayoría, prescindiendo de sus opiniones políticas, no todas homogéneas, confían en la libertad y en la justicia para la felicidad de Cuba.

Por último, mi joven amigo el Dr. D. Benjamín de Cés-

pedes, que no aparece como político militante, en su conocido libro "*La prostitución en la ciudad de la Habana,*" así se expresa:

«Seguiré creyendo siempre que la revolución, no fué obra del pueblo cubano, sino de una clase limitada de este mismo pueblo: la más sana en sus costumbres, menos enervada por los vicios, más viril y sin mezcla por el contacto de otras razas.»

La revolución fué, pues, la obra de un puñado de hombres dignos que no quisieron soportar más tiempo el despotismo de sus gobernantes, fué, como diría Lord Russell, "*el susurro de una facción, antes que la voz de un pueblo.*"

Esto es lo que dirá la historia verdadera, así como dirá que la libertad en Cuba es la única solución para la integridad de la patria.

Los campos de la Isla dominados por los insurrectos, que estérilmente redujeron á cenizas á Bayamo y á Guáimaro, incendiaron las casas de las fincas y cercas de los potreros y refugiaron sus mujeres é hijos en los bosques, huyendo como la historia nos pinta á los egipcios con sus ropas, muebles y caballerías; fué todo una algarada mal aconsejada, que causó la ruina de no pocas familias, y la muerte de muchas personas, que no pudieron sufrir la miseria, los sobresaltos y fatigas de una peligrosa existencia nómade, á la que no estaban acostumbradas.

La Isla de Cuba está poblada de árboles frutales; las sombras de sus gigantescas ramas, convidan al descanso; en sus extensos potreros pastan reses vacunas; abundan los caballos, mulas, los cerdos, y, en algunas partes, los venados; la gallina guinea; la jutía, parecida á rata grande, de carne sabrosa; en inmensos criaderos la miel de abejas y en muchos árboles ricos panales de *miel silvestre;* en sus montes crece la naranja y nacen expontáneamente los aromáticos, limones, en una temperatura deliciosa donde el frío no molesta y el calor es muy soportable.

En este singular país ocurriósele á Céspedes apelar al incendio, como medio de que los españoles se retirasen ante las llamas, como se retiraron los franceses ante los incendios en Rusia, según entonces se decía. El bueno de D. Carlos Manuel era aficionado á los golpes efectistas.

¿Qué sucedió? Que los incendios les salieron contraproducentes. Los incendios no evitaron que á la ración de eta-

pa, añadiéramos las viandas de la tierra y las frutas de los árboles.

Los franceses morían helados bajo un cielo pavoroso; los de aquí no necesitaban más que su ligero traje de hilo. Los franceses á pesar de sus cien victorias en otros tantos combates, de sus gloriosas banderas al frente, destrozadas por el plomo enemigo, bajo los arcos de triunfo que divinizaban al gran general coronado, presentían algo terrible en aquellas blancas soledades; los segundos en medio de naturales arcos de follaje nada temían, porque estaban seguros de un inevitable vencimiento.

Los españoles han permanecido siempre en Cuba, demostrando su vitalidad en doce años de lucha sangrienta: los franceses no pudieron permanecer en Rusia, y en una retirada desastrosa, pagó el déspota coronado los depravados medios que empleó para la conquista.

Los rusos se valieron de la tea para salvar su independencia como la salvaron; los partidarios de *Cuba libre*, apelaron también á los incendios para no conseguir lo que apetecían, arruinando por completo las zonas en que temporalmente pudieron dominar.

Es muy cierto, que las densas columnas de humo de Bayamo ardiendo, impresionaron á los incautos guajiros, que considerando ya á Cuba independiente de España, no se manifestaron refractarios á la revolución. La ilusión no duró mucho tiempo y mientras, se celebraban bailes, y animados *guateques*, opíparas comidas, reuniones de familias donde también se bailaba la cadenciosa *danza* y el bullicioso *zapateo* y se cantaban *coplas cubanas* con mucha gracia, sal y *retintín*, alternando con algunas copas de licor (todavía no bebían agua sola), dando vivas á la república, á la libertad y á *Cuba libre;* pero la nueva vida de aquel jaleo y bullanga, no era halagadora para los campesinos de instintos muy despiertos, amantes de sus mujeres é hijos y muy encariñados con su mucha ó poca propiedad, para trabajar lo indispensablemente y gozar en las sencillas diversiones campestres, á donde acudían con un mazo de tabacos en el bolsillo y montados á caballo, al que adornaban con la cola trenzada y atada con una cinta de color al trasero de la *silla de fiesta.*

Razón por lo cual, miles y miles de los que habían seguido el levantamiento se presentaron á las autoridades,

demostrando bien á las claras los temores que les asaltaban en la manigua y reconociendo la imprudencia que habían cometido al huir de nuestras tropas, como si éstas fueran bestias feroces. Las personas que se quedaron en los montes, algunas por afición, las más por vivir ocultas en los bosques, donde encontraban el sustento que no podían conseguir en los pueblos, pasaron mil amarguras al huir de un punto á otro, más escondido, dejando como recuerdo triste la ignorada sepultura de un padre, de un hermano, de un amigo.

III.

Antes de finalizar este capítulo (1), queremos decir algo de lo que es más interesante en la Isla de Cuba.

¡La mujer! "*Las donas*—dice el célebre escritor catalán Valentín Almirall—*per la finura de la pell, la regularitat de las formas, la sedositat y abundancia de las cabelleras, acusan una de las varietats més perfectas de la rassa blanca.*"—Lo que el distinguido catalán describe, refiriéndose á la impresión que le causó el *poble de Castilla*, nos lo apropiamos para describir la mujer cubana, tan hermosa, tan castellana, con algunas variantes debidrs al ardiente sol de los trópicos. La mujer cubana es también inteligente, impresionable y simpática, y sobre todo, idólatra de sus hijos.

Ella, viviendo en la más fastuosa opulencia; en la dorada medianía ó en la mayor pobreza, siempre se ha visto digna y dulce en su trato con todos, y caritativa con los pobres. Es mujer exquisita para la vida moral del matrimonio, como la historia pinta algunos dechados de perfectas casadas, y sus puras caricias aumentan los goces de una ilusión que se desvanece en lo infinito para reproducirse siempre con más santa voluptuosidad. De costumbres morigeradas, son ellas caseras por hábito; y si en un paseo llaman la atención por su gracia en el andar y en un baile lucen sus hechiceros atractivos; en el hogar doméstico saben cuidar un gallinero y manejar la aguja como modestas costureras.

La mujer que vive en el campo, llamada guajira, ó

(1) D. Raimundo Cabrera, nos pidió este fin de capítulo para insertarlo en su obra *Cuba y sus Jueces*, como lo hizo, precedido de elogios, que no merecemos. Luego lo reprodujeron algunos periódicos del país y *La Revista Artística* de Nueva York.

guajirita, si es joven, no desmerece en nada de la mujer que vive en la capital. Cuando deja las faenas domésticas y se viste los domingos para sentarse á la puerta de su bohío ó para ir á un baile, no parece campesina. De blonda y espesa cabellera, peinado á la última moda con una rosa ó flor natural y vestido de muselina bien cortado y botitas nuevas en ajustado pié; la guajirita podrá sentarse en un palco del teatro de Tacón y bien pronto perdería cierta cortedad de expresión y algún encogimiento por la poca costumbre del trato social refinado.

Por lo demás, nuestra guajira es superior en cultura á las campesinas de otras naciones. Hay algunas que por lo frescas parecen botones de rosas; y si se añade la coquetería honrada de toda mujer y sus virtudes naturales, no extrañará nadie que muchas se hayan casado con cubanos distinguidos y con jefes y oficiales de nuestro ejército.

La mujer cubana, del campo ó de la ciudad, es buena, despejada y laboriosa, y los que la motejan de negligente para el trabajo doméstico, no sirviendo más que para mecerse y abanicarse, no conocen la mujer cubana. Esta impresionable mujer, esclava de sus deberes y casta esposa, conserva impertérrita la flor de su virtud aún en la más tétrica orfandad. En la enmarañada manigua, cumplió su triste deber al seguir con valor á su padre ó á su esposo; y en la peligrosa libertad campestre, sola y abandonada, sin más defensa que su heróico pudor, mantúvose la noble cubana tan dignamente pura, como la pintada virgen que inmortalizara el correcto pincel de Murillo.

Este justo tributo de verdad, debemos pagar á las siempre honradísimas hijas de Cuba, sin que logre desvirtuarla la mentira y la calumnia en mal hora lanzada por innoble escritor, que no debió confundir la fragilidad de alguna desgracia, como sucede en todas las naciones, con la moralidad y decorosa altivez de la mayoría digna, pura y sin mancilla. Esto lo aseguramos con el mayor conocimiento, por lo que hemos presenciado en el Camagüey, en Oriente y en las Villas, pueden aseverarlo nuestros caballerosos compañeros de armas; las dignísimas señoras madres que tuvieron la desdicha de vivir en los sombríos bosques; y los generales, jefes y oficiales del ejército que se han unido con el permanente lazo de himeneo con hijas de Cuba, vistosas flores de

Esto lo sabe el autor

la manigua, ya alumbrada por el benéfico sol de la patria, siempre fecundante y reparador, mal que pese á los impotentes y atolondrados propaladores de emponzoñadora calumnia.

La virtuosa mujer cubana, de ojos negros, de pálida tez, de labios rojos, de talle esbelto, pié minúsculo, con otras perfecciones que se adivinan, es digna de adoración y de respecto; ya haya tenido la suerte de vivir con toda comodidad en las ciudades, ó la desgracia de morar con sus padres escondida en la manigua, ó sola y abandonada en las peligrosas sombras de los bosques. Respetémoslas á todas, felices ó desgraciadas, y cumpliremos como hombres de honor y galantes caballeros.

Firmo y decente procedor

CAPITULO IV.

LOS VOLUNTARIOS.

Lo que son.—Sus crímenes.—Patriotismo.—Medalla de constancia.—Entierro en Matanzas.

I.

Escribir algo de los que sirvieron á la patria espontáneamente con los nombres de voluntarios, prácticos, movilizados, guerrilleros, contraguerrilleros, carreteros, bomberos y otros que, gratuitamente, practicaron importantes operaciones de campaña como los de *Morón*, *Manzanillo*, *Túnas*, *Holguín*, *Fray Benito*, *Guisa*, *Jiguaní*, *El Cobre*, *Baire*, etc., etc., es fácil tarea, si el que escribe lo hace con imparcialidad y sabe darse cuenta del espíritu patriótico de los habitantes, así insulares como peninsulares, para apreciar los distinguidos servicios que prestaron con desinteresado sacrificio de sus vidas.

Empero, como toda institución, por benemérita que sea, da aliento á encontrados pareceres, los voluntarios en sus múltiples denominaciones, han sido elogiados hasta el *máximum* del elogio, por unos; y, por otros, criticados, por despecho, hasta la exageración del absurdo, cargando la subordinada colectividad con las culpas y pecados de algunas individualidades muy reprensibles, cuando no criminales.

Procedamos con método. ¿De dónde son los los voluntarios? ¿Qué servicios han prestado y prestan?

Los voluntarios son ciudadanos españoles nacidos en la Isla, en la Península y en Canarias, predominando en la

Habana el elemento peninsular; pero en el resto de la colonia, el mayor número, casi la totalidad, son hijos de Cuba por la razón sencilla de que en muchas poblaciones no hay peninsulares ó, á lo sumo, hay tan pocos que no deben sumarse; tal pasa en Güines, por ejemplo, que contando una población de 15.000 habitantes, apenas si hay 500 peninsulares é isleños.

Igual proporción se observa en *Santiago de Cuba*, *Bayamo*, *Las Tunas*, *Holguín*, *Puerto Príncipe*, *Sonta Cruz* y demás poblaciones de las seis provincias, donde los insulares prestan servicios militares con gran quebranto de sus personales intereses y sin que se les reconozca el servicio; más aún, sonrojados de que se les calumnie, á diario, motejándoles de malos españoles.—El general Roncalí no tenía confianza en los cubanos.

Ríjase Cuba por las reglas de Gobierno como las que informan la política del Sr. Sagasta; mande mañana un gobierno más avanzado, reconocerán todos los servicios de los voluntarios.

Estos cuentan con el aplauso del país, en contra de lo que se cree.

En una *Protesta* suscrita por un cubano que fué insurrecto, el Sr. D. Antonio Pérez Avila y González publicada en *La Unión Democratica*, entre otras cosas dice:

«Evoquemos en este día un recuerdo de gratitud á la memoria del valiente, del noble y generoso coronel del ejército español don Juan Huerta y Sostres, que sucumbió en las filas del deber y á quien somos deudores de la vida y á los voluntarios que también se interesaron por nosotros sin menoscabo de nuestra honra.»

Hay que decirlo: cubano y voluntario son sinónimos donde hubo guerra. No lo olviden los insulares y peninsulares serios.

Si alguna vez se ha cometido por voluntarios, por algunos voluntarios, un delito, no debe olvidar la crítica el lugar, tiempo y circunstancias del delito y no atribuirlo, con marcado apasionamiento, á defectos de la institución en sí.

Abrase la historia verdadera y se leerá que antes de existir los voluntarios se cometieron desmanes que comprometieron la tranquilidad; y, en nuestros días, hemos presenciado los desórdenes incalificables de una turba de voluntarios

rios capitaneados por un *cacique* de una de las ciudades de la Isla.

Al comienzo de la guerra, quince ó veinte voluntarios concibieron el criminal propósito de dar una *cencerrada* á un jefe del ejército español: plan que frustró la resuelta actitud de la Autoridad militar D. Marcelino García Obregón.

Ahora se pregunta. ¿Las responsabilidades á que se hicieron acreedores, unos pocos voluntarios "*para hacer triunfar bastardos é ilegítimos intereses*" como pensaba el general Concha, pueden recaer sobre los demás que se mostraron disciplinados en el ancho campo de la guerra?

Sólo en la Habana, donde la paz no se alteró, se presenciaron escenas que cedían en desdoro de la popular institución, provocadas por turbulenta minoría.

El ronco sonido del *fotuto* en los campos llamando á los guajiros á la fratricida guerra, repercutió en nuestros cuarteles con el toque de generala de las cornetas y motivó la rápida organización de nuevos cuerpos de voluntarios: organización la más democrática y la que, durante la guerra, justo es decirlo, sostuvo con el ejército la integridad del territorio, adquiriendo alto renombre en la campaña más penosa que han registrado los anales militares del mundo, en uno de los países lejanos más adictos á su Metrópoli; como se ha patentizado en las provincias de Matanzas, Habana y Pinar del Río, que dieron un noble ejemplo, por todos admirado, de fidelidad, abnegación y patriotismo.

Para desarrollar mi pensamiento pintaré de dos colores el mapa de la Isla: el color rojo—Villaclara, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba;—y el color blanco—Matanzas, la Habana y Vuelta Abajo.

En todos los pueblos contenidos en ambos colores se organizaron fuerzas de voluntarios al comenzar la marcial contienda pasada que dieron pruebas de ardiente patriotismo; pues los *tumultos* de la Habana, Güines y Matanzas por *voluntarios nacidos en la Península* soliviantados por los mal aconsejados, más que sobre el instituto recae la culpa sobre hombres funestos que comprometían el honor nacional por satisfacer mezquinas pasiones ó para dar pasto á su codicia.

Por lo demás, deber nuestro es, hacer justicia á los voluntarios. Los que ocuparon el *color blanco* presentaron un cuadro sorprendente y magnífico por su entusiasmo, morali-

dad, disciplina; y con su marcial continente, uniformes ricos y vistosos, relucientes armas é instrucción adecuada, estaban á la altura del mejor ejército. Fortalezas, ciudades, villas, caseríos, eran defendidos por ellos con la regularidad de tropas veteranas; y cuando fué necesario salieron al campo batallones enteros á defender la *Trocha* y los ingenios de producción azucarera, salvando de esa manera la principal riqueza del país: fueron beneméritos de la patria.

Dirijamos la mirada al *color rojo.*

En terrenos de exhuberante vegetación y ricas producciones la rebelión se alzó, produciendo por donde iba, la desunión de los hermanos, el incendio, el hambre, en una palabra ¡la guerra!

Guerra á la guerra, respondieron los pueblos, y este grito siniestro dió por resultado la organización de los voluntarios cubanos guajiros. ¡Vedlos! ¡Qué entusiastas, qué obedientes, qué denodados!

No lucen brillantes uniformes; no saben los movimientos de la carga elemental; no poseen la teoría de tiro al blanco; ignoran los movimientos de uniformidad; pero saben empuñar una carabina irregularmente y disparar su arma con buena puntería. Ignorantes en absoluto de los conocimientos del arte militar, tienen sí, algún instinto del arte de la guerra. Sagaces para buscar al enemigo, preparan con acierto una emboscada, adivinan el flanco débil del contrario y se baten en dispersión, prestándose mutuo apoyo: son guerrilleros. Además, han prestado múltiples y valiosos servicios. Se les ha visto en los pueblos trabajando en sus obligaciones ordinarias: se les ha visto de centinelas en un fuerte de su caserío. Ha dirigido como práctico la marcha de una columna; ha sido el obrero para la construcción de fortines y bohíos en los campamentos; mataba y descuartizaba reses para distribuir la carne á los soldados; ya se le ha visto ensillar un caballo, mientras silbaba una guaracha; chapear un terreno ó hacer una represa en el río; ordeñar una vaca, tostar un lechón; y á la hora de la pelea se ha admirado su valor en reñido combate.

Ha sido voluntario disciplinado en su pueblo; carretero incansable en los convoyes; sutilísimo para descubrir los rastros del enemigo; en una palabra, ha sido el guajiro, el

mejor, el más fiel y más útil compañero de nuestros sufridos soldados. ¡Vivan los guajiros!

Ya que he emitido mi pobre opinión sobre los voluntarios, á los que he dado mi aplauso sin prejuicios y repulsiones infundadas, es también justo que alabe, como se merece, la conducta de los que, procedentes del campo insurrecto confraternizaron con sus paisanos, que desde un principio militaron en nuestras banderas, y que hoy, con su patriotismo, permiten que un escritor haya dicho:

«Es admirable y consoladora la fraternidad de los valientes hombres que pelearon encarnizadamente unos contra otros, como si no fueran hijos de una misma madre.»

Mucho ganaría el país con que se hiciera comprender que los voluntarios pueden afiliarse al partido que mejor interprete sus convicciones políticas, "para que los que viven en un país, como dice Gladstone, se tomen interés en su prosperidad y le amen," fuera de los actos del servicio en que no deben ser más que soldados subordinados.

De este modo, cuando uno ú otro partido venza, contará para su sostenimiento con la democrática fuerza armada, que es popular y cubana, en contra de lo que se cree por muchos, fáciles al entusiasmo y tardos para la reflexión.

Los voluntarios, pues, cuando visten el honroso uniforme no deben considererse como pertenecientes á determinado partido: toda su misión, si ha de ser patriótica, debe consistir, en obedecer ciegamente á las autoridades constituidas: si fueran pretorianos insubordinados no serían dignos de empuñar las armas.

II.

Deseo no concluir este capítulo sin referir que, recientemente se han repartido á los voluntarios, por sus coroneles, medallas de constancia.

El conde de Casa Moré y el Sr. Vérgez, que cuando visten de paisano pertenecen al partido de Unión Constitucional y el Sr. D. Carlos Saladrigas, que cuando no ciñe la espada es Vice-presidente del partido liberal Autonomista, fueron aplaudidos por la opinión sensata por haber hecho personalmente el reparto solemne de las medallas: si el se-

ñor marqués de Balboa presenció en la Habana la entrega de las condecoraciones, á presencia del Sr. Montoro se repartieron en San Antonio de los Baños.

Por último, al entierro de D. Santiago de la Huerta, secretario de la junta provincial del partido autonomista de Matanzas, asistieron, junto con un pueblo inmenso, los oficiales del segundo batallón, con su coronel D. Enrique Crespo; y también se hicieron notar (1) en el del Dr. don Juan Bruno Zayas, celebrado con gran pompa en la Habana.

¡Un aplauso á los defensores de la libertad!

(1) Véase el grabado de la «Ilustración Española y Americana.»

CAPITULO V.

ANUNCIOS DE PAZ FRUSTRADOS.

El traje de voluntario.—El Gorrión.—El Conde de Valmaseda y la torre de Zaragoitia.

I.

Con la nueva autoridad de la Isla, viéronse enaltecidos los cuerpos de voluntarios. Coroneles de ejército figuraban como simples soldados en la compañía de *Guías del Capitán General;* el Intendente, vestido de voluntario, con la banda de una gran cruz, entraba de guardia. El general Caballero, asomábase al balcón de palacio vestido de soldado voluntario, los militares, con faja, recibían, como obsequio, un traje de voluntario, y hubo alguno que se inscribió como soldado, dando á entender que su espontaneidad era más patriótica.

Poco tiempo antes de C. de Rodas, se había hecho en la Habana la apoteósis del gorrión, diminuto pájaro de nuestros tejados en España. Creyó el vulgo ofuscado que con dar piñones á un gorrión en pintada jaula y hacerle después de muerto suntuoso entierro, con grande acompañamiento de damas, y cantar coplas á Nuestra Señora de Covadonga, se habría de acabar la guerra.

Las coplas á la Virgen pasaron de moda, se acabaron las canciones de "*el tá y el té*, ó

> "*El que diga que Cuba se pierde*
> *mientras Covadonga se venere aquí:*
> *es un pillo, traidor laborante,*
> *canalla, insurrecto, cobarde mambí.*"

Y los gorriones, menos *patriotas*, se nutrían de las frutas que amorosamente les brindaba el suelo habanero.

El Capitán General, con buen acierto, dió actividad á la guerra, y condoliéndose de ciertos actos de ferocidad, hizo entender que de parte del más fuerte debe estar siempre la generosidad y la indulgencia, ordenando, en bien escrita circular, que se respetasen las vidas, casas y propiedades de todos los habitantes sin distinción, castigando con rigor á los que infringiesen las leyes de la humanidad. Para dar el ejemplo, trasladóse á Puerto Príncipe é imprimió impulso á las operaciones.

Las columnas recorrieron todo el Camagüey; tuvieron encuentros más ó menos reñidos; hicieron multitud de prisioneros; obligaron, á muchos, á presentarse: todo lo que demuestra que la actividad de los jefes de columnas y el humanitario espíritu de que estaban poseídos, obedeciendo las órdenes del general en jefe daban sus naturales resultados. Este buen gobernante, secundado por camagüeyanos adictos, entabló negociaciones, encaminadas á que las partidas depusieran las armas: honroso modo de devolver á Cuba la paz. Algunos jefes de partida ofrecieron presentarse con armas y caballos, y al efecto solicitaron ropas nuevas para realizar con decoro la presentación; las que inmediatamente les envió el general Caballero. ¿Se presentaron? Nó. La imparcialidad me obliga á consignar que se quedaron, decentemense vestidos, en la manigua, el mayor número.

Semejante conducta demostró que toda duda sobre el carácter de la guerra, debía desaparecer: era separatista, y preciso se hacía obtener la independencia sacrificándolo todo.

El reducido ejército antillano había nutrido sus filas con gran número de batallones de la Península, atropelladamente organizados. En los papeles públicos no se leían más que falsedades que ningún bien reportaban, y para vergüenza de la noble carrera de las armas, algunos imprudentes decían en público: "*Los militares son comerciantes, los comerciantes son militares,*" Ni sé, ni quiero saber si esta injuriosa imputación tenía fundamento, con relación á alguna individualidad, para quien Calderón no escribió:

«*La milicia no es más que una*
Religión de hombres honrados.»

Los militares en general, no eran comerciantes, y tuvieron siempre el honor por divisa. Si en todo apostolado existe un Judas, no es de extrañar que en un ejército numero-

sísimo, en completo fraccionamiento, muy tentador para los malos instintos, existiesen individuos que se separasen del concierto general orgánico; escoria impura que no debe subir á la superficie en el crisol de la justa y severa disciplina.

II.

En el año de 1871 el general Villate, tenía verdadera popularidad por su carácter bondadoso y sus relaciones íntimas con hijos del país; fué el primer general que salió al campo y plantó la bandera española sobre la torre de *Zaragoitia*, rodeada de humeantes escombros.

La guerra hízose poco más ó menos como siempre; en algunas zonas muy bien; pero como en historia, según Cousin, el conjunto es lo que importa, diremos que, en su totalidad muy mal.

Las pacificaciones parciales en Cuba no valen nada. Ejemplo. Se pacifica la jurisdicción de las Túnas; pero si no se pacifican las de Cuba y Camagüey, el triunfo es ilusorio.

Durante la guerra hubo distintas pacificaciones que de nada sirvieron. La pacificación de Cuba fué un espejismo; la pacificación de las Villas obtenida por el brigadier Portillo fué ilusoria, pues que los insurrectos no hicieron más que correrse al Centro donde la guerra continuó, y, por último, la del Zanjón, si es cierto que revistió un carácter más general que las anteriores, tampoco fué una verdadera pacificación, toda vez que la guerra, después de la protesta de Maceo en Baraguá, siguió lo mismo que antes.

Por Julio de 1871 mandaba yo el batallón de Catalanes y entablé negociaciones desde el campamento de Cupey, á siete leguas de Morón, con el general insurrecto, nacido en Venezuela, D. Salomé Hernández; interviniendo en ellas el comandante D. Manuel Aragón y Quintana, protegido del conde de Valmaseda, y muy dado á atribuirse comisiones y mandos, con ocasión de encontrarme yo ausente, lo que corrigió con entereza el comandante general D. Ramón Fajardo. Ello es que después de tener mis trabajos adelantados, de entrar y salir los insurrectos en nuestro campamento, entre ellos el cabecilla Boytel y el abogado Monteagudo, las

negociaciones no dieron el fruto que se esperaba por las volubilidades del Sr. Aragón.

Los jefes de otros batallones recibieron órdenes de no molestar á Hernández, y como nada se dijo al jefe de la columna que estaba en el campamento de San Nicolás D. Marcelino G. Obregón, salió á operaciones y encontró á la partida de Villamil, á la que batió resultando éste herido en la ingle, de un balazo, que le disparó el propio. Obregón que era un excelente tirador.

Resultado de todo: Hernández desapareció, y solo se presentaron 27 hombres con armas inservibles, Monteagudo y los hermanos Boytel. El Sr. Aragón obtuvo el empleo de teniente coronel: fué el único recompensado.

En otras partes conferenciaron con el mismo fin, los coroneles Pocurull y D. Sabás Marín y el jefe de policía de Puerto Príncipe D. Antonio Lomelino.

El comandante general D. Pedro de Zea, creyó de tan buena fé en la pacificación del Centro, que en carta casi oficial participó á los jefes de las zonas, que antes de un mes se cantaría el *Te Deum* de la paz. Pasó el mes y la pacificación no se realizó. Salomé Hernández, muy contento, pertrechaba á su gente con los recursos abundantes que le trajo una expedición de Venezuela.

CAPITULO VI.

ESTADO DE LA INSURRECCION.

No pudo conseguirse la paz.—Actividad de los insurrectos.—El general Ceballos.

¿Pudo conseguirse la pacificación en 1872? Contesto: que no.

Fundo mi opinión, en que á pesar de la disminución de las fuerzas y de los contratiempos experimentados en la persecución constante de las tropas, los jefes más tenaces no perdieron la esperanza de mejores tiempos, con la gente que les quedaba en el campo y en las poblaciones: ellos sabían que la pacificación de las Villas no era cierta y en el Centro y Oriente estaba latente el peligro, por lo que el coronel D. Sabás Marín, con dos batallones y una pieza, no cesaba de operar.

El día 21 de Diciembre de 1872 cuando se decía que la insurrección estaba moribunda, el que esto escribe, con su batallón "El Rayo," halló en *Loma Vapor*, al general Ignacio Agramonte, fuertemente atrincherado. El prestigioso cabecilla no aguardaba el ataque, y cuando vió su posición flanqueada por dos compañías, creyó que se trataba de la vanguardia de fuerte columna y abandonó la loma, después de defenderla.

Al coronel Marín le sorprendió la aparición en su zona, de Agramonte, con unos 400 hombres, y supo que éste tuvo algunas bajas en el mencionado encuentro.

Cuando esto tenía lugar en el Centro, en Oriente reclutaban gente, García, Díaz y Gómez, no descansando en este trabajo García Iñiguez.

Con lo dicho, sobra para probar que la insurrección no estaba tan abatida como se suponía por algunos, dando de

ello claras muestras en los años de 1873 y 1874, que es cuando puede decirse que la insurrección estuvo más potente, y sus fuerzas mejor se batieron en campo abierto, como en La Sacra, Naranjo, Melones, Jimaguayú y Guásimas de Machado.

En 1873 permaneció algunos meses de Capitán General interino el pundonoroso general D. Francisco de Ceballos, muy conocido en Cuba por haber servido anteriormente como jefe de un batallón de cazadores y coronel del regimiento de Tarragona. No pudo en su interinidad acabar la guerra; pero dió impulso á la persecución, é hizo cuanto pudo y cumplía á su buena reputación militar, secundado por el ilustrado mariscal de campo D. José L. Riquelme.

CAPITULO VII.

MUERTE DE UN CAUDILLO DE LA INSURRECCION.

El Gobierno liberal de España.—Batallones provinciales.—Muerte de Agramonte.—Fin desgraciado de Carlos Manuel de Céspedes.

«Una medalla debe de perpetuar el valor y constancia de nuestros soldados.»
Nicolás Estevanez.

I.

Ya hemos llegado al año de 1873. Cuando la insurrección se extendió, por primera vez, por las Villas la situación de la Isla fué grave. Las medidas que, en consecuencia, tomó el Gobierno de la revolución de España fueron muy acertadas y prudentes, como lo reconoció en el alto Cuerpo colegislador, el senador monárquico señor marqués de la Habana.

El Gobierno de "*España con honra*" fué conservador en Cuba contrariando, por equivocado patriotismo, su liberal tendencia.

Respetó la esclavitud; dejó, para mejores tiempos las reformas políticas y económicas; perseveró en la unidad católica y no rebajó en nada el poderío de ciertos hombres.

Por otra parte creó una medalla conmemorativa para el ejército y otra para los voluntarios, mandó construir cañoneros para la vigilancia de las costas, y auxilió la formación de batallones provinciales para la guerra, siendo la rápida organización de estos cuerpos una gloria del ilustrado general D. Fernando Fernández de Córdova.

La roja barretina; la clásica bóina de los vascongados; la inflada gaita gallega; la graciosa cantinera andaluza y las

y la montera

variadas figuras de los voluntarios de las demás provincias, produjeron ruidoso entusiasmo entre los habitantes leales que se disputaban el festejo de los jóvenes defensores de Cuba española.

El escritor, y dígolo en el modesto sentido "del que escribe," debe decir siempre la verdad tal cual él la concibe. Pues bien, los batallones provinciales fueron pésimamente utilizados. En lugar de lanzarlos al campo, en columnas, se les desparramó en infinidad de inútiles destacamentos. Batallón hubo, como el de *Cádiz*, que mandé, que teniendo mil plazas sólo utilizaba en columna 140 ó 150, y esto en escoltar convoyes causando mi desesperación.

En *San Gerónimo*, disminuía sus fuerzas, por enfermedades no contraídas en la persecución del enemigo, el batallón de Vascongados. El primero de Barcelona perdió parte de su pujanza en la línea de Nuevitas al Príncipe, si bien con la gloria de la defensa del campamento de *San José*, donde encontraron la muerte de los valientes los gallardos mozos que formaban la sin igual escuadra de gastadores. El batallón de Santander..... más vale callar.

Después se les exigía un servicio superior á sus fuerzas, sin atender á su necesaria alimentación. Ejemplo: una compañía salió á recomponer una línea telegráfica, que el enemigo cortaba siempre que quería; hecho el penoso trabajo retrocede á comer el mal rancho á las 12 del día: el astuto contrario hace oír seis tiros al norte del poblado. El batallón, incluso la compañía, que no había probado aún el rancho, loca y atolondradamente marcha en persecución de los insurrectos sean 6, sean 600. A las 11 de la noche regresa el batallón con más fatiga que gloria; y la compañía cansada y hambrienta, prueba el rancho á la misma hora que los gallos cantan en el vecino corral. Y ¿qué es el rancho? Figuraos el engrudo de un zapatero y lo sabréis: la diferencia está en que se componía de arroz blanco, galleta y agua.

Resultado: los malos hospitales ¡vive Dios! repletos de anémicos y tísicos. Agréguese á esto miles de batalladores muchachones, enjaulados en fétidos fortines, con techo de paja sin batirse; los DIEZ MIL (1) ocupados pacíficamente en las representaciones de los cuerpos; escribanos!! de causas;

(1) Según cálculo del general Riquelme.

ordenanzas más parecidos á porteras que á guerreros, y otras comisiones que se omiten por respeto á las *faldas caracterizadas*, y se probará que los provinciales no dieron el resultado apetecido á despecho de ellos mismos.

He leído en un periódico, que unos oficiales franceses encontrábanse prisioneros en un campamento prusiano, á la sazón que una división francesa asomaba sus avanzadas á muy corta distancia. Los oficiales preparábanse para subir á una altura próxima, á presenciar la batalla, cuando un capitán prusiano les dijo:

—"Compañeros, calma: si nosotros fuéramos franceses, ya rugiría la metralla; pero los prusianos para alcanzar la victoria, vamos más despacio que los franceses."

He sacado este ejemplo, acordándome de la compañía que comió el primer rancho, cuando los gallos cantaban.

Que una vez el enemigo nos precipite en nuestros movimientos, bien; ¿pero siempre? No lo comprendo, ni lo hubiera practicado teniendo el mando superior. Con actividad y calma, valor, serenidad y buen cálculo, pueden cosecharse los más ópimos resultados: con el atolondramiento inconsciente podrán *tomarse unas alturas para volverlas á dejar*.

Era el mes de Mayo de 1873. Una partida enemiga á las órdenes de un jefe de importancia, el general Ignacio Agramonte fué, según se dijo, derrotada en el potrero de *Jimaguayú*, dejando sobre el campo 70 muertos y entre los tales al predilecto hijo del Camagüey. Narremos la verdad de lo ocurrido:

La columna del teniente coronel Rodríguez de León, encontró al enemigo cuando ya Agramonte había dado la orden de emprender la marcha para otro punto que le convenía; pero, á pesar de todo, dando rienda suelta á sus instintos belicosos, aceptó la pelea haciéndose ambas partes un nutrido fuego y cargando la caballería; pero sea que á Agramonte se le esperaba en otra parte, sea que considerasen muy superiores las fuerzas del teniente coronel León (1), es lo cierto que los enemigos se retiraron y las tropas también, en vista de ello, retornando á Puerto Príncipe.

Antes de llegar á la capital detúvose la fuerza en la mi-

(1) Se componían de 400 hombres del batallón de *León*, 250 de la columna volante y una pieza con 60 artilleros.—Tuvieron 6 muertos, 15 heridos y 14 contusos: (esto es oficial).

tad del camino, para comer y descansar un poco, bien agena de que había dado muerte á un importante cabecilla, cuando se presentó un guerrillero, que habiéndose quedado rezagado, tuvo necesidad de atravesar un potrero para acortar la distancia y encontrar la columna en marcha. Entre un campo de hierba encontró un cadáver y sobre él una cartera que recogió. Registrada ésta, por los papeles que contenía, sospechóse que pudiera ser del general insurrecto. El hallazgo era precioso.

Entonces el jefe de la columna ordenó que uno de los comandantes que estaban á sus órdenes, fuera á Jimaguayú con una fuerte escolta, reconociera el terreno y se apoderase del cadáver para su reconocimiento é identificación. Al comandante del mismo batallón, Sr. Cevallos, *le tocó la suerte* de mandar la escolta, y encontrado el cadáver fué conducido, atado sobre un mulo, al punto en que aguardaba el primer jefe, quien, levantando el vivac, emprendió de nuevo la marcha á Puerto Príncipe, donde se identificó publicamente el cadáver y se le dió sepultura. Esta fué la victoria de Jimaguayú.

Las bajas del enemigo no fueron más de 3 muertos y 5 heridos (1), y el valiente Agramonte murió de una bala extraviada y quedó oculto entre la hierba del potrero, sin que nadie se apercibiera, creyendo los suyos que se había alejado, después de la acción, con una pequeña escolta. Las *auras* se apoderan de los cadáveres principiando por comerse los ojos; salvándose sólo de su voracidad el del popular abogado y general tan querido de todo el Camagüey y de los suyos.

II.

Máximo Gómez, natural de Santo Domingo, y oficial que había sido de nuestro ejército, sustituyó á Agramonte, con ventaja, por su práctica en la guerra de guerrillas. La derrota del teniente coronel Dieguez, en la jurisdicción de Holguín, por el mayor general Calixto García Iñiguez; el ataque rechazado en Manzanillo; el incendio y saqueo de una parte de Santa Cruz; los macheteos en la zona de culti-

(1) Así me lo ha confesado un antiguo ayudante de Agramonte, que después lo fué de Máximo Gómez.

vo de Puerto Príncipe, donde murieron con valor heróico los desgraciados jefes Abril y Romaní (1); la destrucción de líneas telegráficas; la fuerza moral perdida en algunos pequeños poblados; el atropellado abandono de muchos destacamentos, y la desgraciada acción de *Palo Seco*, el día 2 de Diciembre, donde fué destrozada toda la columna con el teniente coronel Vilches y el segundo jefe á su frente, y prisionero el bizarro Martitegui, al que Máximo Gómez no quiso fusilar, á pesar de haberle encontrado encima una orden del conde de Valmaseda y transcrita al coronel Armiñán, en la que se le ordenaba "*que no hiciera prisioneros;*" acontecimientos fueron que dieron gran importancia al general dominicano.

Poco después fué apresado por el valiente capitán de fragata, Sr. Costilla, el vapor americano *Virginius*, que conducía á su bordo rico cargamento de armas y pertrechos; y entre los expedicionarios y tripulantes se hallaban cabecillas de gran importancia, tales como Bembeta, Varona, Céspedes, Santa Rosa, Franchy Alfaro, Ryan, Boitel (presentado antes en Cupey), Jesús del Sol y otros que fueron fusilados en Santiago de Cuba.

Máximo Gómez prosiguió sus triunfos parciales como si nada hubiera ocurrido á los expedicionarios, y los acontecimientos sucesivos hicieron olvidar al famoso barco de vapor que naufragó diplomáticamente en aguas de los Estados Unidos. Nudo gordiano cortado á la inglesa por la falacia americana que se burló de la candidez de nuestros gobernantes.

Poco tiempo antes había cesado en el mando de la Isla, el digno general D. Cándido Pieltain, y puede asegurarse que su comportamiento liberal, torcidamente interpretado por hombres que tenían demasiada influencia en perjuicio de la patria, fueron la causa de los inconvenientes con que tropezó su criticado mando; pero no puede negarse que dió inteligente impulso á las operaciones de campaña; que dió nueva organización á las guerrillas montadas, y que en la época de su mando hay que registrar la muerte del impor-

(1) El entendido é intrépido Romaní, murió batiéndose con una carabina, como el bravo general Pardiñas, en España. ¡Desgraciado Romaní, como te han rebajado en un documento oficial! Hubo insurrectos que trataron de salvarle la vida, pero llegaron tarde, como Cabrera, para salvar al heróico Pardiñas.

tante general Agramonte y la captura del vapor *Virginius* (1).

El mencionado benemérito general y su ilustrado jefe de E. M. G. Sr. Montero Gabuti, permanecieron sólo siete meses desempeñando sus difíciles mandos, no bien juzgados por el apasionado y torpe espíritu de partido, que tan fatal ha sido en este fiel país, mal comprendido y peor gobernado, no precisamente por falta de condiciones en los gobernadores generales, sino por el funesto sistema imperante.

No debo acabar este capítulo sin detenerme un poco en la trágica muerte del desgraciado presidente D. Cárlos M. de Céspedes.

En Octubre de 1873, el general Quesada, cuñado de Céspedes fué declarado, por un tribunal militar, culpable de cierta falta; y el presidente, á la manera de un rey absoluto, anuló por su propia autoridad la acción del Tribunal. Túvolo á mal la Cámara y en una sesión muy borrascosa decretó la destitución de Céspedes, encomendando la presidencia al Sr. D. Salvador Cisneros, marqués de Santa Lucía.

Desde entonces Cárlos Manuel fué ingrata é injustamente abandonado por los mismos que le habían aclamado en Guáimaro. Vivía sin escolta en la *Sierra Maestra*, en un lugar llamado San Lorenzo; donde el ex-presidente se dedicaba á enseñar la cartilla á unos niños que vivían con sus padres en un bohío inmediato; mostrándose más grande en el infortunio que hábil en el mando.

El día 26 de Febrero de 1874 fué sorprendido y rodeado de soldados que le hacían fuego; Céspedes apeló, como era natural, á la fuga para salvar la vida. Su hijo, el Coronel Céspedes, no pudo penetrar en el terreno que pisaba su padre indefenso; y sólo, á las cinco de la mañana del día siguiente, pudo practicar un reconocimiento, con seis hombres, encontrando quemado el bohío y á muy pocos pasos el ensangrentado cadáver de su padre. ¿Se suicidaría Céspedes, ó recibió el balazo en el pecho que le causó la muerte?

La historia será severa con la Cámara. Cárlos Manuel de Céspedes pudo ser legalmente destituido; pero la indefensa en que se le dejó, constituye una falta imperdonable.

---

(1) Cuando el general Pieltaín desembarcó en la Península supo la captura del *Virginius*.

El hombre que tuvo entusiasmo y osadía bastante para dar el grito de Yara; que prestó, luego, importantes servicios; á quien se dió una popularidad bien ganada, no debió perecer abandonado y sin gloria.

Los que fuímos francos enemigos de Céspedes, como hoy lo somos de las ideas que sustentó, encontramos, á fuer de soldados leales, muy punible la conducta de la Cámara.

D. Carlos Manuel de Céspedes juró vencer ó morir: su muerte honrará, para siempre, la memoria del primer Presidente de la revolución en Cuba.

Muy bien

CAPITULO VIII.

EL GENERAL D. MANUEL PORTILLO.

Una brigada con quinientas acémilas.—El Jefe de E. M. D. Luis Castelvi.—Reñidas acciones de Naranjo y Mojacasabe.—Retirada de Máximo Gómez.--Marcha retrógrada de la Brigada.

I.

Al alborear el año de 1874 la insurrección estaba pujante. La entrada de los insurrectos en Guamo, la acción de La Sacra, la derrota de Palo Seco y el macheteo de guerrilleros y guardias civiles, en varias y distantes zonas, elevaron á grande altura su importancia.

Nuestros Comandantes Generales al meditar sobre el auge que la guerra tomaba, exigieron la uniformidad y el uso de divisas á los oficiales; la instrucción de compañía y batallón en el orden abierto, y diaria ocupación de tiro al blanco individual; pero ya anteriormente, justo es confesarlo, lo había ordenado con gran claridad y minuciosos detalles el comandante general Sr. Riquelme.

El general Portillo, procedente del cuerpo de ingenieros, poseía raras dotes de mando; nadie sabía como él encontrar tan buenos confidentes, indispensables en toda guerra. Oficial de instrucción, poco comunicativo cuando quería, pensador, discreto, laborioso, enérgico, protector decidido de los jefes, que elegía para desarrollar sus planes, generoso y no exento de maquiavelismo, era el general Portillo un general superior, quizá de poca categoría para exteriorizar sus vastas concepciones político-militares.

El General supo por sus confidentes que todas las partidas de los departamentos estaban reunidas á 7 ú 8 leguas

de Puerto Príncipe para dirigirse á las Villas. Encerróse Portillo en su despacho y sin otro auxilio que el de su jefe de E. M. el ilustrado y activo teniente coronel D. Luis Castelví, examinó el plano y redactó sus órdenes, claras, precisas, terminantes.

En los grandes departamentos Central y Oriental, unidos por el camino de Guáimaro y Túnas, tenían los insurrectos extensos despoblados donde guarecerse para burlar la persecución de las tropas. Sus montes casi impenetrables, sus grandes sabánas, sus inacabables potreros de alta hierba guinea eran tan útiles á las errantes bandas, como perjudiciales á las tropas regladas. Faltas éstas de puntos de apoyo, y sin otra alternativa que formar columnas con convoyes de acémilas, imposibilitadas de moverse, obligadas á acampar en parajes determinadas por la aguada y el pasto, sujetas á batirse en el terreno que elige el enemigo, las columnas, como obedeciendo á una consigna, retroceden al punto de partida con las acémilas vacías de raciones y las camillas, cargadas de heridos.

El día 7 de Febrero las fuerzas de Báscones y Armiñán compuestas de los batallones *Rayo*, León, Pizarro, Aragón, Cortés y Libertad, cuatro piezas de montaña, cien caballos, unas contraguerrillas, y la sección á pié de Gíbaros salieron de Guáimaro y pasando por San Blas, Berraco gordo, San José, Chorrillo y Mojacasabe encontraron todos los pastos quemados, sin duda para destruir el alimento necesario para nuestros caballos.

Esta fuerte columna de las tres armas, iba dotada, además de las acémilas ordinarias de los batallones, de un gran número que se tomaron en Guáimaro con objeto de poder perseguir, después de una acción, al enemigo y no necesitar, por falta de alimentos, de paralizar la persecusión. Tan exagerado número de acémilas—lo menos 500—era embarazoso estorbo para transitar por terrenos vírgenes y estrechas y enmarañadas veredas. El cordón de bestias excesivamente cargadas interrumpía la acelerada marcha de las fuerzas y dejo á la consideración de los lectores el trabajo que fué necesario para conducir un cordón de más de un cuarto de legua de los asustadizos y resabiosos animales. Aquí se cae una carga, más allá un mulo se rompe una pata; una mula se escapa en dirección del enemigo; una yegua huye de un

caballo que afloja las cuerdas de la carga; un soldado recibe en el pecho una coz de inquieto potro; todos los acemileros gritan, juran, blasfeman, reniegan y nadie se entiende. El jefe para organizar la revuelta impedimenta, hace esfuerzos inauditos sin esperanza de lucimiento en su ingrato servicio.

Era el 10 de Febrero del mencionado año. Máximo Gómez estaba en el potrero *Naranjo*, teniendo interpoladas sus fuerzas en grupos en línea circular frente á un campo de hierba cruzado por un arroyo, y á su espalda manigua y monte alto que le aseguraba la retirada.

Una fuerza avanzada rompió el fuego en Mojacasabe y por una escondida vereda se retiró á Naranjo.

El coronel Dominguez con el batallón de la Libertad hizo esfuerzos inauditos para apoderarse de un palmar donde encontró una resistencia sólida, poco acostumbrada. En el potrero formáronse los batallones en línea de cuadros, y la impedimenta con un batallón y la caballería en el punto donde estuvo la casa de la finca.

Rompióse nutrido fuego de cañón y fusil, y la caballería contraria dió, con ligereza y atrevimiento repetidas cargas, rechazadas por el fuego de filas de los cuadros, mandados por sus jefes, con la misma regularidad que en un pacífico campo de instrucción.

Llegó su turno á nuestra caballería. Los escuadrones de Pizarro, mandados por el coronel D. Luis Portero, pusiéronse en movimiento llevando á su cabeza al comandante Rebagliato por haberse quedado como jefe de la retaguardia el Sr. Portero. Al instante desapareció de nuestra vista la caballería, entre las negruzcas nubes de espeso polvo, llegando confusamente á nuestros oídos el eco grave y sombrío de las trompetas.

El fuego de la bien colocada infantería enemiga y sus fuerzas de caballería, que resueltas cargaron sobre nuestros escuadrones, hicieron que éstos, diezmadas sus filas, se pronunciaran en retirada refugiándose á retaguardia de nuestra línea de cuadros de batallón.

Entonces se formaron los batallones en columna de combate y bien alineados se internaron en el potrero, viéndose obligados á detener la marcha por encontrarse con la hierba seca encendida, y que las llamas se propagaban con aterradora velocidad, formando un mar de fuego, que producía un

calor insoportable, y cayendo una copiosa lluvia de ceniza con millares de chispas que se reproducían sin cesar. Con esta estratagema del enemigo, no quedó al brigadier Báscones otro recurso que retirarse á la casa quemada, donde vivaqueó según el trazado que hizo el muy valiente comandante de E. M. D. José García Navarro.

Amaneció el día 11, y por lo enconados que quedaron los ánimos el día anterior, la lucha fué terrible; á la rudeza y tenacidad en el ataque respondió nuestra defensa vigorosa y decidida; hasta que la falta de municiones obligó irremisiblemente á emprender la retirada.

Por el callejón de Mojacasabe desfiló la brigada, llevando flanqueos por su costado derecho. El brigadier Báscones con mi batallón el *Rayo*, íbamos á vanguardia, y el coronel Armiñán con Pizarro y otros Batallones con los jefes Pedemonte, Pando y Carrascón á retaguardia.

El enemigo atacó briosamente nuestra retaguardia, y el coronel Armiñán, siempre sereno y animoso, dirigiendo los movimientos del último escalón, consolidó una vez más su bien adquirida reputación.

La media legua de callejón nos costó siete horas de lucha, y al asomar la vanguardia al llano de Mojacasabe, unos 200 hombres cargaron sobre el *Rayo*, que ya había sufrido seis muertos y once heridos; pero auxiliados del comandante Castellanos y de los oficiales Martell, Laborda y San Feliú, y los cañones del capitán Ramírez, se pudo rechazar la acometida sin que se repitiese.

Discurramos.

¿Pudo haberse perseguido al enemigo? ¿Era prudente mandar á la ciudad al centenar de heridos con una pequeña escolta? ¿Debimos retirarnos? ¿Debió elegirse otra vereda que la de Mojacasabe? No, mil veces. Sin comida y sin cartuchos, no se emprenden operaciones. Un jefe de conciencia y sin anhelos de falsa gloria, no expone sus heridos á la natural ferocidad del enemigo. La retirada fué impuesta por la necesidad. Podría haberse elegido otra vereda; pero se eligió la de Mojacasabe por ser la más corta y la más conocida. El brigadier Báscones se condujo en todo muy bien y se retiró por necesidad: la retirada fué honrosa.

Después que el *Rayo* rechazó, según se ha explicado, la caballería, el enemigo se replegó sobre las alturas de Moja-

casabe y sin disparar un sólo tiro, presenció la marcha de la brigada, camino de Vista-Hermosa.

Ignoro las bajas que tuvo el enemigo en Naranjo; pero me ha dichò un insurrecto, que en el callejón de Mojacasabe tuvieron muchas; Máximo Gómez confiesa que *sufrió más de* 60, y gran número de jefes y oficiales, al ser rechazados por las tropas escalonadas; por nuestra parte sufrimos 244. En dicha acción fué muerto el caballo que fué de Vilches, desgraciado jefe que sucumbió en Palo Seco y que montaba un jefe insurrecto; también fué herido el caballo de Máximo Gómez, por el rebote de una granada que no estalló.

Esto es lo que sé y lo que presencié. Respecto á la retirada de Mojacasabe, copiaré el parte oficial de Gómez, que se publicó en el *Boletín de la guerra:* (1) "Dí orden á las tropas de retirarse, porque carecían de municiones y estaban sumamente fatigadas" Los comentarios podrá hacerlos el lector inteligente.

(1) Periódico insurrecto.

CAPITULO IX.

EL EJERCITO DE CUBA.

No pasaba de 7,000 hombres.—Porvenir de la raza española.—Puerto Príncipe.—Sir Jorge Pocock.—Hazañas de los holguineros.—La guerra.—Elogio de los voluntarios.—Elogio de los soldados.—Valor y disciplina.—Elogio de los defensores de la Patria.

> Lafuente, por fin, admitiendo como Bossuet «la progresiva tendencia de la humanidad hacia su perfeccionamiento,» nos muestra que nacemos luchando y que, desde los tiempos más remotos, las grandes trasformaciones humanas no han sobrevenido sino á través de gigantescas luchas, las cuales considera como altos designios de la Providencia.
>
> *Luis M. de Monge y Puga.*

> El soldado español no tiene superior.
>
> *Luis Fernández de Córdova.*

I.

Aceptado el lema democrático "*Olvido de lo pasado y esperanza en el porvenir*," olvidemos lo que pueda dividirnos, y tendamos un tupido manto sobre las escenas horribles de la guerra pasada; simpaticemos, como hermanos que somos, con todos los que fielmente han depuesto las armas; pero no olvidemos, no, las glorias de la campaña. Por eso no mencionemos hechos punibles; no anatematicemos nombres propios, ni escribamos una sola palabra que pueda lastimar á determinadas individualidades: borremos, con esponja humedecida en aguas del Leteo, las misteriosas cifras escritas en la pizarra de nuestros infortunios; pero quememos oloroso incienso por nuestros antiguos y malogrados camaradas de campamento.

El reducido ejército que no pasaba de 7,000 hombres en 1868, sabía perfectamente la táctica europea, si bien mal armado, y puedo asegurar que la gran mayoría de los que

lo formaban han muerto de bala y enfermedad, pudiendo decir los supervivientes orgullosos: Nosotros, en unión de los voluntarios, de los milicianos, de los guerrilleros y de los bomberos, salvamos la Isla de Cuba. Esos soldados fueron á la guerra sin tiendas de campaña para preservarse de los copiosos aguaceros; sin camillas para conducir á sus heridos; y armados con fusiles de pistón, que de cada cuadro disparos sólo aprovechaban uno. ¡Qué responsabilidad moral para los gobiernos de aquella época! ¡Qué punible abandono!

A los que duden de las hazañas del ejército que llamaré *histórico*, y que comprende, además de los 7,000 hombres que había al estallar la guerra, los que inmediatamente llegaron de la Península, les diré: —rebajad, si podéis, la marcha del general Villate á Bayamo; presentadme un hecho más sobresaliente que el paso del río Cauto por el comandante Mendiguren; decidme si cabe más intrepidez que la de Huerta, Diéguez y Obregón, buscad cubanos más valientes que Olivella, Miguel Pérez y González. ¡Ah! Los encontrareis semejantes, pero, vive Dios, superiores, nó.

Ya todos somos unos; el pasado no debe ser rémora para el porvenir, somos todos hijos de una patria de brillantísima genealogía, y sí debemos olvidar para siempre lo que no debe recordarse, no olvidemos lo que no olvidan más que los pueblos degradados. El pueblo que no recuerda á sus mártires, es pequeño.

Digamos con el historiador chileno Amuzátegui: "El porvenir más grandioso y magnífico está reservado indefectiblemente á la raza española en la futura historia. La fuerza de las cosas le lleva á una era de poder y de esplendor no muy lejana con un impulso irresistible: la lógica del destino. No se necesita ser profeta para anunciarlo."

Antes de 1868 se vivía en Cuba en la más completa ignorancia política. Los peninsulares, salvo excepciones—ya lo creo que las había—no pensaban en otra cosa que en el oro que honradamente acumulaban; los antillanos en gastar alegremente las pingües rentas que poseían; pero había dos grupos de hombres que mútuamente se observaban. El primer grupo no quería ni libertad, ni progreso, ni para nada apetecía otra ilustración que la que peseía, *con trabajo ageno* para llenar el bolsillo, grande como un bocoy, de pesos duros.

El segundo grupo no se conformaba con la apacible vida del oasis en un desierto. Gustaba de vestir con elegancia, gastar con largueza, trabajar con el espíritu, leer y hacer política. Los dos grupos eran antagónicos y, por consiguiente, refractarios. He ahí el origen, aunque embozado, muy comprensible, de la desunión entre hermanos que, andando el tiempo, había de llorarse con lágrimas de sangre.

En Puerto Príncipe, que tanto ha sufrido y donde era numeroso el segundo grupo, la vida era agradabilísima.

Casa espaciosa y barata: buenas carnes, tiernas viandas, esquisitas frutas, libertad absoluta de costumbres, ninguna libertad política; la consabida retreta de la plaza de Armas, y una sociedad de recreo llamada "La Popular," donde sorprendentes bellezas femeninas hacían galopar sus torneados dedos sobre las negras y blancas teclas de un piano de cola ó lucían su habilidad en el difícil canto italiano, en arias de la *Traviata*, ó, se hacían aplaudir, en comedias de Bretón, ó en drama caballeresco de Zorrilla.

Cuando concurrían al paseo dos ó tres camagüeyanas sentadas en muelle quitrín de descomunales ruedas, que rozaban la aerea muselina de los vestidos, flotando al viento, semejaban un ramillete de frescas rosas, ó diosas mitológicas por lo bellas; y cuando en un baile se las podía hablar ó estrechar una mano, al saludarlas, ó ceñir sus cinturas en voluptuosa danza, con repiqueteo de timbales; el varón afortunado, entusiasmado y tembloroso, no se acordaba de su calidad pedestre y deseaba derretirse en un ángel para descansar del prosaismo de la vida.

En los más reducidos pueblos, en las aldeas más insignificantes, en las solitarias casas de los campos, reinaba siempre la más franca hospitalidad. Las puertas se habrían para todo el que llamaba, y nunca faltaba un plato en la mesa, una taza de café, un tabaco y una hamaca. Generosidad verdaderamente evangélica, como no se encuentra igual en parte alguna del Universo. La fidelidad á la patria española probada mil veces de manera tan efectiva, como, por ejemplo, en la última guerra de Santo Domingo, y después del grito de Yara, son pruebas irrefutables, de que no en vano lleva el dictado de "*Siempre fiel Isla de Cuba.*" Si tuviera á mano más antecedentes y no me viera reducido á escribir con mis recuerdos y apuntes conservados, llenaría algunas

páginas muy interesantes, que patentizarían los distinguidísimos servicios de los valientes hijos de las provincias de Cuba. Para mi objeto, nos bastará con lo siguiente.

En 1762 la poderosa escuadra del Almirante Sir Jorge Pocock con gran número de tropas de desembarco, al mando del general conde de Albermarle, apareció repentinamente á la vista del Morro, excitando general ardimiento en las tropas y *en el vecindario*, como consta en la bien escrita obra *Ensayo histórico de la Isla de Cuba*, por D. Jacobo de la Pezuela. No me detendré en lo que ocurrió durante todo el tiempo de la pasajera dominación inglesa, sólo en el terreno que pisara; pero sí recordaré con orgullo, la fidelidad probada de los cubanos; y si la historia registra que el denodado Marqués González perdió la vida abrazado á una bandera y el heróico defensor del Morro D. Luis de Velasco, murió con el pecho atravesado de un balazo; la historia ha concedido un puesto distinguido á los regidores cubanos, jefes de las milicias, y de la juventud armada del país; y sobre todo al intrépido guerrillero *Pepe Antonio*, que tanto molestó á las avanzadas y partidas que se destacaban de los campamentos ingleses, dando repetidas muestras de intrepidez y alcanzando una reputación, que era, y es el orgullo de sus paisanos.

La antigua jurisdicción de Holguín siempre se ha distinguido por su valor y fidelidad, como lo comprueban sus hechos históricos.

Unos contrabandistas ingleses en 1739, invadieron el territorio de Gibara, y de vuelta á sus buques con cuanto habían robado á las pocas é indefensas familias que encontraron, se vieron acometidos por tres hombres y cuatro muchachos del partido de Auras. Este pequeño *ejército*, que sólo iguales han mandado nuestros guerrilleros de España, se cubrió de gloria, recuperando la presa que se llevaban y volviéronse victoriosos á sus casas con aplauso y admiración de los vecinos, como consta en un acuerdo del ilustre Ayuntamiento.

En el mes de Mayo de 1745, también se batió con unos aventureros, restos de los comandados por el Almirante Vernon, el heróico comandante de las milicias de Holguín, D. Pedro Bautista Bello, recibiendo una herida en la cabeza que le causó la muerte, impidiéndole su desgracia disfrutar

de la victoria como sus compañeros más afortunados. Sus restos descansan dentro de la iglesia parroquial de San Isidoro, en la mencionada ciudad.

En Enero de 1818, varios holguineros armaron y tripularon un buque para dar caza á otro pirata, y dándole vista cerca del *Pesquero nuevo*—dice el historiador Avila—y á la voz de ¡Viva España! y con la ligereza del rayo le abordaron, no dándole lugar más que para hacer uso de las armas blancas, consiguiendo ventajosamente su aprehensión con toda felicidad, y conduciendo la presa al puerto de Gibara, se ordenó que el capitán pirata y marineros fueran conducidos á la capital de la provincia."

Gloriosa acción llevada á cabo por los valientes D. José Luciano Borrego y León, natural de la ciudad de Maracaibo, y por los hijos de Holguín D. Gerónino y D. Juan del Monte, D. Pedro Martínez, y D. Manuel Turniel. Aprovecho esta ocasión para dedicar un simpático recuerdo á las hazañas de los mártires holguineros, dignos de eterna recordación; como al probado patriotismo del buen ciudadano D. Diego de Avila y Delmonte, autor de la Memoria sobre el orígen y fundación del *Hato de San Isidoro de Holguín*, y dedicada al teniente gobernador D. Juan Huerta y Sostres.

En 1868, ¡oh desgracia! resuena por los bosques el pavoroso grito de guerra, más alarmante por el ronco sonido del *fotuto* y por el quejido intenso de dolor de los inocentes habitantes. Todo sucumbe en el pavoroso estruendo de la lucha fratricida: riquezas, inocencia, hospitalidad..... ¿Cuándo volverá la calma perdida? ¿Quién protejerá á tantas familias dispersas sin hogar? ¿Quién subirá montañas, atravesará valles, vadeará ríos, penetrará en intrincados bosques para proteger al viejo, al tierno infante, á la doncella? ¿Quién? ¡El ejército y los guerrilleros!

A todos es debida la conservación de Cuba española; pero como el ejército se componía de soldados procedentes de la Península, en su inmensa mayoría de la quinta, no dejará de ser oportuno que me ocupe, aunque sea someramente, del benemérito soldado. Poco diré del general, del jefe superior, del capitán, del oficial subalterno: sólo elogiaré al soldado, héroe incógnito, que sabe pelear, vencer ó morir por su patria, sin que su nombre pase á la posteridad.

El soldado de Cuba ha pasado trabajos y fatigas que

apenas se conciben en Europa, y sólo pueden compararse á los que sufrieron los chilenos, y á los que, en la guerra de la independencia del Perú, soportaron los denodados soldados españoles á las órdenes de los intrépidos Espartero, Rodil, Ametller y otros.

El ministro de la Guerra que dé una buena organización al ejército prestará un gran servicio á la patria. El servicio general obligatorio en tiempo de guerra y el servicio voluntario en la paz, es en España lo más aceptable. ¡Dichosa la nación que pueda pasarse sin quintas! Pero ya que son, en Europa, necesarios los ejércitos, por lo atrasada que aún está su civilización, preferible es el sistema más justo y menos arbitrario. Los soldados voluntarios como en Inglaterra y los Estados Unidos tienen sus opositores; pero la experiencia enseña que el bello ideal de un buen voluntario es el tipo perfecto de un buen soldado. La misma nobleza de la carrera de las armas, parece exigir que en élla nada sea forzoso. Las demás carreras del Estado son voluntarias; voluntario el ejército de las artes, de la industria, de la agricultura, ¿por qué la voluntad ha de ser proscrita en el ejército?

Los almogávares en Oriente, los tercios castellanos, los francos de Prim, los voluntarios de la guerra de Africa, los voluntarios catalanes en la de Cuba; los intrépidos voluntarios guerrilleros cubanos; las escuadras de Guantánamo; los insurrectos en Cuba; los carlistas en las dos guerras, ¿qué eran?

Es preciso repetir lo dicho—en estas páginas hay muchas repeticiones para que no se olviden ciertas cosas—los voluntarios insurrectos no tuvieron organización; pero su constancia, su entusiasmo y su valor nos obligó á emplear doce años de persecución. ¿Qué no hubieran realizado estos hombres *voluntarios* con instrucción y buena organización?

El día que se suprima la inícua sustitución por dinero, el ejercicio de las armas será el más distinguido en el orden civil.

Todo el que ha hecho la campaña habrá podido apreciar los sufrimientos de los soldados que escoltaron convoyes á Guáimaro y Túnas á las órdenes del coronel Velazco; habrá aplaudido la idea del coronel Goyeneche, con su regimiento de la *Reina* á Santa Cruz para llevar un valioso convoy á la necesitada ciudad de Puerto Príncipe; habrá elogiado el desprendimiento del comandante retirado, coronel de Mili-

cias D. Francisco de Acosta y Albear, que dejó las comodidades de su casa, como rico propietario y atravesó batiéndose, con los voluntarios del *Orden* todo el Camagüey; habrá admirado el arrojo de los soldados que mandaban los coroneles Suances, Pocurrull y Aguilar, y si recuerda las *Minas de Juan Rodriguez*, reconocerá el valor, de los veteranos mandados por el honrado general Puello. Si dirige la mirada á *Monte Malo* y se acuerda, ¡un hurra! saldrá de sus labios para aquellos intrépidos soldados del batallón de *S. Quintín* peninsular, y para su jóven y heróico coronel Chinchilla, que salió atravesado de un balazo. Si no ha olvidado las rápidas marchas de los soldados pertenecientes á las columnas que obedecían á jefes reputados, habrá cumplido con un deber de conciencia al elogiar, imparcialmente, los trabajos titánicos de nuestros inmejorables soldados.

Canten otros las glorias de los que llevan entorchados, que glorias también cuentan, y déjennos la honrosa tarea de ensalzar, con pluma incorrecta, el abnegado heroismo de nuestros sufridos y valientes soldados. España debe de estar siempre agradecida á los relevantes servicios que con sangre de sus venas, le prestara en Cuba el ejército, que se vió constantemente aumentado con los *guerilleros y voluntarios* del país. Ocasiones tuvieron de aplaudir á nuestras fuerzas armadas los generales Caro, Carbó, Portillo, Fajardo, Zea, Esponda, Pando, Valera, Ampudia, Hidalgo, Morales de los Rios, Armiñan, Chinchilla, Cassola, Weyler; y los brigadieres Pin, Ayuso, Heredia, Suarez Valdés, Berriz, Sanz Pastor, Fernandez y otros; y los jefes Valenzuela, Godoy, Martitegui, Weber y Peinado, Vazquez Ilarduy, Bermejo, Dominguez, Castellanos, Portuondo y Barceló, Montaner, Modet, Carrascon, Navarro y muchos más; y todos habrán elogiado más de una vez el valor, los sufrimientos y el entusiasmo de los soldados, *guerrilleros y voluntarios*, hijos de Cuba.

Doce años de cruenta guerra y 200,000 muertos, es cosa demasiado importante, para que por un mal fundado raciocinio y fingida consideración, por nadie agradecida, se tienda el negro sudario del olvido. No; las hazañas realizadas por nuestros compañeros de armas, y que, seguramente, dan importancia á los que fueron nuestros enemigos, quedan ya grabadas en nuestros corazones, y llenarán páginas gloriosas en la historia, para que otro Gobierno más justo, más consi-

derado, más democrático, no relegue al olvido los miles de hombres abnegados que dieron sus preciosas vidas por la Patria. Así el Gobierno de los Estados Unidos ha mandado levantar un grandioso monumento en la ciudad de Nueva York, para perpetuar las glorias de los valientes que se sacrificaron por la Unión, con aplauso de federales y confederados.

¡Ojalá que en la Habana se erigiera un monumento, con aplauso de los que fueron insurrectos y de los que fueron leales! Pero acto tan humano y sublime, sólo ha podido realizarse en las despreocupada gran República.

Quizás, no faltará algún lector que se sorprenda de mi entusiasmo y deduzca, con falso raciocinio, algún demérito de parte de ejército tan numeroso, contra porción tan exigua de enemigos; pero, cuando de buena fé recuerde, que el que esto escribe, ha peleado en la guerra de Cuba; que se ha codeado con los soldados en los bosques y en los vivaques; que ha oido sus cantos y sus lamentos, sufrido calor, frio y cansancio con ellos, y admirado sus virtudes y valor, no se extrañará que haya consignado sobre las hojas de este libro, para que, corriendo por los rincones habitados, divulgue las heroicidades de mis compañeros de campaña, y sirvan sus mal escritas páginas de antecedentes verídicos, que, seguramente, no desdeñarán los buenos historiadores.—Si le cuentan también, que el ejército estaba diseminado en cerca de tres mil leguas cuadradas; que las bajas por enfermedades eran numerosísimas, en términos que muchas veces, de un batallón de 1,000 plazas, deducidos los destacamentos, apenas quedaban 150 soldados para las columnas de persecución; que en las marchas largas y penosas, unas veces con un sol abrasador, otras con la humedad que penetraba hasta los huesos, y nunca cómodas para el infante, debido al calor sofocante, y que había que llevar en camillas, conducidas por caballos, algunos hombres enfermos. Si le dicen que al vivaquear los batallones, después de fatigosa jornada tenían los médicos y practicantes que suministrar dósis de quinina, para cortar las calenturas á doce ó quince indivíduos que permanecían temblando, debajo de un árbol, que goteaba agua, de la copiosa que antes havia llovido. Si le describen al país de grandes extensiones, de bosques gigantes y enanas maniguas, cruzado sólo por estrechas veredas, y la clase de

guerra de pequeños y grandes grupos, que atacaban cuando querían, que huían sin desdoro, cuando les convenía, y que sus derrotas daban poco resultado para un próximo vencimiento; ya se explicará la duración de la guerra.

Los jefes insurrectos no combinaban la columna de batallón con la guerrilla por parejas: no confiaban en la masa de hombres por temor de perderla, y una dispersión de tiradores entre maniguales y bosques, la consideraban ventajosa, sin considerar que si ella era aceptable para hostigar al enemigo, era impotente para vencerlo. La táctica en campo raso de los batallones y la estrategia de las partidas sueltas en los bosques, pasos de rios y montañas: he ahí la combinación de los grandes guerrilleros.

Por parte del ejército se cometieron también grandes errores, tanto en su organización como en su instruccción europea, jamás variada durante los doce años de campaña, á pesar de los contínuos fracasos para acabar la guerra.

La opinión pública se impacientaba, y si los estratégicos de salón censuraban sin tón ni són, no faltaron jefes y oficiales que recordaban los célebres versos que corrían entre las tropas, al empezar el año de 1834:

"*Loor á los generales*
que á la batalla nos guian,
sólo en España podrían
llevar el nombre de tales.
En riscos y matorrales
ven la facción apostar;
mándannos luego atacar
y ábrennos mil sepulturas
por ganar unas alturas
y volverlas á dejar."

La guerra en la isla de Cuba, es una pelea difícil y especialísima, donde los buenos oficiales tienen mucho que aprender. Seguramente que los conocimientos adquiridos en los colegios militares y la meditada lectura de las campañas de Viriato, el Gran Capitán, Espartero y Marqués del Duero, son muy útiles; pero más útiles serían en Cuba, si á esos estudios, se añadiese el conocimiento del país. En Cuba no creo que se luciese mucho un táctico europeo.

No son utilizables las evoluciones de brigadas; los batallones no se baten con la corrección que en Europa. La ar-

tillería no ametrallará compactas masas; si bien será oportuna para tomar una posición atrincherada. Las cargas á la bayoneta son casi imposibles, por el fraccionamiento del enemigo en terrenos enmaniguados; y solamente es utilizable la táctica de guerrilla con modificaciones y algunas maniobras en una sola fila, que si se han ensayado por algunos jefes, no sabemos que se hayan escrito. El secreto de la guerra de Cuba está en la manigua, y es menester no perder nunca de vista que 4,000 insurrectos, por ejemplo, tienen más importancia que 40,000

Su invulnerabilidad está en su pequeñez: poder destruir esta pequeñez en poco tiempo, es el problema que deben resolver nuestros generales, sin tener para nada en cuenta la organización, la táctica y las grandes maniobras militares efectuadas hace poco en los campos de Austria y Alemania, ó las cargas de caballería que tuvieron lugar en Homburg.

También considero desacertado que á los jefes y oficiales se les marque plazo para servir en esta Isla. Así lo comprendieron nuestros antiguos generales, como consta en luminosas y bien escritas Memorias; y así lo habían comprendido todos los Gobiernos; pero de pocos años á esta parte, se ha fijado la permanencia en ella, en nueve años, sin tener para nada en cuenta, que un jefe instruido y conocedor de este país y de las costumbres de sus habitantes, vale más, muchísimo más, que un jefe instruido que no haya nunca pisado un metro de terreno enmaniguado.

También ha causado perjuicios irreparables, que más de 3,000 oficiales, después de tantos años de campaña, con sus sueldos atrasados, y después de dos arbitrarios cortes de cuentas, tuvieran que dejar este país, con absoluta carencia de recursos la mayor parte, y muchos de ellos, con numerosa familia.

La Hacienda se ha perjudicado con abonar millares de pasajes de ida y vuelta, que pudieron haberse ahorrado y un crecido número de jefes y oficiales, viviendo la vida de los viejos retirados, gravando el erario, cuando todavía pudieron haber prestado sus buenos servicios, economizando así sueldos á la nación.

El *tolle, tolle*, contra los que peinan canas, es ya una monomanía que raya en lo inverosímil. Y ya que en altos centros tienen la vista fija en el ejército alemán, ¿por qué no

han reparado en la vejez de los oficiales del Imperio, que tienen los cabellos blancos? El retiro no debe concederse á los militares mientras no lo soliciten, ya sea por conveniencia, ya por no serles posible llenar cumplidamente los activos deberes de su empleo. Si se quiere tener oficiales caballeros, es menester considerar la caballerosidad como factor indispensable.

Al cumplir un oficial en España la edad reglamentaria, se le despide contra su voluntad, con los honores correspondientes, que de nada le sirven, ni aún después de muerto, como antes que se le hacían honras fúnebres, y con el pequeño sueldo, casi siempre mal pagado.

Se le considera inútil para el servicio, y algunos son tan ágiles y fuertes, como *García de Paredes*, y la prueba, la han dado completa otros, al tomar parte en alguna sublevación contra el Gobierno que, si faltaban á su deber, probaban victoriosamente que les sobraba inteligencia, actividad y valor para manejar la espada. El ejército que mejor ha comprendido las ventajas de retener á los jefes veteranos, es el alemán.

El general Moltke (1) habría sido separado del servicio activo antes de la campaña de Francia, y por lo tanto, no hubiera derrotado al ejército francés, haciendo prisionero á Napoleón III, el memorable día de Sedan, en que éste coronado pagó su traición á la República.

Camaradas del ejército de Cuba: habeis probado vuestro valor, disciplina y fidelidad, de un modo que no supera ningún ejemplo en la historia de las naciones; sois un modelo que servirá de enseñanza á las generaciones venideras. La antigua Roma, maestrà reconocida en la organización de los ejércitos, nada tiene que enseñaros. Aquellos soldados realizaron grandes hazañas por el incentivo de la recompensa: el soldado que asaltaba un muro, recibía como premio una corona de oro, y Pompeyo, distribuyó entre sus tropas victoriosas, los tesoros de Mitridates. Vosotros sin recompensas habeis realizado hechos de romanos.

Vuestros antepasados hicieron prodigios en la guerra de la independencia: se cubrieron de gloria más tarde, con el

(1) Este guerrero se retiró *voluntariamente* del servicio activo á la edad de 80 años.

justo D. Baldomero Espartero; en Africa, con Prim, realizaron una epopeya; no fuísteis menos heróicos á las órdenes del Marqués del Duero ó del brigadier Cabrineti.

Sufridos y valientes fueron los antiguos tercios; empresas maravillosas se registraron en sus anales, y los nombres de Leyva, vencedor, y de Melo, gloriosamente derrotado, pasarán á la posteridad más remota; pero los tercios formaban una heterogénea muchedumbre de generales, oficiales y soldados españoles y extranjeros, que se batían con bravura, no superada en ejército alguno; se insubordinaban, se apoderaban de lo ageno, pedían sus soldadas, murmuraban de sus jefes y de momento enmudecían y se embestían como leones á las órdenes de sus generales. Pues bien, el ejército de Cuba tiene algunas condiciones superiores á las de los antiguos Tercios castellanos y extranjeros. Sólo en el ejército regular de Cuba, que se elevó á un poco más de cien mil hombres, *eran todos españoles.* No tenían esperanzas halagüeñas de reparto de caudales, ni soñaban con el saqueo de ciudades, ni con pagas dobles, ni con coronas de oro; se batían entre boscaje sin ver al enemigo, caminaban largas jornadas entre maniguas por tortuosas sendas, sudaban copiosamente, y si alguna avanzada ó columna, como la del degraciado teniente coronel Sostrada, se encontraba asaltada, los soldados se batían individualmente contra muy prácticos macheteros. ¡Que escena tan horrible entre las sombras de la noche para los soldados!

Los ejércitos antiguos estaban sujetos por leyes penales atroces: palizas pedradas, azotes, carreras de baqueta, cabellos arrancados, miembros mutilados, cepos, bebida de agua caliente ó salada, y otros castigos corporales; y muchos soldados se arrójaban al enemigo, prefiriendo una muerte honrosa á castigos tan bárbaros y crueles, semejantes á los de la Inquisición á principios del siglo diez y nueve; barbaridades, que felizmente han desterrado nuevas leyes liberales.

Pero, si los ejércitos modernos obedecen á sus jefes, más por deber que por temor, el de la isla de Cuba, *durante doce años de guerra*, puede tomarse por modelo; pues parece increible que un ejército tan numeroso como era, se conservara disciplinado sin el incentivo del premio y sin temor al castigo: pagas atrasadas, comida mala y poca, mucha fatiga,

emboscadas contínuas, enemigo invisible, ataques repentinos, formaban la asamblea de la guerra fratricida.

¡Soldados del antiguo ejército, sois acreedores á toda la consideración de vuestros compatriotas, como deberíais tenerla de todos los gobiernos!

¡Voluntarios, milicianos, guerrilleros, bomberos y guajiros nacidos en Cuba, la gloria de la campaña, es vuestra gloria; sois hijos de la noble España! (1)

¡Voluntarios peninsulares, é hijos de las islas Canarias! ¡Merecísteis bien de la patria por vuestro valor y disciplina!

(1) Así lo escribió en su proclama de despedida el general Blanco. Y en una ocasión recomendó por telégrafo, que para nutrir las guerrillas se prefirieran á los hijos del país.

CAPITULO X.

UN GUAJIRO DESGRACIADO.

Trabajos que pasó.—Comida improvisada.—Una rosa.—Acémilas cargadas de carne.—El guajiro y su perro.

Para que pueda aquilatarse la verdad de lo que fué el alzamiento separatista de 1868, nada más apropósito que recordar la conversación que tuve, en 1871, en la zona de Santa Gertrudis, costa del Norte, frente á Cayo Romano, con un *presentado*, en el mes de Agosto, en el camino que de "Las Mercedes" va á "Santa Mariana."

Un hombre de unos 50 años de edad, de musculatura ciclópea, calvo y tuerto, pobremente vestido con camisa y pantalón remendados de diferentes colores, descalzo, machete corto en la cintura y acompañado de un hermoso perro de presa, se me presentó saliendo de la manigua, pidiéndome la vida. Serené á aquel desventurado, dije á mi asistente que nos trajera de comer y me senté con el hombre de tostado semblante en un elevado repecho del camino cubierto de mullido césped; le mandé servir una galleta con sardinas gallegas en lata, un pedazo de queso de Flandes y un vaso de vino catalán, y, seguidamente una taza de café que tomó mezclado con algunas gotas de coñac.

El día estaba hermoso, el cielo azul y con la majestad de un sol de oro elevándose, y como la sombra de corpulento árbol convidaba al descanso, á las once de la mañana, con gran contento de los soldados de la columna que se distribuyeron á la sombra de otros, quise prolongar la improvisada parada, para que el buen hombre, que parecía honrado, me contara compendiosamente sus cuitas. Después de

enjugarse una lágrima con el dedo pulgar de su mano derecha, se expresó del modo siguiente:

—"Yo, señor, había sido y soy amante de la nacionalidad española, á la manera que mis padres, si bien me preocupaba más de Cuba que de la Nación; pero me fuí al campo, porque veía que mis paisanos se iban, y si bien es cierto que inmediatamente me hubiera presentado, no lo hice porque se nos decía en el campo, que los españoles asesinaban á los cubanos.

"Yo vivía libre de cuidados en un pequeño pueblo, con mi mujer y tres hijos: el menor de quince años. Un día, el 13 de Junio último, entró en mi pueblo una partida de unos 200 hombres y se ordenó por el jefe, que muchos conocían, por haber sido maestro de escuela, que abandonáramos nuestras casas y nos refugiásemos en los bosques, concediendo un plazo improrrogable de ocho días. Algunos hombres más timoratos dieron cumplimiento á la draconiana orden; pero yo y otros vecinos, determinamos no abandonar nuestras viviendas, por no perder lo que era nuestro. A los 15 días justos, entró otra partida que no pasaría de 30 hombres, mandados por uno bajo de cuerpo, luenga barba rubia, acento extranjero, y una tea en la mano, parecía trasunto fiel de un demonio del infierno, que daba grandes voces á los suyos, al prender fuego á todos los edificios, estuvieran ó no habitados, destruyendo de este modo todas las casas con la misma facilidad que las incendiadas en los tiempos antiguos en el Asia y en Europa, como cuentan las historias.

"Mi mujer, la pobre Catalina, mis tres hijos, Perico, José, Juanillo y yo recogimos cuantos efectos pudimos llevar, y acompañados de este fiel perro, que nos servía de explorador en el camino, nos dirigimos á la manigua, viendo desde lejos arder nuestras viviendas, ó mejor dicho, el negro humo que ya sólo despedían. Todavía no se han cumplido dos meses, señor, y son muchas las desgracias que tengo que contar á usted....."

Ofrecíle media copa de ginebra y un tabaco que aceptó, y enseguida continuó de esta manera:

—"En un bosque distante como á ocho leguas de Puerto Príncipe, nos instalamos. Mis tres hijos y yo abrimos una vereda con machete y hacha, como de un cuarto de legua de extensión, chapeamos lo que se llama una *rosa*, cons-

truimos un bohío con seis horcones y atravesaños atados con majagua sin torcer, las paredes con hojas de palma y los techos con yaguas. El interior del bohío lo dividimos en dos partes: La primera y más espaciosa servía de cocina, cuarto para dormir mis hijos y también para colgar en el techo, en atravesaños, la carne salada y las hojas de tabaco cuando nuestro sembrado las produjera; y al fondo, un pequeño cuarto para mi mujer y yo, cerrando la puerta principal con la piel de un toro que pudimos matar en un potrero inmediato. Construimos también un corral para un gallo y media docena de gallinas, que llevamos de nuestra casa; y con las semillas que teníamos, hicimos nuestros sembrados. A los 12 días, pudimos descansar de nuestros contínuos trabajos y fatigas.

"Un día, yo salí por la vereda para dirigirme á cualquier parte, por ver si tenía la suerte de encontrar una persona que me enterase de lo que ocurría de nuevo; pero antes de salir al llano oí voces, y me escondí detrás de una cerca de maya, que se hallaba junto á la linde del bosque. A seis pasos de distancia se tendieron en el suelo como unos veinte soldados que escoltaban dos acémilas cargadas de carne, y entablaron el diálogo siguiente:

—Dime, Juan, ¿cuándo se acabará esta guerra maldita?

—La semana de los tres lunes: esto durará más que la guerra de los moros.

—¿A qué distancia estaremos del campamento?

—Yo supongo, que nos faltarán dos leguas.

—Si nos demoramos mucho, Ignacio Agramonte ó Goyo Benítez, dará buena cuenta de nosotros, interrumpió otra voz.

—Escondámonos, dijo un individuo, que ahí viene la partida.

—Al momento, dijo el oficial que los mandaba.

"Metieron las acémilas en el bosque y todos, con la ligereza de un galgo, se emboscaron, formando un círculo al rededor de las acémilas, pusieron rodilla en tierra y prepararon sus armas con la bayoneta armada. A los pocos minutos pasaba Agramonte con unos 400 hombres. No se apercibieron de los rastros de los soldados, pues parecía que iban muy preocupados, porque se oyó decir á uno de los montados: "Hemos tenido 20 muertos, por poco no fui prisionero á nuestro general."

"La partida se fué alejando á paso precipitado, y al poco rato los soldados siguieron su camino, y yo seguí el mío con gran confusión en mi cerebro; y después que hube recorrido inútilmente algún terreno, retornaba á mi escondido bohío; pero antes de entrar en la vereda que me conducía á él, tuve la desgracia de ver venir algunos guerrilleros y traté de esconderme, como lo hice, con tan mala suerte, que en mi atolondramiento al refugiarme en un espinal, una dura espina chocó en mi ojo derecho y me lo vació, como veis. Poco después, me reuní á mi familia, que tuvo el pesar de mi desgracia, prolongada por algunos días de enfermedad.

"Otro día salió mi hijo Perico, y el pobre no ha vuelto: ¡le mataron! El mes de Julio tocaba á su fin: mi esposa, la buena y santa Catalina, preocupada por la desgracia de su amado Perico, enfermó de calenturas malignas, y el día 2 de este mes, ha fallecido víctima de sus padecimientos morales y de la enfermedad, que no supimos curar en nuestra soledad é ignorancia.

"Hace cuatro días, que mis dos hijos y yo fuimos sorprendidos por una guerrilla, huimos seguidos por este perro; pero mis infortunados hijos, José y Juanillo, murieron á mi lado, víctimas de una descarga de sus paisanos, salvándome yo á duras penas.

"No culpo, señor, á los españoles mis compatriotas, de mis infortunios; culpo con mi corazón, de padre desgraciado, á la torpeza que cometí en no presentarme, como ahora, el mismo día que ví arder mi pueblo con gran sentimiento en mi alma."

Quedé sorprendido por el sencillo y veraz relato de un hombre de bien, y le rogué que nos acompañara, lo que efectuó como hasta una legua de camino; y como él quiso separarse para ir, no recuerdo á qué pueblo, le regalé una yegua de dos que se habían cogido el día anterior, algunos comestibles y un mazo de tabacos; y se internó llorando, seguido de su perro que saltaba y ladraba, por una vereda que encontramos á mano derecha del camino.

¡Que Dios haya protegido á este padre desgraciado! (1)

---

(1) La historia de este hombre es la misma de muchos centenares que permanecían en el monte para alimentar á su familia. ¡Cuántos desgraciados han muerto como insurrectos no siéndolo! El número es incalculable.

CAPITULO XI.

EL GUATEQUE.

Un *guateque* es un baile. No se necesitan ni grandes salones; ni tocador para las señoras; ni pintadas alfombras; ni relucientes arañas de prismáticos reflejos; ni afinadas orquestas de 60 músicos; ni damas vestidas de crugiente seda con adornos y pedrerías; ni caballeros con frac y guante blanco; ni lacayos empolvados á la usanza antigua. Basta sólo gran habitación de rústico *bohío* rodeado de bancos duros y taburetes de pelado cuero por el uso, una docena de velas de sebo de exagerado pábilo, colocadas en candeleros improvisados con una botella vacía de vino catalán ó de cerveza y distribuidas sin concierto; una desafinada orquesta, de cuatro instrumentos, y los timbales para que principie la danza cubana que alterna con los valses españoles.

Otras veces se *escobilla el zapateo* al atropellado compás del *güiro* y el *tiple* que acompaña al plañidero *punto* del *tenor* que entona amorosas décimas.

Las muchachas, algunas preciosísimas, se presentan con su bien planchado vestido de hilo y por todo adorno un lazo de vivos colores ó una flor natural; y las más pretensiosas, con brazaletes de *doublé*, tres ó cuatro anillos unas veces conteniendo, á guisa de piedra fina, el pequeño diente del hermanito, y unos pendientes de bien imitados brillantes.

Los hombres, con chamarreta y el indispensable machete, con un tabaco en la boca, sin quitarse las espuelas de hierro los que no bailan.

Suenan los chillones instrumentos y empieza la preferida danza que alterna con el vals.

Poco después una pareja baila el *zapateo* con mucho sa-

lero; da gusto ver la apostura de los airosos cuerpos, el movimiento rápido y acompasado de los diminutos piés y las huidas y recortes de la graciosa muchacha al alejarse de su compañero, levantando ligeramente las faldas y dirigiendo púdicas miradas á los entusiasmados concurrentes. El bailador, entonces, pone su sombrero á la *bailadora;* los gritos y las palmadas de los mirones se repiten y se forma un compacto círculo de gentes que se empujan y charlan.

El calor es sofocante y con el polvo que se levanta del pavimento de tierra, el humo de los fumadores y la peste de las velas de sebo, fórmase una atmósfera irrespirable que pudiera cortarse, al parecer, por lo espesa; pero con un descanso de media hora, una docena de cubos de agua en el piso, renovación de velas para aumentar la claridad, y la sala ya *refrescada*, comienza otra vez la *bulla* y el *bailoteo.*

La danza es también la preferida, y las lindas bailadoras, ligeras como palomas, dan mil vueltas, luciendo sus elegantes cuerpos y acompasados movimientos.

Dos robustos mocetones reparten vasos de cerveza y agua á las mujeres para que mitiguen la sed; y dos jóvenes con guitarra y bandurria, colocados uno enfrente de otro, cantan *guarachas* con gracia exquisita, recibiéndo continuados aplausos y haciéndoles repetir cada estrofa cantada los atronadores ¡bravo! ¡otra! ¡que se repita!

Siento no acordarme de la letra de las canciones: sólo puedo decir que recuerdo una vez, que un *cantador* ponderaba la belleza de Cuba y el sin igual atractivo de sus mujeres; y el otro *cantador* las glorias de España y sus producciones.

Es más de media noche, y los estómagos piden alimento con la imperiosa necesidad propia de la juventud robusta y sana.

Tres ó cuatro mesas, de pino, unas más anchas que otras, están colocadas á continuación. Cerca de un naranjo, un coposo tamarindo, una trepadora enredadera que cubre el costado del bohío y algunos pequeños arbustos, constituye lo que llamaré el jardín, todo alumbrado por la viajadora luna ó por dos quinqués con petróleo pestilente, cuyo humo ennegrece los abultados vientres de los tubos de vidrio.

La mesa es tomada por asalto por las mamás é hijas, sirviéndoles los hombres, algunos de los cuales comen de pié.

Concluida la cena, cuyo *menú* suele ser lechón tostado, arroz con frijoles, aceitunas sevillanas y una fresca lechuga con sus rabanitos, suenan nuevamente los timbales que toca con dos palillos, llevando el compás con todo el cuerpo, un negrito más listo que un *colibrí*, y comienza la interrumpida danza y el vocerío de los incansables bailadores.

Los muchos *guateques* que se celebraron en lo más sangriento de la guerra, terminaron en sana paz; otros tuvieron un fin trágico.

Sorprendidos una vez los bailadores que eran guerrilleros, por una partida de insurrectos, fueron todos ellos cruelmente amacheteados.

¡Gajes de la guerra!

CAPITULO XII.

EL BRIGADIER ARMIÑAN EN LAS GUASIMAS.

El 15 de Marzo de 1874.—Tiroteo—Carga de caballería.—Retirada de la caballería.—Atrincheramiento.—José Rojas.—Ataque rechazado.—Hombres y caballos quemados.—Canto de los soldados del *Rayo*.—Llegada del brigadier Báscones.—Retirada del enemigo.—Marcha de la Brigada.—Tiroteo de Jimaguayú.—Opinión refutada.

I.

Enfermo en Puerto Príncipe el brigadier Báscones, salió de las *Yeguas* mandando la brigada, el brigadiar D. Manuel Armiñán, y, como segundo, el coronel D. Juan Domingüez y Salinas, por orden del comandante general don Manuel Portillo y Portillo.

Componíase la brigada de los batallones *Leon*, Rayo, *Cortés*, *Aragón* y *Libertad*, cuatro piezas, quinientos caballos de los regimientos *Pizarro* y *Colón*, guerrillas de la trocha y la tercera guerrilla volante.

El batallón el Rayo, mandado por mí y de segundo el comandante Castellanos.

Corría el 15 de Marzo de 1874. La Cámara con su presidente el marqués de Santa Lucía y los generales Máximo Gómez, Figueredo, Modesto Diaz, Julio Sanguily, Calixto García Iñiguez, el *Inglesito*, Goyo Benitez, José A. Maceo, Rodriguez y Gonzalez, y los jefes Baldomero Rodriguez, Ricardo Céspedes, Mariano Dominguez, Aguirre, Porfirio Gonzalez, Cronvet, Estrada, Remirez, Molina, Hourutinier, Ubieta y el *Noy*, que perdió la vida en la pelea, estaban acampados en las *Guásimas*, con fuerzas de las Villas, Orien-

te y Camagüey, esperando el momento propicio de emprender la marcha á las Villas, meta de sus aspiraciones, para desarrollar la nueva campaña dentro de las valiosas zonas de producción azucarera.

En la madrugada del susodicho día, después de haber vadeado la columna el río *San Pedro*, encontró grandes rastros de fuerzas de á pié y montadas, y, ya cèrca del potrero de las *Guásimas*, una avanzada enemiga rompió el fuego retirándose.

Comprendiendo el jefe de los españoles la intención de Gómez—el jefe superior insurrecto—que no era otra que atacarle con sagacidad en un punto dado, como tenía de costumbre, para batirse con ventaja, no detuvo su marcha; reconcentró los batallones, antes de penetrar en el potrero, y dió órdenes á los jefes coronel Dominguez y tenientes coroneles Bazán, Carrascón, Verdugo, Camps y Santalís; y á los comandantes Macías, Santa Olalla y Bermejo, encaminadas al modo en que debían funcionar la infantería y caballería.

Los escuadrones 3.º y 4.º del regimiento de Colón, tercera guerrilla volante y dos secciones del batallón de la trocha desenvainaron sus sables y machetes y lanzáronse en imponente y disciplinada formación, contra los esploradores enemigos, desapareciendo bien pronto detrás de espesos remolinos de polvo y cesando, al poco rato, el confuso ruido de las vainas y las fuertes pisadas de los caballos al galope.

Seguidamente dispuso el brigadier Armiñán, que medio batallón del *Rayo*, que con todos los cazadores formábamos parte de la retaguardia, á las órdenes del coronel Dominguez, nos dirigiéramos á vanguardia para entrar en el potrero, muestra de deferencia á que correspondió el citado batallón, efectuándolo con la prontitud de que ya tenía dadas repetidas pruebas en anteriores hechos de armas. Igual operación más á la izquierda, practicaran otros batallones.

Los mencionados escuadrones entusiasmados por el comandante Bermejo y capitanes Barba y Otero, emulando en entusiasmo y valor rebasaron los límites de la carga, atravesaron un puente de madera y dirigiéronse, persiguiendo la caballería enemiga hasta su mismo campamento que tenían situado en el bosque. El enemigo rompió nutrido fuego por su oculta infantería y la descansada caballería, lan-

zóse machete en mano, contra nuestros comprometidos escuadrones.

El espectáculo fué terrible.

Los escuadrones interrumpieron su vertiginosa carrera, y no pudiendo sostenerse en tan desigual pelea, emprendieron la retirada, disputando el terreno palmo á palmo, por cuyo militar y buen comportamiento le fué concedido después el uso de la corbata de San Fernando al Regimiento —de Colón—en su ya memorable é histórico estandarte.

Los batallones, entre tanto, avanzaban con serenidad imperturbable. En el potrero se oía un confuso rumor de voces, rozamientos metálicos y golpes sordos como si fuera á formarse un terremoto ó temblor de tierra: que á nada mejor pudiera compararlo. Todas las miradas estaban fijas á nuestro frente. Por entre densa nube de blanquecino polvo apareció confuso tropel blandiendo relucientes sables que pronto desapareció tras otros espesos remolinos, para mostrarse de nuevo saliendo de "sanguinosa polvareda del combate" cual apariciones en las fabulosas embestidas homéricas. Era nuestra caballería perseguida por la contraria, más numerosa.

Los certeros disparos de nuestra infantería y su decisión hicieron retroceder á la desbandada á la caballería enemiga, salvándose la nuestra después de perder la mitad de su gente en su arrojadísima carga.

De momento cesa todo ruido bélico; no se oye un sólo tiro; era que el enemigo se había retirado. El brigadier Armiñán que creyó, como creimos todos, que por aquel día no habría más lucha, ordenó que se acampara, tanto para enterrar los muchos muertos, como para atender á los muchos heridos, entre los que se contaba el coronel Dominguez, jóven y muy ilustrado militar, que pocos días después murió en casa particular de Puerto Príncipe, por consecuencia de la herida recibida. Además las tropas estaban en ayunas, sedientas y cansadas y el reposo era indispensable para poder utilizarlas con ventaja.

Máximo Gómez no había practicado otra operación que retirarse de nuestra vista. No quiso esperar que levantáramos el campo, y con fuerzas montadas protegidas por grupos de infantes en los bosques, cargó dos veces entre *León* y *Cortés*, siendo con facilidad rechazado; mas como los nume-

rosos heridos impedían su persecución, no se creyó acertada para ello el fraccionamiento de fuerzas, mandando el jefe de brigada que se atrincherasen los cuatro frentes del campamento, según el trazado del comandante de E. M. García Navarro; y como había muchos troncos chamuscados y bastantes palos de jiquí en el suelo de antigua cerca destruida, en un instante quedó circunvalada la posición en cuadro irregular que ocupaban los batallones en batalla; y poco después se rodeó la trinchera de espaldones para evitar bajas por la retaguardia. El fuego de una y otra parte no cesaba, y el enemigo fué rechazado en las repetidas cargas que dió.

José Rojas, natural de Bayamo, y uno de nuestros prácticos, mulato, enjuto de carnes, ojos vivos, pié ligero, intrépido y entusiasta por España, y cuyo nombre recuerdo con respeto, comprometióse en llevar un parte á Puerto Príncipe, y con la más astuta sagacidad cumplió su cometido, atravesando las peligrosas líneas enemigas; pero como el día 18 en que llegó á las *Guásimas* la columna de Báscones, se le ordenó que se adelantara para comunicar su llegada al brigadier Armiñán, sacrificósele inútilmente, como ya lo temía el heróico mulato; pues fué descubierto por el enemigo y alcanzado, y después de un breve consejo de guerra se le condenó á muerte; la que sufrió con valor.

En la duda de si el práctico había llegado á Pto. Príncipe, á propuesta del comandante Santa Olalla, determinóse que soldados escogidos de los escuadrones y guerrillas atravesáran de noche las líneas enemigas para ir á la mencionada ciudad.

Era más de media noche. El cielo azul, tachonado, como nunca, de rutilantes estrellas; la naturaleza en silencioso reposo, interrumpiendo la misteriosa calma el áspero chirrido de los insectos nocturnos y el susurro de las hojas de los árboles, impedidas suavemente por el viento.

Las fuerzas montadas á las órdenes de Macías, Bermejo y Santa Olalla, sable en mano, brida corta, sujetas las vainas y con la orden de acuchillar á cuanto enemigo encontrasen en su camino, sin detener un paso por nada, ni por nadie, atropellándolo todo, salieron del campamento con admiración de las tropas, que con el pecho levantado y la

respiración contenida presenciaron la salida de nuestros resueltos compañeros de armas.

El eco de las pisadas de los caballos cesó presto en el vecino monte, y la majestuosa naturaleza no alteró el silencio profundo que reinaba en ambos campamentos.

De pronto, óyese nutrido fuego de carabina en dirección á la vereda que había tomado la caballería. ¡Ah! La Angustia fué general. ¿Habrán pasado? ¿Cuántos habrán muerto? ¿Los habrán hecho prisioneros?

En esto una voz que salía del monte próximo grita:

—Patones, manden más caballería para (aquí una injuria).

Este petulante insulto nos llenó de ira.

Afortunadamente la caballería pasó sin una sola baja.

A los pocos instantes, los escuchas dan aviso de que se oía rumor de gente cerca de la cara que defendía el Rayo, que era la más vulnerable.

Ordené á mis soldados que no hicieran fuego hasta que el enemigo estuviese á cuatro pasos, y que el capitán de artilleria, Sr. Ramirez ametrallase con las piezas, después que la infantería rompiese el fuego.

La noche era oscura, y el enemigo ya cerca toca, con cornetas con sordina para no confundirlas con las nuestras, paso de ataque y prorrumpe en gritos de: ¡Viva Cuba libre!

Quinientos soldados del Rayo rompen entonces fuego de hileras y los dos cañones lanzan mortífera metralla. La escena se resiste á la descripción. El temerario enemigo se tiende en el suelo, no avanza, fluctúa un momento y decide retroceder á la desbandada.

Reconocido el campo después de la *Diana*, viéronse charcos de sangre, tres caballos muertos, un machete, tres bolsas sin cartuchos, un macuto y un joven muerto, con este detalle: una sortija buena en el dedo meñique de la mano izquierda.

Descrito, á vuela pluma el comportamiento del Rayo, veamos lo que en el campamento sucedía.

Vista la imposibilidad de dar sepultura á tanto cuerpo muerto, encendióse una gran pira para quemar los cadáveres y una hoguera para los mulos y caballos: triste misión que se encomendó á los abanderados. El agua encharcada, aún después de colada en trapos, tenía color de horchata, sabor fangoso y temperatura tibia. El hospital de sangre se

situó en la parte más baja del terreno, sin que eso sirviera para que algunos heridos recibiesen un balazo, en sus camastros, mientras eran curados por los médicos, que cumplían con el más sagrado y humanitario deber. A todo esto no podía circularse por el campamento sin exponerse á recibir un tiro. Los asistentes tenían la vida en un hilo al pelar las patatas y rara fué la botella de aguardiente ó garrafón de vino que pudo salvarse de las balas. El día 17 fué un día horrible. La sed abrumadora nos atormentaba. Era molestísimo el tener que permanecer recostados en dura y abrasada superficie junto á las trincheras si no quería uno exponerse á recibir una herida ó quizás la muerte; un enjambre de punzadores mosquitos nos sofocaban, con un calor húmedo é intolerable; los frecuentes lamentos de los heridos; la muerte recibida por un camarada que estaba á nuestro lado relatándonos los recuerdos de otras campañas; el vocerío y groseros insultos de nuestros contrarios; los oficiales y soldados que se arrojaban á la pira; los caballos y mulos á la hoguera; el hedor que despedía tanta carne achicharrándose; el aumento de volúmen de los muertos antes de que se derritieran las sustancias grasientas, formaban una escena más propia de otra edad y digna, ciertamente, de la horripilante antigua epopeya (1).

En el campamento, sin embargo, reinaba el silencio, la resignación y la esperanza. Los centinelas disparaban sus carabinas, y soldados escogidos de las compañías, tiraban al blanco contra los hombres encaramados en las copas de los árboles.

Los cañones cargados, y las mechas encendidas, permanecían en posición espectante, desde los últimos disparos contra la fuerza enemiga que quiso asaltar nuestro campamento.

Centenares de negras *auras* revoloteaban impacientes por el hambre, y atraidas por la fetidez de los cadáveres. Tan pronto se las veía sobre las copas de los árboles, abriendo las alas en cruz, como elevarse á mayor altura y pasar y repasar sin mover las tendidas alas como águilas, hasta que las más atrevidas descendían, rápidamente y posaban sus siniestras

(1) Esta acción apenas es conocida: ni los españoles ni los que fueron insurrectos la conocen. ¡Y se quiere sepultar en el olvido la guerra de Cuba! ¿Qué negra ingratitud de los unos y de los otros!

patas sobre el vientre de un cadáver ó picoteaban con voracidad carnicera el lomo de un mulo muerto. La escena era horriblemente grandiosa.

Mis soldados del RAYO eran muy aficionados al canto cuando estaban en Santa Cruz; vínome este recuerdo y comprendiendo que nada reanima más el ánimo del soldado que el canto, ordené á mi comandante Castellanos, que mandase que todo el batallón sin distinción de oficiales y clases, cantase la canción, de cuya letra no me acuerdo; pero sí que concluía:

.....
.....
.....
"*Lucen plácidas, lucen plácidas*"

El canto se oye en todo el campamento y los otros batallones, escuadrones y guerrillas, exclamaron gozosos: ¡es el *Rayo* que canta? ¡Viva el *Rayo!*

Los insurrectos, que no esperaban aquello, admirados pararon el fuego y escucharon con gran curiosidad todo el bélico canto de los entusiasmados cazadores.

El enemigo arreciaba el fuego por los otros frentes, y, cuando se presentaba frente á mi batallón, éste sin disparar un sólo tiro, siguiendo mis órdenes terminantes, poníase á cantar:

.....
.....
.....
"*Lucen plácidas, lucen plácidas*"

y el fuego cesaba. Volvió más fuerza frente á mis soldados y yo: "no disparar un sólo tiro; ¡canto! ¡canto!" y siempre paraban el fuego los insurrectos. ¡Misterios de la guerra!

Si alguna satisfacción pudo tener el hábil mayor general Gómez, se la causaría nuestra inmovilidad de cuatro dias. Esta tiene su explicación, sin que tratemos de defenderla. Supongamos que el enemigo contara entre infantes y caballería 1,200 hombres y que Vicente García, estuviera, en punto no lejano con 500 hombres escogidos. Siendo así el enemigo era lo suficiente numeroso para batirse en la reducida superficie vulnerable que tenía que cubrir junto al bosque de espeso follaje y seguro escondite de enmarañada manigua.

Esperaban el ataque en numerosos grupos y su caballería dividida, emboscada también, la utilizaban con ventaja.

Dirigíanse los batallones á la desfilada por estrecha vereda: no era posible marchar de otro modo; costaba inmenso trabajo el despliegue por los fuegos convergentes de las partidas de Gómez y cuando podía conseguirse, con bajas, el activo enemigo se internaba en el bosque y aparecía en otro claro donde, para llegar nuestros soldados tenían que recorrer otras tortuosas y comprometidas sendas.

La guerra de Cuba, no me cansaré de repetirlo, es muy difícil.

Reúnanse batallones en brigada con mucha caballería y artillería; que las sabánas, potreros y claros, que se encuentran después de un laberinto de veredas, estén defendidos en su circunferencia por gran número de enemigos en relación con la pequeñez superficial visible y se tocará la dificultad para combatir, tomando siempre la ofensiva, sin el recurso de los movimientos envolventes, ilusorios en bosques y maniguales de leguas y leguas de extensión.

Así se explica cómo en las *Guásimas*, después de rechazadas las avanzadas; de empeñado el combate general; de perseguir al enemigo en su retirada y de las resueltas cargas de los escuadrones, que entusiasmados fueron más allá de donde se les había ordenado, se mandára acampar junto á la aguada, creyendo como, era lógico, que ya aquel día se había concluido la batalla, lo que, como hemos visto, no sucedió porque tomando el enemigo la iniciativa se hizo la ilusión de asaltar nuestras improvisadas trincheras.

Rotas otra vez las hostilidades, mi batallón no contestó al fuego porque, en primer lugar, no hubiera sido fructuoso y además entendí que era conveniente reservar los cartuchos por si el enemigo, más agresivo, atacaba con arma blanca.

El enemigo, á regular distancia, voceaba como siempre y disparaba sus tercerolas, sin que el *Rayo* les diera el gusto de disparar un tiro. Jefes, oficiales y soldados, con sanos pulmones entonaban el

. . . . . .

"*Lucen plácidas, lucen plácidas*"

Ellos rebulléndose, gastando metálicos cartuchos; los cazadores canta que canta. Ellos, corriendo de acá para allá

aspiraban á guerreros; los soldados tendidos en el suelo cantaban al cielo; los unos tomaban la cosa por lo serio corriendo; los otros por la broma cantando; y cuando volvían de otros frentes en que les contestaban sus fuegos, para tirotear al *Rayo*, eran recibidos por el nutrido cantar: ya no gastaban las municiones, ya no perdían el tiempo en dicharachos, ni siquiera se meneaban: escuchaban. Espectáculo curioso de la guerra.

Oíase compacto fuego en los otros frentes, los soldados del *Rayo*, silenciosos, vigilaban y escuchaban. El enemigo tiroteaba otra vez al frente del batallón. "Lucen plácidas, lucen plácidas" era el fuego que disparaban los serenos cazadores.

II.

El día 13, el brigadier Báscones y teniente coronel don Pedro Mella, con los batallones de Baza y Asturianos, sostuvieron un reñido combate en el potrero de Jimaguayú y abriéndose paso se incorporaron en las *Guásimas*. Entonces los parapetos se derribaron; tomó más amplia forma el campamento, estableciose el servicio avanzado y se cortaron gran número de palos en los bosques para hacer camillas con las mantas que facilitaron las compañías.

El enemigo desapareció de nuestra vista y durante toda la tarde y toda la noche no se disparó un sólo tiro. Los soldados del *Rayo*, admirando la hermosa puesta del sol, cantaban su canto bélico:

. . . . . .

«*Lucen plácidas, lucen plácidas.*»

El día 19 emprendieron las fuerzas la marcha para Puerto Príncipe, llevando los heridos en camillas; pero, antes que todos los batallones hubieran pasado al otro lado del potrero de Jimaguayú, una partida numerosa atacó á la retaguardia siendo rechazada por León, Baza y Cortés, mandados respectivamente por los tenientes coroneles Santalís, Ballabriga y Carrascón; y brigadier Armiñán que siempre se colocó resuelto á la cabeza de las brigadas para el ataque

y en la retaguardia, en las marchas retrógradas (1) secundado por el comandante Anzard y jefe de E. M. García Navarro.

Esto es cuanto ví y pude apreciar en el torbellino de la más sangrienta acción de la campaña. El enemigo se batió con inteligencia y coraje, nuestras tropas se portaron con su acostumbrada bizarría y tacto de codos á la europea; la caballería.... fué celebrada por Máximo Gómez en el *Boletín de la Guerra.*

Reunidas las brigadas de Báscones y Armiñán, eran bastantes para emprender la persecución; pero el Sr. Báscones ordenó la marcha á Puerto Príncipe, impuesta por la más imperiosa necesidad, sin que influyera en su determinación la presencia del contrario que no daba, por cierto, señal alguna de agresión.

Y que la necesidad de la retirada fué imperiosa no es posible dudarlo. Los soldados de Armiñán carecían de municiones de boca y guerra; los caballos y las numerosas acémilas hacía cinco días que no comían; no era dable ni posible continuar con los heridos, á los que no se iba á abandonar; ¿qué hacer? Lo que hizo Báscones; conducta ajustada que si contrarió algo los instintos batalladores de algún jefe á quien se consultó, fué luego aplaudida por el ilustrado general Riquelme; aplaudida por el general Portilo y, poco después, por el capitán general D. José Gutiérrez de la Concha, una vez pasada la mala impresión que le produjo el desfigurado y sangriento hecho de armas.

Descrita ya la acción de las *Guásimas* por lo que respecta á su comienzo con algunos episodios realizados, no he tenido la vana pretensión de describirla en sus minuciosos detalles y solo me he atenido á lo que pude ver y observar entre limitados horizontes, en una empeñada lucha de cinco días, en que el enemigo tuvo gran número de bajas, contándose entre ellas gran número de jefes y oficiales prestigiosos; lamentando por nuestra parte, entre muertos y heridos, las de 41 jefes y oficiales y más de 400 individuos de tropa y porción crecida de caballos y acémilas.

Ahora bien: el enemigo se *retiró primero* según lo con-

(1) Las retiradas frecuentes eran en Cuba impuestas por la necesidad, como lo probó en el Senado el general Riquelme.

fiesa por escrito Máximo Gómez, intachable testigo, y la brigada emprendió la marcha retrógrada hacia Puerto Príncipe sin que por una ni otra parte pudiera, en verdad, considerarse ni derrotado ni victorioso.

Este resultado, en retirarse ambas fuerzas, es muy común en todas las guerras, y es lo que ocurrió, ni más ni menos, en Arlabán los días 16 y 17 de Enero de 1836, con el ejército á las órdenes del competente general D. Luis Fernández de Córdova, dando por resultado, que el general carlista Eguía se atribuyese el triunfo, que no obtuvo; pues lo que allí pasó fué lo que dice el Sr. Chamorro; que: "*Eguía replegó sus fuerzas á sus anteriores posiciones y Córdova decidió retirarse con casi un duplo de pérdida.*"

El resultado de la acción de las *Guásimas* fué, sin embargo, criticado, y en sentido tan exagerado, por algunos militares, que es lo más sensible, que muchos paisanos inconscientemente divulgaron como cosa cierta, que la brigada de Armiñán fué derrotada, y otras invenciones peregrinas, poco en armonía con la reputación del bravo brigadier; con la consideración debida á los dignos jefes de los batallones que mandaban valientes soldados, y con la verdad de todo lo ocurrido.

El brigadier Armiñán comenzó la acción con intrepidez y con todas las reglas que la experiencia ha demostrado como mejores entre *claros*, veredas y bosques; la caballería, dígase lo que se quiera, por los Aristarcos sentados, cargó cuando debía cargar. ¿Qué ocurrió? Lo supe después: que aquellos intrépidos escuadrones perdieron la mitad de su gente, no, ¡vive Dios! recibiendo la muerte por la espalda los valientes que murieron. Los cadáveres despedían moléculas de gloria por sus heridas en la frente, en el pecho, en el vientre y en las ingles.

Entrada toda la fuerza en línea de pelea hábilmente marchando hacia el enemigo, fué rechazado éste en todas partes y desapareció de nuestra vista. Entonces púdose emprender la marcha en busca de él; pero por el cansancio de las tropas, se mandó alto, para comer el rancho. ¿Fué oportuna la determinación? Indudablemente que sí. ¿El punto elegido fué el más conveniente? En lugar de presentar *un blanco* á los insurrectos escondidos entre los árboles, ¿no hubiese sido más oportuno que se hubiesen colocado los batallones en el

bosque inmediato á la aguada? Si hubo error de cálculo, ya atrincherados los cuatro frentes con sus correspondientes espaldones, se encontrarán razones que justifiquen la defensa; pues sólo así, pudo sufrir muchas bajas el contrario, cálculo que influyó en la mente del brigadier Armiñán para suspender la orden de marcha que ya se había dado para la madrugada del día 16, y que se hubiera efectuado con muchas bajas indudablemente; pero muchas menos de las que tuvimos en los cuatro días de permanencia fija.

El refuerzo que se pidió á Puerto Príncipe, y que por donde salió la caballería hubiera salido toda la brigada con los heridos que teníamos, fué consecuencia del mismo cálculo, sin que se pueda asegurar que la columna hubiera sucumbido. Cinco batallones de los que más se habían distinguido en la campaña, más de 700 caballos y cuatro piezas de artillería, bien pertrechada, y jefes y oficiales pundonorosos, no podían dudar del éxito en una marcha retrógrada entre llanuras convenientes á la caballería y artillería y una serie de bosques que pueden considerarse como una continuación, con intervalos, de líneas atrincheradas; y mayormente si se tiene presente que el enemigo tenía poca gente, como lo confesó Máximo Gómez, y que ya había gastado muchas municiones en el sangriento combate del día 15.

La acción de las *Guásimas*, consciente é inconscientemente, ha sido desfigurada; y hasta en un periódico que se publicó en la Habana, al describir á su manera la acción, decía así el poco enterado escritor:

«La caballería del Camagüey consume pocos cartuchos, pues enseguida que se traba la pelea la decide con el filo del machete. Cuando el ginete español pierde bridas y estribos, pierde también el seso, mientras los nuestros lo hacen adrede para manejar con más desembarazo el Remington corto, ó el bien afilado Collins. Ahí están para corroborar mi afirmación, las acciones de la Sacra, Palo Seco, Garrido, Naranjo y Las Guásimas.»

No rebajaré las buenas condiciones de la caballería insurrecta; pues yo entiendo la lógica de otra manera que el autor de lo dicho, al hablar de la caballería española. El bien afilado Collins, al que prefiero llamarle machete, probó su temple en Palo Seco, y cuando la derrota del desgraciado teniente coronel Diéguez en la jurisdicción de Holguín; pero no pueden compararse las demás acciones con las dos men-

cionadas. En *La Sacra*, el brigadier Báscones quedó dueño del campo, y los soldados amacheteados, muchos lo fueron cuando se encontraban dispersos entre la hierba guinea y algunos al refugiarse á grupos insurrectos por equivocación: en *Garrido* ignoro lo que pasó; en *Naranjo*, se dieron *algunos* machetazos en el potrero, siendo el fuego el que jugó el principal papel por ambas partes, y en *Las Guásimas*, si se esceptúan las bajas de la caballería del primer día, los *Collins* permanecieron en la vaina constantemente. Fué una pelea prolongada á balazo limpio, y por una y otra parte no se macheteó á nadie.

En los ataques de día y de noche, relucieron los Collins, pero volvieron *vírgenes* á sus vainas. "Si el más inútil de ellos tendría vergüenza de retirarse ante españoles, teniendo cápsulas en sus cananas;" es un desahogo que jamás tiene un buen militar. Sólo diré que unos y otros tuvieron vergüenza y se batieron con valor, como supieron ó pudieron.

Criticar después de la tempestad, es propio de un colegial aventajado, y no se necesita gran ingenio para censurar al brigadier Armiñán ó al general Máximo Gómez.

A la llegada de las fuerzas tomó el mando superior el brigadier Báscones, quien por las razones expuestas emprendió la marcha para la capital, sin ser molestado más que en los últimos batallones por gente emboscada en el potrero de Jimaguayú: intempestivo alarde de un enemigo que quiso disparar el último tiro desde su escondite, olvidándose que "en cosas de amor y guerra, nada se consigue si no se acercan los contendientes."

Hoy, al cabo de los años, sé algo más de lo que sabía. Sé que el enemigo en las acciones de Naranjo, Mojacasabe y Guásimas utilizó gran número de cartuchos; sé que tuvo 275 bajas (1); que perdió oficiales y jefes de importancia; y un considerable número de caballos; que la acción dió causa á rencillas y rivalidades entre los jefes; que las fuerzas se fraccionaron regresando, con ánimo abatido, á sus antiguas zonas locales: que Máximo Gómez mandó "al coronel Francisco Gimenez que con una pequeña guerrilla pasase á las Villas como una exploración," mientras el audaz guerrillero atacaba á San Miguel de Nuevitas, donde fué rechazado por

(1) Máximo Gómez escribe en un folleto que sufrió cerca de 200 bajas.

el comandante militar y teniente coronel de Cortés Sr. Carrascón y otras fuerzas que se encontraban en la plaza, sin que lo supiera el enemigo que se vió burlado; y como supo que las tropas se concentraban en la línea férrea, cayó sobre el destacamento de Cascorro situado en el camino central de la Isla, dando lugar á una defensa notable del teniente comandante de la fuerza cuyo nombre no recuerdo; y sé, por último, que á los diez meses siguientes, el general insurrecto cruzó la Trocha con sólo 500 hombres; se apoderó del Gíbaro y otros campamentos ocupando más de 1,000 caballos, para sufrir un desencanto al no ser obedecido y secundado por los antiguos jefes de las Villas, que desconfiaban de Máximo Gómez y otros generales camagüeyanos.

Después de la sangrienta acción mencionada, el enemigo perdió su entusiasmo y empuje homogéneo, que no volvió á recuperar. Siendo, pues, las acciones de Naranjo, Jimaguayú, Mojacasabe y Guásimas de Machado, la causa primordial del desaliento y desorganización de las mejores fuerzas insurrectas; será ilógico que pregunte, como á mí me ha preguntado un ex-general: ¿Sin las acciones de Naranjo y, sobre todo, sin la de las Guásimas, hubieran tenido realidad los *pactos* del Zanjón y San Luis?.....

La acción de las Guásimas no fué una víctoria ni una derrota: fué la lucha porfiada entre dos gladiadores, que ambos se retiran heridos á curarse: fué también la demostración práctica de la inutilidad de la táctica europea; y fué, á pesar de todo, el mayor fracaso que sufrieron en toda la campaña las armas de la insurrección: lo cual no empece á que los insurrectos hagan de las Guásimas una efeméride notable.

CAPITULO XIII.

EL CORONEL ESPONDA EN LOS MELONES.

Rastro del enemigo.—Brillante ataque.—Retirada del enemigo.—Ataque resuelto de Calixto García.—Retirada de la columna por escalones.—Voluntarios de Fray Benito.—Apreciaciones del general Riquelme.

Era el día 9 de Enero de 1874.

Una gran partida insurrecta encontrábase acampada á pocas leguas de Junurún, en los Melones, jurisdicción de Holguín. Calixto García Iñiguez, Maceo, Peralta y otros, comandaban las fuerzas enemigas. A las seis de la mañana, salía de Junurún una columna compuesta de 670 hombres, á las órdenes del coronel D. Federico Esponda.

Un rastro reciente les señalaba la dirección del enemigo y bien pronto desde un bosqué de grande espesura, en el descenso pedregoso de una gran loma, fuerte avanzada rompió nutrido fuego, que fué contestado por los nuestros que avanzaban decididos por el centro y envolventes flanqueos hasta llegar á un río.

Este pudo vadearse, arrostrando inmenso peligro y después de salvar la fuerza una laberíntica vereda que dividía espeso manigual, desembocó en un potrero donde, en su último límite, estaba el enemigo abroquelado tras un palmar, cuyos troncos favorecían la defensa.

D. Federico sobre su blanco caballo, chaqueta de paño negro, con la placa roja de 2ª clase del Mérito Militar, en el pecho, estuvo ese día verdaderamente inspirado.

Sin detenerse, miró la posición del contrario, dió orden á los jefes de que atacasen por los flancos y él al frente de 100 tiradores de *España*, y el resto de la fuerza, sable en

mano, dirigióse contra la posición enemiga, atravesando unos quinientos metros de camino; paso penosísimo por estar interceptado por ramas secas.

El coronel animaba á sus soldados con la voz y con el ejemplo. "¡Adelante! ¡Adelante, muchachos!".

Ya estaban á *boca de jarro* del enemigo, y éste imperturbable no retrocedía defendiendo su puesto con continuadas descargas. "¡Adelante! ¡Adelante!" repetian los jefes españoles. Las bajas eran numerosas: la sangre corría á borbotones; la crísis tremenda. No había otra disyuntiva: tomar la posición ó morir. Hacen todos un esfuerzo sobrehumano, y jefes, oficiales y soldados en confuso tropel, entre densas nubarradas de humo, se lanzan contra el enemigo que abandonó la posición y fué perseguido durante algún tiempo, y ya, en la imposibilidad de darle alcance, retornan las fuerzas y se apoderan del campamento, donde ocuparon gran cantidad de carne fresca, dos reses vivas y algunos caballos; estableciendo el vivac en una de las márgenes del río bastante sinuoso que serpenteaba, formando caprichosas cascadas, á un cuarto de legua escaso del tomado campamento.

Calixto García no ve con calma el triunfo de la columna victoriosa; detiene su marcha y, retornando, vuelve á empeñar la acción con más tesón y ardimiento. Comienzan los toques de corneta y el vocerío de la pelea.

El fuego bien pronto se hizo general; al ataque brusco, respondió la defensa potentísima; bien pronto habían disminuido las cápsulas en la mitad y sumaban 90 las bajas entre muertos y heridos; por lo que se replegó la columna á Jumurán, movimiento retrógrado de arriesgadísima realización teniendo en cuenta la numerosa impedimenta, bajo un cielo que amenazaba próxima tempestad.

Puesta en marcha la impedimenta, se le dió de escolta la mitad de la fuerza y con la otra mitad quedáronse los jefes con su coronel.

Alejóse la impedimenta mientras el medio batallón contenia y rechazaba las atrevidas embestidas del airado insurrecto; y hasta se dió una carga á la bayoneta contra un numeroso grupo, que practicaba un movimiento envolvente, haciéndole retroceder.

En esto, unos 100 ginetes amenazaban un flanco de la fuerza, y para contenerlos se forma un semi-cuadro con dos

compañías, mientras que por el otro flanco se rechazaba al enemigo, pudiéndose apoderar los soldados de la posición que les ofrecía el cono de una inmediata pelada loma.

Cuando esto ocurría, la impedimenta ganaba terreno y para asegurarla más, la media columna permaneció sobre la loma, resistiendo las acometidas contrarias; pues comprendiendo el jefe que el terreno quebrado impedía un movimiento envolvente en contra de la retaguardia, comprendió también que su salvación consistía en contener la avalancha enemiga por el único camino directo.

El cálculo del coronel Esponda, fué atinado, y cuando ya se consideraba salvada la impedimenta, se ordenó con buen órden la retirada.

¿Cómo se efectuó?

Escalonando las compañías á distancia de 500 pasos, y cada escalón mandado por un jefe. El enemigo fué siempre rechazado, sufriendo bajas, y perdimos 15 ó 20, muertos y heridos, que fueron conducidos todos en hombros de sus compañeros.

Después de unos tres cuartos de legua de marcha escalonada, y cuando ya pudieron ir á la desfilada por la angostura del camino, apareció sobre otra pelada loma, que se eleva á orillas del que había tomado la impedimenta, una regular fuerza montada.... ¡Ah! La impresión fué desagradable; pero el coronel Esponda, creyéndose cortado por el enemigo, no lo dió á conocer, y con envidiable serenidad se le ocurrió decir á los soldados: "¡Animo, compañeros, que son de los nuestros!" Eranlo en efecto: el denodado teniente coronel D. Eusebio Casanueva con 70 voluntarios, del poblado de Fray Benito, auxilió primero á la impedimenta y enseguida tomó posición para auxiliar á la vanguardia, hasta que toda la columna entró en Junurún, pequeño fuerte con una docena de bohíos.

Invirtiendo el orden de las gerarquías militares tengo que verter una lágrima á la memoria de los 31 soldados y 5 oficiales muertos en holocausto de su deber y tributar un aplauso á los 103 soldados que tuvieron la honra de derramar su sangre por la patria.

Los batallones de *España*, de la *Habana*, de *Matánzas* y la guerrilla de Holguín, habrán consignado en sus historiales los nombres de esos valientes, concretándome por mi parte

á consignar los nombres de los capitanes de *España* Gimenez y Monroy, éste ayudante del coronel, y el del abanderado Pino, que lo era á la vez del teniente coronel Lorenzo.

Tengo que aplaudir el abnegado valor del guerrillero de Holguín Rodriguez Vara, que salvó la vida al capitán Gustardoy, cubano, en los momentos de quedar tendido desangrándose por una herida; debo elogiar el noble comportamiento del práctico D. Manuel Perdomo, que recibió grave herida; también merece honrosa mención el oficial médico del batallón de Matánzas, D. José de Gomar y García, que, despreciando todo riesgo, curaba á los heridos en los sitios de mayor peligro, haciéndose acreedor á una bien ganada recompensa.

Y por último, debo elogiar la brillante conducta del comandante D. Froilán Fernández, que fué herido; quiero aplaudir el valor sereno del bravo entre los bravos, el teniente coronel D. Manuel Gonzalez Dominguez; debo divulgar la intrepidez del distinguido teniente coronel D. Eliseo Lorenzo; debo hacer un justo elogio del bizarro y ordenancista teniente coronel D. Esteban Chavarrí; y por fin, debo añadir que con un coronel tan arrojado y valiente como don Federico Esponda, y con jefes, oficiales y soldados como los que le obedecían, pueden emprenderse las más arriesgadas operaciones de guerra, y puede decirse de ellos, lo que dijo el gran orador D. Joaquin María Lopez, al elogiar en las Córtes el comportamiento del general D. Baldomero Espartero:

"Que con tales jefes y oficiales y soldados se puede escalar hasta el cielo realizándose la fábula de los Titanes."

El enemigo atrevido y entusiasmado con su arrojado jefe Calixto García ¿era muy numeroso? ¿Tuvo muchas bajas? El coronel Esponda lo consideró muy numeroso y calcula sus bajas en unas 200. Algunos presentados decian que entre muertos y heridos eran 250; Máximo Gómez ha consignado por escrito, que ellos tuvieron *muchas bajas*, en tan reñida acción.

El enemigo en buena posición y práctico del terreno y sin impedimenta que lo embarazase, era muy superior en número; pero á pesar de todo, perdió su posición y fué perseguido por la pequeña columna disponible; pero después pudo resarcirse y no tuvo inconvenientes para molestar á

nuestras fuerzas, sufriendo en el primer choque victorioso de nuestros soldados, muchas bajas, como las sufriría igualmente en la marcha retrógrada de la columna escalonada.

Y para que mis lectores, que no hayan hecho la guerra de Cuba, puedan comprender el mérito de la acción, recomendaré gustoso lo que dijo el competente general D. José L. Riquelme, en un discurso pronunciado en el Senado:

"El enemigo,—dijo poco más ó menos,—no lleva impedimenta, es práctico del terreno, se alimenta de los frutos del campo y siempre se encuentra desembarazado para picar nuestra retaguardia; resultando que aunque en la acción hayamos llevado la mejor parte, siempre aparece desairada y deslucida por la necesidad de retirarse."

Exacto: el general Riquelme dijo la verdad como conocedor de esta clase de guerra.

CAPITULO XIV.

EL GENERAL FIGUEROA.

Operaciones.—Destacamentos abandonados—El cólera.—Máximo Gómez pasa la trocha.

Mucho se esperaba de la experiencia del general D. Cayetano Figueroa y del teniente coronel Galvis, comandante general y jefe de E. M. en Puerto Príncipe, respectivamente.

No pretendo hacer un juicio crítico de esta época, porque como se ha visto ya, no lo consentiría la índole de esta obra; dejaré al lector que haga, á su placer, los comentarios.

Por razones, sin duda acertadas; que á mí no se me alcanzaban, en mi aislamiento de zona, dispúsose el abandono de los destacamentos de Hato-Potrero, San Juan, Lázaro, Cupey, Sibanicú, Cascorro y otros muchos, como el de Jobabo, cuyo incendio y abandono presencié.

Las líneas telegráficas de Santa Cruz á Puerto Príncipe y de Vista-Hermosa á Guáimaro fueron destrozadas. Las guerrillas y las pequeñas fuerzas no operaban y se destinaron grandes columnas de las tres armas para la persecución del enemigo.

¿Qué significaba este nuevo plan de persecución? ¿Por ventura el enemigo había recibido refuerzos? ¿Se había apoderado de alguna población de importancia ó nos había derrotado en alguna parte? Todo lo ignoraba.

No comprendía las órdenes que de la comandancia general se recibían, para que en los centros de zona se tomaran las mayores precauciones y se redoblara la vigilancia de noche.

Menudeaban las circulares para estimular al soldado

recordándoles su valor y las glorias de otras campañas. Quise ver y nada ví; sin embargo, mis precauciones en la vigilancia de zona, vivaques y marchas fueron más completas, pues si bien la fuerza moral de mi batallón *El Rayo*, no decayó nunca, no quise dejar incumplidas las órdenes que no entendía, como que se daban instrucciones á los jefes de columna sobre lo que debían hacer y mandar en los combates. Teorías que nada enseñaban á los jefes; pero que hicieron creer al soldado que tenía que habérselas con un ejército, que ni el de Jerges. El tiempo corría, y ya formando nosotros parte de una brigada, permanecíamos en la inacción esperando órdenes superiores.

El comandante general contaba con una división compuesta de tres organizadas brigadas; cuatro batallones, dos piezas de á lomo, dos escuadrones y una guerrilla montada, á cuyo frente estaban los brigadieres Báscones, Armiñán y Esponda.

Esperábase con impaciencia la orden de emprender la marcha, pero la orden no se dió. En su lugar se dispuso que algunos batallones escoltasen convoyes á Vista-Hermosa, Caridad, Juan Gómez y Cascorro. En Marzo y parte de Junio la brigada Esponda permaneció en Puerto Príncipe y sus inmediaciones, la de Armiñán en las Yeguas ocupada en tirar al blanco y la de Báscones en conducir materiales para la construcción de un hospital en Vista-Hermosa, como medida precautoria; para lo cual todas las casas de las fincas inmediatas fueron destruidas, y sus maderas, puertas y tejas acarreadas en carretas; cuatro tejas los soldados á caballo y dos los infantes. Ni quito, ni añado.

El hospital se acabó, mientras Máximo Gómez permanecía sin hospital en sus campamentos de Naranjo, Guásimas, Antón y Jimaguayú. Las tropas murmuraban porque deseaban pelear.

Por fin se dió la orden general de marcha de las tres brigadas.

Era el 30 de Julio de 1874, y la división con el comandante general dirigióse hácia el *Ingenito* en busca del enemigo, cuyas avanzadas estaban casi á la vista de Esponda; pero al cuarto de hora de camino, sin que se disparase un tiro y por causa para mí desconocida, la brigada retrocedió á Puerto Príncipe, y las otras no detuvieron su marcha hasta

Cumanayagua, cerca de la línea de Ciego de Avila; pero retrocedieron, ignoro también la causa, á pernoctar el 7 de Agosto á las *Yeguas*. La murmuración de las tropas, seguía. El enemigo no se movia; estaba *aguaitando* como dicen los guajiros.

El día 12 se vivaqueó en Curana; al siguiente se practicó un reconocimiento; por un lado el comandante general y el brigadier Armiñán, con tres batallones; por otro con otros tres el brigadier Báscones y el coronel Cubas, con dos por otro. Toda la marcha fué sobre fango y agua, y como no se pudo cruzar el río inmediato al *Divorcio*, las fuerzas regresaron á *Curana*. Ya establecido el vivac, enfermaron gran número de soldados y otros fueron sorprendidos por súbita muerte. ¡El cólera! He ahí la palabra que infundió un pánico general.

Al siguiente dia emprendióse la marcha retrógrada para Puerto Príncipe; muriéronse muchos soldados y otros tantos enfermos, pudiendo decirse que media brigada fué conducida por la otra media sobre camillas improvisadas; pues *podemos asegurar* que fueron 600 *los enfermos* y 80 *los muertos*, los que se enterraron en el largo trayecto del camino.

Las tropas obedecían disgustadas.

Sin que se disparara un tiro, sin encontrar un sólo enemigo, sin que hubiera partida contraria por aquellos bajos y fangosos terrenos cubiertos, en una extensión de muchas leguas anegados, con los ríos y arroyos crecidísimos, túvose que retornar á la capital, pasando por las Yeguas, encendiendo hogueras para purificar la atmósfera, que se suponía infestada, con general terror.

Al segundo día de permanecer las tropas en Pto. Príncipe, con los piés y la ropa secos, con buenos ranchos, vino y café, se convencieron todos, de que no hubo tal cólera, y que las enfermedades y muertes, demasiadas por desgracia, fueron debidas á las humedades contínuas de día y de noche y á la falta de alimento abundante, sano y nutritivo.

Los insurrectos observaban nuestros movimientos, incomprensibles para ellos, en terrenos secos, engordando sus caballos y comiendo los individuos carnes y viandas.

Los habitantes de Puerto Príncipe, que con tanta fidelidad se portaron durante toda la guerra, en número de 40 mil, se llenaron de pánico al ver entrar en su ciudad las

tropas, las que se suponían invadidas por el cólera morbo; pero bien pronto se tranquilizaron al ver con satisfacción, que la salud de los soldados era inmejorable, y no tuvieron que llorar las muertes que hubieran ocurrido á ser cierta la terrible enfermedad epidémica; razón por la cual todo el pueblo se lamentaba de que las tropas entraran en la ciudad, cuando pudieron acampar en una de las fincas inmediatas, al menos por consideración á la benemérita ciudad de Puerto Príncipe.

El comandante general y su jefe de E. M. á pesar del buen deseo del primero y de la competencia del segundo, experimentaron punzantes amarguras en la marcha retrógrada á Puerto Príncipe. La reprobación de los jefes, la ida del coronel Goicoechea al llegar á las Yeguas, aprovechando la salida de una pequeña escolta y el abatimiento que se hacía visible en los semblantes, parece que fueron otras tantas protestas contra las pacíficas y fatigosas operaciones en aquel inmenso piélago de fango.

Máximo Gómez permanecía mientras, en secos y elevados terrenos, y cuando lo tuvo por conveniente cruzó la trocha, con sólo 4 ó 5 bajas y sin tener, de momento, que evitar la persecución de nadie.

CAPITULO XV.

LA TROCHA.

Lo que es.—Su construcción.—Opiniones sobre la trocha.—Las compañías de libertos.—Entereza del general Gutierrez de la Concha.—Murmuraciones.—Relevo del Marqués de la Habana.

Por los días 5 y 6 del mes de Enero de 1875, Máximo Gómez, con regular número de infantes y caballos, atravesó la línea militar del Júcaro á Morón, teniendo sólo 4 ó 5 bajas entre el primer pueblo y Ciego de Avila, causadas por los certeros disparos hechos desde un próximo fortín, y sin que nadie le persiguiera ese mismo día.

El coronel Goicoechea, jefe de la trocha—luego mariscal de Campo—reunió con la mayor premura todas las fuerzas de la guardia civil; el brigadier Valera acudió rápidamente con su columna; y las que comandaban el brigadier Esponda y coronel Vergel marcharon aceleradamente contra el invasor; mientras éste se apoderaba y quemaba el fuerte del Jibaro y otras fuerzas insurrectas saqueaban caseríos y prendían fuego á los ingenios, derrotando pequeñas columnas.

Esto acontecía gobernando la isla el general Gutierrez de la Concha.

¿Qué era la trocha? Una débil estacada que de nada servía, fuera de señalar la cruzada por ella de las fuerzas contrarias. ¿Y por qué? Porque era sólo una línea de troncos mal defendida que la pasaba y repasaba todo el que quería como pueden atestiguarlo los Sres. Julio Sanguilí y D. Ramon Roa, que la pasaron cinco veces, ó el mismo Gomez en unión de su esposa y asistentes, y, según el Marqués de la

Habana, el cabecilla Jimenez con 70 hombres y con 58 el cabecilla Carrillo (1).

El que esto escribe, prestó sus servicios en la trocha por algunos meses, y cierto día se le ocurrió contar el número de pasos que había desde el fuerte número 6, al del número 7 de la parte norte de Ciego de Avila: contó 2,570 pasos de dos piés!

Si la estacada, de fuerte á fuerte hubiera sido sólida pudiera haberse estorbado el paso; pero en el estado en que estaba, cayéndose al soplo del viento, constituía una defensa ilusoria en la que no debió confiarse tanto y por tanto tiempo.

Esto sentado, así lisa y llanamente, hace, sin más comentarios, la apología de una línea militar, que muchos creyeron tan segura como la muralla del Celeste Imperio ó como la de Adriano en Inglaterra ó la de Trajano, en el recodo del Danubio hasta el mar Negro.

¡Bien hicieron en bautizarla con el campestre nombre de TROCHA!

Según la opinión del ilustrado subinspector de Sanidad de la armada, D. Félix de Echauz y Guinart, en su folleto "*Lo que se ha hecho y lo que hay que hacer en Cuba*," la trocha transversal de Morón á Ciego de Avila, ha sido la mejor obra realizada. A ella,—dice,—se debió primero la rapidísima declinación de la causa insurrecta en las Cinco Villas, y se debe ahora (1873) su precario estado en las jurisdicciones de Morón y Sancti Spiritus. Puede decirse que es la única cosa de estudio y de provecho que hemos hecho en esta estéril y atolondrada campaña."

El competente general de ingenieros, D. Manuel Portillo, en 4 de Octubre de 1872, decía á la Superioridad: "Sin negar la ventaja de la trocha, para la mayor estabilidad de la favorable situación conseguida en las Villas por consecuencia de la inteligencia, constancia y valor con que en ellas se combatió desde un principio á los rebeldes, cumple á mi deber recordar, además de lo que dejo ya manifestado,

(1) Cabecilla: jefe de rebeldes. Así eran llamados indistintamente los jefes insurrectos, sin que tal calificativo tenga nada de ofensivo. En realidad, no teniendo la posesión de ningún terreno, teniéndo que sufrir la persecución constante, careciendo de organización y de elementos militares, no siendo beligerantes, sus jefes no eran generales en la verdadera acepción de la palabra.

y evidenciar que, *no fué debida á la trocha la pacificación de tan importante departamento.*"

En el mes de Octubre de 1874, el general Concha visitó la trocha, habiendo pedido al Gobierno 12,000 hombres de refuerzo para cubrir las bajas más bien que como aumento; y para convencernos de la deficiencia de la trocha, copiaré lo escrito por el mencionado general en su "*Memoria sobre la guerra de la isla de Cuba:*"

"El coronel Cubas la reconoció con efecto, detenidamente, y su informe fué, de que era tal el estado de la trocha, que no podía considerarse en manera alguna como una verdadera línea militar."

El ilustrado coronel de ingenieros D. Miguel Goicoechea, jefe de la trocha en 1875, comprendiendo, como perito, el mal estado de *esa línea militar*, trató de mejorarla en lo posible, y cerca de Morón mandó plantar unas estacas enlazadas con alambres, é hizo otras reparaciones de poca importancia para impedir el paso de la caballería; pero como toda la línea no tenia iguales obras defensivas, no fué suficiente: ningún cargo puede hacerse al mencionado coronel, por el paso de Máximo Gómez.

Los anteriores jefes, coroneles Armiñan y Dominguez, hicieron cuanto pudieron, sin plan anteriormente conocido y sujetándose á lo que encontraron constituido.

El brigadier D. Francisco Acosta y Albear, en su obra "*Pasado y presente de Cuba y de su guerra insurreccional,*" al hablar de las *trochas ó líneas militares*, se expresa así:

"*Las ventajas que la imperfecta y mal atendida trocha* ó línea militar del Júcaro á Morón, habrá hecho patentes, motivó se proyectase la continuación de otra desde el Bagá y San Miguel de Nuevitas á la Zanja."

Esta nueva línea en 1875 fué abandonada y destruidos sus fuertes por el brigadier Ampudia, de órden del Sr. Conde de Valmaseda.

El muy conocido mecánico D. Francisco Gonzalez Arenas fué el inventor de la trocha de Morón al Júcaro; pero se prescindió de su proyecto para construirla sin plan, orden ni concierto, y se dice que, cuando el hábil Sr. Arenas visitó la trocha, exclamó asombrado: "*Esto no es trocha ni línea militar, es una mala estacada que no sirve para nada.*

Máximo Gómez hizo bueno el dicho de D. Francisco

Gonzalez Arenas. Tambien el teniente coronel insurrecto D. Ramon Roa, con 100 hombres y muchas mujeres, sin más escolta que *dos hombres* armados, la cruzó sin dificultad aprovechando el relevo de unas parejas de vigilancia.

El general Martinez Campos, en una comunicación al Gobierno, con fecha 28 de Febrero de 1878, considerando pacificada la Isla, entre otras cosas muy curiosas dice: "....pero ahora *que la guerra ha concluido* debo decirlo: LA TROCHA SERVÍA PARA POCO Y NOS COSTABA MUCHO."

La trocha ó línea militar ofrecía, bien construida, ventajas positivas; pero una trocha con una inútil estacada, según dice en su *Memoria* el Sr. Marqués de la Habana, con mal sanos fuertes, de techos de palmas, con más de 500 enfermos hacinados en hospitales y enfermerías, donde alguna vez se dió *caldo de bacalao*, causando la desesperación de los inteligentes médicos; no podía ser la trocha un verdadero muro de contención: primero por que no podía impedir sola el servicio de vigilancia, el tránsito individual y de pequeños grupos, y segundo porque, sea cual fuere la causa, ni siquiera opuso material resistencia á Máximo Gómez cuando quiso atravesarla con sus fuerzas.

Invadidas las Villas, las gentes que no sabían lo que era la trocha se impresionaron y se levantó una atmósfera de absurdos comentarios contra el general Concha.—Este general que había desempeñado tres veces el mando superior de Cuba, no carecía de condiciones para llenar satisfrctoriamente su dificilísimo cometido. Nombrado Marqués de la Habana en 1851, pudo desbaratar los planes del general insurrecto Narciso Lopez, no sin que tuviéramos que sufrir la pérdida del general Enna; por lo cual le fué fácil volver á la capitanía general en alas de su bien merecido prestigio. Y en efecto, si se analizan las reformas que como gobernante introdujo, la crítica imparcial no podrá menos que reconocerle como á uno de los más idóneos generales para el mando superior. Su política humanitaria fué celebrada por los hijos del país que se encontraban amparados por un gobernante todo lo liberal posible dentro de un sistema de estrechos y gastados moldes, y las tropas fueron mejor atendidas.

Repartiéronse á los batallones gran número de acémilas y se les agregó una compañía de libertos; medida acertadísima que no dió ningunos resultados por causas que yo no

ignoro. Sólo quiero que mis lectores sepan que la que se añadió á mi batallón *El Rayo*, se condujo admirablemente y mereció mis más cumplidos elogios.

Copio la arenga que dirigí á mis libertos, formados en batalla:

"Muchachos, venís á defender la patria como soldados: cuando os licenciéis sereis libres como vuestros compañeros los soldados blancos. Dos de vosotros irán á la escuadra de gastadores con el galón de distinción y los demás seréis acemileros. No se os pegará porque en mi batallón el palo está prohibido y no sereis asistentes porque lo tengo también prohibido."

Con estas palabras de recibimiento y la orden terminante que se dió al capitán de la compañía de tratarlos bien, los libertos atendidos y satisfechos, y premiados después algunos con la cruz del M. M., fueron siempre sumisos, fieles, trabajadores y valientes, sin el ejemplo de un sólo desertor al enemigo.

El pensamiento acertado del general Concha, debió haber dado más ópimos frutos.

El general Concha dejó el mando de Cuba recibiendo los honores de capitán general, pasando con arrogancia y consumado ginete, entre dos prolongadas filas de voluntarios hasta dos pasos de la lancha que lo condujo al vapor correo: rasgo de entereza de un general que supo y quiso dejar bien sentado el principio de autoridad, sin apocados rebajamientos, ademanes dignos, con entera voz y cabeza levantada, contra no sé qué murmuraciones contra su autoridad, que conservó cual correspondía al que supo ser representante de España.

El paso de Máximo Gomez por la trocha, con tres ó cuatro bajas y una leve herida que recibió en el cuello, no puede negarse, que bajo el punto de vista de la crítica militar inteligente, fué sólo una operación del enemigo, realizada impunemente que dió sobrado pasto á inculto charlatanismo, siempre dispuesto á la censura de las autoridades constituidas.

El Conde de Valmaseda, presto relevado por otro general, sucedió en el mando á D. José de la Concha. El Conde no pudo lograr el anhelado título de *pacificador*. Regresó á España con sólo dos entorchados.

CAPITULO XVI.

VICENTE GARCIA.

Pérdida de Victoria de las Túnas.—Asesinato de 100 soldados.—Una columna se apodera de las Túnas sin combatir.

El 25 de Enero de 1876 la numerosa partida de Maceo atacó á Yabazón, en la zona de cultivo de Holguín, encontrándome de comandante general interino.

Rechazada en el poblado por el comandante de Armas D. Eufemio Vicario y, en sus inmediaciones, por el comandante del batallón de *Santander* Sr. Llorente, fuélo otra vez cerca de *Corralito*, por el teniente coronel Fernández, del regimiento de *España*, sufriendo el enemigo en ambos combates algunos muertos vistos, muchos heridos y la pérdida de 18 caballos, y nosotros diez muertos y 24 heridos; portándose admirablemente nuestros oficiales.

El mismo año á la una de la madrugada del 22 de Septiembre, Vicente García se apoderó de Victoria de las Túnas: sorpresa que tuvo gran resonancia en el país. Prisionero el comandante militar Sr. Toledo, fué entregado con los soldados heridos, á la fuerza del coronel D. Julian Puello que operaba á las órdenes del brigadier Jaquetot; rasgo generoso que merece sinceras alabanzas.

La conducta del general García nos obliga á negar que fuese él el autor del macheteo de 100 soldados, decretado por un bárbaro insurrecto: no se explicaría tanta nobleza para unos y tanta crueldad para otros.

Como carecemos de antecedentes no culpamos á nadie determinadamente del hecho más feroz y criminal de la san-

grienta guerra. ¡Maldición eterna al *asesino* de cien prisioneros capitulados!

Como las Túnas tenía heróica historia, su pérdida causó desfavorable impresión en la Península, por más que la pérdida material careció de toda importancia militar.

El capitán general, bajo la presión de las circunstancias, dimitió por telégrafo, dando su escrupulosa delicadeza más importancia al suceso. El Gobierno que presidía Cánovas no admitió la dimisión y acordó enviar grandes refuerzos á las órdenes del general Martinez Campos.

En las Villas derramábase sangre en los encuentros y el reñido combate que sostuvo la fuerza montada de la numerosa columna del general Jovellar, con pérdida de hombres y caballos, causó malísima impresión en toda la Isla: al cafetal *Gonzalez* no debo nombrarlo, y sí relegarlo al panteón del olvido.

Durante la monótona campaña tuve ocasión de comprender que nuestro ejército necesita otra instrucción y otro armamento para batirse en la manigua.

En los campos de Puerto Príncipe y Oriente he visto morir á muchos soldados, más de setenta, algunas veces, á manos del enemigo, por internarse en la manigua.

Los guerrilleros y soldados viejos todos se salvaron metiéndose en el monte.

Nuestras bayonetas ó *pincha sapos*, según los soldados, tampoco servían para nada. ¿Cuántas cargas dimos con el punzante instrumento?

Los relatos que se leían en algunos periódicos, por su cordura, patriotismo y acierto para calmar las pasiones quedaban bien pronto olvidados; y en cambio se comentaban con frenesí, por los lectores inconscientes, todas las exageraciones, todas las victorias abultadas, todas las derrotas falsas, todo lo que más podía enconar los ánimos, para hacer interminable la guerra. La Prensa en Cuba, sin libertad de imprenta, abusaba de la lícencia del más erróneo de los patriotismos. La literatura de sensación *patriotera*, la de siempre, añadía falsamente, que la campaña tocaba á su fin. Lo que tocaba á su fin era Noviembre, quedando de gobernador general el ya mencionado señor Jovellar, y de general en jefe el Sr. Martinez Campos.

Al desembarcar en la Habana este general, con recursos

pecuniarios y muchos miles de hombres de refuerzo, decíase en todas partes, que la guerra se acabaría pronto. Los insurrectos, se decía, tienen perdida la fuerza moral, y con la actividad del general, antes de cuatro meses no existirá un *mambí* en la manigua.

El que estas líneas escribe, siempre refractario á los entusiasmos inconscientes, recuerda haberle dicho á un jóven camarada, hoy brigadier: "Si los insurrectos quieren presentarse, en Junio próximo pueden ustedes volver á España; pero si perseveran en sus ideas, como creo sucederá, y se diseminan en 3,000 leguas cuadradas, ya tenemos para rato."

—"Es que nosotros haremos la guerra con más actividad que hasta ahora se ha hecho."

—"No lo dudo, porque ustedes son más, y es más posible esa actividad; pero como necesiten ustedes fraccionarse, le juro, amigo mio, que *los nuevos* serán más amacheteados que *los viejos*."

—"El machete y la carabina de Ambrosio, allá se andan."

—"¡Qué equivocado está usted! Pero dejemos esto y permítame usted que le manifieste mi extrañeza por los calificativos de *nuevos* y *viejos* que yo he empleado por seguir á usted. Unos y otros son iguales."

El coronel reconoció mis razones; pero añadió enfáticamente, que "dominarían todo el país; que los insurrectos serían destruidos en las Villas: que en los departamentos Central y Oriental quedarían reducidos á la impotencia, y que el general en jefe, el militar más distinguido de España, sería proclamado el pacificador de Cuba."

Ya verémos en el curso de estos *Recuerdos*, como el león no fué tan fiero como lo pintaron; como los insurrectos no fueron destruidos; y como la pacificación fué una verdad en las comunicaciones oficiales y no lo fué en la realidad de los hechos.

CAPITULO XVII.

LA PRENSA.

El periodismo en la manigua.—Documentos y cartas.

Entre los insurrectos hubo hombres de relevantes méritos y de gran instrucción en los variados asuntos del humano saber; y si, en general, carecían de cultura militar por serles refractarios los estudios de *Marte*, compensaban esa falta con la abnegación espartana con que sacrificaban sus vidas; por su constancia y fiero valor personal señalábanse como de la más pura raza española. Los hombres que sin haber estudiado logística sabían dirigir una marcha de traslación; que con habilidad construían una trinchera; que poseían el acto de vivaquear con toda vigilancia; que sabían emboscarse lo mismo que los más afamados guerrilleros; que tenían sagacidad para burlar las persecuciones de su enemigo, y que se batían con las ventajas que les prestaba el terreno, que conocían á metros; los hombres que habían sido maestros, químicos, abogados, médicos y escritores, necesariamente habían de contar con el periodismo para la propaganda de sus ideales. Sin mencionar los periódicos escritos en extraña tierra, como por ejemplo, "La Revolución," que se publicaba en Nueva York, tuve ocasión de leer "La Estrella Cubana," y en una derrota que presencié, del general Salomé Hernandez, en la Caridad, sobre una de las márgenes del rio Caunao, pude poseer 29 números del periódico oficial de la República "El Cubano Libre."

En el número 10, año segundo, se contenían las siguientes materias:

Parte oficial.—Secretaría de Estado.—Departamento de la Guerra.—Circular.—El Cubano Libre.—Diez de Octubre.—Ministerio de relaciones exteriores.—José Balta, Presidente de la República del Perú.—Rayos de luz.—Boletín de la guerra.—El general Luis Marcano.—Noticias varias.

La última contenía la siguiente:

"Con el nombre de "El Tínima" ha aparecido en el estadío de la prensa libre de Cuba, un nuevo periódico; su redacción está encomendada á uno de los hombres más distinguidos del Camagüey. "El Cubano libre" lo saluda con júbilo y le tiende una mano amiga.

"Imprenta *La Libertad* á cargo del C. C. B."

¿Quién leía en la Isla esos periódicos? Los leían, en primer término los mismos insurrectos; algunas personas que los recibían clandestinamente en las poblaciones; las autoridades, muchos números, y otras personas como yo, algunos que solían caer en mi poder; por consiguiente la propaganda periodística era nula. Ruido grande, sí, producía en la Península; pero en la Isla, si no hubiera sido por el *laboranteo* personal, el resultado hubiera sido completamente estéril: exageraciones, mentiras, metáforas que se evaporaban entre las susurrantes hojas de los mangos, ceibas y cupeyes.

Si algunos de mis lectores ha sido escritor insurrecto, no se ofenda, porque haya calificado de mentirosas las aseveraciones de sus periódicos y escritos. En tiempos de guerra, siempre se miente. Mintieron algunos periódicos cuando la guerra de Francia contra la Prusía; mintieron los ingleses en la guerra de Egipto; mintieron los carlistas y liberales en la guerra civil; y se mentirá en las futuras guerras.

Comprendo que en tiempo de paz se deseche la mentira, que sólo se escriba la verdad; pero en tiempo de guerra, la mentira, que llamaré estratégica, juega un papel demasiado importante para que por un mal entendido quijotismo se deseche enteramente. Ya vé el lector, que soy condescendiente y verídico; y no sorprendiéndome las mentiras de los periódicos mencionados, porque las encuentro oportunas para dar aliento á sus parciales, copiaré algo de lo que escribieron en sus periódicos, documentos y cartas que cayeron en mi poder.

***

"Varios ciudadanos presentaron una petición relativa á que la Cámara de Representantes dirija manifestaciones en sentido anexio-

nista á la República de los Estados Unidos: asunto que fué sometido al estudio de una comision compuesta de los C. C. Miguel Gutierrez, Antonio Lorda, Miguel Betancourt, Jesús Rodriguez y Honorato del Castillo."

***

"Las cantidades con que han contribuido en los Estados Unidos los millonarios de Cuba para la independencia de ésta son fabulosas."

***

"La Audiencia de Puerto Príncipe va á empezar sus tareas (¿Eh? ¿con qué? ¿con quién?"

***

"Se preparan otras expediciones para la isla de Cuba."

***

"CUBA TRIUNFANDO.

Truena el cañon, se enciende la batalla
Al grito audaz de libertad y guerra,
Ved cual se siente extremecer la tierra
Con el ronco fragor de la metralla!"

***

"El C. coronel Gonzalez ha tomado, saqueado é incendiado la Esperanza, población importante que está situada á cuatro leguas de Villaclara, sobre el ferrocarril de Villaclara á Cienfuegos."

***

"El machete causa terror á los patones: le tienen más miedo que al cólera."

***

"El general Vicente García tiene en sus campamentos como *once mil* patriotas."

***

"El cólera reina en Maniabón; según nos aseguran han muerto de sus resultas más de seiscientos españoles: parece que se repite la escena del general Buceta en Mayarí."

***

"Desde que el general Puello se hizo cargo del gobierno de Pto. Príncipe, reina el cólera en esta población, donde ocurren diariamente veinte y treinta casos mortales."

***

"Los patriotas siguen destruyendo las fábricas y máquinas de las fincas azucareras."

"En las Villas hay abundancia de viandas, pues los jefes militares que allí han estado operando, han obligado á sembrar á todos los campesinos que no estaban en las filas del ejército."

***

"Nuestras tropas al mando del C. general Salomé Hernandez se apoderaron del pueblo de Taguayabón el dia 8 de noviembre último."

***

"Lóndres, Enero 4 por la noche.—La caida de Prim y su Gabinete se ha publicado oficialmente en Madrid. Circulaba el rumor que Topete sería llamado al ministerio."

***

"El tiburon del Cauto y el tigre de Zaragoitía, tiene una panza monstruosa, bebe más agua que un camello y ronca como un cetáceo."

***

"*El Cubano libre* saluda leal y sinceramente á su apreciable colega *El Mambí.*"

***

"Todo el mundo sabe que el célebre *Buz*, jefe español, no hace muchos dias que salió de Santiago de Cuba dirigiéndose á Mayarí con el objeto de batir, cojer, triturar y deshacer á los valientes patriotas que desembarcaron en Banes: todos saben también, que allí la Artillería Americana destrozó completamente la columna que iba al mando del general, cogiéndole armas, pertrechos y hombres."

***

"De la Voz de Cuba.

"El brigadier Ferrer con una columna de 2,000 soldados, conducía un convoy desde Puerto del Padre á las Túnas, y fué atacado por cuatro ó cinco mil insurrectos bien armados. En dicho combate murieron los cabecillas Mármol y Peralta. (Ya resucitaron)."

"Se invita á todas las personas que tengan carácter oficial en la Habana para que vayan á reconocer y cumplimentar al general Caballero de Rodas. (Esto es, como quien dice: Ya llegó el coco: vengan á verle)."

***

"Los españoles siguen matando á todos los cubanos que se les presentan."

***

"El Conde se dirige á las Túnas. ¡Mal negocio para un vientre tan voluminoso!"

***

"En las Túnas hace el hambre extragos.... : un plátano dos reales: dos cañutos de caña un real: tres mangos verdes dos reales: una libra de arroz veinte y cinco reales: una botella de aguardiente quince pesos: una torta de casabe cuatro reales. Los pobres tienen por único alimento *la sangre de las reses que se matan para la tropa.*"

***

"*Las Córtes de Guáimaro.*—«En el pueblo libre de Guáimaro á las cuatro de la tarde del 10 de Agosto de 1869 se reunió la Cámara Constituyente, asistiendo los C. C. Cárlos Manuel de Céspedes, Presidente: Miguel Gutierrez, Salvador Cisneros Betancourt, Manuel Valdés, Honorato Castillo, Miguel Betancourt Guerra, José María Izaguirre, Arcadio García, Eduardo Machado, Antonio Lorda, Antonio Alcalá, Jesús Rodriguez, Francisco Sanchez Betancourt, y los secretarios que suscriben Ignacio Agramonte Loynáz y Antonio Zambrana». Abrió la primera sesion el C. Presidente."

***

"*Artículo* 26 *de la Constitucion.*—«La República no reconoce dignidades, honores especiales ni privilegio alguno."

***

"Los cubanos somos republicanos y odiamos á los reyes."

***

"*¡Alerta!*—Ayer al pasar una esquina fué herido uno de nuestros soldados por una bala de los enemigos; desearíamos que se pusiera un remedio á estas imprudencias; pues segun vemos hay personas *que tienen poco desarrollado el instinto de conservacion.*"

***

"*Una heroina.*—En Manzanillo se encuentra á la cabeza de los revolucionarios una jóven como de 23 años, y que segun dicen, ha batido y rechazado á las tropas españolas.

"Es preciso bendecir
A quien el contrario aterra
Y que al cruzar por la tierra
Ha merecido ceñir
Las coronas de la guerra."

***

"*Noticias.*—Al C. general Félix Figueredo se ha pasado con armas y pertrechos el campamento entero que tenían los españoles en el Aserradero: al C. general Honorato del Castillo se han pasado 50 voluntarios también con su armamento; el dominicano Tejada, voluntario ó prisionero de Valmaseda, se pasó á nuestro bando con una gran partida: otra numerosa también capitaneada por el peninsular N. Beltran, que pasó á nosotros en holguin; dando lugar á que el go-

bierno reiterase á sus sicarios la orden de que siendo cubanos, no perdonasen á nadie, aunque fuese mujer, niño ó anciano. ¿Es esto estar mal? Vaya, vaya, Sr. Gobierno, apele á otros manejos, porque los que V. usa están cesacreditados."

***

"¡Soldados de Cuba! que nuestro Presidente y Cuerpo Legislativo, compartan nuestras glorias y nuestros peligros. A su lado seremos invencibles, ¿quién no morirá en las filas por salvar los padres de la Patria y al tercer libertador de América? La estrella que nos guia iluminará nuestra marcha y el Dios de las batallas premiará nuestros hechos."

***

"El triunfo de las armas liberales contra la rebelión fué la sentencia de muerte del Gobierno español en Cuba."

Philadelphia Prese.

***

"La Providencia parece favorecer á los patriotas cubanos, inspirando á sus enemigos con el espíritu de la locura y de la demencia."

Washington Chronicle.

***

"Si no hubiese sido por las intrigas y rivalidades de algunos jefes, el asunto de las Villas hubiera tenido otro desenlace."

***

"Cuando oyereis decir que la guerra
Solo estragos y ruinas ofrece,
Responded que la paz envilece
Si hace al pueblo doblar la cerviz.
Y en las luchas gritad, que si Cuba
En escombros tan solo quedara,
Nuestra prole de nuevo la alzara,
Libre, bella, potente y feliz.

***

"El sacerdote católico E. I. celebró en el Ciego de Najasa, unas honras fúnebres en conmemoracion de los cubanos que han fallecido durante el período revolucionario."

***

"El C. Presidente de la República ha dispuesto que se distribuyeran *cinco mil pesos* entre las fuerzas libertadoras que tomaron parte en el glorioso combate de las Minas."

"La Habana, Cárdenas y Matánzas se han sublevado, y torrentes de sangre española han corrido por las calles de la primera, esperamos pormenores, y miéntras tanto, diremos parodiando á Talleyrand, cuando supo la guerra de Moscow: «Ese es el principio del fin».

***

"Entre nosotros no hay término medio, perecer al filo de la espada, ó abrasarse en las llamas ó hundirse en las olas, antes que doblar la cerviz al yugo del tirano.

***

"La Cámara de RR. declara: Artículo 1º Se consideran pertenecientes á la Nación todos los bienes de los que voluntariamente hayan prestado auxilios directos ó indirectos al Gobierno español.

***

AL PUEBLO.

"Pues al cabo el acero vibrante
Contra dura opresión ¡oh, cubanos!
Miéntras huellen la patria tiranos
A la vaina no debe volver.
Combatid animosos y fieros,
Y en sus fastos consigne la historia
Que este pueblo alcanzó la victoria.
Cuando quiso los grillos romper."

***

A MI AMIGO A. Z. Y V.

"La causa santa de la hermosa Cuba
Produce amor y arrastra simpatías,
Miéntras la causa de la injusta España
Produce odio, rencor y antipatías;
El mundo es nuestro, la razón es nuestra,
Nuestro el triunfo será. Pues bien, marchemos
Y si en medio al fragor de la batalla
Hiere bala enemiga nuestros pechos,
Cantando el himno de final victoria
Muramos con valor, y satisfechos,
Pues morir por la Patria es una gloria.
. . . . . ."

I. . . . . .

***

"Las fuerzas de Montaner cayeron en emboscada, en la que se le hizo mucho fuego, y se le causaron daños de consideración."

***

"No hay duda: el Gobierno español está experimentando las convulsiones de la agonía."

"Un voluntario llama á un cubano y le dice:

—Oye, Noy, ya te ha dichu ca no me enamores más á la Antuñita ¿eh?

—Pero, D. Jaime,—le contesta con calma el muchacho.—¿Usted cree que ella le va á corresponder?

—Nada: ta lu digu y ta lu repitu: como ta vea otra vez hablandu con Antuñita, ta doy una gaznatada.

—¡Hombre!

—Ca nu quieru, pillu, criollu, fosfuritu.

—Ca no quieres, ¿eh? interrumpe el muchacho; pues yo si quiero. Y enarbolando el *tolete*, la toca al voluntario en la cabeza una retreta de garrotazos, que es cosa de chuparse los dedos. Con dos retretas como esta, queda la fiera domesticada."

***

DOCUMENTOS Y CARTAS.

"*Cuartel de la casa de R.*—Sirbase darmele una órden para que de su taller me hagan el fabor de proporcionarle al C. A. M. un par de zapatos. Patria y Libertad.—Noviembre 29 de 1868.—El Capitan. —L. V.—Siento mucho decirle se están haciendo solo para llenar en primer lugar las necesidades de mi columna y despues las del ejército, por lo que no puedo dar un par de zapatos á ese ciudadano.—El Coronel H.—Pase al C. Señor Intendente para lo que corresponda.—El Jefe de E. M.—C.—Pase al Director de Talleres para los efectos oportunos.—R."

***

"Autorizo al C. C. T. para que *reasuma* mi esclava Rosa, donde quiera que se encuentre.—Patria y Libertad.—Diciembre 2 de 1868. —N. L."

***

"Necesito un cinturon para el general, 20 pares de zapatos para mis valientes, 3 camisas y 19 pantalones.—El Jefe de Partida, Z.—Pase al Intendente.—El Jefe de E. M.—C.—Pase al Director de Talleres.—J. R."

***

"Sr. D. A. de B.—Habana.—Nuestro ejército se compone de *ochenta mil hombres*. Los soldados huyen como *chivos* no pudiendo resistir nuestro empuje.—Espresiones á Chefita.—suyo y pariente.—N. M."

Lo copiado dá al lector una idea aproximada de las exageraciones y mentiras de los insurrectos, muy naturales en toda guerra. Nosotros mentíamos también. ¿Quién no miente?

CAPITULO XVIII.

MARTINEZ CAMPOS.

Operaciones en las Villas.—Orden general.—Los ministros de la Guerra y de Ultramar.—Muerte del capitán Carpintier.—Avance prematuro.—Lachambre.—El general en jefe.—Apreciaciones.—«El Imparcial» de Madrid.—Martinez Campos no fué el *Pacificador*.—La Seo de Urgel.—Pacificación de Cataluña.—La marcha por el Norte.—Generales Moriones y Quesada.—Apreciaciones.—Elogios de un escritor valenciano:—El Sr. Mañé y Flaquer.—Conclusión.

"Muchos de los que mandan tienen tanta altivez y orgullo en su modo de mandar, que la vanidad secreta de hacer sentir á los demás el peso de la superioridad, se descubre á pesar de ellos mismos; se conoce fácilmente que están bien lejos del espíritu de órden y de subordinación que exige, que los unos manden bien, y que los otros obedezcan."

El teniente de infantería, *José Puig*.

(*Guia del Jóven Militar.*)

I.

El plan de operaciones de las Villas, dividida en zonas, daba los mejores resultados, y la inesperada presencia del general en jefe D. Arsenio Martinez Campos, donde menos se esperaba, dando activo impulso á la persecución, hizo imposible la permanencia de grandes partidas en el campo, las que forzosamente se fraccionaron, repasando la trocha, las mejores fuerzas con su más afamado caudillo, Máximo Gómez, á la cabeza.

El general en jefe ordenó una batida por los batallones fraccionados en pequeñas partidas, y á falta de insurrectos, creyó llegada la oportunidad de internarse en los departamentos Central y Oriental y, al efecto, dejando tropas para perseguir con la mayor actividad á los pocos *bandoleros*, que, según él, habían quedado, lo efectuó.

Era el día 23 de Marzo de 1877, en que se publicó la orden general en Santa Clara, disponiendo el avance de las tropas, organizadas en divisiones y brigadas.

¿No fué prematuro el avance?

—Yo creo que sí.

¿Por qué lo cree V.?

—Porque las Villas no habían quedado pacificadas.—

El cabecilla Cecilio Gonzalez, reunió su partida y derrotó, con pérdida de 6 muertos y 14 heridos, la fuerza que protegía, cerca de Sancti-Spiritus, la recogida de ganado.

Tanto por este hecho, cuanto porque pululaban otras partidas, y no de *bandoleros*, vióse el general en la necesidad de mandar que regresara á las Villas el comandante de Estado Mayor Sr. Ochando; cuyas fuerzas no hubieran retrocedido, si todo el ejército hubiera permanecido cuatro meses más en el departamento, para su completa pacificación.

En el Parlamento, los Ministros de la Guerra y de Ultramar, refutaban al general Salamanca que, con buenos datos, y elevándose á una altura de verdadero estadista, denunciaba la no pacificación de las Villas.

El ministro de la Guerra, general Ceballos, entre otras cosas, contestaba: "*que un cabo y cuatro soldados pueden recorrer todas las Villas.*"

El de Ultramar, añadía: "*que sobraban en Cuba elementos y que todavía quedaban sobrantes del empréstito.*"

Busquemos la verdad.

En las Villas, el día 5 de Agosto de 1877, una fuerza de 54 hombres, mandada, no por *un cabo*, sino por el capitán Carpintier, fué derrotada en la jurisdicción de Sancti-Spiritus, muriendo el infortunado capitán, otro oficial y nueve soldados, salvándose los demás en dispersión. Con esto queda contestado el ministro de la Guerra.

¿Qué contestación merece el ministro de Ultramar?

Al que esto escribe se le debían ONCE PAGAS que tuvo que *negociar* con pérdida de **500** pesos en oro, porque no le sucedió como á los generales H. y V. y á los coroneles Z. y A. que les pagaron en monedas sonantes al embarcarse para España y no quiso, de algo le había de valer la experiencia, un *abonaré*. Ya está contestado el ministro de Ultramar....

Puede asegurarse que el general en jefe dió comienzo á las operaciones con favorables resultados; pero su atolondra-

do avance á los otros departamentos, fué una gran falta política, una equivocación táctica y un error estratégico. Si hubiese permanecido cuatro meses en las Villas, la pacificación se hubiera alcanzado, y no se hubiese visto precisado el coronel Lachambre á sostener, el 9 de Agosto, una hora de pelea.

Dejemos por ahora á las partidas insurrectas, que pronto nos las encontrarémos por el Zanjon, para, con tosca pluma, hacer un boceto del héroe de Sagunto.

II.

El capitán general D. Arsenio Martinez Campos, es aficionadísimo á los juegos de azar, porque cuenta con su buena estrella. Procedente del cuerpo de Estado Mayor, ha recibido regular instrucción militar; hombre de ánimo inquieto, aborda las más arduas empresas; laborioso, hasta descender á los más nimios detalles, reune en sí condiciones que tanto convienen al general de una división, como al capitán de una compañía. Todo para él es fácil; desconoce, como todo hombre dichoso, los inconvenientes. Activo, como pocos, posee una naturaleza que nada rinde; no reconoce distancias, se burla de la temperatura, y, en Cuba, lo mismo se cuidaba de que le siguieran 200 ginetes que 50. Puede decirse, sin exageración, que más que el general de un ejército, es un activo explorador de raza árabe, *que fia todo su porvenir á la fatalidad del destino.*

Ha llegado á la mayor altura de un ejército, sin conocer la política, según confesión propia; no es orador, como lo ha demostrado en las cámaras; dice que está profundamente agradecido al Presidente de la República D. Estanislao Figueras, que lo hizo mariscal de campo, y se disgustó personalmente con D. Antonio Cánovas del Castillo.

Como hombre de gobierno no alcanzará la altura de un Gonzalez Bravo, de un Olózaga ó un Cánovas; ni llegará á ser un Prim, ó un Serrano, ó un Narvaez, por más que si se aplica, podrá ser un mediano político, si bien no hay que esperar grandes adelantos de un *estudiante* que lleva los tres entorchados.

Tuvo importancia y popularidad, que perdió por no haber tenido tacto bastante al suceder á Cánovas.

La impresionabilidad de nuestro pueblo dió al general Martinez Campos una importancia inmerecida por los sucesos acaecidos á la sombra de los algarrobos de Sagunto, donde tomó la iniciativa el coronel D. Manuel de Aragon y Quintana (1) que obedecía *sólo* las órdenes del Conde de Valmaseda, alma de la sublevación, por sus ocultos trabajos y sacrificios pecuniarios. Hechos desfigurados que esclareció el Sr. Cánovas del Castillo, en la sesión del 11 de Junio de 1880, donde probó que la restauración se hizo sin oposición en parte alguna, y como obedeciendo á las necesidades políticas del país; al gran partido alfonsista que estaba organizado, y á todo el ejército que, por la esperanza de la paz, no se opuso á la entrada del príncipe D. Alfonso de Borbon.

El general Campos había servido en la Isla de Cuba, donde no se distinguió singularmente, hasta que, como no carecía de influencias, ascendió á brigadier, no por un hecho determinado, sino por *servicios de guerra*, regresando disgustado á la Península en 1871, con gran satisfacción de su comandante general D. J. L. Riquelme.

En 1873, le vemos figurando como comandante general de Gerona, donde redujo á la obediencia á las indisciplinadas fuerzas del ejército, por cuyo buen servicio le premió el gobierno de la República con el ascenso á mariscal de campo. Nombrado jefe de la división que se destinó á combatir á los cantonales de Cartagena, el éxito no coronó sus esfuerzos en su primer mando de general, que no conservó; pero los prohombres de la República le favorecieron encomendándole la capitanía general de Cataluña.

En Enero de 1874 quedó de cuartel por no estar conforme con el golpe de Estado del general Pavía.

Destinado de comandante general de una división, en el ejército del Norte, contribuyó *con otros generales* á la liberación de Bilbao, y á la retirada del ejército delante de los muros de Estella. Habiendo quedado otra vez de cuartel, pudo dedicarse con más ahinco á sus faenas de restauración, como él mismo ha manifestado en el Senado, con la lectura

(1) El mismo que ya conocemos: véase el capítulo «Anuncios de paz frustrados».

de cuatro cartas célebres, en una de las cuales se leen párrafos tan sustanciosos como este:

"..... pero si yo consiguiera llevar al ejército á la victoria contra D. Cárlos, mi grito sería ¡viva D. Alfonso XII!"

En otra carta se lee:

"En Febrero de 1873 (fíjese el lector en la fecha) opiné que nos debíamos lanzar al *combate* y al ver las divisiones y pequeñeces de los encargados entonces de *la causa*, me indigné de que se dejase á un lado, ó poco menos, *al conde* y que se perdiera aquella ocasión; no creí nunca *viable la república* y acepté dos veces mando con ella, porque si bien desconfiaba de mis fuerzas, no quería que el ejército pereciera por su indisciplina y que triunfasen D. Cárlos ó el Canton, y pude contribuir algo á mi propósito.

Nombrado por segunda vez capitán general del Principado, se apoderó de la Seo de Urgel y pacificó á Cataluña. Seguidamente pasó al Norte, y su movimiento envolvente por los indefensos vericuetos y estrechos desfiladeros del Batzán, en combinación con los generales Quesada, Moriones, (1) Primo de Rivera, Loma y Blanco, apoderándose los dos últimos de Estella y Peña Plata, le valió la dignidad de capitán general de ejército.

Pasó después á Cuba, donde por una *pacificación que no fué pacificación*, se le premió con el Toisón de oro á propuesta del *Ministerio Cánovas*.

Volvió á la Península con los laureles del Zanjon: ocupó la Presidencia del Consejo de Ministros y el Ministerio de la Guerra; contestó mal á los ataques á fondo del implacable general Salamanca; perdió nueve meses en el poder; dimitió y simpatizó con Sagasta, con harto disgusto de los moderados y, después de contender en el Senado con Elduayen y Romero Robledo, tuvo la mala idea de batirse con la palabra de Cánovas del Castillo.

No podemos menos de reseñar la sesión del día 11, trasladando parte del bien escrito artículo de "El Imparcial," correspondiente al día 12 de Junio de 1880, en que con mano maestra, se describe la lucha entre las primeras figuras de la restauración.

---

(1) El general D. Domingo Moriones ha muerto de teniente general. Su acitvidad, su pericia militar y sus gloriosos hechos de armas le colocaron á la altura de los mejores capitanes antiguos y modernos. Dice bien "La Ilustración Militar:" «Moriones nació general».

"El general Martinez Campos, que permanecía en su puesto sin intención de intervenir para nada en el debate, y esperando sólo escuchar al general Concha, se alteró en cuanto escuchó los primeros cargos del Sr. Mena y Zorrilla.

"Se vió desde el primer momento que alteraba su rostro la sorpresa, que sucedía la indignación y que, al recibir los dardos del orador ministerial, se despertaban en su alma recuerdos dormidos, rencores ahogados, sentimientos reprimidos, y que todo iba á estallar sin la consideración que otras veces los había detenido.

"Y así fué; se vió claramente que los amigos que tenía al lado querían inspirarle calma, pero no les escuchó, y aún no había acabado el Presidente de concederle la palabra, cuando escuchó la Cámara el primer apóstrofe.

"Fué vivo y enérgico; no tenía la retórica del preámbulo, ni el cuidado de la preparación; era un grito del alma. El instinto de la concurrencia adivinó que comenzaba un drama y reinó el silencio de los momentos solemnes.

"Voy á hablar, puesto que á ello se me provoca, exclamó el general, cuyo acento nervioso vibraba con energía, y voy á decirlo todo; que hay cosas que no puede contener por más tiempo el pecho; y descubrió la honda herida, la que aún brota sangre: la crísis de Diciembre.

"Leyó, para demostrar que el gobierno conocía sus ideas de reformista en Cuba, una carta que dirigió al Presidente del Consejo dos meses antes de ser nombrado gobernador general de la Isla.

"El estilo es el hombre: en esta carta el general Martinez Campos aparece sin partido político determinado; pero íntimamente convencido de que sólo con libertad y expansión y con un espíritu tolerante se podría reprimir á los rebeldes.

"Conociendo estas ideas, dijo, el Gobierno me llamó á la Península y me ofreció la cartera de Guerra y de Ultramar. Una de dos, ó era para darme gusto ó para armarme una encerrona.

(Murmullos de la mayoría acogieron esta palabra anti-parlamentaria).

"He dicho encerrona, insistió el general, porque estoy dispuesto esta tarde á llamar las cosas por su nombre.

"Contó la historia de su ministerio, habló de los desengaños y de los pesares que sufrió, manifestó su alma, su dolor, sus rencores y sus agravios, increpando duramente al Presidente del Consejo de Ministros.

"Para rechazar cargos que creyó que le habían dirigido por haber aceptado empleos de los gobiernos de la revolución, y especialmente de la República, habló de su historia militar y tuvo periodos de elocuencia natural. Trazó el cuadro de desorganización del ejército de Cataluña cuando fué allí mandado por el Sr. Figueras, y con sus entorchados de brigadier en la manga, con su fé de soldado en el alma y en una mano la bandera de la Patria y la espada en otra, restableció la disciplina, organizó el ejército y ganó acciones al enemigo.

"Así obtuve, dijo, mi empleo de mariscal de campo, mereciendo más consideraciones á los gobiernos de la Revolución que á los de la Restauración he debido.

"Obtuvo en esta parte aplausos, y cuando al hablar de Sagunto, dijo que lo que allí hizo fué contra la voluntad del Sr. Cánovas, estalló, entonces, una tormenta.

"Aplaudieron unos, protestaban otros, gritaban todos. Eran los espectadores tomando parte en la acción. Los ministros permanecían impasibles, y á la cabeza de todos, él Sr. Cánovas, que apenas daba á conocer su agitación en el precipitado movimiento del delgado baston que tenía en las manos.

"El general permanecía en pié, y en cuanto se restablecía el silencio, volvía á formular quejas y agravios y á dirigir ataques.

"Estuvo implacable con el partido conservador liberal y con sus hombres, y especialmente con el Sr. Cánovas, contra quien personificaba siempre los ataques.

"Con qué amargura, exclamó: «Yo fuí para ese partido y para esos hombres un héroe, un César, un Napoleón, y luego un infeliz, sin experiencia y sin condiciones».

"La buena fé y la cándida ignorancia con que bajó á la política, el dolor que le causaron las primeras discusiones, sus simpatías elevadas á religión, y sus antipatías convertidas en odios implacables; todo lo expresó con energía. Apareció su pensamiento sin ambajes, y su corazón sin disimulos.

"El Sr. Cánovas del Castillo se levantó, recogió el guante, entró con energía en la lucha y atacó como saben hacerlo los hombres que dominan la palabra, yendo derecho al corazón de su contrario.

"Era un duelo, un duelo á muerte, entre los campeones esforzados; los dos tenían agravios reconcentrados á que daban suelta; ninguno quería ya ceder. Nunca hemos visto al Sr. Cánovas esgrimiendo de tal modo el arma de su palabra, nunca tan agresivo, tan violento: en vez de conjurar la borrasca, parecía mostrar empeño en recrudecerla para levantar con altanería la cabeza y contestar con colérico desdén al reto de su adversario. Toda prudencia política desapareció de la Cámara.

"Las sombras del crepúsculo de la tarde iban extendiéndose lentamente por el salon, envolviéndole en sombras y aumentando la solemnidad del momento, con ese misterio que esparce en torno suyo el sol cuando muere.

"Los trabajos preparatorios de la Restauración, las recompensas obtenidas, los trabajos practicados, de todo se habló.

"El general Martinez Campos había hablado de su campaña militar; el Sr. Cánovas del Castillo habló de su empresa de hombre civil desde que recogió del suelo la bandera del partido alfonsino para enarbolar enfrente de la revolución triunfante, é ir poco á poco reuniendo en torno de ella elementos.

"El valor causará siempre admiración, y valor se manifestó ayer por los dos combatientes.

"Cuando el general Martinez Campos escuchó que debía sus grados y su posición en el ejército al gobierno, interrumpió enérgicamente.

—¡Al Rey! ¡Al Rey!

—El Rey siempre tiene un ministerio responsable que propone las recompensas.

—¡Basta! ¡Basta!—exclamaron de algunos bancos.

—Esas cosas no se discuten.

—Nos defendemos.

—Orden.

"Fué este incidente el último. El Sr. Cánovas, después de haber dado expansión á los sentimientos de su alma, volvió á ser el hombre político que se domina, y trató, aunque ligeramente, los puntos políticos de la crísis. Después, como si se sintiese inspirado por un movimiento de compasión hácia su adversario, quiso arrojar bálsamo sobre las heridas, y procuró calmar antes de concluir, la elevada atmósfera.

"Era bien entrada la noche cuando terminó. El general Martinez Campos, quedó para hoy en el uso de la palabra, y la sesión terminó.

"Cuando el sol se oculta entre oscuros celajes, es evidente que amanece el día con tormenta. Hoy continuará estallándo en la alta Cámara, si no es que durante la noche la han conjurado bonancibles vientos.

La tormenta se aplacó, y el viento, apenas hacía volar los pedazos de papel que había en la calle: los vientos huracanados, degeneraron en céfiros plácidos.

III.

Hoy que el general Martinez Campos lleva en las bocamangas los triple entorchados de oro, símbolo de la más alta jerarquía militar, como no pudieron obtenerla muchos tenientes generales antiguos y modernos, que tanta gloria adquirieron por heróicos hechos en varias campañas; ya que se ha colocado á la altura de los más egregios capitanes; ya que se le considera, por algunos, como una especialidad, un sér privilegiado, un genio, un guerrero como Aníbal, César, Napoleón ó Gonzalo de Córdoba; juzguémosle con nuestro pobre criterio; pero también, eso sí, con nuestro indisputable derecho.

Juzguémosle como militar.

Si tanta no fuera su elevación, si se le hubiera de juzgar

como jefe de una división ó de E. M. G., podría hacerse de él en prueba de imparcialidad, algún elogio. Activo y resuelto, á veces graciable con sus inferiores, arbitrario un día, otro justo, protector de sus amigos más que de los buenos oficiales, sério y risueño, familiar ó reservado, tiene, sin embargo, condiciones para ser jefe del E. M. de un buen general ó mandar una división, secundando los planes de un general en jefe; pero si se le ha de juzgar como *un gran capitán ó un insigne guerrero*, no tiene, no, la talla de O'Donnell, Espartero y Prim, ni la de otros muchos antiguos y modernos generales, tales como Murillo, Oraá, Córdoba, (D. Luis) Moriones y otros, que no pasaron de tenientes generales.

Léanse con imparcialidad las historias de los grandes capitanes nacionales y extranjeros, y parecerán muchos méritos para un sólo hombre. A las muchas campañas, aparecen plazas de primer orden asaltadas; combates heróicos; grandes batallas ganadas; retiradas difíciles, y otros hechos de generales célebres que han merecido, por sus innumerables hazañas, el aplauso de todas las naciones.

¿Puede decirse lo mismo del príncipe de la milicia, don Arsenio Martinez Campos?

Este afortunado general ha hecho la guerra en Africa, en la Península y en Cuba. En Africa, como que no era aún general, no pudo distinguirse como tal. Descartemos la guerra de Africa.

En Cuba—y ahora se coloca en segundo lugar,—hizo dos veces la guerra. En la primera llegó á brigadier; pero como no se batió como general, que es, en el orden lógico como se toca la cuestión, hay que descontar también la primera vez que hizo la guerra en Cuba. La segunda vez, ya con los tres entorchados, de general, no se batió personalmente, dirigió las operaciones, distribuyendo las fuerzas por zonas, dió algunas acertadas órdenes, y, á pesar de que el enemigo estaba desmoralizado y trabajado por rivalidades, entre sus jefes, comprendió acertadamente que se necesitaba mucha actividad y mucho arrojo en perseguir al enemigo, sea cual fuere su número. Esto no puede negarse y debe confesarse noblemente por todo crítico imparcial.

Pero, también es menester decir, con igual imparcialidad, que la pacificación quiso alcanzarse demasiado á prisa, por cuyo motivo, quizás, no pudo lograr el título de *Pacificador*,

que por su política hábil de *perdon y olvido*, debió con razón esperar.

En el campo, aunque hubiese pacificado el país, hubiera pasado por muy *hábil* y se hubiera elevado sobre todos sus contemporáneos, pero nunca hubiera sido un *héroe*, que el heroismo sólo se alcanza en el peligroso campo de batalla; y en el *Pacto del Zanjon*, no pudo alcanzar el suspirado título de PACIFICADOR; pues la paz que se hizo no fué verdadera, como lo ha tocado otro distinguido general, que todavía tuvo acasión, durante un año y medio, para ganarse la gran cruz de San Fernando, y tres mariscales de campo el empleo de teniente general, y cuatro brigadieres el de mariscal de campo, y ocho oficiales generales una gran cruz, y seis coroneles el empleo de brigadier, y muchísimos jefes, capitanes y subalternos, empleos, grados y cruces del M. M., y un jefe y dos soldados la gran cruz de San Fernando, y miles de clases de tropa, empleos grados y cruces.

Como el general Martinez Campos, *no ha sido el Pacificador de Cuba*, y como general en jefe no se ha batido ni ganado batallas, débese también, obedeciendo al orden lógico, descontar la segunda vez que hizo la guerra en Cuba.

¿Puede considerársele un gran general en las guerras civiles de la Península? No pudo vencer á los cantonales; y como no pudo vencer, por escasez de fuerzas y por no atenderse á sus reclamaciones, según dice una biografía, la crítica exige, lógicamente, no aplaudir su dejación de mando sin alcanzar la victoria, única que engrandece á un general, como puede engrandecerlo una difícil retirada como las muchas célebres que la historia registra.

Basta de restas y sumemos en obsequio suyo.

1º TOMA DE LA SEO DE URGEL.
2º LA PACIFICACIÓN DE CATALUÑA.
3º LA MARCHA AL BATZÁN.

La fortaleza de la Seo de Urgel no es de primer orden; su guarnición no pasaba de mil hombres, es decir, de la fuerza de un batallón y regía las conciencias de aquellos fanatizados realistas, un Obispo intransigente, que compartía el mando con un tozudo general carlista, que ostentaba en el pecho, pintado escapulario, bendecido por su batallador Prelado.

Los generales carlistas del Principado no auxiliaron al

Obispo, y después de contener éste la embestida de algunos batallones que, como siempre, se portaron admirablemente, pudieron luego las tropas entrar pacíficamente en la fortaleza.

El Obispo y el General, defensores de la fé, perdiéronla sin duda, y capitularon, recibiendo el injusto honor de desfilar con armas por delante de las tropas: inmerecido privilegio que no debió otorgárseles. Esta fué la capitulación de la Seo de Urgel: un hecho de tercer orden, incapaz de llamar la atención universal y de formar una efeméride notable.

La pacificación de Cataluña se realizó; *pero el oro derramado y los pactos realizados no llenan cumplidamente las exigencias de una victoria militar.*

La marcha al Norte fué muy difícil, porque no es lo mismo andar por un llano, que entre abruptas montañas; pero hubiera sido de un mérito militar relevante si los carlistas hubiesen tiroteado á las tropas en todos los pasos difíciles, sostenido escaramuzas y pequeñas acciones, con una gran batalla irregular entre desfiladeros y precipicios, donde se hubiese disputado el terreno palmo á palmo; pero los carlistas estaban desmoralizados, no volvieron por el honor de sus armas, y bien pudo ahorrarse la preciosa sangre derramada en algunas defensas locales, cuando se sabía el resultado que todo había de tener, por liberales y carlistas.

La paz de España merece mi aplauso por el golpe que sufrió el carlismo; como militar no veo en el general Martinez Campos, más que á uno de tantos generales. No oscureció á Moriones, á Loma, ni á Blanco. La gloria no es concreta sino colectiva.

En la guerra de la Península fué general en jefe de un cuerpo de ejército como lo fueron Moriones y Quesada. Léase con imparcialidad la historia de la guerra, analícense con racional criterio, los elementos con que cada general pudo contar; la clase y número de enemigos que combatieron; las escaramuzas; acciones y batallas en que cada uno se encontró mandando, y si de un paralelo ajustado, se dedujese que Martinez Campos sobrepujó por el brillo de sus hazañas á sus modestos y dignos compañeros, bien merece figurar sobre ellos; de lo contrario su elevación es injusta.

¿En cuántas acciones se ha batido? ¿En cuántas batallas, mandando, ha vencido? ¿En qué momentos supremos, de esos que electrizan á un militar, se ha colocado, sable en

mano, á la cabeza de un batallón de cazadores, como Prim en las trincheras de Castillejos, ó D. Baldomero Espartero, en el puente de Luchana? ¿Los soldados, que son los mejores jueces, le han considerado nunca el valiente de los valientes?

Es verdad que atravesaba sólo con unos cuantos soldados las líneas enemigas; (1) mas ni esto, ni lo del Batzán, que le valió ser comparado con Bonaparte, le dan derecho á ser genio de la Guerra: que es lo que queremos demostrar.

Todo esto es la verdad, y es tiempo que la verdad se diga; por lo demás, no le negamos buenas condiciones como militar, el día que se le presente ocasión.

El general de que nos ocupamos, comprendió que una guerra entre hermanos podía acabarse con una política de perdon y olvido; debía saber que el general Dulce tomó la iniciativa y trazó el camino que debieron seguir los generales que le sucedieron en el mando; él no debía ignorar los trabajos del coronel don Máximo Navidad en Oriente, para conseguir la presentación del jefe insurrecto Jesús Perez, con la aprobación del general D. Simón de la Torre; él leería las cartas del ilustrado comandante D. Marcelino G. Obregon, al general insurrecto D. Luis Marcano, que publicó *El Oriental*, de Holguín: él sabría las calumnias que se levantaron contra el coronel de ingenieros, Sr. Modet; él no ignora que tuvo que dejar el mando de Puerto Príncipe, por su política generosa, el groseramente calumniado de mal español, el hábil y prudentísimo general Sr. Letona. El general Campos, fué el secuaz, no el apóstol de una doctrina salvadora.

No puede negarse que su política gustó. Ver á un compañero de Espartero, el Marqués del Duero ó Serrano tendido en una hamaca, *conferenciando*, ó sentado en el suelo tomando una copa de ginebra, en un cuadro que sorprende por la novedad. Tal vez esta inspiración fué necesaria para convencer á la abigarrada colectividad separatista: como en Cuba todo es irregular aplaudamos la *diplomacia irregular*; pero no podemos aplaudir el resultado, pues lo único que se obtuvo fué el pacto del Zanjon, cosa diferente, bien diferente, de la paz que no alcanzó Martinez Campos.

(1) Un jefe se apoderó, después de un pequeño encuentro, en Cuba, de una orden de Pancho Jimenez en que disponía á los suyos que no molestáran al general Martinez Campos, dejándole pasar.

Fué el primer escalon que había de subirse para obtener una paz definitiva y que seguramente hubiera alcanzado, con menos prisa y más constancia para realizar el sueño dorado de su legítima ambición.

Ya demostrarémos que se embarcó para la Península, como PACIFICADOR de un país, en el que siguió la guerra con todos sus horrores.

Nada nos va que el capitán general Martinez Campos "quede reducido á la condición de los demás mortales" como dice el ilustre senador autonomista D. José Fernández Gonzalez; pero sí nos importa perseguir á la mentira, porque, persiguiéndola trabajamos por la verdad.

El general Martinez Campos, dió á conocer en Cuba, "que no tenía ni serenidad de espíritu, ni la pronta y oportuna inspiración que caracteriza sobre el campo á los verdaderos hombres de guerra." Pudo haber vencido, siendo después más generoso que lo que fué con los enemigos, dando de esta manera una recompensa moral al valiente ejército que servía á sus órdenes y demostrando el poder y la pujanza de España en América. No lo supo hacer y el resultado final fué que él se engalanó con el suspirado título de PACIFICADOR, la guerra continuó, muchos convenidos desenvainaron sus afilados machetes; los esclavos que se fueron á la insurrección, alcanzaron su libertad y los que habían permanecido fieles á España, siguieron esclavos, y después de algunos años, todavía muchos de esos infelices se llamaron *patrocinados*. Esto es muy moral; no hay duda.

El lector ahora verá, si ha de dar crédito á lo escrito en un periódico de Valencia, que al dar á luz la semblanza del general D. Arsenio Martinez de Campos, tal vez con la mayor buena fé, se expresa del modo siguiente:

"..... el que cien veces penetra sin escolta en la manigua, cien veces en los campos y en las montañas carlistas de Cataluña, y cada día produce una sorpresa á los rebeldes en el Centro, y espanta con una marcha á los absolutistas del Norte; el que no ha muerto en todos los combates porque no le llegó la hora, más compasiva que las balas, que todas le llegaron; aquel valiente que trae el rey, y con el rey la paz, y salta á un barco para que lo lleve á Cuba á concluir la guerra, *porque si no la hubiese acabado no hubiese vuelto á la Península, y porque la acabó vuelve*....."

Precisamente ha ocurrido lo contrario; pues si la guerra

se hubiera acabado, la guerra no hubiese durado doce años, como duró; y el general Martinez Campos se embarcó para la Península, miéntras en Cuba quedaban partidas en los campos.

En el mes de Noviembre de 1879, el Sr. Mañé y Flaquer, director del "Diario de Barcelona," publicó unos bien escritos artículos titulados "*Nuestro deber en América*," y algunos párrafos corresponden tan bien á mis creencias, que copiaré varios, respetando la intención con que fueron escritos por su ilustradísimo autor.

"Al general Martinez Campos se le había puesto puente de plata para que marchase á Cuba, y una vez allá, se cerraron los ojos y se dió omnímoda aprobación á todos sus actos, aún por aquellos mismos que ahora le acusan de escasos hábitos de gobierno, y de genialidad antes militar que civil. Se le había, por otra parte, acostumbrado á terminar las guerras pronto y á toda costa, sin parar mientes en que no es verdadera paz la que así se consigue, sino tregua mansa y solapada, como de fuego mal oculto entre ceniza que, al primer soplo, revive más potente y destructor. Alardeando de confianza absoluta en sus brillantes condiciones de guerrero, el Gobierno aquí estaba limitado al papel de cantor de sus triunfos, y es muy triste recordar ahora cuán tremendas batallas riñeron en el Parlamento casi todos los indivíduos del ministerio Cánovas, con otro general, que parecía envidioso de aquellos triunfos, no siendo sino profeta de desventuras, de las que el mal hado de España corona siempre con el éxito."

. . . . . .

"Día llegará en que la historia de los tiempos que corren se escriba con imparcialidad, que á los hombres que la tejemos nos está negada, y entonces será el día de las grandes responsabilidades, de las manchas indelebles, y del desprecio de una generación que ni siquiera sabe escarmentar."

. . . . . .

"Que no fué una guerra de raza, ni una cuestión social, la que turbó la envidiable paz de Cuba en los mismos días que estallaba en España la revolución de Setiembre de 1868, lo saben perfectamente los que conocen á fondo el filibusterismo."

. . . . . .

"Ni aún así, hubo en la insurrección hasta los últimos años elementos de esos que la guerra no puede estirpar, porque están entrañados en el mismo corazón de la sociedad, hijos de sus necesidades morales y de sus íntimas aspiraciones. Era un separatismo inconscio y aventurero, no un movimiento social y filosófico."

. . . . . .

"Desde los móviles de la insurrección de Yara, que no son hoy un secreto para nadie, aunque todos los partidos, con hipócrito pudor, hagan alarde de ignorarlos, hasta los días que precedieron *al triste*

convenio del Zanjon, los sucesos de Cuba tienen para nosotros su clave y aún su raiz en Madrid, pareciéndonos tan evidente como un axioma que todos ellos han podido evitarse con tener solamente nuestros llamados hombres políticos don de gobierno y prudencia. Mandar, aquí lo sabemos todos, y hombre hay, que así llenaría de decretos la "Gaceta" como llena de palabras el *Diario de las Sesiones;* pero gobernar, pero prever, pero dirigir, pero juntar en uno la templanza y la energía, perspicacia y la astucia, la gravedad y la meditación; pero considerar el poder como una carga, el gobierno como un estudio, el mundo como una misión paternal, y tener puestos constantemente los ojos en la propia conciencia y en la pública felicidad, eso no lo saben hacer los españoles de ahora, porque les falta el sentido moral, que es fuente de todas las virtudes, imprescindible para gobernar á los pueblos."

Basta ya. No tengo la pretensión de haber presentado una semblanza completa, sino un ligero boceto á la pluma, sin haberme encenegado en el charco del ultraje desvergonzado, ni en el de la pasión atropellada; antes, más bien he sido parsimonioso y circunspecto, y he respetado todo lo que pueda tener relación con la vida privada, y hasta he saltado, como sobre ascuas, por lo ocurrido en los *algarrobos*, porque "ya está fusilado moralmente"—según expresión del Presidente del Consejo, D. Práxedes M. Sagasta.

CAPITULO XIX.

PROTESTA Y PACTOS.

Datos folsos.—Una sola guerra.—*Te Deum.*—Antonio Maceo.—Memoria escrita.

La historia, más que la expresión de la verdad, es el resultado de las conveniencias de los hábiles, que también se creen obligados á encubrirla y se escribirá (la de la guerra de Cuba) como se escriben todas las historias; esto es, con sujeción á los escritos, memorias, apuntaciones y periódicos, todos archivados. Y lo que resulte de todo eso será la *verdad histórica;* porque, ¿qué valor tiene el que yo diga, por ejemplo, que la guerra duró doce años y días y, en consecuencia, que el pacto del Zanjon no terminó la campaña?

Enfrente de mi aislada afirmación, desprovista hasta de las galas del buen decir, encontrarán los eruditos del porvenir lo siguiente:

"*Sois los primeros*, decía el general en jefe, pública y solemnemente en una revista á los voluntarios, *y los únicos que habeis vencido una guerra separatista en América. Esta paz que habeis conquistado después de diez años de ruda y fratricida lucha, á vosotros se os debe en primer término; sin vuestros esfuerzos, sin vuestro civismo, ese lávaro santo de la patria que tantas glorias, representa dejaria de flotar hoy en el Morro de la Habana. España entera os bendice.*

También pueden mencionarse los periódicos políticos de aquella época que ensalzaban la paz alcanzada; y citarse en corroboración *de la verdad* los muchos brillantes discursos pronunciados en el Congreso de Diputados, donde se afirmó, con las vistosas flores de la retórica, que la cruenta guerra terminó en el Zanjon y que, después de un período de tranquilidad y de paz, estalló la segunda guerra.

Esto ya sé yo que es lo que consignará la historia, y los historiadores del porvenir, ciñéndose á las reglas *de la más sana crítica* trasmitirán á las crédulas generaciones venideras como verdad dogmática una insigne falsedad.

Pero, si esto se dice á los actores del drama, que aún vivimos y tenemos buena memoria, y han visto y tocado como el supicáz Apóstol, y tuvimos el cuidado de conservar apuntaciones tomadas en el mismo campo de los acontecimientos, ¿qué crédito darán á lo que cuenta la historia de los Reyes Magos?

¡Ah! el que dijo que la historia era la "embustera de la casa," no supo la verdad que dijo, sobre todo aplicando el calificativo á la de la hermosa Cuba, por la propensión natural á lo hipérbole que se advierte en sus impresionables moradores.

La guerra no ha sido más que una. Para probar este aserto—que la historia desechará—procederé á contar con los dedos, como los palurdos. Tomaré las fechas oficiales para el cálculo. Desde el 10 de Octubre de 1868, en que se dió el grito en Yara, hasta el 10 de Diciembre de 1880 en que se dió por terminada la *segunda* guerra, sumo doce años y dos meses.

Ahora, si yo pruebo que entre ambas fechas no cesaron las hostilidades un sólo día, si yo pruebo que desde el 10 de Febrero de 1878, fecha del pacto del Zanjon hasta el 26 de Agosto de 1879, en que dicen que comenzó la guerra en Mayarí, no dejó de haber partidas en el campo; se hicieron prisioneros; se perdieron caballos, murieron muchos insurrectos y no pocos españoles, en una palabra, siguió la cosa como estaba, mi afirmación será entonces verdadera y no la que siente mañana la historia.

"Desde la Punta de Maisí, al Cabo de San Antonio, no hay un insurrecto.—*Martinez Campos.*"

Veamos. Pero conste que no me hago la ilusión de convencer á todos mis lectores, porque toda mi razón se estrellaría ante las declaraciones ya sancionadas entre los aromáticos inciensos de religiosos *Te Deum*, en nuestras más famosas catedrales: "que así como de siglo en siglo, cosas evidentemente falsas han pasado siendo creidas y repetidas como artículos de fé, llegan por último á adquirir una espe-

cie de verdad y una autenticidad de mentira que nada puede destruir."

Empezaré por hacer saber al lector lo que fué la *Portesta del Baraguá* y *El Pacto de San Luis* poco después del *Pacto del Zanjon*, de que me ocuparé en otro capítulo; para ello copiaré á continuación, con toda fidelidad, y sin comentarios, que podrá hacerlos el lector, una *Memoria* (1) escrita por un jefe insurrecto que protestó en Baraguá, en contra de cuanto se hizo en el Zanjon, y que después aceptó el *Pacto de San Luis, con más amplias concesiones;* y que arroja chorros de luz sobre los pasados acontecimientos en la *manigua*, por la tenacidad de los insurrectos en Oriente capitaneados en primer término, por el belicoso Antonio Maceo, jefe predilecto de los hombres de la raza de color.

Dice así:

LA GUERRA DE CUBA
1878

PROTESTA DEL BARAGUÁ MARZO DEL MISMO AÑO.

Ojeada retrospectiva.

"El mayor general Antonio Maceo, restablecido, casi curado de las siete heridas que recibiera, cuatro en el pecho y las restantes en el antebrazo y dedos de la mano derecha, en el fuego que sostuviera con sólo sus ayudantes y escolta en el arbolado de mangas de *Mejía*, de la jurisdicción de Holguín, con la tropa de infantería de una columna al mando del mariscal de campo don José Valera, en Agosto de 1877; acababa de completar su convalecencia apresando un convoy de municiones, fuerte de 28,000 tiros que conducían los españoles para el campamento de la Florida en la jurisdicción de Cuba, después de dar muerte en leal pelea á la mayor parte de la oficialidad y tropa encargada de la conducción y defensa de aquel convoy; teniendo lugar el hecho

(1) Perfectamente auténtico.

el 1º de Febrero de 1878." (El Pacto del Zanjon se efectuó el 10 de Febrero del mismo año).

"Y tres días después de tan importante presa, hallándose estacionado para buscar algún descanso, y luego emprender alguna operación, en las "Llanadas de Juan Mulato" punto comprendido entre los campamentos de *Perseverancia* y *San Pedro*, en la boca del rio "Caoba;" dispuso en la noche del día tres, que al aclarar, saliese el comandante Mongo Gonzalez, con los asistentes y la tropa, á las estancias de *Pueblo Nuevo*, que distaban cuatro leguas, para que se cargasen de boniatos, malangas y cañas, que así se racionaban los insurrectos en la parte oriental de la Isla; pero que quedasen en el campamento el número de armados indispensable para el servicio de las avanzadas: de modo que, cuando hubo salido el comandante con la gente que conducía, vinieron á resultar de 32 á 38 hombres de retén en el campamento, contándose en dicho número los ayudantes y oficialidad franca de servicio, con sólo 14 armas de fuego largas, el resto armados de revolvers y cada uno con su machete.

"Esto así contado, pasaba el 4 de Febrero al amanecer, y como cuatro horas después de hallarse Maceo en aquella situación, sintieron aproximarse una columna volante, que más tarde supo era el batallón de Madrid, al mando del teniente coronel D. Ramón Cabezas, que había salido de San Pedro, y cuyo enemigo, al tocar con la avanzada del campamento insurrecto y de recibir sus primeros tiros, contestó con descargas de fusilería en que dejó mal herido á un número de la avanzada. Sucedido esto, corre el sargento de aquella guardia á poner en salvo á su compañero y al paso también le participaba al general Maceo, que aquel enemigo tenía que ser numeroso porque la tropa llevaba mucha carga á la espalda, lo que daba á comprender que serían raciones suficientes para días de operaciones: juicio que corrobara Maceo con el tino de su experiencia, y le hace opinar que aquel enemigo no andaba en simples reconocimientos, sino buscándole para atacarle con la principal intención de que gastase ó perdiese las municiones del convoy; y de aquella opinión el que dijera, ante los que le rodeaban, que, ó bien tenía que optar por aceptar el combate, si seguían avanzando, ó el de tener que retirarse, porque con la escaséz de fuerza allí presente, era menester mucho empuje para poder lograr

un buen resultado. Pero, como al expresar esta idea vé en todos sus oficiales mejor disposición para entrar en pelea, envalentonados con la victoria del primer día, que no para retirarse, deciden no abandonar el terreno, sin hacer una prueba de tanteo con aquel enemigo; y de semejante resolución el que marchasen resueltos á empeñar el primer encuentro, lo que verifican, sosteniendo con mayor denuedo, sobre una hora de fuego certero, y casi continúan, hasta tener otro herido y tres muertos, lo que pone á Maceo en el caso de disponer una retirada no léjos, dejando una guardia de observación sobre el enemigo, con la intención de sostenerse miéntras mandaba internar á su herido y de que se diera sepultura á los tres muertos.

"Ya separados del lugar en que sostuvieron la pelea, recibe Maceo, al cabo de una hora un nuevo parte de que el enemigo, también debió haber sufrido muchas bajas, porque sólo se ocupaba en cavar sepulturas y en la preparación de literas para los heridos, por cuyo motivo no había avanzado ni un paso más de donde le dejara; y ante aquel aviso, ya no duda de que la columna en vez de volver á buscarle, más bien tendría que contramarchar á conducir sus heridos para el campamento de San Pedro, y era la ocasión de que al ponerlo en obra debían estar preparados en otro lugar escogido, del camino que tuvieran que seguir, para darles la acometida, pero á la desesperada; y así pensado y así ordenado se pone en marcha, seguido de su escasa, pero veterana fuerza de oficiales, para ir á emboscarse en el lugar más ventajoso para poder arriesgar el todo de la partida.

"Acertado por demás anduvo el general Maceo en su segundo juicio, porque después de estar al acecho en el sitio que más le convino ocupar; al cabo de algún tiempo de espera, vieron que la vanguardia de la columna le estaba pasando por el frente, en retirada para San Pedro, á la que le seguían los camilleros; y al pasar los del centro, los manda á cargar al machete, logrando causar tal confusión con la pujanza de la acometida, que por fin consiguieron hacer un destrozo considerable en toda la columna.

"La defensa de los españoles, confesada por el mismo Maceo, era tan heróica, como la manera de ser acometidos, pero habiendo caido muerto, con una muñeca partida y la cabeza hundida de un sólo machetazo, el teniente coronel

D. Ramón Cabezas, que se batía cuerpo á cuerpo, con el capitán Valentín Consuegra, natural de Santiago de Cuba, ya sin jefe la columna, y totalmente desordenada por el mismo motivo, aún se batían, pero aisladamente sin atender á los repetidos toques de corneta, más para defender la vida que para conseguir el triunfo, y de todo que la gente de Maceo, ganando ventajas con las mismas armas de fuego que quitaban, consiguieron después de mucho tiempo de matanza y de persecución dejar todo el monte lleno de muertos diseminados, y lo que es más, hacer algunos prisioneros, entre los dispersos, contándose el oficial D. Gregorio Garroño y Hacha, que luego obtuvo su libertad.

"Totalmente vencida la columna, el general Maceo mandó que se socorrieran á todos los heridos españoles y que se tratára á los prisioneros como en las guerras regulares ó de beligerancia.

"Y para que la victoria mereciese todos los honores, hizo que su ayudante el teniente coronel Lacret, le escribiera una carta al brigadier Bargés y Pombo, participándole, que la columna, después de una defensa heróica, tuvo que sucumbir, muerto su jefe el teniente coronel Sr. Cabezas con todas las cualidades inseparables de los valientes; y que podía mandar recoger los heridos y prisioneros, á quienes dejaba en completa libertad.

"Terminada en el mismo día toda la refriega, á la caida de la tarde, se le incorporó á Maceo el comandante Mongo Gonzalez, que regresaba sin novedad, del Pueblo Nuevo: y después resolvió Maceo permanecer un par de días más en las "Llanadas de Juan Mulato," por si se presentaba otra vez el enemigo á querer tomar la revancha, pero como no resultára, determinó mudar su cuartel para otro punto denominado *La Zanja*, donde al llegar dió permiso á muchos de la fuerza para que fuesen á ver sus familias diseminadas por aquellas montañas, miéntras otro lance no se presentára, sin contar que había llegado la época en que no pudiera tener descanso.

"Era proverbial en la guerra de Cuba, como el ranchero insurrecto ó *Majá*, que así se le llamaba en la parte Oriental de la Isla, tuviera el don de conocer, por no decir adivinar, lo más mínimo que pasaba en toda la República, y de aquí que en la mañana del 7 de Febrero, ó en la noche de la vís-

pera se presentasen algunos en el cuartel de Maceo á felicitar á su general por los últimos triunfos, y á poner en su conocimiento cómo los españoles andaban por las *aguas* de Naranjo, en busca de rastros para recojer familias.

"Con conocimiento Maceo de lo que le contaron los rancheros, mandó formar, y después de dejarle al coronel Guillermo Moncada, más conocido por Guillermón, todos los efectos del botín y la jefatura del campamento, emprendió la salida para correr á estorbar que el enemigo realizára sus aspiraciones; y en su precipitada marcha, al caer de la tarde, se encuentra con otra columna volante exclusivamente de infantería, de *San Quintín*, al mando de su coronel don Pascual Sanz y Pastor, con la que empeña reñidísima lucha en el punto llamado "Arroyo Naranjo," durando la refriega hasta bien entrada la noche; y cuando daba descanso á su fuerza, con el intento de empeñar la decisiva del copo al siguiente día, puede decirse que el arrojo de un corneta español pudo salvar á los suyos de la mala situación y fin funesto que les esperaba, porque, sin ser práctico de aquellos montes, y sólo guiado por su gran corazón, y por un admirable rasgo de inteligencia y de audacia, con fortuna, pudo salir del sitio donde dejara á sus compañeros y volver acompañado de otra columna de auxilio, que socorrió al coronel Sanz, salvándole del inminente peligro en que se hallaba, que así lo tenía expresado desde la noche anterior, cuando lo tenía rodeado Maceo, en el parte oficial que escribiera con lápiz, para que los prácticos Brandiche y Canuto Soriano salieran á ver si podían, en uno de los campamentos más próximos de las zonas; y los que cayeron en poder de la guardia de Maceo antes de que lograran el intento.

"Y cuyo coronel Sanz merece la mayor celebridad desde que, en aquella tenaz persecución, cuando los de Maceo le seguían, intimándole la rendición á tiros, él enardecía á sus obedientes soldados, animándoles con estas memorables palabras: "*¡Muchachos, San Quintín nunca se aflije! ¡Apuntar á los ojos! ¡¡¡Fuego!!!*" Y así continuaba en retirada sosteniendo el valor de los que le iban quedando sin caer, hasta que paró el fuego de sus persecutores, en que pudo hacer alto, en medio de espesa y obscura montaña para ocuparse de hacer curar á sus heridos y de que diesen sepultura á los muertos en aquel sitio, junto con las armas que no podían

cargar; y de escribir el parte para que lo llevasen los dos prácticos, antes de que el corneta valeroso se le hubiera ofrecido á salir él sólo, por su cuenta, en busca de la salvación.

"Para mayor crédito á lo acabado de narrar, se cópia á continuación el parte dirigido por el coronel Sanz, que fué á parar á manos de la gente de Maceo, antes de que pudieran llevarlo á su destino.

"*Oficial.—Excmo. Sr. comandante general.—El coronel Sanz.—Caida de Arroyo Naranjo 7 de Febrero.*—El día de hoy he tenido un encuentro bastante rudo con el enemigo.—Me han causado, de los 170 hombres, treinta y tantas bajas; y como quiera que la posición en que me encuentro, las salidas son dificultosas, es probable *que no pueda salir* en atención á que tengo que emplear con los heridos la mitad de la fuerza, por cuyo motivo mando los prácticos Canuto García y Bandriche, á fin de que vengan á auxiliarme, pues sólo tengo raciones para dos días, y municiones he consumido la mayor parte. Los prácticos darán más pormenores.—*Pascual Sanz.*" (1).

"El díia 9 de Febrero (1878) hallándose el coronel José Maceo,—hermano de Antonio,—con el muy especial encargo de protejer sus familias y algunos heridos de cuidado, ocultos en las montuosas riberas del *Arroyo Tibisial*, contíguo al camino del Purialón, que sale de la Estrella hasta Pinar Redondo, en la zona de Miranda, de la jurisdicción de Cuba; y en los montes en que el jefe de Sanidad D. F. Figueredo, con tres asistentes, dos soldados negros y el práctico Justo Torres, pasaban por el pinar en busca del camino del Purialón, para reunirse á José Maceo, al llegar al expresado camino encontraron el rastro vivo de una fuerza española, y al seguir por sobre las mismas huellas, oyeron más adelante, un nutrido fuego de fusilería que vino á tener término al cabo de una hora: resultando de los hechos, que el coronel Maceo, sin embargo de que sólo contaba con una docena de hombres armados, más temeroso de que aquella fuerza fuera á penetrar en las sendas de los ranchos de las familias y de los heridos; antes de que pudiera suceder, le sale al encuentro hostilizándola por uno de los flancos; y en un ligero descuido de los españoles, logran los de Maceo dar muerte al jefe de la columna, el que, se había detenido al

(1) No se olvide que miéntras esto sucodía se estaba ultimando el pacto del Zanjon, que se efectuó el día 10 de Febrero.—N. del Autor.

oir las primeras balas, con el corneta de órdenes á dar disposiciones de reconocimientos por derecha é izquierda; y de cuyo cadáver se apoderan, colocándolo fuera del camino, detrás de unos árboles corpulentos, para registrarlo y quitarle el sombrero, un reloj con su leontina de plata y un anillo, y sacarle de los bolsillos telegramas oficiales y cartas particulares; y acabado de registrar aún tienen tiempo suficiente para volverlo al camino, retirándose para que los de la columna pudieran recogerlo y llevárselo á donde quisieran darle sepultura con honores, con el fin de que aquel hecho causára sensación y pánico entre los jefes de las otras columnas en operaciones.

"Aquella jornada del día 9 de Febrero terminaría sobre el medio día, hora en que Figueredo con los que le acompañaban, llegaba á la guardia avanzada del pequeño campamento de José Maceo, el que también llegó sobre una hora más tarde, después que vió retirarse la columna; para referir cuanto le había ocurrido con aquel enemigo; enseñando los objetos que se le quitaron al cadáver del coronel (que fué abandonado por el corneta), incluso el sombrero de jipijapa con la escarapela, que ya pertenecía á un soldado, y para ceder á Figueredo toda la documentación recogida en los bolsillos del uniforme del cadáver; cuyos telegramas estaban expedidos con las firmas de los señores Galbis y Polavieja.

"He aquí la cópia de los indicados documentos:

"*Oficio núm.* 5.—*Mayarí* 1º *de Febrero* 12 *y* 20 *minutos.—Coronel Gonzalo.—Sojo.*—El enemigo que atacó un convoy entre Palmira y Mundo Nuevo, se dirige á Piloto. Salga V. S. con Reus, para reunirse en Casimba con Puerto-Rico y combinar operación á fin de andar toda la zona, marchando las columnas de manera que puedan protejerse.—El coronel Salcedo y comandante Rabí siguen la partida que me dice el comandante general.—Acúseme recibo de este telegrama.—*Galbis.*—El jefe de la estación, *Mariano Trigo.*"

"*Oficio núm.* 6.—*Mayarí abajo* 1º *de Febrero.*—12 *y* 30 *minutos.—Coronel Gonzalo.—Sojo.*—Dentro de dos horas saldrá para Rio Seco, Morera, que se unirá á las fuerzas de Puerto-Rico y tomará después el mando que V. S. le confie, pues mi deseo es que como conocedor del terreno, concurra á la operación con V. S.—*Galbis.*—El jefe de la estación, *Mariano Trigo.*"

"*Oficial.—Palma y Febrero* 7-9 *y* 15 *minutos.—Coronel Gonzalo y teniente coronel Morera.—Miranda.*—Ruego á V. S. se sirva manifestarme si durante sus operaciones han encontrado al batallón de Holguín y el de Chiclana.—*Polavieja.—Mujica.*"

"*Oficial.—Miranda.—Sojo y Febrero 7 á las 7 y 7 minutos.—Coronel Gonzalo.*—Entre una y dos de la tarde de hoy, se ha oido fuego en dirección á los Pinares por la loma de los Charrascos.—*Estanislao Rey.*—Palabras 24.—*Mujica.—Trigo.*"

"Tres días tan sólo habían transcurrido del acontecimiento, desgraciado para el coronel Gonzalo, cuando fué recibido en el *Tibisial*, el general Antonio Maceo, que era esperado por su esposa María, por su madre Mariana Grajales, por el resto de su familia, y por su amigo y compañero el médico F. Figueredo; y todos le oyeron contar con todos sus detalles, los triunfos conseguidos: el primero, cuando le presentaron la presa del convoy con 20,000 tiros, que llevaban los españoles para la *Florida;* el segundo, donde ordenaba darle carga al machete, á la columna que mandaba el teniente coronel D. Ramón Cabezas, cuya muerte le proporcionó tan señalada victoria en las *Llanadas de Juan*, *Mulato;* y por último, el de la gran pelea con el denodado *San Quintín* en Arroyo Naranjo; donde también la hubiera conseguido si no se hubiera presentado otra columna á socorrerle; refiriendo al terminar su narración, y con marcada pena, la heróica muerte, que en la última acción recibiera el jefe de su escolta comandante Elías Perez, veterano de toda la guerra, que contaba muchas heridas recibidas en anteriores combates. Después quedó enterado y satisfecho de lo acaecido á la columna que hostilizára su hermano José; visitó más tarde á sus heridos, entre los que se hallaban sus otros hermanos Rafael y Tomás, y luego pasó á ocuparse de la redacción y despacho de los partes oficiales de todas aquellas acciones para que los llevasen hasta el Gobierno de la República.

"Y luego de verse libre, se trasladó para el rancho que ocupaba su huésped el Dr. Figueredo; y con él, en corrida conversación, como se habían esparcido rumores referentes á conferencias y tratos con los españoles, en que se barajaban los nombres de los de la Cámara con algunos de los del Gobierno que sustituyó al del Presidente Estrada que había sido hecho prisionero por el Cauto; y como también se hacía jugar el nombre del general Máximo Gómez, le preguntó Maceo á Figueredo, qué opinión había formado de aquellos cuentos.

"Entonces, el interrogado, queriendo salvar lo avieso de

semejante pregunta, tan intempestiva como vidriosa, le contestó con aparente franqueza; que si bien creía hasta cierto punto imposible que el general Gómez se comprometiera ni mezclara, como lo tenía demostrado al intervenir en las prisiones de Bello, de Varona, y de Santiesteban, que fueron sentenciados á morir; también alcanzaba, que algo ó mucho de extraordinario y de trascendental debía estar ocurriendo, porque en su escursión á los campamentos de la *Maestra*, en el tiempo que había estado fuera de su lado; allá en el cuartel del coronel Leonardo del Mármol, al capitán Víctor Ramos, le había oido contar todo lo que él mismo acababa de presenciar en el campamento español de *Bueicito* de la jurisdicción de Bayamo, en una conferencia á la que concurrieron los coroneles Bartolomé Masó y Francisco Guevara con otros más, todos del cuartel general de D. Modesto Diaz, para oir y rebatir algunas proposiciones del general Cortijo; y mucho de lo que también se decía que había tenido lugar en Santa Cruz, entre el general Pascual de Bonanza, con Estéban Duque de Estrada, y los fugados Antonio Bello y Jaime Santiesteban, los que también estuvieron presentes en la reunión de "Bueicito." Que por los expresados motivos se había apresurado á bajar de las sierras de la *Maestra*, para poder incorporarse á su cuartel general, escapando en una tabla, de una de las guerrillas del coronel Miret: y que por aquellos extremos había llegado la ocasión de que no se atreviera á responder en ningún caso, sino de su propia persona.

"Fué tanto lo que se resintió el general Antonio Maceo, al oir que el Dr. Figueredo se hubiera expresado de aquel modo, tratándose de un hombre del temple del general Gómez, al que Maceo parece intentaba salvar en su misma pregunta, que se marchó de aquel sitio después de manifestar su disgusto, y sin ni siquiera despedirse del amigo.

"Pero pasaron dos días después de aquel incidente, y al tercero, allá sobre el medio día, llegó presuroso un número de los de la guardia avanzada del *Tibisial*, en busca del coronel J. Maceo, participándole al verlo, que había llegado y quedaba esperando una comisión á cargo de una negra portadora de un pliego urgente, y ante la impensada novedad, el coronel Maceo, de paso, le dijo á su hermano Antonio de lo que se trataba, y salvando en breves minutos la distancia

de los ranchos al cuerpo de guardia, llegó para imponerse de lo que ocurría.

"Y efectivamente: allí encontró que acababa de llegar una negra jóven, de buena presencia, acompañada de dos mulatos guerrilleros al servicio de los españoles, y la que era portadora de un pliego que le entregó al coronel José Maceo, rogándole, que lo pusiese en manos de su hermano el general, y de que si la dejaban permanecer allí, esperando la contestación para volverse á la *Curía*, de cuyo campamento había salido en aquella mañana.

"José Maceo, luego que preguntó mucho, y de recoger cuantas noticias pudo, regresó para los ranchos para verificar la entrega del pliego, á su ya impaciente hermano, y éste al romper el sobre y ver la letra de Máximo Gómez, á quien hacía en Camagüey, ya no pudo contenerse más, dirigiéndose al rancho en que estaba Figueredo; y allí los dos quedaron confundidos, llenos de espanto, al enterarse del contenido de las dos cartas, todo de letra de Gómez, con su peculiar estilo de redacción; y fechadas en el campamento español de la *Curía* á 19 de Febrero de 1878, de donde acababa de llegar la comisión, y escusándose en la que le dirigía á Figueredo, por haberse visto obligado á tener que emplear papel timbrado del que usaba el *corresponsal en campaña* del "Diario de la Marina" y de "La Voz de Cuba."

"En la dicha carta, decía Gómez: que habiendo dejado de ser los supremos poderes, el pueblo había nombrado un *Comité* para que éste se encargara de arreglar un tratado de paz con España, y que el *Comité* había nombrado de su seno una *comisión*, á cargo del brigadier Rafael Rodriguez y del comandante Enrique Collazo, para que por las líneas españolas pasasen á Oriente á dar cuenta del tratado, para que, con conocimiento de los hechos deliberáran lo que tuvieran por conveniente: y que á él lo habían invitado para que acompañara aquella comisión; esperando le contestasen designándole el punto en que debían encontrarse para tener una entrevista.

"Todas estas líneas anteriores formaban en conjunto la suma del contenido de las dos cartas de Gómez, la una para Maceo y la otra para Figueredo; y después de la lectura de las mismas, el general Maceo fué el que rompió el silencio en que los había dejado la sorpresa del imprevisto é increi-

ble acontecimiento, para hacer un voto terrible y..... después extendiendo su mano derecha para estrechar la de Figueredo, exclamó:—Y yo, que me retiré de este mismo sitio, incómodo, muy resentido con V., por haberme dicho, ¡y con cuanta razón, que de nadie respondía!

"¿Pero, quién era capaz, no digo de creer, ni aún de pensar lo que está pasando?

"¡Y toda esa gente trataba con los españoles; cuando aquí peleábamos con el mayor entusiásma! ¡Cuando llegábamos al sacrificio de apelar al arma blanca sin contar el número para vencer!

"Y ahora ¿qué dirán mis subalternos, y los demás heridos?.... El teniente coronel mi compañero Lafitte, muerto el día 1º! ¡El comandante Elías Perez, el 7..... Y yo que tengo todo el pecho sembrado de balas españolas!

"¿Pero no comprende V., amigo D. Félix, que cuando el general Martinez Campos, acepta ó propone una transacción, un arreglo, ha sido porque con su experiencia de lo que es esta guerra, alcanzaba que nunca vencería por medio de las armas?

"Y esto que digo ¿no lo sabía el general Gómez mil veces mejor que yo?

"¡Maldito día en que se marchó para el Camagüey, dejándome en la loma de *Bio*, con mis heridas de Mejía!

"Y al tenor de estas exclamaciones por él expresadas, y las que no se escriben, calculando después, lo grave de la situación en que ya quedaban los aislados de Oriente; allí mismo quedó resuelto que el general Maceo, él sólo contestára á Máximo Gómez; dejándole señalado como buen punto para la entrevista que pedían, un sitio ó estancia abandonada cerca de *Pinar redondo*, marcándole las primeras horas del próximo día 20 de Febrero, con cuya contestación marchó el coronel José Maceo, á despedir la morena portadora del pliego.

"Al aclarar el nuevo día, el general Antonio Maceo, con su hermano José y cuñado Manuel Romero, el Dr. Félix Figueredo, los ayudantes del general, soldados de su escolta y los asistentes, todos listos para la marcha, dejaron el *Tibisial* para tomar el camino del Purialón y el de Pinar Redondo, hácia el punto designado para la entrevista, á donde llegaron entre ocho y nueve de la mañana; y visto que los de la

comisión causantes de la cita, aún no lo habían verificado, tuvieron que aguardar hasta que se dejaron ver ginetes en regulares caballerías con monturas españolas.

"Reunidos y cambiados los primeros saludos, aunque en extremo tibios, sin duda por el pésimo carácter que pudiera tomar la conferencia con las demás circunstancias. Rodriguez, Gómez y Collazo, con los hermanos Maceo, y el cuñado de éstos, fueron á situarse al abrigo del ramaje de un árbol de mangos; miéntras que el Dr. Figueredo, sin explicarse el por qué, destinó para dejar colocada su hamaca y sentarse, otro árbol de la misma clase, que distaría del ocupado por los de la comisión algunas cincuenta varas.

"Los de la comisión, luego de explicar á sus oyentes, no haberle sido posible encontrar en las costas del rio Cauto hasta el Júcaro, en los días del mes de Diciembre, cualquier ranchero ó soldado práctico que llevára al comisionado Enrique Collazo hasta donde pudiera hallar el cuartel del general Maceo para darle cuenta del mal estado y falsa situación del Camagüey, y de los sucesos habidos hasta aquella fecha, con el fin de haberse puesto de acuerdo con los de Oriente, antes de que se fuese á dar algún paso de trascendencia; aquel comisionado hubo de volverse por sus mismo pasos, con los riesgos consiguientes dadas las operaciones de la campaña, sin haber conseguido el precipitado objeto, y después que hicieron una larga relación de cuanto había ocurrido en las fuerzas de Manzanillo y Bayamo; de las Túnas y líneas occidental de Holguín con la reforma del programa de *Sabána de la mar;* en las de Camagüey y las Villas, por sus pasos contados hubieron de llegar necesariamente al inesperado acontecimiento del *Zanjon*, precedido de la suspensión de hostilidades y seguido del *férreo* compromiso de dar doble derecha en el Camagüey, lo que era un hecho consumado.

"Y cabe al llegar á este punto el no acabar de referir lo que siguiera pasando entre los de la comisión del *Comité* y sus oyentes, en fuerza de que se hace indispensable contar lo que iba á suceder y aconteció en el otro mango en que se hallaba Figueredo con otros dos comisionados que, ganando horas acababan de llegar de las Túnas, procedentes del cuartel del general Vicente García, y á los que el Dr. Figueredo se apresuró á recibir, colocándolos junto á él para que no fue-

ran á interrumpir el relato que hacían los de la otra comisión presidida por Gómez ó por Rodriguez.

"Era la que en aquellos momentos había llegado la compuesta de los capitanes Domingo Deymiers y Luciano Caballero que habían salido expresamente del cuartel general de Vicente García: y que se presentaban autorizados, según afirmación de los mismos, con el encargo de decir al general Antonio Maceo, de parte del general García, que en el acto de llegar, y sin ni siquiera oirlos, mandase fusilar á Gómez, á Rodriguez y á Collazo; porque aquellos eran los principales autores de cuanto mal se estaba haciendo y experimentando, no sólo en Camagüey, sino en los demás distritos de la República: y que podía el general Maceo cumplir con el encargo de la ejecución, sin escrúpulos ni preocupación alguna, pues el general García se hacía cargo de la responsabilidad de los fusilamientos con tanta mayor confianza cuanto que, de antemano contaba con la seguridad de que serían aprobados por todos los buenos cubanos que veían indignados y con pena, el que llegara á perderse una causa tan adelantada por culpa de semejantes traidores.

"Y luego que Figueredo les oyera lo demás que tuvieran que decir de parte del general Vicente García; y que se hiciera referir cuanto supieran que había pasado por las Túnas, Camagüey, Bayamo, Villas y línea occidental de Holguín, dirigiéndose á dichos comisionados les preguntó:

"¿El general Vicente García, ha escrito con ustedes ó por otro conducto, alguna carta ú oficio al general Maceo, para pedirle bajo su firma, lo que ustedes de su parte vienen á pedir de palabra?

"No ha escrito, que sepamos, contestó el Domingo Deymiers, tal vez no queriendo perder minutos, pues nos mandó salir *á mata caballo*, cuanto tuvo la primera noticia de la salida de la otra comisión favorecida por los españoles

"¿Y cómo se explica,—volvió Figueredo á preguntar,—que el general Vicente García, habiendo presenciado los hechos, porque de todo parece tiene conocimiento; cómo se explica que él, no haya querido fusilar á esos señores de la comisión bien en Camagüey, ó si se quiere mejor en las Túnas, cuando allá contaba con toda su fuerza y escolta para poder hacerlo, y aún extender el castigo á los brigadieres Goyo Benitez y M. Suarez, igual que á los otros de la Cá-

mara; y ahora manda pedir verbalmente, que acá lo haga el general Maceo?

"Y como tampoco supieran contestar, entonces Figueredo creyó llegado el momento de vaciar toda la culpa en los hechos realizados de muy atrás, por el general Vicente García; cortando aquella conversación de la manera que vá á decirse.

"Capitanes Deymier y Caballero,—les dijo Figueredo,—ya que ustedes han cumplido como buenos subalternos, con el derecho que me corresponde, me toca decirles ahora: que no será Félix Figueredo, quien aconseje, ni menos acepte, que el general Antonio Maceo se aventure á cumplir el encargo del general V. García, mandando fusilar á Máximo Gómez, á Rafael Rodriguez y á Enrique Collazo, los tres allí presentes; y mucho menos cuando el general García no ha tenido ni aún el valor de pedir esas ejecuciones bajo su firma, con lo que deja conocer, que tiene fines ulteriores, pero conocidamente perversos por la situación en que quedára el general Maceo.

"Y ya que acabo de expresarme de la manera que ustedes han oido, no quiero concluir sin dejar de asegurarles que en mi concepto, no hubiéramos llegado nunca á esta deplorable situación, si en la República hubiera habido un Gobierno de energía capaz de haber hecho fusilar al recalcitrante Vicente García, como único autor de la conspiración que delatára en *San Diego*, el brigabier Ruz, cuando el enemigo caminaba para Naranjo; lo mismo que de todo lo que mandó poner en obra en las "Lagunas de Varona" para conseguir detener y disolver el contingente que marchaba para las Villas; dando por resultado como el general Gómez, en vez de adelantar terreno sobre Occidente, más bien hubiera tenido que regresar para el Camagüey quedándose la invasión estacionada: ó más tarde, cuando á él no le dió la gana de pasar la trocha en desobediencia á las órdenes del gobierno del Presidente Estrada, con el malvado fin de reincidir pronunciándose abiertamente en "Sabána de la mar" cuando lanzó el programa de la Reforma con el que consiguió desunir á la mayoría de los cubanos; intentando á la vez que también lo secundára el general Maceo, que así se lo propuso por escrito en su carta fechada el 3 de Junio en Naranjo, y de la que fueron portadores sus emisarios y propagandis-

tas los coroneles Guillermo Cardet y Modesto Fonséca, los mismos que le llevaron la negativa en la contestación fechada en *San Agustín del Cauto* el 5 del subsecuente Julio; prediciéndole el general Maceo, y con acabado tino, todas estas complicaciones, desgracias y resultados, siempre que no se separára del mal camino, sometiéndose al Gobierno constituido, y si no se dejaba de seguir autorizándo levantamientos; siendo por lo tanto, bastante singular que haya olvidado lo de las predicciones, y áún algún insulto personal de la carta del general Maceo, para mandarlos á ustedes en demanda de esta otra clase de atentados.

"Por consiguiente, les aconsejo, ya que los he oido y me han escuchado, que no intenten ahora causar nuevos disgustos al general Maceo, que bastantes ha tenido y tendrá más adelante con lo que ha de caer encima.

"Así terminada la conversación con los capitanes Domingo Deymiers y Luciano Caballere, ya podemos volver con los de la otra comisión, que aún seguía terminando su conferencia; y á la mira del partido que pudiera tomar el general Maceo, ó de lo que quisiera contestarles.

"Como hecho histórico, también debe hacerse constar que, mientras Gómez y sus compañeros estuvieron en el uso de la palabra, ninguno de sus oyentes nada dijeron ni hicieron que pudiera herir la susceptibilidad de los mismos, y sin embargo, se les comprendía que estaban como apenados y violentos tal vez, por la triste embajada que tenían á su cargo el desempeñar, lo cual era lógico, porque después de haber tenido el mérito cada uno en particular, y Gómez en primer término, de figurar entre los valientes de la primera fila, y de que hubiesen sido fuertes y leales; contrariando sus propios sentimientos, habíanse desprendido de tan admirables cualidades, ¿y para qué? para tener que llegarse hasta los que habían sido sus mejores compañeros, á que también se desprendiesen de las que querían conservar sin mancha alguna; y lo que es más, para presentarse á matar todas las esperanzas de aquel puñado de héroes, que sólo se habían ocupado en conseguir ventajas contra sus opresores lo mismo en *Pinar Redondo*, que en la *Estrella*, el *Purialón*, *Palmira*, *Llanadas de Juan mulato*, y por último en *Arroyo Naranjo*, donde habían forzado al renombrado y bravo *San Quintín* á que retrocediera y que llegase á confesar por es-

crito como le era imposible salir si no le iban á socorrer: lo mismo que la otra confesión del Sr. brigadier Galbis, en uno de los telegramas ocupados al difunto coronel Gonzalo, de que cuidara de que marcharan las columnas de manera que pudieran protejerse.

"Pero así como en los de Maceo no hubo quien interrumpiera, ni faltase en lo más mínimo á los de la comisión, tampoco hubo quien aprobase ni remotamente, lo que los mismos expresaron quedaba arreglado en Camagüey, forzadas por las luchas intestinas y los desaciertos, según dieron á entender: antes más bien pudieron oir, luego que hubieron terminado de hacer una exposición de los hechos causantes del arreglo que los responsables, quienes quiera que lo fuesen, á imitación de los Bellos y de los que no eran, habían cometido algo más que un error en admitir y entablar entrevistas y conferencias, sin el conocimiento de todo el ejército cubano, para llegar á terminarlas, admitiendo un *pacto* sin abolición y sin garantías; y esto, en las circunstancias decisivas y más desventajosas para los españoles cansados de dar dinero y sangre; y si se quiere más críticas, para el capitán general Sr. Martinez Campos, como general en jefe de operaciones, que como todos sus antecesores estaba en camino de quedarse sin el prestigio de la victoria, si se hubiera sabido conservar en la mayoría de los defensores de la independencia aquella cohesión, fé y resistencia que se supo tener en la memorable cuanto sangrienta campaña dirigida por el Conde de Valmaseda; en la que tampoco faltaron quienes dejaran de penetrar en Bayamo, para salir con proposiciones, como en Puerto Príncipe y en otros puntos. Y estas condiciones eran las que mantenían en toda su fuerza y vigor el general Antonio Maceo con los que le rodeaban y demás que estaban á sus órdenes, si bien ausentes; ofreciéndose como las mejores pruebas las últimas hazañas con los recursos de boca y guerra que cada uno se proporcionaba; haciendo omisión, por demasiado público, de las graves heridas de Maceo, con su particular manera de convalecer peleando y sin preocuparse para nada de lo recio de las operaciones del enemigo.

"Y pasado un intervalo de silencio, también se les dijo: que bajo ningun punto de vista había sido cuerdo ni político, recabar un tratado de paz con el capitán general Marti-

nez Campos, cuando era sabido que en embarques y desembarques, en marchas y contramarchas, en peleas y persecuciones, y por causa de las enfermedades, y de las lluvias que las multiplicaban, había casi gastado el contingente de los 24 batallones que sacára de la Península, junto con el refuerzo de los otros 5,000 hombres de *Puerto Rico*, para inaugurar y continuar la campaña, y esto, sin contar el efectivo de otros 100,000 hombres que hallára en la Isla, cuyo numeroso efectivo había estado á la defensiva por mucho tiempo después de las acciones de los *Melones*, la *Sacra*, *Naranjo* y las *Guásimas*, dando lugar á que se hubiese podido verificar la invasión de las Villas adelantando la guerra hasta las entrañas de Colón.

"Aquella entrevista y conferencia terminada sin conseguir los enviados del *Comité*, que ni el general Maceo, ni ningún otro de los de allí presentes aceptáran ni aprobáran ninguna de las bases de lo convenido en el Zanjon; llegó el momento en que tomaran las bridas de sus monturas para la despedida, optando después de algunos informes de la localidad, el dirigirse al campamento de *Miranda*, por haber menos distancia que al de la *Curía*, siempre que por los Pinares bajasen á rio *Barigua:* y separados del general Maceo que hubo de quedarse atrás para regresar al *Tibisial*, emprendieron marcha al citado campamento de Miranda acompañados de algunos del personal de Maceo, incluso Figueredo, los que iban á despedirlo en el Pinar y quedarse después en las riberas del Barigua. Al pasar por la sabána del Pinar dió la inoportuna casualidad que apareciesen por otro de los trillos que cruzan, los coroneles Guillermo Moncada y Pedro Martinez Freire,—había sido ayudante de Gómez en años anteriores,—cada uno con la fuerza de su mando, los que citados por el general Maceo, bajaban á situarse en el Barigua á esperar órdenes; y al tener lugar el encuentro con los de la comisión, en vez de que hubiesen sido saludados, si no con respeto, por lo menos con política, el coronel Martinez Freire empleó palabras casi insultantes contra el general Gómez, lo que sin duda, les obligó á requerir sus caballerías para salir de aquel punto despedido para siempre; pero dando á comprender en las miradas, que se hallaban violentos, aunque sin hacer uso de contestaciones agresivas; y á la verdad, que hubiera sido una imprudencia el que hu-

bieran intentado provocar un lance en aquellas alturas, en que todas las ventajas las tenía Martinez Freire, que contaba con oficialidad y tropa que no hubiera tenido otro remedio que cumplir cualquier orden, aunque ésta hubiera sido sangrienta.

"Los de la comisión, aquella misma tarde llegaron á Miranda, donde se encontraba de jefe el brigadier español señor Polavieja. Desde Miranda, los tres escribieron á Maceo y á Figueredo para despedirse; luego el general Gómez lo hizo desde San Luis, y más tarde volvió á efectuarlo desde Kingston en la isla de Jamaica.

"Los tres quedaron desligados de toda ingerencia ulterior para dejar la revolución y tomar puertos extranjeros, no obstante haber aceptado el *pacto del Zanjon*, dígase lo que se quiera en contrario.

SUCESOS POSTERIORES.

FINES DE FEBRERO Y MES DE MARZO DE 1878.

"Por precisión tuvo el general Maceo que dirigir comunicaciones á los jefes subalternos que seguían obedeciendo sus órdenes, citándoles para que concurrieran con la mayor prontitud á la *Sabána de San Juan*, distante del Cauto, á lo más un par de kilómetros; y en tanto que los conductores de aquellos pliegos encontraban á los jefes de las fuerzas, y éstos acudían á la concentración dispuesta; otro acontecimiento, también de gravedad, acababa de presentarse para completar la obra de los despropósitos, como si no hubiera suficientes con los que se tenían en el tablero.

"Consistía la otra mala novedad, en que había llegado al cuartel donde estaba Maceo, un sargento de los de la fuerza del Holguín, con un oficio y cartas del jefe de la brigada, el coronel Arcadio Leyte Vidal, en que participaba al general Maceo, que las circunstancias le tenían errante por los montes de *Santa Isabel* á la *Juliana*, con un pequeño grupo

que se componía del teniente coronel Fernando Figueredo Socarrás; comandantes Pedro Vazquez y Francisco Vidal, teniente Emilio Vidal, junto con los asistentes; incomunicados, evitando la triple persecusión de las guerrillas españolas por un lado; por otro la del coronel Limbano Sanchez, que aún continuaba sosteniendo el programa de la *Reforma* proclamada por el general Vicente García, como ya sabemos; y por otra la del diputado S. E. Collado, que se había puesto al frente de otro partido, proclamando la AUTONOMÍA, como mejor sistema de gobierno: y de cuanto estaba pasando, le decía Leyte Vidal, que acudía á su autoridad, para que fuese á poner término á tantos males, en vista de que allá, sin embargo, de ser el jefe de la brigada, carecía de los elementos de fuerza y municiones para someter y castigar á los revoltosos y desobedientes.

"Leyte Vidal, participaba en su escrito (y por lo que Fernando Figueredo afirmaba, de que se sostenían en aquel trance con los murciélagos que cazaban en las cuevas, y con la miel de abejas) la gravedad del nuevo embrollo que había inferido el diputado J. Collado; y descubierto al mismo tiempo por el autor de aquel borrón, estaba en correspondencia secreta con algunos de la ciudad de Holguín, que así lo aseguraba el sargento, sirviendo de intermediario el capitán Prefecto Manuel Mastrapa, ya presentado en *Fray Benito*, lo mismo que el teniente coronel Angel Guerra y el comandante A. Molino, en la cabecera; y sin que ninguno estuviese en antecedentes oficiales de lo que se había hecho por Camagüey, de lo cual no es dable responder; determinó el general Antonio Maceo acudir al llamamiento de aquel jefe subalterno, con el doble propósito de prestarle ayuda, y de hacer un escarmiento en la persona del autonomista Collado, tanto por el daño que causaba, acabando de trastornar á los holguineros con la nueva doctrina de la AUTONOMÍA, cuanto porque también estaba acusado de no haber querido auxiliar como facultativo de sanidad militar, al benemérito coronel Juan Rius Rivera, natural de Puerto Rico, que en los días anteriores había sido baja, de gravedad, por heridas, cuando tratára de apresar un convoy, que el enemigo conducía de *Tacajó* ó de las *Calabazàs*, ó para uno de los dos puntos.

"De cuanto estaba ocurriendo en aquel *maremagnum*, le daba participación el general Maceo, á su amigo el Doctor

Figueredo, empeñado como estaba aquel jefe de constitución de hierro, en poder obrar con mejores aciertos, en medio del cúmulo de acontecimientos, y todos, con tendencia de querer matar la insurrección con aquellas últimas sacudidas. Por consiguiente, establecido un consejo privado sobre lo que sería más conveniente hacer, quedó en él resuelto que el general A. Maceo saliera sin pérdida de tiempo para el territorio de la jurisdiccion de Holguín, al encuentro primero, del coronel Leyte Vidal, y después para que intentára dar un asalto de sorpresa sobre el centro del grupo autonomista, con el fin de apoderarse de la persona de su presidente el diputado J. E. Collado.

"Pero antes de emprender la salida, también quiso el general Maceo dirigir una carta al capitán general D. Arsenio Martinez Campos: y al efecto, tomada su resolución, cogió papel y pluma para manifestarle en respetuosas frases, que si bien no podía admitir, como no admitía, la suspensión de hostilidades por su autoridad dispuesta, y de lo que tenía conocimiento por las circulares regadas en los caminos, no obstante, se tomaba la libertad de escribirle, para que si no tenía inconveniente le fijara un día para tener una entrevista, en la que además de honrarse con conocerlo, deseaba al mismo tiempo saber cuánto había pasado entre él, con los que no dependían de su mando, á los grados de compromisos que éstos hubiesen contraido; y por quienes estaban arregladas y aceptadas las bases del convenio; pero sin que de lo expuesto fuese á deducir que le solicitaba para tratar de la paz, ni para dar su asentimiento á ninguna de las bases de lo estipulado en Camagüey.

"Escrita la carta, si no en la misma forma, pero sí en el mismo sentido que se deja expresado, la mandó el general Maceo por medio de una pareja, al campamento español de Miranda, para que el jefe de dicho punto la hiciera llegar á manos del general Martinez Campos.

"El general Maceo salió seguidamente para Tacajó, llegando sin novedad al punto donde le estaban esperando el coronel Leyte Vidal, con el que se impuso de lo que ocurría por Holguín; y luego, por más de carrera que anduvo para caer sobre el centro autonomista, no le fué dable conseguir sus deseos, porque los espías que tenían vigilando todos los movimientos de Leyte Vidal, corrieron á darle el aviso de la

presencia de Maceo por aquellos lugares, y con tal motivo Collado con sus secuaces desaparecieran del teatro de la guerra para ir á refugiarse al amparo de las bayonetas españolas en la ciudad de Holguín.

"Y como que el general Maceo, no le quedaba que hacer por aquella jurisdicción regresó con Leyte Vidal y los otros, para las riberas del Barigua, á esperar fuesen concurriendo con sus respectivas fuerzas los demás jefes que se hallaban por las alturas de Guantánamo y de las *Sierras del Sur*, los que no hicieron esperar cuando se enteraron de las comunicaciones del general Maceo (1).

Concentración en la Sabána de San Juan.

"A la entrevista concertada con el capitán general señor Martinez Campos, en la víspera, le precede la llegada imprevista del mayor general Vicente García á *San Agustín del Cauto*, donde pasó á visitarlo el general Maceo por haber sido llamado con toda urgencia por el citado general. Resultado de la conferencia que tuvieron.

"Contestada, en el mejor sentido y con las mejores formas por el capitán general Sr. Martinez Campos, la carta que le trasmitiera el telégrafo, del general Antonio Maceo, y convenidos por otra carta anterior, en el día de la entrevista que por mútuo acuerdo la fijaron en la *arboleda de mangos de la sabána ó hato de Baraguá* y á condición de que cada parte pudiera concurrir con el número de 60 personas; entonces el general Maceo, para estar mejor preparado creyó oportuno trasladar su cuartel del rio "Barigua," donde se hallaba, para la orilla de la sabána del "San Juan," con el concurso de los jefes y fuerzas pertenecientes al cuerpo de ejército de su mando; y con el fin de poder esperar de más cerca el día de la cita fijada para el 14 de Marzo, por razón de tener el general en jefe, el Sr. M. Campos comprometidas otras entrevistas por "Cauto del Embarcadero" donde se ha-

(1) Todo esto iba ocurriendo algunas semanas después del pacto del Zanjon.

llaba, y después en Manzanillo, que así lo había avisado en tiempo, por conducto del teniente general jefe de E. M. señor Prendergast, á la sazón en Santiago de Cuba, desde donde pasára el aviso telegráfico al jefe de Miranda para que lo comunicasen á Maceo.

"En el indicado plazo de espera, pero precisamente la víspera del día 14, que era el prefijado para recibir al general Martinez Campos, recibe el general A. Maceo una comisión del general Vicente García, el que desde las Túnas, y á marchas forzadas rendía la última jornada en el asiento del hato de San Agustín en la márgen derecha del Cauto, en solicitud del general Maceo, pero con mucha urgencia y quedándose á pesar del objeto de su rápido viaje en el citado San Agustín á dos leguas de la sabána de San Juan.

"Claro está, que luego que Maceo quedó enterado de la presencia del general García en aquel punto tan inmediato, y de la invitación de que fuese á verle, hizo le preparasen su caballo para ir donde le encontrara; prestándose á acompañarle, los coroneles D. Silverio del Prado, Arcadio Leyte Vidal, Pedro Martinez Freire, Guillermo Moncada y Leonardo del Mármol: los tenientes coroneles Fernando Figueredo Socarrás, Miguel Santa Cruz Pacheco y José Lacret, junto con algunos otros oficiales de menor graduación; que más deseaban saber con qué fin provocaba aquella conferencia el general García, que salir ellos á caminar á deshoras de la tarde para ir á saludarle; causando además, natural extrañeza aquel empeño de parte del general García cuando ninguno hacía memoria de que en toda la guerra él hubiera pisado ningún punto de la jurisdicción de Cuba.

"En marcha Maceo con sus acompañantes, llegaron á San Agustín casi de noche; y reunidos en la tienda de campaña del general Vicente García, éste y Maceo se saludaron como dos consecuentes amigos y buenos compañeros; y acto seguido, sin haber demostrado el general García, que guardaba ningún resentimiento, ni por el contenido de la carta que recibiera de Maceo contestada en Julio del año anterior, y sin que menos hiciera memoria del desaire que recibiera por medio de sus emisarios los capitanes Deymiers y L. Caballero, cuando de su parte pidieron la ejecución de Rodriguez, Gómez y Collazo, de lo que dimos cuenta; y finalmente sin querer que allí se tratára ó recordára nada del pasado,

entabló su conferencia diciéndole á Maceo, que por la certeza que tenía de que iba á tener una *entrevista* con el general Martinez Campos, había cumplido con un deber de patriotismo en correr á buscarle antes de que aquella se verificára para ponerle al corriente de todas las miserias habidas en las otras conferencias—aquí las precisó—donde los traidores habían casi logrado causar la ruina de la República; siendo lo más lastimoso, que cuantos habían intervenido en los pasados arreglos, ninguno hubiera puesto ningún empeño en conseguir mayores ventajas con el capitán general Martinez Campos, con el que no había querido entenderse para nada por el convencimiento de que aquél ofrecía muy poco: y que ya que, según sus deseos, estaban los dos reunidos era su deber de aconsejarle que no concurriera á ninguna entrevista aunque la tuviera concertada con el general Martinez Campos, puesto que nada conseguiría, lo mismo que con ningún otro general español; bastando para que pudiera salir del compromiso, que por escrito le dijera al indicado señor Martinez Campos, que ya no podía realizar la cita de *Baraguá* por motivos particulares, y sobre todo, perjudiciales para la causa de la independencia, si se resolviera á dar el paso que había resuelto evitar: y enviada la carta en el sentido propuesto, ponerse los dos de acuerdo para llevar adelante la guerra; persuadido de que la insurrección tomaría nuevo cuerpo cuando se supiera por Cuba y por el extranjero que tenían los dos concertado tal empeño en el único fin de ver si se salvaba la República; y con cuyo paso también podía conseguirse que desistiesen aquellos de los insurrectos dudosos que aún no estaban del todo comprometidos; así como muchos de los afiliados al convenio; con escepción de los autores de la obra y de los jefes que los apoyaron, porque de esto sólo podía esperarse que repitiesen el mal en cualquier tiempo.

"Mucho más que nos contára en la misma madrugada uno de los compañeros asistentes al acto, le dijo el general V. García á su visitante el general Maceo, en aquella conferencia, que por vez primera y última tuvieron junto al Cauto, pero á juzgar por el resultado, no fué lo bastante el razonar del general García, para que con sus proposiciones y consejos pudiera coartar la voluntad del general Maceo, ni que consiguiera borrar los antecedentes de que resultaba y

será siempre responsable. Y menos pudo conseguir que el general Maceo le soltára ninguna prenda respecto de sus futuras intenciones: que ya este jefe después del engaño que experimentára con su amigo íntimo el general Gómez, se había vuelto incrédulo y receloso en aquellas tumultuosas circunstancias, por cuya razón, quería en todo, marchar con piés de plomo, y así no era posible que el general García, á quien Maceo había contrariado en su política, pudiera convencerle en una ó dos horas de conversación leal ó falsa, de la utilidad de su alianza al llegar á ofrecérsela; ni menos de que se le afiliara como subordinado para el ejercicio de la guerra: y de todo lo que se tratára que le contestase; que si bien estaba en lo preciso de que le había escrito al capitán general Sr. M. Campos, de cuyo señor tenía doble contestación, también lo era de que al escribirle, había puesto particular cuidado de advertirle que no le buscaba para tratar de la paz, sino para tener la honra de conocerle personalmente, y que al mismo tiempo le hiciera conocer los grados de compromisos que pudieran tener con su autoridad los que no dependían de su mando; por quienes había sido hecho el *convenio*, y algún tanto de lo de las circulares que trataban de la suspensión de hostilidades.

"Hasta aquí lo más notable de lo que pasaba bajo aquella tienda de campaña: y como que la noche había avanzado mucho, y no entraba en los planes del general Maceo el faltar por ningún motivo á la cita que provocára y que tenía ya estipulada con el general M. Campos, así hubo de hacérselo entender al general García en el acto de querer despedirse; y no sin que dejára de invitarle para que se trasladasen juntos para el otro cuartel de la sabána de San Juan, con objeto de que también asistiese á la entrevista de por la mañana, en vista de que el nuevo día se estaba aproximando, porque faltaban pocas horas para que amaneciera.

"Por su parte el general García hubo de escusarse de lo que Maceo acababa de proponerle, y en su lugar le dió la palabra, de que sin moverse de San Agustín, esperaría el resultado de la conferencia, como de cualquier otro acontecimiento que le siguiera; con lo que quedaron acordes, separándose Maceo seguido de los que fueron junto con él, como así mismo del médico Martinez, del ayudante de García el comandante Zayas Bazán y de otros oficiales del cita-

do García, todos los que llegaron á la sábana de San Juan sobre más de media noche.

"Y ahora, que nos hallamos en el cuartel del general Antonio Maceo, donde se ha repetido el toque de silencio, irémos dejando que se entreguen al reposo del sueño á los que, rendidos por el hambre y el cansancio, tenían andadas 40 ó 50 leguas para no faltar á la concentración dispuesta por Maceo, desprendidos si se quiere, y hasta cierto punto, de lo que tuvieran que ver y pasar á lo sucesivo.

"También dejarémos á otros que, de una hamaca á otra, ó sus camas-lechos de *Cujes*, sigan tratando, aunque en voz baja, de cuál llegaría á ser el resultado de la revolución si no se aceptaba la paz: que era el tema principal, como no podía menos de serlo cuando casi todos los del campamento se hallaban indignados contra los que directa ó indirectamente habían intervenido en los arreglos, sin contar para nada con el concurso de los veteranos de Oriente. Confesándose mútuamente los que trataban semejante cuestión en aquellas altas horas de la noche, y con muchísima razón, de que debían suponer lo hicieron adrede ó de propósito, temerosos de que no se les hubiera consentido que aceptáran ninguna proposición ni tenido conferencias; pero previendo, que de todas maneras, que al estar consumados los hechos, el porvenir tenía que ser muy oscuro y sangriento, en fuerza de que después de que les negáran derechos políticos, las masas de soldados españoles apoyadas de las guerrillas de cubanos vendrían á caer enteras sobre los que tuvieran la abnegación ó el valor de protestar, por la razón de que ya en los otros departamentos insurreccionados poco ó nada les quedaría que hacer por tenerlos apaciguados.

"Y miéntras que aquellos siguen en las consideraciones que se les ocurran, tendrémos que dejarlos para poner atento oido á otro diálogo aún más interesante, que acababan de entablar dos coroneles vecinos de dormitorio, que por lo visto el uno estaba empeñado en que el otro le explicase, cuál podría ser el móvil oculto del precipitado viaje del general Vicente García, en que caminara tantas leguas para pedir á Maceo, que por ningún motivo acudiera á tener conferencias con ningún general español, y sobre todo con el capitán general Martinez Campos.

"Cuando más bien, agregó el que contestaba, debía ha-

berse opuesto á tiros contra sus vecinos los del Camagüey, miembros de la Cámara y cualquiera del Gobierno para que ninguno hubiera podido determinar ningún arreglo; siendo entonces más oportuna la ocasión de que hubiera acudido al general Maceo, llamándole á su lado para que le hubiera ayudado á deshacer la enmarañada trama de las conferencias. ¿No es así como debió de haber obrado ahora que nos estás oyendo?

"Pero como el general García—continuó diciendo el mismo coronel—anda con la conciencia intranquila, desde la deposición de Céspedes, que en gran parada le hizo victorear y aplaudir por su fuerza de las Túnas, según los oficios que, firmados por su puño, remitiera al gobierno de Santa Lucía, sucesor en aquella revuelta política, origen de nuestros males; y como que después ha tenido mal acierto de seguir á peor, sembrando la discórdia hasta llegar á la meta, con el pronunciamiento de *Sabána de la mar*, donde soltó el *papalote* de la *Reforma*, de aquello, y de lo otro, y de lo demás, el que ahora anda semi-lelo, dando traspiés y sujetando cabos, por temor de que lo dejen sólo, para que se las arregle con los españoles. Con que ya tienes explicado el móvil de ese viaje tan precipitado del general García, para ver si podía alucinar á Maceo, de quien tiene necesidad, para sus fines particulares.

"Comprendido,—le contestó el oyente á su compañero—pero, hasta el presente ese general, al que tanto flagelas, al menos en las apariencias, que es cuanto debo conceder, ha probado que ha querido cumplir con el último deber, al llegarse hasta Maceo para aconsejarle que no debe tener ninguna conferencia con ningún jefe español, y que más bien deben concertarse para sostener la guerra. ¿Deja de ser esto un gran golpe de buen general?

"No estamos de acuerdo,—le arguyó de nuevo el amigo—y te daré mis razones. ¿Con qué fundamento se atreve el general García á suponer que el general Maceo busque conferenciar con el general Martinez Campos para el arreglo de la paz de Oriente? ¿Tan sólo porque Maceo le haya escrito, y ese señor le haya contestado? ¿No le deja hecho en su carta la salvedad, de que no le llamaba para tratar? ¡Quien sabe si más bien en su política, este general Maceo, intente descubrir á los que en el fondo puedan estar comprometidos!

¡Que ya los vientos que corren esparcen, que muchos han tenido conferencias secretas!

"Porque esta misma noche, en San Agustín, ha podido decir el general García que el general Martinez Campos ofrece muy poco. ¿De dónde, pues, ha podido adquirir ese conocimiento?

"Y ahora creo llegado el momento de decirte mi opinión, á lo que agregastes, de que era un gran golpe de buen general: eso debe entenderse según deba de interpretarse, por que á la verdad, que soy capaz, en la primera que tengamos con el enemigo dejarme cojer prisionero para que me fusilen, si me encuentras ó presentas otro general cubano, que desde nuestro terreno haya podido favorecer mejor á los españoles que tu general García, en razón de que desde antes de la deposición del presidente Cárlos Manuel, al único que quiso obedecer, siempre ha seguido lo mismo con los demás gobiernos, hasta estos últimos acontecimientos, cuyos funestos resultados estamos tocando; y en prueba de lo que digo, es que tu defendido, por haberse viciado en lo de dar grandes golpes, ahora está viendo como se cumplen los vaticinios escritos en la carta de Maceo; y naturalmente le ha entrado el temor de que, al escribirse la historia de nuestra revolución, se le forme, como á cada prójimo, el proceso con sus correspondientes cargos, y de ello, que haya pensado, poco tarde, en buscar el apoyo que por sus desaciertos ha ido perdiendo, para ver si así logra subsanarse en su agonía de hombre público.

"Pero como advierto en tus movimientos de cabeza que dudas ó me contradices, aguza el oido para darte lectura de ton sólo tres párrafos, de la que ya debemos llamar histórica contestación del general Maceo, que por mi suerte conservo en esta no muy buena cartera de piel de jutía; y desde luego dar por terminada nuestra conversación, que ya el sueño me vence y deseo dormir porque después del toque de *diana* quiero estar bien despierto para cuando vayamos á conocer á ese gran señor D. Arsenio, con toda su gente.

"Oye bien lo que le vaticinaba Maceo al general García en la que le contestaba desde ese mismo San Agustín, el 5 de Julio pasado, en la que le llevaran G. Cardet y M. Fonséca cuando le convidaba para el levantamiento contra el gobierno de la República.

"Y oimos que pausadamente leyó:

"Ya es tarde que V. vea que los españoles puedan concluir con la existencia de la República; no obstante, sométase al gobierno constituido y verá desaparecer esa situación que V. advierte y teme.

"Siendo repetidos por V. los actos de desobediencia al gobierno, á las leyes del país, y á lo que pide la mayoría, le sucederá lo que en el 75, y aún creo más, que el pueblo, con el derecho que le asiste, se verá en el caso de exigir á V. estrecha responsabilidad de sus actos inconvenientes á los intereses pátrios.

"Después del terrible juez, el pueblo, vendrá la *historia* que juzgará imparcial y sinceramente de sus hechos públicos."

"Hasta la última sílaba que espiró en los labios del que leía lo que oimos en aquella memorable noche del 14 de Marzo, en que hemos dicho dormían el mayor número de los que estaban próximos á conocer de cerca al capitán general Sr. Martinez Campos; y en cuyos momentos, cansados de tanto oir como de juzgar, empezamos á sentir los primeros bostezos precursores de un sueño, que si bien tenía que ser de poca duración, haría descansar nuestro cerebro, aturdido con las muchas ideas y versiones recogidas en aquellos solitarios lugares.

"Y como que al fin nos quedamos dormidos, harémos un alto en este trabajo para descansar hasta que amanezca, seguro, que al despertar no nos faltará algún compañero que deje de ofrecernos alguna *jícara* de *Cuba libre*, (1) á falta de otra de café, y con ella quedarémos en aptitud de atender á todo lo que veamos y oigamos, en la *imponente ceremonia* de la gran *entrevista al aire libre*, que sin duda, por un acto de cortesía, dejarémos la presida nuestro común adversario, el general en jefe Sr. Martinez Campos, el que muy bien puede suceder, que á estas mismas horas se haya acostado, si no convencido, al menos con la esperanza, de que al llegar á los *Mangos de la sabána de Baraguá* podrá cerrar con llave de oro, la *historia de la sangrienta guerra de la independencia* que se iniciara en la *Demajagua* ó *Yara* del 9 al 10 de Octubre de 1868.

(1) Bebida compuesta de agua y miel de abejas.

REUNION

DE ADVERSARIOS ESPAÑOLES Y CUBANOS

en los "Mangos del Baraguá."

PROTESTA DEL MAYOR GENERAL ANNONIO MACEO Y DE OTROS

CONTRA LO OONVENIDO EN EL "ZANJON."

"Al aclarar del día 14 de Marzo de 1878, después de repetido el toque de diana en el campamento insurrecto de la *Sabána de San Juan*, donde tenía su cuartel general Antonio Maceo, por orden de éste se personaron sus ayudantes á donde estaban cada uno de los jefes y oficiales que habían concurrido á la concentración, para invitarles á que acompañasen al referido general hasta la inmediata sabána de Baraguá, donde debía verificarse el acto de la entrevista con el capitán general D. Arsenio Martinez de Campos; y en virtud del aviso de invitación, fueron reuniéndose los ciudadanos el mayor general Manuel Calvar; jefe de Sanidad Dr. Félix Figueredo; coroneles Silverio del Prado, Arcadio Leyte Vidal, Juan Rius Rivera, Pedro Martinez Freire, José Maceo, Guillermo Moncada, Leonardo del Mármol, Flor y Emiliano Cronvet; tenientes coroneles Fernando Figueredo Socarrás, José Lacret, Miguel Santa Cruz Pacheco, Vicente Pujols y Quintín Bandera; comandantes Pedro Vazquez, Luis Feria, Jesús Rabi, Benigno Marrero, Francisco Vidal, Agustín Portuondo, Antonio Soria, Agustín Sebreco, dos hijos de Prado, Rafael Rodriguez y Zayas Bazán; capitanes J. Souvanel, Santiago Medero, Manuel Romero, Pablo Cancio y Félix Bana; tenientes Celestino Cabrera y otros, también oficiales, cuyos nombres no ha retenido la memoria al escribir estas líneas; marchando luego de reunidos, todos á pié, al encuentro de los señores españoles que debían llegar al punto de la cita por la parte opuesta de la sabána de Baraguá.

"Y mientras esto se hacía por el general Maceo con su séquito, del otro campamento español de *Miranda*, lo verifi-

caba el capitán general Sr. D. Arsenio Martinez de Campos, precedido de sólo 24 ginetes de escolta y seguido de los señores brigadieres D. Camilo Polavieja, D. Narciso Fuentes; y de los coroneles D. Emilio March, D. Alejandro Moraleda y D. José Arderius, más los edecanes del general; los que por el camino de Mayarí llegaron primero á la sabána del *Cayo* y luego á la del hato del *Medio* y en esta tomaron el trillo de la izquierda, que los condujo á la de *Baraguá*, viéndoseles llegar como media hora más tarde, puesto que ya encontraron á los del grupo insurrecto que estaban esperándoles en los *Mangos*, que era el sitio convenido para la entrevista.

"Si no fuera porque es una falta callar lo que á la verdad de la historia corresponde, por demás estaría el referir, que depuesto por parte de cada concurrente de los de uno y otro bando cuanto de odio y de rencor se tuvieron como enemigos, para que la reunión pudiera resultar, si no completamente cordial, al menos francamente política, y sin duda, por la misma causa, al ver los del bando insurrecto que echaban pié á tierra sus adversarios, se adelantaron para saludarles, ofreciéndoles la bien-venida; notándose que al hacerlo el capitán general Sr. Martinez Campos, que se distinguía de los otros, por la levita de campaña con los tres entorchados; la faja y el pantalón grana y el ros; él, el primero, que preguntase en alta voz, cuál era el Sr. D. Antonio Maceo; y no sin que dejara de recorrer de una mirada á todos los del grupo que le quedara al frente: y el general Maceo para corresponder á la distinguida atención de que acababa de ser objeto por parte de tan alto adversario, hubo de adelantarse para ofrecerse y ofrecerle su hamaca, que como otras, colgaba de las ramas bajas y tronco del mango, para que la ocupase, la que aceptó el distinguido jefe español, sentándose en ella é invitando á los demás á que hiciesen otro tanto.

"Ahora debe suponer el que esto leyere, que separado del fin político, que era el principal, al mismo tiempo lo era el general Martinez Campos el de verse cara á cara con el general Antonio Maceo, y con los demás veteranos de Oriente, con quienes tanto batallára en su primera campaña en *Guantánamo*, que dirigiera personalmente y sin notorio resultado, cuando tenía el empleo de coronel en los años de 1871-72.

Lo mismo que el de Maceo y demás insurrectos allí presentes, el de fijarse con detención en aquel ya renombrado jefe español, al que veían y oían sin que mediara el estruendo de las armas, para juzgar cada cual en su mente, si sería el predestinado para anular las convicciones de los que en 9 años de peleas habían hecho todos los esfuerzos, y llegado á todos los sacrificios para sostenerlas; y que llegase la hora de un día en que desechando todo encono, fuesen á ceder al imperio de aquella voluntad, la que, cansada de la impotencia de sus armas como del exterminio, sólo anhelaba por todos los medios políticos, al par que humanitarios, que se diese al olvido todo el pasado con sus horrores, como único medio de que pudiese quedar para siempre, terminada la fratricida contienda.

"Y hechas estas consideraciones, continuarémos para hacer saber que el capitán general Sr. Martinez Campos consideró oportuno abrir la conferencia, empezando por escusarse de no haberle sido posible el concurrir el mismo día ó al siguiente en que el telégrafo le trasmitiera el contenido de la carta del Sr. Maceo; agregando que lo había impedido el hallarse ocupado en los mismos asuntos de la paz, primero por Cauto del embarcadero, donde se hallaba, y más tarde por Manzanillo, en otra entrevista aplazada con D. Modesto Diaz, la que á su paso quiso dejar cumplida con éxito satisfactorio; y así que diera las explicaciones de la causa de su demora, continuó diciendo, que no podía menos que admitir y enaltecer á cuantos militaban en las filas insurrectas en razón de las pruebas que tenían dadas, tanto de constancia como de tenacidad en los trabajos sufridos con el propósito de sostener *una idea*, pero que no le había sido extraño el que así lo hubiesen hecho, cuando tales cualidades eran exclusivamente de la Nación española que las había legado á sus hijos de las Américas; porque era proverbial que ninguna otra hubiera podido dar hombres de tanta resistencia para sobrellevar asíduos, las miserias y penalidades, y de tanto valor para los combates, aunque sólo contaran con los elementos que pudieran proporcionarse. Pero que ya bastaba de más pruebas y de más derramamiento de sangre; que era llegado el día en que las desavenencias debían quedar terminadas; para que la paz pudiese devolver la tranquilidad á las familias; y para que el país pudiese hacer

uso de los derechos políticos que España había determinado concederle, haciéndole la debida justicia; estimando oportuno, ya que estaban reunidos, el dar conocimiento de las bases acordadas en el *Comité* para el establecimiento de la paz, después de haber desaparecido de propio motivo la *Cámara* y el *Gobierno*.

"Y al terminar en la palabra gobierno, en alta voz llamó al brigadier Polavieja, que desde el otro árbol inmediato, donde se hallaba formando corrillo con otros jefes españoles y algunos insurrectos, acudió con toda la ligereza al llamamiento de su superior, el que al verlo le mandó que llamase á Moraleda para que leyese toda la documentación de lo escrito en el Camagüey.

"Mas el general Maceo al oir de todo lo que se trataba, entonces se creyó autorizado para interrumpirle, haciéndole la observación de que, no estando él de conformidad con lo que se había tratado en el Camagüey, como ya se lo había anticipado por escrito, estimaba que sería inútil que le mandara dar conocimiento de cuanto hubiera en la aludida documentación.

"En este estado la conferencia, y dirigiéndose á todos el general Martinez Campos, dijo: "Pero, señores, he venido aquí llamado por ustedes, y creía que todo lo que tuviésemos que hablar había de ser referente á la paz. Si es que no están ustedes de acuerdo con ninguna de las bases del *Convenio*, entonces, podrán decirme ¿qué quieren ustedes?"

"Y como al oir lo preguntado por el Sr. Martinez Campos, callase el general Maceo, y los demás también callasen, notando el jefe de Sanidad, Figueredo, el silencio en que quedaron todos los de la reunión, propuso querer hablar, y al obtener el asentimiento del general Martinez Campos, le dijo: "Nosotros, lo que queremos, *es la independencia*." A lo que contestó inmediatamente: "Si hubiese entendido que se me llamaba para pedirme lo que nunca podremos dar, desde luego, que me hubiera ahorrado el trabajo de venir para no haber oido esta petición."

"Por lo que contestó Figueredo cuando hubo acabado el general M. Campos. Que verdaderamente no debían estar de acuerdo con nada de lo convenido en el Camagüey, porque los del *Comité* y sus secuaces, después de haber prescindido del principio porque todos combatían, el arreglo de la

paz se había llevado á cabo sin contar para nada con los que militan en Oriente, lo que le daba el derecho de suponer que lo hubiesen acordado así para después obligarles á que aceptasen el *tratado* por la fuerza; pero que por virtud del mismo acontecimiento, los de la mayoría de la insurrección lo habían aceptado sin el principio de independencia y el que hablaba también, que llegar á ese extremo, no por ello quería privarse de hacer observar que para poder aceptar no las bases del convenio, sino el resultado que era la paz, había de ser con *más amplias concesiones* para los que aún quedaban en armas en Oriente; y sobre todo *la de que resultasen libres todos los esclavos de la Isla*, en razón de que, si los había, era debido á que el Gobierno español, á pesar de sus compromisos directos con Inglaterra é indirectos con el mundo civilizado, había estado tolerando la *trata* hasta que estallara la guerra; negándose siempre á no querer hacer nada en favor de la esclavitud: que por el mismo motivo había querido extremarse en el empeño de tan indispensable condición aunque tuviera por su parte que prescindir de las demás ventajas, porque su único deseo era dejar á cubierto su responsabilidad con la protesta, pero aún más si conseguía que los esclavos de Cuba obtuviesen su libertad."

"A lo que Figueredo acabára de expresar, contestó el general M. Campos: que sentía el no poder allí mismo empeñar su palabra, ni tampoco comprometer al Gobierno de la Nación para que todos los esclavos resultasen libres, y no porque dejaran de ser esos sus sentimientos, si no porque la cuestión correspondía tratarse en las Córtes y el Senado, cuyos dos Cuerpos eran los que por las leyes estaban llamados á resolverla, y mayormente cuando la misma envolvía tantos intereses encontrados. Que por su parte, había creido conveniente para el buen éxito de la paz, el aceptar que quedasen libres *todos los esclavos que hubiese en la insurrección*, y que seguiría sosteniendo la validez de esa condición.

"Terminado que hubo de decir lo anterior, el general Martinez Campos, dijo tras él el general Calvar: "Pues si no conseguimos la independencia, ni los esclavos su libertad, de ningún modo debemos aceptar el convenio, porque nos deshonraremos."

"Y el general M. Campos, mortificado con las últimas

palabras que oyera, vivamente replicó: que donde él intervenía nada podía resultar deshonroso para nadie.

"Entonces, el general Calvar, como un acto de política, hizo las salvedades oportunas.

"El resultado fué, que visto por el general Martinez Campos que de lo convenido en Camagüey, ninguna de las condiciones quedaban aceptadas, ni por los generales Maceo y Calvar, ni por ningún otro de los que allí concurrieron, preguntó al primero, si sería posible que se fueran á romper de nuevo las hostilidades. A lo que el general Maceo hubo de responder, que por su parte no había ningún inconveniente en que se rompiesen desde el mismo día.

"El general Martinez Campos, sin embargo de la contestación tan categórica de Maceo, no tuvo por conveniente en aceptar la formalidad de la respuesta, por cuanto dijo: Que ya que no había otro camino, empezarían de nuevo las operaciones al terminar el plazo de ocho días, desde el siguiente al de aquella entrevista, tanto para que hubiese tiempo de que se reflexionase sobre la conveniencia de que se aceptára la paz que brindaba, cuanto para que si se persistía en no aceptarla, pudiesen ambos contendientes colocar sus fuerzas donde á cada uno le tuviera mayor cuenta; en la seguridad de que él por su parte, si no indicaba algún arreglo en el plazo fijado de los ocho días, mandaría empezar las operaciones, tomando la ofensiva, al espirar el indicado plazo.

"Y después de ponerse de pié y de dirigir un marcado saludo en general, ya ginete, y sin ocuparse de los demás de su comitiva, se lanzó por aquella sabána, suponemos que jurando y perjurando que siempre le quedaba el gran recurso del poder para hacer gastar cuanta pólvera y plomo fuesen necesarios hasta conseguir que los protestantes insurrectos tuviesen que sucumbir al logro de sus intentos. Ni menos ni más que lo que pasó en la conferencia que se ha visto tuvo lugar en los *Mangos de la sabána de Baraguá;* y conocido ese suceso hasta en sus menores detalles, ha llegado la hora de dar á conocer lo demás que hubo de hacerse en el mismo día por la tarde, después del regreso al campamento de la *Sabána de San Juan*, con el principal objeto de adoptar una resolución para reponer la falta de una Cámara y de un Gobierno que habian desaparecido de propio motivo, como lo dijera el general M. Campos, aunque en opinión de otros,

lo hicieron para pretender salvarse de la responsabilidad que en lo sucesivo pudiera caberles.

"Pero todo lo demás que se hizo después del acontecimiento de la *protesta del Baraguá*, será materia que se tratará en las páginas siguientes, en las que también se hablará del *Pacto de San Luis*.

DESPUES DE LO DE BARAGUÁ.

"Trás la salida del capitán general Martinez Campos con los de su comitiva, también lo verificó con la suya el general Antonio Maceo para regresar á la sabána de San Juan, en cuyo campamento, después de conocer el último acontecimiento, empezaron por debajo de cuerda con los trabajos de zapa, algunos de los del cuartel del general Vicente García, para que á éste se le confiara en absoluto el mando de los restos de la insurrección.

"Por la tarde del que ya podemos calificar de histórico día, hubo una junta de coronel abajo en verbo de oficiales, para poder en ella deliberar lo que fuere más conveniente, ya que habían desaparecido el *Ejecutivo* y la *Cámara;* y para mejor orden de la discusión en la junta, se le consignó por unanimidad de votos la presidencia al anciano coronel Silverio del Prado; y los puestos de secretarios á los ciudadanos Pedro Martinez Freire y Fernándo Figueredo Socarrás los que prometieron ser fieles al desempeño de su encargo.

"Abierta, pués, la discusión al aire libre, por el C. Presidente, algunos hablaron en pró de la conveniencia de que se diese desde aquel mismo día el mando con las consiguientes facultades, á uno de los generales que quedaban en la insurrección, de lo que tenía que resultar que había de ser favorecido, bien el general V. García ó el general A. Maceo, ó el general M. Calvar, y hallándose la mayoría de las opiniones en divergencia, pero muy unánimes para no aceptar nada del convenio del Camagüey, y que se llevase adelante, y con todas sus consecuencias la protesta hecha en Baraguá, después que hablaron los ciudadanos Pedro Martinez Freire,

Juan Rius Rivera, que estuvo enérgico hasta lo sumo, el mismo presidente Prado y Fernando Figueredo Socarrás, sin haber propuesto ninguna cosa que resultára del gusto ú opinión general: pidió la palabra el Dr. Félix Figueredo, y después de combatir el proyecto de que se entregase el poder ó la *Dictadura* á cualquiera de los generales existentes en la desmembrada República, encontró la solución con la proposición de que podía y debía formarse un *Gobierno provisional*, fuese de tres ó de más miembros de los del seno de la insurrección, designándose para que ocupara la presidencia al que resultara favorecido con mayoría de votos. Y aceptada la anterior proposición en votación casi general se procedió á levantar el acta, que más tarde quedó firmada.

"En su consecuencia, desde aquella noche quedaron elegidos miembros del nuevo gobierno los que habían de componerlo; de todo lo que se dió conocimiento oficial á los generales V. García, A. Maceo y M. Calvar.

"Quedaron nombrados por el pueblo, para la presidencia el mayor general M. Calvar y para vocales, con el carácter de secretarios, el coronel Leonardo del Mármol y los tenientes coroneles Fernando F. Socarrás y Pablo Beola.

"El Gobierno Provisional juró por su palabra de honor desempeñar con fidelidad su encargo y sostener la protesta: y en uso de sus facultades acordó designar para el puesto de general en jefe del ejército al general Vicente García y de 2º jefe al general Antonio Maceo; y como que los dos aceptáran por medio de las correspondientes comunicaciones, se pusieron luego de acuerdo con conocimiento del gobierno para que las fuerzas se distribuyeran en las jurisdicciones de las Túnas, Cuba, el Cobre, Guantánamo y Holguín, designándose á los jefes Flor Cronvet, Juan Rius Rivera, Guillermo Moncada, José Maceo, Pedro Martinez Freire, Jesús Rabi y los correspondientes sub-jefes, para que con sus respectivas fuerzas saliesen á llamar la atención en todos los puntos designados á fin de que resultára más pujante la protesta; mientras que los generales V. García y A. Maceo, el primero en las Túnas y el segundo por Cuba, quedaron acordes antes de separarse, para operar diseminados ó juntos, según el nuevo aspecto que fuera tomando la guerra.

"Así las cosas, y sin saber por dónde llegára, se presentó en el campamento de la sabána de S. Juan, el C. Francisco

Grave de Peralta, con la extemporánea pretensión de que se aceptára la paz: y como que sus antecedentes políticos no le recomendaban, de orden del Gobierno Provisional fué preso é incomunicado, poniéndolo á disposición del M. general Maceo, el que mandó someterlo á un consejo de guerra que falló condenandolo á muerte, cuya sentencia le fué comunicada; pero antes de que fuera á ejecutarse laboró el Doctor Félix Figueredo para que lo indultasen; resultando, que por petición del número de los allí existentes fué al fin perdonado y mandado conducir, con una pareja, hasta la orilla del rio Cauto para que le indicasen que del otro lado encontraría, á poco de andar, el campamento español de *Barráncas*, á donde podía ir á refugiarse, lo que hizo buenamente, escapando, y por tercera vez, de haber purgado las que era en deber, según opinión de los muchos insurrectos que conocían sus antecedentes.

"También otro día ocurrió la novedad de aparecerse en el campamento, sin ninguna misión oficial, el comandante español D. Roque Rodón, ignorando que se hubiera protestado contra el convenio para que continuára la guerra; por cuyo motivo apurando la materia, se tenía el derecho de retenerle prisionero; no obstante, después del susto consiguiente, se le declaró *huesped visitante:* discutió sobre formas de gobierno democrático y sobre religión, y pasadas dos horas, obtuvo permiso para retirarse, acompañándole otra pareja, con el particular de hacer respetar su persona y la misma que fué á ponerle en el vado del rio Cauto por el paso de Barráncas, viéndole llegar del otro lado sin novedad; y sin presumirse que sería uno de los primeros que habría de caer herido al romperse nuèvamente las hostilidades (1).

"Aún se cruzaron después del día de la protesta algunas cartas con el general Sr. M. Campos, (de las que abundan cópias) porque dicho señor no ponía obstáculo para que se le enviasen todos los indivíduos que por lisiados ó por enfermos quisieran pasar al extranjero; con advertencia decía, que si el amor á la patria era bastante fuerte para algunos, y deseaban quedarse en la Isla, no sería considerádo como presentado sino como indivíduo que se había inutilizado en defensa de una idea.

(1) Cada vez nos alejamos más del 10 de Febrero.—N. del Autor.

"Pero así y con todo, llegó el día en que se rompieron las hostilidades cargando sobre los de Maceo, que andaba con el Gobierno Provisional, 19 batallones, no obstante que la media brigada donde estaba el coronel Sr. Ochando tenía como 700 enfermos en los barracones.

"Uno de los encuentros con las tropas tuvo lugar en el *Caobal*, por la *Poza del Indio*, á unas tres leguas de Cauto Barráncas, donde á Maceo le causaron dos muertos y algunos heridos; mientras que la fuerza del coronel Ochando también tuvo bastantes bajas; contándose entre éstas la del comandante D. Roque Rodón, ya mencionado, que resultó herido grave, porque una bala de Remington le atravesó la región del pecho. (1) Siguiéronse repetidos los encuentros, el mayor número en las Barráncas del rio Cauto, aguas abajo, y otros en los *Indios*, donde se portó mal la gente de Maceo, debido á lo cual hubo momentos en que pudo haber un conflicto ó mal resultado para este jefe.

"También en Guantánamo logró Martinez Freire hacer prisioneros españoles, entre aquellos un comandante de ejército, que luego fué puesto en libertad sin ninguna condición.

"El general Maceo, antes de dejar el Cauto, en la noche de un día que tuvo fuegos por la mañana, al medio día y por la tarde, á lo que parece andaba disgustado, le dijo á otro jefe, con el que debe creerse que tenía mucha confianza, que notaba mucho de desmoralización en su fuerza porque la había visto batirse con poco empuje, pero que pensaba ponerle pronto remedio, cortando lenguas.

"Y luego ¿qué hará V., general?

"Asumir los poderes, contestó al punto.

"Aquel pensamiento ¡nunca! debió dejarlo traslucir porque era indicio seguro de que tenía preconcebido pasar por encima de todo para erigirse en único árbitro, en Dictador.

"Su confidente debió comprender la magnitud del problema, cuando en su conciencia hizo el voto de velar por sus compañeros de los 10 años; y de ahí que pusiese particular cuidado para impedir en cualquier extremo que se fuese á dar un golpe de Estado.

"Por consecuencia de la activa persecución el Gobierno Provisional y Maceo, después de separarse del Cauto, andu-

(1) Por este tiempo ya la paz del Zanjon pertenecía á la historia.—N. del Autor.

vieron sin campamento fijo por las costas de Bio, los Indios, Pozo de Piedra, Novilla Muerta, los Lazos y el Canapú; y en este último punto volvió á incorporarse el coronel J. Máceo que no tardó en presentar, apoyado por su fuerza, una petición para que se le dijese si aún se peleaba por la *Independencia*, ó por que se consiguieran más amplias concesiones que á los del *Convenio;* á lo que el Gobierno contestó por la *afirmativa de la independencia.*

"El general Maceo á propuesta de su hermano el coronel le dió facultades para que marchara con fuerzas de su regimiento á llamar la atención por las inmediaciones de Cuba, y á su regreso que tratára de dar un golpe de sensación por el Cristo Songo, Dos Caminos ó San Luis, por lo que aquel salió en marcha á recorrer los puntos designados; y más adelante dirémos lo que hizo, y lo más que pudo haber hecho, á no haberse interpuesto, como siempre, la *Diosa Fortuna*, divinidad ciega, que preside á todos los sucesos de la vida.

"Cada día llegaban nuevas de que por Manzanillo y Bayamo, trás el cuartel general de D. Modesto Diaz, y por las Villas y Holguín, seguían adhiriéndose al *Convenio;* debido como se debe suponer, al cansancio de las luchas intestinas que se saben tomaron mayor incremento desde la caida del presidente Céspedes; y también á qué, muchos insurrectos, de los de más inteligencia, después de haber capitulado prestaban su cooperación, facilitando cartas en beneficio de la causa española; á lo que se agregaba el trabajo de atracción emprendido por todos los jefes españoles que querían secundar la obra de su general en jefe, el Sr. Martinez Campos, ofreciendo reformas políticas y libertades.

"Luego se supo que, también por la misma causa, el coronel insurrecto Benjamín Ramirez, con el concurso del comandante Agustín Acosta y del capitán Florentino Bársaga, arrastrando á casi todos los de las Sierras, se habían ido para el poblado de *Guiza*, pero con el fin de que el ya brigadier Flor Cronvet, no pudiese utilizar toda la gente del batallón *Baire*, conocedores de toda la cordillera de la *Maestra* y estribos de Cambute, los Negros, Cantillo, Guiza y del Corojo.

"Desde el ya conocido campamento de *Canapú*, salió en comisión del general Maceo el Dr. Figueredo, con conocimiento del Gobierno Provisional, bastando que ahora se

inserte á continuación, como dato curioso, una cópia del itinerario que escribiera aquel en su marcha.

"*Diario de las últimas marchas.*—Marzo 29.—Salida de Canapú por Pantezuela, Pozo de Piedra y loma de Bio hasta el Júcaro Caguairanal donde pernocté.—Añadí á la misión que llevaba la de favorecer al capitán Francisco Fonséca, inutilizado de los 10 años.—Convencido de su enfermedad crónica pasamos el día 30 por Hato Nuevo y Pedregalón al cuartel del T. C. Rabi, que estaba cercado por el enemigo.—Hice que á las 7 de la noche traspasásemos el cuartel por entre *Sabanilla* y *Dos Bocas*, lo que se efectuó sin novedad, dejando burlado al enemigo.—Día 31.—Exploré el espíritu de toda la oficialidad del batallón de Jiguaní, quienes ya desconfiaban del principio de independencia, pero que no cejarán hasta no conseguir mejorar el convenio del Camagüey.—En este día dieron Rabi y otros oficiales su asentimiento al capitán Fonséca para que se fuese al pueblo de Jiguaní, lo que al fin hizo, llevando por compañero á un negro que prometió volver.—El día 1 y el 2 de Abril lo pasé en el cuartel de Rabi escudriñando y los ví firmes.—El enemigo reconocía las riberas del *Contramaestre* corriéndose por la confluencia hasta el *Cauto Lajas*, donde se le hizo un regular tiroteo.—Abril 3.—Dejándole á Rabi una carta del general Maceo, bien recomendada, despedíme por la mañana, regresando para el Júcaro por Sabanilla, la vereda de la *Moña*, montaña de Pedregalón, Hato Nuevo y el *Salto*, acampando en el rancho de *Agripina*.—Tuve noticia de que en poder del prefecto capitán Pedro Calniel, estaban detenidas las comunicaciones del Gobierno Provisional y del cuartel general, y mandé saber el motivo con el sargento Francisco Diéguez, que regresó al siguiente día con dichas comunicaciones, pues me habían sido dirigidas en particular.—Al leerlas comprendí deseaban la paz, y contesté inmediatamente para que no tomasen ninguna medida de trascendencia sin averiguar bien los motivos.—Llevó la contestación el teniente Peguéro.—Este mismo día acabo de recibir al capitán Ñáro, que sin interrogarle me dá muchas noticias de familias que deseaban presentarse por no poder soportar por más tiempo, la enfermedad de las *bubas*, el hambre y la desnudéz.—Le consolé algún tanto, y le indiqué los medios de subsanar la responsabilidad del mal ejemplo.—El mismo día por la noche han venido á verme Caniel Marrero y su hijo político Nicolás Pantoja, los dos desnudos, y solamente cubiertas sus partes vergonzosas con sacos de yute.—Dí al Camilo la única fresada que tenía y al otro una camiseta de algodón, y en pago me correspondieron con un poco de tabaco.—Me contaron que moraban á tres leguas del Cauto, donde alguna que otra vez podían coger agua, pero con mucho riesgo, lo cual procuraban evitar tomándola cuando llovía de los *curugeyes* de los árboles.—Al Nicolás Pantoja le preparé una botella con ioduro de potasio para su enfermedad de las *bubas*, y le encargué también bebiese á diario las tisanas de *guayaco*.—Se despidieron al anochecer."

"Hasta aquí la nota del itinerario que tenemos á la vis-

ta. Ahora para llenar nuestro objeto continuarémos diciendo que el Dr. Figueredo volvió á recibir en el *Caguairanal* un expreso conducido por el prefecto P. Calniel portador de una carta del Presidente del Gobierno Provisional y otra del general Maceo, y las dos, para que sin pérdida ni de minutos, fuese á reunírseles porque tenían que realizar de común acuerdo otra entrevista con el general M. Campos, marcándole á Figueredo en las citadas cartas el sitio donde lo esperaban; y no obstante haberse puesto en camino, andando á pié unas 12 leguas de sol á sol, sin probar bocado, bebiendo agua únicamente en toda la marcha, llegó tarde porque la conferencia había tenido lugar en un punto del camino kilometrado de Mayarí á media legua de Miranda, *sin resultado favorable para la paz.*

"La persecución seguía activa contra el Gobierno y Maceo, pero á la gente se la hacía pelear en los casos necesarios; y en cuanto á las comunicaciones con todos los jefes de fuerzas y con los agentes de las poblaciones no se interrumpían.

"La tropa de Maceo, de Guillermón, de Mrrtinez Freire, de Rabi y de Cronvet, toda era de color; y á lo más quedaban con ellos unas 25 ó 30 personas blancas, todos jefes y oficiales.

"Estando el general Maceo junto con los del Gobierno, acampados en una de las laderas del Barigua, una mañana se presentó al general el ayudante capitán Souvanell encargado de recorrer las avanzadas, con el parte verbal de que las parejas que vigilaban las veredas del sur, estaban resueltas, si veían llegar al enemigo, á no tirarle; y de ello que el general Maceo, quisiera provocar un conflicto.

"Guillermo Moncada y Quintín Bandera, los dos de color y jefes de fuerzas, no querían estar de acuerdo con Maceo, y de ahí, que manifestasen deseos de querer hacer la paz, por su sola cuenta, ejerciendo presión con el Gobierno Provisional.

"Todo era ya un cúmulo de contrariedades, y por consecuencia, que de conformidad con el general Maceo resolvieran enviar cerca del general M. Campos, con carácter oficial, al jefe de Sanidad, Figueredo, para que tratase de conseguir que por las líneas españolas dejasen pasar comisiones para adquirir la certeza de que en los otros departamentos se ha-

llaba extinguida la guerra, según se aseguraba en las *proclamas*, regadas por los caminos, que recorrían las columnas volantes, para en ese caso, acceder á la presión de aquellos que quisieran rendirse, y por otro lado, la de aprovechar la oportunidad de una nueva suspensión de hostilidades y de las consiguientes conferencias, para que saliese una comisión para Jamaica, sin que en nada se adhiriese al convenio, dándole 30 días de plazo para que contestase, sí ó nó, al encargo que se le confiára.

"De estas resoluciones se le mandó dar aviso al general Vicente García, por medio del vocal secretario T. C. Beola, que salió á desempeñar su cometido.

"Figueredo no tuvo inconveniente en aceptar el encargo de personarse en el cuartel del general en jefe Sr. M. Campos á condición de ser acompañado por dos de los ayudantes del general Maceo, y con anuencia de éste quedaron comprendidos los T. C. José Lacret y M. Santa Cruz Pacheco.

"Espeditada la comisión con las debidas comunicaciones de autorización, ésta salió en camino antes de amanecer, y al descender por una de las laderas del Barigua, descubrieron una guardia española, que á pié firme, y con bayoneta calada, vigilaba la vereda, por lo que se hizo alto, con precauciones; mandando dar aviso á Maceo de estar el enemigo en aquel punto, y después, al llegar frente á la citada guardia, enseñándola un trapo blanco por banderola, se le pasó aviso, esperando algunos minutos, hasta que apareció un cabo español que la condujo á la presencia del T. C. D. Francisco Nieto, jefe de aquella columna volante, y que sólo esperaba, según dijo, que su tropa concluyese de tomar el desayuno para avanzar y dar en el acto la acometida.

"Impuesto aquel jefe de que la comisión á cargo de Figueredo iba para el cuartel general del jefe de operaciones, dijo después que sabía como Maceo y su gente le quedaban á un cuarto de legua; y para comprobar su aserto hizo llamar á su presencia al práctico que lo guiaba. Este se presentó con una cara llena de vergüenza relativa: era el sargento Bausá, negro de toda la confianza del general Maceo, que 24 horas antes lo mandara el mismo general á una comisión: y que le dió la gana de irse al enemigo ofreciéndole conducirlos al campamento de Maceo.

"Se tomó nota de la conducta de aquel Judas prieto, por

que aquello y lo demás, era ya suficiente para tratar de salir de tan pesada atmósfera de descontentadizos y de traidores. Entendiéndose de los que se presentaban para ofrecer sus servicios contra los que habían sido sus compañeros.

"El aviso mandado por Figueredo le sirvió al Gobierno y á Maceo, para evitar la acometida de la columna del señor teniente coronel Nieto.

"La comisión al dejar aquel punto lo verificó descendiendo al valle, escoltada por un sargento español, natural de Mallorca, con 10 números que quiso facilitar el indicado T. coronel, y al entrar en el camino de Mayarí, llegaba por la parte opuesta el Sr. coronel de E. M. Ochando, con otra columna volante, y con aquel jefe hubo de entenderse Figueredo para ir al campamento de Miranda, después que los invitó á permanecer una hora en el otro de *Bio*, donde fué obsequiada la comisión con tazas de café, mandadas servir por el comandante D. Matías Padilla; al par que los soldados españoles querían abrazar á los asistentes (éstos eran negros) en regocijo de la paz; regalándoles galletas, azúcar y otros artículos de alimentación: y terminado el obsequio marcharon á pié hasta Miranda, desde cuyo campamento pasó aviso por el telégrafo, el coronel Ochando, al capitán general Sr. Martinez Campos, que se encontraba en el poblado de San Luis; al mismo tiempo que mandó preparar cuatro monturas para salir junto con la comisión que no tuvo inconveniente en aceptarlas.

"El general Martinez Campos, apenas se impuso del telegrama, se aproximó hasta el ingenio de la Caridad, situado en el intermedio de Miranda y San Luis, al encuentro de la comisión, acompañándole el Dr. Sr. Ledesma y el coronel D. J. Arderius; y después de recibirla y de entablar la conferencia con Figueredo, no pudo terminarla porque le apretó la neuralgia que le afectaba en un lado de la cara, determinando volverse para San Luis al ingenio del Sr. Norma, seguido de la comisión, con la que más tarde pudo reanudar la conferencia, que por último, dejaron terminada en sus preliminares á satisfacción de partes.

Figueredo, luego de poner el primer punto final á su encargo, regresó para la zona del Barigua, y por ella anduvo hasta dar con el Gobierno y con Maceo, para enterarles de lo acordado con el general Martinez Campos. Y dispuesto que

palabras que oyera, vivamente replicó: que donde él intervenía nada podía resultar deshonroso para nadie.

"Entonces, el general Calvar, como un acto de política, hizo las salvedades oportunas.

"El resultado fué, que visto por el general Martinez Campos que de lo convenido en Camagüey, ninguna de las condiciones quedaban aceptadas, ni por los generales Maceo y Calvar, ni por ningún otro de los que allí concurrieron, preguntó al primero, si sería posible que se fueran á romper de nuevo las hostilidades. A lo que el general Maceo hubo de responder, que por su parte no había ningún inconveniente en que se rompiesen desde el mismo día.

"El general Martinez Campos, sin embargo de la contestación tan categórica de Maceo, no tuvo por conveniente en aceptar la formalidad de la respuesta, por cuanto dijo: Que ya que no había otro camino, empezarían de nuevo las operaciones al terminar el plazo de ocho días, desde el siguiente al de aquella entrevista, tanto para que hubiese tiempo de que se reflexionase sobre la conveniencia de que se aceptára la paz que brindaba, cuanto para que si se persistía en no aceptarla, pudiesen ambos contendientes colocar sus fuerzas donde á cada uno le tuviera mayor cuenta; en la seguridad de que él por su parte, si no indicaba algún arreglo en el plazo fijado de los ocho días, mandaría empezar las operaciones, tomando la ofensiva, al espirar el indicado plazo.

"Y después de ponerse de pié y de dirigir un marcado saludo en general, ya ginete, y sin ocuparse de los demás de su comitiva, se lanzó por aquella sabána, suponemos que jurando y perjurando que siempre le quedaba el gran recurso del poder para hacer gastar cuanta pólvera y plomo fuesen necesarios hasta conseguir que los protestantes insurrectos tuviesen que sucumbir al logro de sus intentos. Ni menos ni más que lo que pasó en la conferencia que se ha visto tuvo lugar en los *Mangos de la sabána de Baraguá;* y conocido ese suceso hasta en sus menores detalles, ha llegado la hora de dar á conocer lo demás que hubo de hacerse en el mismo día por la tarde, después del regreso al campamento de la *Sabána de San Juan*, con el principal objeto de adoptar una resolución para reponer la falta de una Cámara y de un Gobierno que habian desaparecido de propio motivo, como lo dijera el general M. Campos, aunque en opinión de otros,

lo hicieron para pretender salvarse de la responsabilidad que en lo sucesivo pudiera caberles.

"Pero todo lo demás que se hizo después del acontecimiento de la *protesta del Baraguá*, será materia que se tratará en las páginas siguientes, en las que también se hablará del *Pacto de San Luis.*

DESPUES DE LO DE BARAGUÁ.

"Trás la salida del capitán general Martinez Campos con los de su comitiva, también lo verificó con la suya el general Antonio Maceo para regresar á la sabána de San Juan, en cuyo campamento, después de conocer el último acontecimiento, empezaron por debajo de cuerda con los trabajos de zapa, algunos de los del cuartel del general Vicente García, para que á éste se le confiara en absoluto el mando de los restos de la insurrección.

"Por la tarde del que ya podemos calificar de histórico día, hubo una junta de coronel abajo en verbo de oficiales, para poder en ella deliberar lo que fuere más conveniente, ya que habían desaparecido el *Ejecutivo* y la *Cámara;* y para mejor orden de la discusión en la junta, se le consignó por unanimidad de votos la presidencia al anciano coronel Silverio del Prado; y los puestos de secretarios á los ciudadanos Pedro Martinez Freire y Fernándo Figueredo Socarrás los que prometieron ser fieles al desempeño de su encargo.

"Abierta, pués, la discusión al aire libre, por el C. Presidente, algunos hablaron en pró de la conveniencia de que se diese desde aquel mismo día el mando con las consiguientes facultades, á uno de los generales que quedaban en la insurrección, de lo que tenía que resultar que había de ser favorecido, bien el general V. García ó el general A. Maceo, ó el general M. Calvar, y hallándose la mayoría de las opiniones en divergencia, pero muy unánimes para no aceptar nada del convenio del Camagüey, y que se llevase adelante, y con todas sus consecuencias la protesta hecha en Baraguá, después que hablaron los ciudadanos Pedro Martinez Freire,

mer una gallina con arroz, de las que su gente tomára en *Dos Caminos.*

"Y aceptando Figueredo el convite para después que hablara con los generales Calvar y Maceo, lo que hizo en breve tiempo; luego, al sentarse para empezar á comer, el coronel J. Maceo, le dijo con sorna, "Vamos á ver mi amigo D. Félix, ¿qué hubiera V. hecho si yo, en vez de haber asaltado anoche á Dos Caminos, hubiera caido en el Cristo para traerme prisionero á su amigo el general Martinez Campos?"

"¡Caramba, coronel!, que tiene la pregunta más espinas que una palma de Corojo! Pero, ¿qué había de poder hacer? Hubiera intercedido con todo mi espíritu en la misma casa, antes de salir al monte; y de no conseguir nada por el derecho que V. tenía, en vista de ignorar cuanto pasaba y de no estar suspendidas las hostilidades por aquellas zonas entonces no hubiera tenido otro camino que escribir una declaratoria de inocencia, que también hubiera hecho firmar á los del Gobierno junto con su hermano Antonio, y después, tal vez hubiera tenido que pegarme un tiro con esta pistola Remington que nunca me abandona, para que nadie hubiera podido sostener que había tenido connivencia en ese asunto. Es lo que pienso que pudiera haber hecho."

"Pues amigo D. Félix, contestó José Maceo:—puede V. comer tranquilo, pero á la verdad, que si no hubiera sido porque V. estaba por allí, y por mi hermano Antonio, según los informes que me diera el bodeguero del Songo, ¡quien sabe!, á estas horas lo demás que pudiera haber hecho."

"He aquí por qué dijimos que la *Fortuna* preside á todos los sucesos de la vida."

Pacto de San Luis.—Conclusión. (1)

"Facilitados por el Gobierno Provisional al general Antonio Maceo los jefes que reclamaba para que le acompañasen al extranjero; y por el general M. Campos el buque de guerra *Fernando el Católico*, para que condujera al citado general Maceo á la isla de Jamaica, con los que debían acompañarle, después de tener efecto la salida, precediéndole el almuerzo de despedida que el general Martinez Campos diera á Maceo en el ingenio del Sr. D. Antonio Norma; las fuerzas de Guillermo Moncada, de Quintín Bandera y otras ejercieron presión amenazadora sobre el Gobierno Provisional para que se les arreglara de modo que quedase adherido al *nuevo convenio;* y el Gobierno Provisional para no aparecer que faltaba al compromiso contraido con el general Maceo, *de esperar á su regreso durante un mes, ó de saber si no había posibilidad de conseguir recursos*, se vió forzado á devolver los poderes al pueblo después de levantar acta de los motivos que le obligaban á disolverse; declinando toda responsabilidad y formulando la correspondiente protesta.—En su consecuencia quedó disuelto, y pocos días después entraron en el poblado de San Luis las fuerzas de Guillermo Moncada, de Quintín Bandera, de José Maceo y la escolta de su hermano el general, así como en Guantánamo lo verificaron las de Prado y las de Martinez Freire; en Mayarí las de Luis Feria, Benigno Marrero y Antonio Doria y en Holguín las que mandaba Jesús Rabi. Las de Flor Cronvet y su primo Emiliano quedaron en la Sierra de *Brazo escondido*, aunque luego se adhirieron según órdenes del brigadier Guillermo Moncada.

"*Todos obtuvieron más amplias concesiones materiales consistentes en el aumento de soldadas, en* 60 *raciones de las que con abundancia tenían las factorías y en ropa de vestir:* todo esto con el principal objeto de que ninguno tuviese necesidad de emplear la fuerza para atender á sus necesidades, y de que tampoco vagasen en busca de recursos, y para que pudiesen emplearse en las fincas de labor, en las azucareras

(1) Dos pactos; primero el del Zanjon: segundo; el de San Luis.—N. del Autor.

y en los trabajos del ferrocarril: y por fin rompieron filas en los últimos días del mes de Mayo, los que habían sostenido con las armas desde la primera quincena de Marzo la protesta del convenio del Zanjon en Baraguá.

"Algunos como los que estaban por las *Sierras de Manzanillo*, con Ignacio Diaz, continuaron la guerra, sin querer aceptar ninguna proposición, no bastando las diligencias que se hicieron para atraerlos, pero como el que escribía estos apuntes marchó para el extranjero, no quiso ocuparse más en tomar notas, ni tampoco en averiguar como terminára en las Túnas el general Vicente García."

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

Número 1.—"El Corresponsal de Campaña del *Diario de la Marina* y de *La Voz de Cuba*.—Cuartel General del General en Jefe, Dr. F. Figueredo.—Estimado amigo. Han dejado de ser los Supremos poderes de la República, porque el pueblo del Centro y las Villas han determinado celebrar un tratado de paz con España y en su consecuencia han constituido un Comité para que entienda en el asunto y ésto á su vez ha nombrado una Comisión de sus miembros Brigadier Rodriguez y Comandante Enrique Collazo para que pasen á Oriente á entenderse con los patriotas que combaten en estas comarcas. El Comité me invitó para que acompañase á sus comisionados en su delicada misión, y yo acepté la invitación. El General Martinez Campos ha puesto á disposición del Comité las vías de comunicación y transportes de que puede disponer para que sea más pronta la solución del asunto, y aquella Autoridad creyó conveniente aceptar el ofrecimiento y con tal motivo hace 48 horas que desembarcamos en Santiago de Cuba. Por la misma razón las hostilidades han quedado suspensas en todo el territorio de la República. Es urgente que se ponga de acuerdo con el Jefe de la División para que celebremos una conferencia en el punto que dispongan para enterarles de las negociaciones. Marchemos con este fin donde se encuentra el General Maceo y miéntras tanto puede V. dirigir su contestación al Campamento de la *Curia* ó al Jefe de la zona de *San Luis*. No extrañe el membrete del papel, pues siendo esto urgente y no teniendo otro, no puedo dejar de escribirle.—Soy de V. con la mayor consideración y aprecio su más afectísimo compañero y amigo.—Firmado.—*Máximo Gómez*. Campamento de la *Curia*, Febrero 16 de 1878."

Número 2.—"Comandancia General de Cuba.—Tercera Brigada. —E. M.—Sección.—El Comandante General de la División en telegrama de anoche me dice lo siguiente:—General en Jefe.—En telegrama de hoy desde Puerto Príncipe me dice: «En este momento desfilan fuerzas capituladas del Camagüey, á su cabeza Jefes y Diputados.—Lo participo á V. para general conocimiento.—*Dabán.*»—Cauto, 1º de Marzo de 1878.—Es copia.—El Brigadier, *Camilo Polavieja.*"

Número 3. *Otro.*—Comandante General de Cuba.—Tercera Brigada.—E. M.—Sección.—S. P.—Cauto Abajo, Marzo 3 de 1878.—Sres. Comisionados del General D. Modesto Diaz. Muy señores mio y de mi consideración· Contestando á la atenta de ustedes tengo la satisfacción de participarles que continúa la suspensión de hostilidades; y que el General D. Arsenio Martinez de Campos, llegó ayer á Manzanillo con objeto de ver á D. Modesto Diaz; y luego seguirá para esta jurisdicción con objeto de avistarse con D. Antonio Maceo. Se repite de ustedes con toda consideración S. S. Q. S. M. B.—*Camilo Polavieja.*"

Otro.—Mayor General Antonio Maceo, Jefe del Departamento Militar de Oriente.—*Cristo* y Abril 28 de 1878.—Mi querido y respetado General. Esta mañana llegué á esta Estación y sigo viaje para *Santiago* á la tarde. He tenido una larga y esplícita conferencia con el General Martinez Campos, y no puedo menos que estar satisfecho por ser Ayudante de Vd., del alto aprecio en que ese Jefe tiene á Vd. por sus indiscutibles méritos. A una simple indicación mia el General Campos ha mandado no á suspender hostilidades sino que sus fuerzas no penetren en ciertas zonas; el temor que vuelva á suceder lo del *Arroyo* aquel y el de que la traición de uno de los nuestros le hiciese caer en poder del enemigo, me han hecho hacer la indicación como ya le digo, al Sr. Campos. ¿Mas, no sabe Vd. lo que me contestó este Jefe? «Si el General Maceo cae prisionero, le ofresco, Sr. Lacret, que su Jefe sería puesto inmediatamente en libertad, pues es grande la admiración que me inspira». Si Vd. desaprueba lo que manifiesta la orden, y que es copia de la que se ha expedido. Vd. me dispensará su atención al sentimiento que me ha animado y que estoy seguro sabrá Vd. apreciar. Cuanto ántes estaré á su lado. Su afectísimo subordinado, *José Lacret y Morlot.*"

Otro.—"Sr. D. Manuel Calvar.—*Cristo*, 29 de Abril de 1878.—Muy Sr. mio y de toda mi consideración. El Dr. D. Félix Figueredo me ha entregado su atenta carta del 27 y me ha enterado detalladamente de la comisión que ustedes se han servido confiarle. Queda, desde luego, autorizado el Sr. D. Antonio Maceo para pasar al extranjero con las personas que deban acompañarle, debiendo ustedes manifestarme el punto en que deba verificar su embarque y el número de personas para la capacidad. Dicho señor con esta carta ó pasa-

porte mio, puede libremente dirigirse donde guste, en la seguridad de que no sólo no será molestado sino que tanto las Autoridades como Jefes militares le prestarán los auxilios y consideraciones que se merece, y si desea podrá acompañarle un Coronel del Estado Mayor para obviar las dificultades de detalles que se presenten. Reitero á Vd. y á esos Sres. la seguridad de mi consideración. S. S. Q. S. M. B. *Arsenio Martinez de Campos.*"

Otro.—"Sr. D. Antonio Maceo.—*Cristo* 29 de Abril de 1878.—Muy Sr. mio y de toda mi consideración. He recibido la expresiva carta de usted del 27, y no hay motivo para las gracias que V. me dá: yo tengo prevenido que cuando llegue la familia de Vd. sea recibida con toda atención. La casualidad ha hecho que caiga en mi poder una carta que usted dirigía el 4 del pasado al Sr. Flor Cronvet y los sentimientos caballerescos que en ella manifiesta Vd. anatematizando un proyecto contra mí, me han impresionado vivamente y desearía tener ocasión de estrechar la mano de Vd. como amigo, pues que ha sido enemigo leal. Se repite de V. con toda consideración S. S. S. Q. S. M. B.—*Arsenio Martinez de Campos.*"

Otro.—"Al Mayor General Antonio Maceo, 3 de Mayo de 1878.—*Barigua.*—Tengo el honor de adjuntar á Vd. la credencial é instrucción de la comisión que le ha confiado el Gobierno de la República. Teniendo el Gobierno necesidad de que dicha comisión se lleve á término en el más breve plazo posible ha acordado con esta fecha salga Vd. para el extranjero el día 6 del corriente mes. Al cumplimentar V. la orden del Gobierno hará uso de los elementos de transporte que al efecto ha puesto el General en Jefe del Ejército enemigo, Excmo. Sr. Capitán General D. Arsenio Martinez de Campos á disposición del Gobierno de la República. Para el mejor cumplimiento de su misión el Gobierno ha dispuesto le acompañe á Vd. al extranjero los jefes siguentes: Brigadier Arcadio Leyte Vidal; Coronel Juan Rius Rivera y Tenientes Coroneles Miguel Santa Cruz Pacheco y José Lacret. Caso que por virtud de la campaña no se encontrase presente el Coronel Rius al momento de marchar, el Gobierno se cuidará que inmediatamente salga á incorporársele tan pronto llegue á la residencia del Gobierno. El Gobierno espera se sirva avisar á la mayor brevedad posible el lugar que escoja para efectuar su salida fuera de la Isla, pues desea ponerlo hoy mismo en conocimiento del General Martinez Campos para los efectos consiguientes. Admita usted, et cétera."

Otro.—"El Mayor General José Antonio Maceo al Presidente del Gobierno Provisional.—*Cuartel General en Barigua*, Marzo, 3 de 1878.—Presidente.—Tengo el honor de acusar á Vd. recibo de su escrito de esta fecha y al ocuparme de lo que se refiere á los jefes que deben acompañarme en mi comisión debo significar á Vd. que me es extraño no aparezca el Brigadier Félix Figueredo quien, como

antes he manifestado, me es de absoluta necesidad para el mejor desempeño de mi cometido, conocidas como son las cualidades que á este Jefe adornan. Por otra parte, veo grandes inconvenientes en mi marcha dejando por detrás al Coronel Rius toda vez que tanto por las operaciones cuanto por otras poderosas razones pudiera suceder que dicho señor no se me incorporara. Si como creo el Gobierno está dispuesto á zanjar las dificultades que pudieren presentarse en obsequio del buen resultado de mi comisión, no dudo que tomará en consideración todo lo expuesto, pues de lo contrario, estén convencidos que habrá de tropezar con mil inconvenientes que harán inútiles todos mis esfuerzos y yo espero que en este concepto no se me impelerá á hacerlo á fin de evitar que más tarde pueda esto redundar en desprestigio mio. Soy, &.—*Antonio Maceo*, General en Jefe."

Otro.—"*Barigua*, Mayo 8 de 1878.—Sr. Brigadier F. Figueredo. —Mi estimado amigo. Sale el General A. Maceo con sus compañeros para tomar el buque que debe conducirlo al Exterior. Siendo tú uno de ellos lamento que no nos hayamos visto á última hora para darte un fuerte abrazo de despedida. Según he podido enterarme por una carta, que la casualidad puso en mis manos y que desde el campo enemigo dirige el Teniente Coronel Lacret á Maceo, á indicación del primero se ha conseguido que el General Martinez Campos neutralizara una zona, que es en la que nos encontramos, parece que con la idea de que se realice la salida del General. El Gobierno, que no ha intervenido en dicha zona, supone que su neutralización terminará tan luego salga el General Maceo. Antes de separarte de Cuba, te suplico te acerques al General Campos y le signifiques nuestro agradecimiento por su buena disposición en servirnos en todo lo que ha sido lógico, dada la situación que atravesamos. El ex-coronel Mariano Torres se halla entre nosotros, fué hecho prisionero por el Teniente Calunga en *Piedra Blanca de Holguín*, Limbano Sanchez lo remite á disposición del General Maceo. Deseándote verte, se despide tu amigo.—*M. Calvár.*"

***

Por lo que se ha leido, *queda probado que la paz no se alcanzó en el Pacto del Zanjon:* que después hubo reñidos combates en Oriente, que se efectuó por Maceo, á presencia del general Martinez Campos, la enérgica *Protesta del Baraguá*, y que hasta fines de Mayo, no rompieron filas las fuerzas de Maceo en San Luis, las de Prado y Martinez Freire en Guantánamo; las de Feria y Marrero en Mayarí; y en Jiguaní y Brazo Escondido, las que mandaban Rubí y Flor Cronvet. Que después se pactó nuevamente logrando mayores ventajas materiales que las obtenidas en el *Pacto del*

Zanjon; y que á pesar de *ambos pactos*, de las pagas concedidas á los jefes y oficiales insurrectos, de los banquetes á blancos y negros, de los cumplimientos y agasajos y otras UTILIDADES que por altas miras de decoro, no deben mencionarse, la paz fué una ilusión. Quedaron partidas ocultas.

Calixto García Iñiguez protestó contra el *Pacto del Zanjon* y sus más íntimos compañeros que luego cayeron prisioneros, perdieron la vida, entre ellos, Pío Rosado, célebre por su desafío con Ferrer de Couto. La llamada *nueva guerra* y que no fué otra cosa que la continuación de la primera, no se hizo con agasajos y banquetes, y para acabarla, tal era su potencia, se necesitó año ó medio, ocasionó más de 2,000 víctimas, y para afirmar la paz en 1880, se deportaron 1,500 hombres. Esto era de esperarse cuando se sabía que fueron muchos los *insurrectos no convenidos*, de lo que se lamentó en el Congreso el distinguido orador. Sr. Labra, y no negó ningún otro diputado de la Nación.

Pongamos punto final y prepárese el lector para leer el tan renombrado *Pacto del Zanjon* y la continuación de la guerra después del *Pacto de San Luis*, hasta que se acabó definitivamente á fines de 1880.

CAPITULO XX.

EL PACTO DEL ZANJON.

Operaciones en las Villas.—El general Acosta.—Tres tendencias.—Paz en el Camagüey.—Guerra en Oriente.—Encuentros y acciones.—Pruebas.—En el Zanjon no se consiguió la paz.—Premios á generales y jefes.—Paralelo.—Lo dicho por el Sr. Labra.—Idem por el Sr. León y Castillo.—Carta de Martinez Campos á Cáno vas.—Santos Guzmán.—El Sr. Alarcón.—Opinión del autor.

"En 1878, en el sitio llamado *Rompe*, aceptó, (el brigadier Belisario Grave de Peralta) impelido por sus compañeros, el pacto del Zanjon. Pocos meses después supo por confidencia que trataban de prenderlo, y reuniendo las fuerzas *que aún vagaban por las inmediaciones* se lanzó nuevamente al campo de la guerra. Durante *nueve meses* próximamente luchó hasta quelas circunstancias le obligaron á pactar con el Gobierno. (¿Dos pactos?)

24 de Abril de 1888.—*El Criollo.*"

"El jefe Pío Rosado no se conformó con el pacto del Zanjon y vino á Cuba á pelear con otros compañeros capitaneados por el mayor general Calixto Carcía Iñiguez: cayó prisionero y fué pasado por las armas."

I.

La campaña de 1877 no fué de grandes combates.

En las Villas operaba el veterano coronel D. Salvador Ayuso, y en la reñida acción que sostuvo con pérdida de muchos hombres, tuvo la suerte de encontrar al enemigo en completa desorganización; lo cual en nada afecta á su pericia y siempre probado arrojo.

La fuerza de Roloff estaba dispersa en los bosques disfrutando, en los ranchos, *de sesenta días de licencia temporal*, por cuyo inexplicable motivo el coronel Sr. Ayuso no tuvo que batirse con enemigos muy superiores.

El general en jefe, en sus órdenes é instrucciones, dió á conocer el espíritu que le animaba, y los insurrectos lo interpretaron á su sabor. La idea de un *pacto*, única salvación

que tenían, les daba la importancia de beligerantes, y los más fieles á la revolución vieron en él un medio de concertarse y obrar después, como mejor pudieran, en defensa de la independencia de Cuba.

Desde este momento las negociaciones fueron aumentando y vióse al general Acosta y Albear inclinar el ánimo de algunos insurrectos hácia los planes del general Martinez Campos, por patriotismo y amor á su país.

Al poco tiempo, los insurrectos entraban y salían de nuestros campamentos, se abrazaban con nuestros soldados y sus generales y jefes y oficiales iban del brazo con los nuestros.

La idea de la paz se enseñoreó de nuestros soldados, y del enemigo, sin que pudieran apartarla los revolucionarios más fieles; pero cada cual sacó partido de las circunstancias preparándose para el porvenir, como ya hoy, después de algunos años, puede asegurarse.

Un refrán dice: "donde vá Vicente vá la gente," y esto fué lo que ocurrió á la heterogénea colectividad separatista; pero, una vez festejada la paz, con iluminaciones y salvas y coronas de oro y de laurel, se desarrollaron ciertas tendencias que clasificamos del siguiente modo:

PRIMERA TENDENCIA.—La de los cansados.

SEGUNDA TENDENCIA.—La de los convencidos.

TERCERA TENDENCIA.—La de los diplomáticos.

Los cansados hicieron lo que unos viajeros hambrientos y fatigados, que después de sufrir grandes penalidades en arenosos desiertos se encontráran en su penoso viaje un oásis poblado y rico donde saborear buenos manjares y beber esquisitos vinos, tendidos en hamacas bajo la sombra de frondosos árboles.

El oásis de los cansados fué el pacto del Zanjon.

Una vez tomado el necesario descanso los viajeros se dividieron; unos prefirieron las dulzuras de Cápua; otros se determinaron á empuñar nuevamente el cortante machete é incorporarse á sus antiguos compañeros que protestaron contra el pacto.

Los convencidos, pueden compararse á aquellos musulmanes de Granada que perdían la fé. Ya no irán más en ostentosa peregrinación á la Méca, y beberán vino con el desenfado de cristianos viejos. Si pudieran vencer optarían por la guerra: como saben que en la guerra sucumbirían,

optan por la legalidad que los ampara y proteje. Bienvenidos sean.

Y ¿qué diremos de los diplomáticos? Muy poco. No fueron insurrectos, ni leales: parecidos al Coloso de Ródas, tuvieron un pié en cada orilla; han logrado, por ello, el desprecio de todos: justo castigo á su indigno proceder.

El Pacto del Zanjon, como se ha visto, fué una parada de ferrocarril el descenso de unos viajeros fatigados después de escalar la cúspide del Turquino; la detención de un regimiento en marcha por la crecida de un rio, una paz tan ficticia como lo había sido la de Santiago de Cuba, por ejemplo, con su *Te Deum* y todo.

Con lo expuesto toscamente, á vuela pluma, basta y aún sobra para el objeto que me he propuesto en estas páginas. Réstame probar, con pruebas irrefutables, que desde principios de Febrero de 1878 á 26 de Agosto de 1879 hubo cabecillas sin obligarse por el *pacto*, partidas insurrectas, columnas que las perseguían y sangre derramada, es decir, todo lo que antes del *pacto* existía. Veámoslo.

En los mismos días en que Martinez Campos, con la seriedad de un pacificador, daba los últimos toques á su *pacto del Zanjon*, los insurrectos de Oriente se batían con ventajas positivas.

Antonio Maceo se apoderó de un convoy que iba al punto llamado *La Florida* copando á toda su escolta y tomándonos 28,000 cartuchos; la columna del batallón de *Madrid*, tuvo un encuentro, en el que murió luchando cuerpo á cuerpo el teniente coronel D. Ramón Cabezas con el capitán insurrecto D. Valentín Consuegra.

En los días 1, 4 y 7 de Febrero de 1878, sostuvo reñidísimos combates el batallón de *San Quintín* comandado por el coronel Sanz Pastor, debiendo su salvación á una columna de auxilio.

El día 14 de Mayo tuvo lugar la protesta de Maceo; y, poco después, el coronel insurrecto Martinez Freira derrotó en Guantánamo á una fuerza, haciendo muchos prisioneros, entre ellos un comandante, al que se respetó la vida.

A raíz de *la paz zanjoniana* columnas nuestras perseguían con actividad en los bosques de Manzanillo, á los jefes insurrectos Ignacio Diaz, José Guerra y Augusto Mariño.

También hubo persecuciones por las Villas y Morón. Por

esta última jurisdicción siguió peleando D. Ramón Leocadio Bonachea, que no quiso aceptar lo del Zanjon: fué incesantemente perseguido por el batallón de *Alfonso XII* y una guerrilla mandada por el teniente D. Cecilio Ortega, con los que sostuvo combate, siendo gravemente herido este último oficial, que debió la vida á los asiduos cuidados del médico D. José Gomar. El capitán de *Alfonso XII*, D. Nicolás López, por aquellos tiempos que se llamaban de paz, obtuvo el grado de teniente coronel por haber tomado al enemigo 19 *caballos*. Esta sorpresa y su satisfactorio resultado hubiera tenido gran importancia, dada nuestra guerra, aún en su época más potente.

¿No bastan estas pruebas?

Pues, atención.—

Cuatro compañías del batallón de *Chiclana*, mandadas por el comandante Barrena, estuvieron operando por la parte de *Bacuinos*, Sancti Spiritus y se formuló propuesta de recompensas á favor del comandante Carlés, capitán Rodriguez, teniente Sanchis, alférez Costa y otros, por los servicios prestados en las operaciones.

La guerrilla de *Simáncas*, por el punto llamado *Caja de Agua*, sostuvo un encuentro, donde sufrió 14 *bajas*, entre muertos y heridos.

Otras fuerzas y guerrillas, estuvieron operando, como nos lo han asegurado algunos jefes y oficiales, desde el mes de Noviembre de 1878, hasta Abril de 1879, (cuatro meses antes de que principiara en Mayarí lo que se llama segunda guerra) y se formularon propuestas por los servicios prestados.

El coronel D. Julian Fernandez, con un batallón del regimiento de *España* estuvo en operaciones después del *Pacto*, entre Bayamo y Manzanillo, contra dos ó tres partidas de insurrectos que no habían asentido al pacto.

En Puerto Príncipe, no se interrumpieron las operaciones de reconocimiento, trabajando mucho el coronel don Adolfo Jimenez Castellanos; y cuando invadió la provincia la partida de Goyo Benitez, se vió perseguida y acosada por varias columnas hasta su completa dispersión.

En 1878 el coronel Sr. Mantilla con su regimiento operó por la jurisdicción de Holguín, y una vez admitió la presen-

tación de algunos insurrectos que no habían dejado de estar sobre las armas ni un sólo día.

Por la parte de Santiago de Cuba también hubo operaciones de campaña, lo mismo que en la jurisdicción de Santa Clara: en la *Ciénaga de Zapata*, y esto prueba que la guerra seguía en pequeños grupos, como antes, existían partidas lo cual es público y notorio.

En Noviembre de 1878 una partida insurrecta sostuvo rudo combate con la guerrilla de *Simáncas*, que mandaba el activo teniente Carrión en el sitio conocido por *Ciego Potrero* y *Vereda del Caballo* en la jurisdicción de Sancti Spiritus, causándonos la pérdida de *once* valientes. Más de doscientas acciones de antes del *pacto* tuvieron menos bajas.

En los últimos días de Enero de 1879, siete meses antes del alzamiento de Mayarí, una partida atacó en el potrero *La Ceiba* á una fuerza del regimiento de caballería de la *Reina*, mandada por el teniente Marchante, quitándoles 27 caballos con armas y monturas. Parecido á lo que pasaba antes del Zanjon.

En Febrero del mismo año, *seis meses* antes del ataque de Mayarí el teniente Zapáta, perteneciente al 2º escuadrón de cazadores, batió al enemigo en *Guano Alto* rescatando 18 caballos que pertenecían al regimiento de la *Reina*. Lo mismo que antes del *pacto*.

El poblado de los *Perros* se vió invadido por fuerza enemiga y fué saqueada y quemada la tienda de D. Pedro Prieto, de la que se llevaron los armamentos que allí estaban almacenados.

En Julio de 1879, *un mes* antes de comenzar en Mayarí la llamada segunda guerra, fueron entregados al general Blanco, en la trocha, tres números del periódico "La Revolución," y en uno de ellos se leerán las cartas que Valdés dirigió al Presidente de la junta cubana en Nueva York, junta que sostenía la guerra y se opuso al *pacto*.

Copiémos un telegrama oficial dirigido al general en jefe por el mariscal de campo D. José Valera, cuyo telegrama fué publicado en el DIARIO DE LA MARINA. Lleva por fecha 18 *de Octubre de* 1890 y decía:

"..... que se habían presentado los cabecillas Agustín Mariño y José Guerra QUE NO HABIAN CAPITULADO EN LA ANTERIOR CAMPAÑA."

¿Cuántas guerras ha habido en la isla de Cuba, desde el grito de Yara?

—Una sóla, que ha durado doce años y días.

¿Y si la historia cuenta que las guerras fueron dos?

—No será veraz la historia.

Aprobado.

No puede negarse, pues, que la guerra de Cuba fué una é indivisible; si es político y conveniente sostener que hubo dos gritos, dos guerras, la primera y la segunda, y por tanto, dos pacificaciones materia será de la incumbencia de otros escritores. A nosotros nos basta con la demostración, bajo el punto de vista militar, de que después del grito de Yara no ha habido otro en Cuba.

Podrásenos objetar que la realidad de partidas insurrectas en los campos no se opone á la verdad de la paz, pues no es extraño que después de una guerra queden partidas sueltas de intransigentes. Tal objeción, más especiósa que sólida y cuyo fundamento es el que ha servido para falsear la verdad de lo ocurrido, merece una cumplida contestación; y no seré yo quien deje de intentarla.

En la Península, después del convenio de Vergára, el heróico general D. Baldomero Espartero, conservó en mano, su espada victoriosa para acabar, como acabó, con los restos de las huestes del absolutismo dirigidos por un hombre de génio: Ramón Cabrera; el general Martinez Campos, envainó la suya, se dejó festejar por todas partes, y dijo: "*que desde el Cabo de San Antonio á la Punta de Maisí no había un insurrecto;*" El Duque de la Victoria no dejó á sus soldados hasta que acabó con los carlistas en todas las provincias; el general Campos embarcóse para la Península dejando á los suyos enfrente de partidas insurrectas que no quisieron admitir *el pacto del Zanjon.*

El Conde de Luchana se abre paso por su inteligencia militar "*á través de tres grandes campañas;*" y después de grandes victorias "*es aclamado por el país, pacificador de España, título que hará inmortal el nombre del Duque de la Victoria.*"

El general Campos no llega á la más alta gerarquía militar á través de tres grandes campañas y su título de pacificador de Cuba no le ha sido dicernido por aclamación.

Los carlistas no tuvieron la importancia que se les reco-

nocía antes de Vergára; los insurrectos de Cuba, después del pacto se crecieron, y la tuvieron verdadera, como así lo declaró el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

El Solitario de Logroño se hizo aplaudir por sus compañeros de fatigas y glorias; el general Martinez Campos no tiene el aprecio de sus subordinados, como lo probó elocuentemente en las Córtes el popular y arrogante general D. Manuel de Salamanca y Negréte. ¿Quién no leyó en la manigua los discursos del diputado por Tortósa?

El héroe de Luchána, hizo el convenio con un entendido general que mandaba un ejército numeroso, disciplinado y valiente, compuesto de artillería, infantería y caballería; con un enemigo que guarnecía plazas fuertes y ciudades y villas y pueblos, con fábricas de armas y pertrechos de guerra; con un contrario que se veía alentado en el extranjero por reyes y príncipes.

El general de Sagunto celebró el pacto con un presidente que no procedía de ninguna escuela militar, y al que sólo seguían 5,700 hombres, según el bien enterado Ministro de Ultramar Sr. Elduáyen; con un enemigo que no guarnecía plazas fuertes, ni ciudades ni villas, ni pueblos; con un enemigo sin vituallas, ni buen armamento; con un enemigo que por su inferioridad numérica, ya que no por falta de valor, tenía que aguzar constantemente el ingenio para burlar la persecución de soldados bien armados y valientes.

El grupo insurrecto carecía del apoyo de las naciones extranjeras y del auxilio de los cubanos; el general español tenía toda clase de elementos para las necesidades del ejército; disponía de muchos millones de pesos duros, y tenía dispuesto á un periodismo de gran circulación, que cantaba las glorias del *Pacificador!*, el partido que se llamaba conservador le era adicto; como le auxiliaban con sus simpatías, por no entenderlo, muchos cubanos. El general insurrecto carecía de medios para continuar la lucha en medio de un millón quinientos veinte y un mil seiscientos ochenta y cinco habitantes, que sólo anhelaban la paz para volver á sus campos, reconstruir sus casas y dedicarse al trabajo necesario, sin cuidarse poco ni mucho del porvenir político del país.

Todavía habrá quien diga: como la segunda guerra ha carecido de importancia no podemos considerarla más que

como una ligera perturbación producida por los restos de las partidas que no pactaron.

¡No tuvo importancia lo de Mayarí, en que nos hicieron sesenta bajas!

¡No tuvo importancia la acción de *Alto de la Doncella* donde fué herido el teniente coronel Puyan, y sufrieron setenta bajas los batallones de infantería de *Marina* y de *San Quintín!*

¡No tuvo importancia la captura y fusilamiento del brigadier insurrecto Pío Rosado, de Juan Soto,, Natalio, Enrique Varona, Manuel Cortés, Miguel Cantos, Félix Morejón y Domingo Mesa!

¡No tuvo importancia y se impuso la pena de muerte á muchos en Oriente!

¡No tuvo importancia y se condecoró con la cruz de San Fernando á nuestros valientes soldados de caballería del *Rey*, José Guillén Cabrera y Ramón López é Iglesias!

¿No perdimos algunos convoyes? ¿No se fusilaron á centenares de insurrectos?

¿El teniente coronel, Sr. García Navarro, no derrotó en las Villas, al cabecilla Carrillo, haciéndole algunos prisioneros y 33 muertos al frente de la valiente escolta del señor general Blanco? ¿No se derramó preciosa sangre en los campos de Holguín, Túnas, Bayamo y Santiago de Cuba? Ocho meses antes del levantamiento de Mayarí, en Agosto de 1879, ¿no se redujo á prisión, en la Habana, al ex-jefe de la insurrección D. Pedro Martinez Freyre, que debía ponerse al frente de una conspiración en Stgo. de Cuba? (1) No aumentó la insurrección de Mayarí, en el departamento Oriental, en más de *tres mil hombres*, como lo dijo en el Congreso el Ministro de la Gobernación Sr. Romero Robledo? ¿No duró la mal llamada *segunda insurrección* hasta el 10 de Diciembre de 1880, en que se dió oficialmente por concluida por el general Blanco? Y para alcanzar la paz, ¿no se derramó sangre en abundancia, como lo saben el general Polavieja y los brigadieres Pin y Ayuso? ¿Después de la guerra, para con-

(1) En 26 Junio del 78 la policía sorprendió en la Habana una imprenta clandestina en la que se imprimían circulares y nombramientos de jefes insurrectos; y en la calle Ancha del Norte se ocupó un carro cargado de pertrechos de guerra habiéndose iniciado la sumaria, cuyo resultado no sabemos.

solidar la paz, no hubo 1,500 deportados? (1) ¿No se levantó, por fin, el estado de sitio en la provincia de Santiago de Cuba, según el Decreto de 28 de Junio de 1881, por el señor Marqués de Peña Plata? ¿No queda probado, con lo expuesto, que la guerra tenía importancia, y que no se acabó por seguir el sistema empleado por el general Martinez Campos, aunque lo dijeron así en las Córtes algunos diputados poco enterados de lo que ha ocurrido en Cuba?

La *zanjoniana* fué una ilusión, un punto luminoso de esperanzas, que se apagó con la prontitud con que se apagan las voladoras chispas de un incendio.

Si después de lo dicho, se nos quisiera todavía convencer por alguno, de que la segunda guerra no tuvo verdadera importancia, y que las insignificantes partidas en los campos eran restos dispersos, sin valor alguno para desmentir la paz *verdadera del Zanjon*, mencionaría entónces, obligado por las exigencias de la lógica, á los generales Blanco, Polavieja, Valera y Callejas; al primero porque fué premiado con la gran cruz de San Fernando por háber dado fin "*á una gloriosa campaña;*" y los tres siguientes por el empleo de tenientes generales con que se premió sus méritos de guerra; mencionaría á los brigadieres Cuenca y Pando por el justo ascenso que obtuvieron; citaría al mismo Pando, con Calleja, Berriz, Pin Ayuso y el contra-almirante Beranger, por las grandes cruces que alcanzaron por sus servicios de guerra; mencionaría á los coroneles que por su intrepidez en los combates recibieron el fajín de brigadier, como Suárez Valdés, mi amigo Santalís y otros que no recuerdo.

Bien se comprenderá que si sólo se hubiesen perseguido bandoleros, el ministro de la Guerra no hubiera presentado á la firma del Rey, las propuestas para generales, coroneles y oficiales ó grandes cruces de San Fernando y plácas de la guerrera orden del Mérito Militar.

No concluiré las pocas páginas que he dedicado al *Pacto* sin reconocer que tuvo un mérito: dar vida constitucional á la colonia.

Por lo demás, ni con él se logró la paz, ni la reconciliación de los ánimos, como lo aseguró, en célebre banquete

(1) Nos consta que fueron 1,500 los deportados de Oriente.

de los autonomistas en Tacón, el convencido político señor Govín.

El *pacto* fué una victoria política; militarmente fué un desastre; la guerra siguió su curso sangriento.

Muchos insurrectos sucumbieron á la venalidad y torpes manejos de otros que habían jurado morir ó vencer por Cuba libre, empeñando los juramentos tan hiperbólicamente ensalzados por sus periódicos.

Muchos de los que pactaron, volvieron luego á sus peligrosas aventuras. Otros que no lo aceptaron protestaron en *Baraguá*, á presencia de Martinez Campos y de Polavieja, y por último, el Dr. Figueredo y otros, pactaron en *San Luis*.

Los prohombres más caracterizados del partido autonomista rechazaron la guerra, y su principal periódico "El Triunfo," no perdió ocasión para estigmatizar la conducta de unos hombres que prolongaban las desgracias y lástimas pasadas dando una muestra de hondo patriotismo que pudo apreciar en su justo valor el general D. Ramón Blanco y Erénas, afirmando que "la activa cooperación de ese partido valía más que un numeroso ejército de refuerzo." Fueron sus palabras.

No puede negarse que en los montes quedaron partidas después del *Zanjon;* que cabecillas que lo aceptaron empuñaron otra vez los machetes: que otros conspiraron en las poblaciones.

D. Rafael Mª de Labra, en el Congreso, en sesión de 20 Julio de 1884, después de enaltecer las glorias de la Nación española y "*la grandeza del génio ibérico*," dijo con su acostumbrada lealtad y elocuencia:

"Miéntras allá en los Estados Unidos y con motivo de las elecciones presidenciales, vuelven á agitarse ciertas ideas de expansión y simpatía por determinados movimientos del resto del continente americano, muchos cabecillas de la última guerra separatista cubana NO CONVENIDOS EN EL ZANJON y colocados después en los diferentes países independientes de América, ahora van abandonando sus colocaciones aproximándose á Cuba, tomando puesto en las vecinas islas, apercibidos, en asecho, como siniestras aves de presa, dispuestos á caer sobre aquel desgraciado país en el instante supremo de la crísis, cuando las convulsiones comiencen, la confusión estalle y la catástrofe parezca inminente. Ya sé yo de qué suerte el hierro se contestará con el hierro, y cómo otra vez, si llegára este tristísimo caso, se reproduciría el esfuerzo de años pasados."

Muy bien; así hablan los buenos españoles entusiastas por la Autonomía, como lo es sin duda alguna el buen hijo adoptivo de Asturias y fiel cubano, Sr. Labra.

II.

Al expresarme con la ruda franqueza que me es habitual y al recordar lo pasado con mi patriótico criterio, que cada un día me convence más de que la bandera de la libertad española en Cuba, es también la bandera de la paz, y de la unión, no he querido ocultar ó callar lo que yo pienso de los acontecimientos pasados. Todavía recuerdo que nuestro valeroso ejército al comenzar la guerra se hallaba desparramado sin que los campos estuviesen verdaderamente guarnecidos: que en la vasta jurisdicción de Holguín no había más que un pequeño destacamento en Gibara, otro en Mayarí y la ciudad cabecera contaba con una compañía, sin refuerzo de municiones y 15 lanceros. Lo mismo se encontraba todo el departamento Oriental.

Por eso los pueblos se despoblaron dando á comprender que todos los campesinos aceptaban, cuando menos la causa insurrecta; pero esto último fué una ilusión que se desvaneció muy pronto cual una nubecilla en cielo azul. Los miles de personas que huyeron á los bosques por temor, se presentaron y poblaron nuestras zonas militares, dando con su conducta una acabada prueba de que no eran enemigas de la nacionalidad española; quedando reducidos los insurrectos á pocas familias, sin verdadera significación, que se quedaron diseminadas en la manigua y á siete ú ocho mil hombres, no todos armados, y pertenecientes en su mayor parte á la raza de color.

La guerra de Cuba fué honrosísima para nuestras tropas, como lo ha dicho en las Córtes, con mejor frase, el Sr. León y Castillo; y España no puede, ni debe olvidar el comportamiento patriótico de los cubanos.

¡Que complicación, si los cubanos que se batían á nuestra extrema vanguardia hubiesen seguido las banderas de la independencia!

Cuba ha merecido bien de la patria y su blason debe ser uno de los más brillantes.

Pero volvamos al Zanjon. El famoso pacto fué para unos

pocos un paraiso, que en ambas partes beligerantes lo recuerdan como la base de su bienestar ó importancia. Fué un paraiso para un reducido número de esclavos, que fueron declarados libres por el *mérito* de haber sido insurrectos. Fué un infierno para los esclavos que por el mérito de haber sido fieles, se les llamó *patrocinados;* y si el *Pacto* no fué la paz, como desgraciadamente hemos visto; si no fué el olvido de lo pasado, como lo ha demostrado la conducta de muchos insurrectos en continuar la guerra; y la tiranía del Gobierno en no conceder libertades fomentando así el disgusto; si los que siempre fueron leales hablan hoy con pesar del famoso *Pacto*, por haber creido en aquel entonces que era la paz; hoy muchos, que pelearon en las filas enemigas sienten haber reconocido lo del Zanjon, porque dicen, y lo dicen en todas partes: "que no se les ha cumplido lo que se les prometió."

Con fecha 19 de Marzo de 1878, poco después del pacto del general Martinez Campos, decía éste al Sr. Cánovas del Castillo: "No bien aprueban ustedes los artículos de la capitulación, ya empiezan á poner cortapisas."

El pueblo deseaba la paz y tuvo esperanzas; pero bein pronto se convenció que el pacto no podía producir la reconciliación de los ánimos por su vicio de orígen.

El mentido liberalismo de los gobiernos; la petulancia insolente de la oligarquía de nuevo cuño; una administración corrompida; la moralidad en baja; el encanallamiento en alza hacen de Cuba después del *pacto*-vicio, corrupción de orígen,—un país desgraciado que necesita purificarse para ocupar por derecho el puesto que le corresponde.

Por otra parte se ha escrito que el pacto fué "la consagración solemne de la soberanía de España;" frase declmatoria de quien no tiene en cuenta que esa soberanía no era discutida más que por escasa minoría que no asumía la representación del país.

El país, el verdadero país, no necesita consagraciones; la soberanía se debe á los cubanos; ellos son el más firme sosten de España, como lo hemos visto en la guerra que ha durado doce años, cuyo tiempo reconoció el Sr. Santos Guzmán, al contestar á los Sres. Labra y Portuondo en el Congreso, con las palabras siguientes:

".....depende principalmente de esa guerra desdichada que ha durado doce años..... "

El Sr. Alarcón, distinguido académico, concluyó un brillante discurso con las siguientes elocuentes palabras:

"Y así, cuando los hijos de Cuba crucen por aquellas soledades de la manigua, y vean leguas y leguas sembradas con los blancos huesos de los 100,000 peninsulares que quedaron allá durante la guerra, podrán decir respetuosamente: Batallaron tanto defendiendo esta Isla, porque la amaban de véras, y no la amaban por rica, pues que vemos que hoy la aman también siendo pobre: ¡La amaban por española!—*¡Bien, bien!, aplausos).*"

Sí la amaban por española, como igualmente la amaban los valientes hijos de Cuba. Los peninsulares han derramado pródigamente su sangre; pero también la han derramado á torrentes los fieles hijos de esta tierra. Todo elógio á los peninsulares nos enorgullece, siempre que se elógie igualmente á nuestros abnegados compañeros los intrépidos milicianos, los valientes bomberos, los entusiastas guerrilleros y voluntarios *guajiros*, en suma, unos y otros, insulares y peninsulares, batallaron tanto en esta Isla, que de todos debe decirse con justicia: *¡la amaban y defendian por española!*

Ya que he evocado el respetable nombre del Sr. Alarcón, con mi falta de pureza en el lenguaje aplaudo entusiasmado las siguientes palabras que encierrran una lección de patriotismo para todos, y muy particularmente para los intransigentes.

"Pues bien, cuando hay esa reacción en nuestras antiguas posesiones del Nuevo Mundo; cuando, después de la guerra del Pacífico y de la guerra de Cuba, después de esas tempestades que parece descargaron de electricidad la atmósfera de odios que habían quedado por resultas del rompimiento de España con sus hijos del continente americano hoy ese movimiento de concentración y de amor hácia la madre Patria, ¿por qué no hemos de tener confianza en los hijos de Cuba, que no sólo son también nuestros hijos, sinó que todavía viven dentro de la propia casa paterna? No, no les neguemos nuestra confianza; pero á mi vez yo les invito á que la tengan ellos en nosotros! No somos impenitentes. Vean las leyes que hoy les enviamos y que tanto difieren de algunas anteriores, vean cómo reconocemos que todos nos hemos equivocado: *pues del propio modo* emulemos unos y otros en la enmienda."

Sí, mil veces sí, emulemos en la enmienda, y agrupados todos, como hermanos que somos, á la sombra de una sola bandera, sea nuestro lema de paz y progreso:

¡¡PATRIA Y LIBERTAD!!

CAPITULO XXI.

LOS ABASTECEDORES DE CARNE.

Frutas en un paraiso sin manzanas.—Raciones de carne.—Abastecedores en Jobabo.—Justicia del general Portillo.—Notable documento.

Las tropas se proveían con tanta facilidad y abundancia que hubo batallones que para racionar á 300 hombres, mataban ocho lechones, diez toretes y ocho vacas gordas. El soldado, contento y satisfecho, se atracaba como gastrónomo hambriento; pobrecillos! (1).

Los abanderados repartían los sesos, lenguas y costillas á jefes y oficiales, y lo restante en porciones iguales á las compañías, eligiendo siempre los sargentos la cantidad de carne que les correspondía.

Los campos de Cuba semejaban, por sus pintorescos horizontes, un delicioso paraiso. En ellos había muchos hijos de Adan y pocas hijas de Eva.

El verde pimiento y el colorado rábano, se hallaban inmediatos á la obesa sandía: todos los colores que Murillo combinaba en su paleta, tienen allí, en sus variadas frutas, adecuada representación.

Aquí una esferóide naranja, más dulce que el almíbar; allá la diminuta amarilla ciruela; acá unas bolas verdes llamadas mamoncillos, acullá el pardo zapote de sabor gratísimo, en parajes sombríos la sabrosa fresa y, en los linderos de los bospues, el limoncillo de esquisita fragancia. La soberbia piña, el mantecoso caimito, el blando anon y el suculento aguacate, formaban de algunas fincas, jardines que no soñára Abderraman.

---

(1) A poco su alimentación consistió ¿en.....? ¡arroz blanco, sin sal!

En otros campos cogíanse con la mano, ó subiéndose á las redondeadas copas de gigantescos árboles, los filamentósos mangos, cuyo rico sabor en algo se parece al melocotón sin madurar: en terrenos de grande extensión penden de pequeños árboles, con pocas hojas, dulces guayabas, blancas unas y rosadas otras interiormente; ya se encuentra una poma-rosa aromática, ora cocales con oscuros cocos de áspera corteza, vaso natural de agua fresca, cristalina y sana; la *fruta bomba*, el marañón, el mamey colorado, rica conserva en rústica caja, el llamado de Santo Domingo, la inflada guanábana, el mamón, el pequeño hicaco y las infinitas clases de suaves y sabrosos plátanos.

Si abandonamos las cimas de los árboles y escarbamos un poco la negra ó roja tierra, encontraríamos la yuca dulce ó amarga; la alimenticia malanga, el jugoso ñáme, el boniato, la socorrida patata.

En sus rios y arroyos se cojen con la mano la buena anguíla y las viajácas.

Con esto se comprenderá, sin ahondar más, la incomparable riqueza del país y lo satisfechos que estarían los soldados al encontrar de comer en todas partes (1) en terrenos de agradable temperatura por las noches, tardes y madrugadas, con pintorescos panoramas y bellísimos horizontes, con exhuberante vegetación siempre verde y extasiados con los afinados trinos é inacabables gorgeos de mil suertes de pintadas aves.

***

Han pasado ocho años de destrucción, incendio y matánzas. Los hermanos no se reconcilian: el furor enciende sus pechos; las balas se clavan en los corazones.

Los campos antes paradisiacos están yermos: las jutías, las reses vacunas, los puercos que quedan huyen del hombre como si protestaran de su barbarie.

El sufrido soldado come arroz blanco y una galleta por todo alimento: ya no prueba carne; las frutas han desaparecido, y se dá por muy contento cuando puede cojer un mango ó una guayaba. ¡La guayaba ha salido victoriosa en la

(1) En los primeros años de la guerra no supimos desprendernos del rancho: eramos europeos para alimentarnos.

endemoniada destrucción general! ¡Por cada una que desaparecía, nacían *cuatro*, ostentando su orgullosa redondez!

Los jefes de los batallones hicieron cuanto humanamente era posible para alimentar bien á sus soldados. Cada uno tenía una guerrilla ó sección montada. La misión de ésta, además de los servicios que prestaba en exploraciones y reconocimientos era abastecer de carne á las compañías, cuando se podía. A ocasiones veían algunas reses pastando, en un potrero, y, al querer circunvalarlas, las reses levantaban las cabezas y, emprendiendo rápida carrera, se refugiaban en el bosque. Otras veces, las reses se descuidaban, las guerrillas formaban un gran círculo que iba estrechándose, agrupándose los azorados cornígeros, hasta que se veían sujetos por un lazo con maestría lanzado. Los soldados comían carne. También se cojían algunas veces toros en corrales falsos, formados con troncos y varas en los caminos y veredas, los guerrilleros aparecían en el potrero por el lado opuesto, espantaban al ganado y algunos toros de los más *inocentes* se refugiaban á un corral falso, y allí eran víctimas de su inocencia. Los soldados tenían otra vez asegurada la ración de carne.

En los destacamentos, generalmente era un guajiro el proveedor de carne. En el campamento de Jobabo, á nueve leguas de Santa Cruz, durante dos años, fué proveedor el hijo del país, J..... Se le facilitaba una carabina y tres cartuchos: siempre volvía con una rés descuartizada y cargada en un mulo, entregaba la carabina y decía que había gastado tres cartuchos en otros tantos disparos. Como éso se realizó durante dos años, llamó un día la atención del jefe del campamento, que no concebía que cada dos días el proveedor condujera una rés muerta, y con regularidad gastase los tres cartuchos que se le facilitaban. Calló, sin embargo, y su destacamento comía carne, con gran contento de los soldados.

Después de cuatro meses de haber pasado á otra zona el jefe de Jobabo, encontrábase un día en Puerto Príncipe, y recibió la súplica de que se sirviera pasar á la cárcel, que un preso que debía ser fusilado, deseaba hablarle. ¡Cual no fué su sorpresa al encontrarse con su antiguo abastecedor de carne!

—¿Qué ha pasado J....? ¿Por qué estais preso?

—Señor, le contestó, un paisano mío, presentado, me ha denunciado al gobernador militar, porque yo entregaba los tres cartuchos que V. mandaba darme, á un amigo mio que era *Majá*, en cambio de la carne que yo llevaba á su campamento; pero también es verdad que siempre devolví la carabina. Yo he hecho mal; pero también he dado de comer á los soldados, sin traicionarlos nunca.

—Todo lo comprendo, dijo el jefe; pero á pesar de vuestra falta, yo hablaré á la Autoridad, y me prometo salvaros la vida, buen hombre... Adios, J... tened confianza en mí.

—Dios le guarde, señor, acuérdese V. de mi pobre mujer y de mis hijos.

—Me acordaré de todos.

El jefe cumplió su palabra, recomendó con calor, al severo é ilustrado comandante general D. Manuel Portillo, la buena conducta de J..... en el campamento de Jobabo, con un feliz éxito, que el preso que hubiera sido fusilado, salió en libertad, y pudo abrazar á su mujer é hijos y bendecir á un jefe que cumpliera con su deber al defender, como lo hizo, á su antiguo y honrado abastecedor de carne. Este rasgo, muy común era entre leales y revolucionarios; y si el general Dulce, el comandante García Obregón, el coronel D. Sábas Marín, que perdonó la vida á los oficiales insurrectos Barreto y Betancourt, el brigadier Armiñan, el brigadier Báscones y otros muchos jefes valerosos fueron magnánimos con los insurrectos; los jefes de la revolución *cubana* en los tormentosos tiempos de mayor locura, perdonaron la vida á los jefes y oficiales Udaeta, Mediavilla, Macías, Rosál, Martitégui, Diós y centenares de soldados. Sólo el humanitario *Bembeta* perdonó la vida á gran número de nuestros oficiales y soldados. De las barbaridades que se cometieron por una y otra parte, no existe constancia en mis apuntes y recuerdos.

Enemigo resuelto fuí de los insurrectos; hoy me complazco en copiar el documento histórico que he tomado de la obra *Discursos y Manifiestos políticos* por el distinguido senador camagüeyano Sr. D. José Ramón de Betancourt, que sobre honrar por sus sentimientos caballerescos y humanitarios al que fué general insurrecto, enaltece á los dignos jefes y oficiales españoles que tuvieron la honra de suscribir tan notable documento, que recogerá la historia.

"Excmo. Sr. Presidente del Poder Ejecutivo.

"Excmo. Sr.: Los que suscriben, jefes y oficiales del ejército, que han tenido la honra de combatir en Cuba, por los derechos de España, creen interpretar los sentimientos generosos de sus compañeros de armas, suplicando á V. E. que se digne indultar de la pena de muerte, si le fuere impuesta, á D. Bernabé de Varona, conocido por *Bembeta*, cuyos valerosos rasgos le hacen digno de la compasión y del respecto que las almas nobles tributan al heroismo.

"Algunos de los firmantes, Excmo. Sr. han debido su existencia á la entereza y generosidad del valeroso enemigo D. Bernabé de Varona, y todos han tenido por verdadera honra la de medir sus armas con las de un hombre de guerra; que ha sido en la de Cuba una gloriosa excepción, (1) y ha dado siempre cuartel á los vencidos.

"Así lo esperan los firmantes de la generosidad de V. E.

"Madrid, 7 de Noviembre de 1873."

(Siguen las firmas.)

(1) Se comprende que para hacer más elocuente la súplica se calificase de excepcional la conducta de Varona; hoy ya podemos asegurar que otros cabecillas dieron *también cuartel al vencido.*—N. del Autor.

CAPINULO XXII.

MAXIMO GOMEZ.

Su procedencia.—Su folleto.—Opúculo por un venezolano.—Consideraciones.

".....durante la guerra, en su época más brillante, que fué del año 1874 á 1875 el ejército pudo alcanzar á *siete mil* hombres listos para el combate. En su mayoría eran gente de color."
Máximo Gómez.

Oficial procedente del ejército de la isla de Santo Domingo, al servicio de España, no quiso ser fiel á la patria, que había servido con honor, como sus paisanos los Valera y los Heredia, y prefirió seguir la conducta de su jefe y brigadier, también al servicio de España, D. Modesto Diaz. Ambos fueron mayores generales en la titulada *República Cubana*, si bien es menester confesar que Gómez, por sus hechos sobresalió á su antiguo jefe. Sus servicios á la causa insurrecta son bien conocidos: por lo que, haciendo omisión de ellos, me acuparé de Gómez como escritor.

El folleto "*El Convenio del Zanjon*" dará alimento á mi pluma, con tanto mayor placer cuanto que él corrobora mis aseveraciones sobre mucho de lo que he escrito y que la más sana crítica no puede rechazar.

He dicho que la causa insurrecta no tuvo el apoyo del país. Gómez dice lo mismo, añadiendo que los hombres armados no excedieron "de siete mil hombres en los mejores tiempos," de cuya creencia participan nuestros generales Riquelme y Pieltain.

He dicho que mayor número de cubanos sirvieron en nuestras filas que en las del enemigo; y Gómez confiesa con pesar que no bajaban de TREINTA MIL.

He escrito que las rencillas y rivalidades fueron la causa del espíritu independiente de localidad, y las referencias que hace Gómez á Roloff, Vicente García y otros, lo confirman.

Cuando Máximo Gómez llegó en un cañonero á Santiago de Cuba, experimentó una impresión dolorosa al acordarse del teatro abandonado de sus glorias.

Oigámosle:

"..... la curiosidad del pueblo era tal, que la marina estuvo llena casi completamente de curiosos por algunas horas: triste y dolorosa impresión me causó la vista de aquellas masas: allí había más de tres mil hombres útiles para las armas; allí estaban sordos como hacía ya nueve años, á la voz del patriotismo y sólo una curiosidad pueril les traía á vernos: pero después oimos una música militar y no tardamos mucho en ver desfilar los heridos del batallón de San Quintín, tenidos en un encuentro con fuerzas del general A. Maceo: iban custodiados por hijos del país con uniformes de voluntarios: ¡cuántos pensamientos se agolparon á mi imaginación! y no pude menos de exclamar volviéndome hácia mis compañeros: CUBA NO PUEDE SER LIBRE."

En otra pájina refiriéndose á 1871 dice:

"Todo anunciaba la decadencia de la República, Bayamo perdido y desorganizado: el general venezolano Manuel Garrido que lo mandaba había sido desgraciado, Camagüey sostenido tan sólo por un puñado de valientes con el audaz y noble Agramonte á su frente; PUES EL RESTO SE HALLABA CON ESPAÑOLES. Las Villas desde Camagüey hasta Oriente: ese era nuestro estado en aquellos memorables y amargos días. Una gran mayoría permanecía inactiva en las poblaciones dando recursos á los españoles y esperando que con sus buenos deseos triunfára la libertad, y los menos desempeñaban la difícil y arriesgada tarea del laborante: otra parte sacrificada en la emigración estérilmente por torpezas ó desgracias que hacían insuficientes sus esfuerzos; pues á Cuba jamás llegó lo suficiente para cubrir nuestras necesidades."

"MÁXIMO GÓMEZ, MACEO Y PROYECTOS REVOLUCIONARIOS POR UN VENEZOLANO," es el título de un opúsculo publicado en Curazao en 15 de Agosto de 1884.

¿Se escribió realmente en Curazao? El autor C. A. ¿es vecino de la Habana? ¿Por qué oculta su nombre? Respetemos los escrúpulos del autor, pues su trabajo no carece de algún interés y no está mal escrito, y como prueba copiarémos algunas líneas de su final. "Medítenlo los que siquiera duden de lo que dejamos expuesto: reprodúzcanse en su

mente las escenas de la pasada lucha: la indisciplina hasta enfrente del enemigo común, la desaparición de la juventud cubana de la madera de Agramonte, de Luáces, de Tejáda y la escasez de hombres de inteligencia para reemplazarles, de que habla Gómez en su valioso folleto, el sacrificio doloroso de las familias cubanas: la ruina de los campos: la rendición de los gigantes que parecían indomables: el teatro oscuro de la *emigración batalladora;* y presto han de convencerse los incrédulos de que no son los agitadores de hoy los que pueden, ni los que saben cómo

"*hacer alarde de guerrera pompa*"

y de que no es fácil ensordecer á los que han escuchado con atento oido la terrible Dantesca profecía de Gómez: *¡Cuba no puede ser libre.*"

Ahora bien: el folleto de Máximo Gómez no es la historia de la guerra bajo el punto de vista del autor: sólo describe someramente algunas acciones de guerra como las de Naranjo y Guásimas de Machado, con marcada parcialidad; pues, ni por una, ni por otra parte hubo victorias que celebrar ni derrotas que sentir.

El Convenio del Zanjon suministra, sin embargo, datos preciosos al historiador. Es un ¡ay! lastimero; es una protesta punzante contra los que obedecieron sus mandatos sin entusiasmo y sin ardimiento: es la denuncia del localismo egoista y traicionero, sintetizado elocuentemente en cuatro frases: "YA YO HE TERMINADO AQUÍ." "¡CUBA NO PUEDE SER LIBRE!" "ME MARCHARIA AUNQUE FUERA INDEPENDIENTE."

¿Pensará hoy lo mismo el Sr. Gómez? ¿No debió haber omitido el descubrimiento de tantas llagas? ¿Debió exteriorizar sus sentimientos?

¿Y si los cubanos en su inmensa mayoría no tomaron parte en la insurrección, si en Bayamo todo estaba perdido y desorganizado; si en Camagüey la mayor parte de los habitantes estaban con los españoles, y los pocos que servían á la República, corrompidos, menos *el regimiento de infantería de Jacinto, que siempre se mantuvo en el mejor estado*"; si en la parte de Holguín se habían sublevado las fuerzas, desconociendo á sus jefes, coroneles Arcadio Leyte Vidal y Rius Rivera, poniéndose á las órdenes del teniente coronel

Limbano Sánchez; si "*todo era un caos y desórden y hasta se sublevó el regimiento de Jiguaní, uno de los más enteros que había en aquellos momentos;*" si muchos diputados y oradores de las masas, ya habían abandonado el país y "*el coronel Francisco Guevara se le había desertado, uniéndose al general Luis Figueredo que capitaneaba el asunto de la zona de Migial y riberas del Cauto;* si sólo podía contarse con algunos jefes y muy pocos soldados que no estuviesen indisciplinados; ¿por qué él, Máximo Gómez, guerreó tan largos años?

Cumpla su palabra de no volver á Cuba, que no es su patria, y respetarémos sus infortunios como distinguido guerrillero.

CAPITULO XXIII.

LA PAZ.

El general Blanco.—Marianao.—Opiniones.

"¡Valor soldados! vuestros hechos dicen
Que España torna á sus hermosos días."
Monroy.

I.

Poco antes del levantamiento de Mayarí, en Agosto de 1879, la situación de la isla de Cuba fué gravísima. En los campos, partidas insurrectas, en los pueblos, ocultas conspiraciones; en todas partes un malestar general. No se escapaba á la penetración del capitán general el grave estado de la cosa pública; pero animado por su buen deseo y patriotismo el general D. Ramón Blanco y Erénas, todo lo afrontó para continuar los servicios prestados á su patria y mantener la reputación conquistada en Peña Plata.

La situación se empeoraba y la guerra tomó un vuelo imprevisto con la ida á la manigua de 3,000 hombres.

El general Blanco, buen soldado, monta á caballo, recorre los campamentos, entusiasma con su presencia á las tropas, adopta un plan de operaciones acertado, no se acuerda de pactos y decide vencer la guerra con la guerra.

Fué generoso y enérgico como poseido del propio espíritu que animaba á nuestros generales más ilustres y, dando impulso á la persecución de los enemigos, la victoria coronó sus esfuerzos.

No pudo como O'Donnell llevar su ejército á las batallas como en Guad-el-Jelú, Negrón y Anghera; pero supo comu-

nicar entusiasmo bélico á sus soldados é inspirar confianza á sus oficiales por su proceder justo con todos.

El ilustrado corresponsal A. de un diario político de la Habana, en carta fechada en Madrid, entre otras cosas dijo:

"Los triunfos á que me refiero son la terminación, que Dios bendiga, de la segunda insurrección de Cuba."

Ya hemos visto lo equivocado que andaba el corresponsal, pues el vencimiento de la revolución de Yara se debe al general Blanco.

Más se aproxima á la verdad cuando añade:

"¿Qué diré á ustedes de la nueva pacificación del territorio cubano? ¿Qué diré á ustedes de esa feliz empresa del ilustre cuanto modesto general Blanco, á quien hoy aplauden y celebran en la Península, hombres de todas las opiniones? La victoria alcanzada cuando leyes importantísimas, hechas y promulgadas recientemente, han dado forma y puesto límite á las esperanzas de los reformistas, presenta un carácter de solidez y estabilidad que hace concebir más lisonjeras esperanzas que la CONDICIONAL AVENENCIA DEL ZANJON."

Sí, mil veces sí. El general Blanco ha hecho la guerra para acabar la guerra; como para acabar la guerra hizo la guerra en otro tiempo, el ejército que nosotros llamamos *histórico*, con el que pelearon *como buenos*, los generales Caro, Carbó, Zea, Marín, Esponda, Dabán, Polavieja, Callejas, Arias, Pando, Fajardo, Menduiña y otros. El general Blanco tuvo la suerte de acabar la guerra; y el enemigo *vencido primero por nuestras fuertes columnas* se dispersó después para implorar la clemencia del general victorioso, sin pactos ni convenios, *incondicionalmente*, como el general Calixto García Iñiguez.

La patria agradecida, ha premiado tan extraordinarios merecimientos del digno general Blanco. Estos no sólo fueron en la guerra, fueron también en las sombras de lo desconocido. Allá por el mes de Febrero, una vasta conspiración estaba para estallar. El general Blanco, secundado por el gobernador de la Habana, el Sr. Rodriguez Arias, y por el coronel de Orden Público, D. Miguel Rodriguez Blanco, no se daban punto de reposo. Los diligentes celadores de Policía husmeaban algo, y cuando querían convencerse, palpaban sombras; y como por leves indicios de una cara satisfecha, un semblante sospechoso, una palabra escapada

y otras señales que preceden á toda oculta trama, vigilaban y sin saber realmente lo que vigilaban, la vigilancia les dió un resultado de inmensa importancia.

El pintoresco y aristocrático pueblo de Marianao y residencia después del capitán general, para veranear, iba á ser víctima de una catástrofe. Un buen número de conspiradores querían dar el grito de rebelión, principiando con prender fuego al teatro, como señal de aviso; pero la vigilante policía tuvo buen olfato al descubrir un depósito de armas, algunos papeles, una ó dos banderas y gran cantidad de *dinamita*. Los conspiradores huyeron, se hicieron algunas prisiones, y la calma continuó como si nada hubiera ocurrido. También en otro día se sorprendieron en un wagon de carga, en el ferrocarril de Matánzas algunos cajones de carabinas nuevas, y en otras partes la policía frustró pequeños conciliábulos. La insurrección pereció en sus mismos centros, y en la guerra ya hemos visto cómo fué perseguida, y destruida.

Personajes eminentes por su saber, pero ignorantes de lo que ha pasado en Cuba, creen de buena fé, que la guerra acabó con el *pacto del Zanjon*, que después hubo una segunda insurrección y que ésta finalizó por haber seguido el general Blanco idéntica política y sistema que el general Martinez Campos.

El general Blanco no tenía que seguir la política de nadie, mayormente cuando la usada no había dado fin á la guerra de los campos y á las conspiraciones en los pueblos. Se inspiró en las sanas máximas de nuestra historia militar y *sin ruido ni aparato*, no persiguió más que un objetivo: concluir honrosamente con los enemigos de la patria. Por eso el *fotuto* de la guerra, primer clarín de las fuerzas insurrectas, ya no resuena en las montañas, y la bélica corneta de nuestros batallones no toca paso de ataque en la manigua (1).

(1) Para que se comprenda la importancia de la insurrección, copiarémos las palabras del Sr. Cánovas del Castillo en el Congreso de los Diputados, el 19 de Febrero de 1880. "..... pero lo incuestionable es que la mayoría de los jefes, de los que mandaban partidas, de los que estaban en campaña, esa mayoría, ó ha vuelto á levantar la bandera de la insurrección, ó ha intentado ó intenta levantarla. Estamos por consecuencia en el fondo de las cosas, ¿cuándo lo ha negado el Gobierno? Delante de la insurrección actual en un estado muy análogo á aquel en que estábamos delante de la insurrección pasada.

II.

El ejército victorioso descansa de sus fatigas. Soldados jóvenes apenas comprenden el servicio que á su patria han prestado. Los generales, jefes y oficiales los han conducido bien: han sido activos, humanitarios y *enérgicos*.

Nada halaga más al ejército que un combate ganado. El soldado, que no es filósofo, sabe dar un abrazo á su enemigo, pero con más placer defiende una posición á balazos, ó sucumbe en una carga á la bayoneta. Ama la lucha por la lucha, y más orgulloso recibe una lluvia de flores al desfilar después de una gran victoria, que los abrazos de su madre después de la paz por un convenio. Clamen cuanto quieran los filántropos y rebajen cuanto quieran los filósofos los vencimientos por la fuerza; pero es lo cierto, como dice D. Luis Martinez de Monge y Puga en su bien escrita obra "*La razón de la guerra.*"

"La guerra viene á ser considerada por Estévanez, como el único medio para realizar la justicia, y verdaderamente España, cuando ha obtenido justas ventajas y grandezas, no las ha debido á los convenios diplomáticos, sino á sus armas. Cuando ha carecido de fuerza ha salido siempre perdiendo.

D. Adólfo de Castro, en las notas é ilustraciones al *Buscapié* de Cervántes, cópia una carta politica escrita con la elocuencia de Demóstenes, por el célebre D. Diego Hurtado de Mendoza, á la *Sacra Cesárea Católica Majestad*, en la que se leen párrafos como el siguiente:

"Pregunto á V. M. ¿qué razón hizo á los romanos señores de casi todo el mundo, y después á los godos de España; á los francos de Francia y á los vándalos de Africa, á los ungos de Ungría, y á los anglos de Inglaterra? Por ambición salieron estas gentes de su casa: por pura valentía se hicieron señores de la agena; y por virtud y buen gobierno la han conservado muchos dellos hasta agora."

El ilustrado escritor militar D. Pedro Chanorro y Baquerizo, al juzgar el desenlace de la guerra de Cataluña en 1848, tiene la convicción:

"....de que la paz sólo se establece y consolida á la sombra de la razón y por sólo el recurso de las armas, y que nunca podrán tener otro carácter que el de transitorias, las efimeras y sórdidas bases de unas negociaciones, á nuestro entender injustificables, cuando la pe-

ricia y talentos del general y el acreditado valor y disciplina de las tropas eran garantías suficientes de que la guerra tendría un fin más noble y elevado."

Convencido indudablemente el general Blanco de la verdad del proverbio latino *Jus est in armis*, tuvo confianza en el poder de la fuerza para vencer en Cuba, y obedeció las órdenes del Gobierno para conservarla.

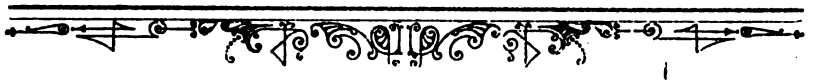
Con semejante espíritu en un general de honrada ambición, amante del principio de autoridad, severo y justo, contemporizador y graciable y popular y liberal en el buen sentido de la palabra, cariñoso con el soldado y *cumplidor de su palabra;* no es de extrañar que imprimiera en el ejército el verdadero espíritu de los mejores y antiguos tiempos de su brillante historia en Flándes, en Italia y en el Nuevo Mundo.

Doce años de guerra en Cuba, más difícil, penosa y sangrienta que ninguna de las grandes guerras modernas en otras naciones, han puesto á dura prueba el valor, la abnegación y penalidades de nuestro heróico soldado. Cuando fué preciso pelear, peleó con el arrojo y actividad de su invariable espíritu *histórico;* cuando se le mandó abrazar al enemigo y partir su rancho con la mujer y el niño, probó su docilidad y disciplina al fraternizar con los que fueron sus enemigos, impulsado noblemente por el espíritu *pacificador:* y cuando últimamente, se le mandó batirse, animado por el espíritu *victorioso*, el soldado fué lo que había sido en los mejores tiempos de la historia militar.

Generales, jefes, oficiales y soldados del ejército que habeis hecho la guerra en Cuba, desde el principio al fin: *yo, que también me he batido á vuestro lado*, os saludo con el mayor respeto. No deben olvidarse jamás vuestros meritorios servicios. Habeis sido fieles, valientes y humanitarios. Habeis peleado sin contar el número de vuestros valientísimos contrarios y vuestra sangre copiosamente vertida en campos, bosques y maniguas, con profundo dolor é inconsolable llanto de más *de* 150,000 *madres*, es una prueba para el mundo entero de vuestras fatigas, de vuestras heroicidades y de vuestro relevante mérito. Yo recordaré siempre, hasta mi último aliento, *soldado victorioso*, tus memorables hazañas, y si la Prividencia consiente que haya de derramarse más preciosa sangre en otra guerra de Cuba, no dudo que el

nuevo ejército que combata en ella, vendrá animado de la victoria para seguir las tradiciones del ejército en la pasada y única guerra *de doce años*, en la siempre fiel isla de Cuba. Y vosotros, los que habeis muerto, vivireis en la memoria de vuestros camarádas; y como los que sucumbieron en la guerra de Africa, sois acreedores á que se os diga con Monroy:

"Y vosotros que en medio del delirio
del combate caísteis,
ceñidos con la palma del martirio,
nobles héroes, oid: la losa fría
que desde ayer sobre vosotros pesa,
para seguir la comenzada empresa
nos servirá de guía;
no morireis jamás, y vuestra suerte
vivirá de la patria en la memoria:
¡la tumba de los hombres es la muerte!
¡la tumba de los héroes es la gloria!"



CAPITULO XXIV.

PATRIOTISMO DE LOS CUBANOS.

Consideraciones.—Elogio del ejército y voluntarios.—Fidelidad de los negros.—Cuba: agrupación de seis provincias.—El periodismo.—Unos y otros son hermanos.—Los cubanos se batieron con valor.—Dr. D. Miguel Bravo y Senties.—Declaraciones.—Opinión de D. Alvaro Reinoso.—Cuestiones constitucionales por W. E. Gladstone.—Pedro Batista Bello y Pepe Antonio.—Conclusión.

"Es verdad que ha doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos, y que por consiguirla, habría sacrificado gustoso toda mi sangre: pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años, han modificado mis opiniones, y vería como un crímen cualquiera tentativa para trasplantar á la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano."

José María Heredia.

"Yo sería extranjero en mi patria si dejase de flotar en Cuba la bandera española."

José Antonio Saco.

"Brindo, señores, porque cuanto antes veamos brillar en este suelo el sol de la igualdad política y de las garantías que de ella emanan, sol á cuyos rayos se fecundan los campos de la madre patria y que aquí hará brotar frutos de bendición y afecto tan necesarios para que jamás peligre la estrecha unión que debe reinar entre los miembros de la gran nación á que pertenecemos."

El Conde de Pozos Dulces.

"España debe ser España en esta tierra que sólo es España."

José de Armas y Céspedes.

"La gran mayoría de los cubanos son adictos á la nación española."

Rafael de Rafael.

"He condecarado á los Voluntarios de San Antonio con la medalla de constancia."

Cárlos Saladrigas.

"Amemos, sí, á esta madre eterna y cariñosa; pero amémosla bien, de veras, sin renegar de nuestro carácter de hombres. Unámos nuestros medios, y que nuestros esfuerzos conscientes nos den una patria rica, poderosa, espléndida, sí, pero también libre, justa, inteligente y honrada."

Rafael María de Labra.

"La historia de España es fecunda en heróicos acontecimientos

.....

Cuba desea gozar de la libertad y de la justicia á la sombra de España."

José R. de Betancourt.

"Su blason de leal (el de Cuba) es más brillante cada día."

Domingo Dulce.

"Deseo que la madre patria recobre su antigua grandeza."

Miguel de Aldama.

"¡Viva España con honra! "Viva Cuba liberal Española!"
11 Diciembre 1868.—*Arrieta, Bravo, Calixto Bernal, Marqués Yarayabo, Rodrigues Vera, Espelius, Benavides, Nicolás Ascárate, Freire, Montenegro, Del Valle, Pastor y Polo, Isárraga.*

"¡España y Cuba! ellas son
Un lazo de amor sincero
Que estrecha mi corazón.
¡No! ¡yo no puedo, no quiero
Romper con la tradición!"

Teodoro Guerrero.

".....la historia es inexorable: aquello que no puede resolverse por medio de la discusión, tarde ó temprano ha de resolverse por las armas....."Es preciso ceder, y ceder mucho en beneficio de nuestros hermanos de Ultramar."

Antonio Cánovas del Castillo.

Concluyo mis escasos recuerdos. No he acertado en mi propósito por falta de colorido é interés; pero me parece que he puesto de manifiesto que los cubanos son fieles á España, y que en Cuba faltan elementos para que zozobre la integridad del Estado.

Todos quieren libertades, con la soberanía de España y con las precisas variaciones de clima, razas y costumbres; y aún aquellos que alardean de determinadas ideas allá en lo hondo de su conciencia, son opuestos á la independencia, por la más tranquilizadora de las razones, porque no les conviene.

En este sentido he elogiado á los cubanos, lo mismo que á los peninsulares, y si no hago converger la gloria en una sóla individualidad, es porque creo que la historia en el último tercio del siglo XIX, ya carece del encanto de las glorificaciones personales; porque creo que en los campos de batalla la colectividad ejército, oscurece el brillo personal que se agrupa al rededor de las masas que obedecen y vencen cumpliendo las bien meditadas órdenes. Por eso dice bien el comandante de ingenieros Sr. Ruiz.

"Las muchedumbres que antes eran un factor en el acontecimiento, hoy tienen acceso á la idea que lo prepara, y las glorias y las responsabilidades se reparten en ella de modo tal que lo sublime en el conjunto, desapareciendo los grandes génios conforme aumentan los talentos útiles, y no constituyendo nuestra forma la excepcional cultura de aisladas celebridades ni el soberbio poderío de algunos privilegiados, sino la intensidad y la extensión de esta misma cultura en la generalidad y la modesta felicidad del mayor númaro.

La historia, que es la *maestra de la vida*, según Cicerón, consignará, sin embargo, en sus páginas las biografías de los

hombres célebres que, considerándolas justas, harán el efecto de verdaderas, como útil enseñanza para las venideras generaciones. Lo que la historia llama pequeños acontecimientos, ó individuales desgracias, no ocupan su atención; pero registra con cuidado el valor, la elocuencia, la sabiduría de los grandes hombres, ó que como grandes hombres han figurado en las naciones. Por eso, tantos héroes han muerto sin dejar el menor rastro. ¿Quién se acuerda del héroe Ruiz?; pues Ruiz, alcanzó tanta gloria como Daoiz y Velarde. ¿Quién se acuerda de los intrépidos compañeros de Roger de Flor? ¿Quién de los oficiales de Gonzálo de Córdova? ¿Quién del soldado, que con el bravo general Prim, asaltó las trincheras moras en la gran batalla de los Castillejos? ¿Quién del soldado intrépido que murió sobre el puente de Luchana en defensa del heróico general Espartero? ¿Quién de los soldados que dieron su preciosa vida por la libertad en el puente de Alcolea, siendo tan valientes como los célebres generales Serrano, Izquierdo y Caballero de Ródas y coronel López Dominguez? ¿Quien del guajiro Garcés, que con espontáneo arrojo comprometió su persona por salvar al perseguido comandante de *Auras* D. Gabriel Gonzalez? ¿Quién del desgraciado soldado Bolivar, que después de haber sido herido dos veces en la campaña de Cuba, fué arrojado cadáver, en su viaje de retorno á España, en las saladas aguas del profundo océano? Absolutamente nadie.

En los capítulos anteriores he hablado de los insurrectos con la más sincera imparcialidad, y como soldado veráz, no he negado el valor que tuvieron, y ahora menos que nunca, después que ya no ondea, ni siquiera en los laberintos y escondites de *Tacajó* la bandera de la solitaria estrella; y he elogiado á nuestro ejército, impulsado siempre por espíritu de imparcialidad.

He elogiado el brillantísimo comportamiento de los voluntarios, y he dicho y repito ahora, que la discutida institución honra á las provincias cubanas, donde sus hijos, en mayor número que los de otras de la Nación, han muerto batiéndose en los campos de batalla, consolidando así su reputación de siempre leales.

También he reconocido la fidelidad de los hombres de color, que tan relevantes servicios prestaron en los pueblos y en los campos durante toda la campaña, y he dado á com-

prender que si en días *nada cristianos* oyeron chasquear el látigo sobre sus espaldas y sufrieron la mísera vida del esclavo, (1) sin que los consolara el católico repiqueteo de campanas, muy pronto, gracias á la política, y sólo á la política serían libres y nunca jamás sus hijos, baratijas de lujo en los mercados. ¿Y qué diré del pueblo blanco cubano, que ya no haya dicho?

Añadiré: Cuba es una agrupación de seis provincias, como Cataluña es una agrupación de cuatro provincias, pero los nacidos en las primeras son cubanos como los nacidos en las del antiguo Principado son catalanes.

Llámense con orgullo cubanos, como manchegos se llaman los nacidos en la Mancha; pero entiendan que un cubano es tan español como un manchego ó un catalán.

Así lo han comprendido por su fiel comportamiento,—justo es decirlo—la inmensísima mayoría de los cubanos, durante los 12 años que duró la guerra separatista.

Cuando se dió el primer grito en la Demajagua lo primero que hicieron los sublevados fué titularse *cubanos*. Diéronse prisa en llamar á su ejército *cubano;* á su gobierno *cubano; cubanos* á sus oradores y generales y auxiliares y trataron de que el mundo entero dijera que los cubanos, movidos por un sólo sentimiento, se habían levantado contra España.

El primero que gritó ¡viva Cuba! y ¡muera España! fué un cubano y los españoles respondieron ¡viva España! ¡Viva Cuba española!

Lo demás que siguió ya lo sabe el lector, como sabe también que una pequeña minoría con maquiavélica travesura consiguió hacer creer á la gran mayoría de peninsulares, menos unos pocos que fingen creerlo, que en Cuba puede peligrar la integridad si no se ata corto, muy corto, á los cubanos, sin tener para nada en cuenta, con ingratitud irritante, que los cubanos, en todos los tiempos, han prestado servicios inmaculados.

No, vive Dios, nó. El heroismo y fidelidad mil veces probados de esta hermosa tierra, la mejor de la Nación española, no puede quedar obscurecido por las conveniencias é

(1) En la liberal Puerto-Rico había esclavos: ya son libres gracias á la gloriosa revolución de Septiembre de 1868. ¡Que victoria tan cumplida sobre los antiguos y caducos prestigios!

intrigas de politicastros interesados. Combátase á los enemigos de la patria con toda la energía de la más patriótica convicción; pero dése á los cubanos lo que necesitan y serán entónces los más entusiastas por la patria de sus padres. Jamás han demostrado ser ingratos; y si alguna vez lo parecen, un grupo de ellos, es porque se les exaspera é irrita.

Un pueblo bien gobernado tiene toda la energía para anonadar á sus enemigos. No más separatistas imaginarios, ni más desconfianzas injustificadas.

Ocultar no debo que ciertos periódicos, quizá en momentos de exaltación al verse siempre tratados de sospechosos, dan lugar con sus metáforas y reticencias que se evaporan como los gases, á que muchos crean que vivimos sobre un volcán pronto á estallar. Los que dicen que: "*las ciudades extranjeras llenas están todavía de proscritos y emigrados cubanos que solicitan extraña nacionalidad:*" que "*jóvenes robustos é ilustrados, que prometían una generación de sabios, de artistas y de héroes yacen allá en la temerosa manigua en ignorados sepulcros,*" debieran decir para ser exactos y justos, que las puertas de Cuba están abiertas para todos sus hijos: que en la *temerosa* manigua yacen también muchos miles de jóvenes nacidos en las provincias peninsulares que prometían igualmente una generación de héroes, de artistas y de sabios; y que si familias poderosas "viven hoy obscura y pobremente" millares de hijos del pueblo comen en todas las provincias de la España de ambos mundos un mal rancho y se encuentran con una pierna de palo ó un brazo de menos, mientras que algunos—sin haberse batido—de la raza de los sabios, de los artistas y de los héroes, viven holgadamente en tierras extranjeras, que no valen lo que vale Cuba, consumiendo los miles de pesos que SEGURAMENTE NO HEREDARON DE SUS PADRES.....

Respetemos todos los ignorados sepulcros de la *temerosa* manigua; no hollemos con planta de rencor el suelo bendito de Cuba que encierra en su seno millares de hombres; trabajémos con virilidad para ser hombres libres y morales dentro de la común nacionalidad; fomentémos la unión entre insulares y peninsulares; é imitando el hermoso ejemplo que nos han dado el Norte y el Sur de los Estados Unidos, tan elocuentemente expresado por el distinguido director

de un diario de Georgia, á la vez valiente militar americano, Mr. Grady:

"Olvidemos los recuerdos tristes y considerémos como hermanos que nos han precedido en la muerte á todos, á todos los que sucumbieron en la guerra."

Puede asegurarse por la experiencia de doce años de guerra separatista, que la casi totalidad de los cubanos no tomaron las armas por la insurrección. La proporción es de 100 por 2. Esto es tan claro como la luz del sol. Y si mañana hubiera otra insurrección que sería *la segunda después de la de Yara*, y saliera triunfante, lo que no parece probable, ratificaría mi opinión contestando á los que dijeran: ya lo decíamos nosotros; todos los cubanos eran insurrectos, con las siguientes palabras:—

No puede decirse que los cubanos fueran insurrectos por más que hoy, victoriosa la revolución, todos quieran serlo; porque ese dicho poco significa; como significaría muy poco el que se proclamase la república en España, y todos los peninsulares se llamasen republicanos desde antes del grito de Sagunto; pero sí puede asegurarse, sin poder ser desmentido, que la inmensa mayoría de los cubanos, siguieron fieles á la bandera española; y que los hombres que el Gobierno quiso utilizar, cooperaron en la guerra separatista con sangre de sus venas ampliamente derramada, á la salvación, después de 12 años de frenética lucha, de la siempre fiel isla de Cuba, *eterna é inseparable parte de la gran Nación, cuyo genio reveló al mundo la ignorada América;* y aún en tiempo de paz votan la mayoría de los electores por el partido conservador, nó porque sean conservadores en política, si no porque ven la marcada predilección del Gobierno por el mencionado partido. Hasta ése punto hacen abstración de sus ideales democráticos y liberales, por no aparecer poco afectos á los gobiernos de la Nación. Más no puede pedirse; pero el abuso debe cesar para bien de España.

Antes de concluir, deseo dejar remachado el comportamiento de la inmensa mayoría de los cubanos.

Se dice que los cubanos son enemigos de los españoles y que la gran mayoría de ellos simpatizaron con los insurrectos. Podía desmentir esta aseveración; pero no lo haré porque pudiera no ser creido. Ejemplo. Un escritor público dice:

"Los cubanos son casi todos partidarios de España y durante la guerra han simpatizado con los españoles."

Otro escritor contesta:

"España es una nación retrógrada, y por esa y otras razones los cubanos, durante la guerra, casi todos, en su fuero interno, simpatizaron con los insurrectos.

¿Quién tiene la razón?

Indudablemente uno de los dos; pero también es cierto, que ambos se desmienten, como ha sucedido desde que estalló la guerra. Pues yo, tercero en discordia digo *sin poder ser refutado*:

1º Que la guerra fué separatista.

2º Que la gran mayoría de los cubanos permanecieron al lado de los españoles, sin tomar parte en la insurrección.

3º Que muchos, que fueron insurrectos por error ó por engaño, *han muerto* en defensa de la bandera española.

4º Que los cubanos, EN MAYOR NÚMERO QUE LOS INSURRECTOS ARMADOS, se batieron por España con entusiasmo y valor.

6º Que los guias que las tropas necesitaron para recorrer todo el país en persecución de los insurrectos, fueron cubanos.

6º Que en las jurisdicciones de Pinar del Rio, Habana y Matánzas, donde la mayoría de sus habitantes son cubanos, no hubo guerra.

7º Que cubanos eran, blancos y de color, los que mataban una rés, ayudaban al soldado en la construcción de fuertes, hacían de carreteros en los convoyes y eran además excelentes *prácticos* para dirigir una columna é indicarle los campamentos del enemigo.

8º Que en el vasto teatro de la guerra, la mayoría de los voluntarios y guerrilleros fueron cubanos, que se batieron como buenos y valientes, murieron más cubanos que insurrectos se presentaron armados en el Zanjon.

No insistiré más, porque lo dicho solamente, es una prueba irrefutable de que la inmensísima mayoría de los hijos de Cuba, no han dejado un sólo día de ser adictos á la bandera de la Patria, como con harto sentimiento se convenció de ello, en el paradero de San Luis, el desengañado general enemigo Máximo Gómez, y como pueden aseverarlo todos los hombres de la pasada lucha que han renunciado

á sus ideas de independencia; pero que no han renunciado á sus ideas de libertad.

Cuba no ha hecho la guerra á España. Lo he dicho en muchas partes; por consiguiente es menester reducir la importancia de la revolución á sus naturales estrechos límites, para que no se perpetúe el hecho de atribuirse un exiguo número de separatistas la representación de los cubanos, que, como dejo dicho, fueron y son fieles á su Nación.

Esta es una verdad que muchos se esfuerzan en negar por conveniencia, pero que no negará ningún hombre justo. Invoquemos el testimonio de un muerto. Encontrándome en Cárdenas, tuve el gusto de conocer personalmente al médico D. Miguel Bravo y Senties, (1) quien, según mis recuerdos, había sido secretario de la guerra. Aún conservo entre mis papeles un diploma de capitán, concedido al ciudadano Felipe Naranjo, firmado por el Presidente de la República Cárlos Manuel de Céspedes, y secretario de la guerra Miguel Bravo y Senties, y "dado en la Residencia del Ejécutivo á los 10 días del mes de Julio de 1872 y quinto de la Independencia."

El Sr. Bravo me pareció hombre de sólida instrucción y de muy fácil palabra. Como conociera los deseos que yo tenía de hablar de la guerra, hízolo gustoso refiriéndome mil episodios para mí ignorados.

Díjome, entre otras muchas cosas, que estuvo preso en la Cabaña; describió á grandes rasgos su largo viaje á Fernando Póo; el recibimiento cariñoso que á los deportados hizo el gobernador militar de la mal sana Isla, (2) sus padecimientos y su fuga, con otros, en un buque mercante. Llegado á los Estados Unidos, ansiaba volver á Cuba; pudo lograrlo, embarcándose con otros compañeros. Describióme sus penalidades para incorporarse al Presidente Céspedes y su toma de posesión de la secretaría de la Guerra.

Reconoció conmigo la deficiencia de la infantería insurgente y el arrojo de la caballería. No escatimó un sólo elogio para nuestros soldados y añadió: "*que las guerrillas de hijos del país eran la constante pesadilla de los defensores de Cuba libre.*"

---

(1) El testimonio de un muerto, no hace prueba; pero el escritor digno, honrado y veráz, puede fundarse en el mismo para fortificar su opinión.

(2) Mal sana según nosotros: no piensan así los ingleses.

Se mostró resentido con las naciones americanas por egoistas; y al hablar de sus paisanos contestó á cierta pregunta mía, del modo siguiente:

—"No, señor mio, los cubanos no nos ayudaron. La importancia que revistió la guerra á los ojos del exterior, débese, sin duda, al relevante mérito de los pocos partidarios de la revolución.

Prosiguió mi interlocutor su relación y volví á interrumpirla preguntándole.

—¿Qué me dice V. del *Pacto del Zanjon?*

—Bien poco, amigo mio; el pacto fué celebrado sin mi intervención. *Yo no hubiera pactado.*

Continuó: "un día que marchaba con poca fuerza caí en una emboscada, con tan mala fortuna, que fuí herido en un pié y hecho prisionero. Lleváronme al cuartel de Martinez Campos, se me perdonó la vida y se me puso en libertad, si bien, por mi conocida devoción á la causa insurrecta, se me vigilaba, de cerca, en la Habana, por la policía; hasta que cansado, me vine á esta ciudad á ejercer mi profesión antigua, mirando todo lo pasado como un sueño sangriento que me atáca los nervios."

Volví á dirigir otra pregunta al Sr. Bravo y respondió:

—"No sé lo que ocurrirá, las animosidades son muy vivas lo que no es de extrañar, después de una lucha tan prolongada; pero la cuestión de razas será, en no lejano término, la causa de la unión de todos los blancos, siempre que el Gobierno conceda las reformas y libertades que la época reclama y que consolidarán la paz indefinidamente."

—El Gobierno vá concediendo reformas, le opuse, y al mismo tiempo atiende con marcada predilección á los hijos de este país y escatima toda demostración oficial que pueda recordar lo pasado, para no herir susceptibilidades que pudieran ahondar los rencores y soliviantar las pasiones que afortunadamente se vienen adormeciendo.....

—Creo, amigo—me contestó el Dr. Bravo—que el Gobierno se equivoca, pecando de ingrato con los que pelearon á su favor durante tantos años. Cuba lo que pide son reformas y los pocos que hemos guerreado en este país no sentimos ofensa por los festejos conmemorativos que al enaltecer á los que estaban en nuestro opuesto bando nos enorgullecen y honran.....

Seguidamente díjome: "Si nosotros fuéramos los vencedores hubiéramos echado la casa por la ventana. España, debe y puede estar satisfecha de los servicios que le prestaron los cubanos; ellos inclinaron la balanza á su favor. En Cuba amigo mio,—añadió después de meditar un poco y darse una palmada en la frente—el separatismo carecía de popularidad, y esto se lo dice á V. un hombre que abrazó la causa con el mayor entusiasmo.

"Voy á hacer una ligera aclaración para que V. comprenda mis afirmaciones, ya que V. me ha pedido permiso para publicar esta conversación.

"La conspiración para lanzarnos al campo, no careció de importancia, si se tiene en cuenta que teníamos muchos comprometidos en la Habana, Matánzas, Villaclara, Puerto Príncipe, Bayamo, Holguín y otros pueblos. También se nos alentaba desde Puerto-Rico, Santo Domingo, Méjico, Chile, Venezuela, Estados Unidos y aún de Madrid, Barcelona, Cádiz, Lóndres y París.

"Con tan halagadores auspicios dimos el prematuro grito de Yara.

"Ya en el campo, bajo la bandera de la independencia, nos encontramos con hombres inteligentes y dispuestos, pero carecíamos de lo más útil: soldados y armamentos.

"Los guajiros, que fueron los únicos con que pudimos contar para nutrir nuestros batallones, se sorprendían de la guerra; pueblos enteros se escondieron en los bosques. Algunos hombres ricos pudieron reunir las *negradas* y criados.

"Muchos campesinos se brindaron de soldados, animosos y resueltos; pero como no había armas, se les dió un palo duro, aguzado y quemado por la punta, y los pocos fusiles, carabinas, pistolas y escopetas que pudieron recogerse se repartían entre los principales y eran de diferentes calibres. Entonces comprendimos nuestra inexperiencia y la imposibilidad de hacer triunfar la revolución con sólo el valor y el deseo.

"Antes de dar el grito debió haberse hecho propaganda, para no sorprender al pueblo del campo, completamente ignorante de lo que se tramaba ocultamente en las ciudades, en términos que, muchos conspiradores que parecían muy adictos á las autoridades, no inspiraban después confianza á los guajiros, porque los consideraban como sospechosos.

Aquello, desgraciadamente fué un barullo; pero barullo que ha costado mucha sangre y la ruina de nuestros campos."

Descansó un momento, y después de contestar á algunas preguntas insignificantes que le hice, prosiguió su entretenida conversación.

"Debo decir á V., Sr. coronel, por qué no quisiera que se interpreten desfavorablemente mis palabras, dada la posición elevada que yo he tenido en la revolución, que los que fueron insurrectos—y admito la palabra, porque hemos perdido—fueron muy valientes; pues parece increible que pudieran hacer frente á una nación con soldados intrépidos y sufridos, y con toda suerte de elementos en hombres, armas y municiones. Si los que prepararon la sublevación, hubieran tenido para armar á los guajiros, 50,000 carabinas escondidas, como tiempo tuvieron para comprarlas y esconderlas, otra hubiera sido la solución cubana. Es verdad que después nos mandaron de los Estados Unidos algunos armamentos y pertrechos, pero siempre en número deficiente para nuestras necesidades, como podrán aseverarlo los mejores generales insurrectos. No hablo de los soldados extranjeros para nutrir nuestras filas: fueron una complicacion embarazosa; muchos desgraciados se llenaron de llagas, otros enfermaron de los piés hinchados por las *niguas*, algunos sufrieron fiebres perniciosas, y bastantes murieron y fueron pasto de las *auras tiñosas*.

"Además,—añadió—"el cómo decíamos ayer," aún parece que está de moda, es una ofensa. Lo pasado es un hecho histórico que ha costado torrentes de sangre por ambas partes; el olvido de lo pasado es una ingratitud monstruosa por ámbos lados beligerantes cuando se generaliza, como sucede ahora, entre leales é insurrectos. La noble y valiente España—y no lo tome V., Sr. coronel, como lisonja— puede y debe estar satisfecha de sus soldados y de los guerrilleros cubanos—con pesar lo digo—y á la minoría insurrecta, en cuyo número tengo la honra de contarme, le cabe el orgullo de haber hecho por la causa de Cuba libre, cuanto en lo humano era posible, como lo prueba la duración de la guerra contra españoles y cubanos. Sí, amigo, cuando recuerdo lo pasado, siento palpitar mi corazón con legítimo orgullo; pues la minoría insurrecta ha probado en el campo de pelea que no ha degenerado de la raza española; pero al mismo

tiempo conservo el sentimiento de que mis hermanos, por una ú otra causa, no participaron en su inmensa mayoría, sobre todo los blancos, de nuestro entusiasmo, para conseguir la independencia. Decir, como yo he leido en algún periódico de Cuba, y se ha repetido en la Península, que todos los cubanos eran insurrectos, faltando á la verdad histórica, lo rechazo con toda la energía de mi alma; pues eso sería lo mismo que llamar cobardes á los cubanos, y V. sabe por experiencia, que no es verdad, pues miles y miles de cubanos se batieron con heroismo por España y miles y miles de cubanos murieron persiguiendo á los insurrectos, como nadie podrá negarlo. Esta es una verdad tan palmaria que puede V. asegurarla en los *Recuerdos de la guerra de Cuba* que está V. escribiendo; pero desearía que hiciera V. constar en ellos, esta mi opinión, como tributo pagado de admiración y reconocimiento á los que fueron valientes cubanos y se sacrificaron para conseguir la independencia de Cuba.

"Pasando á otro orden de ideas, debo decir que el silencio de lo ocurrido, desagrada á los defensores de la Nación española, y no halaga á los que fueron insurrectos; pues parece que se quiere relegar al olvido todo lo pasado, no sé por qué conveniencia política, sin atender que España tiene también en Cuba, como en otros campos de las que fueron colonias españolas, sus héroes y sus mártires."

Este lenguaje tan expresivo fortifica más y más mi convencimiento de que, la insurrección separatista *no ha tenido nunca el carácter de rebelión de Cuba contra España.* (1) Esto es lo que he visto y lo que ha ocurrido. Aténgome á los hechos y no doy la menor importancia á la interpretación de algunos escritores, que forman castillos en el aire, sobre lo que pensaban y piensan los cubanos: piensen como quieran y hagan lo que han hecho, con sangre de sus venas, y Cuba será eternamente española. Es menester tener en cuenta que toda suerte de exageraciones tienen fácil cabida en este país, nada adecuado para la moderna vida política de progreso; que los cubanos no reniegan de su raza y que, con excepción de ciertos hombres ilustrados, que saben lo que piden la mayoría del país ama la paz y simpatiza con las

(1) El Sr. D. Miguel Bravo me decía: "Cometimos una calaverada porque Cuba no estaba preparada ni quería la revolución, como ya queda demostrado: no conocíamos el espíritu de nuestro pueblo que vivía en los campos."

ideas democrático-liberales que no ha aprendido en ningún tratado de derecho político. Este es un dato exacto que debe tener muy presente nuestro gobierno.

Es de necesidad que los cubanos salgan virilmente de su retraimiento político; que los hombres que han prestado tan relevantes servicios á la patria unida, no permanezcan enmudecidos en un rincón; que se persuadan de que un peninsular no vale más que un cubano, y que todos tienen iguales deberes y derechos; que Cuba será rica con sólo mantener la paz; que lo que molesta al presente, en parte se debe á la guerra de los doce años, en parte á la baja inevitable del azúcar, por la creciente competencia, en parte á la inclinación de los peninsulares, más pronunciada aún en los cubanos, de dejarlo todo á la acción del Gobierno, sin fiar nada de la iniciativa individual; en parte, y no pequeña, al despilfarro y pésima gestión económica de los que, más que padres parecen padrastros; pero que todo será transitorio con confianza en nuestra querida patria y sin olvidar el sabio consejo de D. Alvaro Reinóso:

"No es de ánimos varoniles é inteligentes afligirse y contristarse deplorando circunstancias, que, después de todo, son producidas por el progreso necesario de la humanidad."

Filosóficas y bellas palabras que son un victorioso mentís á los menguados Jeremías, que lloran por anticipación la ruina, que no verán, de esta rica y mal gobernada Antilla.

Los tiempos que corremos son esencialmente políticos y decirle á un pueblo que no haga política, es lo mismo que decirle, trabaja y calla: paga la contribución que te impongamos; vota para diputado á Córtes á la persona que te indiquémos, y, en una palabra, obedece siempre lo que se te manda por Pedro, Juan y Lúcas, que son los más sabios y los más patriotas. No puede echarse en olvido que en este país, donde tanta gente duerme, se ha promulgado la Constitución constantemente violada.

"Sin entrar en el terreno de la utopía—dice W. E. Gladstone en su interesante obra *Cuestiones constitucionales*,—podemos asegurar que antes de ver completamente cegadas las antiguas, nuevas aberturas llevarán otras vías de agua al interior del buque. Esas tres antiguas potestades que se llaman mundo, demonio y carne, son demasiado fuertes para que nos sea permitido acercarnos rápidamente al ideal político. El pueblo es una criatura vigorosa; pero adormeci-

da y soñolienta. Cuando trabaja se fatiga, y entonces se le dice que su salud se resiente. Todavía reposa en el lecho; pero sus propios intereses le harán despertar. Todavía habrá bastantes escándalos para hacernos vivir alerta; pero el progreso político aunque intermitente y lento, se llevará á un terreno real y positivo. Contentémonos pensando que nuestro país no será peor que los demás."

El cubano es español, y como español debe reclamar sus derechos, y los gobiernos deben olvidarse resueltamente de la antigua tradición que produjera las disenciones que fueron la única causa de la independencia de nuestras vastas colonias en el continente americano:

"Me consta,—decía el gran jurisconsulto Macanáz,—que en aquellos países hay muchos descontentos, no por reconocer á España por cabeza suya, que esto lo hacen gustosos, mayormente teniendo un Rey tan justificado y clemente como V. M. si no porque se ven ABATIDOS y ESCLAVIZADOS de los mismos que de España se remiten á ejercer los oficios de la judicatura."

Palabras elocuentes que son aplicables á los cubanos en el presente año de 1890. El Sr. Labra que por sus conocimientos y patriotismo sería uno de los mejores ministros de las colonias, dijo en el Congreso de los diputados en la sesión de 25 de Mayo de 1888, entre otras cosas lo siguiente:

"Lo he dicho en otras ocasiones y lo repito ahora. Aquí no es verdad que subsista la pasión monárquica ni la pasión religiosa; pero la pasión patriótica, el amor por la integridad de la patria, ese sí que es un sentimiento vivo. El porvenir está siempre envuelvo en grandes sombras; pero de tal suerte se siente aquí el amor á la patria, que bien puede asegurarse que nuestro poderío en Filipinas, en Cuba y en Puerto-Rico no habrá de desaparecer sin que España pierda el último de sus hijos y sacrifique su última peseta por conservarlo."

El Sr Labra ha comprendido bien el sentimiento dominante de todos los republicanos y de todos los monárquicos y de todos los indiferentes en política: por nuestra patria moriríamos todos; pero concretándome á Cuba por lo que he visto en 12 años de guerra, puedo asegurar, que por España han muerto mucho más de 30,000 cubanos; y mucho más de 100,000 con las denominaciones de voluntarios, milicianos, guerrilleros, carreteros y guajiros prácticos, han merecido bien de la Patria por su constancia, por sus sufrimientos y por su valor probado en más de *mil combates*, en las defensas locales y en los encuentros, en los peligrosos laberintos de las selvas combrías y enmarañadas maniguas.

Los cubanos podrían ser todos insurrectos si se les tiranizara; pero no puede decirse, sino falsamente, que lo han sido: el pueblo cubano ha sido siempre español, como hay pruebas de que también lo fueron, hace más de 40 años, los cubanos ya célebres Aldáma, Cárlos Manuel de Céspedes Morales Lemus, Narciso López y Pintó (1).

Cubanos: sois buenos, lo habeis probado denodadamente en la heróica defensa del Morro de la Habana, y con vuestro Pepe Antonio en Guanabacoa; lo habeis probado con intrepidez en la boca del rio *Cacoyugüin*, contra los aventureros del Almirante Vernon á las órdenes del comandante de las Milicias de Holguín D. Pedro Bautista Bello que murió gloriosamente de un balazo en la cabeza; lo habeis probado en el Perú, donde defendísteis la bandera española en mayor número que vuestros hermanos los peninsulares, lo habeis probado en la guerra civil de los siete años en la Península, donde muchos cadetes cubanos se ganaron la charretera defendiendo la bandera de la libertad de la Patria; lo habeis probado en la Luisiana, obedeciendo al general Gálvez; lo habeis probado en el gloriosísimo Dos de Mayo, en que la Providencia dispuso que el jóven Arango, nacido en la Habana, figurase junto á los intrépidos Daoiz y Velárde; lo habeis probado en la guerra de Africa, donde el voluntario Sarmiento, hijo de Güines, se ganó por su arrojo la cruz de San Fernando; lo habeis probado en las *Pozas*, cuando la muerte del general Ena; cubanos obedecían las órdenes del Marqués de la Romána, y cubanos hubo en la admirable empresa del Callao.

Recibid nn aplauso, cubanos.

(1) Este era catalán de nacimiento.

A MIS LECTORES.

Sin fingida modestia, sin utilizar gastada fórmula retórica, digo que mis *Recuerdos*, merecían una pluma mejor cortada que la que he usado. Comprendo que en ellos sobra algo, como falta mucho, sin que acierte en borrar lo uno y en aumentar lo otro.

Faltos de un método preconcebido los he ido escribiendo, sin otra guia que mi buen deseo. Me consuela de sus defectos, el haber probado, según mi conciencia (en esta obrita limpia de todo pecado) lo que, para mayor claridad numerare.

1º Que la guerra de Cuba no duró diez, sino doce años. (No rebajo ni un día).

2º Que el *Pacto del Zanjon* no dió la paz.

3º Que la insurrección no fué apoyada por el país.

4º Que los insurrectos encontraron su salvación en la manigua (1).

5º Que se peleó con valor heróico por *unos* y *otros*.

6º Que no ha habido, ni en nuestra antigua historia, ni en la moderna, ejército más sufrido y disciplinado que el que hizo la campaña, mal comido, mal pagado, mal recompensado y bajo un sol abrasador y un clima húmedo enervante.

7º Que un puñado de insulares de la raza blanca, otro puñado de la raza negra, y otro de peninsulares, canarios, chinos y extranjeros, por unos ideales que la historia oportunamente juzgará, dieron muestras admirables de intrepidez y abnegación en los campos de la guerra; cualidades que fueron necesarias para que nuestros mártires descansen hoy orgullosos en el Templo de la Gloria.

8º Que murieron en la campaña más de 30,000 cubanos y 100,000 peninsulares por la causa de España. El general Jovellar dice que *doscientos mil* entre todos, y que se gastaron setecientos millones de pesos fuertes.

---

(1) O la *tierra del mambí* como la llama el corresponsal del "Herald" de New York James J. O'Kelly.

9º Que los voluntarios insulares y peninsulares de las poblaciones en que no hubo guerra, prestaron servicios al impedir que la hubiera; y, que hijos de Cuba eran los que pelearon valientemente como guerrilleros, como milicianos y como prácticos. Los voluntarios de caballería de la Habana, los de San Antonio, los de Guamutas y los milicianos de Güines, todos compuestos de guajiros, y las *escuadras* de Guantánamo, se batieron con intrepidez *y no tuvieron desertores.* Hecho admirable que han reconocido todos los generales.

10. Que no hubo un sólo hecho de armas importante en que los cubanos no se batiesen en nuestra extrema vanguardia. Léanse los partes oficiales.

11. Que en las Túnas, Cascorro, Torre de Colón, Manzanillo, El Cobre, Guantánamo y Holguín, tuvieron representación los fieles cubanos; y con respecto á Holguín de nada hubiera servido mi buen deseo y el heroismo de los defensores, mal armados con fusiles belgas y de chispa, si denodados holguineros no se hubieran unido á los pocos peninsulares para defender el baluarte de la honra nacional.

12. Que las fuerzas insurrectas no pasaron nunca de *ocho mil* hombres disponibles, como lo han escrito el general Concha, el general Acostas y Albear, y general Riquelme, el general Pieltain, el general Portillo, Máximo Gómez, el Dr. Figueredo y otros escritores enterados.

13. Que la insurrección comenzó sin plan ni concierto, y que si las tropas que salieron de Cuba y de Manzanillo no se hubieran retirado, teniendo en cuenta que en aquellos momentos podían hacer frente y hasta arrollar á una *turba multa*, mal armada y sin organización, Bayamo no hubiera sido incendiado, y la guerra se hubiera acabado ó á lo menos no les hubiera quedado á los insurrectos más que el descrédito fatal de refugiarse en las selvas, perdiendo el prestigio que lograron con la mal defendida Bayamo.—(Lo han confesado insurrectos de reconocida inteligencia).

14. Que la guerra continuó por los consejos de los titulados generales extranjeros, que vista la frialdad de los cubanos en no tomar parte en la lucha, y la conducta de otros de probada suficiencia que se presentaron á las Autoridades españolas, ó se embarcaron para el extranjero, para no volver más á Cuba; pensóse entonces en voluntarios extranje-

ros, ya que no los encontraban naturales, para convencerse demasiado pronto, de que eran inútiles, bajo un sol que los agoviaba y enfermaba. (Esto lo saben todos los que fueron insurrectos).

15. Que las fuerzas de Antonio Maceo protestaron contra el pacto del Zanjon y continuaron la guerra hasta el pacto de San Luis, al que no asistió Maceo por estar ya en el extranjero.

16. Que la organización del ejército y su armamento deben modificarse: que es de todo punto necesario un ferrocarril central; y la construcción de fuertes y fortines en las líneas central y laterales entre ambas costas, así como caminos ó trochas en los bosques como medida preventiva en las zonas respectivas con la instrucción prática de las tropas, para que sepan operar sin guias ó prácticos, que deben suprimirse en absoluto. Que no se diga más, que Maceo encontraba encendida la candela que dejaba en la manigua, como con gracejo dijo una vez el general Salamanca.

17. Que la caballería insurrecta fué la que más se distinguió en campaña, valiendo muy poco la infantería, la que algo figuró en las sierras y montañas de Oriente.

18. Que la acción más importante y sangrienta de Cuba fué la de las *Guásimas de Machado;* que si no fué nuestra la victoria, no fuimos derrotados, sirviéndonos mucho, no obstante, pues imposibilitó la peligrosa invasión á las Villas, la que no pudo efectuarse sino hasta un año después y en muy malas condiciones, por las intrigas de Vicente García, Bravo, Roloff y otros localistas para pelear.

19. Que las dignísimas mujeres cubanas cumplieron su triste deber al seguir á sus padres en los bosques y supieron conservar su honradez en medio de los mayores peligros. Gran número de generales, jefes, oficiales y sargentos se unieron á estas mujeres, ya célebres en la historia de su sexo.

20. Que cuando se escriba la historia, por escritor verdaderamente imparcial y no influenciado por pasiones y prevenciones, ocuparán en sus páginas un lugar muy honroso los voluntarios del campo.

21. Que la guerra pudo y debió acabarla el general Martinez Campos, por las armas, sin *pactos* y con sólo dar á los insurrectos, *patria*, *olvido* y *libertad.*

22. Que los nacidos en territorio español deben sea iguales en deberes y derechos.

23. Que la paz de Cuba debió ser la gloria de la Nación y nó la de un gobierno determinado.

24. Que para conservar á Cuba perpétuamente, necesita la Metrópoli organizar su ejército; reformar su administración, no dando empleos á quien no justifique tres años de residencia en el país; dividir los mandos y gobernar con el ejemplo. De este modo la guerra es imposible, Cuba será la colonia más fiel, y los que nos odian al verse halagados y considerados como españoles de primera clase, se convertirán en leones de nuestra bandera, (cierto como 2 + 2 = 4).

25. Que al abogar por la separación de mandos defendemos la causa de nuestro ejército, pues en Cuba sólo tienen mandos civiles *cuatro* generales. Cuando esto concluya nuestros generales tendrán la misma importancia que los de la Península y en esta Isla, los subinspectores de las Armas, jefe de E. M., gobernador de la Cabaña y comandantes generales de Matánzas y Pinar del Rio y el comandante general del Apostadero. Así los generales serán lo que deben ser: los más brillantes defensores de las Leyes y de los derechos de los pueblos.

26. Que el *Pacto del Zanjon* es un recuerdo para unos mortificante, para otros indiferente. El país nada ganó con el pacto y la Nación tampoco.

27. Que el *Pacto del Zanjon* (1) no fué jamás soñado por los insurrectos, que de buena fé pensaron siempre vencer ó morir en la demanda, como representantes que se consideraban de todo un pueblo que amaba la libertad; pero cuando se convencieron de que la mayoría de sus paisanos tan liberales como ellos, permanecían indiferentes, sin tomar parte activa en la pelea, es cuando, vista su impotencia y la inutilidad de sus cruentos sacrificios, se determinaron la mayor parte, si no satisfechos, con legítimo orgullo, dada la situación precaria en que se encontraban por falta de elementos, en admitir un *pacto*, que les daba verdadera importancia de potentes beligerantes. Bien presto sirvió el pacto

(1) Por el Pacto del Zanjon, los esclavos que eran insurrectos, fueron declarados libres; y los que entregaron las armas después del Pacto de San Luis, recibieron sus pagas en metálico y 60 raciones. Los esclavos fieles á España no obtuvieron ni pagas, ni raciones, ni libertad. Está hecha la apología del *Pacto del Zanjon*.

como arma de partido, y fijó para los políticos liberales el fin del gobierno despótico colonial. (He ahí por qué el *Pacto del Zanjon* pasará á la posteridad).

28. Que después del *Pacto de San Luis* y el último, quedaron partidas insurrectas fuertes en los bosques; aumentando su potencia después del levantamiento de Mayarí; que la lucha continuó durante *un año y medio;* que se derramó mucha sangre en los combates; que hubo miles de enfermos; que muchos insurrectos sufrieron la última pena por la energía de los generales; y que para consolidar la paz fueron deportados 1,500 insurrectos y hombres sospechosos con razón ó sin ella, que sufrieron la suerte de Maceo, Guillermón, Peralta, Quintín Bandera y otros que ya viven en Cuba reconociendo y acatando la nacionalidad española.

29. Que en la isla de Cuba no es posible otra guerra, no tomando parte en ella los guajiros; y que éstos fueron los más intrépidos compañeros de fatigas, y glorias, durante los doce años de la guerra, de nuestros valientes soldados.

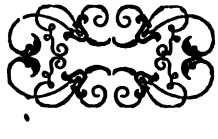
30. Que la gran mayoría de la gente de color fué siempre fiel á España, y lo más sorprendente *¡hasta los negros esclavos!* Personalidades brillantes como Ignacio Agramonte, Céspedes, Donato Mármol, Amábile, Luáces, Goicuría, La Rua, Honorato del Castillo, Ayesterán, Machado, Pedro Figueredo, Valdés, Ubieta y otros muy abnegados, se sacrificaron por su causa; y los pocos cubanos de talla que quedaron con vida, pasaron por la amargura de contar *pocos blancos* para la defensa de Cuba Libre.

31. Que si la guerra de doce años ha puesto de manifiesto que conservamos el espíritu heróico de los antiguos soldados de Italia, y Flándes, no ha podido ocultar nuestra descuidada organización militar. La guerra en Cuba se hizo muy mal, siendo la desesperación de los jefes inteligentes que mandaban valientes soldados. Esta confesión no podrá dar lugar á comentarios desfavorables de los enemigos del ejército, pues antes de escribirla hemos tenido presente, lo que ya puede considerarse como proverbio: "Que en la manigua, un guajiro necesita diez soldados." Esto es verdad, con soldados peninsulares sin instrucción práctica; pero es falso, con soldados instruidos que sepan operar en la manigua. En otros términos, 6,000 insurrectos serían batidos por 4,000 soldados prácticos; pues aún en iguales condiciones

de valor, los soldados tendrían la ventaja de contar con más elementos, más instrucción individual y mandados por mejores jefes y oficiales. Nada hemos callado, y creemos que los gobiernos venideros deben saber lo que ha ocurrido, para que corrijan los defectos y cumplan con los deberes que exige nuestra patria para su prestigio, su honra y su liberalismo.

He concluido. Es necesaria la unión, pues sin ella, no habrá progreso; seremos siempre un pueblo inferior. Nosotros nos cansamos pronto de mirarnos como hermanos, pues como dice *D. Modesto Lafuente* "á los españoles no les fatiga una guerra perpétua; los fatiga subordinarse entre sí." Esto es una vergüenza que se diga aún. ¿Darémos lugar á que se nos siga llamando indóciles, sordos á la conveniencia de la disciplina, de la concordia y de la fraternidad?

Nó, y así Cuba será siempre española para su gloria y la de España.



EN LA

CUEVA DE NAJAZA.

MESA REVUELTA

que contiene episódios de la guerra, datos estadísticos, curiosidades, impresiones, etc. con apreciaciones del momento y criterio libre.

Segunda Parte.

EN LA CUEVA DE NAJAZA.

LECTOR: *lee y juzga.*

En Noviembre del 73, el que esto escribe acampó con la columna del batallón *El Rayo*, en el *Ciego de Najáza*. A los pocos momentos de la llegada levanté el vivac y recorrí las inmediaciones buscando rastros del enemigo inútilmente, y, media hora ántes de obscurecer, establecí nuevo vivac en un paraje desconocido de los *prácticos*, por lo que no puedo precisar su nombre; diré, en cambio, que era singularmente risueño y agradable. Veíase, por un frente un extenso potrero la hierba de guinea, con poblados *mangáles* y esbeltas palmeras; á los dos lados terrenos llanos con pequeños *cayos* enmaniguados, á mi espalda monte pedregoso claro y en su parte baja la obscura boca de una cueva.

Dirigíme á ella para reconocerla, picado de la curiosidad y al llegar, salieron del antro, á todo escape, cuatro caballos que, sin duda, la habían escojido de cuadra cómoda y abrigada para preservarse de la excesiva humedad de la noche.

Cuadrada irregularmente, sin adorno alguno, falta de esas bellas estalactitas de otras, como las de *Bellamar* en la gentil *Yucayo*, es simplemente una cavidad como las que se ven en los troncos de algunas ceibas gigantes.

Escogíla de aposento, y á los pocos instantes me ensimismé con los nuevos encantos que á una noche serena y tranquila prestaba un cielo de rutilantes estrellas: el cielo tropical.

Miéntras mi fiel escudero ó asistente preparaba sabrosa gallina guinea, cazada con trampa de cañas aquella mañana, encendí una vela, y un aleteo, que me dejó frio, la apagó; y comprendiendo lo que podía ser—tratábase de un mur-

ciélago—volví á encender la bujía y emprendí el reconocimiento. En la pared de la izquierda leí: "¡Viva Cuba libre!" y el nombre de "Ignacio Agramonte," sobre una piedra lisa. En la pared de la derecha algunas raices de árboles tendían sus largas patas como si hubiesen sido de gigantescas arañas.

En el suelo algunas brazadas de paja, una botella rota y unos pedazos de papel. Tal era el cuadro del que mi humanidad formaba principal parte.

Dí una vuelta por el vivac, cené con gran apetito y me acosté en mi hamaca. No pude dormir hasta más de media noche. Filosofemos.

La reducida cueva era visitada por cuadrúpedos, por aves de rapiña, y por hombres: todos tenían el mismo instinto; resguardarse del sol, de las aguas y de las tempestades. En un momento recorrí, con mi imaginación estimulada, todo el universo. Comprendí que la guerra era una barbaridad, y para formar paralelos exactos tuve que recurrir á las costumbres bélicas de los antiguos bárbaros. En el monólogo histórico, sentí no hubiera en mi columna carros construidos de corteza de árbol, ni tener la cabellera rubia, para considerarme un Alano independiente y libre: fijé la vista en la realidad presente y comprendí que todavía había bárbaros en el siglo XIX. ¡Maldita sea la guerra!

¿Qué es la guerra? Según unos, el mayor agente para la dicha de los pueblos. Según Napoleón, cuando discurría como gran filósofo: "*Un oficio de bárbaros en que todo el mérito consiste en ser el más fuerte en un punto dado.*" Basta. Ya está juzgada la guerra bajo el triple aspecto de la moral, de la razón y de la justicia.

En Cuba haciamos la guerra, entonces, como los bárbaros, sin pintarnos los cuerpos y con las armas perfeccionadas de la civilización. ¿Moriré de un balazo? ¿Me romperán una pierna? ¿Caeré prisionero? ¿Me cortarán la cabeza como un moro se la corta á un cristiano? ¿Perderé la vida en una casa incendiada por el enemigo? ¿Sucumbiré á los cortes de un afilado machete? Todas estas lindezas se me ocurrían cuando la vela se acabó, y sin darme cuenta me quedé profundamente dormido con la perfecta tranquilidad de un hombre sin remordimientos.

A las cinco de la mañana me levanté; los grillos saludaban gozozos el nuevo día; los pájaros cantaban entre el es-

peso follaje de los árboles; las reses bramaban en el potrero; los oficiales y soldados tomaban café; los acemileros daban pienso de maiz á las acémilas, y las negras *auras tiñosas* volaban elegantemente sobre nuestras cabezas. A los diez minutos dí un pitazo prolongado con mi silbato de plomo: poco después me dió parte el ayudante de estar la fuerza formada en columna cerrada y cargadas las acémilas; el oficial médico que un soldado enfermo no podía caminar á pié; y sin más formalidades emprendimos la marcha en busca de aventuras sangrientas. Nunca más volví á pasar por aquel punto; pero siempre he recordado con emoción lo que yo llamé y llamo la CUEVA DE NAJÁZA. Ahora, ya en paz, entraré en ella mentalmente y escribiré lo que se me vaya ocurriendo.

Saldrá un baturrillo.

***

"Señor Gobernador: puede V. disponer de cuanto hay en mi casa: ántes de perderla, prefiero verla convertida en escombros."

RONDÁN.

En el Sitio de Holguín los insurrectos dieron por broma en llamar PERIQUERA á la casa fuerte, propiedad de D. Francisco Rondán y Rodriguez, más conocido por *el manco de Auras*, por la grave herida que recibió en combate marítimo, siendo capitán de buque mercante; y *periqueros*, sin duda, porque estaban encerrados en una sola casa, á los defensores del improvisado baluarte de la integridad nacional (1).

Periquera puede considerarse una jáula para Periquitos, *ave trepadora, diminuta y de pluma verde de la casta de los* Loros.

Los entusiastas defensores admitieron gustosos el apodo como título honorífico para pechos esforzados, y desde entonces la casa del ya difunto Sr. Rondán, se llama y llamará perpetuamente la PERIQUERA y sus defensores PERIQUEROS (2).

Tan popular y patriótico se ha considerado este calificativo, lanzado por burla y con bélico orgullo aceptado, que

(1) Cuando comenzó el Sitio, los insurrectos llamaban palomar á la casa y palomos á los defensores; poco después los palomos se volvieron periqueros para siempre.

(2) Hasta hace muy poco el único periódico de Holguín se llamaba *El Periquero*.

en toda la antigua jurisdicción de Holguín, casi tan grande como la isla hermana de Puerto-Rico, no se le dá á la celebérrima casa otro nombre, y con el mismo se la designa en conversaciones privadas, en oficiales documentos y periódicos políticos, habiéndo contribuido, en gran parte, contra la idea de sus autores burlescos, nuestros ocurrentes enemigos, á perpetuar y engrandecer el glorioso nombre de una modesta casa, que simboliza uno de los rasgos más brillantes que la fidelidad española ha grabado con indelebles caractéres de sangre, en la historia de la guerra separatista de la isla de Cuba.

El fusil de chispa.—Los *Periqueros* no tuvieron más armas que fusiles belgas á cargar con baqueta, los soldados, escopetas, los paisanos, machetes, los bomberos, y *fusiles de chispa con zapatilla de cuero*, los voluntarios y licenciados del ejército. Hoy, que ya ha pasado la tormenta, recordamos con placer el antiguo armamento que relucía como plata bruñida; el armamento de Luchana en defensa de la libertad; el armamento que sirvió también para defender La Periquera, y el armamento por fin, que hizo su último papel en defensa de la integridad nacional. El fusil de chispa ocupa puesto honroso en el Museo Nacional de Madrid.

El general insurrecto, Luis Marcano, natural de Santo Domingo, murió asesinado de un balazo que le disparó en una vereda un miserable insurrecto, y su jóven esposa, que vivía en el monte, tuvo después un fin desgraciado. Se le ocurrió mandar cortar una corpulenta ceiba porque goteaba agua después de llover sobre su bohío, y al ir á caer el gigantesco árbol, en dirección opuesta, una fuerte ráfaga de viento lo desplomó sobre el bohío que aplastó á la desgraciada viuda de Marcano, la distinguida Sr.ª Dª Loronza Diaz. ¡Paz á sus restos!

Sanguily.—El general insurrecto Julio Sanguily, cayó prisionero cerca de Puerto Príncipe, y al ser auxiliado por la caballería de Agramonte, que con arrojo cargó sobre la fuerza que lo conducía, pudo salvarse apesar de ser cojo, con sólo ser herido de un tiro de carabina. El Sr. Sanguily vive milagrosamente.

El general insurrecto Reeve, llamado *Inglesito*, que murió batiéndose en las Villas, en 1877, tenía historia curiosa Mandó siempre caballería y fué gravemente herido en una ingle en el ataque de Santa Cruz, donde perdió su afilado machete; pero lo más sorprendente fué que habiendo una vez caido prisionero, fusilado atropelladamente, y abandonado, porque se le creyó cadáver, no murió, curó las heridas y pudo guerrear otra vez con valor, hasta que por fin murió batiéndose á machetazos. Cuando el *Inglesito* no era más que capitán á las órdenes de Ignacio Agramonte, se le confió un reconocimiento con 25 caballos; pero con la orden terminente de no empeñar combate. El *Inglesito* no dió cumplimiento á lo dispuesto, con tan buena suerte, que hizo algunos prisioneros y se presentó á su general con los trofeos de la victoria. Agramonte, con sequedad, le contestó: "capitán, queda V. arrestado y responderá de su conducta en el consejo de guerra." El fallo del consejo le fué favorable, teniendo en cuenta sus buenos servicios, y Agramonte lo aprobó, diciéndole al *Inglesito:* "capitán: en virtud de las facultades que me ha concedido el Gobierno de la República os nombro comandante; pero otra vez dareis cumplimiento á mis órdenes." El Inglesito fué uno de los jefes más intrépidos de la insurrección.

Arte de la guerra.—Los insurrectos al principio de la guerra, se defendieron detrás de trincheras como en el *Clueco*, *Mina de Juan Rodriguez*, *Loma Vapor*, camino de *Jobabo* y otros puntos; también ponían en los caminos colmenas de abejas para ahuyentar á las tropas, y con el propio objeto soltaron gran número de toros bravos. Todo fué inocente, y cuando se apercibieron de la inutilidad de sus trabajos se dejaron de trincheras, abejas y toretes.

Incendio de Santa Cruz.—Cuando el enemigo quemó la casa-almacen del acomodado propietario Sr. Catalá, en Santa Cruz del Sur, este señor pudo esconderse en una caja de agua. Gracias á su serenidad salvó la vida. Al poco tiempo le quemaron el ingenio cerca de Santa Cecila.

La pequeña guerra.—La pequeña guerra es la guerra

de guerrillas. ¿Quién fué el primero que la calificó de pequeña? Acaso el órgullo de la profesión militar.

La pequeña guerra emancipa las colonias americanas del yugo de las metrópolis; la pequeña guerra, derrota ejércitos con grandes generales en la Vendée; sostiene la guerra siete años en la Península; cubre de laureles la gloriosa frente de los guerrilleros aburriendo al gran Napoleón, que se fué para Francia con las manos frías y la cabeza caliente; sostiene doce años la guerra separatista en la isla de Cuba; y es el contínuo mentís á las reiteradas demostraciones teóricas de lo que se llama ciencia de la guerra. Un general prusiano, creemos que ha sido el primero que ha escrito: "*la guerra de guerrillas, es la gran guerra en pequeño,*" y como si hubiese resuelto el problema para enaltecer el brillo científico de la gran guerra, exclama con orgullo profesional. ¡Viva la guerrilla!

Vamos por partes. La guerra, se dice, es una ciencia, y para vencer en el campo de batalla es menester que el general sea científico. Esta opinión no es axiomática, ni aún en la gran guerra; pues sabemos que la pléyade de generales improvisados en la Francia republicana, venció en casi todas las batallas á los científicos generales prusianos y austriacos. Si de la gran guerra pasamos á la pequeña guerra, la deficiencia de la ciencia ó arte militar, según algunos, se pone de relieve. Generales que sabían manejar el compás y escribían correctamente: "*tal batallón de cazadores se cubrió de gloria en las alturas de Arlabán y la artillería rodada desplegó su línea de fuegos con precisión admirable,*" han pasado á la posteridad; pero al igual que ellos, la historia registrará las incorrecciones siguientes: "*á ese comendante general le voy á dar una lisión,*" y los nombres del Empecinado, Manso, Rovira, Mir, Merino, el Fraile, Francisquete, Longa, el Abuelo, Misas, Ladrón, Rochapea, Cabrera, Tristany, Cucála, Zurbano, Radica, y más modernamente Máximo Gómez, Calixto García, Agramonte, el Inglesito, Sanguily y los que quizás ya están engendrados para la primera ocasión que se presente.

La ciencia militar, debe contenerse en su punto racional: pasar la vida estudiando, como si los militares hubiesen de poseer la ciencia infusa; ponderar los adelantos realizados, como si todos los militares anteriores hubiesen sido unos

ignorantes, es una exageración: si á lo menos no se perdiese el tiempo en estudiar la gran guerra con 600,000 hombres que no han de hacer, y dieran más importancia á la guerra de guerrilla, que si podrán hacer, estaría más justificado que lo que se aprende sin aplicación práctica.

Cuéntase que cuando la guerra de Cuba, tomó parte en ella un capitán que poseía todos los conocimientos científicos más modernos; pero como al mismo tiempo era bastante inmodesto, sostenía contínuas peloteras con sus compañeros más prácticos y más entendidos en la clase de guerra que se hacía. Un día, dieron de bocas á manos con una partida insurrecta; y el ilustrado capitán, que era todo un valiente, con su arrogante actitud y su prosa científica, se impuso á los oficiales y todos acataron y cumplimentaron las instrucciones que rápidamente les diera el mencionado capitán y se lanzaron entusiasmados á la pelea. Fueron derrotados y gracias que una casa abandonada les sirvió de refugio seguro: tuvieron tres muertos, siete heridos y dicho capitán recibió una grave herida en el pecho, siendo su desconsuelo grande; pues decía afligido, después de la primera cura: "esto no es guerra: no quiero batirme entre follaje sin ver al enemigo, que manda un mulato como general: cuando me cure me vuelvo á España; que no me he quemado las cejas para batirme de militar á militar con un africano que no lleva camisa."

Todas las exageraciones son falsas. Aprendan nuestros generales á manejar grandes ejércitos, en teoría; pero aprendan los oficiales á batirse en guerras de guerrillas; pues lo mismo en la Península, que en Cuba y Filipinas, no se ha hecho ni hará otra guerra que la pequeña y siendo así, como no cabe la menor duda, todo lo que debe hacerse es utilizar la ciencia para perfeccionar el arte militar español de los Viriato, de los Empecinado, de los Perez y de los Manso. Ahora nos será lícito gritar: ¡Viva el arte militar español! ¡Viva la guerrilla! (1).

Cálculo.—Suponiendo que desde Enero de 1869 á Oc-

(1) Les dirás de mi parte esto: ya es tiempo de hacer las dos guerras á la vez, la grande y la pequeña. La grande produce más ruido, pero la pequeña, hace más negocio. En las luchas civiles la peor guerra es la mejor. El Noventa y tres.—Víctor Hugo.

tubre de 1880 hayan conducido tropas á la Península 288 vapores, y calculando por término medio, seis fallecidos en cada viaje, resultarán arrojados al fondo del mar, 1,728 indivíduos: ignorada sepultura de 1,728 valientes que no vieron más á sus padres.

Organización del ejército.—La actual organización es muy defectuosa. Los batallones podrán batir á un enemigo numeroso y agresivo; pero 4 ó 5,000 hombres, que hicieran la guerra defensiva, en limitados horizontes de follaje sin organización é instrucción práctica, sería empresa interminable. La guerra en Cuba, es especialísima. La artillería no dá resultado en la manigua, y el grande alcance de las armas, no es necesario en los bosques, por ser todas las distancias reducidas; es decir, que los cañones y fusiles que tan útiles son en Europa, no dan ventaja á otras armas que tuvieran menos alcance. (1) Comer los frutos que brinda el país, saber manejar el machete, mucha práctica en el tiro al blanco, mucho conocimiento del terreno, sagacidad para batirse un grupo de soldados con ó sin oficial; he ahí la instrucción que debe darse á nuestros soldados. Parece increible que después de doce años de guerra, no se haya variado la organización de nuestro ejército; pues seguramente en Cuba, si el ejército se ha de componer de guerreros, hay que seguir el consejo de los sabios romanos: "*Si vis pacem, para bellum.*"

Verdades. (2)—Según Modesto Diaz, Máximo Gómez, Julio Sanguily, Quintín Bandera, Félix Figueredo y otros testigos de mayor excepción, nunca se reunieron 2,000 insurrectos para batirse. En las *Guásimas de Machado*, la más sangrienta y disputada acción de la campaña, los insurrectos no pasaron de 1,200. Es falso lo que se ha escrito en periódicos y folletos, de que en tal ó cual parte se batieron 3, 4 ó 5 mil hombres.

(1) Es mejor que tengan mayor alcance por si pudieran utilizarse en las grandes llanuras.

(2) Yo no puedo decir otra cosa: A Cervántes me atengo. "Así es, replicó Sancho, pero uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas nó como fueron, sino como debían ser, y el historiador las ha de escribir nó como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna."

Según he tenido ocasión de observar, en las Villas, en el Camagüey y en Oriente, las partidas insurrectas que perseguíamos las calculábamos compuestas de 20 á 50 hombres por docenas; algunas de 100 á 200; pocas de 500; una de 700 en *Naranjo* y otra en *las Guásimas* de 1,200.

A raiz del grito de Yara todo el departamento Oriental parecía insurreccionado: pero fuera de los decididos, lo demás fué una romería con guerra á muerte á los lechones y aceitunas negras españolas.

Las armas eran de varios calibres, y veíanse muchos negros armados como los salvajes, con palos largos aguzados en la punta. En Fraga de Aragón, semejante ejército de *arma blanca*, no hubiera dejado un higo en las hermosas higueras.

El titulado ejército insurrecto era la imágen propia de la anarquía guerrera: entregado á su iniciativa local, sin plan ni unidad, se batía á la desbandada, entregado al socorrido genio de sus jefes. Así se sostuvieron doce años; así tomaron fuertes como la Zanja, Guayacán, Guayabales, Jíbaro y otros; así consiguieron que nuestras tropas abandonaran los de Santa Gertrudis, Cupey, Jobabo, Camugiro, Santa Ana, La Sacra, Ravón, Salado, Palo Seco, Hato Potrero, Santa Cecilia y otros. Penetraron así en Holguín, Jiguaní, Manzanillo, Cobre, Santa Clara, Puerto Padre, Maniabón, Caridad de Puerto Príncipe, Nuevitas, San Miguel, Bayamo y Victoria de las Túnas que tomaron y quemaron; Santa Cruz, Cascorro y otros. Derrotaron completamente las columnas de los jefes Vilches, Portal y Gómez Diéguez. Mataron con el machete centenares de guardias civiles, docenas de artilleros, entre Túnas y Holguín; tomaron convoyes copando la escolta, y en caminos y callejones amachetearon muchos soldados, sumando 30, 90 y más de 100 algunas veces en las Villas, Camagüey y Cuba. Así han guerreado los insurrectos sin organización, sin hospitales, sin reservas, sin marina, sin buena infantería y sin el apoyo efectivo del país: la insurrección puede compararse á un león fiero que se batiera con cien fieros leones en las selvas: saltando, corriendo,

deslizándose, embistiendo pudo defenderse y dañar á sus contrarios. He ahí lo que fué la insurrección: un león entre leones: no hay que explicar lo que fueron los pactos del Zanjon y después el de San Luis: los leones hoy se tratan como hermanos. ¿Volverán á dividirse los leones?, y si se dividen ¿quién tendría la culpa? El liberalismo fingido del Gobierno.

Los cubanos que se rebelaron no tuvieron la honra de representar á su país: sólo contaron con platónicas simpatías; pero es sabido que el platonismo no ayuda á los materialistas que se baten por la independencia de un pueblo que con razón se consideraba tiranizado.

¿Quién tuvo la culpa de que hubiera insurrección? Yo no lo diré; lo dicen en sus escritos los generales Serrano, Dulce, Martinez Campos y Concha.

El general Salamanca.—Como diputado batalló constantemente á favor del ejército de Cuba; censuró con energía á los gobiernos por sus desaciertos, y maldijo con arrogancia al *Pacto del Zanjon.* Las apreciaciones que entonces se hicieron por los conservadores las desmintió en un folleto D. José de Armas y Céspedes, quien protestó contra el *pacto;* y muchos cubanos hicieron lo mismo, desde el extranjero; protesta que igualmente consignáron, pero con las armas en la mano, el general García Iñiguez, el brigadier Pío Rosado y los jefes Mesa, Morejón, Cantos, Cortés, Enrique Varona, Soto y otros, muchos de los cuales quisieron borrar con su sangre lo que se había escrito, en lo que ellos llamaban, el "*ignominioso Pacto del Zanjon.*"

Ahora, el lector imparcial, podrá juzgar con acierto la conducta de unos hombres que calificaban al general Salamanca de perturbador y enemigo de las libertades cubanas, cuando más de 2,000 cubanos perdieron la vida continuando la guerra contra el pacto del Zanzon, y 1,500 fueron deportados por ser contrarios al convenio del Camagüey. El general Salamanca no dijo ¡Maldita sea la paz!, por enemigo de la paz; calificó de maldita una paz que no lo era, y los hechos posteriores, con lógica irrefutable, le dieron la razón completa.

Recrecimiento de la guerra.—El día 25 de Agosto de 1879, siendo Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra el general D. Arsenio Martinez Campos, se efectuó el levantamiento de Mayarí, aumentando la insurrección en Oriente en pocos días en más de tres mil hombres, entre los cuales había alguna compañía de voluntarios, como lo dijo en el Congreso el Ministro de la Gobernación Sr. Romero y Robledo, con asentimiento del ex-Presidente del Consejo, el bien enterado de lo ocurrido en el movimiento insurreccional, Sr. Cánovas del Castillo.

Congreso de los Diputados.—19 de Febrero de 1880. El Sr. Cánovas del Castillo:

"..... según los datos oficiales que tenemos en el ministerio de Ultramar, y según las sumas que hicimos en aquella ocasión, no resultan más de 6 á 7 mil personas..... 4,700 me dice el Ministro de Ultramar los capitulados en el Zanjon...."

Nadie, ni en el Congreso ni en el Senado, desmintió al Sr. Cánovas del Castillo.

Capitulados.—Durante las negociaciones se convino en un *Pacto* (1) por eso adquiriera celebridad el famoso del Zanjon. Después se quiso popularizar la palabra capitulación con sus militares consecuencias; pero fué desechada por un orador entusiasmado en el teatro de Payret de la Habana, donde dijo, desde una tribuna: "*que la guerra había acabado sin vencedores ni vencidos.*" Insulares y peninsulares aplaudieron estrepitosamente.

Medalla conmemorativa.—El Gobierno de la República se ha servido expedir con esta fecha el decreto siguiente:

"Deseando el Gobierno de la República en nombre de la Nación, dar un testimonio público de gratitud al valiente ejército español, que en la isla de Cuba viene combatiendo en defensa de la Patria, ordena lo siguiente.—Artículo 1º Se creará una medalla conmemorativa de plata, igual para todos los oficiales generales y particulares é indivíduos de tropa del Ejército y Armada.—Art. 2º El Ministro

(1) Como el artículo 6º del *Pacto* dice: La capitulación de cada fuerza se efectuará en despoblado etc., muchos escritores han confundido el Pacto con una capitulación general, sin tener en cuenta que después de una *verdadera capitulación*, quedan vencedores orgullosos y vencidos dignos.

de la Guerra queda encargado de la ejecución del presente decreto. Madrid, 27 de Junio de 1873.—El Presidente del Gobierno de la República.—*Francisco Pi y Margall.*—El Ministro de la Guerra.—*Nicolás Estévanez.*"

Este decreto patentiza el amor más entusiasta por la Pátria.

Mi candidéz —Cuando yo salvé la vida y mi reputación en el Sitio de Holguín, creí sinceramente que el hecho de armas realizado me pondría á cubierto de la calumnia, y si no ambicioné grados, esperaba que me serviría en mi hoja de servicios. Equivoquéme. Yo fuí un cándido; me dejé engañar torpemente por los insurrectos; concedí mi protección de autoridad á conocidos laborantes; tuve la inconcebible debilidad de no fusilar á *nueve* prisioneros; hice mal en no fusilar al escribano Zayas; yo era honrado (gracias) mas carecía de energía. Pero no me pesa; sigo creyendo que un becerro ó un tercio de tabaco valen menos, mucho menos, que un hombre, sea quien sea.

La crítica llegó hasta el palacio de la Autoridad.

El general Dulce se vió acosado, y tal maña se dieron los enemigos de un jefe que no hizo más que cumplir con su deber, que lograron mi separación de la Comandancia militar de Holguín. Así se pagó mi lealtad. Se me quiso dar una cencerrada *patriótica* que desbarató el teniente gobernador, mi sustituto, el Sr. Obregón. Salí de Holguín con la sóla escolta de dos lanceros pues mi *digno* compañero el teniente coronel Mendez Benegasi me la negó mayor, y acompañado de mi entusiasta y noble camarada D. Manuel Nates y Bolivar, llegué á Gibára.

¿Por qué no caí en poder del enemigo que pululaba por todas partes? Después supe la causa: el enemigo fué más generoso que el jefe español para darle una lección moral.

El noble general Dulce, enseguida que habló conmigo, comprendió que se había abusado de su buena fé, fué mi mejor protector luego, y me instó que volviese á Holguín, lo mismo que su jefe de E. M. el coronel Chessa. Rogué que se me concediese una columna y se vieron colmados mis deseos; ofendido en mi amor propio, hubiese sido en Holguín un tirano.

Decreto.—Considerando que el ejército español debe ser el Ejército de la Patria, y nó el de un partido político determinado, el Gobierno de la República Decreta:

"Artículo único.—El militar cualquiera que sea su *graduación*, que se niegue á aceptar el mando ó puesto que el Gobierno le confíe, quedará sujeto á formación de causa y será dado de baja en el Ejército.—Madrid 7 de Agosto de 1873.—El Presidente del Gobierno de la República.—*Nicolás Salmerón.*—El Ministro de la Guerra.—*Eulogio Gonzalez.*"

Este decreto es justo: no se vé en él la menor reminiscencia de irritante desigualdad. Su autor quiere vivir la vida moderna sin mezcla de privilegios de la Edad Media con *santo y seña.*

Dos valientes.—El benemérito coronel de caballería D. Eduardo Marquez, encontró á seis leguas de Ciego de Avila una fuerza enemiga á la salida de una sabána, y un miliciano del 4º escuadrón de la Habana, probó lo que vale un guajiro. Otro guajiro insurrecto, desafió con arrogancia al que quisiera batirse con él al machete. El miliciano Valiente Perez, natural de Wajay, sin hablar una sóla palabra, sale de las filas del escuadrón, saluda al jefe de la columna y parte en busca del contrario. Empuñan los machetes, y á los pocos minutos los combatientes caen en tierra. El insurrecto quedó muerto y Valiente recibió cuatro machetazos que pusieron en peligro su vida. Heroicidades semejantes, las hay iguales, pero nó superiores, en las historias militares de ámbos mundos.

Estratagema.—En 1873 el enemigo se propuso apoderarse del destacamento de *Hato Potrero*, situado en la sabána inmediata al rio Najáza. Una madrugada, antes de amanecer, varios insurrectos se colocaron dispersos como á 40 pasos, teniendo cada uno elevada rama afirmada en el suelo que lo ocultaba. Amaneció; pero al ver el cabo de la guardia, un bosque, donde el día anterior era una sábana, dió parte al comandante del destacamento y comprendiendo éste lo que podía ser, mandó hacer fuego contra aquel *bosque.* El enemigo soltó las ramas y se dió á la fuga.

La guerra de Cuba no tuvo el apoyo del país.—Por la calidad de las personas que se sublevaron, se creyó

de momento, que la insurrección tenía grandísima importancia. La ilusión y el engaño fué completo, gracias á los escondites de la manigua. No pudiendo los insurrectos apoderarse por la fuerza, de una sóla población, exceptuando Bayamo que perdieron, no consiguieron organizar un ejército numeroso, no construyeron nada permanente.

El general insurrecto, Calixto García Iñiguez, que debe la vida al general D. Sábas Marín, y que quiso suicidarse al verse prisionero, no le valió su desprecio de la vida. Curóse la grave herida que se hizo en la cara y volvió á pelear en la llamada *segunda guerra* protestando contra el *Pacto del Zanjon.* Su atrevimiento y desprecio á los riesgos, de nada le sirvieron, el país no le secundó, y si hoy vive en Madrid completamente desengañado, sus más íntimos compañeros de sufrimientos y fatigas, pagaron con su vida la errónea creencia de que sus paisanos, los cubanos, querían la independencia. Cruento ejemplo que deben tener muy presente todos los que sueñan con una independencia imposible en un pueblo que, hasta hoy, no ha secundado á los separatistas sino un pequeño número y otro no mayor, que quizás ocultaba la simpatía platónica fumando, comiendo, meciéndose en la hamaca y durmiendo. ¡España, paz y libertad! He ahí la hermosa trinidad para la futura dicha de la isla de Cuba.

D. Miguel Pérez.—Hijo de Guantánamo murió en defensa de la causa española. Se trató de elevarle una estátua y sólo ha quedado en proyecto: bien merecida la tiene. Fué un valiente.

El general D. Santos Pérez.—"Según vemos en nuestro apreciable colega el "Diario del Comercio" de Guantánamo, ha fallecido en dicha villa, donde residía en situación de cuartel, el Sr. General de Brigada D. Santos Pérez hijo del no menos esforzado coronel D. Miguel Pérez, y compañero y continuador de la obra de éste, de reorganizar las Escuadras de Santa Catalina de Guaso, que tan alto renombre alcanzaron durante la pasada guerra, por sus hechos heróicos y su acrisolada lealtad.

"El general D. Santos Pérez, falleció en la mañana del domingo 16 del actual, víctima de una violenta enfermedad que lo llevó al sepulcro en sesenta horas. Nuestro citado colega dice al dar cuenta de su fallecimiento:

"Desde el momento en que cerró los ojos el General, que murió en brazos del teniente D. Pedro Garrido y algunos amigos de entre la numerosísima concurrencia que se encontraba en la casa, corrió la noticia por la población; al pié de su lecho estaban su desconsolada esposa é hijos y algunas damas amigas de la familia.

"Apenas fué de día, un gentío inmenso invadió todas las habitaciones de la casa mortuoria, allí estaba todo el pueblo, que deseoso de ver su cadáver, entraba á empellones.

"Vestía el finado el traje de brigadier y la majestad de la muerte imponía tanto ante el cadáver, que mientras más le mirábamos, más doblemente impresiodába el ánimo, porque delante de nuestra conciencia, se encontraban los restos del salvador un día, de Guantánamo, del sostenedor de una paz moral, cuyos mortales despojos allí se exponían, en el que fué su lecho, esperando la hora de ser sepultado."

"El entierro del general D. Santos Pérez fué una verdadera manifestación de duelo, á la que se asociaron todas las clases de la sociedad. La comitiva formaba una cola de un kilómetro.

"Descanse en paz el esforzado y benemérito general, hijo de Cuba, y reciba su familia el más sentido pésame."

(*Diario de la Marina* de 25 de Febrero de 1890).

El capitán de fragata D. Dionisio Costilla.—Reservado estaba á un hijo de Cuba el cubrirse de gloria como representante de la fidelidad de sus paisanos. ¡Costilla ha muerto!, pero el servicio que prestára con la captura del VIRGINIUS, y *que tantos pèsares le ocasionó*, no puede quedar olvidado en el negro panteón de la ingratitud.

La guerra de Cuba.—No puede negarse que la guerra ha durado 12 años, y que las fuerzas insurrectas no pasaron de *siete* á *ocho* mil hombres, así como las que reconocieron de buena ó mala gana el pacto del Zanjon, no excedieron de 5,700, como lo dijo en el Congreso el Ministro Sr. Elduayen y fué corroborado por el Presidente del Consejo de Ministros Sr. Cánovas del Castillo. El enemigo, pues, no pudo, contar con el apoyo del país; y si pudo sostenerse en la manigua y en las selvas, debido á su valor, agilidad y práctica del te-

rreno; también es verdad que en los últimos tiempos se vió contrariado por las exigencias y preponderancia que tomaba la raza de color. El secreto de la duración de la guerra debe buscarse en la manigua. Siete mil hombres se atrevieron con nuestras numerosas huestes. Con 14,000 les hubiera costado más: eran invulnerables por su pequeñez.

La guerra de Cuba se hizo por distinguidos generales, jefes y oficiales que todavía viven. Ellos encontraron grandes imposibilidades para operar con resultados. Prestaban brillantes servicios en sus zonas; pero toda la inteligencia de un Obregón, toda la actividad de un Boet, todo el entusiasmo de un Báscones, no fueron bastantes para pacificar sus zonas. Hubo jefes de guerrillas activos é inteligentes, como le consta al señor general Cassola; hubo generales de prestigio que sabían mandar, como así creo que lo certificarían los Sres. Armiñán, Weyler, Marín, Esponda, Pin, Goicochea, Pando, Jaquetot, Dabán y otros. Pero faltó un plan general de operaciones para la guerra simultánea, y otra organización é instrucción práctica en los batallones.

Hoy, después de diez años de paz, sigue la organización europea en el ejército; pero en peores condiciones que en 1868, y más aptitud que entónces en el paisanaje si quisieran lanzarse al campo. Ya basta con lo dicho, que parece poco y es bastante; pero no darémos fin sin dejar de consignar un recuerdo justo á los que fueron nuestros valientes compañeros, los hoy casi muertos milicianos de Cuba.

Con razón ha escrito *Un miliciano* en "El Eco Militar," que en las milicias de Cuba no ha habido desertores, como los hubo en otros cuerpos, y añade pesaroso:

"Terminada la guerra se dió al olvido la fiel y leal conducta de las milicias, y no se recordó que en Méjico, Perú, Chile y otras colonias fueron más las tropas de naturales del país que las peninsulares las que defendieron la bandera española."

Dice también:

"Las milicias de Cuba están muertas; pero en su historia queda grabada su nunca desmentida lealtad y la fidelidad á sus juramentos. ¿Habrá algún Gobierno, algún Ministro que les haga justicia?"

Y concluye del modo siguiente:

"Cárlos III supo resolver este problema *(sobre el servicio general obligatorio)* con gloria para los hijos de Cuba y honor de España....."

¡Un viva á los valientes milicianos! ¡Un recuerdo á nuestros compañeros de armas!

Más sobre la guerra.—El hecho de que contra siete mil insurrectos estuviesen sobre las armas doscientos setenta mil hombres ¿cede en mengua del valor español? En modo alguno. Hay que tener en cuenta que los jefes y oficiales del ejército, muchos muy sagaces y muy entendidos y muy valientes estaban sujetos á planes de operaciones defectuosos; hay que tener en cuenta que los soldados nuevos se enfermaban, á veces, en la enorme proporción de 60%; hay que tener en cuenta que el enemigo se fraccionaba en bosques y maniguas; que en el país no hay ferrocarriles, pues el central que los hombres que conocen esta tierra estiman indispensable, los hombres *que saben* lo creen inútil; que no hay carreteras; que no existen caminos; los caseríos son muy pocos; los ríos, de hondo cauce, sin un puente, son muy apropiados para la defensa: que la guerra fué una cacería de hombres astutos: que nuestro soldado recibía un balazo sin ver á su enemigo: que los capitanes no podían maniobrar con sus compañías.

Así se comprende que un brillante jefe, se viese, en un momento, comprometido. Encuentra al enemigo, dispone lo que debe disponer con el mayor acierto: rómpese el fuego y á los pocos minutos se queda sólo con el ayudante, el corneta y la escuadra de gastadores ó un reducido número de guerrilleros: el fuego arrecia á su izquierda: manda al ayudante con los soldados que pueda recoger ó se dirige él personalmente con la fuerza que encuentra á su paso. No sabe si gana ó pierde, y cuando el fuego disminuye ó se aleja, deduce la retirada del enemigo. Entonces reune á su gente y sabe el resultado de la acción. Si esta ha tenido lugar en más despejado terreno, entónces puede el jefe mostrar sus conocimientos militares.

Hay que repetirlo un millar de veces. El ejército de Cuba necesita otra organización y otro armamento y su educación práctica debe adquirirla en la manigua. Un brillante batallón de cazadores recien llegado de la Península, no daría buenos resultados, como la experiencia lo demostró en la guerra pasada; pues un soldado que por primera vez se bate con enemigo que no vé; que se encuentra rodeado de vege-

tación exhuberante, sólo, y con temor de perderse; que la fatiga le rinde derritiéndose en copioso sudor; que no puede obedecer á sus oficiales, que ignora donde están; que vé morir á su camarada, sin saber de dónde le han dirigido la bala que le mató; que los valientes pasan por la amargura de ser heridos por la espalda; todo este conjunto de peligros y dificultades son bastantes para comprender que se necesita otra organización é instrucción práctica; como también debemos repetir que los bosques de Cuba, esperan el hacha y el machete para abrir caminos que acorten las distancias y faciliten la marcha segura y victoriosa de nuestras tropas.

Por todo lo dicho se vé que nada tiene de extraño el número de hombres enfrente de los insurrectos. Se trataba de una guerra anómala y muy difícil.

En este país veinte hombres mueven un ejército.

Experiencia adquirida en los mandos (1).—He sido jefe del detall de un batallón; teniente gobernador y comandante militar de Holguín y su jurisdicción; he mandado tres batallones de cazadores; coronel de un regimiento; jefe de media brigada; jefe de brigada, interino; encargado tres veces del despacho de la comandancia general de Holguín; comandante general interino de Holguín y Victoria de las Túnas; y jefe de una fuerza montada de 200 caballos en el departamento Central, y en todos estos mandos, he tenido ocasión de comprender la pésima organización del ejército antillano. No escribiré todo lo que sé y que minuciosamente he registrado en mi cartera secreta.

Fuí amante idólatra del ejército y en mi vejez no he de descubrir sus miserias.

Diré sólo lo preciso para que los que quieran investigar investiguen; los que puedan evitar, eviten.

Entremos en materia. Ha dicho el diputado autonomista coronel Sr. Portuondo y Barceló, en el Congreso de los Diputados que el estado del ejército es hoy más déplorable que nunca. El Sr. Portuondo es militar distinguido y sabe lo que dice: yo sin entrar en tan interesante cuestión de ac-

---

(1) Serví en el ejército desde el año 38 que ingresé de cadete en el regimiento de América núm. 14.

tualidad aseguro que el ejército está mal organizado para hacer la guerra de Cuba.

La reforma se impone; pero la reforma no llega nunca.

Véanse los cuarteles, feos, viejos, anti-higiénicos, ridículos, en una palabra, detestables. Preguntamos: ¿en centenares de años, no ha habido dinero ni tiempo para construir cuarteles en la opulenta colonia?

¡Para que los querían si con un ejército de 20,000 hombres, según el presupuesto, apenas si había 7,000!

Hay que alimentar bien á nuestros pobres soldados para conservar el temple y vigor de nuestra raza.

La apología de estos valientes, se encierra en esta verdad: comieron casi siempre ¡ARROZ BLANCO!

También en los premios hay que proceder con justicia.

¿Es justo que á los muchos años de concluida la guerra se hayan concedido recompensas y grandes cruces, cuando no se ha dado siquiera la cruz blanca á beneméritos defensores de las Túnas, Bayamo y Manzanillo?

¿Es soportable que se haya dado una simple cruz al que le han roto el esternón y al otro, porque es hijo y nieto de Fulano, por un rasguño siemple, le han dado un empleo redondo?

Es necesaria la interior satisfacción en el ejército. ¿Qué interior satisfacción puede tener el soldado cuando no se le atiende como es debido, y después de licenciado, con la anemia en la sangre, no se le abonan sus alcances? Qué interior satisfacción puede tener el soldado, cuando no la tienen los coroneles, que se ven desdeñados en sus reclamaciones?

Hay que evitar hechos como el ocurrido "con un tren de municiones de boca, para el ejército, que durante la guerra salió varias veces de su punto de partida y regresaba á las pocas horas para salir con el carácter de nuevo tren, figurando uno mismo varios trenes de aprovisionamiento, porque así convenía á los intereses de los especuladores. El general Dabán hizo signos de aprobación al jóven diputado señor D. Miguel Figueroa, que pintó con mano maestra los "*sacrificios del soldado y la ingratitud que recibe como premio.*"

Dícese, que un señor diputado dijo, que las cosas del ejército no deben tocarse porque afecta al decoro del Ejército y de la Nación. Falso raciocinio. El ejército se compone de virtuosos caballeros que mandan y de honrados soldados

que obedecen y la divulgación de actos ejecutados por un centenar de ladrones, no todos vestidos de uniforme, no puede afectar al buen comportamiento y decoroso proceder de los buenos hombres que han dado y están dispuestos á dar su vida por la patria. Luz, luz á chorros para desagraviar al Ejército, y el día que se colgaran cien ladrones, ya que se conserva la pena de muerte para faltas, que no diré delitos más triviales, el Ejército todo lo aplaudiría. Hay que dar fin, y pronto, á la cuestión de los abonarés que afecta de un modo terrible el decoro de nuestra Nación. Pero para salir airoso dejaré la palabra á mi compañero de armas en la guerra de Cuba, y diputado español Sr. Portuondo. Dijo así con su acostumbrada elocuencia:

"A cambio de la sangre que en los campos de batalla vertió el soldado defendiendo á la patria, no qué leyes, qué reglamentos, ó qué cosas con apariencia de legalidad, que me duele tener que reconocer en ellos le arrancan, le arrebatan, le despojan de aquello que conquistó y que tiene con más títulos y más derechos, y de manera más grande, más alta y más levantada que todos los créditos que los acreedores del Estado han tenido jamás contra el Estado mismo. Yo me envanezco de haber sido uno de los primeros que desde estos bancos defendieron esos derechos del pobre soldado. Primero pugnaba yo á nombre de los intereses de Cuba, que entonces representaba, contra aquel empréstito en virtud del cual iban á pagarse con rigurosa puntualidad los créditos de grandes capitalistas; y cuando me oponía fueran primero atendidos aquellos poderosos del dinero, dije: aquí no hay más que un sér privilegiado, un derecho que debe quedar á salvo y es el que tienen á sus alcances los licenciados y las familias de los que han muerto en el campo de batalla. Hace de esto diez años, aún están por cobrar; y ya los grandes capitalistas repiten nuevas operaciones de créditos sobre aquellos que quedaron coronadas con el más espléndido de los éxitos. Y yo pregunto, señores diputados, ¿es posible que haya alguien que á la vista de esta situación en que se encuentra la pobre tropa del ejército español no se conduela y entristezca al pensar que aún así, á esa pobre tropa que no come ó que come mal, que está viviendo en cuarteles insalubres, que muere con una cifra elevadísima que excede á la proporcional de Madrid y Barcelona, á esa pobre tropa que así sufre, *á la que no se instruye;* que ni aún lo que ha ganado con el precio de su sangre se le paga con la precisión que á otros, á esa pobre tropa todavía le vamos á pedir que tenga, lo que la Ordenanza llama interior satisfacción."

HOJAS SUELTAS DE MI DIARIO. [1]

DIA TANTOS.

¡Maldita sea la guerra! Hoy, entre *Igúará* y *Taguasco* me han mutilado 25 soldados del batallón de Cádiz.

DIA.....

Tres soldados de Cádiz, que se bañaban en el rio de Arroyo Blanco fueron macheteados.

DIA.....

Encontrándome en Sancti Spiritus, se me ordenó que al siguiente día fuera á un pueblo llamado Jíbaro, me pusiera de acuerdo con el capitán de partido..... y quitára la vida á doce vecinos, cuya relación nominal se me dió en un papel sin sello, ni formalidad alguna. Neguéme en absoluto á cumplimentar la orden. Otro jefe, que ya murió, no tuvo inconveniente en ejecutarla. Dirigíme á las siete del día inmediato al ingenio *Crísis*, y al enfilar un camino de árboles coposos, tropezé, ¡Santo Dios! con el espectáculo de los 12 hombres colgados de las ramas, con carteles que decían: MUERTO POR TRAIDOR Á LA PATRIA. ¡PROTESTO! La patria no es culpable de esa cobardía. La patria que asesina con ensañamiento, no es patria. El fusilamiento militar, la horca civil, serán penas más ó menos eficaces desde el punto de vista jurídico; pero el que las cumplimenta no se deshonra.

DIA.....

Descansando en el punto central de mi *zona*, se me presentó un paisano y me propuso con la mayor naturalidad un negocio: la acupación de 300 reses ajenas, y mi tanto por cabeza. Lo mandé noramala.

DIA.....

En *Loma Vapor* hice prisionero á un negro; perdonéle la vida y fué fiel. Como me rogase que no diera parte de

(1) Suprimo nombres propios y fechas. Cópie lo escrito.

su aprehensión quise explicarme la causa, y me dijo: "Niño: mandan que los prisioneros esclavos vuelvan á poder de sus amos: el mio está en Matánzas y yo prefiero morir á volver á sus manos." En el acto fué mi amigo y le complací. Antes de un mes murió en acción de guerra de tres balazos del enemigo. ¡Pobre negro! ¡Murió español!

DIA.....

Con la columna del batallón *El Rayo*, salí del campamento de Jobabo: en los bosques de *Yamagüeyes* encontré un bohío habitado por un viejo, una vieja y tres muchachas: les mandé recoger cuanta ropa tenían que, con una mesita, una batea y seis taburetes cargué dos acémilas. Las mujeres montaron en otras, y el viejo en un caballo de un guerrillero, alternando con otro, cada hora, hasta que se llegó á Jobabo. ¿Cumplimenté la orden por escrito que tenía? Nó. En ella se me ordenaba que quemara cuanta ropa y muebles encontrase, y que los hombres fueran fusilados y las mujeres abandonadas á seis ó siete leguas, en lo más sombrío de un bosque, donde no hubiese bohíos, ni agua ni comida. ¿Cumplí con mi deber y como español amante de mi Nación? Mi conciencia me dijo que Sí.

DIA.....

Hice un prisionero, y desde las *Yeguas* lo participé á Puerto Príncipe. Se me contestó: "*prisionero, lo que corresponda.*" Lo que *correspondía* ya lo sabía yo; pero quise una orden escrita. Se me contestó; "*cúmplase sin consulta.*"—No puedo cumplimentar lo que ignoro, respondí. La última orden telegráfica fué la siguiente: "*Entregue prisionero comandante fuerte.*" A los ocho días volví á las *Yeguas* y supe que el infeliz prisionero había sido pasado por las armas...

DIA.....

Tuve el sentimiento de saber el fusilamiento del digno médico Sr. Luaces. Si se le hubiese fusilado como enemigo de la patria nada diría; pero es el caso que se le ofreció el perdón en cambio de un servicio que le infamaba como caballero. Su muerte no puede ser grata á nobles y caballeros españoles.

DIA.....

Estando vivaqueando en el *Tío Pedro*, la guerrilla que mandaba el capitán Macón, hizo prisioneros á los insurrectos Barreto y Bentancourt y fueron condenados á muerte. Me empeñé con D. Sábas Marín para que les perdonára la vida y este coronel, noblemente, se las perdonó.

***

Basta de Diario. La guerra como se hacía en Cuba daba orígen á abusos y depredaciones incalificables. Pero en general fuimos humanos, en lo que nos igualaban los enemigos.

Julio Sanguily perdonó la vida á un teniente de caballería llamado Diós; Máximo Gómez respetó en *Palo Seco* al comandante Martitegui, hoy brigadier; Calixto García, mandó curar al teniente coronel Diéguez, que murió de la herida que había recibido; el brigadier Figueredo es acreedor de la vida de varios peninsulares que se refugiaron en Santiago de Cuba; Maceo fué digno con el comandante Rodón, los jefes que capitularon en Bayamo fueron respetados por D. Cárlos Manuel de Céspedes; el desgraciado Varona ó *Bembeta* no mataba á nadie; Vicente García, después que entró en las Túnas, hizo entrega al brigadier D. Alejandro Jaquetot de los oficiales y soldados heridos; el capitán Rosal, un médico mayor en la acción de *La Sacra*, el capitán Macías fueron prisioneros y puestos en libertad; el comandante militar de Guáimaro cayó prisionero y fué perdonado; generosa conducta que se observó con muchos otros soldados.

Pagaban así la vida que muchos insurrectos debieron á D. Ramón Menduiña, D. Jaime O'Daly, D. José y D. Marcelino Obregón, D. Sábas Marín, D. Francisco Acosta y Albear, D. Pedro de Zea, D. Buenaventura Carbó y otros y otros.

¿Qué se desprende de todo esto? Que los hombres de representación, los que valen, los que imprimen carácter eran humanitarios; unos y otros.

No es extraño, pues, que detrás de los ejércitos vayan aves de rapiña, sedientas de sangre.

***

Junta central republicana de Cuba y Puerto Rico. —¡"Cubanos! No el cobarde desaliento, que no puede caber en varoniles pechos, sino una no interrumpida série de desgracias con que ha querido agobiarnos la Providencia, el completo agotamiento de recursos, la culpable indiferencia de los más, la desunión, la vil intriga y la ambición desenfrenada de muchos otros; los grandes refuerzos que en estos momentos envía España á Cuba, y el deseo consiguiente de evitar un ya inútil derramamiento de sangre y librar á nuestro adorado suelo de su completa ruina; todas estas causas aunadas nos obligan á dirigiros nuestra voz para que cesen sin demora tantos nobles sacrificios inútiles por ahora.

"¡Cubanos! No atribuid á infame traición ó cobardía este lenguaje. Si dudais, traed á la memoria uno á uno los contratiempos que hemos experimentado: el bergantín *Mary Lowell*, apresado en Abril con un valiosísimo cargamento de armas, municiones y demás pertrechos de guerra; la goleta *La Nave*, con otros costosos cargamentos, confiscada después en Jamaica, la prisión de la mayor parte de los miembros de nuestra anterior junta, verificada en Junio, ¡quien lo creyera! por las autoridades de este país, á instancia de los agentes españoles, bajo el frívolo pretesto de que perturbábamos la paz; el apresamiento también, más tarde, por este mismo gobierno, de la expedición que debía salir en el vapor *Catherine Witing;* la traición cometida por el Comodoro norte-americano á cuyo cuidado se había puesto nuestro primer buque de guerra *El Cuba;* la aprehensión, seguidamente, por las autoridades de Nassau, del *Lilliam* que os llevaban, con dos valientes batallones, 3,000 rifles perfeccionados, 8 cañones, 200 quintales de pólvora, millón y medio de cartuchos, calzado, vestuario, medicinas, etc., es decir, nuestros últimos recursos; y finalmente, la falaz conducta del presidente de esta nación que, en su reciente mensaje, no sólo ha inferido á la revolución cubana un golpe mortal de fatales consecuencias, sino originado el increible menosprecio con que ambas Cámaras han rechazado nuestras justas pretenciones de beligerancia, junto con la entrega subsecuente de las cañoneras españolas, que han de servir para impedirnos totalmente llevaros ningún otro auxilio, son hechos más que suficientes para justificar ante el mundo entero esta medida.

"Por otra parte, el gobiérno español, al decretar recientemente la supresión de la contribución directa en Cuba, ha obrado sagazmente quitando al país el motivo principal que tuvieron muchos de nuestros soldados para empuñar las armas. No queda, pues, otro camino hoy que deponerlas.

"¡Cubanos! Volved á vuestras tareas: trabajad, recuperad las grandes pérdidas que habeis experimentado; fortaleceos. A vosotros os quedará siempre la inmarcesible gloria de haber combatido CATORCE MESES y los beneficios de la paz que, por su propia conveniencia, os otorgarán nuestros contrarios; á nosotros la decepción, la miseria y acaso el abandono de nuestros mismos partidarios.

"Nueva York 21 Diciembre 1869.—Miguel Aldama.—José Morales Lemus.—Hilario Cisneros.—Enrique Piñeiro. Francisco Fesser.—A. Echevarría."

Comentario.

He dicho en otro lugar de esta obra, que la revolución de Cuba al dar el grito de ¡muera España! *nació muerta*, y los prohombres de esa causa me dan la razón: *la supresión de la contribución directa, la consideraban, á los catorce meses, motivo bastante para deponer las armas.*

He dicho que la mayoría del país fué refractaria á la revolución, y en este importante documento se consigna: *la culpable indiferencia de los más.*

He escrito que los insurrectos carecieron de organización y que siempre estuvieron desunidos, sin someterse á una saludable disciplina; y no he tenido necesidad de emplear las frases de intrigantes, desenfrenados y ambiciosos: *la desunión, la vil intriga y la ambición desenfrenada.*

He dicho que el puñado de valientes, no tuvo el auxilio de las naciones extranjeras, y los señores de la junta nos informan de las prisiones decretadas por autoridades norteamericanas y de que pasaron allí las de Caín. Traslado á los impresionables *anexionistas de nuevo cuño.*

He dicho que los insurrectos peleaban por amor al arte, sin esperanza de un próximo, ni remoto vencimiento. No he hecho más que repetir lo dicho por Aldama, Cisneros y Piñeiro.....

Nuestros soldados.—La historia no registra ejército más sufrido que el que hizo la guerra de Cuba; en medio de las mayores fatigas, cuando el soldado oía el silbido de las balas, sin ver á su enemigo oculto en el boscaje, mal pagado, pésimamente atendido, el fiel militar permaneció, siempre con la vista puesta en su bandera.

Es necesario repetirlo mil veces para que no se olvide. La guerra contra unos hombres que se fraccionaban, hasta lo infinito, metidos en las selvas, era preciso que la hicieran nuestros soldados; fueron los únicos que hubieron soportado la campaña.

"El gobierno democrático de España pudo traer y sostener en 1871, en la isla de Cuba, un ejército de 65,000 hombres. En los primeros meses de 1872, once batallones estaban dedicados á hostigar la fuerza de Calixto García sin conseguir su destrucción. (Los médicos tuvieron que protestar sobre el exceso de fatiga).

"Los pueblos de *Jiguaní*, *Baire*, *Bueycito*, *Veguitas* y algunos otros, rechazaron con éxito los ataques del enemigo. Tuvimos que deplorar el saque y quema de *Auras*, el 10 de Abril; la acción del *Cocal del Olimpo*, el 7 de Mayo; la del *Yucatán* el 11; la sorpresa á una emboscada del regimiento de Talavera el 12 de Agosto; el ataque y saqueo de *Nuevitas* y *Santa Cruz* en el mismo mes; la derrota del teniente coronel Diéguez con 400 hombres el 26 de Setiembre; el ataque á la *Zanja* el 14 de Octubre y el de *Manzanillo* el 1º de Noviembre. El 2 de Diciembre de 1872 fué derrotada la columna del teniente coronel Vilches, compuesta de 700 hombres en *Palo Seco;* en Noviembre de 1873 tuvo lugar la acción de *La Sacra*, donde se sufrieron pérdidas de consideración; en las puertas de *Puerto Príncipe* fué *macheteada* una compañía del batallón de Asturianos; el 19 de Marzo de 1874 en las *Guásimas* las fuerzas del brigadier Armiñan tuvieron bajas de consideración y con el embarazo de 400 heridos aquel bizarro jefe tuvo que acampar á la vista del enemigo."

(*Memoria sobre la guerra de la isla de Cuba por el general Marqués de la Habana*).

El día 1º de Mayo de 1873 fué muerto en un combate el cabecilla Ignacio Agramonte; el día 8 murió en la zona de cultivo el bizarro teniente coronel Abril, dos capitanes y 60

indivíduos de tropa; el 10 los coroneles Campillo y Camino tuvieron en la acción del *Zarzal* más de 90 bajas y entre ellas un teniente coronel (D. José Sostrada).

En Julio de 1873 murieron heróicamente el comandante Romaní, 5 oficiales y 110 indivíduos de tropa, salvándose únicamente 2 oficiales y 40 soldados.

El comandante D. Vicente Martitegui hizo prisionero al titulado general Rubalcaba.

(*Pasado y presente de Cuba por el brigadier D. Francisco de Acosta y Albear*).

Gran zona de cultivo.—Durante toda la guerra la benemérita villa de Gibára prestó señalados servicios sin interrumpir su comercio. Su extensa zona de cultivo, donde se cosechaban viandas, tabaco, azúcar y otras producciones siempre estuvo en producción defendida á balazo limpio por los guajiros que no querían guerra, sino vender sus productos.

Error de cálculo.—Al principio de la guerra toda casa, todo bohío que se encontraba habitado era quemado, y se ordenaba que los moradores se dirigieran á los destacamentos más próximos: se pretendía aislar á los insurrectos, y los aislados éramos nosotros. Los campos habitados hubieran prestado algunos servicios á los enemigos; pero mayores, mucho mayores, los hubiesen prestado á las tropas; y con estas ventajas positivas queda resuelta la cuestión. También se ordenó en algunas zonas, que se matasen todas las reses y se desjarretaran todas las yeguas y caballos. Afortunadamente se dieron contraórdenes; y el tonto espíritu de destrucción, ya no tuvo apologistas. En lugar de fomentar la guerra salvaje, debía haberse pretendido civilizar la guerra, y seguramente se hubiese acabado más pronto. Las guerras, en los desiertos, siempre son largas, sangrientas y feroces.

Legua cubana.—Tiene 5,000 varas cubanas.
Costas.—La del N. 1,500 kilómetros y 1,700 la del Sud.
Longitud de la Isla.—1,230 kilómetros.
Parte más ancha . . .— 200 ,,
Idem más estrecha . .— 40 ,,
Contorno . . . . . .—3,200 ,,

El país está cubierto de vejetación: bosques, maniguas y potreros cubiertos de hierba de dos metros de elevación, menos en los meses de seca, que los campos se queman para destruir las malas hierbas. Sólo hay llanuras constantes en las sabánas llenas de *espartillo*, y algunas, muy grandes, rodeadas de bosques, refugio siempre del enemigo.

Sabána.—Terreno llano y estéril cubierto de hierba de espartillo.

Potrero.—Finca para la crianza de ganado vacuno, cubierto de hierba *Guinea* y *Paraná*. La primera crece hasta cubrir un hombre montado, la segunda no.

Bosque.—Es muy espeso, y como todo árbol busca el calor del sol, los troncos se elevan mucho. Se camina con facilidad por entre los troncos, siempre que se lleve un machete para cortar los bejucos.

Bejuco.—Especie de enredadera formando cuerdas, pero tan fuertes, que algunas, ni los toros pueden romperlas.

Manigua.—Malezas formadas por troncos y arbustos y enredaderas con espinas que los guajiros llaman *uña de gato* y *tibisí*.

Corujey.—En los troncos de los árboles crecen las matas verdes llamadas *Corujey*. Con facilidad se arranca una mata que contiene en su cavidad un vaso de agua fresca y cristalina. También hay bejucos que contienen agua.

Fincas.—Se llaman á los ingenios, estancias y vegas; todas están cercadas con palos gruesos y también con una planta llamada *malla*, cuyas largas hojas están cubiertas de espinas.

Guayabal.—Llano con árboles de poca copa que produce la guayaba. (Fruta).

Guano.—Terreno llano y estéril que produce la palma, cuyas hojas se utilizan para serones, jabas y abanicos.

Píldoras.—Nos ha contado un insurrecto que para curar las calenturas palúdicas empleaba píldoras hechas con telas de araña: díjome que suplía, en la manigua, con ventaja á la quinina que no tenían. No garantizo la receta.

Instinto de los guajiros.—El correr incierto de las gallinas; el vuelo rápido de ciertas aves; el huir de las reses vacunas; una humareda que olfatean sin verla; el respelu-

zar del vigilante gallo antes de su repetido *cu cu ru cú;* el ladrido de un perro; el maullar de un gato, son indicios seguros para el guajiro, de que se presenta alguna novedad.

Rastros.—Conocen si por un camino ha pasado poca ó mucha gente; si á pié ó á caballo, adivinando si los caballos son de hombres montados ó si son acémilas de carga, y hasta cuando un caballo es tuerto, pues se fijan de qué lado aparece mascada la hierba.

Bosques.—Saben aún en tiempo de seca si ha entrado gente. Fíjanse en una rama doblada, ó caida en el suelo, en una colilla de cigarro, en un pedazo de papel, en un botón, en una corteza de *mango*, en algunos granos de arroz, en si, en las veredas, cuando ha llovido y el agua impide ver las huellas, hay hilos de araña que las atraviesen, y en pequeños indicios, que sólo ellos ven con ojos de lince; y así se convencen que otros hombres han entrado en el bosque antes que ellos.

El sol, la luna, la estrella polar, la osa mayor y otras constelaciones que brillan en el espacio, son brújulas seguras del guajiro para caminar de día y de noche á rumbo entre bosques, guayabales, sabánas y potreros. Cuando les conviene no perder la dirección del viento y éste apenas hace mover las hojas más elevadas de los árboles, se meten el índice en la boca y levantan el dedo todo lo que pueden y por una impresión de frialdad apenas perceptible, la encuentran y siguen su marcha resueltos.

Laborante.—Desde que D. Juan Clemente Zenea escribió un artículo con el título de "*Laboremus*," se ha dado el nombre de laborante á todos los que conspiraban ó manifestaban simpatías por los insurrectos.

Suripanta.—Se aplicaba este apodo á la mujer que trabajaba ó demostraba predilección por la insurrección. Doña Emilia Casanova de Villaverde se hizo célebre en New York.

Mambí.—A los cubanos en armas se les llamaba *Mambises*, nombre de guerra tomado de los insurrectos de la isla de Santo Domingo.

Yankee.—Palabra inglesa que quiere decir bárbaro ó salvaje; aplicada á los habitantes del Norte de los Estados Unidos, por los ricos plantadores del Sur.

Filibustero.—Se denominan así á los piratas ingleses

que en 1524 capitaneaba en el mar de las Antillas el capitán Warner. "Filibustero se compone de *Fly*, mosca, y de *boat*, bote, ó sea bote mosca, barco de poco calado para navegar entre cayos y mares de poco fondo." Durante la guerra de Cuba se daba el nombre de filibusteros á los que desembarcaban para pelear á favor de los insurrectos, procedentes de país extranjero.

Auras.—Ave negra y mal oliente; es carnívora y muy útil (1) porque se come todos los animales muertos en estado de putrefacción. Es grande, á veces parece un pavo, pero de pocas carnes. Remonta mucho su vuelo y cruza grandes distancias sin mover las tendidas alas. Volando no hay pájaro más bonito.

Donde existen un bohío, un animal muerto ó fuerza acampada, están las auras. Por eso en la guerra, las auras, servían de indicio seguro.

Un oficio.—Hay un sello que dice:

"*Presedencia.—Núm.* 387.—64 *cueros de vaca.*—29 *id chicos.*—1 *id. toro.*—Se ha recibido en esta Presidencia la comunicación de V. S. en la que manifiesta la remisión de noventa y cuatro cueros según clases que al márgen se expresan, habiendo sido entregados por D. Luis Grandal portador de los mismos.—Dios guarte á V. S. muchos años.—Morón 16 de Marzo de 1871.—*Manuel F. Lamela.*—Sr. Coronel primer jefe del batallón voluntarios cazadores de Barcelona (2).

Majá.—Culebra que vive en los bosques, en los ranchos ó bohíos, ó á orillas de las sabánas; los insurrectos llamaban *majás* á los rancheros que no prestaban servicios de armas, y como apodo desdeñoso.

Rancheros.—Los rancheros ó *majases* estaban diseminados, teniendo cada uno su misión: el servicio postal, la curtimbre de las pieles; el tejido de sombreros, macutos y

---

(1) En Puerto-Rico no había auras; mas en vista de su utilidad el Ayuntamiento de la Habana regaló al de la capital de la Isla hermana 400 y se han reproducido.

(2) Este Jefe cumplió siempre las órdenes vigentes. No quiso *negociar con cueros* como se le propuso muchas veces por algunos que se manifestaban, de lengua, más españoles que el general Tacón. También en el campamento de Santa Gertrudis mandó destruir algunas toneladas de carbón que estaba preparado para la venta á un patrón de un barco, cesando el tráfico desde que tomó el mando de la zona: los militares deben ser guerreros y no comerciantes fraudulentos.

serones; la fabricación de sudaderos, de sogas de majagua; el oficio de correo, de prácticos ó guias; y el cuidado con sus mujeres de los enfermos y heridos, prestando igual humanitario servicio las familias de los *militares* que estaban en las filas.

Salineros.—Hombres ó *majases* desarmados que se consagraban á hacer sal en las costas por el procedimiento de la concentración. Faena peligrosa, porque las salinas eran asaltadas por las guerrillas españolas: muchos perecieron en su arriesgada ocupación; pero seguidamente eran reemplazados.

La hembra del majá.—La mujer cubana casada ó hija de un *majá*, es valiente como aragonesa, sufrida como gallega, vivaracha como andaluza, hermosa como valenciana, económica como catalana y paciente y caritativa como la mejor de las hermanas de la Caridad. Con semejantes prendas, fueron las mujeres muy útiles á la insurrección. Ellas motejaban á los cobardes y haraganes, y como en Gerona, supieron empuñar una carabina en más de una ocasión comprometida; y en los bohíos colaban cera, mojaban velas para engrasarlas, sacaban hilas, confeccionaban cerato, recogían la miel de abejas, zurcían la escasa ropa que se les llevaba, hacían el lavado, asistian á los heridos y enfermos; y cuando eran asaltadas por una guerrilla, cargaban las baratijas que podían, y con la mayor ligereza, se emboscaban en la manigua y luego volvían cual intrépidas amazonas á su trabajo ó se marchaban á otro paraje á continuar su faena. Los rancheros ó *majás* de ámbos sexos eran un importante auxilio de la fuerza armada insurrecta.

Los prefectos.—Eran empleados civiles lo mismo que los sub-prefectos, que dependían del jefe militar de la zona, á quien obedecían ciegamente. Su misión era moral. Autorizaban las actas de los matrimonios civiles. Los amancebamientos en el departamento Central, eran muy raros entre los blancos. Además desempeñaban las funciones que les competían por su cargo.

Industria.—Los insurrectos fueron muy industriosos. Establecieron talleres de monturas, fabricándolas á la usanza mejicana; armerías para la reparación de las armas, templar machetes, etc.; fábrica de nitro, extraido del estiércol

de los murciélagos, con destino á la confección de la pólvora que lograron obtener bastante buena.

Juego prohibidos.—El mayor general Ignacio Agramonte, no toleraba el juego en el Camagüey; y una vez, un consejo de guerra degradó á un teniente de caballería porque había jugado *al monte* con un soldado y varios rancheros.

Expediciones.—Casi todas las del extranjero fracasaron, debido á la exquisita vigilancia de nuestros marinos que prestaban brillantes servicios, digan lo que quieran los injustos detractores de nuestras fuerzas de mar y tierra. Las que aceptaron el pacto del Zanjon, en Puerto Príncipe, tenían muy pocas armas que procedieran del extranjero. Se las habían proporcionado dentro del país en el asalto de poblados, en las escoltas de convoyes, en las líneas telegráficas y en los encuentros y acciones.

Los plateados.—Eran desertores que hostilizaban los alrededores de los poblados leales, sin más ley que la suya propia. El gobierno insurrecto, con la sanción de la Cámara, los condenaba á muerte, y muchos fueron ejecutados. También lo eran los desertores reincidentes aunque no fueran *plateados*.

Rancherías.—En la sierra de *Guá*, en Oriente, las había numerosas, que las tropas no hostilizaron durante cuatro años, y otras de que tuvieron noticias los últimos días de la campaña por denuncias de los mismos insurrectos. Allí había trapiches movidos por mulas, en que se hacían rapaduras; extensos sembrados de boniatos, frijoles, arroz, tubérculos alimenticios, maiz, etc.; grandes colmenares; crianza de aves; vegas de tabaco y por último, se cosecho algún algodón, y se levantó un telar imperfecto, en que se hicieron hamacas, telas para ropa y toallas que facilitaban á las fuerzas insurrectas.

Máscaras de cuero.—En los primeros años de la lucha eran numerosas las familias que vivían en los ranchos, sólo por el deber moral de seguir á sus padres, que veían comprometidos en la guerra; y como había familias ricas, eran muchas las que guardaban en baules ó envueltas con sábanas ó mantas, grandes cantidades de dinero y ricas prendas de oro y brillantes y tan valiosas que bien pudieron tasarse en 25 ó 30 mil pesos fuertes. La avaricia de enri-

quecerse, despertó los malos instintos de los hombres degradados; y entre Bayamo y las Túnas, empezaron á experimentarse asaltos á media noche, violaciones de mujeres, robos y hasta asesinatos, llevados á cabo por gente que se ocultaba trás una carátula de *piel sin adobar*. Esto de un lado y del otro la persecución por el ejército y guerrillas, determinaron el despejo de los campos, de donde se ausentaron las familias para refugiarse en los poblados. A la sombra de la bandera española, encontraron consideración y seguridad para conservar sus riquezas, las que no tuvieron la desgracia de perderlas. Que tiempos, ¡madres!, contadlo á vuestros hijos. En prueba de imparcialidad, debemos decir que los jefes insurrectos perseguían de muerte á los infames *Máscaras de cuero*.

Exploradores.—El servicio de los exploradores era perfectamente desempeñado, y nos recuerda las relaciones del capitán Main Reid ó las de Fenimore Cooper, referentes á la vida y guerras de los indios norte-americanos.

Los periodistas.—Los hubo en la insurrección de verdadero mérito. Soldados y escritores, cuando no manejaban las armas tenían entre sus dedos una pluma. En 1875 se publicó por primera vez el periódico titulado *La Republica*, bajo la ilustrada dirección del arrojado comandante insurrecto Francisco La Rúa, jóven habanero muy querido entre los suyos, que murió batiéndose poco antes del pacto del Zanjon. Murió fiel á la causa que defendía. Paz á los restos de un jóven que se sacrificó por sus ideales!

Desertores y prisioneros.—Unos y otros permanecían fieles en nuestros campamentos; y los que se empleaban como prácticos de una columna, ó como guerrilleros, prestaban excelentes servicios y se batían con valor.

Presentados de la clase de color.—Muchos figuraban con nombres supuestos; otros confesaban el nombre de su amo; pero cuando se les decía que sus amos los reclamaban, ponían mala cara, se callaban astutamente y se desertaban. Si el Gobierno hubiese concedido la libertad á todos los negros, se hubiera acabado la guerra, por ser imposible que los blancos sólos la sostuvieran.

Los Matiábos.—En 1871 aparecieron en el Camagüey unos pequeños grupos de negros que vivían en lo más enmarañado de los bosques, con el nombre extraño de *Matiabos*.

Formaban una especie de secta fanática y ridícula. Sus ceremonias ó actos exteriores consistían en una grotesca figura de madera, groseramente modelada, con un cuchillo, y colocada en el suelo sobre una piedra. Los neófitos al *matiabismo* formaban un círculo en rededor del muñeco, y el padre ó *taita* le comunicaba lo que sólo ellos entendían, y seguidamente contestaban todos, con la siguiente monótona cantaleta: "*Cubilé, cubile, cubilinganga, cubilé,*" y el *taita* Ezequiel, que así se llamaba uno de ellos, contestaba: "*Cubilé, cubilé,*" sin novedad. Después, silbaban, gritaban y ahullaban y bailaban dando grandes saltos; y cuando oían ruido sospechoso, daban un silbido y desaparecían con la ligereza de un perro jíbaro. No comprendemos lo que significa el *matiabismo*, sólo hemos podido enterarnos, que una reunión de *matiábos*, se llama *cúmbila:* que en honor de su muñeco ó fetiche, se quemaba algúna pólvora: que á la *divinidad* que representaba la grotesca figura se la apellidaba *bilongo* y que tenía la virtud de comunicar á los iniciados el don de la adivinación sobre lo futuro, y lo que era más importante para ellos, el poder presentir los ataques de los enemigos que lo eran todos los hombres armados, de quienes huían para evitar el reclutamiento y el penoso servicio de las armas. Pero el *taita* Ezequiel que se puso á la cabeza de un grupo de desertores en Macaguán, y reclamaba el grado de oficial, sufrió la *pena del machete*, impuesta por un consejo de guerra insurrecto. También sabemos que los *matiábos* dormían escondiéndose de dos en dos, en parajes bien ocultos, y como algunos religiosos, no podían andar sólos. También se observó que el celibato, si no era reglamentario, lo observaban felices en su sociedad homogénea, y desligados completamente del femenino sexo.

Allá ellos..... y termtnarémos sin ahondar *en metafísica:* "*Cubilé, cubilé cubilinganga, cubilé*....."

Fotuto.—Cuerno de toro ó vaca, ó caracol marino que también se llama *güamo:* era la corneta del *mambí.*

Fotutazo.—Toque ó *voz* de fotuto. Su sonido ronco y prolongado es más alarmante que el de la corneta militar, en la misteriosa soledad de los bosques.

Guerrilleros.—Los hubo excelentes en ambas partes beligerantes; pero también dieron ocasión á los malos instintos, como se ha demostrado con los bandoleros y secuestra-

dores, que muchos fueron guerrilleros. Legado funesto de la guerra irregular.

Sublevación.—El día 24 de Junio de 1875, los jóvenes Urbano Pedroso, Antonio Aguirre, Julio Brodernan, Agustín Morales, Manuel Vilardebó, Cárlos Ruga, Virgilio Silva y otros concibieron el atrevido propósito de pronunciarse en la Vuelta Abajo. Con tal motivo dirigiéronse á esta rica jurisdicción en tropel, dando á sus padres el pretexto de una Romería, hácia *El Calabazar* y en el ingenio *Las Cañas* por Guanajay, su atolondramiento, que no otro nombre merece, tuvo fin con el encuentro de la guardia civil y fuerzas de voluntarios del regimiento de *Iberia*, resultando entre prisioneros y muertos, ocho de los revoltosos jóvenes, y tres guardias civiles, siendo fusilados los prisioneros de guerra.

Los que escaparon se refugiaron en las lomas del Cuzco, donde después de mil privaciones, pudieron burlar la vigilancia de la fuerza que los perseguía, embarcándose muchos para el extranjero.

Por cierto que uno de ellos ingresó luego en el ejército italiano, siendo uno de los soldados que custodiaban á Boet en la Sala del Tribunal de Milán (1). ¡Que casualidad!

Recuerdo de la esclavitud.—En la isla de Cuba hemos presenciado todo lo que los romanos en los tiempos de la esclavitud de los negros y de los blancos. Los cubanos y los peninsulares tenían esclavos, lo mismo los títulos de Castilla que las hermandades religiosas. En Holguín un blanco se jugó un negro á la pata de un gallo, entre los descompasados gritos y grotescos movimientos de los jugadores.

En una célebre causa se probó que un amo bárbaro, como sorprendiera á una negrita, de quien estaba enamorado, en ademanes amorosos con un mulato, lleno de criminal lujuria mandó castrar al mulato. Hubo dueño que atormentaba á su esclavo con la pena llamada del *corbatín:* éste consistía en un corbatín de hierro cerrado con un clavo remachado y una varilla que subiendo por el cogote se doblaba á cinco palmos de altura sobre la frente del esclavo y una campanilla que sonaba al menor movimiento. Si el esclavo huía no

(1) En la vista del proceso del *Toisón de oro.*

podía entrar en el monte porque se lo impedía la varilla que tropezaba con las ramas y caía pronto en poder del irritado amo, para sufrir una paliza ó *boca-abajo*. Hubo esclavos que sufrieron doscientos azotes y seguidamente se les curaba con sal y vinagre ú orines con tabaco, siendo la cura más terrible que los palos. Si la apaleada era negra y en cinta, se hacía un hoyo en la tierra, donde la infeliz se tendía y metía el vientre; precaución de los amos, para no perder el fruto del embarazo. Una señora erótica invitó á su esclavo; y luego se le hizo desaparecer para siempre. Los amos más benignos se permitían algunos latigazos y cuatro ó seis horas de cepo de pié ó de cabeza.

Los cubanos insurrectos en el artículo 24 de la constitución de Guáimaro declararon: "*Todos los habitantes de la República son enteramente libres.*" Ya los esclavos son libres. El Sr. Gamazo, ha logrado para su hónra, lo que no pudo conseguir la minoría insurrecta.

EL MIMETISMO POLITICO.

En las "Cartas á un labrador," que publica *Las Dominicales del libre Pensamiento*, se lee en la XI, titulada "La lucha por la vida," los curiosísimos párrafos siguientes:

"Pocos fenómenos hay tan curiosos, y pocas armas tan poderosas para luchar por la vida, como el fenómeno del *mimetismo*. Consiste en la facultad que tienen los animales de tomar la forma y la coloración de los objetos ó del terreno sobre que viven. Hay en éstos, ejemplos dignos de citarse. Existen unos insectos parecidos á los que en España llama el vulgo *beatas*, *santas Marías*, etc., los cuales tienen la misma forma que las hojas de ciertas plantas; la semejanza es completa en el color, en la figura, en los nervios de la hoja, en el peciolo (mango), en todo; parados sobre una rama no hay medio de distinguirlas, y para que la confusión llegue á mayor escala, los huevos de estos animales son tan parecidos á las semillas, que en España mismo, más de un veterano botánico confundió con ellas unos huevos que al Dr. Bolívar remitieron desde lejanas tierras.

"El mimetismo existe en mayor ó menor escala en multitud de animales. Entre los mamíferos, notarás que todas las pieles de armiño, oso, zorro, etc., que traen de los mares helados, son blancas, tienen el mismo color del terreno, con lo cual escapan fácilmente de sus perseguidores; los conejos y liebres en nuestra tierra tienen idéntica coloración á la del suelo, y en el desierto de Sahara no encuentras colores variados y brillantes, sino por el contrario, coloraciones pardas ó cenicientas, según el terreno.

"En las aves, ya sabes cuán difícil es distinguir las perdices en medio de los terrones de un rastrojo, y más difícil todavía son de distinguir las codornices, las calandrias, cogulladas, etc. En todos estos animales no tiene, sin embargo, este fenómeno de adaptación gran importancia, porque son todavía fuertes para defenderse, tienen buenas piernas ó excelentes alas y pueden huir. En los insectos que son débiles, que carecen de medios poderosos de locomoción, el mimetismo se convierte en el más poderoso medio de defensa. Así, sobre las flores verás mariposas de matices brillantes ó insectos de bonitas coloraciones; sobre los prados, en los árboles, hay multitud de bichos de color verde, y en el suelo se tornan pardos, blanquecinos, rojizos, etc. Muchos insectos que tienen color negro ú oscuro están provistos de pelos, que llenándose de polvo les dan el mismo tinte que el terreno, ó sudan un líquido pegajoso que hace el mismo efecto; ya ves como encuentran en el mimetismo excelente medio de defenderse.

"Es notable esta propiedad en los grillos y saltamontes; nótalo

bien; en los llanos del tejar que tienen suelo arcilloso blanquecino, saltan multitud de esos animales de color ceniciento; entre las ontinas y en las sardas rojizas, son rojizos también y en los linderos de los campos y de las acequias, las hallas verdes; pues te asombrará el saber que al tratar de tanto matiz se esconde la misma especie y un mismo indivíduo cambia de colores si varía el terreno.

"El mimetismo es arma general que también emplean los hombres; algunos indios se tiñen el cuerpo de colores apropiados al suelo y á las selvas en que viven. Y entre los hombres cultos hay quien hace uso de esa propiedad para su medro personal. ¿No se te ocurre que en la política española el mimetismo ha sido ley de vida? ¿Hay *saltamonte* comparable á los *salta-ministerios* ó *salta-oficinas* más ó menos retribuídas, que engordan acomodando su matiz político al que gobierna en el país? Hay quien ha *cambiado de casaca* cuantas veces ha habido cambios políticos, y por más que no leas mucho, te acudirán á la memoria numerosos nombres de personajes que embarcaron á los pueblos para que los elevaran y desde lo alto comenzaron un mimetismo repugnante, despreciando aquellas ideas que los encumbraron.

"Y la iglesia ¿no ejerce el mimetismo de una manera maestra? ¿No toma el color del terreno en que vive, y es liberal en Francia, aceptando el matrimonio civil y el laiciano en la enseñanza y todas las ideas de la República, y en cambio en España es absolutista, se ha escudado tras el carlismo, aceptó más tarde á la rama borbónica opuesta y se opone á cualquiera de las reformas que acepta en Francia? Y ¿hace el mismo papel en Inglaterra, y en Italia, y en Alemania, y en el Congo y en Filipinas? ¡Oh pureza de los principios que se acomodan como los *salta-montes* al terreno en que se encuentran.

"El mimetismo no honra á nadie, es, como te he dicho antes, signo de debilidad y señal de escaso desarrollo en la inteligencia! Sólo usan de él los pobres insectos para huir del enemigo y comer tranquilos, y los osos blancos para engañar á su presa y caer mejor sobre ella.

Se va haciendo larga esta carta y tengo mucho que decirte sobre el asunto, por lo cual se despide por hoy tu afectísimo amigo."

ODÓN DE BUEN.

Un oficio que conservo.

"*Cuartel general del ejército libertador de la división militar de Holguín.*—En uso de las facultades que me ha conferido el general en jefe del ejército libertador y gobernador superior de la Isla, de acuerdo con el general en jefe de esta división y su junta de salvación he venido en nombrar á V. Promotor Fiscal de esta ciudad y su jurisdicción, esperando de su patriotismo que lo desempeñe con el celo y entusiasmo que tanto le distinguen, todo sin perjuicio de la aprobación Superior.—Dios, patria y libertad.—Holguín y Noviem-

bre 26 de 1868.—*Francisco Maceo.*—Hay una rúbrica.—Como general en jefe de esta división.—*Amadeo Manuit.*—Hay una rúbrica. —Al ciudadano *Ldo. Cárlos Tellez.*"

Los gorriones.—En esta Isla no había gorriones. Un indivíduo quiso comerciar con ellos, y al efecto trajo de España un buen número de jáulas de los pequeños pájaros; pero como se le exigieran en la Aduana de la Habana los derechos de entrada no quiso pagarlos, y abriendo las jáulas, los gorriones entraron volando en la ciudad, rebelándose contra el Gobierno de entonces, cuyos delegados allí eran los carabineros.

Ya se han reproducido por millares, si bien no se han internado tierra adentro. Parece que sólo en las poblaciones pueden burlar la persecución de las aves del país, que los persiguen de muerte.

Los séres *plumíferos* sabrán por qué; y sobre todo, los *pitirres.*

Un jóven que fué insurrecto, llamado Lencho Jimenez, prestó servicios á su causa, que prueban el temple de su alma. Unas veces en vapor y otras en lancha desembarcó en la costa, y habiendo sido sorprendido una vez, ántes de caer prisionero, se arrojó al agua y pudo ganar tierra. Otra vez cayó prisionero, si bien tuvo la suerte de no morir fusilado. Encontrándose preso en la Península fué condenado al presidio de Ceuta y, conducido en un vapor, ya de noche, se arrojó al agua en el estrecho de Gibraltar, y después de algunas horas de lucha con la muerte, debilitado y temblando de frio, pudo llegar á la costa de España y recibir los auxilios que le prestó una generosa familia en una casa de campo. Hoy vive, gracias á su arrojo, y á la generosidad del Gobierno que le perdonó lo vida (1).

Un insurrecto que estaba escondido en el Jíbaro, quiso incorporarse á su partida, y para hacerlo con toda seguridad se mezcló montado en un caballo, cargado con un cerón lleno de plátanos, entre los acemileros de una columna. Pero antes de llegar al ingenio *Crísis*, su caballo tropezó y cayó y desparramándose por el suelo los plátanos, se presentaron

---

(1) Este jóven se suicidó en la Habana hará como dos años.

á la vista dos saquitos que contenían cápsulas y una carabina corta. La fatalidad perdió al insurrecto que no carecía de travesura.

Una columna llegó al *Ciego de Najáza* á las nueve de la noche. El jefe armó su tienda bajo un árbol muy coposo y emprendió la marcha antes de amanecer. En el mencionado árbol permanecieron escondidos, sin chistar, dos insurrectos. ¡Peripecias de la guerra! Esto se supo por un presentado en Jobabo.

Un peninsular mal aconsejado, cuyo nombre debe relegarse al olvido, por consideración á sus inocentes padres, trató de asesinar al comandante militar de Holguín pocos días antes de la entrada de los insurrectos en la ciudad mencionada. Unos soldados del regimiento de la *Corona* se apoderaron del mal hombre en el mismo instante que penetraba en el despacho de la Autoridad; y ésta con la mayor calma ordenó que fuera encerrado en el calabozo del hospital militar, donde permaneció durante todo el Sitio; y, sin formarle causa, le perdonó generosamente la vida. ¡Ya murió; pero arrepentido de su frustrado crímen, fué hombre honrado hasta el dia de su muerte!

Un jefe de columna encontró al concluir la guerra en uno de los sombríos *salones* de la cueva del *Pepú*, á dos leguas de *Baire* (refugio de millones de murciélagos) unos papeles manuscritos, que copiados fielmente, dicen así:

OPINION FORMADA

sobre la importancia de algunos hombres de la insurrección de Cuba.

Cárlos Manuel Céspedes.—Adelantó por ambición personal el movimiento revolucionario, en contra de la opinión de D. Francisco V. Aguilera, y no estuvo á la altura de su elevadísimo cargo. Su vana parodia de entrar bajo palio en la iglesia de Bayamo; sus fingidas ó verdaderas oraciones, puesto de hinojos en la capilla del Cobre, el abandono, sin combatir, de este pueblo; el incendio de Bayamo que abandonó, igualmente, sin defenderlo, fueron muestras evidentes de su inexperiencia y dieron causa á la conspiración de Oriente para proclamar la dictadura de Donato Mármol.

No fué buen general y hubiera sido mal gobernante. Su muerte á manos de los españoles, hace que se respete su memoria. Abandonado de los suyos, su soledad es un cargo gravísimo para los revolucionarios.

Donato Mármol.—Si hubiese tenido más talento militar, con la dictadura, que no conservó, hubiera sido el primer caudillo de los rebeldes, por su serenidad y arrojo en la pelea; pero carecía de cultura militar y cometió, imperdonables faltas. Una vez se apoderó de un convoy de acémilas cargadas de fusiles y municiones, á cargo de D. Sebastián Gonzalez, cuya custodia, aunque no era militar, le había confiado el general D. Joaquín Ravenet, comandante general de Santiago de Cuba, para entregarlo al coronel Quirós que se hallaba por la parte del *Contramaestre;* pero el referido González, de astucia refinada, embaucó á Mármol acabando por ofrecerle como Hº M. y bajo aquel punto comprometerle le dejase en libertad, seguro que si le devolvía todo el convoy para llevarlo á Cuba, le juraba, no sé que ofrecimientos. Lo cierto es que Mármol careció de malicia, y el astuto Gonzalez regresó á Cuba con todo el convoy y escolta, siendo recibido con música por las calles. Mármol, sin embargo, tenía buenas condiciones, pero fué muy débil al seguir los apasionados consejos de su pariente Eduardo y de Leopoldo Arteaga, enemigos personales de Cárlos Manuel, y en lo más florido de su edad enfermó y sucumbió rodeado de numerosos amigos, que sintieron su prematura muerte, como uno de los cubanos de mayor prestigio.

Eduardo Mármol.—Primo del anterior, era inconveniente, intrigante y de sentimientos sanguinarios: murió fusilado por orden del Conde de Valmaseda. ¡Justo castigo á sus veleidades y fingimientos de fidelidad á la causa que abandonó!

Luis Marcáno, *(de la islas de Sto. Domingo).*—Fué general en jefe, siendo Máximo Gómez nada más que coronel; y cuando la retirada de Quirós, tardó 12 horas en perseguirle, diciendo á sus amigos, con mucha calma: "*enemigo que huye puente de plata.*" Su negligencia y la ineptitud que demostró después, en el Sitio de Holguín, junto con Maceo, Manuit, Peralta y otros, que no supieron apoderarse de *La Periquera*, forman su apología: después tuvo un fin desgraciado en manos de un traidor.

Ldo. Pérez Trujillo.—Estudió leyes en España y tomó, desde el principio, activa parte en la insurrección, distinguiéndose por su entusiasmo. Peleó hasta el pacto del Zanjon.

Máximo Gómez, *(Dominicano)*—Fué nombrado por Céspedes, después de haberlo destituido de un mando, mayor general. Batalló con actividad siempre y era un buen estratégico; pero los demás generales nunca quisieron obedecerle. El localismo fué siempre la rémora que impidió la unión de los insurrectos. Fué un buen jefe y un bravo, pero su ambición personal y cierta rigidez de carácter no gustaba á los cubanos.

Manuel Quesada.—Vino en una expedición de Providencia; no supo impedir la marcha del general Lesca á Puerto Príncipe y fué rechazado con Cárlos Manuel en las Túnas. Abandonó para siempre el campo de pelea, apesar *de su espada de puño de cabeza de águila.*

Pancho Aguilera.—Si lo hubiesen creido no se hubiera dado el grito el 10 de Octubre. Buen hombre y rico propietario de Oriente: nada más.

Modesto Diaz, *(Dominicano).*—Hizo la guerra por Bayamo, y como mayor general, fué presidente del consejo de guerra que se formó al general José Inclán, nacido en Méjico. Este se defendió, de la traición que se le imputaba, en un discurso. Fué absuelto por unanimidad. (Diaz lloraba).

León Tamayo.—Había hecho la guerra en Méjico, con Quesada. Se dió á conocer en las Villas, con Spoturno y otros.

Félix Figueredo.—Fué brigadier general, jefe del E. M. de Sanidad salvó su vida milagrosamente; siendo víctima de una traición, cuando se encontraba enfermo en un bohío, y se alimentaba con jutías y tomaba *Cuba libre*, (agua hervida con miel de abejas). Después fué nombrado jefe superior de Sanidad, y tenía gran amistad con los primeros jefes de la insurrección. Cuando la dictadura de Mármol, fueron nombrados Máximo Gómez y él para sustituir al primero, por su orden, en el caso de fallecimiento. Cuando la captura del mayor general Calixto García Iñiguez, se salvó Figueredo por su sagacidad. Sus sentimientos humanitarios y su carácter simpático, le dieron gran influencia entre blancos y

negros. Hallándose casi exánime en una cueva, pasó un negro, cargó con él á cuestas, y le salvó la vida. La conducta del negro fué más meritoria que la del fingido sargento Thenardier, cuando salvó la vida al coronel Pontmersy, después de la batalla de Waterloo: el primero era un tránseunte; el segundo un ladrón. (Léanse "*Los Miserables*" de V. Hugo).

VICENTE GARCÍA.—Práctico y conocedor del terreno, tuvo mucha importancia en la jurisdicción de las Túnas, donde sólo quería guerrillear mandando. Se apoderó de las Túnas; se opuso á la invasión á las Villas, no veía bien á Máximo Gómez y le fué útil el pacto del Zanjon. Se embarcó para New-York donde murió. ¡Paz á sus restos!

ROLOFF, *(poláco)*.—Tuvo habilidad para hacer toda la campaña hasta el Zanjon, pero no secundó á Máximo Gómez en las Villas. Era localista para guerrear y su nombre sonó mucho.

JOSÉ OBÍES, *(Asturiano)*.—Murió batiéndose, sin acordarse de Covadonga.—R. I. P.)

JULIO SANGUILY.—Mayor general, herido en una mano y cojo, defendió su causa y no tomó parte en el pacto del Zanjon, por encontrarse en Nueva York desempeñando una comisión del servicio. En la campaña estuvo expuesto una vez á caer prisionero y fusilado; y otra cayó prisionero estando en un rancho, y al ser conducido á Puerto Príncipe, donde indudablemente hubiera perdido la vida. Ignacio Agramonte, con la mejor caballería insurrecta, le rescató por un ataque resuelto, resultando solamente herido de un balazo. En el ataque del Jíbaro penetró en un patrio á caballo y se le rindieron algunos soldados; y durante toda la guerra fué humanitario, salvó la vida á muchos prisioneros y á un teniente de caballería llamado Dios de apellido.

VILLAMIL, *(Gallego)*—Dió á conocer su nombre, se batió, fué herido de un balazo en una íngle y murió: un cadáver más. Fué herido por el teniente coronel Obregón.

INGLESITO, *(Henry Reeve.—Norte-americano)*. — Mandó siempre caballería: fué una vez *fusilado* por una guerrilla española, y se curó. Después fué herido en el ataque de Santa Cruz, y murió batiéndose en 1877, en las Villas. Pocos insurrectos tuvieron su valor y su constancia.

Formaban una especie de secta fanática y ridícula. Sus ceremonias ó actos exteriores consistían en una grotesca figura de madera, groseramente modelada, con un cuchillo, y colocada en el suelo sobre una piedra. Los neófitos al *matiabismo* formaban un círculo en rededor del muñeco, y el padre ó *taita* le comunicaba lo que sólo ellos entendían, y seguidamente contestaban todos, con la siguiente monótona cantaleta: "*Cubilé, cubile, cubilinganga, cubilé,*" y el *taita* Ezequiel, que así se llamaba uno de ellos, contestaba: "*Cubilé, cubilé,*" sin novedad. Después, silbaban, gritaban y ahullaban y bailaban dando grandes saltos; y cuando oían ruido sospechoso, daban un silbido y desaparecían con la ligereza de un perro jíbaro. No comprendemos lo que significa el *matiabismo*, sólo hemos podido enterarnos, que una reunión de *matiábos*, se llama *cúmbila:* que en honor de su muñeco ó fetiche, se quemaba alguna pólvora: que á la *divinidad* que representaba la grotesca figura se la apellidaba *bilongo* y que tenía la virtud de comunicar á los iniciados el don de la adivinación sobre lo futuro, y lo que era más importante para ellos, el poder presentir los ataques de los enemigos que lo eran todos los hombres armados, de quienes huían para evitar el reclutamiento y el penoso servicio de las armas. Pero el *taita* Ezequiel que se puso á la cabeza de un grupo de desertores en Macaguán, y reclamaba el grado de oficial, sufrió la *pena del machete*, impuesta por un consejo de guerra insurrecto. También sabemos que los *matiábos* dormían escondiéndose de dos en dos, en parajes bien ocultos, y como algunos religiosos, no podían andar sólos. También se observó que el celibato, si no era reglamentario, lo observaban felices en su sociedad homogénea, y desligados completamente del femenino sexo.

Allá ellos..... y termtnarémos sin ahondar *en metafísica:* "*Cubilé, cubilé cubilinganga, cubilé.....*"

Fotuto.—Cuerno de toro ó vaca, ó caracol marino que también se llama *güamo:* era la corneta del *mambí.*

Fotutazo.—Toque ó *voz* de fotuto. Su sonido ronco y prolongado es más alarmante que el de la corneta militar, en la misteriosa soledad de los bosques.

Guerrilleros.—Los hubo excelentes en ambas partes beligerantes; pero también dieron ocasión á los malos instintos, como se ha demostrado con los bandoleros y secuestra-

dores, que muchos fueron guerrilleros. Legado funesto de la guerra irregular.

Sublevación.—El día 24 de Junio de 1875, los jóvenes Urbano Pedroso, Antonio Aguirre, Julio Brodernan, Agustín Morales, Manuel Vilardebó, Cárlos Ruga, Virgilio Silva y otros concibieron el atrevido propósito de pronunciarse en la Vuelta Abajo. Con tal motivo dirigiéronse á esta rica jurisdicción en tropel, dando á sus padres el pretexto de una Romería, hácia *El Calabazar* y en el ingenio *Las Cañas* por Guanajay, su atolondramiento, que no otro nombre merece, tuvo fin con el encuentro de la guardia civil y fuerzas de voluntarios del regimiento de *Iberia*, resultando entre prisioneros y muertos, ocho de los revoltosos jóvenes, y tres guardias civiles, siendo fusilados los prisioneros de guerra.

Los que escaparon se refugiaron en las lomas del Cuzco, donde después de mil privaciones, pudieron burlar la vigilancia de la fuerza que los perseguía, embarcándose muchos para el extranjero.

Por cierto que uno de ellos ingresó luego en el ejército italiano, siendo uno de los soldados que custodiaban á Boet en la Sala del Tribunal de Milán (1). ¡Que casualidad!

Recuerdo de la esclavitud.—En la isla de Cuba hemos presenciado todo lo que los romanos en los tiempos de la esclavitud de los negros y de los blancos. Los cubanos y los peninsulares tenían esclavos, lo mismo los títulos de Castilla que las hermandades religiosas. En Holguín un blanco se jugó un negro á la pata de un gallo, entre los descompasados gritos y grotescos movimientos de los jugadores.

En una célebre causa se probó que un amo bárbaro, como sorprendiera á una negrita, de quien estaba enamorado, en ademanes amorosos con un mulato, lleno de criminal lujuria mandó castrar al mulato. Hubo dueño que atormentaba á su esclavo con la pena llamada del *corbatín:* éste consistía en un corbatín de hierro cerrado con un clavo remachado y una varilla que subiendo por el cogote se doblaba á cinco palmos de altura sobre la frente del esclavo y una campanilla que sonaba al menor movimiento. Si el esclavo huía no

(1) En la vista del proceso del *Toisón de oro.*

cuando en cuando, la línea telegráfica de Jobabo á las Yeguas, en Puerto Príncipe. Murió fusilado.

PERDOMO *y* CAMEJO.—No tuvieron mandos de importancia y ámbos figuraron algo en el Sitio de Holguín, como Justo Aguilera.

NICOLÁS CHALA, *(Dominicano).*—Cuando tres miserables asesinos se lanzaron alevosamente contra los dos hermanos Marcano, que dormían, el dominicano Chala con la mayor intrepidez, se arrojó contra los asesinos, matando á Faustino, que así se llamaba uno de ellos, y haciendo huir á los otros que se presentaron en Manzanillo.

VARONA *y* CASTELLANOS.—Ambos fueron muy adictos; pero acusados de haber estado en las líneas españolas, y traidores á la causa de la revolución, fueron ahorcados por los insurrectos en una *guásima.*

SALVADOR CISNEROS, MIGUEL BETANCOURT *y* ANTONIO AGUILAR. —Encontrándose en la mayor indisciplina las fuerzas del Camagüey, menos el brillante regimiento de Jacinto, los mencionados individuos salieron á predicar el orden, y lograron sosegar algunos grupos que sirvieron de base para contener las deserciones.

ENRIQUE MOLA.—Jefe de brigada de caballería se batió con distinción, y con una pequeña fuerza tuvo que burlar la persecución que se le hacía, teniendo la desgracia de que en esos días sucumbieran los entusiastas cubanos Machado y La Rúa.

Comandante ANGEL MAYO *y capitán* MIGUEL ALAYÓN.—Se colocaron fuera de la ley por la absurda tendencia de no admitir entre las fuerzas villaclareñas á jefes de otros departamentos, por cuya causa se vieron obligados á renunciar sus mandos los jefes Julio Sanguily, Gabriel González, Rafael Rodriguez, Enrique Mola, Julio Diaz y Manuel Lechuga. El localismo de las Villas fué perjudicial á la causa de la independencia. Los vilareños no simpatizaron con los camagüeyanos; y los orientales no armonizaron con los centrales.

HONORATO DEL CASTILLO.—Tuvo alguna importancia por su entusiasmo, y murió en una emboscada que le puso el coronel Portal, y éste después fué derrotado y prisionero y perdió la vida.

SUAREZ.—Batióse en muchas acciones de guerra; y estando en las inmediaciones de Santa Cruz, escribió una carta al brigadier Báscones retándole al combate con toda su fuerza; el combate no se efectuó.

PANCHO JIMENEZ.—Tuvo alguna nombradía, fué humanitario cuando entró por sorpresa en Sancti Spiritus; pero variable é inconsecuente; perdió la vida.

LORETO VASALLO.—La constancia que tuvo no fué bastante para alcanzar importancia en la insurrección.

JOSÉ AGUIRRE.—Fué constante y arrojado: estuvo en las Guásimas.

UBIETA.—Hijo de la Vuelta-Abajo, de buena presencia; se batió bien y perdió la vida en la acción de las Guásimas.

ELIAS PEREZ.—Hizo casi toda la guerra; subordinado de Maceo: murió en acción de guerra atravesado de un balazo.

MATEO CASANOVA.—Comandante retirado del ejército, hizo la guerra de los siete años en la Península. Fué general insurrecto en las Cinco Villas, y luego no figuró.

MANUEL SANGUILY.—Hermano de Julio, es hombre de letras y obstinado en sus convicciones. Estuvo en la insurrección: fué valiente y figuró luego en Nueva York, donde trabajó mucho por su causa.

JULIO PERALTA.—Fué general y jefe del distrito de Holguín: murió en acción de guerra.

BELISARIO PERALTA.—Siendo coronel recibió una herida y fué conducido en una hamaca improvisada. La fuerza que mandaba estaba mal organizada y la mitad desarmada.

PEDRO MARTINEZ FREIRE.—Fué coronel y operó por la parte de Guantánamo, y era muy entusiasta por la independencia.

BALÁN.—No pasó de teniente coronel apesar de haber sido herido de gravedad dos veces, y ser muy activo y arrojado.

GUERRA, *(oficial mejicano)*.—Hizo la guerra en Oriente, era entusiasta por la independencia, pero no tuvo importancia.

EDUARDO MACHADO Y GOMEZ.—Era instruido, poseía el ale-

mán, francés, inglés y el italiano; fué periodista en su pueblo natal. Villa Clara, y tomó parte en la insurrección en 1869 cuando el levantamiento de las Villas. Era miembro de la Cámara de Representantes y hasta Secretario y vice-Presidente. A fines de 1877, incorporado á la fuerza que mandaba el coronel *Enrique Mola*. Murió en un desgraciado encuentro. Su muerte fué muy sentida en el campo insurrecto y de fatal augurio. Por aquellos días el coronel Mozoviejo, hizo prisionero en la jurisdicción de Holguín al Presidente de la República. La revolución se desmoronaba como un castillo de naipes.

Luis Ayesterán.—Abogado, jóven de talento, defendió con valor la causa de Cuba independiente, hasta que tuvo la desgracia, como prisionero, de perder la vida con serena arrogancia y dignidad, como lo reconocieron hasta los adversarios que presenciaron la ejecución de un jóven simpático, digno de lástima, por su desgraciada suerte.

Laffite, Paquito Borrero, C. Noguera.—Fueron coroneles que se distinguieron por su valor en las montañas de Guantánamo y Baracoa.

Guillermo Moncada (a) *Guillermón*.—Es un negro de elevada estatura; que ascendió hasta brigadier por su intrepidez: fué herido varias veces y adquirió importancia cuando derrotó al jefe de las Escuadras de Guantánamo D. Miguel Perez, cubano sagaz é intrépido que tuvo la honra de morir en el campo de batalla. Después de Antonio Maceo, fué *Guillermón* el jefe más importante de la raza de color.

Quintín Bandera.—También de la raza de color llegó á teniente coronel por su actividad y valor. Fué deportado á España después del pacto del Zanjon.

Amadeo Manuit, (*Venezolano*).—General insurrecto figuró algo en el sitio de Holguín; después se lo tragó la tierra: careció de importancia.

Diego Dorado, (*Andaluz*).—No llegó á general; fué astuto, y prestó á la insurrección buenos servicios en la jurisdicción de Sancti Spiritus donde murió, lo mismo que Carrasana, como jefe de partida.

Rubalcaba.—Fué de los primeros en tomar las armas: aquí paz y después gloria.

Luis Bello.—Dirigió los trabajos para quemar *La Periquera* en el Sitio de Holguín: después, siendo ya coronel, murió batiéndose como un valiente en la jurisdicción de Bayamo.

Ignacio Mora.—Por su inteligencia fué secretario de Estado en los primeros años de la guerra.

Bartolomé Masó.—Fué coronel y secretario de la guerra y después no se habló más de él.

Jesús Rodriguez.—Figuró como intendente en la jurisdicción de Holguín, cuando el Sitio de *La Periquera*.

Echevarría, *(José Antonio)*.—Secundó el movimiento revolucionario; pero más amigo de la pluma que del machete se fué á Nueva York y, formó parte de la Junta Cubana hasta que después del pacto del Zanjon se retiró á la vida privada.

Salomé Hernandez, (*Venezolano*).—Era natural de Venezuela, de finos modales y bien educado. Tomó parte en la insurrección como general. Sus servicios los prestó en Remedios, Camagüey y Villas y pasó á las Túnas y Bayamo para incorporarse al general Gómez; pero murió de fiebres perniciosas en Barrancas, costa del Cauto, en Octubre de 1872.

Cavada.—Tenía algún prestigio, era entusiasta por la independencia y murió de fiebres perniciosas, como Hernández, en la costa del Cauto.

Leopoldo Arteaga.—Enemigo particular de Cárlos Manuel de Céspedes, fué de los más intrigantes para que Donato Mármol aceptase el papel de Dictador. Primera mala semilla que tan fatal había de ser después á la insurrección.

Manuel Loño.—Llegó á la Isla en la expedición *Perit*, estuvo á las órdenes de Donato Mármol, demostró valor en algunos combates. Volvió á los Estados Unidos en comisión del servicio y á su vuelta cayó prisionero, siendo fusilado en los *Pedernales* de la jurisdicción de Holguín, junto con el maquinista Nicolás Sanchez.

José M. Aurrecochea, Cristóbal Acosta, Enrique Rius, Sebastián Amabile, Alonso Cisneros *y otros*.—Procedentes de la expedición *Perit* desembarcaron con el general Thomas Jordan: carecemos de más antecedentes.

Francisco Javier Cisneros.—Hombre ingenioso y entusiasta, organizó la expedición *Perit*, que desembarcó en la Isla.

Luis Figueredo.—Fué general de brigada nombrado por el presidente Céspedes; pero careció de importancia, lo mismo que el de igual graduación, José M. Aurrecochea.

Cornelio Porro.—Hombre trabajador y propietario en el Camagüey, fué general de brigada, pero se disgustó en la insurrección y se presentó por no encontrar en la manigua la libertad de su patria. Es hombre de condiciones y útil á la sociedad.

Manuel Valdés.—Fué jefe de farmacia en Puerto Príncipe, y nada más.

Mariano Larralde.—Coronel de ingenieros en las Villas en 1870; más no podemos decir.

Lucas del Castillo.—De buena posición social, hombre respetable y muy querido en Jiguaní, secundó el movimiento separatista hasta el pacto del Zanjon. Su hija Rafaela se casó con el brigadier de Sanidad Félix Figueredo.

Antonio Zambrana.—Fué representante del Camagüey; figuró en las córtes de Guáimaro, escribió elocuentes artículos en *El Cubano Libre*, y tuvo el prestigio que merecía por su entusiasmo y privilegiada inteligencia; pero disgustado sin duda de la marcha de los acontecimientos se fué á vivir la vida del expatriado.

Cisneros.—Abogado de inteligencia figuró también en las córtes de Guáimaro; pero algo encontró de refractario en su modo de apreciar lo que ocurría en la manigua, se embarcó para Nueva York, donde permaneció. Hilario del mismo apellido permaneció en los Estados Unidos, y fué muy activo en defensa de la causa insurrecta.

Domingo Goicuria.—Enemigo acérrimo de España, cayó prisionero y fué condenado á muerte.

Gutierrez.—Fué vice-Presidente de la Cámara de representantes, y traicionado por un cubano, cayó prisionero y perdió la vida.

Remigio Marrero.—Fué uno de los mejores capitanes de

la brigada de Holguín y mandaba un batallón cuando se hizo la paz.

José Lacret.—Ayudante de Antonio Maceo, llegó á teniente coronel en Orien-.....
.....(1)

EL CABALLO BOYTEL.

En la acción de la Caridad—departamento Central—perdió el enemigo, comandado por el general Salomé Hernández, un hermoso caballo moro que fué destinado á la guerrilla del capitán Riaño, perteneciente al primer batallón de voluntarios de Barcelona.

Comprendiendo Riaño y su segundo, el teniente San Feliú, que el caballo se estropearía en el constante movimiento de la fúerza montada, me lo ofrecieron como primer jefe del batallón.

En 1871 se me presentó en Cupey, el coronel insurrecto D. José Boytel, más adelante fusilado en Santiago de Cuba, como expedicionario del *Virginius*, y estando comiendo en su bohío, pasó el caballo blanco montado por un soldado. Reconocíólo Boytel como suyo, y no quiso admitir la devolución que yo estaba dispuesto á hacerle.

Porque si bien el caballo era mio de pleno derecho quise ser más liberal que D. Quijote. "*Nunca yo acostumbro*, dijo Don Quijote, *despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pié: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal*

(1) Seguía la lista pero la hoja de papel estaba rota por la mitad.—N. del A.

caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita."

Pasó tiempo: el 21 de Diciembre de 1872 siendo jefe del Rayo, reñí combate en *Loma Vapor*, contra la fuerza de Agramonte, y el caballo blanco recibió un balazo á dos pulgadas del ojo derecho, estando yo encima. A los pocos meses, el 21 de Mayo de 1873, en otra acción, en la propia Loma, el caballo blanco recibió nuevo balazo. Por último en la acción de las Guásimas de Machado el noble y valiente animal, llamado ya *Boytel*, por los soldados, murió de seis balazos.

Lo monté, durante más de dos años, sin recibir un rasguño, puesto que el fiel animal hacía las veces de *para-balas;* lloré ante su cadáver. Todos los soldados del Rayo lloraron al pobre *Boytel* que había sido arrogante, veloz, inteligente y noble. ¡Pobre compañero de guerra! ¡Bien mereciste todos los elogios que á los de tu especie han tributado Homero y San Isidoro, Voltaire y Víctor Hugo, Heredia y Espronceda!

***

Los guajiros.—Los campesinos se llaman *guajiros* en Cuba. Hay que estudiarlos. Amantes de su familia y propiedad, observan sus costumbres libres en cantos, bailes y juegos, y son idólatras de su tierra. Cuando les hablan de Galicia ó de Asturias, oyen cuanto se les dice con curiosidad; pero no se entusiasman ni por la gaita de Redondela, ni por la cueva de Covadonga. Cuba lo es todo para ellos, y aún cada guajiro ama su provincia con preferencia á las otras y su pueblo con preferencia á los demás de la provincia. Pero se declara la guerra, se dan vivas á la libertad y á Cuba libre, y el guajiro se entusiasma y se prepara para batirse. Sigue entusiasmándose hasta que de repente, por unas voces que ha oido, se reune á otros guajiros, se consultan unos y otros y hablan en secreto, meditabundos y recelosos. ¿Cuál es la causa de tan repentina metamórfosis? Han oido ¡Viva Cuba independiente!, muera España!, y ellos, que se ocupan poco de España, sin dárseles un higo, las glorias de Pelayo, ni las hazañas del Cid, ni la Vírgen del Pilar, se encuentran heridos en su alma, y casi casi como si les dijeran: ¡muera Cuba! Ellos, cuando se hostiga su patriotismo de

nacionalidad, que lo tienen, aunque mal definido, encerrado en su corazón por recuerdos tradicionales y porque han oido decir de padres á hijos, que descienden de españoles, y por consiguiente, de la raza blanca, no quieren romper con sus antepasados, y son españoles de corazón mientras dure la guerra, que no en vano se enorgullecen con llamarse Trujillo, Figueredo, Aguilera, Céspedes, Recio, Agramonte, Agüero por más que otros paisanos suyos llamados también Agüero, Agramonte, Recio, Céspedes, Aguilera, Figueredo y Trujillo piensen y obren de otro modo, para después en la paz, seguir amando á su Cuba libre bajo los pliegues de la bandera nacional, que ven ondear, orgullosos, sobre el tejado de la Alcaldía del pueblo, en las festividades. He aquí por qué los cubanos guajiros han sido siempre, en momentos de peligro, amantísimos de una sola Patria; y los que hemos hecho toda la guerra, si somos justos y agradecidos, podemos aseverarlo sin temor de ser desmentidos por nadie.

Este es el concepto que hemos formado de los guajiros por el comportamiento que observaron, en su inmensa mayoría, durante los doce años que duró la guerra. ¡Vivan los guajiros!

Recuerdos.—Un soldado del batallón de Cádiz en 1870 se quedó rezagado de su columna, en la jurisdicción de Sancti Spiritus y se defendió con fuego y bayoneta de tres insurrectos montados, matando á uno y haciendo huir á los otros que dejaron un caballo y dos rifles. Este valiente soldado, llamado Antonio Funer fué recompensado, por el general Caballero de Ródas, con la cruz roja del M. M.

—En 1876, el guajiro Garcés, de Auras—en Holguín—salvó la vida al comandante de Armas, D. Gabriel González. Viéndose éste perseguido por fuerza montada y próximo á caer prisionéro, el guajiro que trabajaba en una finca, le dice: "valor capitán:" pone rodilla en tierra, dispara al enemigo, le detiene, salta sobre la grupa, espolea al caballo de D. Gabriel, y ámbos se salvan.

Sentimos que no se recompensase á tan arrojado guajiro, pero sí podemos asegurar que fué recomendado por un jefe para que se cursase una instancia suya, solicitando la cruz de San Fernando, si bien es verdad que infructuosamente. Se le contestó por quien no debemos ni queremos nombrar.

"Es un paisano." ¡Que injusticia y que pequeñez de criterio!

Un sargento, cuyo nombre hemos olvidado, comandante de un destacamento, que no mencionamos, por consideraciones fáciles de comprender, abandonó con sus soldados hambrientos, su puesto, presentándose en M.... completamente descalzos, con tapa-rabos de mugrientos sacos de café. Abandonado en su lejano aislamiento, dijo para sí el sargento: "no hay mando sobre estómagos vacíos" y concienzudamente resuelto, presentóse á la autoridad más próxima á pedir abrigo, pan y órdenes. Se formó causa y el sargento y seis soldados fallecieron antes de concluirse el proceso. ¡Paz á sus restos!

En un rancho cerca de Yamagueyes, que se asaltó por una guerrilla, se encontró un hombre y dos muchachas: la mayor no tenía 22 años. Presentados todos al jefe de la zona se les dió habitación, vestidos y una factura de comestibles. Las jóvenes se bañaron, peinaron y vistieron, soltando los trapos descoloridos que llevaban; y antes de despedirse para no recordamos qué ciudad, agradecidas á las delicadas atenciones que habian recibido, se prestaron gustosas en concurrir á un baile, donde después de danzar con los oficiales, cantaron un *duo*, y una de ellas, una *aria*, y fueron ruidosamente aplaudidas por el gusto, afinidad y maestría con que demostraron su competencia en el difícil arte de la Patti.

Opiniones erróneas.—Escritores muy liberales y muy demócratas; pero cuyo liberalismo se detiene en las columnas de Hércules, se creen muy enterados de los asuntos antillanos. Defienden en sus periódicos la inconveniencia de que en las Antillas se agite á tome cuerpo la política, que, por su alejamiento del poder central puede producir el relajamiento de los *lazos* que nunca deben aflojarse; y añaden, dándose tono de pontífices máximos del patriotismo, que insulares y peninsulares deben agruparse á la sombra de la bandera española "*cuyos dilatados pliegues cobijan y amparan á todos por igual.*" El pensamiento es viejo, repetido y falso. En Cuba se ha promulgado la Constitución que autoriza la formación de partidos políticos; por lo que tales pontífices aconsejan la inercia de los santos en sus altares: que las provincias se llaman provincias españolas: que permanezcan tranquilas como las viejas, y que la bandera española

las ampara á todas por igual. No comprendemos semejante prosa *racional y posible.* Nosotros deseamos que nos ampare la bandera española para agitarnos en las luchas políticas, para aplaudir la tolerancia de la amada Patria, para defender el progreso en todas las manifestaciones de la vida, para hacer política activa, para ilustrarnos, á fin de que los *lazos* queden más apretados con el nuevo sistema político que desconocemos, para ensanchar y consolidar la libertad. Los enemigos de la libertad, abundan en la Península y en Cuba. Afortunadamente los cubanos ya están ilustrados, y no se resignarán nunca á ser españoles mistificados; porque tienen el convencimiento que la rivalidad y envidia entre cubanos y peninsulares, se fomenta y agita con la desunión que aquí se sostiene por la falta de igualdad entre unos y otros, dando lugar al sentimiento regionalista, que no se hubiese manifestado con otro sistema más liberal y menos exclusivista. ¿Se quiere la igualdad para todos los españoles de aquende y allende del mar? Todavía es tiempo, teniendo en cuenta que con justicia, igualdad y libertad no se pierden las colonias; y España ya sabe por qué causas se perdieron sus posesiones en América y cómo sacudieron el yugo de Inglaterra los hombres libres de la actual Unión Américana.

Soledad.—Un *montuno* con su mujer y cinco hijos vivió tres años entre Guáimaro y las Túnas, sin haber visto soldados ni insurrectos; y tan aislados como Robinsón en su Isla. Parece increible; pero él mismo nos lo contó sin que encontrémos razones para contradecirle.

Un padre desgraciado.—En la sangrienta acción de *Guásimas de Machado,* murió como un valiente, un jóven oficial español de apellido Virués. Su pobre padre, que era teniente coronel, al recibir la noticia, se volvió loco de pesar,

Vá su casa, se viste de uniforme y montado en su caballo, sin que nadie le viera, sale de Puerto Príncipe y se dirige á las Guásimas. A las pocas leguas de camino, se encuentra con un grupo de insurrectos y dirigiéndose á ellos les pregunta, sin inmutarse: "¿Dónde está Máximo Gómez?"

Admirados los insurrectos por lo inesperado del encuentro;—"venga V., señor,"—le contestaron, y le escoltaron hasta el campamento de Gómez. Allí fué rodeado por los

jefes, y el teniente coronel le dice al general enemigo:—"Vengo á buscar el cadáver de mi hijo que murió en las Guásimas, aunque me cueste la vida."

Los jefes contrarios se enternecieron, convidaron á comer á Virués, carne y boniatos, y Máximo Gómez le facilitó una escolta que le acompañara á reconocer los cadáveres.

El teniente Virués, murió á la cabeza de la caballería en el potrero, y aunque las *auras* ya le habían comido los ojos, fué fácil, al infeliz padre, encontrarle y reconocerle por los gemelos de la camisa y el rewolver; los que Máximo Gómez permitió recoger y conservar. Conducta, si no por procedente, menos generosa que todos los militares aplaudimos.

Una bomba de incendio.—El ilustre Ayuntamiento de Holguín estaba muy disgustado con la bomba que poseian los beneméritos bomberos; pues cuantos ensayos se hicieron con ella antes del Sitio dieron pésimos resultados. En *La Periquera*, para defenderla del incendio, hubo que apelar á la bomba que permanecía abandonada como un mueble inútil. El primer día, la bomba no pudo funcionar; el segundo después de reparada por el armero Mulé y apretados los tornillos, funcionó mejor; al tercero, á satisfacción de todos, y los días siguientes con una potencia sorprendente: cuanta agua recibía en su caja receptora era lanzada con una fuerza y elevación que causó la admiración de todos los *periqueros*.

Reciba el cuerpo de bomberos de Holguín un nutrido aplauso de todos los que admiraron sus brillantes y patrióticos servicios.

Muerte de un bravo oficial.—En la acción que sostuvimos en *Loma Vapor* el 21 de Mayo de 1873, murió el capitán de artillería Sr. Sanchez Salvador. Díjose por los periódicos que este oficial, se adelantó á la vanguardia con una pieza, que fué mortalmente herido, muriendo luego y quedando insepulto su cadáver. Falso. Delante de la artillería, estaba mi batallón el Rayo, que tomó la trinchera, siendo el teniente Martell el que primero entró en ella. El capitán de artillería no quiso permanecer en el punto resguardado que se le marcó, se adelantó algunos pasos llevado de su juvenil ardimiento, en contra las órdenes, y una certera bala enemiga privó instantáneamente de la vida á tan

bizarrísimo oficial; á su lado murieron dos soldados y fué gravemente herido el capitán de infantería D. Miguel Tizón, un sargento, un cabo y seis soldados.

Mis camaradas del RAYO dieron sepultura, al pié de la Loma, al infortunado y valiente artillero.

Líneas telegráficas.—El telégrafo, ¡como negarlo! es muy útil en la guerra. Es útil á retaguardia de todo país pacificado hasta el límite del teatro de operaciones. Es útil en toda la longitud de un camino de hierro, como por ejemplo, de Nuevitas á Puerto Príncipe, de Santiago de Cuba á San Luis, de Bagá á San Miguel, etc. Es útil en todo camino bien defendido por pequeños fuertes; pero negamos su utilidad en terrenos pisados por el enemigo, sin más defensa que algunos pequeños destacamentos á largas distancias que se ven precisados á desprenderse de 25 hombres y un oficial que tienen la misión de andar tres ó cuatro leguas para levantar una docena de postes cortados y enlazar los alambres.

¡Cuantos soldados han sido macheteados en tan riesgosa é infructífera tarea!

Prescindamos un rato de las teorías, y penetremos en el terreno práctico. El que esto escribe, ha tenido á su inmediata disposición ¡durante más de dos años!, las importantes estaciones telegráficas siguientes: *Santa Cruz*, *Jobabo*, *Caridad de Arteaga*, *San Gerónimo*, *Las Yeguas*, *Vista Hermosa*, y *Juan Gómez*. ¿Cuántas veces pudo cumplimentar una orden de la superioridad? Ninguna. Una vez, porque el enemigo había cortado media docena de postes; otra porque al recibirse el telegrama, quizás importante, me encontraba en operaciones; algunas ocasiones por encontrarme escoltando un convoy y otras circunstancias desfavorables, demostraban que tantas líneas telegráficas, cuyos alambres cortaban bosques y maniguas, era una inútil atención permanente que nos ha costado un rio de sangre. No puede combatirse la aplicación del telégrafo en la guerra; pero cuando un militar se encuentra en un bosque pisado por el enemigo, y vé entre el verde follaje el negro cordón del alambre, lo mira, duda, calla y obedece.

No se crea que somos contrarios á la aplicación de los telégrafos en campaña. Bastaríanos saber la importancia que han tenido en la guerra de los Estados Unidos; en la de Ru-

sia con Turquía; en las de Egipto y Abisinia y en la de Prusia contra Francia; también conocemos los ensayos hechos en los campos de *Chalons*, y por nuestro inteligente cuerpo de Ingenieros, que consiste en establecer pequeñas estaciones comunicadas con hilos extendidos con velocidad sobre la tierra para trasmitir órdenes por los telegrafistas que llevan sobre la mochila el aparato generador. Todos los adelantos los aplaudimos; pero no por eso modificarémos nuestra opinión práctica, porque no presumimos de científicos, con respecto á las líneas telegráficas que funcionaron trabajosamente y mal en la guerra de Cuba. Las únicas líneas telegraficas que reportan utilidad en campaña, son las que pueden conservarse aunque sea con trabajo, contra la voluntad del enemigo; y en Cuba podemos asegurar que los generales insurrectos nunca tuvieron por sistema la destrucción de todas las líneas en terrenos desiertos; pues ellos decían que los soldados destacados en fortines, no les hacían daño alguno, y sólo se limitaron á derribar algunos postes, de cuando en cuando: y muchas veces no atacaron á las pequeñas partidas que salían para levantarlos.

La bayoneta.—Cuando principió la campaña todos los soldados portaban esta arma blanca: á los pocos meses era rara la que se veía en su vaina. El soldado que adquirió el mismo instinto del insurrecto, tiraba el *arma de tres filos* que en su peculiar lenguaje llamaba *pincha sapos y saca boniatos.* Y algo de verdad había en esto, cuando se consentía la ausencia de las mismas.

En 1873 para combatir la ensoberbecida insurrección se pensó en el más indispensable factor: LA BAYONETA. Recobró su pasado prestigio y se hizo su apoteosis en circulares y órdenes generales. Hubo jefe que compró en los parques QUINIENTAS, y ya no se veía ni consentía un soldado sin el instrumento punzante, indispensable según las órdenes superiores, para vencer en el campo de batalla. ¿Cuántas cargas con ella se dieron?.....

Respectando la ilustrada opinión de los militares entendidos, darémos la nuestra. Consideramos acertado el armamento con bayoneta que usan hoy el ejército y los cuerpos de voluntarios para la defensa de plazas y destacamentos; pero para columnas y fuerzas de persecución, armaríamos á nues-

tro soldado con carabina corta y machete. El machete es la mejor arma de batalla en Cuba. Sirve para defenderse en la manigua, sirve para cortar ramas en una vereda, sirve para chapear el terreno y es de utilidad práctica indisputable para todo guerrero á pié ó á caballo en el ataque en los bosques ó pequeños claros. Esta es nuestra opinión fundada en la práctica de muchos años de campaña.

Separación de mandos.—El día 7 de Agosto de 1882 publicamos un largo artículo en *La Nación* defendiendo la conveniencia de la división ó mejor, circunscripción de los mandos civil y militar.

Hoy creemos lo mismo que entónces: el círculo en que se mueven las autoridades civiles, no debe confundirse con el en que se agitan las autoridades militares. Es preciso reducir á ciertos límites la esfera de acción respectiva.

Como viejo militar, deseo que desde general á alférez no manden más que soldados, sea cual fuere la aptitud del general ó subalterno. Decíamos entonces: "Cuando se ha discutido la separación de mandos, ni en pró ni en contra se adujeron, en nuestro concepto, verdaderas razones. Los que en odio al *militarismo* han fundado sus asertos en la ignorancia de los militares, sacando á relucir el humo de la pólvora, la punta de la espada ó los *mutilados cuerpos*, han caido en la vulgaridad del charlatanismo. Los militares han asumido á su natural mando el civil, cuando se ha abierto el templo de *Jano;* y si el Gobierno monárquico ó republicano, les entregaba la defensa y el honor de la Pátria, es palmaria prueba de la suficiencia de los militares." Después añadíamos. "La separación de mandos, consecuencia de este plan sería bien recibida por todos los habitantes; y los militares desembarazados de los mandos civiles, sobre todo en territorios despoblados y más apropósito para un levantamiento revolucionario, no se ocuparán más que de su carrera. Los paisanos elogiarán el comportamiento de los militares, al considerar que son los mejores guardianes del honor patrio, y la milicia, renunciando el pretorianismo, acrecentará su brillo y reputación guerrera, recibiendo en premio el aprecio de sus compatriotas."

La Correspondencia de Cuba, cuyo director era el elegante escritor F. Hermida Herrera, decía el 8 de Enero de 1883

lo que se copia: "Le diremos, sí á *El Triunfo*, como opina el general López Dominguez, respecto á las cosas de Cuba." "Cree ya llegada la hora de que Sagasta plantee de una manera resuelta la importante reforma política ultramarina, de la separación de mandos. Una asimilación verdad (hoy la asimilación está desacreditada) debe ser el límite de todas las reformas cubanas, y esto es tan necesario como imprescindible se va haciendo ya, que, el mando político y militar de Cuba no esté en manos de una sóla persona que á veces suele carecer de toda dote de gobernante." Así opina uno de los más ilustrados generales españoles, y así opinan gran número de militares entendidos.

Nuestra opinión de antiguo sustentada y ya robustecida por ilustres generales y jefes competentes, y defendida con elocuencia por distinguidos oradores y periodistas notables, nos han dado el convencimiento profundo que si se ha de cumplimentar la Constitución de 1876, y el ejército ha de estar bien organizado, es de necesidad imperiosa la división de mandos. Es ilusorio, que el capitán general sea Gobernador general y general en jefe al mismo tiempo en estado de guerra. Con los casos prácticos ocurridos, que resuelven la cuestión, se convencerá el lector. Siendo gobernador general el Sr. Lersundi mandaba el ejército en operaciones el Conde de Valmaseda; durante la interinidad del general Ceballos se confió el mando de las tropas en campaña al general Riquelme; los generales Concha y Pieltain no tuvieron ocasión de salir á campaña, y antes del *Pacto del Zanjon*, el general en jefe Martinez Campos no estaba subordinado al gobernador Sr. Jovellar; por más que así lo creía, según lo dijo en el Congreso el Sr. Cánovas. Cuando los gobernadores generales salieron á campaña, como los señores Caballero de Rodas, Conde de Valmaseda y Jovellar, el general segundo Cabo desempeñaba el cargo de gobernador general, tropezando con las mil dificultades de todo gran mando interino, en términos que una vez, el Sr. Conde de Valmaseda, tuvo que *suspender las operaciones de guerra* para regresar precipitadamente á la Habana, al ser llamado telegráficamente por el general Crespo, por una injusta, torpe y desgraciada emergencia.

Con estos ejemplos consideramos conveniente la circunscripción de mandos, y, con mucha mayor razón en tiempo

de guerra, por quedar desembarazado el general en jefe de las múltiples atenciones que absorben demasiado su atención.

Cuba no es como la pintan.—Cuba es una colonia fiel á la Metrópoli; el país cubano abandonó á los revolucionarios. Entre éstos sobresalieron brillantes personalidades que demostraron inteligencia, valor y constancia.

La guerra terminó y vá siendo artículo de fé que los 12 años de lucha, debiéronse en primer término á la tiranía y estulticia de los gobiernos pasados.

Con buena fé deben elogiarse las proezas de ambos contendientes; pero sin abusar de la hiperbole. Las heroicidades de algunos rebeldes, la abnegación de la mayor parte y las conspicuas cualidades de Ignacio Agramonte, Bembeta, Inglesito y García Iñiguez, aquilatan el mérito de nuestros soldados, realzando las figuras de Marcelino Obregón, Miguel Perez, Vilches, Diéguez, Gonzalo, Cabézas, Yoller, Sandoval, y miles de cubanos y peninsulares que sacrificaron sus vidas por la patria. ¡Honor á quien honor se debe!

Cayo Hueso.—Pertenece á los Estados Unidos. Sus calles anchas y rectas; las casas de madera bien construidas con profusión de árboles y plantas. La industria tabacalera dá trabajo á gran número de hombres, y entre ellos algunos miles de cubanos. La población contendrá más de 30,000 almas, y su policía está tan bien organizada, que los vecinos pueden dormir con las puertas abiertas; en 1888 había dos periódicos escritos en castellano, con muy pocos suscritores. Cuando España establezcà otro sistema de gobierno en Cuba, más liberal y expansivo, los cubanos que trabajan de tabaqueros en Cayo Hueso, regresarán á su país á trabajar y vivir otra clase de vida más en armonía con sus costumbres. No puedo creer que sea grato vivir en un pueblo rodeado de agua, con las puertas cerradas de todos los establecimientos los domingos, con las calles silenciosas, desde el oscurecer y las familias tertuliando en sus respectivas moradas. La vida de Cayo Hueso no es la más adecuada para los españoles de Cuba y la Península; y si el Gobierno de los Estados Unidos fué sagaz en fomentar un pueblo en un Cayo, contando con los tabaqueros cubanos descontentos, los cubanos, cuando

lo crean oportuno, regresarán á su país donde encontrarán lo que no puede darles, sino transitoriamente, el monótono islote de Cayo Hueso, que sólo existe por el atraso y pésimo sistema imperante en Cuba.

Centro de una zona militar.—Se elegía el punto más estratégico; á la orilla de un rio, junto á un arroyo ó al lado de un pozo inagotable. Se chapeaba el terreno y se construía un fuerte para 30 ó 40 hombres. El fuerte de madera, con dos tambores en los ángulos opuestos. En el centro uno ó dos *bohíos* con techo de guano. A dos metros del fuerte, una estacada, foso ó caballo de frisa (1) completaba la defensa. A los 12 metros se construian *bohíos* para jefes y oficiales y dos ó tres barracones para las compañías.

A los lados del fuerte vivían también en *bohíos* que formaban calles los *presentados*, y completaba el problema una gran tienda de ropa y comestibles que, para mayor seguridad, se rodeaba de una empalizada ó de una cerca de *maya*.

La trocha militar del *Júcaro* á *Morón*, tiene 17 leguas de longitud, y en 1872 contaba 33 fuertes; 6 de Túnas á Ciego de Avila, desde este pueblo al de Morón 23, y de Morón á la costa N. 4; todos ellos protegidos en la extensión de la línea por una estacada, más un foso en algunos kilómetros á partir del Júcaro. La estacada no tenía solidez; los fuertes, con alguna excepción, fueron pésimamente construidos con techos *de paja*, y el conjunto de la trocha, no obedecía á un cálculo científico. La trocha no hubiera detenido la marcha de un enemigo bien organizado con artillería; hubiera opuesto una débil resistencia á dos batallones de cazadores y no detuvo el paso de Máximo Gómez con algunos centenares de hombres. Los partidarios de la trocha, dicen que cuando el enemigo la cruzó, fué debido al error de haberse distraido fuerzas para otros puntos. Será eso cierto; pero hay que tener presente que en una línea extensa de guarnición permanente, puede haber descuidos, bien por la monotonía del servicio, ó por la equivocación de una orden, ó por causas imprevistas en los frecuentes relevos de

(1) Los fosos, por lo húmedos eran mal sanos. En Guáimaro y otros puntos de terrenos secos, sevían.

jefes. El menor descuido, no imposible, como la práctica demuestra en todas las guerras; es precisamente el momento oportuno que la vigilancia y sagacidad del contrario aprovecha. El momento oportuno lo aprovechó el general enemigo.

La trocha de *San Miguel* á *La Zanja*, 94 kil., era obra de romanos. Desde el primer pueblo con dirección á Guáimaro se construyeron algunos fuertes, varias alcantarillas y un magnífico puente. En el mes de Abril de 1875 fueron quemados los fuertes de orden del brigadier Ampudia que obedecía al Conde de Valmaseda. Trabajo perdido que costó muchos miles de pesos y causó la muerte á gran número de defensores de la Patria.

Destacamentos.—Muchos de los fuertes que se construyeron en el departamento Central, constituían un embarazo para los jefes de zona. Los de *Hato Potrero*, *San Juan*, *Chorrillo*, *La Sacra*, *Lázaro*, y seguramente treinta más en el campo de operaciones en otras jurisdicciones, no protegían poblado ni zona de cultivo, y sólo servían para mermar las fuerzas del ejército que hubieran sido más útiles en columnas.

Un capitán de voluntarios.—El día que se embarcaron en la Habana los deportados para Fernando Póo, estaba de guardia el entusiásta y humanitario capitán de voluntarios D. José de Rojas. Los deportados encontraron muy natural la exquisita vigilancia del mencionado oficial; pero agradecidos á su buen comportamiento escribieron (1) lo siguiente: "*Los deportados de Fernando Pó, recordarán eternamente los humanitarios sentimientos del distinguido capitán D. José de Rojas.*" Así, así se sirve á la patria y á la humanidad.

El defensor de los estudiantes del 71.—Reservado estaba por el destino, que quiere la unión de los habitantes de esta Isla, el que un militar español, levantase su voz en defensa de los niños fusilados en la Habana. Concluía así la valiente defensa:

---

(1) Con carbón, en una pared del calabozo.

"SEÑORES: ANTE TODO, SOMOS HONRADOS MILITARES, SOMOS CABALLEROS, EL HONOR ES NUESTRO LEMA, NUESTRO ORGULLO, NUESTRA DIVISA; Y CON ESPAÑA SIEMPRE HONRA, SIEMPRE NOBLEZA, SIEMPRE HIDALGUÍA; PERO JAMÁS PASIONES, BAJEZAS, NI MIEDO. EL MILITAR PUNDONOROSO MUERE EN SU PUESTO; PUES BIEN, QUE NOS ASESINEN; MÁS LOS HOMBRES DE ORDEN, DE SOCIEDAD, LAS NACIONES NOS DEDICARÁN UNA INMORTAL MEMORIA.—He dicho.—Cárcel de la Habana 26 de Noviembre de 1871.—El capitán graduado.—*Federico R. y Capdevila.*

El general D. Tomás de Reyna.—General de artillería y educado científicamente en la escuela de Marte, es un escritor brillante y un tipo perfecto de caballeresca fidelidad á su patria. Un mando interino le colocó á la altura de capitán General de esta Isla; y su conducta correcta y su proceder justo, en cuanto mandó, fué la causa de la grosera crítica que se le hizo. El general Reyna fué imparcial; se propuso ser español, no quiso ser juguete de nadie; no hizo política de partido; inspiróse en su dignidad y honor, y dió á conocer sus relevantes dotes de mando. Gobernantes como el general Reyna, son los que hacen falta en Cuba española: pero generales como Reyna, Serrano, Dulce, Letona, Moltó y otros que son convenientes, mientras no se derroque el actual régimen, son constantemente criticados hasta después de muertos como sucede con los ilustres Dulce, Serrano y Letona.

Lo que es, no puede dejar de ser.—Cuando D. Cárlos Manuel de Céspedes dió el grito de rebelión, gran número de campesinos quedaron asombrados, y muchos, como los vecinos de *Barrancas* huyeron á esconderse en los montes. En todas las poblaciones fueron numerosos los hijos de Cuba que se unieron á los leales; y en Puerto Príncipe, "se acercaron al gobernador D. Julián Mena, muchos camagüeyanos notables para ofrecer su apoyo. Natural parecia que aprovechase el gobierno tan propicia ocasión para animar el espíritu público en favor de España; pero inspirándose, por el contrario, en una inexplicable política, recibió friamente á los comisionados....."

La política de desconfianza fué perjudicial: "Si el sucesor de Lersundi hubiese ido á Cuba á raiz de la revolución

de Setiembre, quizás habría sofocado el grito levantado por Céspedes y los suyos." Nosotros así lo creemos.

José Antonio Cortina.

—Usted es mal español
—¿Por qué?
—Porque elogia V. á Cortina.
—Y V. es un imbécil.

Jóven de claro talento, escritor apreciable, poeta distinguido, orador fogoso, en cierto modo insustituible, y liberal autonomista, abandonó este mundo con gran sentimiento de sus paisanos. La Habana entera vió conducir su cadáver al cementerio de Colón, y su entierro ha sido el mejor que se ha presenciado en esta Antilla. No se vió en él nada con carácter de relumbrón oficial: sólo se aplaudió la gravedad de centenares de acompañantes vestidos de negro y descubiertos, y miles de señoras y señoritas arrojando flores sobre el féretro, desde los balcones, que hacia religioso contraste con la música armoniosa y apagada de los violines. Era tal lo imponente del majestuoso entierro, que el Casino Español de la Habana, con aplauso de todo el mundo, se asoció al dolor general, retirando de sus balcones las cortinas coloradas que los adornaban aquel día. La prensa sin distinción de matices deploró la suerte de tan distinguidísimo ciudadano, y hasta *La Voz de Cuba*, en escrito de su director, Sr. Corzo, la calificó de *pérdida nacional*. ¡Paz á sus restos!

Más recuerdos.—En 1874, encontrándonos de visita en casa de un elevado personaje, se hablaba de la guerra y de su duración. Un señor, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, y con bigote estéril, dijo muy orondo: "*La guerra es conveniente, pues ella nos librará de las reformas. Al enemigo le tenemos en la mano; pero es menester abrir un dedo para no tenerlo todo encerrado.*" En 1880 nos encontrábamos en Barcelona: en un primer piso de una casa ricamente alhajada, nos saludó el señor del bigote estéril. Hablóse de la guerra de Cuba, ¿qué creerá el lector que dijo? "*La guerra era una conveniencia. De acabarse la guerra de Cuba, era un prestigio colosal para el gobierno revolucionario y, no lo dude V., nosotros estábamos perdidos.*" Cogí el sombrero y me marché

renegando de los falsos patriotas y de los caballeros de bigotes estériles. ¿Quién será él?

¡A discurrir curiosos! ¿Quién deseaba la paz? Los liberales. ¿Quién deseaba la guerra?..... ...

El veterano D. José Baltrés, tambor mayor con grado de teniente, y siete galones de distinción, y que había servido en el antiguo regimiento infantería del *Rey*, fué un héroe en el Sitio de Holguín, con su fusil de chispa. Despreciaba las armas modernas, y decía que su luciente fusil de chispa, con zapatilla de baqueta, era la mejor arma inventada. Reíase de los muchachos y añadía que los valientes deben peinar canas. Era un hombre singular, subordinado, intrépido, generoso y fanático por su mejor camarada *¡el fusil de chispa!* ¡Viva Beltrés!

El batallón de hombres de color que organizó en la Habana el *coronel Yoller*, se portó admirablemente en campaña por su fidelidad, disciplina y valor.

Algunos artículos de unas ordenanzas militares.

"1º Todo soldado hará la siguiente promesa: "Yo N. N. prometo ser fiel á la República de Cuba y servirla honrada y lealmente contra todos sus enemigos ú opresores, quienes quiera que sean; así como observar y obedecer la Constitución y las Leyes, las órdenes del Presidente de la República y de los oficiales superiores, conforme á las ordenanzas que rigen y gobiernan el ejército de la República.

"5º Todo oficial ó soldado que inicie, excite, motivo ó tome parte en cualquier motín ó sedición en algún cuerpo ó compañía de la República, ó en cualquier destacamento, puesto ó guardia, sufrirá la *pena de muerte*, ú otro castigo que le sea impuesto por Tribunal Militar.

"17. La ración ordinaria de un militar sano, consistirá en una libra de carne fresca ó 12 onzas de salada; libra y media de sustancias vegetales frescas ó 18 onzas secas, media onza de sal, cuando la carne es fresca y media de jabón.

"19. Cada compañía recibirá diariamente dos velas, é igual número se consignará á las demás piezas destinadas á cualquier servicio.

"20. Los enfermos y heridos serán racionados con huevos, aves, azúcar, leche, manteca de cerdo, etc. conforme al pedido del médico de sanidad correspondiente."

Mañana el historiador podrá escribir: cada compañía recibía dos velas y cada insurrecto media onza de jabón.

El comandante D. Marcelino G. Obregón.—Fué nombrado comandante militar de Holguín, después de su famoso Sitio. Este ilustradísimo jefe debía su nombramiento á influencias de la localidad apoyadas en la Habana por el que luego fué Conde de la Mortera. La conducta de Obregón, mientras no se persuadió de que era el juguete de malas pasiones, no fué correcta: gobernó con el sable. Mi antecesor, decía, era muy blando, se dejaba adormecer por los laborantes; seámos el reverso de la medalla, seámos *enérgicos*.

Apenas tomó el mando, decretó muchas prisiones y sin formación de causa condenó á muerte á dos desgraciados los cuales fueron puestos en capilla para ser fusilados.

El teniente gobernador saliente y defensor que había sido de la plaza, se presentó á la Autoridad y le dijo:—Señor Obregón: Usted ha condenado á muerte á dos inocentes; á V. lo engañan y vá V. á realizar un crímen.

—Soy el que mando y no admito consejos.

—Está bien, y me retiro, contestó la poco atendida autoridad saliente.

Sería la una de la noche, y mientras los reos de muerte recibían los auxilios espirituales del párroco de San Isidoro, P. Peypóch, el Sr. Obregón tocaba á la puerta de su compañero. Vengo á dar á V. un abrazo,—dijo—compañero, ya veo claro; tome V. la orden y sea V. en persona el que ponga en libertad á esos inocentes.

Esta fué la solución, gracias á un militar ilustrado y de buen corazón que tenía demasiada capacidad para ser largo tiempo juguete de mal sanas imposiciones, invocando el nombre de la Madre Patria, muletilla farisáica de muchos hombres que fingen pasar por más españoles que D. Pelayo. ¡Hipócritas!

¡Pobre amigo Obregón! Después supe que murió en el *Humilladero* de unos tiros que mandó dispararle un venezolano, llamado Urquiola, que se encontraba emboscado en la manigua. Urquiola murió al año siguiente (1873), en *Santa Rita*, herido de dos balazos. La ley del Talión.

Los guajiros otra vez.—Nadie más curioso que el es-

tudio detenido de la aptitud de los guajiros para hacer la guerra. Ligereza de cuerpo para correr á pié ó montar á caballo. Vista, oido, olfato superiores. Saben si hay enemigo próximo, adivinan si una hojita en el suelo ha sido desprendida por el viento ó por la mano del hombre. Huelen el bacalao que llevan los soldados desde una legua de distancia y si es café tostado, su sutil sentido lo descubre desde dos leguas.

Al pasar muy de mañana una vereda de monte, si le encuentran interceptado por finísimos hilos de araña saben si ha pasado un hombre ó un caballo y hasta si éste es tuerto y de qué ojo.

Con las dos manos ahuecadas y la boca remedan tan bien el bramido de un toro que muchas veces muchos de éstos salían al llano donde los cazaban con un lazo ó á tiros.

Se encaraman en los árboles con la ligereza del mono; colocan perfectamente un lazo para cazar un ternero ó un venado; y se alimentan muchas veces con frutos silvestres.

En cambio son más *enamorados* que Cupido, y si fuera posible que en los campos no hubiera una sóla mujer no quedaría un guajiro ni para simiente. Lo digo en broma ¡oh lector! porque no me atrevo á escribirlo en sério.

Los insurrectos.—Es común en todos los pueblos llamar cobardes á los enemigos. La ordenanza, con mayor acierto, dice en el artículo 23 de las *Ordenes generales para oficiales*, lo siguiente:

"EL OFICIAL INFLUIRÁ EN SUS INFERIORES, DE CUALQUIER CLASE QUE SEAN, EL CONCEPTO DE QUE EL ENEMIGO NO ES DE VENTAJOSA CALIDAD, CASTIGANDO TODA CONVERSACIÓN DIRIGIDA Á ELOGIAR SU DISCIPLINA, INTELIGENCIA DE SUS JEFES, ARMAMENTO, MUNICIONES, CABALLOS, PROVISIONES Y TRATO."

Cumpliendo, pues, con lo que manda la ordenanza, no hay para qué llamar cobarde al enemigo: primero, porque carece de verdad; segundo, porque, si fuera cierto sería un desacrédito para el ejército, y una mengua si parte de él fuera batido por enemigo cobarde.

Supongamos que se arengara á las tropas de este modo: "Soldados: los enemigos son pocos y cobardes, vamos á vencerlos." Supongamos que se les dijera: "Soldados: nuestro enemigo nos espera y es valiente; pero vosotros lo sois también y lo vencereis, adelante."

¿Qué arenga es la más noble, la más enérgica, la más guerrera? La segunda indudablemente. Concretándonos á los insurrectos de Cuba, hoy que no vivimos la vida de cuartel, podemos dar nuestra opinión. Los insurrectos eran españoles, y como tales no carecieron de valor, de perseverancia y de abnegación; y todas estas virtudes juntas fueron necesarias para aquilatar el heroismo de nuestros soldados, que siendo muy superiores en número, en su totalidad, cada rato, en los claros de enmarañadas maniguas, tuvieron 100 soldados que batirse contra 200 insurrectos, mejor armados y en los pequeños claros de limitados horizontes de verde follage. El elogio justo de nuestros soldados, hace la apología de los que fueron sus contrarios. No hay soldados valientes contra enemigos cobardes.

Juego.—En todas las campañas se juega. El artículo 17 de las *Ordenes generales para el servicio de campaña*, dice: "El general del ejército no permitirá que en él se *juegue con exceso* que ocasione á los individuos de él daños y desazones perjudiciales." Quién vigilará que no se juegue con exceso? Nadie. Este artículo sobra en la Ordenanza, como sobran otros muchos y ya es hora de borrarlos para siempre.

Los cubanos no quieren la independencia.—La historia que es gran arsenal de recuerdos así lo patentiza y para probarlo basta con que nos fijemos en tres épocas: la de los soles de Bolivar, la de Narciso López y la de Yara. En la primera los cubanos rechazaron la revolución: en la segunda no secundaron al general; en la tercera todos sabemos la importancia que adquirieron los generales extranjeros.

Los generales cubanos es cierto que representaron dignamente á los pocos paisanos que tomaron parte en la insurrección; pero dieron tono á la misma los extranjeros Máximo Gómez, Marcano, Diaz, Inclán, Jordán, Roloff y otros que suplieron la falta de cubanos de talla para ponerse al frente de las operaciones. Esta es una prueba. Al mismo Cárlos Manuel le sorprendió el movimiento revolucionario como así lo dió á entender á *Perucho* Figueredo, cuando éste le propuso el levantamiento separatista por cuyo motivo se dió el grito de Yara sin concierto, ni orden; y así lo demostraron los vecinos de *Barrancas* al huir á los bosques y

los de *Jiguaní*, *Baire* y otros puntos que no hubieran, con seguridad, resistido á la más pequeña columna. Si las que salieron de Cuba y Manzanillo no hubieran detenido su marcha, se hubiera salvado Bayamo del incendio y hubieran tenido la misma suerte que Boniche que, con sólo tres compañías de *San Quintín*, con 10 bajas, llegó á las Túnas sin que los insurrectos, en desorganizada algarada, pudieran batir á número tan reducido de soldados.

Después organizaron mejor sus fuerzas; y como los hombres blancos no aumentaban, probaron con algunos centenares de voluntarios extranjeros, que dieron pésimos resultados; razón por la cual, tomaron importancia los hombres de color, que más que á Cuba libre, querían la libertad de los de su raza, (1). De seguir la guerra, se hubieran impuesto á los blancos, como ya se impusieron en la parte Oriental de la Isla. No, Cuba es española y los cubanos no quieren la independencia: quieren la autonomía bajo la indiscutida é indiscutible soberanía de España.

Los políticos liberales de la Península no saben desprenderse de todo recelo en los asuntos que atañen á las Antillas. Si uno sólo de los de alta talla, tomase la defensa de las libertades de Cuba, con todo el entusiasmo de su patriotismo, el éxito que alcanzaría le dejaría asombrado. Cuba es un campo nuevo para las inteligencias privilegiadas: en la Península todo se ha dicho. En Cuba todo hay que decirlo por oradores peninsulares. ¡Quien fuera grande hombre!

Estadística.—El Sr. brigadier Ochando dijo en el Congreso, en 11 de Diciembre de 1886, refiriéndose al excedente de jefes y oficiales, que; "EN CUBA AL ACABARSE LA GUERRA PASABAN DE 200,000 LOS HOMBRES ARMADOS; Y COMO HAY QUE AUMENTAR 70,000 VOLUNTARIOS QUE NO ESTABAN MANDADOS POR JEFES Y OFICIALES DEL EJÉRCITO, RESULTAN EN TOTAL 270,000 HOMBRES QUE DEFENDIAN LA INTEGRIDAD DE LA PATRIA."

Descompongamos la cifra total:

---

(1) «En su mayoría eran hombres de color.»—*Máximo Gómez.*

Soldados del ejército, según lo dijo en el Congreso el Ministro Sr. Elduayen...	103,759	(cifra exacta)
Voluntarios, milicianos y bomberos nacidos en la Península, en las Baleares y en Canarias.....	50,000	(calculada.)
Total.....	163,759	
Voluntarios, milicianos, bomberos, guerrilleros (1) prácticos, gíbaros, escuadras de Guantánamo, nacidos en Cuba.	116,341	(calculada.)
Total.....	270,000	

Se sabe positivamente que el número de soldados fué de 103,759, según declaración solemne de un Ministro de la Corona. De modo que empuñaron una carabina en defensa de la integridad 166,241 hombres que faltan para completar los 270,000 que había, según el Sr. Ochando, al *acabarse* la guerra. De éstos ¿cuántos eran cubanos y cuántos peninsulares é isleños?

Para nosotros 50,000 peninsulares y más de 100,000 cubanos defendieron la bandera española.

Otra estadística.

Habitantes de la Isla blancos y de color.....	1.500,000
Descontádas las mujeres, quedan (hombres)....	740,000
Idem peninsulares y canarios (160,000) quedan..	580,000
Idem extranjeros (10,000) quedan.....	570,000
Idem chinos (30,000) quedan.....	540,000
Idem insurrectos (7,000) armados y 8,000 sin armas) quedan.....	525,000

De los 525,000 hombres nacidos en Cuba, hay que descontar los que pasan de 60 años y los niños menores de 14 y de los que quedan 116,241 empuñaron una carabina para defender la bandera española. Así se prueba como la colonia ha sido fiel á la Metrópoli. Si los pocos cubanos que todavía son insurrectos, hablan en nombre de Cuba, hacen mal: conténtense con el heroismo que demostraron precisamente con ser tan pocos; pero no invoquen el nombre de los cubanos que en su mayoría fueron contrarios á los insurrec-

(1) No se cuentan los cubanos que fueron militares; ya oficiales, clases ó soldados.

tos como se convenció Cárlos Manuel de Céspedes y el general Máximo Gómez.

Otra.—Durante los 25 años últimos del siglo actual han muerto en las guerras los siguientes hombres:

En la de los Estados Unidos	800,000
En la de Crimea	750,000
En la Turco-Rusa	250,000
En la Franco-alemana	225,000
En la de CUBA	200,000
En la de Méjico	65,000
En la de Italia en 1859	45,000
En la Austro-rusa	45,000
En Bulgaria y Servia	25,000
En la de Afghanistan	25,000
En las de Africa	25,000
En la de Dinamarca	3,000

El colegio de alumnos militares.—La supresión de este colegio la creemos inconveniente en Cuba, por altas razones de política. Los cubanos ya no ingresarán en la carrera de las armas; menester es vocación incontrastable para atravesar el Atlántico con objeto de seguir una carrera. Más de ochocientos oficiales proceden del colegio de la Habana y todos, sin exceptuar uno, han sido denodados, fieles y buenos militares.

—Usted, coronel, no conoce los adelantos modernos, la unidad de procedencia.....

—Ni quiero conocerlos: creo que debe haber oficiales y jefes y generales cubanos en el ejército español.

Desconfianzas infundadas.—Cuando el enemigo se apoderaba de un convoy solía echarse la culpa á los hombres y mujeres del país que vivían en el pueblo de donde había salido. Algunos decían: "vivimos entre traidores." Esto era completamente calumnioso: los guajiros eran fieles. Lo que ocurría tiene fácil explicación. Se organizaba un convoy de carretas, á gritos, en las calles, desde las diez de la noche á las cuatro de la madrugada; se emprendía la marcha por caminos conocidos á gritos de los carreteros, y los insurrectos disponían de sobrado tiempo para reunirse y atacarnos.

Pero nuestras desconfianzas seguían y ellas dieron centenares, miles de hombres á la insurrección.

La familia de Arango.—Si los Albear, los Acosta, los Altabás, los Godoy, los Santalís, los Valenzuela, los O'Daly, los García Delgado, los Nieto y otros hijos de las Antillas se han distinguido por sus servicios militares, los Arango han dejado un recuerdo honroso en la historia de su patria, como los Pinillos y los Peñalver.

D. Rafael Arango, del cuerpo de Artillería tuvo la suerte de compartir con *Daoiz* y *Velarde* las glorias alcanzadas en el Dos de Mayo. D. Andrés Arango, coronel de ingenieros, retirado, se ganó la cruz de San Fernando en la guerra de la Independencia. *D. Francisco Arango* mereció á su fallecimiento un recomendable elogio por su mérito literario, de la "Sociedad Patriótica" de la Habana. *D. Anastasio de Arango y Meireles*, fué también oficial del ejército. *D. Ricardo Arango*, abogado y capitán de milicias. *D. Federico Arango*, capitán de milicias y Auditor honorario de Marina. *D. Anastasio Arango y Sanchez*, agregado á la embajada de Berlin. *D. Joaquín de Arango*, teniente del cuerpo de ingenieros; y *D. Anastasio de Arango y Nuñez del Castillo*, procedente del arma de ingenieros, mariscal de campo.

Este distinguido general, hijo de la Habana, es autor de varios planos para la defensa "interna y externa" de la isla de Cuba. A él se debe la división de esta Isla en tres comandancias generales, que el ilustrado general Vives aceptó con la sóla variación de usar la voz *departamento* en vez de la de *comandancias generales*. A él se debe la construcción de algunos cuarteles y buen número de obras de defensa; y el nombre del buen patriota general Arango queda grabado con recuerdos indelebles en Santiago de Cuba, en Manzanillo, en Holguín, en Puerto Príncipe, en Matanzas, en Banes, en Mariel, en Cabañas, en Bahía Honda, en Santa Maria del Rosario, en Guanajay y en San Antonio de los Baños.

Tan ilustre habanero murió á los 66 años de brillantísimos servicios y pudo decir con orgullo: "He pagado á mi patria la deuda que con ella tenía contraida."

Casino Montaráz.—En 1873, una columna se apoderó de un campamento enemigo en el Camagüey. El campamen-

to, de 12 bohíos y algunos sombrajos, tendría unos 500 metros de longitud y 20 de ancho; contenía algunos camastros de varas amarradas, y en las dos veredas que á él conducían una torre de madera para un centinela. En la parte central y cuatro metros dentro del bosque un bohío con techo de yaguas. En su interior había una mesa oblonga y siete taburetes de cuero, y sobre la mesa una botella vacía de cerveza csn una vela de sebo, mitad consumida, un libro de geografía, una Biblia, *un Paraiso Perdido*, *Memorias de un Médico*, una táctica de caballería y los periódicos "Voz de Cuba," "Correo Militar," "El Cubano Libre" y "La Epoca." También había un plano de la ciudad de la Habana, y sus cuatro márgenes emborronados de tinta y lápiz, con diferentes caractéres de letra. Leíase entre otras cosas lo siguiente: "*Viva Cuba libre, Castelar, Cánovas y Martos, buenos oradores. El Conde Bonilla tiene mucha panza. ¿Cuándo daremos un baile en el palacio del déspota de la isla de Cuba? Por no gustarme los Papas, no cómo papas. ¡Viva la sal de la Perla! ¡Fuego á los Patones! Pepilla es más linda que María Santísima. Mueran los explotadores. La* moltandad *es horrorosa: pobre soldado*, moril *tan joven comiendo arroz con* pescao." Y así se leían gran número de groserías que por decencia harémos caso omiso. He ahí lo que hemos calificado de *Casino montaráz.*

Recompensas militares.—Entre nosotros suele recompensarse menos á los que trabajan más. Cuando el enemigo estaba más envalentonado y nuestros soldados hacían esfuerzos de titanes, hallándose en todas partes, cual si tuviesen el don de ubicuidad; cuando se batían diez contra ciento, descalzos, desnudos, enfermos, las recompensas escaseaban.

Cuando el ánimo del enemigo decayó, cuando los combates eran raros, cuando no se carecía de nada, menudearon los títulos de Castilla, las grandes cruces y los empleos. Esto es doloroso decirlo; pero es verdad y la verdad no la ocultan los hombres de bien. Afortunadamente en el templo de la gloria lucirá mejor la cruz roja ganada con sangre, que la obtenida sin ella.

Un poco más sobre recompensas.—Conocemos un teniente coronel que estuvo en campaña más de año y medio. Hizo marchas penosas, sufrió privaciones, se batió mucho; es arrojado, culto y prudente y no obtuvo ni mención honorífica. Dícese que le faltó *el árbol.* ¡Que vergüenza!

Anecdota.—Un oficial arenga á sus soldados del modo siguiente:

—Soldados de Africa y Santo Domingo, ya me conoceis...

Un compañero que había hecho ambas guerras le preguntó.—¿Cómo decís que estuvisteis en Santo Domingo y en Africa, si no es verdad?—Perdonadme; pero no he dicho tal cosa; dije á mis soldados que estuvieron en aquellos países, que ya me conocían..... como oficial de su compañía.

Otra.—Los insurrectos tuvieron una fuerza llamada de artillería; pero los cañones estaban enterrados. Dos guerrilleros supieron donde estaba un cañon enterrado y les fué fácil encontrarlo. En camino ya con el hallazgo los llamados artilleros enemigos le picaron la retaguardia y los guerrilleros pudieron decir en su parte: "*que habían sufrido el fuego de la artillería enemiga habiéndose apoderado de un cañon.*"

Cañones.—Los insurrectos tuvieron algunos cañones al principio de la guerra; pero los enterraron porque los hubieran perdido y eran embarazosos en sus operaciones entre follage.

Prenda apreciable.—Los defensores de *La Periquera* regalaron á su comandante militar la bandera que ondeó siempre en la azotea de la casa del Sr. Montes de Oca. Cuando parte de ésta se hundió, arrastrando tres defensores, hijos de Holguín, quedó ondeando sobre un muro. En el centro de la bandera se lee: *Voluntarios de Holguín ¡ Viva España!*

Jeringas bélicas.—Cuando el Sitio de *La Periquera* los animosos defensores Mulé, Pascual y Julvez construyeron unas jeringas de hoja de lata, como de una longitud de cinco palmos para apagar el fuego en puertas y techos. Los in-

geniosos instrumentos fueron bautizados con el nombre de *jeringas bélicas.*

—En el propio Sitio el denodado paisano Juan Castaynes, hijo de Cienfuegos, confeccionó "*el pan incendiario.*" Hacíalo con harina y aguarraz, dábale la forma de una gran pelota, lo encendía y lo arrojaba contra una puerta de las casas que ocupaban los sitiadores donde quedaba pegada sin apagarse. Así se contestó á los brulotes que lanzaba el enemigo.

Los generales en jefe que hemos conocido desde el grito de Yara, al 10 de Diciembre de 1880.

***

El general D. Francisco Lersundi, isabelino decidido, no quiso permanecer en el mando bajo las órdenes del Gobierno de la Revolución. Tomó algunas medidas contra la insurrección, á la que no dió importancia, arengó á los voluntarios, no fusiló á los presos de la Cabaña, dimitió, reiteró la dimisión y fué relevado.

***

El general D. Domingo Dulce tuvo por lema: "Olvido de lo pasado y esperanza en el porvenir" Fué un gran español y murió olvidado en Francia. La posteridad le hará cumplida justicia.

***

El general D. Antonio Caballero de Ródas, tenía muy buenos deseos, cuyos resultados frustró la intransigencia de ambas partes contendientes avivada desde el alevoso asesinato ocurrido en la época del general Dulce, del Sr. Arango, en las líneas españolas. Fué humanitario é imprimió gran impulso á las operaciones.

***

El general D. Blás Villáte, Conde de Valmaseda, lanzó á los campos fuertes columnas favorecidas por 30,000 guerrilleros blancos y negros y muchos presidiarios: verdadero huracán cuyos estragos se sintieron en Bayamo, el Cobre, Santiago de Cuba y Guantánamo: la guerra continuó.

***

El general D. Francisco de Ceballos, era un veterano; fué interino, hizo lo que pudo secundado por el general Riquelme; pero la guerra siguió su curso sangriento.

El general D. Cándido Pieltain mandó siete meses y fué muy criticado. ¡Este es su mejor elogio! En su tiempo murió el cabecilla Agramonte, murieron los cabecillas Magín Diaz y Maximiliano Ramos; fueron de su mando, la acción de Esponda en *Chaparra;* la herida en la ingle del Inglesito en Santa Cruz; la retirada del mismo punto de Máximo Gómez donde doce soldados de mi batallón el Rayo le hicieron 17 muertos y 50 heridos, según confesión de Ramón Róa; la importante captura del *Virginius* que se efectuó antes de desembarcar el general Pieltain en la Península pueden llenar de legítimo orgullo al buen militar.

En su tiempo hubo derrotas, es cierto, lo que prueba que se peleaba de veras. El digno, el valiente español fué criticado por "*no haber hecho nada para la paz de Cuba.*" Tuvo de jefe de E. M. al entendido Sr. Montero Gabuti.

***

El general D. Joaquín Jovellar, obedeciendo al Gobierno de la República, obró con patriotismo y tacto al conjurar la tormenta que se condensaba por la exaltación de algunos hombres en la ciudad de la Habana, cuando se supo la entrega al Gobierno de los Estados Unidos del vapor *Virginius.* Los insurrectos sintieron la captura de dicho buque con todos sus expedicionarios importantes; pero la guerra ensangrentó los campos. Máximo Gómez aumentó su crédito de sagaz guerrillero.

***

El general D. José Gutierrez de la Concha fué enérgico para hacer respetar su autoridad, y humanitario, y dió confianza al país con su entereza: atendió cuanto pudo á las tropas; creó las compañías de *Libertos,* y si éstas no dieron el resultado que era de esperar, no debe culparse al general Concha. En su tiempo el enemigo cruzó la *Trocha* de Morón dando lugar un acontecimiento fácil, dadas las pésimas condiciones de la línea militar á toda suerte de inconscientes comentarios. El general no podía hacer milagros y la prueba de que carecía de tropa para hacer la guerra, que solicitó del Gobierno 12 mil hombres para cubrir bajas, que nunca se le mandaron. El general entregó el mando y se embarcó con todos los honores de capitán general de ejército.

***

El Conde de Valmaseda fué bien recibido: activo, no teniendo resultado: dimitió sin alcanzar el suspirado título de *Pacificador de Cuba.*

***

El general Jovellar. Complicaciones y fracasos de bulto, fueron motivos para que presentára la dimisión este general. D. Antonio Cánovas del Castillo dijo: "Dividamos los mandos y mandemos muchos soldados y muchos millones, que los Ministros como yo, no entregamos á un sólo mando la suerte de nuestro honor comprometido en Cuba." La división de mandos se hizo: el general Martinez Campos para lo militar; el Sr. de Jovellar para lo político.

***

El general D. Arsenio Martinez Campos, contó con soldados y millones, muchos millones, elementos poderosos que no tuvieron sus antecesores. Encontró á las provincias occidentales en plena paz. Todas las ciudades y villas del Centro y Oriente en poder nuestro, como muchas zonas de cultivo, entre ellas las muy importantes de Gibára y Holguín. En todo el país encontró más de cien destacamentos desparramados. Tuvo á sus órdenes á la marina de guerra para vigilar las costas. Encontróse con un ejército regular é irregular de más de doscientos mil hombres, según expuso el brigadier Ochando en el Congreso, mandados por oficiales y jefes valientes. Encontróse con 70,000 voluntarios mandados por los jefes del instituto. Encontróse con todo el *elemento peninsular* á su lado. Encontróse con que de los pocos habitantes de Cuba un millón y medio eran fieles á la bandera española. Encontróse como obstáculo con 7,000 insurrectos armados, gente, salvo cortas y honrosas excepciones, ya cansada, indisciplinada y aburrida, sin elementos de boca y guerra.

Y sin embargo de tanta fuerza el general Martinez Campos no acabó la guerra; guerra que hubiera terminado con sólo dar libertad á todos los esclavos y proclamar el olvido, la paz y la libertad política; los insurrectos blancos hubieran depuesto las armas por necesidad y conformes.

Que la guerra podía terminarse, es tan claro, que el propio Martinez Campos así lo reconoce en comunicación que dirigió al Ministerio en 28 de Febrero de 1878:

"*Se preguntará*—dice—*si yo podía haber llegado á la paz sin concesiones, y contestaré que* CREO QUE SÍ; *que para Junio concluiría de todos modos; pero había quedado más gente en los bosques, que hubieran sido una intranquilidad para la agricultura, un peligro para el porvenir*....."

Después añade el mismo guerrero:

"....*como militar hubiera aumentado mi fama; pero como español habría tenido remordimientos de conciencia que se hubieran hecho más sacrificios y que la fuerza no constituye nada estable*....."

El profundo político Hurtado de Mendoza, en sus prudentes consejos al Rey de España, opinaba de otra manera diciendo: "....*¿Quereis que os lo diga? Desde que el mundo es mundo hasta agora, no ha habido más razón ni derecho á los reinos que la fuerza: de donde nació el proverbio:* JUS EST IN ARMIS."

Entre una y otra opinión aceptamos la de Hurtado de Mendoza. El tiempo habrá desengañado al general Martinez Campos. La guerra no terminó, el pacto del Zanjon no evitó que ésta durase un año y medio más, y si mañana la historia dice otra cosa no será exacta, apesar de la actividad é inteligencia que reconocemos, en los generales que la combatieron.

***

El general D. Ramón Blanco y Erenas. Bajo el punto de vista militar tuvo la suerte este celoso gobernante y buen soldado de haber conseguido la pacificación del país. En nuestros recuerdos,—no sabemos que dirá mañana la historia,—él es el Pacificador. La gran cruz de San Fernando con que le premió el Gobierno, bien la mereció. El modesto y entendido general Blanco puede estar orgulloso por ser el PACIFICADOR DE CUBA después de doce años de guerra.

Soldados QUE DIERON SU SANGRE Y HOMBRES QUE DIERON SU DINERO.—Al pobre soldado no se le pagaron sus alcances, siendo así que en buena justicia, tenían preferente derecho al Banco Hispano Colonial, al Español de la Habana y á la colosal Empresa de vapores-correos trasatlánticos; al que dió, por patriótico impulso su dinero, recibiendo bonos del Tesoro de esta Isla, no se le cumplió el contrato. Un impreme-

ditado decreto llevó la alarma al seno de los hombres que no vacilaron, en el momento preciso, en entregar sus economías ó sus sobrantes; y para calmar la justa zozobra producida se publicó en los papeles públicos el telegrama siguiente:

"*Participe V. E. tenedores bonos alarma infundada; deseche temores. Decreto refiere suspensión temporal únicamente; pero Gobierno se ocupa amortización completa de esos valores.—Campos.*"

D. Francisco A. García Mariño, miembro de la comisión gestora de bonos del Tesoro y apoderado de la misma en Madrid, presentó varias instancias al Sr. Ministro de Ultramar que no dieron resultado apesar de las sólidas razones en que las apoyaba, como lo reconocieron, en brillantísimos dictámenes los jurisconsultos D. Estanislao Figueras, D. Aureliano Linares Rivas, D. Germán Gamazo y D. Cándido Nocedal.

El general Salamanca, atacó en las Córtes al Gobierno Conservador con las palabras siguientes:

"A LOS LICENCIADOS NO SE LES PAGA SUS ALCANCES, Y TIENEN QUE VENDER SUS CRÉDITOS Á 10 Y 12%; AL EJÉRCITO SE LE DEBE YA LA OCTAVA PAGA, DESPUES DEL CORTE DE CUENTAS DEL GENERAL MARTINEZ-CAMPOS, Y NO SE OCURRE BUSCAR RECURSOS PARA ESTAS Y OTRAS ATENCIONES NO MENOS SAGRADAS. *Como los ocho millones en bonos, en cuya operación tomaron parte los pequeños capitales, todos ellos españoles, sin más garantía que la palabra del Gobierno y la del Sr. Villamil*..... "

Muchos periódistas de esta Isla y de la Península, de Portugal, Francia, Inglaterra, Italia y Estados Unidos, demostraron la sin razón del Gobierno. Lo mismo hicieron políticos importantes y diputados de la Nación.

Olvido de lo pasado.—Como se ha entendido por algunos hombres, poco liberales, después del pacto del Zanjon, empequeñece á nuestra época. Olvidémos sí, que hubo guerra entre hermanos; pero relegar al olvido á los soldados que murieron y á los cubanos que sucumbieron por la patria de todos, es materialmente imposible; así también lo comprenden hasta los valientes y generosos hombres que pelearon por la independencia. La Nación debe perdonar, pero no debe olvidar jamás á los buenos hijos que por ella se han sacrificado. Eso es lo que hacen los pueblos libres. En la ciudad de Nueva York, se ha presenciado el tributo que la

patria paga á la memoria de sus héroes, y un periódico lo anunciaba con anterioridad, en los términos siguientes:

"La procesión cívica-militar que se organiza para ir á adornar con flores las tumbas de los soldados muertos en el campo de batalla, y de los patricios que pelearon por la Unión, será este año muy numerosa y muy brillante por la circunstancia de haberse asignado el puesto de honor para presenciar el desfile al Presidente Cleveland, que tendrá á su lado al general Sheridan y al general Hancock."

Así los pueblos democráticos demuestran su entereza, su agradecimiento, y su patriotismo. Los gobiernos conservadores de España, dicen: "Olvidemos *todo* lo pasado."

Incendio de Santa Cruz en 1873.—Encontrándome de primer jefe del batallón el Rayo escoltando un convoy de 40,000 raciones á *Jobabo*, la partida de Máximo Gómez, con el *Inglesito* y Ramón Róa penetraron en Santa Cruz, que se había quedado con poca fuerza, y dominaron de momento todo el caserío dando muerte á dos oficiales, un sargento, el armero y algunos soldados y se hubieran apoderado de toda la población, si un grupo de soldados mandados por el veterano comandante militar D. Agapito Granados no hubiesen herido de una descarga al *Inglesito*. En este ruidoso hecho 10 soldados del Rayo se lucieron; colocados detrás de una estacada junto al mar se defendieron á balazos de los contrarios causándoles 17 muertos y 50 heridos hasta que Máximo Gómez ordenó la retirada después de quemar la cuarta parte del pueblo y saquear el almacén de donde se llevaron muchos Remingtons y 60 cajones de cartuchos y un buen número de vestuarios y zapatos.

Regresé con mi batallón después de llevar el convoy á su destino, siguiendo las órdenes del comandante general de Puerto Príncipe, y como ya el enemigo se habia retirado hacía poco tiempo, ordené que el 2º jefe D. Adolfo Jimenez Castellanos saliese inmediatamente con tres compañías en su persecución, y apesar de que no se perdió tiempo y de la actividad y pericia de mi compañero, no pudo alcanzarle y regresó á dar parte; mientras yo daba ánimo á los vecinos y pedía municiones á Manzanillo, las que me fueron remitidas en una lancha.

Se formó causa para buscar un culpable; declaré lo que debía declarar con la entereza del que nada podía temer y

nunca más he sabido el fin del proceso. Siempre lo mismo: después de la paliza, un fiscal ordenancista.

El aguardiente de caña.—El vino, el ron, el coñac, la ginebra y otros licores alcohólicos, considerados en sus efectos psicológicos, obran ventajosamente sobre la imaginación y el sentimiento, cuando no se traspasa el límite de la embriaguez. ¡Cuantos militares se han batido como héroes y cuantos oradores han pronunciado su mejor discurso, después de haber apurado una buena copa de ron! Que los licores son convenientes, tomados con medida racional, lo prueba, lo que se observa en todos los ejércitos. Hay que ir al asalto ó tomar una batería. Las compañías elegidas son dos. La una no se prepara con bebida alguna; la otra bebe antes un buen aguardiente con algunos granos de pólvora; pues la segunda demostrará más empuje para vencer que la primera, de lo que se deduce que el uso, no el abuso del licor, es oportuno para dar al hombre viríles alientos, inflamar su imaginación y entonar todo su organismo. Así lo han comprendido nuestros más ilustres generales, que si imponían severos castigos á los soldados borrachos, en cambio admitían el uso de la bebida, y la mandaban suministrar grátis ántes de una función peligrosa de guerra.

En la isla de Cuba que se ha hecho la guerra del valor y de los sufrimientos individuales, los soldados lo mismo que los insurrectos, bebían agua como Robinson, y si bien á los primeros se les daba vino de sabor á palo de Campeche ó aguardiente que olía á cucaracha, en los campamentos jamás pudieron catarlo en los momentos bélicos oportunos. Por eso crece nuestra admiración al recordar los tiempos pasados. Que un inglés ó un francés, un austriaco ó un alemán, demuestren valor en el campo de batalla con la barriga repleta de carne y sendos tragos de un licor cualquiera, lo comprendemos; lo que nos admira, siempre que lo recordamos, es que los españoles leales y los insurrectos, se enbistieran unos á otros, sin más prólogo de alimentación que un mal rancho de viandas y unos tragos del licor potable del arroyo!

¡Que no hubieran hecho unos y otros, si hubiesen saboreado el estimable nectar de una bien provista *cantina!* ¡Ah! los soldados veteranos lo entendían, siempre llevaban en su

morral una botella de *aguardiente de caña* y apenas sonaban tiros empinaban el codo hasta agotar lo que un soldado andaluz llamaba: "*el agua del cabo Lanzatruenos.*"

El Conde de Alcoy.—Siendo Capitán General pidió autorización al Gobierno para armar 30,000 voluntarios peninsulares y "SÓLO PENINSULARES.—añadía—*porque no tengo confianza en los naturales, para entregarles las armas.*" ¡Que indiscreción! El alzamiento de Yara dió ocasión á los cubanos para desmentir al Sr. general Roncali. ¡Más de 30,000 murieron: más de 100,000 empuñaron una carabina! ¡Descubríos, hombres de corazón y patriotismo!

Un táctico.—En el ejército insurrecto de Oriente se incorporó un general venezolano y en el campamento donde estaba se hizo explicar por un jefe la situación de las fuerzas españolas en la zona. A cuatro leguas al N. hay tropas á cinco leguas al S.; á seis al E.; siete al O.—Así no me gusta la guerra, dijo el general, yo necesito 60 leguas de terreno neutral para una retirada. (Histórico).

El asistente.—Es mixto de paisano y militar. La ordenanza no le comprende, pues para ser penado debe dejar de ser asistente y esperar el resultado de la causa que se le forme como soldado.

Amante de su oficial se somete por él á todos los sacrificios. Se cree superior á los demás soldados y goza un privilegio, para él, inapreciable: vestirse de paisano como los generales.

El asistente de un alférez no tiene la importancia del asistente de un coronel. El *rey de los asistentes* D. Patricio Saenz San Martín, llamaba *de usté* á su amo el Príncipe de Vergara, al que acompañó siempre, hasta sus últimos momentos y las recomendaciones del honrado Patricio fueron siempre atendidas por el gran general.

Hay que ver al asistente en su vivac. Ha elegido dos árboles sombrosos para tender la *hamaca;* ha chapeado el terreno; ha encendido una hoguera á sotavento; preparado un guiso riquísimo; atiende á la mesa, y lo que sobra, que él procura sea abundante, le sirve para darse el tono de invitar

á dos ó tres camaradas de su quinta. A la hora de comer todo asistente tiene más importancia que un cabo.

Suenan luego tiros y el fiel muchacho es un guerrero importante. Jamás abandona á su oficial y le defiende y muere á su lado. Algunas veces discurre con el mayor acierto y su consejo de atacar la posición enemiga por un flanco, ó fingir una retirada, ha sido causa de una victoria, y algún caudillo debió la vida á su asistente, al vadear un rio; si no estamos equivocados, así le ocurrió en América al célebre general Murillo (1).

Todo lo que es propiedad de un oficial lo considera suyo el asistente: así, siempre dice:—*mi acémila*, *mi caballo*: se dá tono, es algo murmurador y vanidoso y siempre aplaude á los valientes. En fin, es el asistente uno de los factores más indispensables en todo ejército; y más que en ninguna parte en la isla de Cuba en tiempo de guerra.

Mis asistentes.—Mi asistente, el voluntario catalán *Juanet*, hijo de *Pallarols*, murió en el hospital de Puerto Príncipe de una grave herida de bala. Fué mi asistente muy querido y hoy me honro dedicándole un modesto recuerdo.

En la acción de las Guásimas mi pobre asistente del *Rayo*, Antonio, granadino y excelente dulcero, fué herido en un dedo, de un balazo, que perdió de raiz. Con la mano izquierda cogió el dedo muerto y me lo enseñó riéndose.

Pasé por el dolor de verle morir en Puerto Principe *pasmado*. ¡Que valiente muchacho!.

Batallones beneméritos.—Tuve la honra de ser primer jefe del batallón voluntarios de Barcelona y puedo asegurar que fué subordinado y valiente. Del 71 al 72 prestó grandes servicios en los campamentos de *Santa Gertrudis* y *Cupey* recogiendo más de 3,000 personas. Su contraguerrilla mandada por el capitán Riaño y después por el teniente Sanfeliú—hoy coronel—prestó valientes servicios. El capitán Fontseré, el teniente Gurrea, el alferez Subirana se batieron siempre como intrépidos almogávares, y cuando la derrota de Salomé Hernandez en *la Caridad* en una de las márgenes

(1) El asistente Ricardo Torrecillas, intrépido soldado, permaneció al lado del Marqués del Duéro cuando su gloriosa muerte ante las trincheras de Monte Jurra, el 27 de Junio de 1874.

del rio *Caunao*, la pequeña columna de catalanes cruzó el rio revuelta con los insurrectos en confuso tropel, con un arrojo merecedor del mayor encomio; lo mismo que en *Manga Larga* al batir las fuerzas del cabecilla Botiel. ¡Viva el batallón de Barcelona!

¿Qué diré del batallón cazadores El Rayo? Tuve la distinción de mandarlo por espacio de dos años.

En los encuentros y acciones de *Viaya*, *Loma Vapor*, *Yamagüeyes*, *Jimaguayú*, *Horno de Cal*, *Guaicanámar*, *Santa Cruz*, *Naranjo*, y *Guásimas de Machado*, en las luchas para conservar las líneas telegráficas y en las cruentas defensas de convoyes, sin perder uno sólo, dió las muestras más prácticas de disciplina, actividad y arrojo distinguido. Jefes y oficiales como Castellanos (1) Tapiador, Nieto, Suarez, Tizón, Martell, Laborde, Macón y otros que sería largo enumerar, bien merecen un recuerdo cariñoso de su antiguo compañero y jefe. Este batallón fué elogiado por los señores generales Portillo y Riquelme y por los brigadieres Marín (D. Sábas), Armiñán y Báscones, y por último, por el general D. Cayetano Figueroa. El digno general D. José Gutierrez de la Concha, en la nueva organización, le cambió al batallón el nombre de *Rayo* por el de *Duero*, honroso recuerdo á la memoria de su hermano el ilustre general Don Manuel Gutierrez de la Concha, Marqués del Duero. Bien merece el Sr. general Concha (D. José) esta muestra de agradecimiento que le envío en nombre de mis camaradas que sirvieron en el ya borrado nombre de *Duero* en la lista de nuestros batallones de cazadores. ¡Un recuerdo cariñoso á los muy valientes, muy sufridos oficiales, sargentos, cabos y soldados de El Rayo!

Regimiento infantería de la Habana.—Este fué el último mando que tuve, y puedo asegurar que ha sido uno de los regimientos que más se distinguieron en toda la larga campaña. Fuí separado de él por el general Martinez Campos, y no pude realizar mis planes en una jurisdicción donde, por mis relaciones, me hubiera sido fácil prestar buenos servicios. Mi separación fué fatídica: se prendió fuego en la casa que yo habitaba, propiedad del comandante, hijo del

(1) Hoy general de Brigada.

país, *Pepillo* Gonzalez, (en Santa María), y perdí en el incendio, el sombrero, la capa, la espada y el bastón de mando.

—Anteriormente mandé una fuerza volante de 200 caballos y media brigada en Puerto Príncipe, compuesta de los brillantes batallones de San Quintín Peninsular y Cazadores de Vergara, mandados por los distinguidos jefes D. José Berriz y D. Pedro Pin. Reciban ámbos tenientes coroneles, hoy generales, un recuerdo cariñoso de su antiguo compañero y amigo.

Oficiales cubanos.—Pasaron de QUINIENTOS los generales, jefes y oficiales, nacidos en Cuba, que se batieron, al frente de las fuerzas regulares, por España.

—Una vez me dijo un caracterizado insurrecto: "*Si nosotras hubiéramos contado con la protección del país, como hay empeño en sostener, nuestra campaña sería la de unos menguados.*" Conformes.

Ascenso.—En el departamento Oriental, después de la muerte del cubano que mandaba las Escuadras de Guantánamo el nunca bien llorado D. Miguel Perez, á quien amachetearon con verdadero ensañamiento, obtuvo el negro insurrecto Moncada (a) Guillermón, el empleo de T. coronel.

La Indiana.—Máximo Gómez atacó á *La Indiana* casa atrincherada y defendida por 43 hombres. Murieron sin rendirse 41 y los dos restantes se salvaron huyendo por entre las llamas y los escombros de la casa incendiada. ¡Que heroismo! Sagunto, Numancia, La Indiana son tres glorias iguales.

La guerra.—Arte que requiere sangre fria. Encontrar al enemigo y sin preparación embestirlo, diciendo: ¡á ellos! es una heroicidad para los atolondrados; para los espíritus serenos, una aparatosa cobardía. El que haya sido observador, notaría luego en la acción que á éstos así, no se les veía en parte alguna. ¿Estarían escondidos? Bien podría ser.

E. P. D.—Me viene á las mientes un recuerdo que no quiero dejar de consignarlo. El día 28 de Junio de 1884, reinando D. Alfonso XII, siendo Presidente del Consejo de

Ministros D. Antonio Cánovas del Castillo y capitán general de Cataluña D. José L. Riquelme, fueron degradados y condenados á presidio cinco oficiales y fusilados en Gerona el comandante Ferrandiz y el teniente Vallés.

La manifestación de Barcelona.—Sobre la puerta de una tienda apareció el siguiente cartel: *Cerrado en manifestación de luto.* ¡¡PERDÓN PARA LOS CONDENADOS DE SANTA COLOMA DE FARNÉS!! La noble Barcelona cerró sus puertas en señal de luto. En la inmortal Gerona, en toda España se imploraba el perdón para los condenados de Santa Coloma de Farnés. La prensa toda, el comercio, la industria, las sociedades de recreo, el Ateneo de Madrid por unanimidad "pues aunque hubo un voto en contra, el de un presbítero, sacerdote del Dios de paz llamado D..... ese voto no podía romper la unanimidad de los sentimientos piadosos del Ateneo," pidieron el perdón.

No hubo perdón y fueron *dos fusilados* y *cinco degradados.* Aquello ya pasó; pero conste que los notables artistas Ernesto Rossi y Emilio Mario, y el escritor más notable de nuestro siglo, el inmortal autor de *Los Miserables*, el celebérrimo VICTOR HUGO, pidieron con voces elocuentísimas: *¡¡Perdón para los condenados de Santa Coloma de Farnés!!*

Discurramos.

¿La pena impuesta con las circunstancias que mediaron, fué favorable á la Monarquía? El consejo de guerra formado por un presidente y seis vocales, como previene nuestra sabia Ordenanza, *que no condenó á la última pena á los acusados*, ¿no debía haberse respetado para el debido prestigio del mencionado Tribunal? ¿Se debe conservar un Tribunal superior que tenga facultades para condenar á *muerte* á unos acusados que otro legal Tribunal inferior ha condenado á pena menor?

Razones en contra se han aducido por sabios escritores y hábiles jurisconsultos; y con fecha 1º de Julio de 1887, el distinguido coronel retirado y profundo pensador D. Luis Vidart, en carta dirigida al Excmo. Sr. teniente general Don José López Dominguez, y publicada en "El Resúmen" entre otras muchas cosas referentes á las *reformas generales del ejército*, por el ministro de la Guerra D. Manuel Cassola, escribe el sustancioso párrafo siguiente:

".....y nada se dice de la inicua disposición legal que consiente la agravación de la pena sin oir al acusado, y produce los fusilamientos del comandante D. Ramón Ferrándiz y del teniente D. Manuel Vallés, que no es ocasión de calificar por razones de prudencia." ¡¡La fosa común se tragó dos mártires atroz é injustamente fusilados!! ¡¡No hubo perdón para los condenados de Santa Coloma de Farnés!!"

Victor Hugo, Rossi, Mário, la España democrática os admira. ¡General Riquelme, por qué no aprobaste el fallo del consejo de guerra!

Puerto de salvación.

"Los CC. Guillermo Pradel y Juan Tagle, ámbos oficiales del ejército chileno, é hijos de familias distinguidas de Chile, se han embarcado en Valparaiso con dirección á Cuba para enrolar como voluntarios en las filas del ejército libertador: que los vientos bonancibles de los mares conduzcan la vela que los trae á puerto de salvación.

Si desembarcaron, que no lo sabemos; y si salvaron sus vidas, que también lo ignoramos, habrán informado á sus paisanos los chilenos del puerto de salvación en que anclaron y del país tan bello en que permanecieron disfrutando. No quisieron dormir en blanda cama y se deleitarían comiendo mangos y jutías á la sombra de tamarindos y cupeyes. No vivieron en grandes palacios con baños y jardines como el general Figueredo; no saborearon arlequines de mantecado y fresa como el Marqués de Santa Lucía; lo que más apetecían, era *Cuba libre* en güiro (agua caliente con miel de abejas,) y para no afeminarse y estudiar el terreno, no vivaquearon en ferrocarril, ni aún para ir de *Jiguaní* al gran campamento de *Tacajó*. En fin, ellos habrán informado lo que han visto y habrán ponderado con justicia las bellezas de Cuba libre.

El llamado D. Perpétuo Cándido.—Un día, nada importan mes y año, encontré cerca de Arroyo Blanco, un bohío abandonado por los insurrectos, y en un rincón sobre dos taburetes de viejo cuero, dos números del *Diario de la Marina*, seis de la *Iberia* de Madrid, cuatro de la *Voz de Cuba*, unas espuelas de plata, una levita con los galones de capitán, un breviario, una sotana morada y un manteo del mismo color. Examinado todo minuciosamente, un negro dijo riéndose: —"Señó, esta sotana pertenecía al Obispo de Najáza."

Hízonos mucha gracia la ocurrencia del africano y proseguimos nuestro camino, en busca de encuentro más bélico y positivo.

Otro día, en una población *muy conocida*, unos guerrilleros que habían derrotado á una pequeña partida insurrecta en sus inmediaciones, se presentaron al Sr..... (le llamaré D. Perpétuo Cándido), y le dijeron: "Venimos á cumplir nuestra palabra, y le regalamos para que aumente sus *colecciones de preciosidades*, estos objetos que hemos cogido; y le rogamos el mayor silencio para que nuestro jefe no lo sepa," y, desdoblando una, al parecer, cortina descolorida, pusieron sobre la mesa que había, un machete con puño de plata, una cruz rota de San Hermenegildo, un silbato de oro fino y un gran casacón de pana con botones grandes dorados.

El Sr. Cándido, lleno de gozo, regaló dos onzas oro á los guerrilleros, y como preguntara para qué servía el *casacón*, uno de ellos, con mucha gracia le contestó: —"Guardele V., señor, esa casaca es la que usaba el presidente de la República de Cuba.

—Oh! cuánto me alegro, dijo gozoso D. Perpétuo, la regalaré á mi amigo el capitán general Caballero de Rodas.

—Ja! já! ja! se lucirá V. dijo un pardo barbero que acababa de entrar en la casa: "Ese casacón es de la ropería del teatro y hace dos años que fué comprado en la Habana, donde había servido muchas veces para el cómico que hacía de Marqués de Caravaca en la zarzuela *Jugar con fuego*.

D. Perpétuo se enfureció, la gente se rió y los guerrilleros se eclipsaron, quedando sólo el barbero, afilando con suavidad su navaja, y el anticuario con un palmo de narices.

Un opúsculo.—Allá por el mes de Marzo de 1870, vivaqueando muy cerca de *Marroquí*, pasó con una guerrilla, el que después fué mártir de la patria, coronel Sandoval, y al cabo de descansar un rato, prosiguió su marcha, regalándome un cuaderno de papel blanco escrito, en cuya cubierta se leía: "*Artículos joco-sérios-críticos de costumbres*," que me dijo había cogido en un reciente encuentro con el enemigo en el campamento que éste tenía en San Nicolás.

Yo quisiera, amado lector, copiar todo el cuaderno, sin añadir ni quitar una coma. Dice así la dedicatoria del folleto.

"A LA SEÑORITA MI AMIGA TOMASA DE L.

"Dispensad, amiga, mía, este monólogo joco-sério-crítico que presumo falto de las reglas del arte, pero que me complazco con aventurarlo á vuestro parecer, y esto sólo me llena de la dulce y grata esperanza de un resultado feliz en su adquisición.—Soy de V.—*José C. L.*"

Principia la obrita con la descripción de las costumbres provinciales, y después de hablar de las razas que componen nuestra sociedad, se expresa su autor:

"El blanco europeo no quiere ser como el blanco cubano, *dice por la mestura*, el blanco cubano no quiere ser como el mulato, hijo de europeo y africana, el mulato no quiere ser como el africano, los pardos ó mejor digamos los que cuentan un nacimiento á que llamamos *cuarterones* no quieren ser como los mulatos y negros, y entre las mujeres pardas y de buen nacimiento hay otra notabilidad, y es, que no aspiran si no á efectuar un enlace con un igual á ellas en nacimiento, y donde resplandece la virtud ni aún quieren casarse con los blancos, porque según dicen, más bien pierden que no ganan; yo creo que no van fuera de razón, porque donde hay este descuido no se puede atribuir su efecto á inocencia sino á otra causa que la sociedad le dá otro nombre. .....

"El africano dice que su sangre es tan pura como la del europeo; y que siendo una nación libre, corre su nacimiento en parangón con la Europa misma. ¡Infelices!

"No ha mucho tiempo me dijo un blanco de gotera, hablando de unas jóvenes, (esto ha sido muy cierto).

—La linda Panchita me agrada mucho.

—¿Por qué V. no la celebra? le respondí.

—Porque su clase no corresponde á la mia, y jamás enlazaré mi sangre *con la mixta* por *el dicen* del mundo, no porque si tuviera lugar de conversar con ella dejaría de hacerlo por.....

—¿Y qué conexión tiene el mundo con su voluntad? le pregunté.

—Ninguna, me contestó; pero la sociedad de mi clase me despreciaría, y las jóvenes blancas me harían su irrisión.

—Poco favor hace V. al verdadero mérito de esa jóven.

Aquí cortamos la convesación."

Después de hablar de las costumbres y de la cruz del matrimonio, continúa así:

"Conozco una niña que ahora contará cuatro lustros, veinte años es poca cosa; ésta una tarde del mes de Mayo dejó deslizar suavemente un billete en la mano negra y asquerosa de un cocinero negro. ¿De qué nace esa familiaridad, Andreita, que de parte con deosidano del Africa? la pregunté. Disimulando que había visto el buzón del africano recibir la correspondencia amorosa tal vez.....

—Que papá lo aprecia mucho respondió, y desde pequeñita ya me trae flores y regalos de confites y caramelos. Esta regla en la casa se ha generalizado: todos y todas le amamos con mucho cariño.

—¡Maldita costumbre....! exclamé haciendo una observación escudriñadora en el semblante de esta incáuta, como lo hubiera practicado el mismo *Lavater*. ¡Cómo quiere esta criatura esconder su pasión! *Es ficcionista!*."

EXCEPCIONES.

"Es de noche, (prosigué). Tendido á la larga estaba en una hamaca, amiga mia, recreándome con dos cosas físicas á la vez, la una era un tratado de ciencias naturales, y la otra un hermoso y aromático veguero que apuraba, observando las columnas piramidales de humo que sucedían unas en pos de otras. De reemplazo de estos dos objetos á la vez recreativos, apareció á mi imaginación otro objeto mucho más sorprendente. Un vértigo suave y sensible pasaba por mi vista. En aquel momento gozaba todo lo que el hombre puede gozar en sus ilusiones de hombre. Apareció un ángel, circuida su cabeza por una aureola de majestad: su ropaje era un rico peinador de muselina blanca, blondado en la parte superior del traje, y replegado simétricamente sobre un cinturón ó faja carmesí de seis dedos de ancho, emblema de las ideas vivas; y en la orla del mismo peinador, una punta ancha de Flandes, en la que se veían sobre un bordado finísimo de punto, algunos ángeles pequeños, mariposas matizadas de ópalo y azul y vistosos querubes, ambas cosas geroglíficos del pudor de la vigilancia y de la castidad."

"Esta sombra ideal, tenía las facciones entre taciturnas y alegres, la risa casi imperceptible, y la vista lánguida y arrobadora, despedida de unos ojos negros, y á quienes se pueden comparar con el movimiento contínuo, de la deidad real que representaba.

"Si volviera al mundo la primera hija del último *rey de los Motezumas* que tanto nos decanta la historia; si volviera á nacer, repito, esta Diva mejicana, se abochornaría á presencia de la vírgen de mis ensueños.....

"Por la mañana al despertar me sentí atacado de una fuerte cefalalgia, (dolor de cabeza) y, ¿sabes lo que me imaginé?, que la vírgen había descargado sendos golpes sobre mi cabeza, como para dar la última mano á mi conversión; y conformándome con mi sueño y su intención, repetí con el Dios de Sinaí: "*Sacrificium de manibus tuis consumatum est*: el sacrificio de tus manos es consumado."

VISITAS.

—"¿Por qué no es V. amigo de hacer visitas? Me preguntaba la hermosa Lolita, manejando con la gracia que le es peculiar, un estuche de matemáticas y un globo esférico.

—¿Sabes por qué, apreciable Lolita? Por que las visitas, como todas las costumbres, tienen su medida. Soy demasiado conocedor del eje de la etiqueta, como tú lo eres de esa esfera..... ¿Tú no observas á ese *quidam* de Timoteo, que llega, arrastra una silla, con las demás

que componen el salón de recibo? Se espantarrilla en ella como en su misma casa; y con una desfachatez impropia de la civilización y cultura, hila una conversación que el pedantismo le ha enseñado, y sus frases denotan muy á las claras su ninguna *sustancia prosáica*; y luego ¿qué resultado tiene? Lo dejo á tu fino disernimiento.

—¡Mala crítica le aguarde! V. es *muy exéntrico*. Esta advertencia hace días se la iba á hacer, sí señor, hace días.

—Vamos, Lolita, serénate por Dios: no quebremos *pajita*, pues lo sentiría bastante por la amistad que nos liga."

***

Prosigue un animado diálogo sobre astronomía y Don *José C. L.* coje el sombrero y se despide diciendo:

—"Feliz mil veces el partido de los Copérnicos! ¡Abajo el partido de lo Newtonianos. Hasta luego, Lolita.

—"¿Cómo se retira V? ¿No me acompañará al paseo que hemos de dar esta tarde mamá y yo, por el campo? Quiero que me dé algunas instrucciones sobre las maravillas del reino vegetal.....

—Yo no paseo, Lolita, *soy exéntrico*. Sin embargo, de esto, para definirte las particularidades del campo no necesito de ir al prado, espacio abundante tenemos en tus hermosos rosales, en tu pequeño jardín. Vendré cuando el tiempo y mis ocupaciones me lo permitan. Adios hasta más ver.

—Sí; pero que no sean dos ciegos."

ALUSIÓN.—NUEVO TEXTO.

"El que no ha probado el sabor de un dulce nectar presentado por la mano de *un Ganimedes;* el que ha gozado la tempestuosa perspectiva que presenta un convite al arrojar la discordia en él *su.... manzana;* el que no ha visto en medio del oceano una frágil nave sin rumbo y sin timón, impelida por el impulso de las olas embravecidas y los vientos irritados; el que no ha visto, repito, correr sus ilusiones en pos de la *vanidad ficticia*, no conocerá una Mesalina moderna cubierta con el velo de la hipocrecía, y el sagrado manto de un pundonor mal interpretado; y *puntado* con los alfileres erróneos de la ignorancia."

—"Desgraciadamente, amiga mia, me he metido á filósofo, y principio por lo mismo que me criticarán. El cuestionar sobre la filosofía, es querer desatar el nudo gordiano; *ainda mais*, es colocarme entre la espada y la pared, es aglomerar en mi rústica imaginación la retórica, la lógica, la cronología, la terapéutica, la fisiología, la historia antigua y moderna, la mágia, la poética, la astrología; y en una *palabra plana* todas las ciencias del universo. Es verdad, que gracias á mi presencia, (no debo decirlo, pero así me envanezco) de cualquiera materia; y en algunos salones donde se *se polulan* cosas científicas, *he resolvido* problemas propuestos por peritos en ellas."

***

Sigue un diálogo con Lolita, bastante largo y original, y hándola de poeta el autor escribe:

"*Nadie si no el mundo puede*
Dar al mortal los socorros.
Esperar de las estrellas
Es pedir peras al olmo."

—"¡Eso faltaba! ja, ja, ja!....
—¿Te ríes, Lolita?, ¿y si esa risa la juzgo un insulto?
—No sería extraño. La *esentricidad* sería un principio.
—Y si juzgara ámbas cosas como la piedra de toque de tu sarcasmo inopinado?
—No haría V. alusión á mi cariño.
—¿Pues qué, tan obsecado te atreverías, encantadora Lolita, presumirme que borrarías el alto concepto de mi misma crítica?
—Nada de eso. Me río porque se representan los hermosos cuentos que he leido las agoreras, los adivinos, los zahoríos, que nos describe Walter Escott, en su novela *Los Puritanos*, el enlace de sus acerciones me dan este recuerdo:

"*Nace la escoria. el fraudulento vicio*
El poder tiembla la lisonja calla"

"*(Continuará).*"

Siguen en el cuarderno dos hojas en blanco y en la tercera se lee:

"*Elementos de gramática* para las señoritas Tomasa, Socorro y Maruca de L. y L.—Firmado.—J. C. L."

No conozco al cubano J. C. L.; no sé si tomó parte en la insurrección; si vive ó está muerto; pero puedo asegurar que la lectura de su folleto me deleitó grandemente á la sombra de un coposo mango y meciéndome en una hamaca que me había regalado el rico cubano D. Roque de Lara, en Sancti Spíritus. Seguidamente me comí *un plátano frito*, y tomé una taza de aromático café.....

Canto militar.—Por algunas Reales órdenes, están prohibidos los cantos de los soldados, ni aún acompañados por las músicas militares por considerarse el canto contrario al buen orden y formalidad que recomienda la ordenanza. Pero viene la guerra con todos sus furores y el canto recobra su prestigio sin que valga el buen orden y la formalidad.

Los antiguos romanos, los galos y los godos cantaron en muchas batallas; los Templarios fueron á la hoguera cantan-

do; cantaron los gerundenses al defenderse de los franceses; sobre las abrasadas vigas de las casas de Zaragoza, "se tocaron bandurrias, al canto de las boleras y del *Requiem*, de la misa de los difuntos. Las ruinas de Sagunto aplaudieron." En el Sitio de Holguín cantaron los soldados del regimiento de la *Corona;* y en la acción de las Guásimas de Machado, los soldados del batallón El Rayo cantaron entusiasmados:

"*Lucen plácidas, lucen plácidas*"

canto que fué aplaudido por los batallones *Libertad*, *Aragón*, *Cortés* y *León* y por los escuadrones del *Príncipe* y *Colón*, y guerrillas de la Trocha, como igualmente celebrado por el brigadier Armiñan y los jefes y oficiales de las tres armas. Además en tiempos de entusiasmo siempre se canta. El famoso *himno de Riego*, los entusiastas de Espartero y Zurbano, en España, el de Garibaldi en Italia y la inmortal *Marsellesa* en Francia, prueban mi aserto. Y hasta en nuestros días, en la célebre Aténas, en la guerra contra Turquía, los soldados cantan en las grandes paradas, himnos patrióticos y hasta en la *manigua* se cantó el *himno de Yara*.

Ya que siempre se ha cantado y cantará cuando los soldados se entusiasman como los pueblos, menos en las ceremonias, servicios de guarnición y en los teatrales simulacros de fingidas batallas, sería muy conveniente que por el Ministerio de la Guerra se ordenase escribir un himno patriótico, que todos los soldados lo aprenderían á cantar, para entusiasmarse con él en las grandes ocasiones, y no verse reducidos como hoy, apesar de las prohibiciones, que ya nadie cumplimenta al exponer su vida de veras, á cantar canciones pueriles y que carecen de sabor bélico. Sometemos nuestra opinión á los que tengan una molécula de filosofía en su cabeza.

DON CARLOS GONZALEZ BOET. [1]

Su prisión.—Su muerte.

Pareceme que le veo. De mediana estatura, ancho de hombros, cráneo con poco pelo, castaño claro; largo mostacho con inacabable perilla, nariz recta que armonizaba con ojos grandes y vivos, acento, entre catalán y francés, activo, enérgico y entusiasta, tal era mi desgraciado amigo y compañero de armas D. Cárlos G. Boet, cuyos restos yacen en la Necrópolis de Colón. Fué comandante de infantería en el ejército regular, llegó á general en el ejército carlista y murió sin querer ser ni general, ni comandante. La teocrácia católica y los partidos carlista y legitimista, que conspiran astuta y porfiadamente contra la civilización contemporánea, se alegraron de la muerte de Boet.

En la guerra de Cuba llegó á jefe por su valor en los combates. Su comportamiento fué por unos ensalzado y criticado por otros que le dirigieron terribles cargos, no sé por qué motivos. Fué dado de baja en el ejército por los cargos que aparecieron en el expediente que se le formó.

Su amigo entónces, Martinez Campos al saberlo, dijo: "*esta vez se la hicieron demasiado gorda; pero apesar de todo no ha debido irse con los carlistas.*" Léase acerca de este incidente la defensa de su abogado en Milán, el jurisconsulto Campi. Sea lo que fuere Boet, de quien no nos ocupamos por lo de Cuba, sufrió después injusta prisión por lo que le dedicamos este capítulo para que el lector sepa que en el año de 1882, en la Isla de Cuba, se ofrecían casos como los ocurridos en la ya destruida Bastilla de París, antes de la gran revolución francesa.

Encausado nó sé por qué razón, fué defendido por Martinez Campos, y se le vió después operando en la zona de Guáimaro. Segunda vez preso y encausado por lo que él llamaba una injusticia del Conde de Valmaseda y brigadier Zea, pudo librarse de la prisión, merced al auxilio de perso-

(1) Un paréntesis.

nas de valimiento, fugándose disfrazado de cura y con la cara afeitada, como lo hizo Calomarde difrazado de capuchino.

¿Dónde está Boet? Por los papeles públicos se supo que mandaba una brigada en el ejército de D. Cárlos. Su actividad, su intrepidez y sus conocimientos no podían dejar de dar sus naturales frutos y cuando concluyó la guerra, Boet era general y salió de España con su Rey á vivir la vida empalagosa, para él, del cortesano.

París, Milán, Roma, Viena, Petersburgo fueron teatro de sus galantes aventuras, genuflexiones, besa-manos y actos ceremoniosos que sería cuento de nunca acabar, y en ellos fué condecorado profusamente por príncipes y agasajado por ellos. En Roma ocurrió lo siguiente, según nos contaba el pobre Boet, con su singular gracejo. D. Cárlos con Boet se presentaròn al Papa Pio IX, y como S. S. no dió al Pretendiente más que tratamiento de Alteza, bajó éste las escaleras del Vaticano echando pestes contra el Jefe de la Cristiandad.

En Viena, un príncipe le preguntó á Boet. —General: ¿cómo le ha ido á V. en la guerra Santa de España? Medianamente, señor, le contestó. ¿Y su Rey D. Cárlos? añadió una Duquesa. ¡Ah señora, más valiente que Bernardo del Carpio, más extratégico que el mismo Zumalacarregui! dijo el socarron de mi amigo.

D. Cárlos se hallaba en Milán, cuando á un jóven cubano que viajaba por Europa, se le antojó visitar al *Rey de España* y Boet le preparó una audiencia con el Rey derrotado por el gran Moriones, en Oroquieta. Doce personajes, entre los que se contaban un Marqués catalán, un capellán y dos generales viejos, estaban de pié, con la inmovilidad de estátuas, y el Borbón con una mano á la espalda y otra metida en su blanco chaleco, como el vencedor de las Pirámides en su palacio de las Tullerías, se destacaba sólo unos seis pasos. Entró el criollo con aire resuelto y omitiendo el tratamiento como si hablara á un alcalde de Casiguas, le dijo: Buenos días Sr. D. Cárlos. El Rey no contestó, puso cara de vinagre y le volvió la espalda: el cubano absorto se retiró de prisa y al encontrarse con Boet le dijo medio amoscado: Su Rey, Boet, es poco sociable, es muy cínico y petulante y le explicó el motivo de su disgusto. Boet muerto de risa entró en la *cámara real*, le dijo al Caballero del Toisón que, enfu-

cido comentaba con el Marqués la inconveniente conducta del visitante. Señor: Vuestra Real Majestad no se ofenda: los americanos son todos demócratas y por admiración que les cause un Rey legítimo, no están acostumbrados á estas recepciones y pecan más por ignorancia que por irreverencia.

—Bien, general, ha sido muy atrevido.

—Señor, los grandes hombres como V. M. deben ser algo filósofos.

—Tienes razón, dile al cubano que lo convido á comer.

—Señor, cumplimentaré vuestro Real mandato. Boet se retiró haciendo tres reverencias.

Cierta vez fueron á visitar al Conde de Chambord, considerado por D. Cárlos como Rey vivo y efectivo de Francia, en su opulento palacio de Frhosdorff, rodeado de seculares bosques y preciosos jardines. Allí todo era régio; los lacayos vestidos á la antigua; el silencio y las ceremonias de los cortesanos como en tiempo de Luis XIII. El *Rey* (Chambord) les recibió de pié y se dignó alargarles su Real mano para que se la besaran. Después visitaron á la Condesa con todo el ceremonial debido á una soberana en su trono de París. Pero lo que más le llamó la atención á Boet fué la campana de un gran reloj, cuyo vibrante sonido se oía en todo el gran palacio al dar las horas con su *cú cu*, como si fuera despedido por un huho mostruoso que revoloteara sobre las chimeneas del edificio, de noche, ó estuviera escondido en su agujero de día.

Boet, constantemente vestido de gran uniforme, representaba un papel que pugnaba con su claro talento y despreocupación: todo terminó afortunadamente para él con el célebre escándalo del Toisón. (1) En la causa que con tal motivo se formó intervinieron dos distinguidos jurisconsultos italianos y en la ciudad de Milán obtuvieron la declaración de la inocencia de Boet, después de rebatir éste victoriosamente el acta de su acusación. Su abogado Ronchetti al hablar de la condena de Boet en la isla de Cuba, se espresó así: "*Pero si esto no es bastante, he ahí cartas del general Polavieja, del capitán general Martinez Campos y del general Salcedo; cartas publicadas ya en España y de nadie desmenti-*

(1) Llamado también por D. Cárlos, "*el as de oro de mi tio el Duque de Módena.*" (Léase el proceso de Boet que se ha impreso en Barcelona).

das, donde estos hombres ilustres ó muy conocidos, después de aquella nota de proscripción, se informan tiernamente del estado de Boet, recuerdan con cariño su amistad, lo saludan afectuosamente y uno de ellos, Salcedo, recuerda con admiración el tiempo en que lo tuvo á sus órdenes en Cuba, proclama su valor, su inteligencia militar, lamenta la ingratitud con que ciertos malos españoles han pagado los grandes servicios de Boet á España..... ¿Cómo, ni cuando, señores jurados, hubieran estos hombres escrito de tal modo á su antiguo compañero, ahora que éste se hallaba enfrente de ellos en el ejército Carlista, si hubiese sido como lo pinta la apasionada, la injusta, aunque excusable, nota oficial de proscripción que nos ha telegrafiado el gobierno de Madrid?"

La causa del Toisón, conocida vulgarmente por la del As de Oro fué la mayor victoria de Boet, obtenida ante un Tribunal italiano que juzgó, "*no por influencias, sino por convicción y rectitud.*"

Cuando el numeroso público se enteró del veredicto, los hombres agitando los sombreros y las señoras los pañuelos exclamaban: "¡Viva la justicia de los jurados! ¡Viva Boet! ¡Viva España! ¡Vivan los españoles que saben defenderse como V!....."

Entrémos con cautela en el último, largo y monótono episodio de su tormentosa vida.

Desembarcó este ex-general y ex-comandante en Barcelona, creyéndose con seguridad en España, *por ofrecimientos* que se le hicieron; pero al llegar supo que se le tendía un lazo inícuo, y con tal motivo dijo en la fonda, para desorientar á la policía, que se marchaba á París y tomó el tren directo de Madrid, donde se creía seguro. ¡Que error tan craso en un hombre de inteligencia superior!

Apesar de sus muchas y valiosas amistades, tenía potentes enemigos en las principales córtes de Europa y fué denunciado y buscado por la policía, hasta que se le redujo á prisión y trasladó á Cádiz. Al poco tiempo el gobierno de D. Alfonso no evitó que el hombre que con su palabra ha restado mayor número de carlistas, fuese embarcado para la Habana, donde, á su llegada, se le encerró en el Castillo del Morro, y poco después por enfermo, en un reducido calabozo del Hospital Militar. No se hubiera desplegado más rigor si Cárlos VII ocupase el trono de ámbos mundos.

Sus compañeros, desde el general D. Alejandro R. Arias, hasta soldados de caballería, ingenieros y O. P. le visitaron y gran número de jefes y soldados de voluntarios facilitábanle recursos pecuniarios para hacer más llevadera su situación. Boet estuvo *más de un año* preso, se le declaró comandante contra su voluntad, se abrió su polvorienta causa que debió quedar sobreseida por virtud del *Pacto del Zanjon*, "no se le cumplió lo qne él aseguraba habérsele ofrecido," cada un día se fué agravando su enfermedad y por fin murió echando sangre por la boca.

Se le tendió de cualquer modo: la orden del general Prendertgast autorizando la traslación de Boet á una casa particular llegó tarde: no pudo ser.

Ahora bien: si Boet era culpable ¿por qué no se le castigó? Si era inocente ¿por qué se le mantuvo en prisión? Sufrió prisión de Estado á últimos del siglo XIX, y su muerte fué celebrada en Madrid, París, Roma, Venecia y Milán por unos personajes que defendían el Trono y el Altar.

A las 12 de la noche del 10 de Julio de 1882, pocas horas antes de morir, me dijo Boet apretándome la mano: "yo fuí carlista por necesidad; por huir de mi poderoso, ignorante y vengativo enemigo, que me tenía entre sus garras; mis ideas son liberales, y hoy más que ántes desde que me he rozado con personajes estúpidos..... mi muerte salvará del descrédito al hombre ingrato que me debe su inmerecida reputación.... por demasiada confianza. Sí, compañero, son unos canallas. Soy víctima también de otro tonto afortunado....." (aquí llegaba mi amigo cuando un vómito de sangre le dejó casi postrado). Poco ántes de dar el último suspiro, hizo un supremo esfuerzo, se puso de pié, y me dijo: "*Todavía sirvo para mandar un batallón.*"

¡Que vida! primero poco; luego mucho; por último nada. Esta fué la historia de un hombre de talento que murió encerrado como una fiera para vengar en su persona la gran victoria del Toisón, por un gobierno que se llamaba liberal.

Después de muerto dió ocupación á sus compañeros. Cuando éstos se preparaban para hacerle un suntuoso entierro se dijo que el cadáver, metido en una rústica caja estaba en un cuartucho lóbrego y húmedo, junto "á la puerta de los carros" y que no se le daría tierra sagrada para su eterno descanso. La indignación de sus amigos fué extraordinaria,

y una comisión de oficiales de voluntarios, presidida por el autor de estas líneas, se presentó al Sr. Gobernador Arderius, para inquirir la verdad. El Sr. Arderius con gran interés y amabilidad contestó que nada sabía, aprobó nuestro comportamiento, y nos suplicó que fuéramos á la Capitanía General y que allí nos contestaría. Después de pocos momentos de espera, en Palacio, el Sr. Arderius nos dijo: "Señores, pueden ustedes entrar," y él mismo abrió una mampara de cristales. Nuestra sorpresa fué grande al encontrarnos al Rvdmo. y Excmo. Sr. Dr. D. Ramón Fernández de Piérola y López Luzuriaga, Obispo de la Diócesis. El bondadoso prelado nos ofreció asiento á su lado. Con cariñoso acento y al parecer pesaroso, y sin que la comisión dijera una sóla palabra, se expresó así: "*Señores: hoy es el día más desgraciado de mi vida. No puedo permitir, cumpliendo mi deber, con harto dolor de mi corazón, que el cadáver del desgraciado Boet sea enterrado en el Campo Santo de los católicos: ha muerto sin querer recibir los auxilios de la religión de sus padres.*" Enjugóse una lágrima con verdadera unción y añadio: *¡pobre Boet!*

Los señores de la comisión le hicieron algunas respetuosas observaciones sin resultado, y el presidente de la misma se creyó en el caso de decir: Excmo. é Iltmo. Señor. Mucho sentimos la rotunda negativa de V. E. I. Si nuestro infortunado compañero Boet no se confesó, él que fué defensor de la religión en el campo carlista, sería porque no creería próxima su muerte, como les pasó á sus numerosos amigos: quizá por exceso de celo del capellán del Hospital ha recibido V. E. I. exagerados informes; pero, de no ser así, la sabiduría de V. E. I. encontrará un recurso para no permitir que á nuestro compañero se entierre como un oficial enterró *su perro podenco* en el castillo de la Seo de Urgel, poniendo en una labrada piedra del muro el siguiente epitafio:

La fama trasmitirá
Sus hazañas á muy léjos;
Y el mundo recordará
Fué terror de los conejos. (1)

Suplicamos, pues, á V. E. I. tenga compasión para los

(1) No se tache de irrespetuosa la contestación. Los ánimos estaban muy excitados y el cadáver de Boet junto á la puerta de los carros en una vieja caja manchada de sangre.

restos mortales de un hombre tan célebre como desgraciado."

El Sr. Obispo visiblemente contrariado, entre sus buenos deseos y sus escrúpulos legales, muy entristecido nos despidió diciéndonos: "Mandaré formar expediente y les contestaré á ustedes. Digan ustedes á sus compañeros los voluntarios de la Habana que nadie excede en patriotismo al Obispo, y que yo haré cuanto pueda dentro de mis atribuciones para complacerles á ustedes y que el cadáver de Boet sea enterrado en el Cementerio de Colón con todo el decoro de su clase" (1).

El expediente dió resultado, el Obispo fué aplaudido, el cadáver sacado de la caja rústica manchada de sangre de otros cadáveres y depositado con toda pompa en la capilla del Hospital, y al dia siguiente conducido en hombros de oficiales del ejército y voluntarios y seguido de numeroso acompañamiento se le condujo al lugar del eterno reposo. ¡Paz á sus restos! El comandante de O. P. Sr. Rosado, como pariente de Boet, presidió el duelo.

***

Era tal la importancia de Boet, que una noche se produjo verdadera alarma en el Hospital Militar. Díjose, no se sabe por quién, que los voluntarios de la Habana iban á dar un asalto para libertar al simpático preso. En el Hospital se tomaron toda clase de precauciones y se armaron con armas blancas y de fuego los convalecientes, los practicantes y los enfermeros. El ilustrado Dr. Pardiñas acudió, los oficiales de Administración desenvainaron sus espadas, las hermanas de la Caridad rezaban y Boet riéndose en el calabozo. La alarma tomó sérias proporciones por haber dicho alguien que el ataque era por mar, para lo cual los voluntarios contaban con no sé cuantas docenas de lanchones. Fué una *toledana* para comprender al llegar el día que se había representado un grotesco sainete.

Antaño y .....ogaño.—"Antoñito está de enhorabuena: le concedieron la gracia de capitán con sueldo y todo. Me alegraría que le vieras tan mono como está con sus dos charreteritas y su espadita, que parece un juguete. ¿Qué

(1) Cuando esto ocurría, estaban en un salón inmediato los generales Prendergast y Chinchilla y brigadier Arderius.

quieres? ¡En esa edad! ¡Ocho años! Nos llena la casa de pajaritas de papel; dice que son los enemigos, les corta la cabeza, y es una risa todo el día con él. Su madre se le come á besos. Es de advertir que el Sr. capitán está ya en medianos y muy adelantado en la gramática, de donde inferimos todos, que ha de ser un gran militar.

"También está Miguel de enhorabuena, porque le han hecho nada ménos que teniente: verdad es que llevaba cuarenta y dos años de servicio, con haberse hallado en todos los encuentros de importancia que ha habido en ese tiempo, haber estado dos veces prisionero, y tener diez y siete heridas, y un ojo de menos. ¿Pero qué es eso comparado con una tenencia? Ello es que le han premiado ya, y está que brinca de gozo. El pretende pasar al regimiento donde es capitán Antoñito, todo por el placer de estar juntos."

MARIANO JOSÉ DE LARRA.

Recuerdos.—El 30 de Enero de 1870 puse en libertad á D. Juan Cancio y á dos negros presos en *Iguará* por infidentes, sin pruebas.

El 16 de Febrero el teniente Labarra dispersó una pequeña partida en *Las Delicias*, resultando herido el soldado Saturio Checa que se portó como un valiente: murió de la herida.

El 12 de Abril el práctico José María Crespo se pasó al enemigo; pero murió de un certero tiro del soldado Francisco López.

El 22 de Febrero del 71 desembarqué con el Sr. brigadier Chinchilla en el embarcadero de Santa Gertrudis y tomé el mando del 1º de Barcelona. El brigadier mandó hacer tres fortines y una estacada en el principal.

El 25 de Julio de 1878 la ciudad de Barcelona hizo un recibimiento entusiasta á los restos de los voluntarios catalanes de la guerra de Cuba: al pasar el tren por Tarrasa, donde me encontraba de comandante Militar, tuve el gusto de abrazarlos en la estación. Yo había sido su jefe.

Un telegrama.

"Acaba de deponer las armas Limbano Sanchez con 33 titulados oficiales, 254 hombres, 133 armamentos, 28 mujeres y 11 niños. Entre los titulados oficiales están Delgado, Prado, Dominguez, La Hoz,

Rojas, Aldana y otros. Queda limpia esta comandancia general de enemigos.—Habana 26 de Junio de 1880.—El brigadier jefe de E. M. *Pedro Cuenca.*"

"**Una Pascua en Madruga.**"—Tal es el título de un folleto. Su autor D. Gabriel Millet, es cubano distinguido por su posición independiente, patriota liberal amantísimo de Cuba, orgulloso con pertenecer á la raza latina y decidido mantenedor de la Autonomía colonial dentro de la soberanía de la Nación española. En sus impresiones y recuerdos de Madruga, describe con habilidad lo que ha sido y es su país, dice verdades irrefutables y habla con sinceridad y cariñosa consideración de la noble bandera de España. Los cubanos, según el Sr. Millet, que tiene motivos para conocerlos, no reniegan de la patria de Padilla y se manifestarían agradecidos y constantemente fieles á la bandera de sus padres, siempre que se les concediera la Autonomía para dicha de Cuba y honra de España. Podrán combatirse en el terreno político las ideas del Sr. Millet; pero nadie podrá negarle, su fidelidad, su patriotismo y sus ardientes deseos de ver á Cuba tranquila, próspera y feliz, bajo los pliegues de la bandera nacional.

"**Cuba y su gente.**"—Tal es el título despreciativo de una obrita de 205 páginas que se ha publicado en Madrid. El plan del autor es ingenioso y el estilo es fácil como la bajada de una montaña de arena, y ligero como mono que salta de tronco en rama. Decir en estilo tonto que el Conde de Casa-Moré está tan cargado de años como de onzas de oro: que D. Vicente Galarza es político de trastienda y escaparate; que Santos Guzmán es muy flamenco y que abraza y despelleja á sus amigos; que Amblard es tan hipócrita como testarudo; D. Leopoldo torpe, pero aprovechado; que Cerra cometió desaciertos con su *Heraldo;* y que los conservadores tienen diputados como Calvetón que no pinchan ni cortan, y en suma, hacer un picadillo con todos los periódicos, bien se llamen sus directores D. Luciano Perez, ó Don José Curbelo, es pintar con brocha gorda.

Después de bien magullada la conservaduría, la emprende en estilo *franciscano* con el partido Autonomista. Aparece el Sr. Galvez comiendo *quimbombó;* el Sr. Saladrigas con

su coronelía; Montoro con sus buenas formas; Fernandez de Castro con su atolondramiento, Figueroa diciendo una cosa en el Congreso y otra muy distinta en el Círculo Autonomista de la Habana; hasta los cubanos tan elogiados por *La Voz de Cuba* después de su muerte, salen de sus tumbas para ser enlodados.

Dejemos que se desangren los *heridos* autonomistas y entremos en el sagrado hogar de la mujer cubana que, como esposa fiel y madre cariñosa se ha dado á conocer por su altivez y bellísimas prendas morales, lo mismo entre la nobleza española; que en la magistratura, que con los altos empleados, que entre los generales, los jefes y oficiales que han dado sus honrados nombres á muchísimas hijas de Cuba. Rebajar á las madres de nuestros hijos es faltar á la verdad y á todas las consideraciones sociales. El autor que trata de denigrar á la mujer cubana como esposa y como madre, se rebaja á sí mismo y falta descaradamente á los que, españoles de corazón, queremos vivir en nuestra patria ultramarina ó peninsular, educando á nuestros hijos y amando y siendo amados de nuestras mujeres.

Se ocupa también el autor de "*Cuba y su gente*" de los voluntarios, y con referencia á ellos dice:

¡¡Hurrah por los voluntarios!!
¡¡Hurrah por los bomberos!!

Los voluntarios y los bomberos que el autor considera como los mejores guardianes de la nacionalidad fueron hijos de Cuba, blancos y negros que, como voluntarios y como bomberos y aún pudieramos añanir los milicianos, los guerrilleros, los guias ó prácticos, los carreteros en los convoyes y las nunca bien ponderadas escuadras de Guantánamo, formaban la inmensísima mayoría de los defensores de la Patria en los enmaniguados campos de pelea. La isla de Cuba está defendida, sin contar el ejército y marina, por los voluntarios peninsulares que predominan en algunas ciudades, y por los voluntarios cubanos que predominan en casi toda la Isla, y con especialidad en tiempo de guerra.

Dejemos á los voluntarios y bomberos, y ocupémonos de la trinidad, ó triunvirato que, según el autor, le componen los Sres. D. Bernardo Portuondo, D. Rafael María Labra y D. Miguel Figueroa. Dice *(estilo Ripalda)* "que los tres son

autonomistas, y tres personas distintas y un sólo ideal verdadero.

P. ¿Cuál?

R. *El del separatismo.* (Ya apareció el secreto de la *obra.*)

P. ¿Y qué serían estos señores si algún día triunfase su ideal?

R. Portuondo, ministro de la Guerra; Labra, de Gracia y Justicia y Figueroa, de Hacienda."

He aquí, amable lector, el secreto ó pensamiento principal de la obra en estilo Ripalda: llamar separatistas á los autonomistas como medida estratégica de un mentecato.

Para viaje tan corto no necesitaba llenar las alforjas de queso y embutidos como el famoso escudero del caballero *de la triste figura.*

Nos hemos ocupado de ella porque, por desgracia, quien así escribe suele parecer un gran español. ¡Pobre España!

"**Cuba y sus jueces**" se titula la refutación victoriosa de *Cuba y su gente*, por el distinguido escritor y abogado, mi antiguo amigo, de Güines, D. Raimundo Cabrera. La prensa en general ha juzgado favorablemente la obra del Sr. Cabrera. Puede decirse de ella, que en todas sus páginas resplandece la mayor imparcialidad. No es justo, no, que se diga que el Sr. Cabrera ha insultado á España y á los españoles. Se queja en toques muy satíricos de los desmanes que se realizan en las colonias: pero aplaude con sinceridad á los peninsulares benefactores de esta ciudad, nombrando algunos, se muestra deferente con los que "*en sus venas tienen la sangre ardorosa de los buenos castellanos;*" prueba la fidelidad de la colonia, escribiendo: "*Más de* 30 *mil cubanos murieron defendiendo la bandera nacional.*" Admira al gran Quintana, y reconoce la competencia de Lista y Gallegos; elogia á los generales Serrano y Dulce. Muéstrase agradecido á D. Francisco de Hoyos, peninsular, que en un legado *dispuso la fundación de un plantel gratuito á cargo hoy de un profesor cubano distinguido.*" Y por último, sin tener en cuenta que él es autonomista, lleva su imparcialidad al extremo de ensalzar al presidente del partido conservador, "*D. José E. Moré*, que, rico hacendado, ha fundado y sostenido con sumas cuantiosas una *Escuela de Agricultura.*" Pedir más sería gollería patriotera. Y si todavía parece poco, á los finjidos

españoles, que dicen que los cubanos no quieren nada con España, copiarémos lo que dice Cabrera en la página 280 de la primera edición de su magnífica obra:

"Firme en sus convicciones, fija la mirada en la Metrópoli que no responde indiferente á sus reclamos, á los bordes del abismo en que, patria, tradiciones, esperanzas de gloria y de progreso parecen sumergirse, abrazado á su bandera, le pide como áncora salvadora, para la colonia y para la nación, la Autonomía."

No, de un escritor que elogia á los militares que "*han encanecido en el campo de batalla defendiendo la bandera nacional.*" que escribe que Cuba es ya "*una colonia civilizada, que honra á su Metrópoli,*" no puede decirse que insulta á España porque critica con razón á los malos gobiernos, y con tanta suavidad, como no la han usado muchas veces ni Pí y Margall, ni Salmerón, ni el mismísimo Castelar. Nosotros hubiéramos sido más enérgicos.

¡Maldita sea la pena de muerte!—En el primer batallón de voluntarios catalanes había un soldado á quien sus camaradas llamaban *el Insurrecto.* Este jóven catalán, siempre se distinguía por su valor en los combates.

Un día estando de servicio en *La Trocha,* un oficial (que no era catalán) sin ningún tacto para mandar voluntarios, por una leve falta, no solamente reprendió agriamente al *Insurrecto* sino que le pegó un bofetón. El soldado se acaloró y hubiera destrozado al oficial, entre sus brazos de hierro, si los soldados no hubiesen contenido al catalán.

El oficial la echó de ordenancista y dió un parte negro. Formóse una causa que no quiero calificar, y un soldado en la flor de sus años, valiente y bueno, fué pasado por las armas, por sus compañeros.

En la *Redonda* se formó el cuadro. Presentóse el piquete conduciendo al reo. El primer jefe estaba intranquilo, el 2º jefe pesaroso.

El *Insurrecto* gallardo como un Almogávar miró al 1er. jefe y le dijo:—"yo no soy criminal"—y cuando se enfrentó con el 2º jefe (1) que era su paisano, le dijo con el mayor cariño:—"D. Francisco, yo deseo hablar á V." El 2º jefe temblaba como si tuviera calentura, y con permiso del 1er. jefe

(1) El 2º jefe se había dado de baja por enfermo; pero fue á la formación á ruego de los oficiales que no respondían de los soldados.

se aproximó al *Insurrecto*. Este abrazó á D. Francisco que rompió á llorar; los soldados que formaban el cuadro lloraban también.

No puede describirse nada más desconsolador..... suena una descarga y el alma del pobre catalán voló á un mundo mejor.

¿Estuvo bien impuesta esta pena? ¿Un soldado puede ser abofeteado? ¿No es causa atenuante el haber recibido un bofetón antes de un acto de indisciplina? La ordenanza del siglo pasado dice: *No*. La moral de todos los siglos dice: *Sí*.

¡Desgraciado defensor de la patria, tus camaradas te fusilaron llorando!

—En Argelia, un capitán francés, pegó un bofetón á un benemérito soldado, porque en el acto de revista se presentó con manchas en el uniforme; y el soldado humillado mató á su capitán de un bayonetazo. ¿Qué castigo se dió al soldado? Que fuera dado de baja en el ejército de Africa, sin más pena, porque obró en defensa de su decoro.

¡El Vómito!—Enfermedad terrible para los europeos no aclimatados en la isla de Cuba (1). El gobierno debía preocuparse de esto y evitarlo; para ello le aconsejamos la organización de un ejército regional fijo.

Para que España, para que los gobiernos, para que todo el mundo sepa lo que ocurre, no tenemos más que relatar hechos.

Todos los años mueren muchos oficiales é individuos de la clase de tropa, y cuando el vómito aprieta familias enteras, recien llegadas de la Península, desaparecen. De 1869 á 1870 sólo del batallón de San Quintín, murieron en cinco meses sesenta oficiales (se reemplazaban los oficiales para morir) y unos 700 soldados; y en estos últimos años el brigadier March, comandante general de Matánzas, ha tenido que desparramar por el campo al batallón cazadores de Bailén y á la caballería para disminuir la mortandad del vómito que se cebaba furioso con los soldados nuevos.

En Santiago de Cuba el comandante general Sr. Valdés sacó de la capital, en Agosto del 87, todas las fuerzas, enco-

(1) En Julio de 1887 hubo muchas defunciones. De una compañía de O. P. murieron 24 soldados; y en los batallones el 40 por 100. En tres meses de una sola enfermedad 1,800 muertos.

mendando el servicio de la plaza á los batallones de voluntarios.

Tal plaga, que nos lleva lo mejor de nuestra juventud, debe terminar; y terminará el día que nuestros gobiernos que se dicen, y nosotros lo creemos, amantes de la patria atiendan á la opinión pericial del Cuerpo de Sanidad Militar y organicen el ejército dando en él la mayor intervención á los hijos del país.

Si así se hiciera el *Diario de la Marina* y *El País* no hubieran escrito en Agosto de 1888 lo siguiente:

"Según datos que el coronel Sr. Santocildes, jefe del batallón de San Quintín, ha suministrado á un periódico de Cienfuegos, de los 96 hombres que tenía destacados en la jurisdicción de Sancti Spiritus, han perecido 23 soldados, víctimas de la fiebre amarilla, y se encontraban 17 más atacados de la misma, 3 de éstos gravemente. En el destacamento de *Paredes*, punto fresco y de condiciones higiénicas, fueron atacados de la enfermedad endémica los nueve hombres que lo cubrían, pereciendo siete."

"También ha fallecido el coronel de Artillería D. José Arraez y Soler á los 15 días de su llegada."

¿Cuándo nuestro Gobierno con la muerte de un capitán de E. M. y otros casos frecuentes y alarmantes por lo numerosos, derogará la orden de nueve años de permanencia? ¡Basta de gastos de pasaje de ida y vuelta, y basta de muertos!

¡Ah!—En el último año de la llamada primera guerra, el *teniente coronel Laborda* fué destinado con fuerzas de su batallón á una playa desierta. Desembarcó con sus soldados y apénas amontonó un gran número de raciones compuestas de tocino y arroz y algunas docenas de sacos de galleta, con tres garrafones de vino y seis de aguardiente de caña; el comandante del vapor que les condujo, entregó al mencionado jefe un oficio: levantó ancla y mar adentro desapareció. El Sr. Laborda leyó lo siguiente: "Se internará V. unas dos leguas; elegirá terreno seco; construirá V. un pequeño fuerte y practicará operaciones por las inmediaciones hasta nueva orden." El teniente coronel eligió un punto, construyó un fuerte, trasladó las raciones, relevándose los soldados en tan penoso servicio; pero cuando pudo descansar, se encontró con el tocino sin sal, y la galleta, en los sacos, hecha una masa pegajosa, en su mayor parte, todo debido á las

grandes lluvias durante ocho días. La salud de los soldados preocupó al jefe; pues se encontraba aislado, casi sin comida y con más de 40 individuos con calenturas. No practicó operaciones, tuvo la suerte de coger dos vacas, y como medida acertada estableció un destacamento con un oficial, en la costa, con la consigna de hacer señales á los barcos que vieran, y por las noches, encender hogueras á 1000 pasos del pequeño fortín. A los veinte y tantos días se presentó y ancló un cañonero que recogió una columna de enfermos; pues los que no murieron pasaron al hospital.

Hubo en Cuba tales cosas anti-científicas y absurdas con potencia para destruir anti-militarmente un ejército más numeroso que el de Alemania. ¡Que extraño es que la guerra durara doce años!

***

Hubo caballería tan mal organizada que, según "El Eco Militar," los soldados tenían más miedo al caballo que al enemigo.

Fueron quemadas en el Sitio de Holguín las casas siguientes:

2 de don Gonzalo Aguilera.
1 de don Manuel Insa.
2 en la calle de San Miguel, donde tenía una tienda don Manuel Nates.
1 de doña Josefa de la Peña.
1 de don José Perez Cristóbal.
4 de don Manuel Tamayo.
1 de doña Rafael Ochoa.
1 de don U. Curbelo (administrador de correos).
2 de doña Margarita Hidalgo.
1 de don Juan A. Mora.
3 de don Pablo Puig (peninsular).
1 de don Ramón Perez.
1 de doña Rafaela G. de Peralta (madre de los Peraltas).
1 de don J. M. Hechevarría.
1 de doña Josefa Parra.
1 de don Delfin Aguilera (fusilado en Sgo. de Cuba).
1 de doña Josefa Cardet de Martinez († en la Periquera).
1 de don Avelino Cubero.

1 de doña Inés Fernandez.
½ del médico Montes de Oca (defendida por los voluntarios).
1 de Josefa Ochoa.
2 de don Manuel Perez.
1 de don Andrés G. Bárcena (jefe de valuntarios).
2 de las señoritas Serra.
1 el cuartelillo, (se quemaron más de 300 barras de catre).
1 de doña Antonia Batista.
1 de don Agapito García.
1 accesorias en las que habitaban diferentes familias cubanas.

Doña Josefa Cardet de Martinez.—Abuela del general insurrecto D. Julio Grave de Peralta, murió en *La Pereiquera* el día 28 de Noviembre de 1868. Así describe este día el escritor D. Antonio Nápoles y Fajardo que lo presenció, como uno de los defensores.

"Era aquello una conflagración, un mar de candela que circundaba el recinto defendido, en cuyo centro, impávida—como contando con la seguridad del triunfo—se destacaba la casa de Rondán, centro y base de nuestras operaciones de defensa, tan hábilmente dirigida, como enérgicamente realizada. ¡Oh! cuando la voluntad se anticipa á ciertas operaciones, nadie precede lo que uno puede hacer."

La Autoridad Militar, mandó construir una caja para la difunta, y tan buena señora fué enterrada en uno de los patios, acompañada en su tránsito por habitaciones, corredores y escaleras, por las señoras y señoritas refugiadas en la casa y por los defensores francos de servicio, que llevaban sus armas á la funerala como tributo de respeto á la fidelidad de tan distinguida señora cubana.

Distingo.—El elegante escritor Sr. D. Enrique Piñeiro, en su folleto "*Morales Lemus*" dice, pájina 130, lo siguiente:

".....despachos y noticias que describían cuadros horrorosos, mujeres ultrajadas, hijos y esposos asesinados á sangre fría en presencia de sus madres y sus esposas, prisioneros mutilados y escarnecidos, crueldades inauditas cometidas bajo las circunstancias más espantosas...."

Si el Sr. Piñeiro, dá crédito como lo espero, á mi honrada palabra modificará, de seguro, su criterio en este punto.

Los españoles no se ensañaron con el vencido, en aquellos nefastos tiempos en que la guerra se hacía sin cuartel entre una y otra parte.

Lo que comenta el Sr. Piñeiro reviste carácter particular, no general.

Cierto que pueden recordarse cuadros horrorosos, llevados á cabo por fieras-hombres; pero el conjunto, *los españoles*, no deben ser de eso responsables; no me sería lícito culpar á los insurrectos de los actos de canibalismo realizados por algunos salvajes jefes de partida.

En 1870 se perdió un convoy de carretas entre *Iyuará* y *Tahuasco*. ¿Cómo se hallaron los 30 infelices soldados, por el enemigo muertos? Ví uno que tenía cortados los dos piés; la cabeza de un carretero estaba separaba de su tronco; un cabo tenía en la boca..... un pedazo de carne; sobre el vientre abierto de un jóven recluta, un *aura* muerta, simulando que le picoteaba las entrañas, y muchos estaban verdaderamente descuartizados á machetazos.

Ni Cuba, ni España se avergüenzan de esto. ¡Tales hombres no tienen patria!

***

Dice también el Sr. Piñeiro, en la página 84:

"Cuba había pertenecido siempre á España, y mientras sus hijos no se unieron y levantaron para sacudir su yugo, es claro que no tenían los americanos el derecho de disputarle su antigua posesión. Pero habia variado ya fundamentalmente la situación de las cosas; los cubanos se sentían fuertes y adelantados para no ocupar más el oscuro y miserable rango de colonos, se habían unido para reivindicar sus derechos, desconocidos ú hollados por el opresor....."

Perfectamente bajo el punto de vista del autor; pero la verdad es que los cubanos no se unieron para dejar de ser colonos, ni aún dentro de la nacionalidad española, como pudieron haberlo hecho, y sólo se concretaron, en minoría insignificante, á pedir la separación; y como los cubanos no se levantaron para *sacudir su yugo*, es claro, decimos nosotros, que la situación de las cosas no varió nunca fundamentalmente.

Lo que es positivamente cierto, ya lo sabe el mundo: que Cárlos Manuel de Céspedes, como presidente y Morales Lemus como embajador, se consideraban representantes de todos los cubanos, como Ruiz Belvis de los portoriqueños y

apesar de no tomar parte en la guerra los numerosos habitantes de la Habana, Pinar del Rio y Matanzas; de no haberse sublevado una sola población del interior; de haberse presentado miles de personas, que al principio se fueron al monte para comer; de no tener la Isla más que 7,000 hombres de ejército; y éste ayudado por miles de miles de cubanos armados; los señores mencionados representaban sus respectivos elevadcs puestos con una seriedad olímpica, sin comprender que se suicidaban, arruinando á su patria. Cuando se dió el grito de Yara, dije á varios amigos: si los sublevados enarbolan nuestra bandera y piden reformas y libertades, la insurrección vencerá. Cuando al poco tiempo supe que con la bandera de la *estrella solitaria* pedían la independencia, dije: la insurrección nace muerta; podrá durar mucho tiempo, pero cuanto más tiempo dure, más ruina, más desgracias y más sangre inútilmente derramada.

Después de la guerra, y ya en calma las pasiones, he tratado á muchos caballeros que fueron insurrectos y me honro con la amistad de tres que me merecen el mejor concepto por su buen corazón y caballerosos sentimientos. Con ellos hemos convenido, en que en los primeros años de la insurrección, se cometieron grandes atrocidades por hombres desalmados; pero ellos perdonaron la vida al primer destamento de la guardia civil que hicieron prisionero, y familias enteras fueron protegidas hasta que pudieron refugiarse á Santiago de Cuba; y nuestros soldados llevaron en sus brazos á niños inocentes y padres y madres fueron protegidos. Las manchas que se observen en el verídico cuadro que hemos trazado, no deben servir de pretexto para oscurecer los sentimientos humanitarios de nuestro valiente ejército. Ya sé yo que el distinguido autor mencionado escribía en los Estados Unidos, y con toda la pasión de entonces; pero como lo escrito, escrito queda, me ha parecido pertinente contestar en esta forma, inspirándome en los sentimientos que me poseían en el año de 1870. Suplico y espero que el ilustrado escritor Sr. Piñeiro, encontrará justificada la defensa que hago de mis compañeros de armas y de la mayoría de los cubanos que con tanta fidelidad se portaron durante toda la campaña separatista.

Lindezas.—A los autonomistas se les ha llamado: "malos españoles," "constructores de *puentes*," "indígenas traidores," "enemigos de la Nación," "charlatanes ignorantes," "parricidas traidores." *A los izquierdistas* del Conde de Galarza: "friega platos," "tenderos," "asturianizadores," "farsantes," "malos españoles," etc., etc.

Lindezas de la corrompida asimilación *racional y posible* "vírgen y martir," según el diputado D. Fermín Calbeton.

La América Latina.—Todas las naciones en que se habla el idioma español, van reconociendo que los errores de las antiguas monarquías de Austria y de Borbón no deben ser motivo de constante desamor entre los hombres que han nacido en España y los que nacieron en la América española, descubierta, poblada y civilizada por nuestros antiguos navegántes y exploradores. Llegará un día, no lejano, gracias á la moderna vida política de progreso y libertad en la Península ibérica, que España y la América latina se abrazarán como hermanas, "*y quedarán para siempre unidas por lazos indestructibles*," como ha escrito D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Cuando nuestros vapores de guerra visitan los puertos americanos que un día fueron españoles, las demostraciones de cariño exceden á toda ponderación; y el distinguido poeta Juan de Dios Peza, en su poesía MÉJICO EN ESPAÑA, puede considerarse como el intérprete de los sentimientos que animan á todos los que hablan el idioma de Cervántes. Como muestra léase la segunda parte de la entusiasta poesía de Peza, reproducida en el periódico político *La Unión Democrática*, que dirige mi amigo Niceto Solá.

II.

"Admiro, Iberia altiva, tu nobleza,
Tu carácter indómito y bravío;
Pero á la par admiro la grandeza
Y el heróico valor del pueblo mío.

¿Qué hallaste en estos reinos ignorados?
Un pueblo que del oro no se engríe,
Una Otumba que asombra á tus soldados
Y un Guatimoc que en el tormento ríe.

Culparte en nuestro siglo fuera mengua:
Venciste, y nadie intentará culparte:
Entre tus dones heredé tu lengua,
Y nunca la usaré para insultarte.

Si la justicia destronó el capricho,
Si está con sangre escrita cada hazaña,
¡Ah! yo diré lo que Quintana ha dicho:
"Crimenes son del tiempo y no de España."

Nuestra sangre es igual ¡que nadie oponga
A nuestra unión calumnias ni rencores!;
¡La plegaria inmortal de Covadonga
Siglos más tarde resonó en Dolores!

La misma es nuestra raza altiva y fiera;
Igual nuestro carácter, franco y rudo;
Aquí el Aguila libre por bandera;
Allá, el León por símbolo y escudo.

No de venganza con mentido alarde
Nuestras glorias hundamos en la niebla:
¡Hijos de Zaragoza y de Velarde!
¡Juntos cantemos á Bailén y á Puebla!

Juntos el mejicano y el ibero
Tener debieran, en mejores días,
¡Para cantar su patriotismo, á Homero!
¡Para llorar sus duelos, á Isaías!

Hoy la gloria con bellos arreboles
Ilumina enlazadas nuestras manos;
¡Honor eterno á Méjico, españoles!
¡Honor eterno á España, mejicanos!"

Como se gobernaba en tiempo de los moderados. —Habla el general Prim:

"Debisteis ser también generosos, porque cuando un partido como el moderado se ha echado á conspirar una y dos veces para sublevarse luego, como lo habeis hecho vosotros, no tiene derecho para castigar, con el rencor que vosotros lo haceis, las conspiraciones y sublevaciones de los demás partidos. Ni podeis tampoco llamarlos desleales y traidores como lo haceis tan á menudo; pues si deslealtad y traición hay en sublevarse, indudablemente desleales y traidores habeis sido vosotros."

. . . . . .

"Y y la conducta de vuestros agentes administrativos también es dulce, suave, y paternal. En primer lugar, han de saber los señores Diputados que en Cataluña, lo que no sucederá en otras provincias, hay pueblos en que se les exige la contribución denigrante que los señores feudales imprimieron con el nombre de *dret de cuixa*, que

quiere decir, derecho de pernada. Esta gabela, que por espacio de muchos años se ha conocido con el nombre de *cens de dona*, censo de mujer, se la disfrazó después con el nombre de *cens convingut*, censos convenidos..... Pues eso, se paga hoy en algunos pueblos de Cataluña, no como se pagaba antes, porque esto no puede ser, pero sí en especie.... ... Estos hechos han pasado en el pueblo de *Ruidecañas*, provincia de Tarragona. Francisco Sayares, carpintero, falto de salud, fué echado de su casa medio muerto, y puesto con toda su familia en medio de la calle, y su casa fué, no cerrada con llave, sino clavada..... Cándida Sangenis, viuda de Francisco Ferrater, muerto en acción de guerra..... no quiso salir de su casa..... la dejaron dentro y la clavaron también la puerta de su casa. Por espacio de algunos días se alimentó de lo que sus vecinos le echaron por las ventanas, como si fuera una fiera, hasta que por fin murió. Esos dos infelices murieron, sí; pero allí están sus familias para maldecirnos mientras vivan."

Recuerdos que deben tenerse presentes para que los pueblos se ilustren y barran con virilidad todas las inmundicias que todavía se conservan de los pasados tiempos del realismo tradicional.

La tea incendiaria.—Nadie podrá negar la abnegación demostrada por los insurrectos en toda la campaña.

Lanzáronse al campo uno contra ciento y jamás contaron con los elementos necesarios los pocos defensores de Cuba libre. Rendido este tributo de verdad, justo es que digamos algo del único recurso á que apelaron con mejor éxito. Empuñaron la tea del incendio como arma de combate y soltaron á los vientos de la publicidad las palabras siguientes: "*Si la destrucción de los campos de caña no bastare, llevaremos la antorcha á los poblados, á las villas y á las ciudades.*"

Perfectamente, no cometerémos la injusticia y la vulgaridad de considerar esta viril resolución, como obra estéril de incendiarios vulgares. No, mil veces: nosotros, si hubiésemos sido los más débiles hubiéramos hecho lo mismo, pues "*Los españoles que estan en Cuba podrán ser vencidos; cedidos ó vendidos, jamás: Cuba será española ó la abandonaremos convertida en cenizas.*" (Esto escribían los patriotas españoles).

Ahora bien: si se nos objeta que nosotros teníamos el mejor derecho por ser los representantes de los más contra los menos, sólo contestaremos que, en el caso de empuñar

la tea del incendio, demostrábamos que éramos ya los menos contra los más, y como eso no ha sido desde la Punta de Maisí al Cabo de San Antonio, los poblados, las villas y las ciudades permanecen en pié como perenne testimonio de nuestra pujanza.

Hoy, en completa paz, un viajero curioso al encontrarse con todas las fincas en producción y en pié las casas de teja de los propietarios, y los bohíos de los guajiros levantados, tendría que preguntar: ¿Será verdad que en Cuba ha habido doce años de guerra?

La insurrección cubana.—Cuanto hemos escrito dá una idea de lo que fué la insurrección, y de lo que ocurrió en la guerra. Al escribir esta cuartilla, hemos recibido la "*Revista Cubana*," t. III, año II, núm. 6, y leemos un escrito del Sr. D. Manuel Sanguily, y en él se dice:

Que la insurrección "venía preparándose por sólo unos pocos." *Que un soldado,* "con sus medidas reaccianarias, acabó por enconar los ánimos. Entónces se desencadenaron sobre el país las borrascas y los horrores de la guerra." *Que unos cubanos* "marcharon al campo; otros huyeron al extranjero; muchos permanecieron suspensos, acobardados ó irresolutos, bajo la autoridad española."

Describe lo que fueron los oradores y reconoce la influencia que tuvieron *Agramonte* y *Zambrana.* Pone en boca de *Chicho Valdés* las palabras siguientes que pueden considerarse como un merecido vituperio contra los hombres que perdían el tiempo en oir frases:

"No es patriota ni hombre honrado quien no se consagra al mejor servicio de su causa, que es el servicio que presta el soldado frente al enemigo: no es patriota, de los que están aquí, ni tiene vergüenza, si no vá á incorporarse, en la línea férrea, á los que esperan allí el momento del combate."

Describe la morada del presidente de la República, de este modo:

"La casa del gobierno, *(la Casa Blanca)*, era una inmensa choza, á estilo de las que llaman en los ingenios *casas de bagazo.* Alrededor y á diferentes distancias, se levantaban otras más pequeñas, aunque de forma semejante, en las que moraban los indivíduos que componían el poder ejecutivo y el legislativo de la República." *A las pocas líneas añade:* "A los dos años, la decadencia era visible: los altos poderes de la revolución tenían que guarecerse en las selvas."

Por lo que hemos escrito en nuestros RECUERDOS, ya no cabrá duda de que los insurgentes, como los llama el Sr. Sanguily, no tuvieron el apoyo del país y sólo encontraron refugio en las selvas, donde muchos hombres de valor fueron víctimas de las traiciones más infames.. Si en Cuba no fué secundada la revolución, en el extranjero no fueron auxiliados los revolucionarios. Dejemos la palabra al Sr. Sanguily.

"Los insurgentes que venían notando el agotamiento de sus fuerzas, habían hecho un llamamiento último á los emigrados. Enviaron en demanda de auxilio á su general más mutilado. Entonces érale imposible andar, y su mano derecha atrofiada por las balas, bien podía pedir una limosna para su causa, que no fuese denegada; porque el brazo heróico que en su extremidad la mostraba, parecía representar el ástil de su bandera. En Kingston, y forzado, para allegar recursos, á emplear los únicos gastados expedientes, anunció un *meeting:* los emigrados creyeron que se les obligaría en él á desembolsar públicamente el dinero, y apenas entraron en el salón, inmenso y vacío, pues sólo compusieron el acto unos cuantos hombres y cinco señoras. Diez ó doce músicos que allí estaban, nada tuvieron que hacer."

Dice también el Sr. Sanguily:

"Los insurrectos, estenuados, diezmados, desencantados, hambrientos, sin municiones, sin fé, acorralados, iban á capitular y capitularon. Un grito se levantó entonces entre los emigrados, de cólera y de anatema. De la Habana, también el eco trajo una maldición para los insurrectos. La cortina cayó, sin embargo, y terminaba la tragedia de diez años."

Ahora, decimos nosotros, la trajedia comienza. La escena es mejor.

Un puñado de hombres que no contaba con el auxilio de los cubanos, que no contaba con los emigrados, que no se veía alentado por oradores ni poetas, que no contaba con los antiguos generales, que veía alejarse á los convenidos; un puñado de hombres sin dinero, sin apoyo de nadie y bajo el anatema de los mismos que ántes le empujaban, pero que se consideraba representante del espíritu de la revolución no quiso pactar ni capitular; prefirió ser dignamente vencido. Valerosa y locamente—locura sublime—desafió el gran poder de la nación y todavía supo arrostrar el terrible empuje de nuestras tropas durante un año y medio más.

La insurrección calmada en un pacto es pequeña; la insurrección vencida agiganta el mérito de nuestras armas y se eleva ella. Por eso al terminar lo que se llama segunda guerra, la insurrección quemó su último cartucho.

El espíritu de la revolución no terminó en el pacto del Zanjon; ese espíritu no podía desaparecer por componendas ni pactos; tenía que ser ó vencedor ó vencido; y como el vencimiento era imposible, entre muchas causas, por haber enmudecido los oradores y por haber desaparecido los generales; un puñado de cubanos, sin oir á los oradores que decían, ni vencidos, ni vencedores; cuando ya sólo ondeaba la bandera española, dió frenéticamente el grito de guerra á favor de una causa que había jurado. La insurrección no pactó, no, no pactó. Los representantes del espíritu revolucionario fueron unos locos intrépidos, pero murieron uno contra mil ó fusilados como el brigadier Pio Rosado y los compañeros de García Iñiguez, Juan Soto, Enrique Varona, Miguel Cántos, Domingo Mesa, Félix Morejón; otros murieron de hambre, y los más caracterizados, después de hacer los mayores esfuerzos, sin municiones, hambrientos, sin ayuda de nadie depusieron las armas pero con honra: no pudieron hacer más.

La protesta de *Baraguá* es el acto más arrogante de toda la campaña desde el grito de *Yara*.

Se concibe que cuando estalló la rebelión en 1868, el trascendental movimiento fuese apoyado en los Departamentos por muchos cubanos y algunos peninsulares é isleños de Canarias; se explica perfectamente que, hombres valientes y apocados secundaran la revolución; no sorprende entre hombres de nuestra raza valerosa, que el exiguo número de 6 á 7,000 armados, dieran repetidas pruebas de abnegación é intrepidez hasta los *Pactos del Zanjon* y *San Luis;* lo que no se explica tan fácilmente, si no recordando al soldado irresistible y maravilloso de la conquista de América, y las heroicidades de los siglos XV y XVI, es el loco, atrevido y descabellado grito de guerra que dieron un puñado de cubanos que con audaz idealismo, querían conservar con vida el espíritu práctico de la revolución. Por cuyo motivo nosotros aplicamos á los insurrectos que pelearon durante 12 años las siguientes palabras que el orador Sr. Sanguily, pronunció en Matánzas en el *Círculo de la Juventud Liberal.*

"Los insurrectos—por mandato de la adversa suerte—tuvieron que abandonar el reducto deleznable..... arrojaron léjos de sí la espada gloriosa, pero rota..... sorbieron las lágrimas del despecho, y luego—sólos, abandonados, sin crédito—se desparramaron,

desaparecieron por las direcciones del horizonte, llevando consigo —como único bien—la bandera desgarrada, polvorosa y sangrienta, que, tras el último beso, guardaron en el fondo del alma, como en una urna de oro,....—á modo de precioso relicario de sublimes y tristes memorias—protegido por la lealtad indomable, contra las injusticias de los hombres y las iniquidades del destino."

Ellos pelearon y perdieron; pero tienen hermanos y deben decir como el buen patriota del Sur de los Estados Unidos, Mr. Grady: "Hubo, (repitiendo las palabras de Benjamín H. Hill) un Sur de separatismo y esclavitud,—ese Sur ha muerto:—existe un Sur de unión y libertad, ese Sur vive, respira, crece por horas." Ni vencidos ni vencedores, no Dignamente vencidos. Olvidemos lo pasado y abrazados como hermanos sea nuestro lema: ¡Patria, Libertad, Unión!

Los antiguos propietarios de Cuba.—Dicen que en Inglaterra hay Lord que no ha visto las propiedades que posee: se cuenta de uno que tiene un bellísimo palacio que no ha visto, y constantemente se cubre una opípara mesa para doce cubiertos, mientras se espera la visita del aristocrático poseedor. Esto no sorprende al que haya vivido en Cuba cuando la esclavitud era todavía una realidad. En la ciudad de Trinidad, un distinguido caballero D. Justo Germán Cantero, daba brillantes banquetes y bailes en su lujosa casa, y cuando él personalmente servía á las señoras espumoso vino francés de 18 á 20 francos la botella, sólo llenaba una copa, arrojando luego la botella por una ventana, practicando muchas veces la misma operación.

En Sancti Spiritus el comandante general Morales de los Rios, el jefe de E. M., el comandante de ingenieros y los jefes de columna se hospedaban en la espaciosa casa de la distinguidísima y caritativa Sra. Doña Natividad Iznaga, casada con el pundonoroso y popular brigadier D. Francisco de Acosta y Albear. El mayordomo tenía la orden de gastar para la mesa una onza diaria; y cuando el rumboso brigadier, que operaba en el Camagüey, pasaba á Sancti Spiritus, entonces los banquetes eran suntuosos, y el bueno de Don Francisco, repartía limosnas á los pobres, cual el Obispo Bienvenido, del gran Víctor Hugo.

La medalla conmemorativa.—Desempeñando la

presidencia del Poder Ejecutivo de la República D. Francisco Pi y Margall, y hallándose al frente del Ministerio de la Guerra el oficial retirado D. Nicolás Estevanéz, se creó una medalla de plata para recompensar los servicios y la constancia militares. El Gobierno de la Restauración respetó la medalla patriótica quitándole, no obstante, su republicano significado cambiando á la cinta tricolor por los colores rojo y negro.

La isla de Cuba —Regida por el más feroz absolutismo y enervada por las fabulosas riquezas que le proporcionaban 600,000 esclavos, no es de extrañar que careciese de moral política.

Sin embargo, este pueblo es acreedor á entrar de lleno en el concierto de los pueblos libres y nada mejor para obtenerlo que hacerle completamente español. De nada valen las leyes si se plantean mal. Código fundamental ó Constitución, Código penal, leyes electorales, leyes de asociación, leyes de imprenta, imperfectas todas: el resultado se toca.

Si nos fijamos en la Constitución, recordaremos que se decía que regía antes de promulgarse; después de promulgada hemos caido en la cuenta de que no rige. Este galimatías, este juego de cubiletes, puede dar un resultudo sangriento y, en tiempo, debemos evitarlo.

Cuba con su antiguo régimen hubiera vivido, como vive un ciego de nacimiento; dadle vista al ciego, y cuando contemple la majestad del mar, la resplandeciente antorcha solar, la belleza de los campos, y la grandiosidad del firmamento, quitadsela y habrá perdido su antigua inconsciente felicidad.

Cuba creyó que se le darían libertades al igual de las demás provincias españolas, ha gustado algunas, ha tenido la miel en los labios, aún se saborea, cuando venga el desengaño será tarde.

Retroceder á las inmoralidades y despotismo antiguos, es imposible: permanecer sin subir ni bajar, en la inmovilidad, es perjudicial; tomar posesión de los derechos civiles, políticos y religiosos, con los deberes que los mismos imponen es lo conveniente y justo para la paz y unión de todos los habitantes. España no debe mirar con indiferencia á su fiel isla de Cuba; y los grandes hombres políticos no deben per-

der la ocasión de interesarse con valentía por esta espléndida y desgraciada tierra. Se necesita mucho españolismo de buena ley para defender las reformas de Cuba, y si la desgraciada Irlanda es defendida por el *buen inglés* Glandstone, ¿no habrá en la Península un Gladstone, *buen español*, que defienda las libertades para Cuba?.....

EL GENERAL DE SAGUNTO Y DEL ZANJON.

"Un hombre no puede ser ofendido en su honor: si no le ofende él mismo."
HOLBACH.

Voy á ocuparme, otra vez, de este afortunado personage. Cuando yo supe que había sido nombrado general en jefe del ejército de operaciones me olvidé de Sagunto y no ví más en él, según decían, que un general jóven, activo y valiente. Dispuesto estaba, con mi corazón leal de soldado, á secundar sus planes en la medida de mis fuerzas, con mi regimiento de la *Habana.*

A los pocos días recibióse en Holguín una orden general, organizando el ejército en divisiones, brigadas y medias brigadas; y no solamente mi nombre no figuraba con mando, sino que pasé por el bochorno de que los batallones de mi regimiento fueran destinados á las órdenes de otros coroneles. La intriga había dado sus frutos—lo que es muy frecuente en épocas de pequeñez moral—y no se tuvieron en cuenta mis constantes trabajos en diez años de guerra (1).

(1) ¿Se tendrían en cuenta mis ideas filosóficas ya que entonces yo no podía ser político?

Para mayor confusión de mi mente recibí una orden del general Prendergast, en que se me ordenaba que me trasladase á Remedios á revistar mi 2º batallón; "*y que le diera cuenta para él hacerlo al general en jefe.*"

Menos consideración ó más franqueza se tuvo con mi teniente coronel D. Esteban Chavarri á quien, para que dejase una vacante, se le destinó á situación de reemplazo, injusticia tanto más remarcable cuanto que el pundonoroso Chavarri, por su inteligencia y valor, no superados por ningún jefe del ejército español, y singularmente puestos de relieve en la acción de *Los Melones*, era muy acreedor á ocupar el mando, á satisfacción mía y de los brigadieres O'Daly, Goicoechea, Marín y Esponda.

Dirigíme á la Habana con el presentimiento de que no volvería á mi regimiento. Presentéme al general Sr. Calleja á pedirle pasaporte para Remedios, y dicha Autoridad me dijo: "Puede V. suspender el viaje: de orden del general Campos ha quedado V. en situación de reemplazo."

Una ducha de agua helada no me causára tan desagradable impresión. Me presenté al general Jovellar y este señor gobernador general, sólo me contestó: "Nada puedo hacer: lo ha mandado el general Martinez Campos."

Por todas partes se me aparecía la sombra de un general que no me conocía personalmente. ¿Por qué se me quitó el mando? Por qué se fingió una comisión del servicio y no se me separó con dignidad y energía? Por qué tanto fingimiento para dejar de reemplazo á un coronel?

Permanecí sólo y sin protección de nadie, viendo á mis compañeros, más afortunados, llenarse de prestigio y de honores. Me encontraba avergonzado sin que me reanimáran mis recuerdos de Holguín; ni los de las acciones de la Caridad, Loma Vapor, Jimaguayú, Naranjo Mojacasabe, Guásimas, ni la consideración de los generales Lersundi, Dulce, Concha, Portillo, ni la menos afectuosa de los brigadieres Esponda, Chinchilla, Armiñan, Báscones y O'Daly. ¿De qué me sirvió mi conducta humanitaria con los insurrectos, mi respeto á los jefes, el cariño de mis soldados, muchos de los cuales viven y pueden declararlo? ¿Podía yo estar satisfecho viendo mi postergación?

Un día, San Justo por cierto, llegó á la Habana, el general Martinez, y yo necesariamente tenía que verle. A las dos

horas de antesala, contemplando los ovaládos retratos de los capitanes generales, vestidos unos de blanco, otros de encarnado y los más de azul turquí, salió del despacho del general en jefe, el general Calleja, y como le digera que hacía dos horas que estaba esperando, se condolió de mí y no sólo me aconsejó calma, sino que retrocedió al despacho del general, y á los tres minutos volvió á salir y me dijo: "Le he dicho que V. estaba aquí, y me ha contestado que haga V. el favor de esperar un poco y que podrá V. hablarle." Al cabo de dos horas más de espera, salió el general en gefe: yo estaba sólo de pié; volvió la cabeza al otro lado, se metió en un salón grande y se fué á su cuarto. Al considerar la conducta del general para conmigo, mi dignidad de antiguo oficial, mi orgullo de jefe, el desaire injustificado que acababa de recibir como caballero y la sangre gersundense que se me subió á la cabeza, me hizo tomar una determinación rápida: volví la espalda á los retratos de los generales, me dirigí por un corredor y un complaciente ordenanza, que me conocia, me señaló con la mano una puerta: empujé con la mia, y ví al general que se estaba lavando las manos: esperé. Por fin se aproximó suavemente, me preguntó que se me ofrecía. Después de dirigirle una mirada escudriñadora en toda su persona y de hablarle de mi separación que yo consideraba injusta, me contestó: "Apesar de haber V. prestado buenos servicios, se descuidó V.: lo que se manda se obedece." Volvióme la espalda y se dirigió á un caballero que acababa de entrar en la habitación.

Reflexionemos.

Que yo me había descuidado. ¡Hablar de cuidados en aquella época! ¿Y cómo sabía que yo me habia descuidado? ¿En qué? ¿Qué lenguaje era ese entre militares?

Los generales Jovellar y Calleja no le habían informado ni bien, ni mal. El general Valera acababa de tomar el mando y no revistó mi batallon; el general Prendergats, no pasó de Holguín y mi batallón estaba en Maniabón; él, Martinez Campos, ni lo revistó, ni lo vió; los brigadieres que habian mandado en Holguín me distinguieron siempre mucho. ¿Quién informó al general de que mi batallón estaba mal?

Solamente por algunos indicios sospecho de un mal jefe, adulón sempiterno que no sabe batirse, ni como militar, ni como hombre. En mi vejez le perdono, la puñalada por la

espalda que me dió por envidia. Volvamos al Sr. general Martinez. Bajé la escalera de un palacio donde no se albergaba la justicia y me personé en el despacho del bondadoso general Calleja. Este subinspector trató de tranquilizarme con palabras afectuosas y como me digera que el general Campos había contestado: "General: los jefes antiguos no me sirven, hoy se necesita algo más *que el sólo cumplimiento del deber;* resolví pedir el pase á la Península con el corazón lacerado. Yo sabía entonces las amplias atribuciones de un general en jefe para colocar á los jefes y oficiales y aún para dejarlos en situación de reemplazo; pero siempre creí, como creo ahora, que la determinación de un Superior, no debe rebajar el prestigio y la consideración del inferior. La forma usada conmigo no tiene explicación. Yo estaba en campaña desde el grito de Yara; yo había sido el defensor de Holguín; había mandado tres batallones de cazadores, un regimiento y una columna de 200 caballos; había desempeñado el mando de media brigada y sido comandante general interino de Holguín y Túnas; yo había recibido las mayores atenciones de generales y brigadieres como los señores Caro, Zea, Fajardo, Carbó, Portillo, Figueroa, Armiñan, Báscones, Esponda, Goicoechea, Jaquetot, Weyler, Ampudia; y de los generales en jefe Conde de Valmaseda, Rodas, Concha, Ceballos y otros. Yo estaba tranquilo y satisfecho con haber cumplido con mi deber; pero al verme en situación tan desairada, sufrí lo que no es decible cuando *me encontré sólo.* Tranquilicéme, sin embargo, y luché en la reducida esfera de mi posibilidad, como debe luchar el que se ha ganado las tres estrellas de coronel, defendiendo á su patria, mejor que otros que dicen que se han ganado la faja de general.

Nunca jamás he podido comprender á qué principio obedecía la distinción entre jefes antiguos y jefes modernos. ¿Es que ya se pensaba en un pacto? ¿Es que los jefes antiguos eran demasiado intransigentes? ¿Es que se confiaba más en la obediencia particular que en la obediencia de la Ordenanza? ¿Es que los veteranos de la campaña, carecían de sentimientos humanitarios para empuñar el ramo de olivo? ¿Es que.....

Por mi parte puedo asegurar que yo era uno de los jefes más dispuestos para dar el abrazo de paz á nuestros enemigos. Durante la guerra fuí correcto y humanitario y *cente-*

nares de personas me deben la vida, siempre que yo pude ser generoso sin faltar á mi deber. Amante con idolatría de la honra de mi bandera, siempre me batí con la dignidad de un buen soldado y si no me jacto de ser un héroe, mi amor propio me hizo siempre poner de mi parte cuanto humanamente era posible. ¿Presté pobres servicios? No fué culpa mia: yo los hubiera querido prestar relevantes. Sólo sí sé que no fuí un cafre: ¡AH LA SOMBRA DE UN HOMRRE VIVO METIDO EN UN HORNO ARDIENDO, NO ACIBARARÁ LOS ÚLTIMOS AÑOS DE MI VEJÉZ TRANQUILA! . . . . . .

Ya nada tenía que hacer en Cuba: mi reputación lastimada; mi carrera de gloria interrumpida; mis economías, fruto de una conducta inmaculada y que reservaba para mis hijos, derrochadas en viajes, uniformes y muebles y todo ¿por qué? Por un descuido..... falso.

Cuando el vapor correo se alejaba de la costa, mis pasiones en ebullición se calmaron, y el cañon de proa, la chimenea vomitando humo y chispas, un mástil, las velas, el ruido de las cadenas que, como culebras se deslizaban avanzando y retrocediendo, las embestidas de las olas dejando en su retirada blanca espuma, y toda la vida reducida á un pequeño espacio, me hicieron comprender, que la vida marítima era un calmante eficaz para todo espíritu atribulado por la miseria de los hombres en tierra. Durante el viaje fuí un pasajero más, tranquilo, contento y locuaz con mis compañeros de travesía.

Vamos aprisa y entremos en Madrid.

Encontrábase de ministro de la Guerra mi querido y antiguo coronel D. Francisco de Ceballos. Recordéle mis servicios prestados, le dí explicaciones detalladas de mi injusta separación del regimiento de la Habana y le rogué que se dignara reparar la ofensa que yo había recibido. El general ministro me contestó con el cariñoso acento de un padre; pero me dijo: "¡parece increible!" Aprovecharé otra ocasión, hoy no puedo hacer nada que pueda desagradar al general Martinez....."

La España, era otra España.

No había salvación para mí y con el mayor aburrimiento abandoné la Corte y me trasladé á Barcelona, con media paga, en mi situación anti-militar de reemplazo. Allí me hubiera envejecido sin apoyo, sin prestigio y sin encontrar

autoridad superior que me hiciera justicia, cuando el capitán general del Principado me tendió, *sin que yo se la pidiera*, (1) su mano protectora y me nombró comandante militar de Tarrasa.

Permanecí en Tarrasa, antigua Egára, ciudad fabril con grandes recuerdos antiguos y como no tenía nada que hacer vestido constantemente de paisano y con una *criada* que llevaba mi poca correspondencia al correo, tuve sobrado tiempo para ocuparme de mis pretensiones de Ultramar. Solicité por conducto militar del general gobernador de la provincia, una recompensa honorífica para la ciudad de Holguín y una medalla para sus defensores, como anteriormente lo habían solicitado el Casino Español y el ilustre Ayuntamiento de la mencionada ciudad, y no obtuve contestación. Teniendo pendientes *tres* propuestas de recompensas y no habiendo tampoco recibido premio, ni por un año y por dos años, desde la última gracia; solicité una recompensa remunerativa y hasta escribí, para que se interesára, á mi antiguo coronel, el Ministro de la Guerra, general Ceballos; pero como me contestó que no podía *todavía* recomendarme á S. M., le supliqué que me devolviese la instancia entregándola personalmente á mi primo el Marqués de Camps, diputado por Gerona.

La instancia se traspapeló y al cabo de más de un año, y estando en el Ministerio otro general, me fué negada la recompensa de Real orden "*según lo informado por el capitán general de Cuba.*"

Después de algunos años tuve ocasión de ver el informe del capitán general, fundado en el que le dió el comandante general de Holguín Sr. Morales de los Rios, siendo jefe del E. M. el coronel Bruzón.

Seguramente que este informe es un título honroso para mi reputación militar.

¿Por qué, pues, en una R. O. se me niega mi justa pretensión, *según lo informado por el capitán general de Cuba?* Dejo al lector la contestación.

Mi ánimo se intranquilizó; mis ideas bullían como antes de subir la escala del vapor correo, en el puerto de la Ha-

(1) Después supe que me habían recomendado los coroneles de E. M. Sres. Chesa y Castellvi. Yo nunca pido nada.

bana y no sabiendo que partido tomar, considerando que mi dignidad ofendida como militar no me permitía continuar en el ejército, en el que hoy tal vez sería general, como lo son algunos que eran sargentos cuando yo era jefe determiné solicitar mi retiro con más de 40 años de oficial. Por cierto que esta vez hubo gran actividad en el Ministerio para concedérmelo.

Está bien: moralmente me considero despedido del Ejército; pero me consuela la idea de que ya no dependo del Ministro de la Guerra, ni vestiré más el uniforme militar; soy y seré ciudadano libre y esto vale más, mucho más, que ser un coronel ó un general arrinconado y sin prestigio.

La sin razón del general Martinez Campos fué una razón que me ha convencido en mi nativo y legítimo orgullo.

Si el general Martinez Campos lee ésto, quizás se acuerde de mí y quizás su conciencia le haga comprender que sólo él es el causante de cuanto arbitrariamente me ha ocurrido en mi carrera.

¡Ojalá pudiera yo olvidar al héroe de Sagunto, y al justiciero general *D. Arsenio Martinez Campos!!*

***

Cuando Jeremías Taylor hubo perdido todo, cuando su casa fué saqueada y su familia arrojada á la calle, y todos sus bienes secuestrados, pudo aún escribir así: "He caido en manos de publicanos y secuestradores, y todo me lo han quitado; y ahora ¿qué?.... Busco en torno mio y veo que me han dejado el sol y la luna, una esposa amante, muchos amigos para compadecerme y algunos para ayudarme; y aún puedo discurrir, y, á no ser que yo lo quiera, ellos no me han llevado mi fisonomía alegre, mi espíritu festivo, y una buena conciencia; me han dejado aún la providencia de Dios, y las promesas del Evangelio y mi religión, y mis esperanzas del cielo y mi caridad para ellos, también; yo cómo y bebo, duermo y digiero, leo y medito ....."

La interior satisfacción. [1]—"Procurar que la interior satisfacción exista y no desaparezca del ánimo de ninguno,

(1) Infinidad de jefes y oficiales han sufrido como yo la arbitrariedad y la injusticia.

porque así la disciplina arraiga y así se impide que se amortigüe el espíritu militar, que es fuerza levantar á todo trance vivo y poderoso; para obtener bastará haber merecido, que para desagraviar no ha de tardar el remedio; esto decía la circular célebre de 13 de Octubre de 1883, y esto sostenía S. S., señor Ministro de la Guerra, en su discurso ante el Congreso de 23 de Febrero de 1885, discurso todo encaminado á justificar y defender aquella circular, á probar el verdadero espíritu que la informaba.

"Y los fundamentos en que apoyaba su argumentación ciertos eran, desgraciadamente, por causas de todos conocidas; la interior satisfacción había desaparecido del ejército, porque no en balde se habían seguido dos largas, sangrientas y costosas campañas, en las que para aquilatar los méritos de cada uno se había atendido en muchos casos, no al especial prestado, *sino al compadrazgo, á la concusión y á otras inmoralidades.* Cierto era, como decía, que en la resolución de propuestas no se había procedido siempre con entera imparcialidad y justicia; que se hacían PROPUESTAS FALSAS, QUE DIERON LUGAR Á AMONESTAR SEVERAMENTE Á SU AUTOR (GENERAL MARTINEZ CAMPOS); que había habido necesidad de incoar sumarios como el de las operaciones sobre el rio *Larrauz* y valle de *Echauri* y otros por *injusticias notorias;* y cierto era también, aunque no lo dijese, que en ese Ministerio había *propuestas ficticias, otras raspadas y enmendadas en beneficio de algunos con perjuicio de tercero,* y algunas á todas luces falsas....."

(*La Correspondencia Militar* núm. 3524). (1)

Pacto del Zanjon.—Artículo 1º Concesión á la Isla de Cuba de las mismas condiciones políticas, orgánicas y administrativas de que disfruta la de Puerto-Rico.

2º Olvido de lo pasado respecto de los delitos políticos cometidos desde 1868 hasta el presente y libertad de los condenados ó que se hallen cumpliendo condena dentro ó fuera de la Isla. Indulto general á los desertores del ejército español, sin distinción de nacionalidad, haciendo extensiva esta cláusula á cuantos hubiesen tomado parte directa ó indirectamente en el movimiento revolucionario.

(1) Tal como lo ha publicó el periódico de la córte "La Correspondencia Militar," insertamos el escrito, sin añadir, ni quitar una letra.—Nota del autor.

3º Libertad á los colonos asiáticos y esclavos que se hallen hoy en las filas insurrectas.

4º Ningún individuo que en virtud de esta capitulación reconozca y quede bajo la acción del Gobierno español podrá ser compelido á prestar ningún servicio de guerra mientras *no se establezca la paz en todo el territorio.*

5º Todo individuo que en virtud de esta capitulación desée marchar fuera de la Isla, queda facultado y le proporcionará el Gobierno español los medios de hacerlo sin tocar en población, si así lo deseare.

6º La capitulación de cada fuerza se hará en despoblado donde con antelación se depositarán las armas y demás elementos de guerra.

7º El general en jefe del ejército español á fin de facilitar los medios de que puedan avenirse los demás departamentos, franqueará todas las vías de mar y tierra de que pueda disponer.

8º Consideran lo pactado con el Comité del Centro como general y sin restricciones particulares todos los departamentos de la Isla que acepten estas condiciones.—Campamento de San Agustín, Febrero 10 de 1879.—*E. L. Luáces.* —*Rafael Rodriguez*, Secretarios.

Como se falseó el pacto del Zanjon.—Tiene la palabra el elocuente diputado por Puerto-Rico Sr. Moya:

"En 1878, el general Martinez Campos, utilizando el ejemplo de la tranquilidad de Ruerto-Rico, prometió á los insurrectos cubanos y á la isla de Cuba toda, en nombre del Gobierno, que las libertades de Puerto-Rico serían llevadas allí inmediatamente que se apaciguase el país. Firmóse el pacto del Zanjon, y en efecto, Cuba y Puerto-Rico quedaron igualadas. Pero ¿de qué manera? Sacrificando á Puerto Rico, á quien se arrebataron las leyes provincial y municipal de 1870, verdaderamente descentralizadoras, y todas las libertades de aquella época, igualándola á Cuba mediante las leyes suspicaces y depresivas de 1878, que rigen aún, no obstante el carácter de *provisionales* con que fueron dadas; y que están produciendo hoy, sobre todo para el país liberal, los más tristes y desconsoladores resultados."

12 Marzo de 1890.

Un autógrafo.[1]—Mientras en Cuba impere el espíritu de dominación, alentado y protegido por el Gobierno; mien-

(1) Publicado en la "Unión de Güines."

tras en este país los cubanos no tengan la influencia que los catalanes y gallegos tienen en el suyo; mientras que á los autonomistas, que son los más numerosos, con muchos peninsulares idólatras de España que también lo son, se les llame en voz baja separatistas; no puede haber tranquilidad en los espíritus, ni satisfacción interior, ni unión, ni progreso; viviremos desunidos como ahora, y en lugar de contribuir á que seamos todos españoles unidos en el ancho campo de la libertad, alma del progreso moderno, no se hace otra cosa por los dominadores, más solícitos de sus intereses que de la honra de España, que fomentar las rivalidades, el hastío, el desamor y la *desesperación* de la gran mayoría de los cubanos.—El coronel retirado, *Francisco de Camps y Feliu.*

MI PATRIOTISMO. (1)

Tres patriotismos, que en realidad, no responden más que á un sólo sentimiento dan, de contínuo, aliento á mi vida.

Mi amor á España, á la que he prestado mis servicios durante los cuarenta y dos años que serví en su sufrido ejército; por su bandera me batí con ardor y derramé la sangre de mis venas; mi amor á Cataluña, donde reposan los restos de mis padres, donde aprendí á amar la libertad y la democracia, donde admiré rasgos homéricos por el progreso contemporáneo; allí, en sus agrestes montañas del Ampurdan, comencé á sentir odio, odio profundo, por los antojos del absolutismo, por las hipocresías de la teocracia, por todas las falsedades del mundo moral; mi amor á Cuba, mi patria

(1) Hablo de mí porque estos son mis recuerdos. Es lícito, según los preceptistas, en esta clase de obras ocuparse preferentemente de sí mismo.—El autor.

adoptiva, á la que idolatro con toda la viveza de mi corazón catalán. Cuba es para mí con su história, con sus tradiciones, con su fisonomía general la prolongación de España; y nunca creí al venir por vez primera á este país, con mis dos relucientes charreteras, casi un niño, que me ausentaba, para siempre de la patria.

El destino me ha fijado en esta hermosa Isla y ya que he tenido la dicha de vivir más de 30 años en la tierra de la dulce caña, del aromático tabaco y de las bellísimas mujeres, admirando horizontes como no se ven en el mundo entero, y siempre bajo la gloriosa bandera que ví por vez primera en la inmortal Gerona, sería muy ingrato si no amase á esta región como á la mía; en tierra cubana desaparecerán mis restos mortales. Esta es mi tierra.

Por eso, y sólo por eso deseo la unión de peninsulares é insulares; por eso y sólo por eso ansío constantemente que todos los hombres de corazón sano y buena inteligencia, nacidos aquí ó allá, hagan entender á todos que la unión es la dicha y ésta se alcanza con la verdad y atendiendo constantemente al sentido moral, entre nosotros por desgracia muy debilitado.

Los de mi región, como los de las otras españolas, deben considerar á los cubanos como compatriotas; fueron éstos tan buenos como nosotros en Europa, en Africa y donde quiera que ha peligrado el honor nacional. En la guerra de aquí derramaron su sangre en más de mil combates y se arruinaron como los peninsulares. Lo que ocurre en Cuba con la Guardia Civil, con los licenciados del Ejército y con los guajiros debe cesar para honra de España.

La Guardia Civil es un cuerpo distinguido y presta inapreciables servicios; si comete alguna individualidad faltas, pues la institución en general es buena y heróica, todos debemos denunciar el hecho, y sus valientes jefes serán los primeros en castigarlo.

Los licenciados del ejército, tan entusiastas y que tan buena hoja de servicios pueden ostentar, deben estigmatizar á sus camaradas que han provocado escenas lamentables en algunos pueblos. No, compañeros de los vivaques y de los campamentos, no sigais los consejos de nadie, los cubanos son vuestros hermanos con iguales derechos y deberes que vosotros.

Los guajiros ¡los guajiros!: robaría de buen grado la pluma de Castelar para ensalzarlos. ¡Que españoles tan fieles, tan sagaces y tan bravos!

Son los *únicos* que pudieran haber dado soldados á la insurrección. Trabajadores, humildes y frugales hasta lo imposible son, y serían aún más, los mejores españoles si nosotros queremos.

Perdonen mis benévolos lectores que traslade la conversación que tuvo conmigo un guajiro, que vive con su familia en una estancia cercana.

—Señor, me dijo, yo no sé lo que piensa el Gobierno. Vea V. lo que me ha pasado. Vivía feliz y sin penas en mi *sitio* y cuando estalló la maldita guerra salí á campaña como miliciano. Hice toda la guerra, recibiendo un balazo que me atravesó el muslo izquierdo y nunca pude obtener licencia temporal, como otros, porque me faltaba..... ya me comprenderá V. y no tuve más remedio que seguir trabajando sin descanso. Por fin se acabó la guerra y empuñé las herramientas del trabajo para sostener á mi familia. Bien pronto oí hablar de política y de derechos individuales y me enteré de que los peninsulares eran conservadores y los criollos autonomistas y como yo no sabía de eso ni jota, me hice el desentendido.

"Un día me hicieron ir á una gran casa donde había yo comido muchas veces lechón tostado y que tenía este letrero: "COLEGIO ELECTORAL" y me hicieron dar mi voto á un sujeto á quien ni de vista conocía. El indivíduo luego fué Diputado y llegó no sé á qué: me parece que á Marqués. ¿V. cree, D. Francisco, que esto es justo y que somos bobos?

"Otro día me hicieron votar para alcalde á *D. Pepe*, que es un bestia y que nos desprecia profundamente. V. me dirá que por qué voto así. ¡Ay, señor, si no lo hago me resulta.....! Que nos dejen tranquilos; que nos dejen votar á quien nos dé la gana, que respeten nuestras costumbres, y nuestros gustos y que no nos fastidien con sus desconfianzas. Señor, esto no debe ser, y los guajiros deben tener libertad plena para pensar como quieran.

"Cuando los hombres grandes de España hagan respetar nuestro derecho, los que se llaman conservadores habrán perdido el pleito, pero España afianzará aquí su soberanía.

Con nosotros, V. es viejo aquí y lo sabe, puede haber guerra; sin nosotros no se mueve una mosca."

¡Pobre guajiro que razón tiene!

Esos abusos deben terminar y nuestros directores junten las quejas del guajiro con las frases siguientes de Montoro: (1)

"*De aquí un interés social de primer orden para los institutos de asistencia pública en los países nuevos. ¿Sabeis por qué? Porque las colonias (leed provincias si quereis) necesitan indispensablemente para prosperar una gran inmigración de raza blanca; (sólo blanca) más, para que venga preciso es atraerla, garantirle derechos, libertades, justicia, elementos de bienestar material; pero también ayuda y protección generosas para los vencidos en ese eterno afán que ahora llamamos la lucha por la vida y que los antiguos llamaban la lucha con el destino.*"

También es menester que los cubanos amen á España y que trabajen por la unión que es el más importante de sus negocios. Los pocos que odian á España, al extremo de decir que "*de España nada*," conspiran contra la felicidad de su pais y con sus frases, de mal gusto, insustanciales y pobres, demuestran su torpeza y excitan, como es natural, la desconfianza de las honradas masas que no pueden discernir su intemperancia de los que son buenos cubanos.

Ahora, cubanos y españoles ó insulares y peninsulares, negros y blancos, soldados y paisanos unios: la unión es la felicidad como he dicho, y sin ella cometeis la tontería de vivir mal pudiendo vivir bien.

No olvideis el consejo de un amante desinteresado de CUBA ESPAÑOLA.

(1) Montoro, uno de los mejores españoles del siglo XIX, bien merece ser oido.

DESPEDIDA.

Mucho más pudiera escribir antes de abandonar la *Cueva de Najáza* donde tantas cosas se me han ocurrido; pero no quiero descubrir miserias que deben quedar ocultas.

Ruego á los pocos lectores que hayan tenido la paciencia de concluir mis *Recuerdos*, que si no están conformes con mis ideas, no olviden que son inspiradas por el convencimiento y por la sinceridad de un veterano que nada espera, ni nada quiere.

Sólo le preocupa coadyuvar con sus escasísimas fuerzas, porque lo cree un deber moral, á que los que la naturaleza y la historia han hecho hermanos no se empeñen en levantar la tapa que ocultar debe, para siempre, los secretos de nuestras rivalidades, de nuestras guerras y de nuestros infortunios.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

Capítulos.		Páginas.
	Introducción	11
I.	El Sitio de Holguín	15
II.	Tiempos tumultuosos	43
III.	Cuba libre	55
IV.	Los voluntarios	73
V.	Anuncios de paz frustrados	79
VI.	Estado de la insurrección	83
VII.	Muerte de un caudillo de la insurrección	85
VIII.	El general D. Manuel Portillo	93
X.	Un guajiro desgraciado	113
XI.	El guateque	117
XII.	El brigadier Armiñan en las Guásimas	121
XIII.	El coronel Esponda en los Melones	135
XIV.	El general Figueroa	141
XV.	La Trocha	145
XVI.	Vicente García	151
XVII.	La prensa	155
XVIII.	Martinez Campos	163
XIX.	Protesta y pactos	179
XX.	El pacto del Zanjon	232
XXI.	Los abastecedores de carne	247
XXII.	Máximo Gómez	253
XXIII.	La paz	257
XXIV.	Patriotismo de los cubanos	263
	A mis lectores	278

SEGUNDA PARTE.

EN LA CUEVA DE NAJÁZA.

La cueva de Najáza 287
El fusil de chispa.—Sanguily 290
El general insurrecto Reeve.—Arte de la guerra.—Incendio de Santa Cruz.—La pequeña guerra 291
Cálculo 293

PÁGINAS.

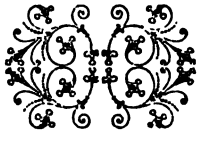
Organización del ejército.—Verdades..... 294
El general Salamanca..... 296
Recrecimiento de la guerra..... 297
La guerra no tuvo el apoyo del país..... 299
D. Miguel Perez.—El general D. Santos Perez..... 300
El capitán de fragata D. Dionisio Costilla..... 301
Experiencia adquirida en los mandos..... 304
Hojas sueltas de mi Diario..... 307
Junta central republicana de Cuba y Puerto-Rico..... 310
Nuestros soldados..... 312
Instinto de los guajiros..... 314
Laborante.—Suripanta.—Mambí.—Filibustero..... 315
Auras.—Majá.—Rancheros..... 316
Salineros.—Prefectos.—Industria..... 317
Máscaras de cuero..... 318
Los Matiábos..... 319
Fotuto.—Fotutazo.—Guerrilleros..... 320
Sublevación.—Recuerdo de la esclavitud..... 321
El mimetismo político..... 321
Los gorriones..... 325
Opinión sobre algunos hombres de la insurrección de Cuba.—Cárlos Manuel Céspedes.—Donato Mármol.—Eduardo Mármol.—Luis Marcano.—Ldo. Perez Trujillo.—Máximo Gómez.—Manuel Quesada.—Pancho Aguilera.—Modesto Diaz. León Tamayo.—Félix Figueredo.—Vicente García.—Roloff. José Obies.—Julio Sanguily.—Villamil.—Inglesito.—Pedro Figueredo.—Antonio Maceo.—Goyo Benitez.—Ramón Roa. Ignacio Agramonte.—Thomas Jordan.—Andrés y José Boitel.—José Monteagudo.—Luis V. Betancourt.—Calixto García Iñiguez.—Manuel Agramonte Boza.—Perdomo y Camejo.—Nicolás Chala.—Varona y Castellanos.—Salvador Cisneros.—Enrique Mola.—Angel Mayo.—Honorato del Castillo.—Suarez.—Pancho Jimenez.—Loreto Vasallo.—José Aguirre.—Ubieta.—Elias Perez.—Mateo Casanova.—Manuel Sanguily.—Julio Peralta.—Belisario Peralta,—Pedro Martinez Freire.—Balán.—Guerra.—Eduardo Machado.—Luis Aycsterán.—Laffite.—Paco Borrero.—Guillermón.—Quintín Bandera.—Amadeo Manuit.—Diego Dorado.—Rubalcaba.—Luis Bello.—Ignacio Mora.—Bartolomé Massó.—Jesús Rodriguez.—Echevarría.—Salomé Hernández.—Cavada.—Leopoldo Arteaga.—Manuel Loño.—José M. Aurrecoechea.—Cristóbal Acosta.—Enrique Rius.—Sebastián Amábile, Alonso Cisneros y otros.—Francisco Javier Cisneros.—Luis Figueredo.—Cornelio Porro.—Manuel Valdés.—Mariano Larralde.—Lucas del Castillo.—Antonio Zambrana.—Cisneros. Domingo Goicuría.—Gutierrez.—Remigio Marrero.—José Lacret..... 326
El caballo Boytel..... 337
Los guajiros..... 338

PÁGINAS.

Recuerdos 339
Opiniones erróneas 340
Soledad.—Un padre desgraciado 341
Una bomba de incendio.—Muerte de un bravo oficial 342
Líneas telegráficas 343
La bayoneta 344
Separación de mandos 345
Cuba no es como la pintan.—Cayo Hueso 347
Centro de una zona militar 348
Destacamentos.—Un capitán de voluntarios.—El defensor de los estudiantes del 71 349
El general D. Tomás Reyna 350
José Antonio Cortina 351
Algunos artículos de unas ordenanzas militares 352
El comandante D. Marcelino Obregón.—Los guajiros otra vez 353
Los insurrectos 354
Juego.—Los cubanos no quieren la independencia 355
Estadística 356
Otra.-El colegio de alumnos militares.-Desconfianzas infundadas 358
La familia de Arango.—Casino montaráz 359
Recompensas militares 360
Un poco más sobre recompensas.—Anecdota.—Otra.—Cañones. Prenda apreciable.—Jeringas bélicas 361
Los generales en jefe: Lersundi.—Dulce.—Caballero de Rodas. Villate.—Ceballos.—Pieltain.—Jovellar.—Concha. —Valmaseda.—Jovellar.—Martinez Campos.—Blanco 362
Soldados que dieron su sangre y hombres que dieron su dinero.. 365
Olvido de lo pasado 366
Incendio de Santa Cruz en 1873 367
El aguardiente de caña 368
El Conde de Alcoy.—Un táctico—El asistente 369
Mis asistentes.—Batallones beneméritos 370
Regimiento infantería de la Habana 371
Oficiales cubanos.—Ascenso.—La Indiana.—E. P. D. 372
La manifestación de Barcelona 373
El puerto de salvación.—El llamado D. Perpetuo Cándido 374
Un opúsculo 375
Canto militar 379
D. Cárlos Gonzalez Boet.—Su prisión.—Su muerte 381
Antaño y ..... ogaño 387
Recuerdos.—Un telegrama 388
Una pascua en Madruga.—Cuba y su gente 389
Cuba y sus jueces 391
¡Maldita sea la pena de muerte! 392
¡El vómito! 393
¡Ah! 394
Casas quemadas en el Sitio de Holguín 395
Doña Joséfa Cardet de Martinez.—Distingo 396
Lindezas.—La América latina 399

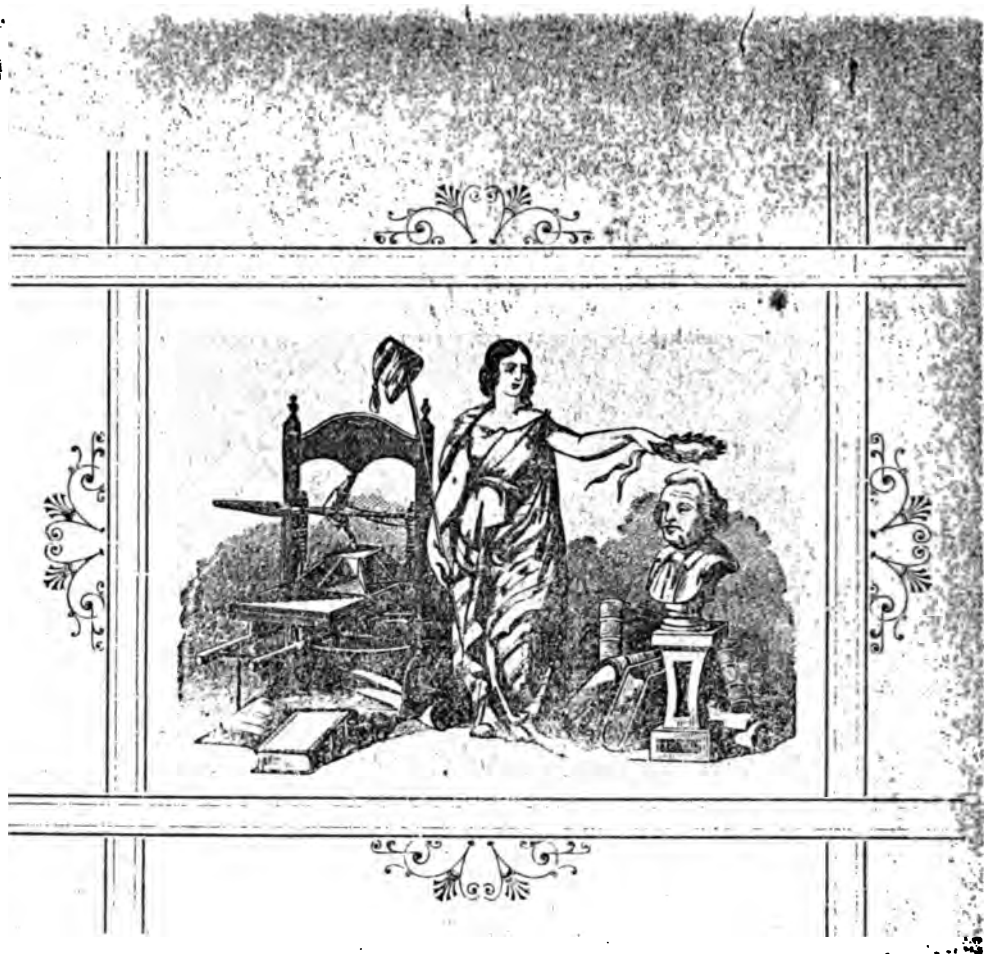
PÁGINAS.

Como se gobernaba en tiempo de los moderados..... 400
La tea incendiaria..... 401
La insurrección cubana..... 402
Los antiguos propietarios de Cuba.—La medalla conmemorativa. 405
La isla de Cuba..... 406
El general de Sagunto y del Zanjon..... 407
Interior satisfacción..... 413
El pacto del Zanjon..... 414
Como se falseó el pacto del Zanjon..... 415
Un autógrafo..... 415
Mi patriotismo..... 416
Despedida..... 420



C

coll. compl. J.G.



A. Alvarez y Compañia

IMPRESORES

MURALLA NUMERO 40

HABANA.

Se hacen cargo de la impresion de toda clase de obras, folletos, periódicos, estados, &., &.

PRECIOS MODICOS.

This preservation photocopy was made at BookLab, Inc.,
in compliance with copyright law. The paper
is Weyerhaeuser Cougar Opaque Natural,
which exceeds ANSI Standard
Z39.48-1984.
1992

3 2044 013 533 96